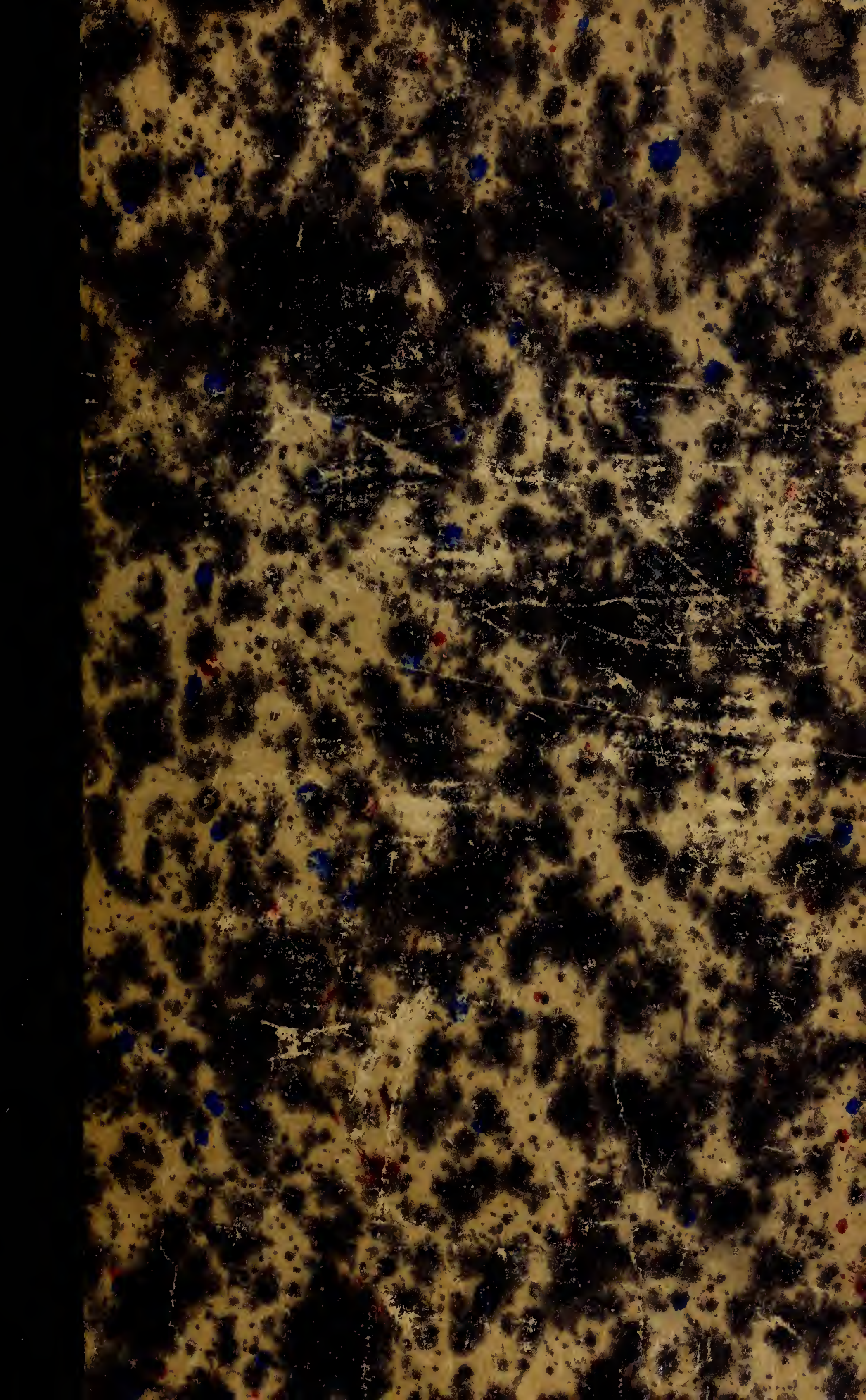
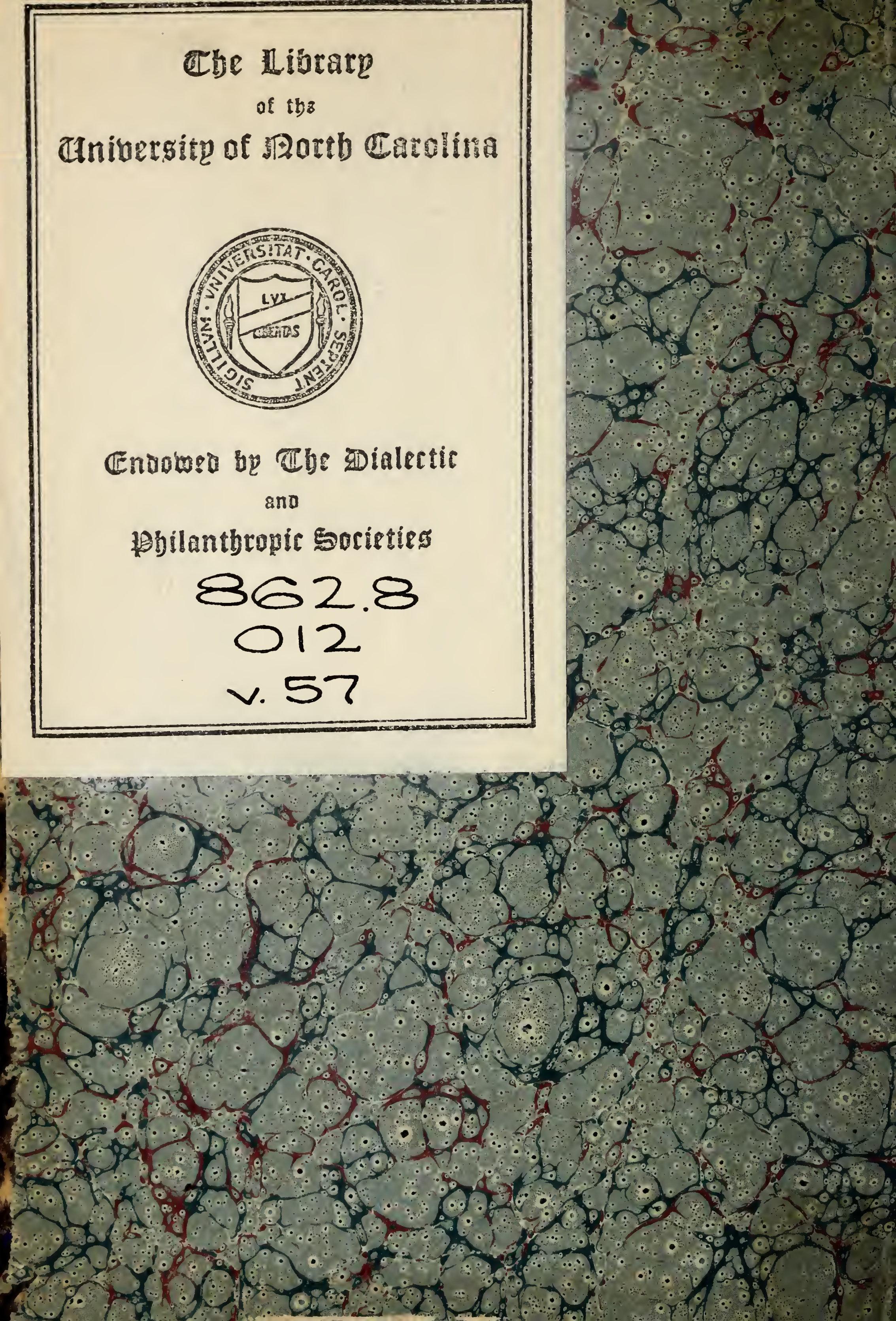
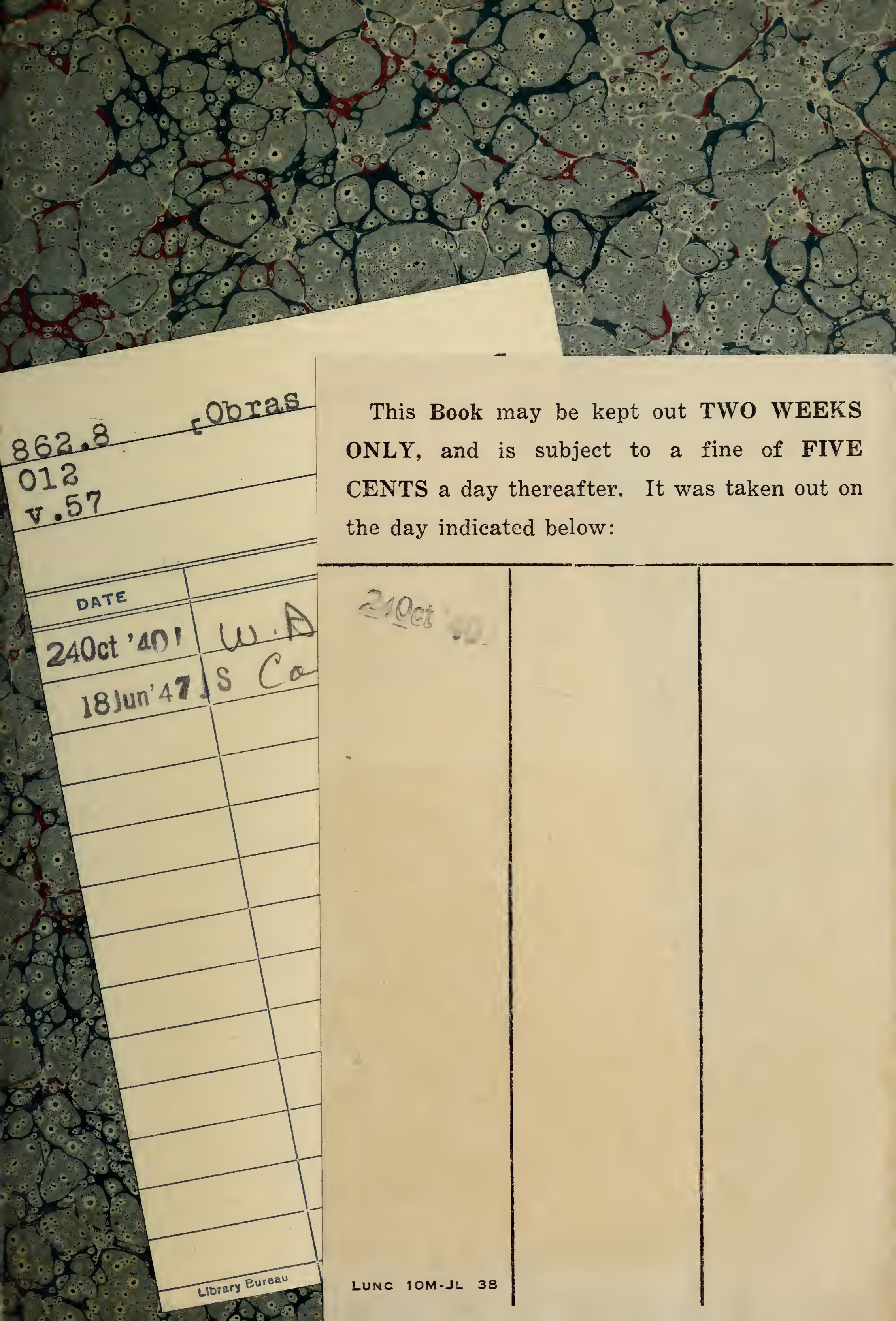




The Library
of the
University of North Carolina
SIGILLUM · UNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT ·
LUX
LIBERTAS
Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies
862.8
O12
v. 57



862.8
012
v.57
Obras
DATE
24Oct '40
18Jun'47
Library Bureau
This Book may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:
LUNC 10M-JL 38

LA CENA DE BALTASAR.

LA CENA DE BALTASAR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA DEL FRANCÉS

por

ANTONIO ZAMORA.

Representada con extraordinario aplauso en el Teatro de Variedades la noche del 20 de Mayo de 1872.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,

SOLDADO, 4.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ISABEL.	D.ª CONCEPCION RODRIGUEZ.
LUCIA.	SRTA. D.ª JUANA GONZALEZ.
ANITA.	CÁRMEN ARISPON.
D. EUGENIO SILVESTRE.	D. JUAN JOSÉ LUJAN.
D. BALTASAR CASAMON.	ANTONIO RIQUELME.
D. ADOLFO MONTERO. .	JOSÉ VALLÉS.
D. PABLO LUJAN.	ANDRÉS RUESGA.
BAUTISTA	MARIANO MARTINEZ.

La escena contemporánea y en Madrid.

A LOS ACTORES

DEL

TEATRO DE VARIEDADES.

Todos habeis desempeñado vuestros respectivos papeles con cuidadoso esmero y singular acierto.

El público, colmándoos de aplausos, os lo ha manifestado así.

Aceptad tambien el mio y la gratitud que os debe por tan lisonjero éxito, vuestro compañero

A. ZAMORA.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de sala elegantemente amueblada. Puerta al foro y laterales: la primera de la derecha figura dar á la calle: la segunda es la habitacion de Adolfo; el foro derecha las habitaciones interiores; el foro izquierda figura comunicar con otra puerta de la casa. En primer término, izquierda, habitacion de D. Baltasar. En segundo, chimenea, un velador con libros, periódicos, papel de escribir, sobres, timbre, etc., etc. Al levantarse el telon todas las puertas están cerradas; á poco sale con gran precaucion D. Baltasar, primera puerta derecha, atraviesa la escena de puntillas á la primera izquierda, á poco se abre la del foro y sale Bautista. Dan las siete en el reló de la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

BAUTISTA.

BAUT. Las siete! Qué bien se duerme en esta casa. Desde anoche á las ocho que me acosté, nadie me ha incomodado!... Se conoce que el amo se recogió temprano; se aburriría de estar solo, porque las

señoras se fueron á Aranjuez á ver una tia suya que está enferma. Seguro estoy que el amo es incapaz de hacer ninguna picardigüela, como hacen otros maridos. Ea, echemos un cigarrillo... No, mejor será fumar un puro de los que el amo gasta... (Se dirije á la chimenea y abre una caja de cigarros.) Estos no, estos son de á tres cuartos, de los que el amo dá á sus parientes y amigos... pero como yo no soy ni pariente ni amigo, no me sirven sino los habanos, los que él fuma!...
(Coge un cigarro de otra caja y lo enciende.)
Bueno es de veras!... Lo chuparé tendido en la butaca; hoy tampoco hay prisa para arreglar la casa... se levantará tarde ó esperará que le despierte el señorito Adolfo. Tambien ha sido capricho del amo, traerse á casa á ese pollo, solo por haberle hecho no sé qué favor viniendo de Andalucía!...
(Suena una campanilla en la primera puerta, izquierda.)
Calle! el amo! Allá voy, señor!. Allá voy! Esconderé el cigarro.

ESCENA II.

DON BALTASAR, con bata. Trae un sombrero en la mano. BAUTISTA.

BALT. Se ha levantado ya don Adolfo?
BAUT. No, señor.
BALT. Entra á llamarle, y dile que venga al momento; que le necesito para un asunto importante.
BAUT. Voy.

ESCENA III.

DON BALTASAR.

BALT. No hay tiempo que perder!... mi esposa debe llegar en el tren de la mañana, y antes que venga

debo desembarazarme de este sombrero que es para mí la espada de Damocles.

ESCENA IV.

DON CASIMIRO y BAUTISTA.

BAUT. Que sale al momento.

BALT. Bueno; puedes irte á tus quehaceres; no necesito nada por ahora.

BAUT. Me parece que está usted así... como agitado!... Está usted malo?

BALT. Por qué lo dices?

BAUT. Porque le encuentro á usted con peor semblante que otros dias. ¿Ha pasado usted mala noche?

BALT. Toda en un sueño!... (ojalá!) menos un ratito que me dolieron las muelas... (y tanto!...)

BAUT. Ya decia yo que algo raro tenia usted en la cara.

BALT. (Tendré todavia señal?) Y á tí quien te mete á saber cómo tengo yo la cara por la mañana?

BAUT. Perdone usted; pero como yo le estimo...

BALT. Bueno, bueno. Márchate y cierra esas puertas.

BAUT. Está bien. (Así me enteraré yo, por no perder la costumbre, de todo lo que hablen.)

ESCENA V.

DON BALTASAR y ADOLFO.

ADOL. Ya de pié?

BALT. Sí, amigo mio, sí. Perdone usted que le haya hecho levantar tan de mañana, pero me lo dispensará cuando sepa...

ADOL. Usted sabe que cuenta conmigo para todo, como quiera.

BALT. Déme usted un abrazo, y otro, y otro. Ya sé que es usted mi mejor amigo!... Más que amigo, casi un padre.

ADOL. Hombre, no tanto.

BALT. Sí; casi mi padre, porque si él me dió la vida, á

usted se la debo tambien; por usted la conservo.

ADOL. No hablemos de eso; cumplí con un deber.

BALT. Bueno; pero no todo lo que se debe se paga. Yo sé que es usted tan modesto como generoso, y esa es la razon porque quiero que sepa cuanto me pasa. Voy á darle á usted una gran prueba de confianza revelándole un secreto.

ADOL. Diga usted, diga usted lo que quiera, en la seguridad que sabré guardarle.

BALT. Ay, amigo mio! amigo mio! Sepa usted que anoche descarrilé.

ADOL. Tambien estuvo usted de viaje?...

BALT. No señor; descarrilé en el camino de la virtud.

ADOL. Eso es grave.

BALT. Y tanto.

ADOL. Vamos, explíquese usted.

BALT. Recordará usted que ayer al despedirnos le dije no me aguardará para comer porque iba á hacerlo con mi amigo Durán en la casita que se ha construido en el barrio de Pozas, con su jardinito, su cueva, su bodega... etc., etc. Así lo hice: llegué, me enseñó toda la casa y á las cinco nos pusimos á comer. La comida se prolongó hasta bien entrada la noche, porque nos entretuvimos en conocer los efectos que la nueva bodega producia sobre el vino, sin acordarnos del que el vino haria sobre nosotros. Al pronto no noté en mí nada de extraordinario; me despedí de Durán y salí de su casa... pero á los pocos pasos, queriendo orientarme, me encontré, que en vez de hallarme en el barrio de Pozas, estaba entre Pinto y Valdemoro.

ADOL. Ya me lo habia yo figurado.

BALT. Empiezo á andar derecho, derecho... es decir, todo lo más derecho posible, y por fin llegué á la plaza de Oriente. Allí me detuve un instante para tomar fuerzas y proseguir mi camino, cuando se dirige á mí una criatura angelical!... una jóven

tan modesta como bella, que me pregunta con un airecillo tan turbado como interesante... «¿Caballero, tendria usted la bondad de decirme por dónde iria yo bien á la calle de Peligros?» Al momento comprendí que la pobrecita se habia extraviado. En aquel momento me era más fácil acompañarla que indicarle el camino con claridad, y la supliqué me permitiera servirla de guia.

ADOL. De seguro aceptó.

BALT. Sí; pero no sin habérselo yo rogado mucho. Echamos á andar, y al poco rato parecíamos los mejores amigos del mundo.

ADOL. Me lo figuraba.

BALT. Por qué?

ADOL. Por nada. Siga usted... siga usted.

BALT. Andando y hablando, llegamos á la calle de Alcalá, esquina á la de Peligros; es decir, frente á Fornos!... Fornos!... mi perdicion. Se me ocurrió la idea de preguntarla si queria tomar algun dulce... algun helado...

ADOL. Y aceptaría?

BALT. Nó!... No puedo tomar helado, me respondió: mejor tomaria un poco de jamon ó un bistek... pero esto me lo dijo con una cortedad...

ADOL. Ya se conoce que la chica era corta de génio.

BALT. Eso sí; muy corta, y muy bien educadita sobre todo. Pues, como decia, entramos en el restaurant y pedimos nuestra cena y su botellita de Champagne. Me contó casi toda su vida, que ha sido muy triste y muy desgraciada. Es hija de una familia muy decente, que vino á menos. Tambien me dijo que el año pasado debió casarse...

ADOL. Pero no se casó?

BALT. Nó; el tunante de su novio se fué con otra. En fin, charlando, charlando, me preguntó mi nombre y dónde vivia; yo le dí las señas de casa, pero la dije que me llamaba Adolfo Montero.

ADOL. Me gusta la confianza!

BALT. Amigo mio, no me atreví á decirla mi nombre. ¿A usted qué le importa siendo soltero?

ADOL. Sin embargo... Pero vamos á la historia.

BALT. Eso es. Pues como decia... charlando, charlando, dieron las dos de la mañana. Ella se asustó mucho porque era tarde; yo más, porque no llevaba la llave del portal y no queria que el sereno se enterase de mi estravío. Pago al mozo, me dirijo á la puerta y estaba cerrada. Entonces viene otro camarero, me conduce á la de Peligros, la abre, digo mal, me enseña un agujero en la parte inferior de ella y me dice que aquella es la salida para la calle: agazápome para salir, subo un escaloncito muy mono que hay allí, se me escurre un pié, la puerta me empuja por detrás, y sin saber cómo, doy de bruces sobre cuatro ó cinco personas que estaban hablando en la parte exterior. El uno me empuja, el otro me llama bruto, el otro torpe, y otro más chusco, tirándome el sombrero por el suelo, dice... si está borracho!... ¿no lo veis? Esto me hizo perder los estribos... Le devuelvo la gracia tirándole de un cachete el suyo y ¡aquí fué Troya! Empiezan á golpes conmigo; yo con ellos!.. La niña se me desmaya, y cuando estábamos en lo más fuerte de la refriega, oigo decir... *Los amarillos! ¡Los amarillos!!!* Me sonó aquella voz como la trompeta del Juicio!... Creo que recobré el mio, que le tenia un poco perdido; cojí el primer sombrero que hallé á mano y eché á correr, temeroso de que me pillaran y dieran conmigo en la prevencion!... Al cabo de estar corriendo una hora, me encontré cerca de la Casa de la Moneda; me senté allí en un banco á esperar la mañana para poder entrar en casa; llego al fin hace un rato, y cuando ya me creia sano, y sobre todo, salvo de tanta aventura, reparo que el sombrero que me

he traido no es el mio, sino uno de los de mis adversarios.

ADOL. Mejor para usted si es más nuevo que el suyo.

BALT. Qué me importa á mí el sombrero!... Veinte daba yo porque desapareciera aquel. Lo horrible de haberle perdido es que harto de que me cambiaran mis sombreros en el casino y en los guarda-ropas, tomé la determinacion de poner una tarjeta mia en el fondo; de modo que el que anoche disputó y rodó conmigo sabrá mi nombre y las señas de mi casa. Ahora bien; dígame usted, amigo mio, qué hago yo, si ese hombre, como es natural, viene á buscarme y á pedirme explicaciones sobre el lance de anoche, y sobre todo, si mi mujer se entera que la única que me ha dejado solo me he ido á picos pardos!... Créalo usted, amigo mio!... me saca los ojos!... Créalo usted.

ADOL. Bueno!... y qué quiere usted de mí, en qué puedo ayudarle?...

BALT. Verá usted lo que á mí se me ha ocurrido para impedir que ese hombre venga aqui. En el fondo de su sombrero hay un nombre...

ADOL. Entonces nada más fácil.

BALT. Sí, pero un nombre muy vulgar, Perez; y no dice más! Perez!...

ADOL. Poco es.

BALT. Sin embargo, hay un medio de dar con él. En casa de Bailly-Bailliere se vende el Diccionario indicador alfabético, que contiene las señas de casi todas las personas conocidas de Madrid. Se compra: coje usted el sombrero y pregunta á todos los que tengan cierta posicion social... entre ellos debe estar el mio, porque todos ellos tenian buena facha.

ADOL. Pues señor, es muy bonito encargo, y muy breve, y muy cómodo, para volverse tísico de subir escaleras.

BALT. Usted me ha salvado la vida, sí ó nó? Pues sálve-

me usted ahora, y serán dos vidas las que le deba en vez de una.

ADOL. Pero señor, qué tiene que ver...?

BALT. Pues no ha de tener! Usted me salvó la vida para que gozara de ella, ó para dejarme sufrir la série de catástrofes que me esperan con mi mujer?

ADOL. Pero don Baltasar...! eso es abusar...

BALT. No dá usted con un ingrato, se lo aseguro!... Yo le recompensaré cumplidamente su molestia!... yo le daré una gran sorpresa.

ADOL. Si va á ser como las dos que me lleva dadas, le ruego que la suprima.

BALT. (Me cree ciego!... Cree que nó he conocido que ama á mi hija.) Se la daré á usted... vamos, se la daré.

ADOL. Pero el qué?

BALT. Nada, nada... Es cosa convenida. Aquí está el sombrero. (Le dá el sombrero que dejó á la sàlida sobre la butaca de la izquierda. Adolfo lo toma y lo deja á su lado en el sofá.) Compre usted el Diccionario ese!... yo abono todos los gastos, y corra usted en busca de ese hombre.

ADOL. Se necesita ser muy débil...

BALT. Otra vez!... Escuso darle á usted las gracias. Usted sabe que yo no olvido un favor. En el entretanto que usted vuelve voy á vestirme. Ah! Me olvidé decirle á usted que anoche llovia á mares. Con que hasta luego, Adolfo, y gracias! muchas gracias!

ESCENA VI.

ADOLFO.

ADOL. Por qué salvaria yo la vida á este sér? Así como á otros les cae la lotería, á mí me ha caido encima esta calamidad. Hay quien dice que se ha encontrado un bolsillo con dinero, y yo me he encon-

trado este tipo hace un mes viniendo de Sevilla. Viajábamos juntos en el mismo departamento; yo me quedé dormido, y él por encender un cigarro, ó no sé cómo, pega fuego al wagon, y no lo nota hasta que el humo y las llamas nos dominaban por completo! Pierde la serenidad, abre la ventanilla y se lanza al espacio!... Yo no sé cómo pude cogerle por el abrigo, y con grave riesgo de matarme pude salvarle de aquel peligro! Empiezo á dar voces, me oyen los del wagon inmediato, cunde la alarma, el tren para y nos sacan de allí milagrosamente. Desde aquel instante empieza su gratitud y mi tormento. Me ha traido á su casa; no me deja á sol ni á sombra; tengo que recurrir á mil enredos para que me deje visitar á mi novia, á mi guantera, á la mujer por quien solo he venido á Madrid. Ya no puedo soportar tanta gratitud!... Hoy, dia perdido; ya no la veo!... Decididamente, ó él cambia ó me vuelvo á Sevilla por no verle más.

ESCENA VII.

ADOLFO y DON BALTASAR.

BALT. Aún no ha salido usted? Por Dios, no se detenga más; piense usted en que mi mujer debe llegar de un momento á otro, en que Perez puede ocurrírsele venir, y estalla el volcan que siento hervir bajo mis plantas!... Corra usted!...

ADOL. Voy! voy! Pero antes déjeme usted que me ponga un gaban, no coja una pulmonía, que es lo único que me hace falta, despues del tabardillo que voy á coger por su causa.

BALT. Eso no! Su salud de usted primero que nada! Conserve usted su vida creada para salvar la mia!

ADOL. Ea! ya estoy listo para las ascensiones!... Voy á buscar una aguja en un pajar. (Se dirige á la prime-

ra puerta derecha. Baltasar le indica la del foro izquierda.)

BALT. Por esa puerta no!... que podria usted tropezar con mi mujer, que puede llegar de un momento á otro!... Por la otra!... Por la de servicio!... y perdóneme usted.

ADOL. Me marea usted, don Baltasar!.. me marea usted. (Váse por la puerta del foro izquierda.)

BALT. Lleva usted el sombrero?... Bueno!... Ah! enfrente tiene usted la librería!.. No olvide el Diccionario... yo pago!... Por qué iria yo á Fornos!... por qué?

ESCENA VIII.

DON BALTASAR. ISABEL. LUCIA, por la puerta de la derecha en traje de viaje, seguidas de BAUTISTA y ANITA.

BALT. (Mi mujer! Digo! si nos descuidamos un poco!) Cuánto me alegro que hayais venido tan puntualmente.

LUCIA. Buenos dias, papá.

BALT. Adios, hijita.

ISAB. Toma, Anita; lleva esos sacos á mi cuarto. (Váse por el foro derecha.) Y tú Bautista recoge del coche el equipaje y paga al cochero. Te creia durmiendo aún...

BAUT. Anda! y hace más de dos horas que el amo está en pié!...

BALT. El equipaje espera.

BAUT. Si la señora supiera qué desgraciado es el amo cuando le dejan solo! por sufrir, hasta las muelas le han estado doliendo toda la noche.

ISAB. Y estás mejor?

LUCIA. Está usted enfermo?

BALT. No, hijas mias!... Pero animal! á tí quién te mete á decir...?

BAUT. Porque siempre es bueno que las señoras le cuiden!... Créanme ustedes!... la soledad dá malos ratos al amo.

BALT. Bautista, el cochero aguarda. (Me las pagarás.)
BAUT. (Váyase por las pelucas que tú me echas!...)

ESCENA IX.

DICHOS, menos BAUTISTA.

ISAB. Pero no sabias que solo un dia íbamos á estar separadas de tí? á qué ese mal rato? Sí; ahora noto que estás un poco pálido y desencajado.
BALT. Con efecto; no me encuentro en mi estado normal.
ISAB. A llamar al médico inmediatamente.
BALT. No; no es el médico lo que me hace falta, sino la tranquilidad de teneros á mi lado. Y cómo has dejado á la tia?
ISAB. Un poco más aliviada.
BALT. Vaya, me alegro.
LUCIA. Mamá, si no le hablas de Pablito, me voy adentro.
ISAB. No seas impaciente.
LUCIA. Si no es impaciencia!... pero como debe venir á hablar á papá hoy por la mañana, es preciso prevenirle.
ISAB. Bien, mujer!... bien! Baltasar, conoces tú por casualidad á un tal don Eugenio Perez...?
BALT. Eh?... cómo has dicho?... Perez!... (Si lo sabrá ya?...)
ISAB. Sí, hombre, sí!... Eugenio Perez! ¿Qué tiene de asustadizo ese nombre?
BALT. Nada! nada! Pues si es un nombre muy simpático!... (Eugenio! Eugenio se llama el bribon...) No caigo! no caigo... si conozco algun Perez...
ISAB. Este de quien te hablo es un gran poeta, y me llama la atencion no le conozcas, porque segun tú me has dicho, en el Casino donde tú vas, asisten casi todos los escritores...
BALT. Es cierto que van muchos! Pero qué quieres tú de ese señor Perez?

ISAB. Te lo diré. Al salir de Aranjuez esta mañana, me encontré sin ningun libro con que entretenerme; pregunto si los vendian en la estacion y me dijeron que no. Tú sabes lo que me fastidia viajar sin libros!... Venia diciendo esto á Lucía, y lamentando el atraso en que estamos en este país, donde en vez de vender libros, solo le ofrecen al viajero agua y aguardiente, cuando un compañero de viaje, me ofreció un precioso tomo de poesías...

BALT. (¡Respiro!)

LUCIA. (Ahora le habla de poesías, en vez de hablarle de mi Pablito.)

ISAB. El caballero aquel no tenia mas que el primer tomo y yo desearia conocer toda la obra, y al autor si es posible: por eso te he preguntado... En el entretanto quiero que la compres, ó mejor que eso, daré el encargo á Adolfo que lo ejecutará mas pronto que tú. ¿Dónde está Adolfo?

BALT. Ha salido ya... Me ha dicho que iba á tomar un poco el fresco.

ISAB. Con el frio que hace?... Ah! héle aquí!...

ESCENA IX.

DICHOS y ADOLFO con el diccionario, que viene foro izquierda.

BALT. (Respiro!... Ya le habrá encontrado.)

ADOL. Buenos dias, señoras. Qué tal ha sido el viaje? (Que me le he dejado aquí!)

BALT. (El qué?)

ADOL. (El sombrero!)

ISAB. Muy bueno! Apenas le he sentido, embriagada en la lectura de unas poesías.

BALT. (Dónde le ha dejado usted?)

ADOL. (Qué sé yo!... Si me aturde usted!...) Me alegro.

LUCIA. De quién es este sombrero tan mojado?... Perez!...

BALT. (Me morí!... Cójale usted!...)

ADOL. Ah! Sí... es de... Perez!

ISAB. Qué simpático es ese nombre para mí desde esta mañana!...

BALT. (Y para mí lo mismo!)

ISAB. Pero cómo está este sombrero aquí?

BALT. (No me abandone usted...) Nada!... que hay coincidencias... mas raras... (Ayúdeme usted!...) Verás... anoche en el Casino... donde estuve un momento... cogí equivocadamente... el sombrero ese, que debe ser de Perez... y ese señor Perez... probablemente se llevaria mi sombrero... Adolfo iba ahora á buscar á Perez para darle su sombrero... y que Perez me devolviera mi sombrero... (Pues señor, no salgo de la sombrerería!... Sáqueme usted por Dios.)

ADOL. Eso es todo.

ISAB. Y para decir una cosa tan natural... balbucea tanto.

ADOL. (Usted sabe los Perez que hay en Madrid conocidos segun este libro?... seiscientos ochenta y nueve...)

BALT. (Horror!...)

ISAB. De modo que sabes dónde vive Perez?

BALT. Seiscientos ochenta y nueve.

ISAB. Qué dices? Si te pregunto qué calle!...

BALT. Qué calle?

ISAB. Parece que estás tonto!... Te pregunto que en qué calle vive el señor Perez.

BALT. (Eso es lo que yo quisiera; saberlo. Adolfo! Adolfo, sálveme usted porque yo me ahogo.)

ADOL. La calle no la sabemos á punto fijo, pero en el Casino nos darán las señas exactas.

ISAB. Búsquele usted, Adolfo... búsquele usted, y averigüe si es el autor de unas poesías muy poéticas que he leido hoy.

BALT. Sí, amigo mio; tráigalo usted... (muerto mejor que vivo.)

ADOL. Voy á complacer á ustedes. (Esta gente me va á

convertir en perro de aguas!...) (Desaparece por el foro izquierda un momento, y vuelve á salir oportunamente.)

LUCIA. Mamá, le hablas de eso, ó nó?

ISAB. Voy, hija mia; voy.

ADOL. Dónde he dejado el Diccionario?

ISAB. Qué Diccionario?

ADOL. El que traia en la mano antes.

BALT. Aquí está, hombre, aquí está. Todo lo pierde usted hoy.

ADOL. (Como no pierda la cabeza no será malo!) Venga.

ISAB. Y para qué quiere el Diccionario?

BALT. Para leer. Le pasa lo que á tí, que no puede ir en coche sin leer.

LUCIA. Mamá!

ISAB. Voy, mujer, voy. Baltasar... tengo que hablarte de un asunto muy importante.

BALT. A mí?

ISAB. Sí, supongo no habrás olvidado que Lucía va á cumplir pronto veinte años, y es preciso pensar en establecerla.

BALT. Qué casualidad mas rara!... Lo mismo pensaba decirte yo.

LUCIA. (Qué gusto!)

ISAB. Entonces debemos hacerte una confianza.

BALT. La supongo. (Digo, Adolfito, si es listo!... Ya las habia hablado del asunto!... Me creen ciego!)

ISAB. Baltasar, el corazon de Lucía ha hablado ya.

BALT. Cómo es eso, señorita? Usted deja hablar á su corazon sin el permiso de su papá?

LUCIA. Vamos... no me diga usted esas cosas, que me dá mucha vergüenza!...

ISAB. Déjala, hombre, déjala. Tratemos el asunto con formalidad. Lo primero es que sepas quién es el favorecido, porque no le conoces.

BALT. Qué no le conozco? Deveras?

ISAB. No.

BALT. Vamos, quién es? quién?

ESCENA X.

DICHOS, BAUTISTA.

BAUT. El barbero está esperándole á usted, y la modista espera en la sala á la señora.

BALT. Voy, voy al momento. Un barbero no debe esperar... la impaciencia podia alterarle el pulso... aguardarme un momento y seguiremos tratando de ese asunto tan agradable para mí.

LUCIA. (Ni que lo hiciera á propósito!... qué fastidio!...)

BALT. Bautista, oye. Si viene alguno á buscarme, que no estoy en casa...

BAUT. Está muy bien.

ISAB. Bautista... vé á la librería de Bailly-Bailliere y pregunta si tiene unas poesías que se titulan «Los gritos del corazon,» de Eugenio Perez, y cómpralas si hay algun ejemplar.

BAUT. Corriente. (Váse.)

ISAB. Ya has oido á papá que está dispuesto á complacerte; espérale aquí si quieres, vuelvo al instante, voy á ver qué quiere Angelita.

ESCENA XI.

LUCIA, á poco DON EUGENIO y ANITA, foro izquierda.

LUCIA. Me extraña la tardanza de Pablito, y eso que me aseguró que vendria temprano; tengo un deseo de que conozca á papá...

ANITA. Señorita, aquí hay un caballero que dice tiene que hablar con el amo.

LUCIA. Que pase enseguida! Si será él? Ay! cómo me palpita el corazon!...

ANITA. Pase usted.

LUCIA. (Ah! No es él!)

EUG. Buenos dias... Desearia ver al señor don... (Mirando el interior del sombrero.) Don Baltasar Casamon.

LUCIA. Tenga usted la bondad de sentarse, si gusta, y espérele un momento, ahora saldrá. Si usted me dá su permiso...

EUG. Usted le tiene.

ESCENA XII.

D. EUGENIO.

EUG. Es muy amable esta niña, y muy mona!... (Al sacar el pañuelo del bolsillo deja caer dos ó tres tarjetas.) Eh?... qué es esto?... Mis tarjetas! Las que ha mandado hacer mi esposa para darme *bombo*, como ahora se dice. Ella lo entiende mucho!... me ha encargado que á todas las casas que vaya dé una al criado para anunciarme, porque sobre ser un rasgo muy fino y de buena crianza, sirve para hacer publicidad. ¡Y qué bien suena!... «Don Eugenio Silvestre, profesor de caligrafía, autor de un nuevo método de escritura.» Pero soy tan distraido que nunca me acuerdo de dárselas á nadie... Dejaré dos ó tres sobre este velador por si cae alguna leccioncilla... Caramba y qué bien puesta tiene la casa el señor Casamon. Se conoce que no es maestro de escuela!... Y digo!... Los sombreros que usa!... lloviendo como llovia anoche... nuevecito!... vamos, debe ser progresista de los que cobran!... Sí; eso debe ser... cuando cena en Fornos. En cambio yo, que esparzo la luz, solo he conseguido ver cenar y estrenar sombreros los años bisiestos... Cómo estaría anoche el amigo, cuando no notó que se llevaba mi sombrero por el suyo. Yo puse el mio encima de una mesa del restaurant donde voy á última hora á dar leccion de escritura á un camarero que quiere ser regidor cuando vuelva á la tierra. El hombre estaba tambien distraidillo con su pareja que no notó!... Ay! qué felices son... los que lo son.

ESCENA XIII.

DON EUGENIO y BAUTISTA, á poco ANITA.

BAUT. El librero no ha oido... Calle!... por dónde ha entrado este hombre. Espera usted á alguien?

EUG. Al señor don... (Mira el fondo del sombrero.) Don Baltasar Casamon.

BAUT. Ahora es ella! (Este es el del sombrero de anoche, al que tenia el amo tanto miedo que no queria recibir; sin duda Anita le ha abierto mientras he ido á la librería.)

EUG. (Creo que está hablando solo!... mal síntoma.)

BAUT. (Yo debo salvar al amo con cualquier embuste.) Perdone usted si me atrevo á preguntarle si es la doncella la que le ha abierto la puerta.

EUG. No puedo asegurarle á usted si ha sido una doncella, aunque á mí me parece que sí.

BAUT. Y le ha dicho que don Baltasar estaba en casa?

EUG. Eso; sí, señor.

BAUT. Siempre está en bábia esa chica. Se ha equivocado, porque el amo salió ya hace rato.

EUG. Bah! Bah!...

BAUT. Créalo usted; y de seguro no volverá á casa hasta mañana ó pasado.

EUG. El equivocado debe usted ser seguramente, porque la hija de don Baltasar me ha dicho que esperara aquí un momento á su papá.

BAUT. Eso es otra cosa. Habrá vuelto sin que yo le haya visto.

EUG. (Yo sí que te he visto.)

BAUT. (Y cómo saco al amo de este apuro, sin que la señora vea á este hombre?)

EUG. (Cuando digo yo que este criado no está bueno!...)

BAUT. (Ya sé!... Voy á meterle miedo!)

EUG. (Que me escama! Vamos, que me escama!)

BAUT. Anita! Anita!

ANITA. Llamaba usted?

BAUT. Sí; sabe usted si han traido ya unos sables y unas pistolas que compró el amo ayer? (Si le interesa á usted su vida diga usted que sí!...)

ANITA. (Qué enredo es este?) Sí, creo que sí. (Es eso todo?)

BAUT. Pues hágame usted el favor, Anita, de llevarlas al gabinete donde el amo tiene las otras.

ANITA. Enseguida. (Bautista se ha vuelto loco.)

EUG. Don Baltasar es aficionado á las armas, eh?...

BAUT. El amo le pega un tiro á un mosquito á treinta varas.

EUG. Pegar es.

BAUT. Como usted lo oye, señor de Perez! Y desgraciado del que se meta con él, porque le ensarta!

EUG. (Por qué me llamará á mí Perez este hombre?)

BAUT. No extrañe usted le haga una pregunta sobre lo de anoche, porque como usted comprende me interesa...

EUG. (Lo dicho, este criado está tocado.) Diga usted... diga usted!...

BAUT. En qué quedaron los porrazos de anoche?

EUG. Qué porrazos?

BAUT. Los que hubo despues de cenar!...

EUG. (Está loco!... nada, le llevaré la corriente... Cada loco con su tema.) Creo que se arreglará.

BAUT. Me alegro!... No deje usted de arreglarlo porque el amo es atroz. El último desafío que tuvo, fué con un coronel, á pistola, á no sé cuántos pasos. Tira el coronel, el amo apunta á la bala, y en mitad del camino la paró.

EUG. (Pues tu no paras, sino que vas derechito á Leganés.)

BAUT. Qué le parece á usted?

EUG A mí, bien. (Es preciso no llevar á los locos la contraria.)

BAUT Conque bien?

EUG. Es claro.

BAUT. (Este hombre es de acero.) El amo.

ESCENA XIV.

DON BALTASAR y DICHOS.

EUG. Caballero!...
BALT. Caballero!... (¿Quién es este hombre?)
BAUT. (El del sombrero; el de anoche; el de Fornos.)
BALT. (Cómo!... Y á tí quién te ha dicho?...)
BAUT. (Ya lo sabrá usted!)
BALT. (Por qué le has dejado entrar?)
BAUT. (No he sido yo; ha sido Anita. No se fie usted de él, porque debe ser un espadachin.)
BALT. (No te vayas muy lejos, por si acaso!...) Perdone usted; le estaba dando unos encargos al chico...
EUG. Creo que es el señor Casamon á quien tengo el honor de hablar.
BALT. Ciertamente. (Qué mala cara tiene!)
EUG. Pues yo venia...
BALT. (Y mi mujer que andará por las habitaciones inmediatas...)
EUG. (Parece que no me ha oido! Si será sordo?) (Alzando la voz.) Caballero... yo venia...
BALT. Suplico á usted que baje la voz.
EUG. Perdone usted... yo venia para devolverle á usted...

ESCENA XV.

DICHOS y DOÑA ISABEL, foro derecha.

BALT. (Mi mujer!... me lo figuraba.)
ISAB. Te creia solo.
BALT. Nó; estaba ocupado con este caballero.
ISAB. Me retiro.
EUG. No señora; mi asunto es muy sencillo... Venia á traer al señor Casamon...
BALT. Isabel, creo que te llama Lucía.

ISAB. Nó... no oigo nada... Decia usted, caballero...

BALT. (Para cuándo son los terremotos!)

EUG. Nada; que venia á recojer el mio.

ISAB. Sí; mi marido acaba de contarme el cambio y hace un rato le ha enviado el suyo con un amigo.

EUG. Ah!

BALT. De modo...

ISAB. Ya que se ha incomodado usted, siéntese y espere un momento; es natural que, no encontrándole en su casa la persona que se lo ha llevado, vuelva aquí enseguida.

BALT. (Y le hace sentar!)

EUG. Con su permiso.

ISAB. Es usted muy dueño.

EUG. (Qué señora tan amable!)

ISAB. (Será este el autor de aquellos versos?... Me parece algo feo... Aunque en los ojos tiene un no sé qué...) Inútil es preguntarle si asiste al mismo círculo que mi marido, porque allí creo que ha sido donde cambiaron ustedes...

BALT. Sí, allí fué... (No me desmienta usted.)

EUG. (No quiere que su mujer sepa que vá á Fornos á última hora... lo comprendo.)

ISAB. Allí creo se reune todo lo más distinguido de Madrid en ciencias, en artes y en literatura.

BALT. (Diga usted que sí.)

EUG. Ya lo creo!... Casi todos los periodistas y poetas...

ISAB. (¿Cómo haré para saber si es el autor?) Yo he conocido muchas familias del apellido Perez.

BALT. (Qué suplicio!)

EUG. Sí, eh? (Que conversacion tan extravagante!) Yo tambien he conocido algunas.

ISAB. Naturalmente. (Nada, no lo consigo.) Me perdonaria usted la indiscrecion de preguntarle su nombre... su nombre propio...?

EUG. Eugenio... Eugenio... Silvestre, para servir á Dios y á usted. (Pues no es poco curiosa!)

ISAB. (Él es, no hay duda. Eugenio Silvestre Perez; no hay como los poetas para tener nombres bonitos!...) Con que es usted...

EUG. Sí, señora; creo que soy yo.

ISAB. No sabe usted cuánto celebro la casualidad que me ha proporcionado el gusto de conocerle.

EUG. Muchas gracias... (Si no sé de qué me habla.)

ISAB. No puede usted figurarse qué rato tan delicioso me ha hecho pasar esta mañana su libro de usted.

EUG. (Acabáramos.) Usted me confunde, señora. (Mi mujer no lo va á creer cuando le diga el efecto que ha hecho mi obra.)

BALT. Isabel, la conversacion tan agradable de este caballero te hace olvidar que estamos abusando...

EUG. De ninguna manera.

BALT. El tiempo es precioso para el señor, y cuando Adolfo no viene, es que sin duda le está esperando en su casa.

ISAB. Tienes razon y pido mil perdones á este caballero por haberle entretenido!... Pero son tan raras para mí las ocasiones que tengo de hablar á un hombre de talento...

BALT. (Gracias por la parte que me toca!...)

EUG. Usted me confunde.

ISAB. Adios, espero no será esta la última vez que venga usted á honrar esta casa.

EUG. El honrado seré yo.

ISAB. Adios, señor don Eugenio.

EUG. A los piés de usted, señora. (Es muy amable y muy guapa esta jamona.)

ESCENA XVI.

DON EUGENIO y DON BALTASAR.

BALT. Le agradezco á usted mucho su comportamiento, él me indica que es usted un hombre de corazon.

EUG. Creo que sí.

BALT. Usted ha comprendido desde el primer momento que yo arriesgaba la paz de mi hogar si mi mujer sabia dónde me encontró anoche.

EUG. ¡Es claro!

BALT. Se lo agradezco á usted mucho. Tenga usted la bondad de decirme las señas de su casa.

EUG. Fuencarral 7. Pero usted debe saberlas, puesto que dice que allí me ha enviado mi sombrero.

BALT. Sí, señor. Perdone usted esta distraccion; yo debo á usted una visita y mil satisfacciones.

EUG. (Qué amable es.) No señor; de ningun modo, no acepto ninguna, y con su permiso me retiro, porque es tarde para mí y tengo que dar una leccion. (Váse foro izquierda.)

ESCENA XVII.

DON BALTASAR.

BALT. Bien dijo Bautista, es un maestro de armas!... por eso no quiere satisfacciones!... Lo que yo creí desde un principio... este hombre querrá un duelo, daremos un escándalo, y mi mujer acabará por enterarse de todo. Por qué fuí yo á Fornos? Por qué?

ESCENA XVIII.

DON BALTASAR, ISABEL y LUCIA.

ISAB. Se marchó ya el señor Perez?

BALT. Se marchó. (Y no del mundo que es lo que yo desearia.)

ISAB. Venimos para que continuemos nuestra interrumpida conversacion, sobre...

BALT. Lo dejaremos para otro momento, porque ahora tengo que salir para ocuparme de un asunto muy grave.

ISAB. No lo será más que el matrimonio de tu hija; porque has de saber que su prometido debe venir á verte y á pedirte su mano de un momento á otro... Verás cómo te gusta Lujan.

BALT. Qué es eso de Luján? La mano de Lucía la tengo ya dada á otro.

ISAB. Cómo á otro? Y á quién?

BALT. Al mejor de los hombres, á Adolfo que está loco por ella.

LUCIA. Es que yo no quiero mas que á Pablo.

BALT. Y á mí qué me importa ese quidan á quien no conozco? á quien tú quieres es á Adolfo.

LUCIA. Ni le quiero, ni le querré jamás.

BALT. Cómo te atreves á decir eso de un hombre que ha salvado la vida á tu padre! Tú le querrás si eres buena hija!

ISAB. Baltasar, reflexiona que nada tiene que ver lo uno con lo otro.

BALT. Que no? Pues se casará con él, y si no le quiere al principio le querrá con el tiempo; el matrimonio es cuestion de costumbre.

LUCIA. Antes me iré á un convento.

BALT. Cómo se entiende?

ISAB. Tiene razon en no sacrificarse á tu capricho.

BALT. Tambien tú te pones de su parte?

ISAB. Me pongo al lado de la razon.

BALT. No importa, se hará lo que yo disponga.

ISAB. Eso lo veremos.

BALT. Por visto.

ISAB. Ven, hija mia, ven. Puesto que nos amenazas nos coaligaremos, y ay de tí!

BALT. Id y dejadme en paz.

ESCENA XIX.

DON BALTASAR, despues BAUTISTA.

BALT. Sacrificar yo á Adolfo!... Nunca. (Toca un timbre.) Bautista. Trae mi clac.

BAUT. Al momento.

BALT. Voy á casa del señor Perez, á ver si arreglo pací-

ficamente el asunto, porque ya no me faltaba hoy mas sino un lancecito.

BAUT. Tóme usted. (Dándole un sombrero.) Ah! un mozo ha traido esta carta para el señorito Adolfo, de parte de una jóven...

BALT. A ver, dame!... dame!.. de fijo es para mí!.. Yo dí á Amalia el nombre suyo por el mio!... De seguro es para mí. Veamos. «Estoy esperándote aún desde anoche.» Pobrecita! Ya decia yo que parecia muy buena! «Y siento más no hayas venido sabiendo en el estado en que me dejaste!» Malo era realmente. «Te lo perdono porque sé eres un hombre de honor!» Qué exigirá de mi honor esa niña? «Ven en cuanto recibas esta. Tuya, A.» Es claro! A. Amalia!... Esto solo me faltaba! Voy á buscarla. Ella vive calle de Peligros, segun me dijo, pero no sé el número! No importa, preguntaré y la buscaré hasta encontrarla, no sea que se le ocurra venir aquí y se arme la gorda! Bautista! (Llamando.) Mi sombrero.

BAUT. Si le tiene usted puesto.

BALT. Es verdad! No sé dónde tengo la cabeza!... Cuánto lio en un momento!... El duelo! El sombrero, esta niña, mi mujer, mi hija!... un casamiento!... Por qué fuí yo á Fornos? Por qué?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, LUCIA, á poco BAUTISTA por el foro; la primera está escribiendo en el velador. Toca un timbre.

BAUT. Señora...

ISAB. Bautista, creo poder contar con tu discrecion y voy á darte un encargo muy delicado.

BAUT. Mande usted, que sabré cumplirle fielmente.

ISAB. Así lo creo: conoces tú al señor don Pablo Lujan?

BAUT. Al que vino esta mañana? Al novio de la señorita? Ya lo creo!

LUCÍA. Calla!

BAUT. Y por qué lo ha de ocultar usted? Si fuera feo, lo entendería!... Pero como tiene usted muy buen gusto...

LUCÍA. Bautista!...

ISAB. Y dí, le conocerías si le volvieras á ver?

BAUT. Ya lo creo!... Si me ha hablado muchas veces, antes de irse fuera, de la señorita.

ISAB. De mí? Y qué te decia?

BAUT. Que era muy desgraciado!... que la ausencia le iba á matar.

LUCÍA. Ves, mamá, cómo siempre me ha querido de veras?

BAUT. Y tanto! Ahora usted debe hacerle olvidar los malos ratos que habrá pasado lejos de usted.

ISAB. Vamos, basta. Toma esta carta y llévala calle de Alcalá, 71, segundo, y entrégasela á don Pablo en propia mano.

BAUT. Corriendo.

ISAB. Te advierto que no quiero se entere mi marido de su venida á esta casa; para lo cual tan luego como tú le hayas dejado esa carta, te vuelves; á poco llegará él y le conduces á mi gabinete. Te repito que no quiero que le vea nadie antes que yo.

BAUT. Descuide usted, que yo sé cómo se hacen esas cosas.

ISAB. Pues anda.

BAUT. A escape.

ESCENA II.

ISABEL y LUCIA, á poco ADOLFO con el sombrero y el Diccionario, por la primera puerta derecha.

LUCIA. Cuánto tengo que agradecerte, mamá.

ISAB. Nada, cumplo con mi deber de madre. Creo que Pablo puede hacerte dichosa, y trabajaré cuanto pueda porque con él sea con quien te cases. Le mando venir en esa carta para que juntos, y de acuerdo, luchemos contra tu padre y su amigo.

LUCIA. Qué manía le ha dado por Adolfo.

ISAB. Ya le pasará. Retírate hácia aquí, que se nos acerca un enemigo.

ADOL. Ay! no puedo mas. Ya es bastante por hoy. (Dejándose caer en una butaca.) Perdonen ustedes, no las habia visto al entrar. (Isabel y Lucía figuran hablar y no le hacen caso.) (Parece que no me han oido.) Buenas tardes, señoras!... Nada! Don Baltasar no está? Se están burlando de mí? (Alzando la voz.) Pregunto si está don Baltasar!...

ISAB. Habla usted con nosotras?

ADOL. Me parece que sí.

ISAB. Perdónenos usted; estábamos entretenidas en nuestra conversacion...

ADOL. Si estorbo...

ISAB. Calle usted por Dios!... De ningun modo!... El salvador de mi marido!...

LUCIA. El salvador de mi padre!...

ADOL. Señora...

ISAB. Una persona tan discreta...

LUCIA. Tan delicada...

ISAB. Que no exige recompensa por los favores que hace...

LUCIA. Pero que pretende imponerse á una mujer que no le quiere...

ADOL. Qué dice usted?... Permita...

ISAB. Usted es quien ha de permitir que nos retiremos.

LUCIA. Le dejamos libre el campo.

ADOL. Señorita...

ISAB. No se moleste usted.

ESCENA III.

ADOLFO.

ADOL. Se han estado burlando de mí, y en mi cara. Esto solo me faltaba para que esta casita concluyera por fastidiarme del todo. Decirme á mí que abuso... que se me recompensa... ¿y con qué me paga á mí su marido el que yo me vuelva tísico, y lo consigo á pocos dias como el de hoy? He subido á

cinco pisos terceros que representan seiscientos escalones. Hay que tomar una resolucion, y pronto. (Al tomar el sombrero se fija en la tarjeta que dejó en el primer acto don Eugenio.) Eh?... qué es esto? Eugenio Silvestre!... El padrastro de Aurora!... Habrá venido á buscarme aquí? Qué tonto soy! Ni me conoce ni me ha visto en su vida, ni sabe nada de... Ahora caigo en que yo mismo habré dejado aquí esta tarjeta que me dió su hija el otro dia para repartirlas entre mis amigos, á fin de darle bombo, como ellas dicen! (Dejándose caer en una butaca.) Ay! no puedo mas!... no puedo mas.

ESCENA IV.

ADOLFO y DON BALTASAR, que sale primera puerta derecha, y se sienta en la butaca que hay cerca de la puerta.

BALT. No puedo mas!... No puedo mas!... deberia prohibir el gobierno hacer los pueblos tan grandes.

ADOL. Mi mosca!

BALT. Adios, Adolfo!... Sabe usted si está por ahí Bautista?

ADOL. No. (No le faltaba mas que encargarme tambien sus criados.)

BALT. Y sabe usted si ha venido á buscarme una jóven?...

ADOL. No.

BALT. Me habré equivocado. Creí haberla visto dentro de un coche de alquiler en la calle de Alcalá... eché á correr trás él, que contra su costumbre venia al trote, y despues de haberme medio reventado, le perdí de vista.

ADOL. (Cuando te perderé yo á tí!)

BALT. Ay! amigo mio! amigo mio! qué desgraciado soy.

ADOL. Yo no soy ya amigo de usted.

BALT. Cómo!...

ADOL. Como usted lo oye. Me voy de su casa, me voy

de Madrid, me voy de España, porque me voy á ir del mundo, si sigo aquí mas tiempo.

BALT. Se ha vuelto usted loco?

ADOL. Poco menos. Usted ha empezado, y su mujer y su hija han dado el golpe de gracia. Sí, señor. Sepa usted que una y otra han estado aquí, burlándoseme, insultándome y acusándome hasta de interesado.

BALT. Ya sé lo que es... ya sé lo que es. La culpa la tiene ese señor Lujan?

ADOL. Qué Lujan?

BALT. Nadie, no haga usted caso; yo las arreglaré á las dos; le darán á usted cuantas satisfacciones quiera; no faltaba más!... Y discúlpelas, pues la verdad es que cuando las mujeres se ponen nerviosas... no saben ni lo que dicen.

ADOL. Es que usted ignora...

BALT. Déjelas usted, déjelas usted y vamos á pensar sériamente en los peligros que ahora me cercan.

ADOL. Otro nuevo?

BALT. Me ha escrito.

ADOL. Quién?

BALT. Amalia.

ADOL. Qué Amalia es esa?

BALT. Mi amiga de anoche.

ADOL. Ah!

BALT. Me dice que me espera; que confia en que no la abandonaré. He ido á la calle de Peligros, donde me dijo que vivia, pero como no sé el número he estado tres horas subiendo y bajando escaleras, y preguntando sin resultado alguno!... Porque mi intencion era comprar su silencio á cualquier precio y decirle mi posicion para que me deje en paz.

ADOL. Bien pensado!... y qué mas?

BALT. Qué? Que Perez ha venido!... que estuvo hablando con mi mujer un rato! Despues quise darle algunas explicaciones que no quiso oir, y se marchó

dejándome las señas de su casa, pero seguramente eran falsas, porque por allí no vive ningun Perez.

ADOL. Habrá querido evitar su presencia!... No querrá admitir mas que un duelo.

BALT. Es que yo no me bato ni con él, ni con nadie.

ADOL. Tal vez sea ese el mejor medio de salir del apuro. Despues de todo, un duelo casi es sinónimo de un almuerzo.

BALT. Cree usted eso? pues hagamos una cosa; usted se bate y yo pago el almuerzo.

ADOL. No me faltaba mas. Hoy me ha condenado usted á trabajos forzados y mañana á muerte.

BALT. No dice usted que el batirse no es nada!...

ADOL. Poco menos.

BALT. Veamos si lo podemos arreglar pacíficamente. Lo mejor es que usted le vea; ya sabemos que se llama Eugenio, que es poeta. Con estos detalles, es mas fácil encontrarle.

ADOL. Qué, quiere usted que le vuelva á buscar?

BALT. Si no creyera abusar de usted...

ADOL. Qué! .. Nada de eso!... Voy ahora mismo!... (Donde me voy ahora es á casa de mi guantera, de mi novia, que me estará esperando desde ayer.)

BALT. Ah! modelo de amigos! Cuánto le debo á usted.

ADOL. Nada, eso no es nada! (Como tú no encuentres á Perez hasta que yo le busque, ya estás fresco!...) Hasta la vuelta. (Se va primera puerta derecha.)

ESCENA V.

DON BALTASAR, á poco BAUTISTA.

BALT. Adolfo!... Tóme usted un coche!... no se canse usted! Qué hombre!... Qué hombre!... La Providencia le ha puesto en mi camino como mi Angel bueno!... Qué ingratas son las mujeres!... Mi hija no ama á un hombre como ese! Qué buscas?

BAUT. El señorito Adolfo!...

BALT. Ha salido en este momento, qué le quieres?

BAUT. Darle esta carta que ha traido el mismo mozo de esta mañana, y de parte de la misma persona.

BALT. Dame, dame... (Abre y lee la carta.) Me cree enfermo porque no he ido... vá á venir aquí... ¿Dónde está el que ha traido esta carta?

BAUT. No estará muy lejos.

BALT. Es preciso que yo le vea... Es preciso...

BAUT. Señor!... Señor!... si se ha ido por la otra escalera!...

ESCENA VI.

DON EUGENIO, foro izquierda; á poco DON PABLO, foro derecha.

EUG. No se moleste usted, gracias; conozco la casa, estuve esta mañana. Calle! No hay nadie!... Pues aquí espero, y no me voy esta vez sin que me dén mi sombrero. Me dicen esta mañana que me le habian enviado á mi casa, voy allí y no ha parecido nadie; me quedé esperando, y pierdo dos lecciones por su culpa. Si en vez de estarme tan chico, me fuera grande, le hubiera puesto por dentro unos papelitos y en paz. No me fastidiarian más!.. Quién será este jóven? Será de la familia?

PABLO. Beso á usted la mano.

EUG. Servidor...

PABLO. No extrañe usted mi turbacion al dirigirme á usted.

EUG. Usted se equivoca sin duda: yo...

PABLO. No señor, sé que... (Ahora no me atrevo á decirle nada.)

EUG. (Vaya un tipo!...)

PABLO. (Ánimo!) Usted debe saber que estos seis últimos meses los he pasado en Rusia.

EUG. No señor, no sabia nada... Pero usted debe con-

fundirme con algun otro. A quién tengo el honor de hablar?

PABLO. Cómo que no sabe usted nada!... usted se equivoca, ó no se digna entenderme!... Soy Pablo Luján.

EUG. Luján!... Ah! sí!... ya caigo!... Vaya!... vaya!... Con que usted es Luján? Me alegro! (Pues no sé quién es!)

PABLO. Desde luego supongo que ya sabe usted el objeto de mi peticion.

EUG. No!... digo, sí. (Pues señor, él parece que me conoce mucho y yo no recuerdo...!) Si tuviera usted la bondad de indicarme algo... puede que yo... explíquese usted.

PABLO. Es muy justo que lo haga. En primer lugar le diré á usted que soy hijo único.

EUG. Me alegro! con eso no le fastidiará la familia.

PABLO. Pertenezco á una familia honrada.

EUG. No lo dudo.

PABLO. Mi abuelo fué oficial de marina, mi padre ingeniero civil, y yo sigo la carrera diplomática.

EUG. Son muy bonitas carreras las tres. (Y á mí qué me importará todo esto!...)

PABLO. Ahora querrá usted saber mi posicion y mi fortuna!

EUG. Me es igual; pero si usted tiene gusto en decírmelas!...

PABLO. Sí señor, tengo veinte mil duros que me dejó un tio...

EUG. Es muy bonito recuerdo.

PABLO. Quince mil que me legó mi padre, y veinticuatro mil reales de sueldo al año como segundo secretario de la embajada de Rusia. Con que ya sabe usted cuál es mi posicion y mi fortuna.

EUG. Ha sido usted muy amable. (Será costumbre entre las gentes de tono contarse sus cosas!... Voy á pagarle su franqueza.) Ahora me toca á mí. Mi padre tuvo diez hijos, yo fuí el octavo ó el noveno... no

me acuerdo bien.... mi juventud la pase....

PABLO. No se moleste usted.

EUG. Sí señor! Mi juventud la pasé...

PABLO. Le suplico...

EUG. Nada! nada!... Mi juventud la pasé...

PABLO. No me haga usted la injuria de creer... yo solo quiero la mano de su hija.

EUG. Eh?

PABLO. Y mi única ambicion es que usted me la conceda.

EUG. Siéntese usted, siéntese usted y hablaremos formalmente!... (Semejante partido para mi hija!... Oh! felicidad!...) (Pablo vá á sentarse en la silla que hay al lado del velador donde está el sombrero que habrá dejado don Eugenio. Al devolverle vé la tarjeta en el fondo.) Oh! cuidado con mi sombrero!...

PABLO. Perdone usted. (Tiene su tarjeta! ojalá la hubiera puesto en el suyo mi borracho de anoche.)

EUG. Y dígame usted, ¿cómo ha sabido que me encontraria aquí?

PABLO. Su señora me lo ha dicho.

EUG. Ha visto usted antes á mi mujer?

PABLO. Sí señor.

EUG. Vamos, ya! (Le dije que de aquí no me movia...) Y ha dado á usted su consentimiento?

PABLO. Oh! Sí señor; y su hija tambien!

EUG. Entonces no hay mas que hablar.

PABLO. Consiente usted?

EUG. Con el alma y la vida.

PABLO. Cómo espresar á usted mi gratitud!...

EUG. Haciéndola muy feliz, porque la quiero como si fuera mi hija.

PABLO. No entiendo...

EUG. Sí, yo no soy más que padrastro!

PABLO. Y cómo lleva el mismo apellido de usted?

EUG. Porque mi mujer estuvo casada en primeras nupcias con un primo mio.

PABLO. Ah! ya! Lo ignoraba.

EUG. Sí, señor; conque asunto concluido. Y cuándo se hace esa boda?

PABLO. Lo más pronto posible.

EUG. Me alegro. Así se deben hacer esas cosas!... de golpe y porrazo.

PABLO. No me perdono el miedo que me ha hecho usted pasar.

EUG. Yo?

PABLO. Me habian asegurado que mi peticion no encontraría buena acogida en usted por un tal Adolfo Montero.

EUG. Sí; algunas personas me han dicho algo de ese jóven que andaba haciendo arrumacos á mi hija. Pero despues me han convencido en casa de que es sólo un buen parroquiano para gastar guantes y nada más.

PABLO. (Es muy bromista mi suegro!) Si usted me lo permite me retiro á casa á tranquilizar á mi madre y darle esta buena noticia.

EUG. Es muy justo.

PABLO. Pasaré antes á despedirme de esas señoras y á participarlas mi alegría.

EUG. Vaya usted... vaya usted!... (¡Qué cumplido es!)

PABLO. Hasta despues; usted me reconocerá por su hijo.

EUG. Sí, hijo, sí... ven á mis brazos. En mí encontrará usted un padre!... Sí, un padre... y vaya usted con Dios!... (Vase D. Pablo por el foro.) Me ha enternecido este hijo que me ha salido! Qué ocultas que tenia mi hija estas relaciones diplomáticas! Y á todo esto no vuelve el señor de Casamon. El tiempo pasa y me va á hacer perder por su culpa otra leccion.

ESCENA VIII.

DON EUGENIO, ADOLFO; éste deja su sombrero en la silla del foro y el Diccionario en el velador fondo derecha.

ADOL. ¡Gracias á Dios que le encuentro!

EUG. Para servir á usted. (Este es sin duda el que debe darme mi sombrero.)

ADOL. Tenga usted la bondad de oirme con calma. Empiezo por decirle á usted que hasta hace media hora escasa nada sabia.

EUG. Cómo no?

ADOL. Créalo usted. Ella me habia escrito, pero sus cartas no han llegado á mí... Voy ahora á su casa... tan tranquilo... Me lo ha dicho todo! En vista de semejante revelacion, sé lo que hacer me toca... Sé lo que el honor manda... Me dijeron habia usted venido aquí, y sin detenerme un instante he corrido en su busca, y aquí me tiene usted.

EUG. Lo celebro, porque así acabaremos más pronto.

ADOL. Qué le diré á usted que usted mismo no comprenda! Los dos somos jóvenes, nos queremos mucho!... sírvanos esto de disculpa.

EUG. Pero qué dice usted?

ADOL. Sí, señor; yo estoy dispuesto á repararlo todo. Sepa usted que pertenezco á una familia honrada.

EUG. Ya lo sé. (Ahora vá este tambien á contarme su historia.)

ADOL. Mi abuelo fué...

EUG. Ya lo sé; oficial de marina.

ADOL. No señor, boticario. Mi padre...

EUG. Perdone usted; qué necesidad tengo yo de saber...

ADOL. Tiene razon, que antes deberia haber dado este paso!... Pero usted es bueno, indulgente, usted me perdonará cuando vea cuánto la amo.

EUG. (Este es otro loco como el criado que ví esta mañana. Se conoce que en la casa abundan.) Bueno, tranquilícese usted.

ADOL. Sí señor, cuando nos haya perdonado. Nuestro placer será llenar de encantos su vejez; sus nietecillos alegrarán sus últimos dias.

EUG. Pero de qué demonios habla este hombre?

ADOL. Vamos, abra usted sus brazos al mas culpable de todos los yernos.

EUG. Yerno?

ADOL. Y sobre todo sea usted indulgente y no trate mal á Aurora.

EUG. A mi hija? Y por qué?

ADOL. Usted no sabe nada?

EUG. De qué?

ADOL. Yo creí que ya se lo habian dicho!

EUG. Pero el qué?

ADOL. Todo.

EUG. Todo qué? Ay! ay! que me mareo! Siempre que entro en esta casa me sucede lo mismo. Quién es usted?

ADOL. Adolfo Montero.

EUG. Ah! Bien! (Este es el parroquiano de mi hija.) Bueno, y qué?

ADOL. Cómo y qué?

EUG. Sí, qué quiere usted de mí?

ADOL. Que me conceda usted la mano de Aurora, y con ella su perdon, porque ya le dije antes que estoy dispuesto á todo.

EUG. Si hubiera usted empezado por el principio, nos hubiéramos ahorrado media hora de conversacion y de mareo. Me es imposible acceder á su peticion porque acabo de concedérsela á don Pablo Luján.

ADOL. Es que ese matrimonio no se efectuará.

EUG. Cómo es eso, amiguito?

ADOL. Su hija de usted no quiere á nadie mas que á mí...

EUG. Eso es lo que usted cree.

ADOL. Cómo que creo yo? pues y las pruebas?

EUG. Pruebas, pruebas!... No sea usted inocente!... qué mas prueba que haber autorizado al otro para pedirme su mano?... Qué quiere decir esto?... Que la adora, hombre, que la adora! Pues es claro!

ADOL. Eso no es verdad.

EUG. Oiga usted!... A mí nadie me insulta, ni me deja por embustero.

ADOL. Pues si es verdad lo que usted dice, la mato!

EUG. Se lo prohibo á usted terminantemente.

ESCENA IX.

DICHOS, DON BALTASAR, puerta primera izquierda.

BALT. No he podido hallarle!... Dios! Perez con Adolfo!

ADOL. Usted verá si la mato!

EUG. Eso lo veremos.

ADOL. A usted y á ella! y á ella y á usted!

EUG. Cómo se entiende!... A mí amenazas?...

ADOL. A usted y al mundo entero.

BALT. Señores, qué es eso?... Vamos, Adolfo!... Vamos, cálmese usted, y hágame el favor de retirarse... Se conoce que ahora está arrebatado y...

EUG. Me retiro, sí señor, pero nos volveremos á ver; y en el entretanto le diré á usted tambien que cuando uno tiene locos en su casa, los encierra. Si señor; los encierra. (Váse por el foro.)

BALT. Que amistad la de ese hombre!... por mí quiere matar á Perez.

ESBENA X.

DICHOS, ISABEL y LUCIA, foro izquierda.

ISAB. Qué voces son estas?... Qué pasa aquí?

BALT. Nada, hija mia! una pequeña cuestion que ya pasó!... Vamos, tranquilícese usted, y á no pensar mas en eso.

ADOL. Ahora estoy pensando en por qué el otro dia no dejé arder el wagon!... Así me hubiera ahorrado el venir á Madrid foco de ingratitudes y perfidias. No importa, en este mismo momento me vuelvo á Andalucía.

BALT. Por qué?

ADOL. Por nada. Adios, señoras; perdónenme ustedes si las he molestado alguna vez sin querer, y usted, don Baltasar, me hará el favor de decir á esa ingrata que me voy de Madrid por no hacer alguna barbaridad con el señor de Luján.

ISAB. Cómo es eso?

LUCIA. A Pablo?...

ADOL. Sí, señoras; á pesar de mi bondad de carácter creo no poder contenerme si le hecho la vista encima.

BALT. Adolfo; tranquilícese usted por esa parte y despréciele usted, que no nos importa el señor Luján; ella se casará con usted, porque así debe ser, y será.

ISAB. Te atreverás á casarla contra su gusto? Eso es una tiranía!

LUCIA. (Primero me quedo para vestir imágenes.)

ADOL. Tienen razon! Nada á la fuerza sale bien!... Ya que la ingrata le prefiere, peor para él.

BALT. Le digo á usted que se casará, y se casará.

ISAB. Eres un veleta que mudas de opinion cada cinco minutos; no acabas de decir lo contrario hace un instante?

BALT. Yo?

LUCIA. Usted no le ha dado formalmente su palabra?

BALT. Eh!... Ya me falta la paciencia para toleraros. No las haga usted caso! Usted se casará!... Le empeño á usted mi palabra.

LUCIA. Ves, mamá?

ISAB. Eres un veleta, un mal padre!

ADOL. No merece la pena que tambien ustedes tengan disgustos por mi causa; yo le agradezco á usted su deseo y su interés; me retiro á arreglar mi maleta.

BALT. De ningun modo permitiré...

ADOL. Gracias, gracias por su interés, y ójala fuera usted su padre. (Se entra llevándose su sombrero.)

BALT. Cáscaras!... Oiga usted!

ESCENA XI.

DICHOS, y BAUTISTA foro izquierda.

ISAB. No te apures.

BAUT. Señor; una jóven pregunta por el señor Adolfo, para hablarle, segun dice, sobre una equivocacion de no se qué.

BALT. Cómo?

BAUT. Le he dicho que no está en casa, y se ha echado á llorar y á decir que es una infamia el haberla abandonado... y qué se yo cuántas cosas mas.

BALT. Basta! basta!... Dios mio!... Ella es!... voy á detenerla.

ESCENA XII.

DICHOS y D. PABLO. Puerta primera derecha.

PABLO. A los piés de ustedes.

BALT. Quién es este jóven?

ISAB. El señor de Lujan.

BALT. Me alegro!... Yo le diré... (A Bautista.) Sal y dí á esa jóven que se tranquilice; que don Adolfo irá á verla dentro de media hora.

PABLO. Qué es eso, Lucía, por qué llora usted?

LUCIA. Porque mi papá no quiere ya darme permiso para casarnos.

PABLO. Cómo es eso?... Y por qué?

ISAB. Porque quiere casarla con Adolfo Montero.

PABLO. Eso lo veremos.

BALT. Oiga usted, caballero!...

PABLO. No hablo con usted señor mio. Veremos con qué derecho pretende impedir que yo sea su marido!

BALT. Pero qué está usted diciendo?

PABLO. Le repito que no hablo con usted.

ISAB. Pablo, es preciso que usted le respete, porque al fin es su padre.
PABLO. Qué ha de ser su padre?
BALT. Canario!
ISAB. Qué está usted diciendo?
LUCIA. Pablo!...
PABLO. Es claro! Pues no es hija de su primo?
BALT. Señor de Lujan!... me dará usted satisfaccion de sus palabras.

ESCENA XIII.

DICHOS, y ADOLFO que sale sin sombrero, y con una maleta al oir las últimas palabras por la segunda puerta de la derecha.

PABLO. Pero quién es usted?
ADOL. El señor es don Pablo Lujan?... me alegro encontrarle.
BALT. Y era este hombre quien tú querias casar con Lucía?
ADOL. Qué escándalo!... Y acaba de concertar su boda con Aurora!...
PABLO. Pero qué dice esta gente?
TODOS. Con Aurora?
ADOL. Sí señores; con Aurora Silvestre.
LUCIA. Conque me engañaba?
PABLO. Este hombre está loco!...
ADOL. Sí señor, de ira! No lo niegue usted ahora! Si su padre mismo me lo ha dicho á mí!...
ISAB. Y cómo se ha atrevido usted á jugar así con una familia honrada?
PABLO. Aseguro á usted...
LUCIA. Infame! Querer casarse con dos mujeres!...
PABLO. Pero Lucia, suplico á usted...
ISAB. Lo que le suplicamos nosotras es que no vuelva á poner mas los piés en esta casa. (Vanse foro derecha.)
PABLO. Pero si no quieren oir...

ADOL. Hacen bien; así aprenderá usted á respetar á la mujer del prójimo.

PABLO. Oiga usted, caballero! Ya me falta la paciencia!... Si á esas señoras les he permitido sus reconvenciones, no tengo costumbre de tolerárselas á ningun hombre, y menos á usted.

ADOL. Precisamente deseaba yo decirle á usted lo mismo.

PABLO. Pues dígame usted dónde y cómo quiere que terminemos este asunto.

ADOL. Donde usted elija, y como usted quiera.

PABLO. Por mí en cualquier parte; el señor nos basta como testigo!... Él puede arreglarlo como mejor le parezca, y pronto!... para tener el placer de matarle á usted. (Váse.)

ADOL. Ó yo á usted. Ya lo ha oido usted, que queda encargado de arreglar las condiciones: yo voy á pedir las armas á un paisano mio que nos las dejará. Me alegro que esto haya terminado así; de este modo me desahogaré con él y pagará todos los disgustos de hoy.

BALT. Adolfo! Basta de lios y de sustos!... Tranquilicémonos todos, porque mire usted que yo que callo, tengo una buena píldora en el cuerpo.

ADOL. No señor! Caiga el que caiga, adelante!... Medite las condiciones, y que sean duras. Pronto vuelvo. (Se marcha por la primera puerta, llevándose el sombrero de Perez y dejando el suyo.)

ESCENA XIV.

BALTASAR.

BALT. Pero señor! cuánto enredo! cuánto lio! Y á todo esto á mí se me ha olvidado el mas gordo. El señor Luján dice que mi hija no es mi hija, sino hija de un primo, en cuyo caso el verdadero primo soy yo. Adolfo me habia dicho antes... ¡ojalá que fuera usted su padre! Que viene á ser lo que dijo el otro.

Aquí debe de haber por fuerza una equivocacion, y esa equivocacion no debe ser de mi mujer, á quien creo completamente incapaz de semejante equivocacion. Decididamente lo que aquí se necesita es mucho juicio y mucha calma para arreglarlo todo. En primer lugar, ese duelo que nó debe llevarse á efecto... Luego...

ESCENA XV.

DON BALTASAR. BAUTISTA, y á poco EUGENIO foro izquierda

BAUT. El señor de Perez, que quiere hablar con usted.

BALT. No me faltaba mas que este!... vendrá por su sombrero!... Que pase.

BAUT. Pase usted.

EUG. Buenas tardes.

BALT. Vendrá á buscar, como es justo...

EUG. Sí señor.

BALT. Le pido mil perdones por no habérsele enviado antes, pero hemos tenido un pequeño disgustillo: aquí le he visto yo hace un momento. Bautista. (Aparte á él.) Sabes tú dónde está el sombrero del señor?

BAUT. (Alto.) No señor.

BALT. Aquí estaba hace un momento. Tal vez esté en mi habitacion: vé á buscarle. (Bautista entra por la primera puerta de la izquierda.)

EUG. No puede usted figurarse lo que he sentido haber tratado á Adolfo tan duramente... Aunque la verdad es que no fué toda la culpa mia... Sino que estaba ofuscado!... Ya se vé!... el otro me aseguraba que tenia el consentimiento de la muchacha...

BALT. Qué dice este hombre?

EUG. Lo creí de buena fé, porque no tenia antecedente de lo que ocurria... Por eso ahora tengo mayor impaciencia por encontrarle.

BALT. (Pues como vale tanto su dichoso sombrero!...) Ya estaria en su poder hace rato, si no me hubiese usted dado equivocadas las señas de su casa.

EUG. Cómo equivocadas?

BALT. Sin duda alguna, porque he ido yo mismo... Fuencarral, 7.

EUG. Eso es!

BALT. No está.

EUG. Y qué dirán en casa si vuelvo sin él?

BALT. Búscale por su cuarto. Crea usted que siento no parezca ahora, para que se le lleve y acabemos de una vez, porque no vale los disgustos que me ha dado.

EUG. Para mí ahora vále mucho; créalo usted, y estoy muy contento con él.

BALT. Verdaderamente se toma cariño á lo que mas sirve á uno.

EUG. Pero él ha sido criado de usted?

BALT. Quién?

EUG. Adolfo.

BALT. Adolfo!... Y quién hablaba aquí de Adolfo?

EUG. Yo, hace un cuarto de hora.

BALT. Yo creí que de lo que usted hablaba era de su sombrero.

EUG. No estaria demás, aunque verdaderamente lo que me interesa ahora es Adolfo.

BALT. Ah!...

EUG. Sí señor, sí... Mi hija me lo ha suplicado, y quiero complacerla!... Lá pobre está desolada... y yo tambien he pasado mal rato... porque parece... y á propósito, tambien quiero averiguar otro lio. Don Adolfo dice que no ha recibido ninguna de las cartas que le ha enviado.

BALT. Qué cartas?

EUG. Dos que le ha mandado hoy con un mozo de cordel y que ha entregado, segun él, á un criado de la casa.

BALT. (Dos cartas!... un mozo!... su hija... Dios mio!... Si será este el padre de Amalia!... No me faltaba mas...)

BAUT. No le encuentro por ninguna parte. No hay mas en su cuarto que este. (Sale con el sombrero verdadero de Adolfo.)

BALT. Este no es.

EUG. Oiga usted, este sabrá!... (D. Baltasar hace señas á Bautista para que no diga nada.) Ha sido usted el que ha recibido... á usted digo!... ¿Es que no quiere usted hacerme caso?

BAUT. Si el amo me está haciendo señas... y no me deja...

BALT. Animal.

EUG. Sabe usted á quién han entregado hoy dos cartas de parte de una jóven?...

BALT. (No lo dije? Es el padre de Amalia?)

BAUT. A mí... Yo las he recibido.

EUG. Y qué ha hecho usted de ellas?

BAUT. Dárselas al amo.

BALT. A mí? (Infame!)

EUG. Las ha abierto usted?

BALT. Equivocadamente, creí...

EUG. Sí, no importa... Porque la reparacion vá á ser inmediata, se lo aseguro á usted.

BALT. Me alegro! (Este hombre ignora que soy casado! Debo tener calentura.)

EUG. Comprenderá usted que el matrimonio en estos casos, debe verificarse inmediatamente, porque la maledicencia...

BALT. Es lo que debe ser!... (Y cómo digo la verdad á este hombre! No me queda mas camino que la bigamia ó la muerte.)

ESCENA XVI.

DICHOS, ADOLFO primera puerta derecha con el sombrero del primer acto.

ADOL. Ya está todo corriente!...

EUG. Gracias á Dios que le encuentro: á mis brazos, yerno mio, á mis brazos!

ADOL. Qué significa este cambio?

EUG. Que estoy enterado de todo y antes no lo estaba, y que os perdono... Que aquí debe haber sucedido algun *quid pro quo*, del cual yo he sido víctima; pero mi hija me lo ha confesado todo, y me ha dicho que en su vida ha visto al señor de Luján.

ADOL. Bah! bah!...

EUG. Cómo! Me ha jurado que á usted, y solo á usted, es á quien quiere.

BALT. (Tambien este conocia á Amalia?)

EUG. Conque á no acordarse del pasado, sino á ser felices y á casarse para bien de todos.

ADOL. Usted sabe que esa ha sido mi intencion siempre, y por mi parte cuanto mas pronto mejor.

BALT. (Yo no puedo consentir que este chico haga esa barbaridad...)

EUG. Ea, pues, vamos á casa, porque la pobre niña ha pasado hoy un dia cruel!... Allí está llora que te llora esperándole á usted, y tan impaciente, que me ha hecho venir á buscarle.

ADOL. Pues vamos.

BALT. (No puedo permitir semejante candidez.) Adolfo.

ADOL. Mande usted.

BALT. No vaya usted á esa casa; no crea usted á nadie más que á mí, que soy su verdadero amigo. Ese matrimonio es imposible.

ADOL. Qué dice usted?

EUG. Hable usted claro.

BALT. Lo diré todo lo claro que pueda. Ese matrimonio no puede llevarse á efecto habiendo yo cenado anoche en Fornos!

ADOL. Señor don Baltasar, usted miente.

EUG. ¿Pero qué nos importa á nosotros que él cene donde quiera? Vámonos.

ADOL. Deje usted. Le repito á usted que pruebe su acusacion, ó de la contrario, creeré que es usted un impostor.

BALT. Vea usted si son bastantes esas cartas.

ADOL. Sí, esta es la letra de Aurora.

BALT. Cómo, cómo! de Aurora?

ADOL. Sí, de mi querida Aurora y dirigidas á mí.

BALT. Conque eran para usted? y esta A?

ADOL. Esa A dice Aurora! el nombre de la hija del señor y mi futura esposa.

EUG. Pues bien claro está, y estas son las cartas por las que le preguntaba hace un momento.

BALT. Perdónenme ustedes mi equivocacion. (Entonces, ni Amalia ha escrito ni ha venido... oh, felicidad!)

ESCENA XVII.

DICHOS, BAUTISTA, á poco DON PABLO.

BAUT. Don Adolfo, el señor Luján desea ver á usted.

ADOL. Dile que pase! vendrá á hablarme de nuestro duelo que ya habia olvidado.

EUG. Un duelo?

BALT. No hay nada que temer; yo lo arreglaré.

PABLO. Creí encontrar á usted solo.

ADOL. Puede usted decir lo que quiera, porque estos señores son de confianza.

PABLO. En ese caso diré á usted el objeto de mi visita. He estado reflexionando desde que nos separamos sobre lo ocurrido aquí, y no he llegado á comprender todavía ciertas acusaciones que aquí se me hicieron. Usted parece que las sabia, puesto

que las apoyó, y antes de batirnos quiero saber porqué y cómo vamos al terreno.

ADOL. Es muy sencillo. Nosotros dos hemos amado á la misma mujer... pero yo solo he sido y soy correspondido de ella... Usted sostenia lo mismo á pesar de las pruebas que yo tengo de esta verdad.

PABLO. No señor, no es esa mi pregunta. A mí se me ha acusado de querer casarme con dos mujeres... (Dirigiéndose á Eugenio.) Cuando el señor Casamon sabe...

BALT. Cómo Casamon? Perez querrá usted decir.

ADOL. Cómo Perez? el señor es Silvestre.

PABLO. Usted no es el señor de Casamon? (A don Eugenio.)

BALT. No señor, Casamon soy yo. Y usted, no es el señor de Perez?

EUG. Lo que yo creo que esta es una casa de locos. Yo no soy ni Casamon ni Perez, sino Silvestre.

PABLO. Ahora lo comprendo todo.

BALT. Que felíz es usted, porque yo sigo en bábia.

PABLO. Pero usted... usted no se llama Casamon?

EUG. Dále, no señor.

BALT. De modo que este sombrero no es de usted? (Por el que sacó Adolfo.)

EUG. Este? No señor.

BALT. Entonces no fué usted el que anoche medió... ni al que yo dí...

EUG. Un demonio! No señor.

BALT. Entonces, ¿cómo tiene usted mi sombrero?

PABLO. Tenga usted la bondad. Esta mañana le hice yo á usted una peticion que no era para usted.

EUG. Este es mi sombrero. (Por el que tiene Pablo.)

PABLO. Cómo! Este sombrero es suyo?

EUG. Ya lo creo! y desde esta mañana ando tras él.

PABLO. Con que segun eso, fué usted el que anoche empezó á darnos golpes á mí y á mis amigos?

EUG. Yo? En mi vida he faltado á nadie.

BALT. (Por lo visto, anoche fué noche de porrazos.)

PABLO. No lo niegue usted. El señor promovió anoche un fuerte escándalo á la puerta de casa de Fornos, de donde salíamos, insultando á algunos compañeros mios y á mí que tenemos costumbre de reunirnos en aquel café. Este señor parece que estaba algun tanto alumbrado.

EUG. Señores, señores, hablemos claros, precisemos las cosas, porque de otro modo van á dar conmigo en una casa de locos. Yo estuve anoche en Fornos, pero no bebí, porque no lo acostumbro á hacer más que el dia de Noche-buena.

BALT. Tranquilícese usted. (D. Baltasar le coge el sombrero que tiene en la mano á D. Eugenio, que es él suyo, y dice á Pablo) Este es el sombrero de usted.

PABLO. No.

BALT. Entonces es evidente que no fué el que le tiró el suyo á rodar.

PABLO. Ahora si que no lo entiendo. Si este... (Por el que tiene en la mano, que es el de D. Eugenio.) es el suyo, y éste... (Por el de Adolfo.) es el mio, de quién es este?

BALT. Mio.

PABLO. De usted?

BALT. Sí, señor. Guarde usted silencio. Sepa usted que yo soy el verdadero, el único papá de Lucía.

PABLO. Gracias á Dios que nos entendemos.

BALT. Usted quiere casarse con ella? Pues no hay inconveniente, á condicion de que no ha de hablar usted ni una palabra á nadie del lance de anoche.

PABLO. Ni una sílaba, descuide usted.

BALT. Bautista, dí á las señoras que vengan. (Se dirige á don Eugenio y le lleva al otro lado del proscenio.) Diga usted, cómo estaba mi sombrero en su poder?

EUG. Muy fácilmente. Yo enseño á escribir á un camarero que sirve en el restaurant de Fornos, y le doy leccion á última hora, que es la más cómoda y más desocupada para él: puse mi sombrero en la mesa inmediata adonde estaba usted cenando

con una jovencita, muy guapa por cierto.....

BALT. Chist!... Silencio!...

EUG. Al marcharse se conoce que usted tomó el mio por el suyo...

BALT. Tiene usted razon! Yo no estaba para distinguir de colores. Ruego á usted me guarde el secreto de mi desliz.

EUG. Como si hubiera caido en un pozo.

BALT. Pablo, con permiso. Podria usted explicarme qué demonios significa esa E y ese Perez que hay escrito en el fondo de su sombrero?

PABLO. Esa es la firma autógrafa de mi sombrerero.

BALT. Ah! Pues no son sustos los que me ha dado á mí esa innovacion pretenciosa del artista.

ESCENA XVIII.

DICHOS, ISABEL y LUCIA. Foro izquierda.

ISAB. Nos llamabas?

BALT. Sí, hija mia; para deciros que nos hemos entendido todos, que aqui ha habido varias equivocaciones, que te explicaré, y que con el mayor gusto consiento en la boda de Lucía con el señor Luján.

ISAB. Gracias á Dios que piensas con juicio una vez.

PABLO. Y usted está contenta, Lucía?

LUCIA. Aun no. Y la otra señorita cuya mano habia usted pedido?

ADOL. Puede usted estar tranquila, porque se casa conmigo.

BALT.
Ya que tras de tantos lances
como aquí me han sucedido
al fin y al cabo han tenido
punto final mis percances;
si nos llegais á gritar
por casualidad no rara,
me vá á salir á la cara
la cena de Baltasar.

FIN.

LA CUARTERONA

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS

POR

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE T. FORTANET
calle de la Libertad, núm. 29
1867.

Á CADDY

Recuerdo de su amigo,

ALEJANDRO.

FIGURAS DEL DRAMA.

JULIA.
CÁRLOS.
LA CONDESA DE..., madre de Cárlos.
DON CRÍSPULO, padre de...
EMILIA.
LUIS, amigo de Cárlos.
JORGE, negro.

La escena en la Habana año de 186...

ACTO PRIMERO.

Habitacion de Cárlos cuya puerta del fondo guia á la calle. La de la izquierda del actor, al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS y JORGE.

CÁRLOS. (*Sentado.*)

¿Dices que Julia está pesarosa y que á veces la has sorprendido llorando? Háblame con toda sinceridad, Jorge; nos conocemos desde mi infancia y siempre has sido fiel á tus amos; continúa siéndolo al hombre como lo fuiste al niño, y no te pesará. Habla, pues; ya debes comprender que me interesa, cuando con tanto afan te lo pregunto.

JORGE.

Le diré, niño Cárlos: ántes de llegar su merced de allá, de Francia, Julia solia estar risueña, aunque, como es sabido, su genio no ha sido nunca alegre, porque siempre he creido que la hacía sufrir su triste condicion. Entónces me hablaba con frecuencia de su merced, y así podia yo recibir sus noticias. Ella tenía buen cuidado de decirme: Jorge, el niño Cárlos, que no se olvida nunca de los que le aman, te envía memorias. ¡Ah! yo no sé lo que pasaba entónces por mí... Al saber que mi buen amito se acordaba de su pobre Jorge, lloraba de gusto, como lo hice de pena el dia en que el niño se fué de la Habana.

CÁRLOS.

Adelante, Jorge. Sé que me quieres y en ello me pagas. Prosigue.

JORGE.

¡Ah! ¡Si el niño supiese que todo se acabó cuando nos dijo la señora que su merced estaba para volver! Ya nada me contaba Julia; estaba siempre como pensativa, y cuando yo la preguntaba por el niño, ella no queria contestarme. Un dia la sorprendí llorando, y casi huyendo de mí me dijo: Jorge, «vendrá muy pronto.» No pude seguirla para saber más, porque la alegría me detuvo, y ella se aprovechó de mi sorpresa para echar á correr.

CÁRLOS.

Bueno, bueno. Me place lo que me cuentas.

JORGE.

Aquel dia en que me dijo que su merced vendria pronto, me inquietó mucho ver que lloraba y me ocultaba sus lágrimas; creí que se afligia porque hubiese ocurrido algun mal á su merced. Traté de averiguarlo, la seguí despues, la encontré á solas, y entónces me dijo que nada habia sucedido al niño, y que si lloraba era de contento. No era verdad, pues no podia llorar de contento con una cara tan triste, ni estar satisfecha, cuando siempre la veia como asustada.

CÁRLOS.

Lo que dices me interesa. Ella y yo nos hemos criado juntos, y así no puedo ver con indiferencia su pesadumbre.

JORGE.

¡Oh! yo sé lo que es llorar de contento; lloré así el dia en que su merced volvió y me dió un abrazo; por eso siempre dije y diré, que el llanto de Julia era de tristeza. El niño sabe que yo la conozco desde muy chiquita, y la quiero como querria á una hija si la tuviera. Pues bien, desde que su merced llegó, mejor dicho, desde que ella me anunció su regreso, no ha vuelto á estar alegre. ¡Oh! yo veo bien todo eso, porque la quiero mucho, y los ojos del que quiere mucho ven muy claro.

CÁRLOS.

(¡Me ama, me ama!) ¿Y dices que desde que llegué de Francia, habrá un mes, está siempre como si tuviese algun pesar que trata de ocultarnos? Tienes razon: su risa y su canto son mera ficcion, vana apariencia... (Por eso se marchó al campo, á casa de mi tia, á poco de mi llegada; por eso esquiva mi presencia hasta el punto de no haber podido hablar con ella á solas despues de mi regreso... Ya no lo dudo; me halaga suponerlo.) Jorge, no ignoras que á pesar de todo, he querido y quiero á Julia, como... á una

hermana... ¿entiendes? Justo es que no mire indiferente sus pesares... Esa tristeza que has creido descubrir en ella y que yo tambien he advertido, aunque como tú, sin adivinar la causa...

JORGE.

Sí, niño, lo sé. Su merced ha sido siempre bueno con ella, conmigo y con todo el mundo; por eso todos le queremos tanto.

CÁRLOS.

Gracias, buen Jorge. Observa á Julia, y cuéntame lo que veas; cuéntamelo todo. Vé pues á tus quehaceres, y toma para que fumes.

JORGE.

Sin eso, niño, yo le quiero mucho. (*Vase por la puerta del interior.*)

ESCENA SEGUNDA.

CARLOS. (Solo.)

Ella me ama, sí... ¡pero qué!... Es un disparate, una locura... locura que va siendo superior á mi voluntad. No sé por qué, pero las palabras de Jorge me han revelado todo un mundo.—¿Y á qué hacerme cuentas tan galanas? Ella verá en mí al compañero de la infancia, me tendrá el cariño que se puede profesar á un hermano, y nada más... ¡Pero esas lágrimas al saber que se aproximaba mi regreso, esa tristeza y misterio desde mi llegada!... Acaso mide la diferencia de condiciones con que el destino implacable quiso separarnos... ¡Ah! ella no conoce mi amor tal vez, ni mucho ménos mi corazon; ella ignora sin duda que soy superior á ciertas ruines preocupaciones, y que la ausencia, revelándome la naturaleza de mis sentimientos, ha hecho de ella la imágen de mis ensueños, la estrella de mi destino... Julia, la hechicera Julia, no verá más que un abismo entre los dos, y no comprenderá tal vez que yo saltaria por sobre aquel abismo para acercarme á ella. Por otra parte, si mi madre llegase á imaginar... ella que la acogió y la ha educado con esmero; mi madre que la ama bondadosa... Pero al tratarse de quebrantar ciertas barreras, recordará que es la condesa, la señora altiva, y que la otra es una pobre mestiza... Vamos, es una locura, pero locura que comienza á labrar mi desgracia; sí, porque comienzo á ser muy desgraciado. Hola, amigo Luis, sé bienvenido.

ESCENA TERCERA.

CARLOS, LUIS.

LUIS.

Buenos dias, *mon cher*. ¿Qué tal te va en esta Habana á que tú deseabas tanto volver y que yo anhelo tanto *quitar* de nuevo?

CÁRLOS.

Bien...

LUIS.

Pocos dias há que llegué y ya me parecen siglos: ¡qué calles, qué casas, qué costumbres, qué fastidio, *mon dieu*! Ya se ve: ¡aquellos *bulevares*, aquellas tiendas, aquellos palacios, aquel París! ¡Oh! ¡es mucho París el que hemos dejado!

CÁRLOS.

Poco á poco, Luis: pareces extranjero en tu patria.

LUIS.

Sí que lo soy. Yo profeso la máxima de *ibi bene ibi patria* que he leido no sé dónde; y como aquí no me va bien, es decir, no estoy contento, me considero una planta exótica en nuestra Cuba. Europa, París, la capital del mundo...

CÁRLOS.

Así la llaman los franceses y los francomanos como tú.

LUIS.

Como quieras. Aquel es mi mundo, allí estoy en mi elemento. *Oui, mon ami*. Estoy desterrado, y lo peor es que ignoro cuándo podré volver allá.

CÁRLOS.

No es tan difícil.

LUIS.

L'argent escasea, y es la sávia vital de un alma parisien como la mia.

CÁRLOS.

Capisco.

LUIS.

¿Cómo volver allá sin dinero? ¿Cómo renunciar á tales maravillas?

CÁRLOS.

Cualquiera pensaria á primera vista, que tu entusiasmo por la capital de Francia era inspirado por el amor á las ciencias y á las artes, de que es un centro; pero á poco de oirte, se convenceria de que no se trata del París intelectual, sino del que, como á tí, enloquece á tantos de nuestros jóvenes y no jóvenes; el París de los espectáculos y las loretas.

LUIS.

Y es como debe ser.

CÁRLOS.

¡Lucida está contigo la patria! ¡qué porvenir tan hermoso! Vamos, sé un poco ménos parisiense: ten un poco más de juicio. (Sólo me faltaba la presencia de Luis para acabar de estar contento.)

LUIS.

¡Juicio, juicio! Esa es la palabra que de contínuo me repetian allá todos aquellos locos serios que, como tú, sólo van allí á sumirse en el barrio latino entre libros y bibliotecas. ¡Vaya una diversion! Veo que eres aquí el mismo hombre triste de por allá.

CÁRLOS.

El mismo ciertamente.

LUIS.

¡Cuánto mejor es levantarse tarde y acostarse idem, pasando el dia en la dulce *flanerie* ó en seguir la pista á alguna elegante damisela! Por la tarde el Bois de Boulogne ó los Campos Elíseos; por la noche la ópera ó algunos teatros *pour rire*, acabándola en la *Maison Dorée* con algunos amigos *comm'il faut* y algunas amigas tan bellas como *d'esprit*. Vamos, vamos, alégrate. Bien veo que no sabes lo que es la vida, y sin embargo, es lástima!

CÁRLOS.

Sin duda causo lástima. En cambio he adquirido en París una profesion sin haber llevado allí este objeto precisamente, y tú que fuiste á ello, has gastado á tus parientes una fortuna y has vuelto como fuiste. Dispensa que te hable así, pero todo eso lo motiva la lástima que me manifiestas; además, me encuentro hoy de un humor negro.

LUIS.

Enhorabuena, te lo perdono, porque veo que tienes la manía del Mentor. ¿Qué quieres? Cada cual tiene sus

gustos. Yo nací para el gran mundo y no para un gran villorrio como este, *malgré* sus defensores; nací para tener fortuna y no para buscarla trabajando; para gozar y no para quemarme las pestañas en el estudio. Anda, sé tú, ya que lo quieres, un gran facultativo, un Nelaton, un Bernard, un Dupuytren. Yo no he venido al mundo para cortar brazos y piernas ni para disecar cadáveres; ántes al contrario, me juzgo hecho para contemplar, en todas sus perfecciones, las maravillas humanas, sobre todo cuando llevan *malakoff* y tienen cara bonita.

CÁRLOS.

Siempre el mismo, y no comprendo qué locura tentó á tu familia para intentar hacer de tí un buen estudiante y médico aprovechado. (Quisiera ser tan frívolo como éste: la frivolidad padece poco.)

LUIS.

Creí que mi familia era muy rica, y me he llevado un chasco solemne. Las ilusiones me engañaron.

CARLOS.

Tal sucede á muchos.

LUIS.

Por otra parte, dices que no he estudiado, ¡qué disparate! Sé hablar el francés, vestir con *chic*, tirar al florete y bailar un *cancan* como un demonio.

CÁRLOS.

¡Algo es!...

LUIS.

¿Te parece poco el *cancan*, delicia de Mabille y gloria de la Francia? ¿Hay cosa mejor que *vis à vis* de una donosa hembra, hacer aquello de... *(Tararea y hace algunas piruetas de cancan.)* Si dices que eso no es delicioso, estás tocando el violon.

CÁRLOS.

Sin duda alguna.

LUIS.

Pero en fin, pasemos á otro asunto. Vine á hablarte de algo que me interesa.

CÁRLOS.

Ya te escucho.

LUIS.

En mal hora recordé aquella deliciosa vida de la capital de Francia. En esta materia me vuelvo todo hablar y di-

gresiones: tanto es mi entusiasmo y mi deseo de volver á gozarla.

CÁRLOS.

Al asunto, pues. Casi llego á tenerte envidia, porque al cabo, eres hoy más feliz que yo.

LUIS.

Como iba diciendo, no estoy nada contento en nuestra Habana, y deseo, y pienso y he resuelto volverme á París.

CÁRLOS.

Bien pensado.

LUIS.

Pero para vivir allá *comm'il faut* se necesita mucho dinero, y no le tengo.

CÁRLOS.

Trabaja.

LUIS.

No me place. ¿Qué quieres? He perdido lo mejor del tiempo.

CÁRLOS.

Bien lo veo.

LUIS.

Acaso el vicio viene en mí desde la infancia. ¡Hacerle á uno creer que va á ser muy rico sin trabajar!

CÁRLOS.

¿Y qué hacer?

LUIS.

Pienso buscar una mujer rica y casarme ó darme al diablo, que es lo mismo.

CÁRLOS.

Muy bien pensado. (Creo que este majadero de Luis acabará por hacerme olvidar mis penas.)

LUIS.

Me parece que mi personal, es decir, precisamente no tener otro crédito mayor, me pone en aptitud de ganar el corazon de alguna mujer frívola... y como eso es lo que busco, y aquellas son las más...

CÁRLOS.

Dado que encuentres semejante joya, que no es nada difícil... ¿Juzgas que su familia se conforme con la insuficiencia tuya de que me hablas?

LUIS.

Gane yo á la muchacha... y como la ley protege el matrimonio...

CÁRLOS.

Todo padre rico quiere para su hija por lo ménos...

LUIS.

¿Qué?

CÁRLOS.

Un buen administrador.

LUIS.

No, eso huele á criado: yo no tengo aptitud para administrar, sino para gastar.

CÁRLOS.

¡Magnífico!...

LUIS.

¿Y qué más debe querer un suegro rico?

CÁRLOS.

Precisamente.

LUIS.

La plétora de dinero necesita, como el vapor, una válvula, un desahogo, y aquí estoy yo.

CÁRLOS.

Pues entónces, eres cortado para el caso.

LUIS.

Por eso no he perdido el tiempo.

CÁRLOS.

¡Cómo!

LUIS.

A pesar del poco tiempo que cuento aquí, creo haber dado con la veta.

CÁRLOS.

¿Qué me dices?

LUIS.

Necesito, Cárlos, que me des algunos informes y me tranquilices respecto de si son ó no fundadas mis esperanzas.

CÁRLOS.

Si no te explicas...

LUIS.

Anteayer era dia de misa, y yo, como buen cristiano, acudo siempre á donde van ellas.

CÁRLOS.

Es natural.

LUIS.

Siempre he tenido esa costumbre.

CÁRLOS.

Adelante.

LUIS.

Hallábame en la puerta del templo que está aquí enfrente, en medio del corrillo de jóvenes, que por lo visto tienen poco que hacer y mucha aficion al bello sexo, cuando ví salir de la iglesia y pasar por junto á mí á una jóven bastante bonita, acompañada de un señor gordo y coloradote; una especie de tomate mayúsculo...

CÁRLOS.

Bien, acaba.

LUIS.

Desde luego observé en el grupo de jóvenes grave interés hácia la pareja; comprendí que no se trataba de una cualquiera. Ciertos hombres casaderos en nuestra época, ignoro si en las pasadas sucedia lo mismo.....

CÁRLOS.

Lo mismo, no lo dudes.

LUIS.

Son tan deferentes con las mujeres ricas, que desde luego se conoce en su semblante y maneras y atenciones, que han hallado el filon. Tú sabes que en la materia tengo un olfato finísimo.

CÁRLOS.

Concedido.

LUIS.

Entre los del grupo habia algunos cotorrones que sin duda buscaban lo que yo. ¿Quién mejor que ellos para orientarme? Todos lanzaron á la jóven miradas elocuentes, saludáronla afectuosos, y al pasar por junto á nosotros la pareja, el señor padre obtuvo el paso libre, con toda la consideracion y respeto que merece un rico papá. Es un buey gordo, me dijeron, y ella una ninfa de oro. La jóven se llama Emilia, su padre tiene más dinero que un demonio, y más vegas en Vuelta-abajo que no sé quién.

CÁRLOS.

Eso es.

LUIS.

¡Qué poesía! Un rico archirico, soberbio mercachifle retirado.

CÁRLOS.

¿Su nombre?

LUIS.

D. Críspulo no sé cuántos.

CÁRLOS.

¡El mismo! Lo imaginaba.

LUIS.

¿Le conoces?

CÁRLOS.

Mucho, mucho. ¡Qué casualidad!

LUIS.

Pues bien: es forzoso que me presentes, ¿oyes? Quiero conocer á un señor tan apreciable; sobre todo, á su hija. Suponte cuál sería mi emocion al encontrar lo que buscaba... un temblor me sobrecogió un instante, era sin duda mi amante, era ¡ay, Dios!... *(Haciendo la señal de dinero con los dedos.)* mi salvador. Al punto supe que la niña tiene muchos pretendientes, como era de esperarse. Me dijeron que aún no habia elegido. Pero admírate de lo que añadieron; adivina...

CÁRLOS.

¿Qué?

LUIS.

Que era mi amigo Cárlos una probabilidad.

CARLOS.

Es muy cierto, por desgracia.

LUIS.

Pero yo sé que tú no estás por buscar mujeres ricas, y comprendí desde luego que no tendria en tí un rival temible. ¿No es así? Tranquilízame, amigo mio, tranquiliza mi corazon.

CÁRLOS.

Has dicho bien. Prefiero mil veces el celibato. ¡Casarme sin amor!

LUIS.

¡Oh ventura! ¡Cuando dije que eras un rival poco temible!...

CÁRLOS.

Acá para inter nos: mi madre muestra empeño en que contraiga dicho enlace; el padre y la hija están conformes; falta sólo mi asentimiento.

LUIS.

Pero tú no piensas darlo, ni lo darás... ¿no es eso?

CÁRLOS.

Perdone mi buena madre: en esta ocasion no me hallo dispuesto á complacerla.

LUIS.

¡Bien, bravo! Es decir que puedo contar con el campo libre y acaso con tu apoyo. Preséntame, Cárlos, preséntame. Por lo que respecta á la chica, has de saber que la seguí, y situado despues bajo sus balcones, se dejó ver como si no le fuese indiferente: creo no mentir al asegurarte que toma varas sin disgusto.

ESCENA CUARTA.

Dichos. JULIA.

CÁRLOS.

¡Julia!

JULIA.

La señora deseaba saber si se hallaba V. en su habitacion, para bajar á verle. (*Saludando á Luis.*) Caballero...

LUIS.

(¡Bonita hembra!)

CÁRLOS.

(Mi madre quiere hablarme; presumo de qué. ¡Cuánto lo temo!) Bien, Julia: estoy dispuesto á recibirla.

LUIS.

Entónces, te dejo.

CÁRLOS.

Adios, Luis; luégo hablaremos.

LUIS.

Me marcho: veo que tienes que hablar con... tu señora madre... ¿Qué te pasa? Estás turbado. ¡Hum! (Cuidado con la muchacha: veo que tienes buen gusto.)

CÁRLOS.

Calla, calla... no desatines, amigo mio.

LUIS.

En fin, volveré; no me olvides. (*Saludando á Julia.*) Señorita... (¡hermosa es!) (*Vase.*)

ESCENA QUINTA.

CARLOS, JULIA.

CÁRLOS.

Mi madre desea hablarme, ¿no es eso?

JULIA.

Sí.

CÁRLOS.

¿Y no sabes de qué?

JULIA.

(*Conmovida.*) Lo presumo.

CÁRLOS.

Óyeme, Julia: Se trata de un matrimonio que se me propone; ¿acepto?

JULIA.

Debe V. aceptar.

CÁRLOS.

No, imposible: no puedes comunicarme tal decision con indiferencia; sabes que mi corazon pertenece á otra.

JULIA.

(¡Ah!)

CÁRLOS.

A otra que, víctima y dominada á la vez por preocupaciones que detesto, se niega á escuchar mis votos.

JULIA.

Cárlos, ignoro de quién habla V.

CARLOS.

¿Ignorarlo tú?

JULIA.

Más vale así.

CARLOS.

Debieras suponerlo.

JULIA.

¿Para qué?

CARLOS.

¿Te niegas á escuchar mis amorosas palabras?

JULIA.

Debo hacerlo.

CARLOS.

Deber no es querer.

JULIA.

Pues yo lo quiero.

CARLOS.

¡Cómo!

JULIA.

Cárlos, es imposible unir lo que el destino separó.

CARLOS.

Y qué, Julia; cuando me abraso, cuando muero de amor por la que sólo juzgaba amiga de la infancia; cuando veo, ¡ah! me lo dice el alma, que ella corresponde al mismo afecto, ¿debo obedecer la voz del cálculo? ¿Debo entregar á otra una voluntad que sólo á tí pertenece?

JULIA.

Cárlos, si V. me ama, como dice, debe tratar de olvidarme.—Usted supone que yo le amo; tal sería locura, y ambos debemos tener juicio. (¡Dios mio, Dios mio!)

CARLOS.

¡Ah, Julia! ¿Por qué sustituyes con ese frio *usted,* aquel delicioso tuteo que hacía más cariñosas nuestras palabras en los primeros años de la existencia?

JULIA.

¿A qué recordarlos?

CARLOS.

Sólo contaba yo dos ó tres años más que tú y parecíamos gemelos en nuestro carácter y aficiones inocentes.

JULIA.

Es verdad.

CARLOS.

Despues he recordado con placer aquellas horas...

JULIA.

Conviene olvidarlas.

CARLOS.

Así, cuando la ausencia me reveló que te amaba, hallé en mi corazon tus nobles ideas y elevados sentimientos. Tu imágen estaba allí para realzarlos.

JULIA.

¡Ah!

CARLOS.

Eras niña cuando los expresabas; pero superiores aquellos á tu edad, hallaron eco despues en mi corazon de hombre: ellos me enseñaron á estimar el bien y á amar lo bello, y tú como el ángel de mi guarda, me has salvado de los escollos de la juventud en un mundo tempestuoso. ¿Qué mucho, pues, que al verte de nuevo, al hallarte tan bella, tan adorable, mi amor haya crecido? Julia, encantadora Julia, fuiste el ángel de mi consuelo durante la ausencia, sé el ángel de mi felicidad durante mi vida.

JULIA.

Es verdad: la ausencia despierta á veces sentimientos que dormian ignorados en el corazon. Ella ha cambiado en tristeza nuestras horas de alegría; nuestra paz en áridos temores.

CARLOS.

Temores infundados.

JULIA.

Usted debe sólo ver en mí la amiga de la niñez, si no quiere considerar lo que todo el mundo: una mujer cuya condicion abre un abismo entre los dos.

CARLOS.

Yo anularé semejante abismo.

JULIA.

Acaso por haber visitado V. países en que, segun se cuenta, no existen ciertas preocupaciones, no las tiene V.

CARLOS.

Eso basta.

JULIA.

Aun cuando no fuese V. heredero de un título y de un nombre ilustre, sería siempre lo que en nuestro país se juzga superior á lo que yo soy.

CARLOS.

¿Qué importa nuestro mísero país?

JULIA.

Olvide V., pues, como el sueño de un cielo perdido, las dulces memorias de que me habla; evite V. que aquel cielo se trueque en infierno, y que sea yo ingrata á los favores que desde la cuna recibí de su buena madre; favores que se convertirian en ódio contra mí.

CARLOS.

¿Ella odiarte?

JULIA.

¡Ah! V. no me ama tanto como dice; V. quiere que mi bienhechora me dé en rostro con mi triste condicion.

CARLOS.

Yo lo impediré.

JULIA.

Ella lo haria si sospechase.

CARLOS.

No lo sospechará.

JULIA.

En general los de mi clase, la niegan ó la disimulan; yo no la publico, pero Dios me ha dado una compensacion: la conformidad, y por eso manifiesto mi condicion sin humillarme.

CARLOS.

¿Y quién podria humillarte? ¿Por qué me hablas de eso ahora?

JULIA.

Recuerdo más de una vez mi condicion para que V. no la olvide.

CARLOS.

¡Qué ironía!

JULIA.

No hay sarcasmo en mis palabras.

CARLOS.

No sientes lo que ellas dicen.

JULIA.

Soy sincera.

CARLOS.

No lo pareces.

JULIA.

Renuncie V. á pretensiones que no debe escuchar.

CARLOS.

Ya es tarde para estorbarlo.

JULIA.

Si no evité esta conferencia...

CARLOS.

¿Qué?

JULIA.

Le ruego que sea la última.

CARLOS.

Pero Julia, tú me amas: una sola vez, dímelo...

JULIA.

No, imposible.

CARLOS.

¡Ah! si tus ojos, si tus miradas no me lo revelasen, mi propio corazon al escucharte, me diria que soy amado.

JULIA.

Usted lo presume.

CARLOS.

Pero no basta; necesito que tu labio lo confirme.

CONDESA. (*Dentro.*)

¡Julia, Julia!

JULIA. (*Asustada.*)

¡La señora! Huya V. por Dios.

CÁRLOS.

Es vana tu repulsa.

JULIA.

Que no nos halle juntos aquí.

CÁRLOS.

Me amas, ¿no es cierto?

JULIA.

No, imposible... Váyase V.

CÁRLOS.

Pero...

JULIA.

He dicho que no puede ser.

CÁRLOS.

No, mentira; tú me amas.

CONDESA. (*Dentro.*)

¡Julia!

JULIA.

Como V. quiera; pero váyase V., Cárlos, ó todo se ha perdido.

CÁRLOS.

Sí, sí, adios. Hasta despues. (*Toma el sombrero y vase hácia la calle.*)

ESCENA SEXTA.

JULIA, LA CONDESA.

CONDESA.

Muchacha... ¡Tanto tardar para un simple recado! No me place ni está bien visto que permanezcas aquí en la habitacion de Cárlos más tiempo del regular.

JULIA. *(Avergonzada.)*

Señora...

CONDESA.

Te conozco y te hago justicia, pero no está bien. ¿Y Cárlos?

JULIA. *(Con turbacion.)*

Ha salido.

CONDESA.

Lo siento; precisamente cuando tengo que hablarle.

JULIA.

Quizá volverá pronto.

CONDESA.

Sin duda presintiendo el objeto con que le busco, evita mi presencia. Y hace mal en esquivar toda conversacion conmigo, que siempre he sido para él madre cariñosa. ¿No es verdad?

JULIA.

Ciertamente.

CONDESA.

¡Renunciar á una boda que sólo ventajas puede ofrecerle! ¿Y por qué? Quizá por algun capricho. Julia, con sinceridad: ¿sabes si alguna afeccion hácia otra...

JULIA.

Señora, de algun tiempo acá se ha vuelto tan reservado... (¡Callar lo que podria ser una dicha confesar!)

CONDESA.

Julia, nacida tú en esta casa, has sido tratada siempre con cariño y educada con el esmero de una señorita.

JULIA.

¡Ah! Señora, mi gratitud no se ha desmentido jamas.

CONDESA.

Lo sé, y por eso cuento con tu ayuda en una empresa sobrado interesante.

JULIA.

(¿Qué pretenderá?)

CONDESA.

¡Si comprendieses cuánto anhelo para mi hijo la tal boda! Presumo que hará su dicha, y no omitiré medio alguno para realizarla. Entre él y tú existe la confianza que origina la comun niñez; Cárlos estima tu cordura y buenas prendas, y tus consejos no serian por él desatendidos.

JULIA.

(¡Ah! ¡temo comprender!)

CONDESA.

Procura, pues, inquirir si el amor á otra mujer le impide ceder á mis prevenciones. Trata de persuadirle de que mi proyecto tiene por mira su conveniencia; persuádele.

JULIA. (*Con sorpresa.*)

¡Yo!... ¿Quién mejor que una madre podria hacerlo?

CONDESA.

Así debiera ser; pero tú le inspiras quizás mayor confianza. Lo harás, ¿no es cierto?

JULIA.

No me lisonjeo de conseguirlo.

CONDESA.

Sí, dame palabra de que lo harás.

JULIA.

(¡Ay de mí!) Señora...

CONDESA.

Consientes, ¿no es así?

JULIA.

Señora... no puedo ni debo negar á V. nada; pero...

CONDESA.

Tratarás de convencerle de que no son miras codiciosas de mi parte. ¿Se lo dirás?

JULIA.

Como nada me prometo alcanzar...

CONDESA.

¡Qué! ¿Vacilas?

JULIA.

Lo haré. (Aunque me cueste la vida.)

CONDESA.

¡Oh! gracias, Julia... A propósito, ahí está: déjame que le hable.

JULIA.

(¡Cielos! No era bastante callar y resignarme, sino que debo abogar por otra.)

(*Vase.*)

ESCENA SEPTIMA.

CONDESA, CARLOS.

CARLOS. (*Entrando.*)

¡Madre mia!

CONDESA.

El cielo premie al hijo que complace á su madre.

CARLOS.

¡Ah! tiene V. un hijo muy desgraciado; un hijo que no puede siempre complacer á su madre.

CONDESA.

De eso venía á tratar precisamente; de poner á prueba por última vez el cariño que siempre me has profesado.

CÁRLOS.

Supongo que no dudará V.

CONDESA.

Concedo que ántes no dudaba, pero desde hace algunos dias...

CÁRLOS.

¡Qué!

CONDESA.

Preciso es que mi Cárlos, que nunca tuvo una contradiccion para mí, ame á otra persona más que á su madre...

CÁRLOS.

¡Cómo!

CONDESA.

Cuando se niega á su ruego, mandato debiera decir; pero no, yo no mando á mi hijo en esta ocasion, le ruego.

CÁRLOS.

Veamos, madre: V. me ruega, ¿y por qué? Porque acepte un matrimonio ventajoso para mí.

CONDESA.

Indudablemente.

CÁRLOS.

Y juzga V. que haria mi felicidad.

CONDESA.

Lo juzgo.

CÁRLOS.

Lo niego.

CONDESA.

Dudo que puedas convencerme.

CÁRLOS.

Me parece que tengo derecho á fallar en la materia; resistiéndome á aceptar un enlace contraproducente, puesto que sólo labraria mi desventura.

CONDESA.

Una buena madre sabe por instinto lo que más conviene á sus hijos.

CÁRLOS.

El cariño puede alucinar á V., madre mia.

CONDESA.

La juventud es inexperta.

CARLOS.

Conozco mi corazon: no podria ser feliz en el matrimonio sin el amor.

CONDESA.

¡Quién sabe, Cárlos! ¿Cuántos casamientos por amor no han sido desgraciados?

CARLOS.

¿Y cuántos no han sido felices?

CONDESA.

En la eleccion para el matrimonio debe presidir la razon, no las ilusiones.

CARLOS.

Yo creo que el amor no debe ser desatendido.

CONDESA.

Es lazo aquél indisoluble.

CARLOS.

Por lo mismo.

CONDESA.

El entendimiento debe consultarse.

CARLOS.

Más el corazon.

CONDESA.

Aquél es todo.

CARLOS.

¿Y éste es nada?

CONDESA.

Es ciego y suele extraviarse.

CARLOS.

Permítame V. que no piense así.

CONDESA.

Además, la novia que te propongo es bella.

CARLOS.

La belleza del alma es preferible.

CONDESA.

Es buena.

CARLOS.

Muchas lo parecen: no es la soltería el crisol del matrimonio. Tampoco es Emilia un tesoro de inteligencia.

CONDESA.

Pero tiene buena índole.

CARLOS.

No es bastante.

CONDESA.

Podrás formarla segun tus opiniones.

CARLOS.

Sí, una jóven educada como la mayor parte, en la frivolidad.

CONDESA.

Será dócil.

CARLOS.

Si lo fuese. Mecida en los sueños de rica heredera, llevará consigo al matrimonio la soberbia y la presuncion.

CONDESA.

¿Cómo sabes eso?

CARLOS.

Es de suponerse. D. Críspulo su padre, no puede haberla dado otra educacion. El olmo no da peras.

CONDESA.

Exageras demasiado.

CARLOS.

Sin duda será de aquellas á quienes un padre necio repite todos los dias, que valen mucho y que están destinadas, no á tener un marido, sino á comprar un esclavo.

CONDESA.

Vamos, estás intransigente.

CARLOS.

Se enfada V., y lo siento.

CONDESA.

Con razon dudaba de tu cariño.

CARLOS.

No , V. sabe que la amo y la respeto como merece; pero no puedo darla gusto en esta ocasion.

CONDESA.

¿Para cuándo guardas la complacencia?

CARLOS.

Permaneceré soltero; así podré consagrarme por completo á la ventura de V.

CONDESA.

¡Mi ventura! Está en tu casamiento con Emilia. Repito lo que sabes. (*Con misterio.*) Estamos casi arruinados; los restos de nuestros bienes , un dia cuantiosos , están próximos al embargo. El padre de Emilia es uno de nuestros principales acreedores. A fuerza de ostentar ante sus ojos nuestra nobleza, el villano enriquecido se deslumbra y consiente en preferirte á muchos para yerno.

CARLOS.

Ya lo veo, por desgracia.

CONDESA.

A pesar de que no ignora el mal estado de nuestros intereses, héle hecho conocer que, con todo su dinero es Don Nadie, si no une su oro á lo que oro vale: la nobleza.

CARLOS.

Pero...

CONDESA.

He sido intrigante por mi hijo y por mí, porque no estoy dispuesta á verme despreciada en la vejez, cuando he sido rica y espléndida toda mi vida.

CARLOS.

¡Y quiere V. sacrificarme!

CONDESA. *(Sin oirle.)*

No daré de buen grado semejante gusto á los que me envidiaron hasta ahora. *(Pausa.)* ¡Y si nos quedase siquiera una posicion modesta! Pero la humillacion, la miseria...

CARLOS.

No, eso no; trabajaré noche y dia para V. Ejerceré mi profesion de médico; tengo poderosa voluntad, y lograré que pueda V. vivir holgadamente.

CONDESA.

Gracias, gracias; pero no me satisface.

CARLOS.

Ya ve V. que la miseria no debe intimidarla.

CONDESA.

Insisto en que amas á otra.

CARLOS.

Qué dice V. (¡Qué! ¿sabrá?...)

CONDESA.

Sientes alguna pasion que me ocultas.

CARLOS.

No acierto á explicarme...

CONDESA.

Jamás daré mi aprobacion á frívolos caprichos.

CARLOS.

¡Caprichos!

ESCENA OCTAVA.

Dichos. JULIA.

JULIA.

Señora.

CONDESA.

Qué es...

JULIA.

El abogado quiere hablar á V. con urgencia.

CONDESA.

Ya has oido : seré intransigente con toda locura de tu parte.

CARLOS.

Señora... *(Va á besarla la mano, y ella la retira.)*

CONDESA. *(A Julia.)*

Te dejo con él algunos instantes. Cúmpleme tu promesa.

JULIA.

Bien está, señora.

ESCENA NOVENA.

CARLOS, JULIA.

JULIA.

¿La señora ha hablado á V. de lo que yo presumia?

CARLOS.

Sí, pero no he querido aceptar. Insiste en suponer que: el amor á alguna otra es causa de mi repulsa; tal vez sospecha la verdad y lo temo.

JULIA.

¿Se ha negado V.?

CARLOS.

¿Y tú me lo preguntas?

JULIA.

Ha hecho V. mal.

CARLOS.

Qué, ¿desapruebas mi repulsa?

JULIA.

Debo persuadir á V. que acepte.

CARLOS.

¿Qué escucho?

JULIA.

Creo que la boda labrará su ventura.

CARLOS.

No te comprendo, Julia; pero lo que dices me hiere el corazon: esplícate, por piedad.

JULIA.

(¡Cielos. dáme fuerzas! Mi deber, mi gratitud lo exigen ¡estoy resuelta!) Debe V. casarse; seré muy dichosa si lo hace.

CÁRLOS.

¿Dichosa tú?

JULIA.

¿Quién lo duda? ¿No ve V. que estoy contenta?

CÁRLOS.

Te burlas de mí, y esa burla es un martirio.

JULIA.

(Insistamos; ¡destrózate, alma mia!) Seré dichosa, porque así terminará su loca pretension. Tambien será usted feliz.

CARLOS.

¡Oh! sí, mucho.

JULIA.

Las dulzuras del matrimonio con una jóven rica y bella, porque su futura lo es, ¿no es verdad? acabarán por borrar de su mente el infundado capricho que he tenido la desgracia de inspirarle.

CARLOS.

¡Capricho! ¿qué estás diciendo?

JULIA.

¿Qué otra cosa pudiera ser? Desengáñese V., amigo mio; V. no puede sentir por mí más que un capricho pasajero.

CARLOS.

¿Pero qué estás diciendo?

JULIA.

En cambio, la esposa que le preparan se halla en otro caso, pues su condicion social es muy distinta, y ofrece garantías que un enlace desigual no podria brindar á V.

CARLOS. *(Con ironía.)*

¡Bien, muy bien!

JULIA.

Además, su señora madre quiere la felicidad de V., la espera de dicho matrimonio, y creo que el cariño maternal no puede aconsejar á V. un disparate. (¡Ah! no puedo más.)

CARLOS.

Calla, calla por el cielo.

JULIA.

Por lo que hace á mí, no sería justo que trastornase los proyectos de mi bienhechora, y sólo me es dado aspirar á quien no tenga que ruborizarse por haberme amado. (Sí, soledad y muerte deben ser mi único consorcio.)

CARLOS.

¿Pero á qué objeciones tan inoportunas? Si tú me amas, si yo estoy dispuesto á sacrificarlo todo por tí, ¿por qué ponerte ahora de parte de mi madre para darme consejos que rechazo? Cesa, pues, de atormentarme y no trates de oponerte á lo que está resuelto. Deja que triunfe un destino tan grato para mí: el de ser tu esposo, en otros países á donde no alcanzan las ruines preocupaciones del color y de razas que aquí nos mortifican.

JULIA.

Pero aquí imperan y aquí vivimos.

CARLOS.

¿Qué importa lo que piense de nosotros una sociedad que te denigra, á tí, que debiera considerar por tus bellas prendas, y que eres para mí de más precio que una reina? ¿Es este pobre país todo el universo?

JULIA.

Por desgracia lo es hoy para nosotros.

CARLOS.

Grande es el mundo y en él caben muy bien dos corazones generosos y puros que buscan y tienen derecho á la felicidad.

JULIA.

¡Ah!

CARLOS.

No, no ha de faltar á dos pobres hijos de Dios un lugar en su inmensa obra, para amarle, amándose, y para bendecirle con voz agradecida.

JULIA.

No, Cárlos, no debe ser. (Acudamos á otro medio. ¡Dios mio, Dios mio! Debo hacer cuanto sea dable por persuadirle.) No debe ni puede ser.

CARLOS.

Sí será.

JULIA.

¿Y qué es eso de amarme sin saber si me es lícito escuchar sus votos? ¿Sabe V. si me pertenezco?

CARLOS.

Sin embargo, hace poco, cuando mi madre nos interrumpió, me dijiste que me amabas.

JULIA.

¿He podido decir tal cosa?

CARLOS.

Vamos, el lance es inaudito.

JULIA.

¡Ah! ¿qué queria V. que hiciese? Estaba V. tan exigente, la señora iba á sorprender nuestra conversacion, y dije á usted lo que no sentía... Sí, lo que no podia ménos de decir para salir del apuro... (Quisiera morir en este instante.)

CARLOS.

¡Cómo! ¡Qué oigo!

JULIA.

Lo que no debia sentir, ni mucho ménos confesar.

CARLOS.

¿Eso dices? ¡Qué infamia! ¡Oh! te engañas, Julia; quieres atormentarme por gusto. Te suplico que cese tan horrible chanza.

JULIA.

¿Chanza?

CARLOS.

¡Y bien pesada!

JULIA.

Oigame V. (Estoy obligada y debo cumplir. Vaya pues, y que Dios tenga piedad de mi.)

CARLOS.

¿Qué piensas?... Habla, por Dios.

JULIA.

No puedo ser de V. jamás ; ya he dicho que no me pertenezco.

CARLOS.

¡No comprendo!...

JULIA.

Pues compréndalo V., y no me importune más; sería inútil. Estoy enamorada de otro.

CARLOS.

¡Qué dices!

JULIA.

Suplico á V. que no me hable más de amor; no me es lícito escucharle sin faltar á la fe jurada.

CARLOS.

Entónces...

JULIA. *(Con afectada firmeza.)*

Basta, por Dios. (¡Cielos, ténmelo en cuenta! ¿Qué más exiges de mí?)

ESCENA DECIMA.

Dichos. LA CONDESA.

CONDESA.

Hijo mio, entérate de eso. *(Le dá un papel.)*

CÁRLOS.

Madre, por piedad...

CONDESA.

Sí, lee.

CÁRLOS.

¿Qué quiere decir esto? Mi cabeza no está para comprender, ni para discurrir, ni para nada.

CONDESA.

La ejecucion de nuestro mejor ingenio; lo único libre que nos quedaba.

CÁRLOS.

¿Y qué me importa la fortuna?

CONDESA.

Pues bien: renunciaré mi título, el nombre de una antigua familia. No seré yo quien lleve un título sin rentas. ¡Y ser en mí en quien deba morir un nombre benemérito! Daré gusto á mi hijo áun á costa de mi sonrojo. ¡Todo sea por Dios... sea lo que quieras, hijo mio!

CARLOS. *(Indeciso.)*

Madre... *(Acercándose á Julia.)* Julia, una palabra.

JULIA.

Debe V. casarse; no puedo amarle.

CARLOS.

Pero...

JULIA.

Ya lo dije... amo á otro, soy de otro.

CARLOS.

¡Qué escucho!

JULIA.

Me fuerza V. á decirlo: no seré de V. jamás.

CONDESA.

¿Qué ocurre?

JULIA. (*A Cárlos.*)

¡Por Dios, silencio!

CARLOS. (*Con fria desesperacion.*)

Señora... estoy resuelto.

CONDESA.

¡Qué!

CARLOS.

Me casaré.

CONDESA. (*Abrazándole.*)

Gracias, hijo mio, gracias. Voy á disponerlo todo. Julia, gracias á tí tambien. (*Le estrecha las manos.*) ¡Jesús, qué manos tan frias! Gracias por haberle aconsejado la razon. Ven, muchacha; vamos á prepararlo todo. ¡Mi buen Cárlos! (*Vánse.*)

(*Cárlos, despues de ver salir á Julia, se deja caer en un sillon con abatimiento.*)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de la condesa, formada por telon de arcos.—El paso entre éste y el de fondo conduce del exterior, que se supone á la derecha del actor, al interior de la casa que se supone á la izquierda. De este lado y cerca del proscenio una puerta; á la derecha un balcon ó ventana en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

JULIA. *(Sentada leyendo.)*

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» *(Deja de leer.)* ¡Ah! ¡quién tuviera en el alma la serenidad con que el divino profeta de Nazareth emitia estas palabras! ¡Los que lloran serán consolados! Quizá no soy digna de consuelo, pues en vano le busco. ¡Libro afectuoso, mi único amigo en esta soledad de mi existencia! Tus dulces palabras serian bálsamo eficaz para mi alma, si su herida no fuese incurable. Hoy es dia decisivo para mí. En breve llegarán ella y D. Críspulo. La condesa, deseosa de obsequiarles, ha insistido en que la exploracion de las voluntades se verifique aquí y no en casa de la novia, segun costumbre: esto aumentará mi tormento. Ojalá que pueda yo tener la serenidad y firmeza que necesito y de que empiezo á carecer. ¡Ah! ¡si pudiese abandonar esta casa!

ESCENA SEGUNDA.

JULIA, D. CRISPULO, EMILIA.

CRÍSPULO.

Buenas noches, muchacha. Mi señora la condesa...

EMILIA. (*Con desden.*)

Adios...

JULIA.

Sírvanse ustedes tomar asiento; no tardará en venir, voy á avisarla. (¡Tan orgullosa!) (*Vase.*)

ESCENA TERCERA.

D. CRISPULO, EMILIA.

CRÍSPULO.

Graciosa muchacha es esta Julia, pero un poco mal criada: trata á todo el mundo como si fuese su igual. Ya se ve: ¡la condesa la tiene tan *consentida!*

EMILIA.

¿Graciosa dice V., papá? En su clase no diré que no; aunque pretende vestir y darse el tono y maneras de señorita, siempre se trasluce su condicion.

CRÍSPULO.

En eso no estamos de acuerdo: es casi blanca ó lo parece, es bonita, fina y elegante; si no supiésemos que es hija de una mulata esclava, segun se dice, tal vez la admitiríamos como á otros que tratan de disimular su orígen entre las personas bien nacidas.

EMILIA.

Algo da el roce con su señora y algo toma de las gentes con quienes aquella se trata. Y en verdad que hace muy mal la condesa en imponerla á sus conocidos. Por poco, á no haberla mirado con el desden que merece... ¡qué sé yo! Creo que se hubiese atrevido á darme la mano.

CRÍSPULO.

Emilia, es necesario tener un poco de indulgencia, no por ella precisamente, sino por la condesa, que pronto será tu suegra.

EMILIA.

No transijo con mulatas.

CRÍSPULO.

La muchacha es crianza suya, como suele decirse, y la quiere y estima, habiéndola educado cual si fuese una jóven decente; forzoso es no disgustar á una señora tan principal, mostrando repugnancia hácia su obra.

EMILIA.

Con tal que esa muchacha no pretenda emparejarse... Además, no veo que tengamos que adular tanto á la condesa; no somos tan pobretones. Al paso que ella...

CRÍSPULO.

No está muy boyante que digamos.

EMILIA.

Si su hijo lleva un título, yo llevaré lo que acaso tenga que envidiarnos. Ni yo estoy tan descontenta de mi mérito: cada cual lo suyo.

CRÍSPULO.

Pero enlazarte con un apellido como el suyo vale algo.

EMILIA.

Yo creo que no tanto como para aceptarlo sin condiciones.

CRÍSPULO.

Pero eso de que tus hijos puedan ser parientes del rey que rabió...

EMILIA.

¡Vaya!

CRÍSPULO.

La condesa me dijo el otro dia que tiene qué sé yo cuántos abuelos.

EMILIA.

¡Toma! abuelos los tiene todo el mundo.

CRÍSPULO.

Pero no conocidos. ¿Sé yo por ventura quiénes fueron los primeros de mi apellido que hubo en el mundo?

EMILIA.

¿Y qué falta le hace eso? Llamarse condesa es algo, pero lo de adquirir genealogías, usted mismo me ha dicho que es muy fácil.

CRÍSPULO.

No señora. El mundo burlon distingue las legítimas de las supuestas, y por lo tanto aquellas son preferibles. Tales cosas, aunque nada valen en apariencia, no dejan de darle á uno cierta importancia y son más positivas de lo que se piensa.

EMILIA.

Verdad es que muchos afectan desdeñarlas y las buscan.

CRÍSPULO.

Yo soy más franco. Cuando comencé á tener dinero,

creia que el oro era lo mejor del mundo; pero luego que lo tuve en abundancia, me pareció que necesitaba otra cosa para hacerlo valer. Es singular: al oro sienta bien el oropel.

EMILIA.

No lo creo, papá.

CRÍSPULO.

Yo tengo que *encondarme* ó *enmarquesarme* para que olviden que vine á América como polizon.

EMILIA. (*Avergonzada.*)

¡Jesus, papá, qué cosas dice V.!

CRÍSPULO.

Además, quiero que puedas pavonearte llamándote condesa.

EMILIA.

Pero papá, ¿no podria yo serlo con tanto dinero como tiene V. para conseguirlo, sin recurrir á un casamiento? A la verdad, me hallo muy bien soltera.

CRÍSPULO.

No conviene.

EMILIA.

¡Es un gusto tener varios pretendientes que adulan, que ruegan, que la dicen á una tantas cosas agradables, haciéndose pedazos por complacerla, porque acepte de sus manos un ramillete, ó baile con ellos una danza!

CRÍSPULO.

Repito que no conviene.

EMILIA.

Y luégo tener el gusto de hacerles esperar ó de lanzarles un *no* que les desconsuele... ¡ya! en casándome, todo esto se acabará.

CRÍSPULO.

Nada de eso está bien, señorita. En cuanto á mí, pudiera hacerme conde de *Bemba* ó marqués de la *Macagua*, pero son solares muy nuevos y hasta oscuros; y como todos en la Habana me conocen por D. Críspulo, sucederia, que al llamarme conde de *Bemba*, por ejemplo, ¿quién es él? preguntarian. Hombre, ¿quién va á ser? D. Críspulo; teniendo al fin que firmar para ser reconocido: El conde de Bemba (alias) D. Críspulo. ¡Buena se armaria entónces en el muelle y en otros puntos de la ciudad donde soy tan conocido! Luego tú al llamarte por herencia la condesita de Bemba...

EMILIA.

¡Uf! ¡qué título!

CRÍSPULO.

Otros hay peores. Te verias expuesta á que añadieran: la hija de D. Críspulo; y eso de D. Críspulo á secas es cosa intolerable. No, hija mia; quiero dejar de ser el villano enriquecido; quisiera ser llamado conde de la Edad-Media, ó qué sé yo, como dice la condesa tu futura suegra.

EMILIA.

Yo lo decia, porque me place mucho estar en aptitud de elegir... y luégo, como soy rica, tengo de sobra ocasion para hacerlo cuando y como quiera.

CRÍSPULO.

No es tan fácil.

EMILIA.

Será así para las que no tienen sobre qué caerse muertas.

CRÍSPULO.

Para todas.

EMILIA.

Tanta precipitacion es propia de las que temen quedarse para tías ó vestir imágenes.

CRÍSPULO.

Siempre conviene hacerlo pronto.

EMILIA.

No, papá, yo no estoy en ese caso.

CRÍSPULO.

Todas las mujeres lo están.

EMILIA.

¿Yo tambien?

CRÍSPULO.

Tambien; bueno es lo seguro.

EMILIA.

Papá, V. me ofende.

CRÍSPULO.

Nada de eso.

EMILIA.

Usted supone que yo no tengo mérito suficiente.

CRÍSPULO.

¿Quién ha dicho tal?

EMILIA.

Cuando todo el mundo me halaga y me dicen cuantos me conocen que soy bonita, que soy adorable.

CRÍSPULO.

Te adulan porque quieren tu dinero, y este puede perderse.

EMILIA.

Papá, está V. muy cruel conmigo, muy tirano.

CRÍSPULO.

La verdad en medio de todo.

EMILIA.

Pues yo no quiero que me la digan. No puedo sufrirla, no quiero. (*Llora.*)

CRÍSPULO.

Pero muchacha...

EMILIA.

Nada: V. no quiere á su hija cuando así la trata.

CRÍSPULO.

¿Que no te quiero?

EMILIA.

No señor...

CRÍSPULO.

Pero calla por Dios, que viene la condesa. (Será lo que tú quieras.)

ESCENA CUARTA.

Dichos. LA CONDESA.

CONDESA.

Buenas noches, Sr. D. Críspulo; adios, Emilia. (*Se besan.*)

EMILIA.

Señora...

CRÍSPULO.

Beso los piés de mi señora la condesa.

CONDESA.

Tomen ustedes asiento. Habrá que aguardar un poco, pues no han venido aún los de la curia.

CRÍSPULO.

¿Con que vamos á ser, como quien dice, hermanos?

CONDESA. (*Sonrojada.*)

Así parece.

CRÍSPULO.

¡Oh! señora, cuánta es mi satisfaccion. ¡Ver la nobleza de la sangre y la del dinero enlazadas en nuestros hijos!

CONDESA.

No muestra Emilia la misma satisfaccion; por lo ménos, guarda silencio.

CRÍSPULO.

Quien calla otorga.

EMILIA.

Repito lo que dije hace poco á mi papá: que por muy halagüeño que me parezca el matrimonio, siento perder la libertad á que estoy acostumbrada.

CONDESA.

¿Y por qué habria V. de perderla?

EMILIA.

Cuando una está acostumbrada á hacer su gusto, porque papá es tan bueno que me ha dejado hacer siempre mi voluntad, teme una que el marido que se la propone no piense del mismo modo.

CRÍSPULO.

Todo lo hace una buena eleccion.

EMILIA.

Eso, como V. comprenderá, es natural que me inspire alguna desconfianza, y que el casamiento se mire por una jóven como yo, con cierta prevencion desfavorable.

CONDESA.

En tal caso, Emilia, puede V. estar satisfecha. Mi hijo es sobrado leal y generoso para tiranizar á la que lleve su nombre: respondo de él en este concepto como en lo demás. Creo por lo tanto, que llegareis á ser muy dichosos, y que su papá y yo no tendremos que arrepentirnos de haber promovido vuestro enlace: así me lo prometo.

CRÍSPULO.

La señora condesa tiene razon. ¿No es verdad, hija mia?

EMILIA. (*Como distraida.*)

Sí...

ESCENA QUINTA.

Dichos. JULIA y luego CÁRLOS.

JULIA.

Señora, el notario eclesiástico y los testigos aguardan en el salon.

CONDESA.

¿Oyen ustedes? Llegó el momento de *tomar los dichos* á los novios. Es trámite de costumbre. He suplicado á ustedes me permitiesen verificar esta ceremonia en casa, con el fin de obsequiarles con una corta fiesta que deseo sea de su gusto. Y Cárlos, ¿dónde está?

CRÍSPULO.

Véale V.

CARLOS. (*Saliendo.*)

(Valor, sosten mi cuerpo.)

JULIA.

(¡Dios mio! Ya que aceptais mi sacrificio, dadme las fuerzas necesarias para cumplirlo.)

CRÍSPULO.

Bien venido el novio.

CARLOS. (*Saluda con frialdad.*)

Señorita...

EMILIA. (*Idem.*)

Adios, Cárlos.

CONDESA.

Cárlos, el brazo á tu novia. (Animo, por Dios.) Pasemos al salon.

CRÍSPULO. (*Dándola el brazo.*)

Señora condesa... (*Vanse menos Julia.*)

ESCENA SEXTA.

JULIA. (*Sola.*)

¡No se aman y van á unirse! El sí que van á pronunciar es una blasfemia: ¡en mis labios y en los de Cárlos sería una verdad que nos abriria en la tierra un paraíso! Cuando pienso que podria decir á esa jóven altanera: «Un puesto que sólo el amor debe dar, no pertenece á V.; V. es indigna de estrechar esa mano. Ese hombre tampoco la pertenece,

porque ama á otra, porque me ama, sí, á mí, y porque yo le idolatro. Usted con toda su soberbia no es capaz de comprender ni estimar ese tesoro. Ese tesoro pertenece á la pobre mujer que V. desprecia, pero que tiene más derecho que V. al puesto que friamente le ha robado. Escuche usted, mujer vanidosa y yerta como el egoismo. ¿Quiere usted hacer la prueba? Pronuncie el nombre de Julia á á los oidos de ese hombre, y verá cómo palpita su corazon.» ¡Ah! sí, debe abrasarse al oir este nombre, como se abrasa el mio en estos momentos; sólo que él podrá tal vez disimularlo, y yo estoy á punto de morir. No, no puedo más. No debo dejar que el ingrato me inmole así. ¿Ingrato él cuando sólo aguardaba mi respuesta para ser mio toda la vida? ¡Ah! la ingrata soy yo; ¡pero soy tan desgraciada! Debo ir á impedir un enlace que me asesina; y despues... despues moriré; pero mi muerte le dejaria desolado y triste; yo quisiera que fuese feliz... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Serena mi frente, mi cabeza, porque voy á volverme loca. —Viviendo él, quizá llegaria á amarla... no, no; estoy resuelta: debo impedir tan sacrílego enlace; que viva y ame á quien yo no conozca, cuando yo lo ignore y no pueda estorbarlo... Sí, sí, voy á impedirlo, y sea lo que Dios quiera. *(Va á salir y se detiene al ver á Luis que viene de la calle.)*

ESCENA SEPTIMA.

JULIA, LUIS.

JULIA.

¡Ah!

LUIS.

Dígame V.... Cárlos...

JULIA.

Está... no sé... ¡ah! *(Se oprime las sienes en actitud desesperada.)*

LUIS.

¿Qué tiene V.? Está V. muy conmovida; tranquilícese usted.

(Julia, muda de dolor y desesperacion, le muestra con un consternado ademan á Cárlos y Emilia que salen del brazo y seguidos de D. Críspulo y la Condesa. Vase con precipitacion por la izquierda.)

LUIS. *(Solo.)*

La turbacion de esa jóven, la repugnancia de Cárlos hácia la boda... Vamos, aquí hay gato encerrado.

ESCENA OCTAVA.

LUIS, LA CONDESA, D. CRISPULO, EMILIA, CARLOS,

CRÍSPULO.

En mi vida he visto novios tan frios; puede decirse que se aman con la más completa indiferencia.

CONDESA.

Se comprende: la turbacion del momento... porque al fin, el caso es harto serio; confío, sin embargo, en que semejante frialdad desaparezca tan luego como ambos tengan ocasion de conocerse más y de apreciarse mejor.

CÁRLOS.

Hola, Luis, ¿qué traes de nuevo? (*A Críspulo y Emilia.*) Mi amigo D. Luis de Robles.

(*Sitúanse los interlocutores del modo siguiente: A la derecha la Condesa y D. Críspulo sentados en un sofá, conversan entre sí. Emilia, sentada junto al velador que habrá al otro extremo, se entretiene en hojear un álbum. Cárlos permanece de pié en el centro de la escena.*)

EMILIA.

(¡Calla! Es mi enamorado incógnito.)

LUIS. (*Despues de saludar á todos en general, se dirige á Cárlos.*)

¿Al fin te has resuelto?

CARLOS.

¿Qué quieres? Pero no me hables de eso.

LUIS.

Insisto porque me parece que no estás contento.

CRÍSPULO. (*A la Condesa indicando una condecoracion que él lleva al pecho.*)

Me la consiguió un amigo de Madrid; por cierto que bien cara me cuesta. No es esto decir que me deje llevar mucho de estos colgajos, pero ya comprenderá V. que suelen ser convenientes.

CONDESA.

(Así dicen todos.)

LUIS. (*A Cárlos.*)

¡Qué escucho! ¿Segun eso, te alegrarias de que el casamiento no se verificase?

CARLOS.

Cuidado, que pueden oirte.

EMILIA. (*Dejando en la mesa el álbum.*)

(¡Jesús, qué fastidio! Y ese jóven es amigo de Cárlos. ¿Qué se dirán?)

LUIS. (*Reflexionando.*)

Un nuevo capricho de la novia produciria tal vez su resistencia al pactado himeneo; retrocediendo ella, tendria Cárlos ocasion de hacer lo propio. En ello, el beneficio lo recibiríamos ambos; creo que puedo proceder sin ofender á mi amigo. Vamos allá. (*Se dirige á Emilia y saluda.*)

EMILIA.

Caballero, tengo mucho gusto... (Me parece todavía más simpático de cerca.)

CONDESA.

¡Qué hace Luis!

CRÍSPULO.

¿Señora, no me oye V.?

CONDESA.

¡Ah! Sí señor: decia V. que se promete un asiento en el Senado. Creo que no sería difícil conseguirlo; tengo bastantes amigos en la corte: ya se ve, el nombre de una antigua familia como á la que va V. á enlazarse, no puede olvidarse fácilmente. (¡Qué hablarán esos muchachos! Si vendrá el tonto de Luis á entorpecer...)

EMILIA. (*A Luis.*)

Efectivamente: la verdadera simpatía puede hacer de un recien conocido, un amigo de muchos años.

LUIS.

Observo que el novio está algo caviloso y como intranquilo: no es así como debe mostrarse un hombre tan dichoso.

EMILIA.

¡Dichoso! ¿Qué dice V.?

LUIS.

Por lo ménos, me inspira bastante envidia. Eso de verle amado...

EMILIA.

¡Ya!

LUIS.

Por una señorita como V...

EMILIA.

¿Amado? ¡Bah!

(*Cárlos, que desde que presentó á Luis se ha mantenido paseando por el fondo como pensativo, al ver que la Condesa trata de hablarle, se acerca á ella.*)

CONDESA. (*A Cárlos.*)

¿Por qué abandonas tu puesto?

CARLOS.

Déjeles V., señora. Están más á gusto que si yo les interrumpiera. Además, no debo desde ahora darla de celoso.

CONDESA.

Pero tu indiferencia no es oportuna.

CARLOS.

Ella está más contenta así. Ahora no bostezará como suele hacerlo á mi lado; él sabe hablarla como á ella gusta. Apuesto á que tratan de modas, de ópera y danzas, ó que murmuran de todo el mundo. Ambos actores están en su cuerda respectiva; lástima fuera interrumpirles.

EMILIA. (*A Luis.*)

Y dice V. que Julia, esa jóven que tan mal criada y engreida tiene la condesa... ¡Pues no se ha de conocer!... Obsérvela V. bien cuando la vea de cerca: la mezcla de sangre tiene señales infalibles. Usted me dirá, que por qué soy tan severa con ella, cuando hay tantos y tantas de su estofa en nuestra buena sociedad, que pasan por lo que no son; pero V. comprenderá que los tales, por lo ménos, ya están admitidos. Así anda ello: es un *agiaco* incalificable.

LUIS.

Un verdadero *melange.*

EMILIA.

¿Cómo?

LUIS.

Lo mismo que baturrillo, mescolanza.

EMILIA.

Sí, eso es. ¿Qué quiere V.? Es una cosa insufrible.

LUIS.

(Cualquiera diria que esta Emilia no tiene nada que echarse en cara en la materia; pero eso, ¿quién lo sabe? No será ella por cierto quien lo revele.)

EMILIA.

¿Qué decia V.? Algo decia V. entre dientes...

LUIS.

Nada absolutamente.

EMILIA.

Vamos, ¿qué decia V.?

LUIS.

Que tiene V. sobrada razon, que es un *melange insupportable*.

CONDESA.

Sí, D. Críspulo, estoy con V. en lo que me cuenta: esos nobles de ayer son insufribles, al paso que la gente de cuño viejo es más tratable. Ya se ve: en éstos es natural lo que en los otros artificio. Sobre todo, los *alias* de que ya hemos hablado... Sí, porque más bien parecen apodos que títulos.

LUIS. (*A Emilia.*)

Pero ¿á qué ocuparnos tanto en quien no lo merece? Hablemos del gran mundo, de aquellas sociedades que he frecuentado y de que sería V. el ornamento más gracioso.

EMILIA.

¡Cuánto desearia conocerlas!

LUIS.

Y con sobrada razon lo desea V. ¡Qué lástima que una perla como V. de tal valia, se vea distante de aquel mundo, en que podria lucir sus bellísimos cambiantes!

EMILIA.

Siento que á papá no le haya ocurrido llevarme por esos mundos, donde, como V. dice y dicen todos, se vive tan bien y se goza tanto; pero papá con el cuento de los negocios... á lo ménos tal es la respuesta que siempre ha dado como disculpa á mis indicaciones de viajar... Pero á pesar de todo, V. no habrá encontrado nada como nuestra Habana.

LUIS.

Es ciertamente grande el cariño que profeso á mi ciudad natal; pero tengo que confesar que es un villorrio comparado con las famosas capitales de que hablo á V.

EMILIA.

En verdad que si por algo consentiré en casarme, será por hacer que mi marido me lleve á viajar, á París sobre todo; ¡qué hermoso debe ser!

LUIS.

¡Oh, oh!

EMILIA.

A pesar de que no sé si Cárlos pensará tambien salirme con el impedimento de los negocios; pero no debe ser así, porque yo no pretendo viajar con el dinero de él ni de nadie, sino con el mio, con el que papá ha trabajado y está ganando para mí.

LUIS.

Justamente.

EMILIA.

Para que yo sea muy rica siempre y haga mi gusto.

LUIS.

(¡Sopla! ya veríamos.)

EMILIA.

Por eso querria saber ántes de casarme, si mi marido será tan complaciente como papá.

LUIS.

Aun es tiempo.

EMILIA.

¡Cómo!

CÁRLOS. (*Que los observa de vez en cuando.*)

Cuando digo que Dios los cria y ellos se juntan...

CONDESA.

(Tiempo es ya de interrumpir la conversacion de aquellos niños.) Continúe V., Sr. D. Críspulo. (Agradézcanme que no quiero parecer á Emilia demasiado importuna, que si no...) (*A Críspulo.*) Bien, muy bien, amigo mio. (*Alto.*) Vamos, pronto sonará la orquesta. (*Al ver que algunos caballeros y señoras pasan por el foro con direccion al salon.*) Ya los convidados inundan el salon. He querido festejar á los novios con un poco de música y baile, no tanto porque me place celebrar este dia, cuanto para que vean ambos, que no soy intolerante con los placeres de la juventud. Todo va á ser alegría. (*Se oye una orquesta que toca danza criolla.*) A propósito, ya tocan una danza.

EMILIA.

¡Ah! ¡qué bueno!

LUIS.

¡Qué oigo! Esta danza es ¿para quién?

CONDESA.

Cárlos, la primera es de rigor.

CÁRLOS.

Sí señora, haré lo que V. ordene. (Estoy hecho un autómata.) Emilia... (*Invitándola.*)

EMILIA. (*A Luis, indicándole á Cárlos con pesar mal disimulado.*)

Ya V. ve... Bailaremos la segunda.

LUIS. (*Alto.*)

Muy bien. (*A Emilia.*) Va á parecerme demasiado larga. (Esto va en popa, y no pierdo la esperanza. ¡Dirá Cárlos que no sirvo para nada! En este terreno le desafío. Que venga aquí con sus librotes y su juicio. ¡Bah, bah, bah! (*Vase tras la pareja.*)

CONDESA.

Vamos tambien.

CRÍSPULO.

Los que ya no bailamos... En fin, buscaré á D. Serapio y jugaremos al tresillo. (*Vase dando el brazo á la Condesa.*)

ESCENA NOVENA.

JULIA, luego JORGE.

JULIA. (*Saliendo por la puerta de la izquierda.*)

¡Se van á bailar! Ellas tienen galanes, amigas, y yo... no tengo una sola amiga, y el que podria ser para mí otra cosa más grata, acaba de serme robado.

JORGE. (*Con librea de gala.*)

¡Cómo, Julia! ¿Qué haces por aquí? ¡Ah! ¡qué cara tienes tan demudada! Tú sufres: cuéntame. Sabes que si ellos te rechazan, yo soy tu amigo. ¡Pobre Julia! ¡Si supiesen que á pesar de tu clase, podrias ir y decirles tantas cosas! Cosas que harian temblar á alguno de los que se están divirtiendo en ese salon. Mi señora no ha debido ocultártelo tanto tiempo; pero ella calla, yo debo tambien callar; guardaré silencio... Además, no sé si mis palabras te harian más desgraciada.

JULIA.

¿Qué dices, Jorge? No te entiendo.

JORGE.

Es una historia que cada vez que te veo triste, y sobre todo, cuando comprendo por qué lo estás, viene á mi memoria. Pero se acerca mi amito, y voy á servir á los *blancos*. Ea, Jorge, cierra la boca, y á tu obligacion. (*Vase hácia el salon de baile.*)

ESCENA DECIMA.

JULIA, CARLOS.

CARLOS. (*Sin ver á Julia.*)

He endosado á Luis el resto de la danza, y vengo huyendo de ese salon en donde todo es tedio para mí... ¡Qué veo! ¡Julia!

JULIA.

¡Cárlos! ¿Estaba V. tan mal en el baile, que así abandona á su pareja? ¿Cuánto mejor no se pasa allí? Se baila, se goza, se ama tal vez (en tanto que aquí se sufre, se llora).

CARLOS.

Tú lo has querido... pero estás conmovida, sufres demasiado. Dices que allí se ama. ¿Quién? ¿Yo por ventura? ¿No has tenido la crueldad de decirme que amas á otro? ¡Oh! no lo puedo creer. Dime que has mentido para obligarme á obedecer á mi madre.

JULIA.

¡Oh!

CARLOS.

Sí, has mentido, porque tú no puedes amar á otro que á mí. ¿No es verdad que no amas á otro? ¿que es á mí á quien amas?

JULIA.

Dios no lo quiere así.

CARLOS.

¡Dios, Dios! Él nos ha puesto juntos en la misma senda. Los hombres, son los hombres los que pretenden separarnos. Dios quiere la fraternidad entre sus hijos. Él no ha creado las preocupaciores sociales: él las combate con sus leyes de amor.

JULIA.

¡Ah! Cárlos, huya V. de mí: piedad le pide mi corazon.

CARLOS.

¿Piedad de tí? Pídeme amor.

JULIA.

¡Cárlos, Cárlos!

CARLOS.

Pero tu acento, tus miradas, tu corazon te venden, ¡ah! Si no me amas, dímelo de otro modo para que lo crea.

JLUIA.

(¡Qué lucha, Dios mio!) Por Dios, que van á encontrarnos aquí... Hágalo V. por mí...

CARLOS.

Por tí, sí; por tí hasta mi vida, hasta mi felicidad.

JULIA.

No, tal felicidad sería un remordimiento para mí. Y luégo, acaso algun dia, su familia odiándome por haber amado á V., viéndome como la mancha de su nombre... sufrir su desprecio... ¡ah! ¡no! Y V. tal vez entónces...

CARLOS.

Yo... ¿qué?

JULIA.

Usted participando de su desden, de mi oprobio, de mi remordimiento...

CARLOS.

Julia, estás loca; ¿qué profieres, qué pretendes?

JULIA.

¡Oh! no puede ser. Morir y nada más sólo me resta.

CARLOS.

No, tú me amas, te amo y no puedo consentir en tu desgracia. Yo adoro á Dios en tí, porque eres tú su ángel más hermoso. Háblenme de distancias sociales; las desprecio, y te adoro.

JULIA. (*Con ternura.*)

Cárlos...

(*Este la toma las manos.*)

JULIA. (*Retirándolas.*)

¡Ah! no, no.

ESCENA UNDECIMA.

Dichos. EMILIA y LUIS del brazo, han podido ver el movimiento de Cárlos por retener las manos de Julia. D. CRISPULO y LA CONDESA.

EMILIA.

¡Qué veo!

JULIA Y CARLOS. (*Con sorpresa.*)

¡Ah!

EMILIA.

Eso sólo me faltaba; ¡qué osadía! (*Se desprende del brazo*

de Luis, y dice á D. Críspulo.) Señor, yo no debo sufrir semejante ofensa.

CONDESA.

¡Qué!

CRÍSPULO.

¿Qué me dices, hija mia? (*Emilia le habla al oido.*) Señora condesa, se hace á mi hija el poco favor de...

CONDESA.

¿Cómo?

JULIA.

(¡Dios mio, ampararme!)

CRÍSPULO.

¡Creer que mi hija pueda aceptar semejante competencia!

CONDESA.

Señor mio, no comprendo...

CARLOS.

Pero yo no puedo consentir...

JULIA. (*A Cárlos.*)

Silencio...

LUIS.

(¡Esto se enreda; magnífico!)

EMILIA.

No hay que dudarlo: aquí estaban muy asidos de las manos.

CONDESA.

¡Qué escucho!

CARLOS Y JULIA.

(¡Qué dice!)

EMILIA. (*A Luis.*)

¿No es verdad, caballero?

LUIS.

Es... innegable.

CRÍSPULO.

Señora, ya V. lo ve.

CONDESA.

Poco á poco: creo que ambos exageran... Cárlos, Julia: explíquense ustedes.

EMILIA.

¡La muy atrevida!

LUIS.

(¡Cuando digo que la boda no se hará!)

CONDESA.

Caballero, no está bien que Emilia insulte así á esa muchacha. (¡Oh! ¡quién lo imaginara!)

EMILIA.

¡Sí, eso es; calle V., papá, y deje que se me rivalice con una... mulata!

CARLOS.

¡Señorita!...

JULIA.

¡Ah! (*Cae desmayada en el sofá de la izquierda.*)

CARLOS. (*Acudiendo á ella.*)

¡Julia!

CONDESA. (*Interponiéndose.*)

Cárlos, no es ese tu lugar.

EMILIA.

No se apuren ustedes, es fingido: todas ellas son así... ¡tan melindrosas!

CARLOS.

Señorita, ¡muy bien!

CONDESA. (*A D. Críspulo.*)

Disimule V. esta ocurrencia. Yo tomaré un partido que pondrá á cada uno en su lugar.

CRÍSPULO.

Pero...

EMILIA.

La boda no debe hacerse. Adios, señora. Vamos, papá; basta de baile.

LUIS.

(Y no se hará, segun parece.)

CRÍSPULO. (*Yéndose del brazo con Emilia.*)

¡Y todo ello por una mulata!

LUIS.

(Anda Luis, camina con valor tras (*Indicando á D. Críspulo.*) la fortuna.) (*Vase tras ellos.*)

CONDESA. (*A Cárlos en tono de reconvencion.*)

¡Cárlos! (*Vase á cuidar de Julia.*)

(*Cárlos permanece como abismado en su pensamiento.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO

La decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, JORGE.

JORGE.

Sí señora; acaba de verla el médico, y dice que la calentura continúa bastante fuerte.

CONDESA.

¡Pobre muchacha! Ha pasado una noche muy agitada. Yo estuve, como sabes, á su cabecera hasta más de las doce. ¿Dices que en lo restante no descansó?

JORGE.

No señora; segun Juana, que veló junto á ella desde que se separó su merced, ha estado Julia con mucha inquietud y como delirando. No ha cesado de hablar de la muerte y otras cosas muy tristes, nombrando á su merced y al niño Cárlos á cada momento, en medio de palabras que no hemos podido comprender.

CONDESA.

¿Y mi hijo?

JORGE.

Parece que tampoco la pasó muy bien: le he sentido andar por su habitacion toda la noche. Salió desde muy temprano y no ha vuelto; sin duda habrá almorzado fuera.

CONDESA. (*Mirando su reloj.*)

¡Son las dos de la tarde! Dí á Juana que me espere en mi cuarto; allá iré dentro de algunos minutos; que no dejen un instante sola á la enferma.

JORGE.

Se hará lo que manda su merced. (*Vase.*)

ESCENA SEGUNDA.

CONDESA. (*Sola.*)

¡Lástima me causa esa infeliz; pero ha abusado cruelmente de mis bondades! Quiero suponer que haya sido alucinada por Cárlos, cuyas ideas de llaneza me causaron siempre el mayor disgusto; pero darle oidos, alentando tal vez sus esperanzas, entorpecer así mis proyectos, es cosa que no puedo perdonarla. Preciso es que salga ella de casa y que no vuelvan á verse. Y gracias que he logrado persuadir de nuevo á D. Críspulo. (*Pausa.*) Sorpresa me ha causado, no la pasion de Cárlos, sino el objeto. ¿Y cómo imaginar que tenía en casa la conjuracion? Hola, señor D. Críspulo.

ESCENA TERCERA.

CONDESA, D. CRISPULO.

CRÍSPULO.

Señora condesa, beso sus piés.

CONDESA.

Sin duda viene V. á decirme que está ya dispuesta Emilia.

CRÍSPULO.

Sí lo está, aunque no me ha costado poco vencer su repugnancia. Despues de la entrevista que, á invitacion de usted, tuvimos V. y yo aquí esta mañana, entrevista en que logró persuadirme de que esa muchacha no volverá á darnos otro mal rato, fuí á casa y la emprendí con mi hija. La tarea era más difícil de lo que suponíamos; pues ella, que nunca tuvo grande apego á la boda, fundaba en el suceso de anoche grave resistencia. Hícela comprender que todo ello era una bagatela, y que alejada Julia de Cárlos, á quien sin duda habia seducido, pues cuidé de echar sobre ella toda la culpa, no habria que temer una rivalidad que Emilia juzgaba, y con razon, tan ofensiva. Hice todo lo posible ya que no era justo desistir de un matrimonio concertado y de mútua conveniencia, por un lance que al fin puede tener fácil remedio.

CONDESA.

Así, así, D. Críspulo; me place hallar en V. un hombre tan cuerdo, tan racional.

CRÍSPULO.

Por último, logré, si no convencerla, persuadirla, gracias á esos y otros argumentos.

CONDESA.

Ya lo esperaba yo de la discrecion de V. y del respeto que ha sabido inspirar á Emilia, cuya docilidad es fruto de la buena educacion que V. la ha dado.

CRÍSPULO.

Favor que me hace la amabilidad de V., señora condesa.

CONDESA.

Lo que V. merece, señor D. Críspulo.

CRÍSPULO.

Como decia, no han sido sólo verbales mis argumentos; los ha habido muy positivos. A más del regalo de boda que la tenía prometido, y que será cuantioso como V. sabe, la he ofrecido hoy un magnífico tronco de caballos del Canadá, y el mejor y más costoso aderezo que á su gusto encuentre en la ciudad; ainda mais un viaje á Europa en que Cárlos habrá de consentir, no sólo por ser de su gusto, cuanto como medio de separar á Cárlos de...

CONDESA.

Al fin, lo principal es casarlos: despues, entre V. y yo arreglaremos las cosas segun convenga á ellos mismos. Usted sabe que entre nosotros siempre ha reinado la mayor cordialidad, y que siempre nos hemos entendido.

CRÍSPULO.

Por supuesto... Pero es preciso que esa chica...

CONDESA.

Pierda V. cuidado. Tan luego como pueda salir, dejará esta casa, y corre de mi cuenta componerlo de modo que ella y mi hijo no vuelvan á verse.

CRÍSPULO.

No tanto por mí como por Emilia. Ante el paso de ayer noche, ni V. ni yo podíamos permanecer impasibles. Yo encolerizado me expresé con alguna dureza; pero la noche trae consejo y hemos reflexionado, acabando por convencernos de que, entre personas que saben de mundo y de negocios, no es cosa de abandonar uno brillante porque esos tontuelos interpongan su capricho. Yo me juzgaria tonto, si al cabo de mi carrera me detuviese una bicoca, cuando he pasado por cosas mayores al realizar otros negocios. Por ejemplo: V. sabe que los de *negritos*, sobre todo, no dejan de habituarle á uno á no pararse en pelillos; ustedes los que compran y conservan, y nosotros los que vendemos, no nos paramos en bulto más ó ménos.

CONDESA.

Y es como debe ser. (Buenos tunos son ustedes.)

CRÍSPULO.

Ahora lo que falta es ver cómo persuadimos á Emilia en la cuestion de tiempo. Está dispuesta, pero pretende dilatar el casamiento hasta verse segura de que no ocurrirá otro lance parecido.

CONDESA.

Todo lo contrario. Es forzoso persuadirla de que debe verificarse la boda cuanto ántes, hoy mismo; así podremos disponer de ellos mejor.

CRÍSPULO.

¡Hoy! tan pronto... ¡qué dice V.!

CONDESA.

Dentro de una hora ó ántes; no hay tiempo que perder.

CRÍSPULO.

Pero ella no consentirá...

CONDESA.

Una jóven bien educada por V., debe ser sumisa y obediente. Todo está listo. Se han obtenido las dispensas necesarias, y se casarán aquí en casa á despacho cerrado dentro de media hora, tan luego como vuelva V. y Cárlos venga.

CRÍSPULO.

¿Y cómo convencer á mi hija? ¿Ella que está acostumbrada á hacer su santa voluntad? Yo, no hay duda que la he educado bien, como V. dice; pero no sé quién diablos la ha enseñado á decir *no*, ó *lo quiero así*, segun se le antoja, y voy á tener una escena en que Dios me ampare.

CONDESA.

¡Y qué! ¿No tiene V. medios idénticos á los que empleó esta mañana? Refuerze V. los argumentos y ya verá si triunfa.

CRÍSPULO.

Sí, pero...

CONDESA.

Si ella ha consentido en lo mayor, doblando las promesas consentirá en lo menor.

CRÍSPULO.

Es que ya me cuestan sus remilgos más de lo que usted presume.

CONDESA.

¿No es la única hija de su corazon? ¿Lo que V. posee no

será todo para ella? Don Críspulo, vaya V. pronto, es urgente, indispensable. Puede V. decirla que el casamiento de Cárlos será desengaño y castigo para esa malhadada Julia, que tan funesta ha venido á ser á nuestros planes.

CRÍSPULO.

Tal es la verdad: por lo que hace á mí, siempre me ha visto V. dispuesto y conforme con sus miras, que son semejantes á las mias; pero...

CONDESA.

Ea, D. Críspulo. Añada V. al aderezo otro, á la pareja una *victoria*, y á todo esto la mejor quinta que pueda fabricarse en el Cerro ó Marianao; á París y Lóndres ó Florencia, añada V. un viaje á Jerusalen, Roma ó Tetuan.

CRÍSPULO.

El país de las monas.

CONDESA.

(Allí estaria á su gusto esa tonta.) El tiempo vuela: todo está preparado, y hasta el cura espera ó poco ménos.

CRÍSPULO.

Ya que es así, trataré de persuadirla, y Dios lo quiera.

CONDESA.

Quedo aguardándoles. Nada de ceremonias ¿entiende V.? Será cosa puramente privada y de familia; nada de gran *toilette;* traje de calle ó familiar, y nada más. La prontitud es lo que importa.

CRÍSPULO.

Vaya, probemos pues. (*Vase.*)

ESCENA CUARTA.

CONDESA. (*Sola.*)

¡Gracias á Dios! Al fin creo que por parte de éstos conseguiré mis deseos. ¡Ojalá pudiese decir lo mismo respecto de Cárlos. Aun no le he visto desde anoche, y temo que no venga en todo el dia, faltando oportunamente. ¿Qué pensará? En verdad que me intranquiliza su tardanza. Pero vendrá: porque sin duda desea saber cómo sigue la enferma; y como cree que el proyecto del matrimonio está deshecho... Aquí viene, ¡ah! ¡que me place!

ESCENA QUINTA.

CONDESA, CARLOS.

CARLOS.

¡Señora!...

CONDESA.

Te aguardaba...

CARLOS.

Y yo, si quiere V. que sea sincero, la diré que temia encontrarla.

CONDESA.

El culpable teme á su juez.

CARLOS.

¡Yo culpable!

CONDESA.

¿Lo dudas?

CARLOS.

Mi conciencia está tranquila.

CONDESA.

Entónces debe ser sobrado elástica.

CARLOS.

A fe que no comprendo ese lenguaje, madre mia.

CONDESA.

¿Hallarás infundado mi enojo despues de lo que ha pasado?

CARLOS.

¡Ah! ya comprendo; y si no acertaba, era por no juzgar grave delito lo que es natural y honrado.

CONDESA.

A no ser que supongas que debo estar satisfecha de tí y áun aplaudir tu falta de respeto. ¡Bueno sería que se hubiese roto por semejante escándalo, un proyecto de boda generalmente conocido!

CARLOS.

¡Qué oigo!

CONDESA.

No es posible retroceder.

CARLOS.

¡Ah!

CONDESA.

¿Osarias pretenderlo?

CARLOS.

Es decir, que insiste V. aun...

CONDESA.

¿Y por qué no? Allanado el nuevo inconveniente que

presentó una ocurrencia que no quisiera recordar, sólo debo pensar en que no se repitan tales escenas por demás desagradables. ¡Olvidarse de sí mismo hasta ese punto; poner tus ojos en quien debieras respetar, sobre todo por la consideracion que me debes!

CARLOS.

Señora, repito que mis fines eran honrados.

CONDESA.

No basta esa protesta de seguridad. Vista la diferencia de condiciones que jamás consentiria en allanar, ¿qué fines honrosos podrian esperarse? No estoy dispuesta á tolerar locuras; he resuelto que se verifique el matrimonio cuanto ántes.

CARLOS.

Pero es necesario disponer...

CONDESA.

Todo está dispuesto. Ella renunciará á sus ilusiones al ver reforzada la barrera que debe existir entre los dos. Su educacion ha sido honrada, y si no es indigna de los principios que la he inculcado, si no es ingrata á mis beneficios, se conformará con su deber.

CARLOS.

Semejante precipitacion, señora, es imposible.

CONDESA.

Está resuelto.

CARLOS.

Pero...

CONDESA.

Una palabra más, en oposicion, y esa muchacha saldrá ahora mismo de esta casa; lo exige el honor de mi familia, mi decoro.

CARLOS.

(Resignémonos por ahora, ganèmos tiempo.) Callaré.

CONDESA.

Voy á terminar los preparativos. Cárlos, quiero ser obedecida. Aguárdame aquí un momento.

CARLOS.

Semejante precision...

CONDESA.

Caballero, el hijo que no obedece, no honra á su madre: repito que me aguarde V., que no salga de casa sin mi vénia. Yo se lo mando.

CARLOS.

Bien está, señora.

ESCENA SEXTA.

CARLOS. (*Solo.*)

Aguardaré; pero en vano. Quizás al obedecerla ahora, lo hago por la última vez. ¡Yo que me prometia que Emilia y su padre habrian desistido! Pero ya se ve, el D. Críspulo es un verdadero acéfalo ante mi madre, y como tal un autómata. Respecto de Emilia, ¿quién fia en la voluntad de una mujer tan necia? ¡Mi madre les ha hablado sin duda y les ha convencido! Ellos, que en medio de tanta vanidad tienen tan pocos escrúpulos cuando se trata de sus intereses ó su ambicion... Está visto que mi madre, tenaz como siempre, no retrocede, y mi esperanza queda desvanecida con la nueva aceptacion de D. Críspulo y su hija. Por fortuna habia previsto el caso y trabajaba por mi cuenta. Partiré, llevaré conmigo á Julia, si quiere seguirme, á otros países en donde no imperan estas mezquinas preocupaciones coloniales. Una vez allí, mi madre habrá de perdonarnos y aceptar mis socorros, si es que, como teme, nuestra fortuna desaparece con mi repulsa al matrimonio que me exige. ¡Oh madre mia! Yo trabajaré para que tengas opulencia si es preciso; ¿pero debo plegarme á la injusticia? ¿Debo inmolar á tu ambicion la dicha de dos séres que tú no puedes ménos de amar? ¡Oh! yo creo que Dios me escucha; y él que penetra las intenciones, no puede ver en mí un hijo ingrato... Oye, Jorge; y Julia, ¿cómo está?

ESCENA SEPTIMA.

CARLOS y JORGE.

JORGE.

La calentura no disminuye. Ahora voy á la botica por esta receta que acaba de dejar el médico.

CARLOS.

A ver: una preparacion calmante de las más enérgicas. Por supuesto que el doctor habrá dejado instruccion clara del tiempo y forma en que debe la enferma tomar esta bebida.

JORGE.

Una cucharada cada dos horas.

CARLOS.

Ten cuidado. Si tomase algo más, sería peligroso y tal vez mortal.

JORGE.

Esté su merced tranquilo.

CARLOS.

Bueno, vé corriendo... A propósito... Oye: pienso partir cuanto ántes, tan luego como pueda burlar la vigilancia de mi madre...

JORGE.

Mande el niño Cárlos.

CARLOS.

Estoy decidido. Trataré de persuadir á Julia á que me siga.

JORGE.

¡Ah! Comprendo.

CARLOS.

Tú la servirás de guia y custodia cuando llegue el caso, es decir, tan luego como esté en disposicion de ponerse en camino. La facilitarás todos los medios, é ireis á reuniros conmigo en donde ella te dirá. ¿Habrá modo de que reciba ahora una carta mia?

JORGE.

La señora mandó que no se dejase entrar en la habitacion de Julia más que al médico. Juana la asiste con igual órden.

CARLOS.

¡Fatalidad! Se pierde un tiempo precioso... ¡Si yo pudiese hablarla! ¿Dónde está la señora?

JORGE.

¡Ah! niño. Si la señora viese á su merced acercarse al cuarto de la enferma, todo se lo llevaria el diablo.

CARLOS.

Es verdad, tienes razon; y lo que más conviene es que no sospeche de mi proyecto... Escribiré, y cuando regreses con la medicina, harás porque llegue á manos de Julia una carta. Vé, pues, á la botica, y vuelve á buscarme aquí ó en mi cuarto. (*Vase Jorge.*) Necesito marchar ántes de lo que pensaba. Haré porque ella parta despues con Jorge. Por lo pronto permaneceré soltero y libre. Mientras no sea de otra, puedo ser suyo. (*Va á escribir y desiste al ver á la Condesa.*) ¡Ah! ¡mi madre!

ESCENA OCTAVA.

CARLOS, LA CONDESA.

CONDESA.

Te encuentro aquí, lo esperaba, y agradezco tu obediencia.

CARLOS.

Debe V. estar satisfecha. Sólo me resta suplicar á usted dilate por un dia, por algunas horas...

CONDESA.

No puede ser, Cárlos.

CARLOS.

Lo suplico, lo ruego, madre mia: ¡tal presteza en asunto tan serio!...

CONDESA.

Por lo mismo que lo es, debe apresurarse.

CARLOS.

Tengo que disponer áun algunas cosas.

CONDESA.

Es imposible perder más tiempo; ya hedado mi palabra, y todo está listo. Lo demás nos expondria á interpretaciones que no nos favorecen. Cuando ignoraba lo que ahora sé, podia ser más indulgente; ahora tienes que hacerte perdonar y tranquilizarme respecto de un particular sumamente delicado.

CARLOS.

Es decir que veo burlada del todo mi esperanza. Cuando creia que lo ocurrido podria retardar esa funesta boda, viene por el contrario á precipitarla. ¡Soy muy desgraciado ciertamente!

CONDESA.

Te casaráshoy, y saldreis en seguida para el ingenio. En cuanto á esa muchacha, es forzoso que purgue su osadía; y tan luego como esté buena...

CARLOS.

¿Qué piensa V. hacer, señora? Es inocente. Si escuchó mis amorosas palabras, no ha sido sin grave resistencia, y sólo cediendo á mi importunidad. Madre, ¿qué piensa usted hacer de ella? Debo saberlo.

CONDESA.

Pretendo evitar la deshonra de mi casa; evidenciar que niego toda indulgencia á unas relaciones desiguales y pe-

ligrosas. El buen nombre de nuestra familia está por medio, y por consiguiente, ha terminado mi censurable bondad. Debo hacerte comprender si lo has olvidado, como parece, que Julia ha debido ser sagrada para tí. Preciso es que yo te recuerde la cordura, ya que tus pretensiones absurdas la desmienten.

CARLOS.

Pues bien, madre; yo la amo y no consentiré que se la ofenda ni trate mal. Si no es igual á mí por la cuna, está tal vez más alta que yo por su corazon; más alta, sí, porque yo he podido mostrar la voluntad de un hombre, y sólo he mostrado la debilidad de un niño. Deberes tiene el hijo; pero tambien los tiene la razon, y no he sabido alzarme en favor de ésta. ¡Que no es igual á mí... pobre sarcasmo!

CONDESA.

¡Igual á tí! ¡Llaneza incomprensible! ¡Es decir que eres igual á la hija de la esclava María! El padre de esa muchacha, que era su dueño, vendió á otro la madre con ella en su seno, avergonzándose del fruto que iba á resultar de su extravío. ¿Eres, pues, igual á esa muchacha que su mismo padre negó ántes de nacer y que negaria hoy si la conociese?

CARLOS.

No importa, señora. Eso añade mayor interés á su desgracia. Yo que la amo, no debo abandonarla aunque me llamen loco. Sé que V. tiene buen corazon, madre mia, y que no tocará uno solo de sus cabellos; ¿pero eso evitará que sea despreciada y confinada, sábelo Dios, por el crímen de haberme inspirado amor? Si ella es infeliz desde la cuna, ya que la cuna es delito para ciertos séres; si un padre inícuo, por evitar que saliese á su rostro la prueba de un censurable descarrío ó por el vil interés de su codicia (cosa no muy rara entre nosotros), la vendió ántes de nacer; si el mundo la convirtió en mercancía cuando áun pertenecia exclusivamente á Dios; si entónces la única mano bienhechora que la sacó de su estado; si V., madre, al decirle: levántate y mira al cielo que es nuestro orígen, lo hizo para dejar caer sobre su frente algun dia, por la culpa sólo de haber amado, el manoplazo feudal de la soberbia; yo que la amo, porque el cielo la hizo interesante y amable á mis ojos, soy quien debo indemnizarla de los males que la ha causado el mundo; yo debo presentarla ante Dios diciendo: Señor, tú la creaste tuya, y los hombres te la han robado. Ella que es tu hija, ha sido vendida como tú tambien lo fuiste, por uno de los séres que ven-

den su sangre, por uno de los Judas que existen en el mundo para cambiar las almas por dinero: yo, pues, la rescato con mi amor, y te la vuelvo!

CONDESA.

¡Qué escucho! Apenas creo lo que oigo. Me avergüenzo de tus palabras. Estás loco sin duda. ¡Y es mi hijo quien profiere tales desacatos, y es ante mí que se permite tales palabras! Ahora ménos que nunca debo ceder: ceder es la deshonra, y á poco que tolerase, la llevaria ante el ara á mi despecho. Que salga, que salga inmediatamente de esta casa.

CARLOS.

No señora, no saldrá sino conmigo.

CONDESA.

¿Cómo impedirlo?

CARLOS. (*Interponiéndose con respeto pero con firmeza.*)

No lo sé... mas la protejo.

CONDESA.

¿Por qué medios?

CARLOS.

La ley... digo mal: la justicia...

CONDESA.

¡Aparta!

CARLOS. (*Con amargura y decision.*)

¡Señora!...

CONDESA.

Saldrá ahora mismo, cualquiera que sea su estado: yo lo quiero.

CARLOS. (*Bruscamente.*)

No lo consentiré.

CONDESA. (*Retrocediendo.*)

¡Cielos! ¡y es mi hijo!

CARLOS. (*Cayendo de rodillas.*)

Madre mia, piedad... piedad para ella y para mí. (*Levantándose.*) ¡Ah! señora, compadezca V. mi estado. ¡No he querido ofender á V., pero soy muy infeliz! Mi corazon sufre mucho y tengo en él un mundo de amargura. Usted que fué tan buena para Julia, no debe hacerla más desdichada; que sin nacer lo era. Que ignore siempre la saña con que V. acaba de amenazarla. ¡Ah madre mia! Si mis palabras han podido ofenderla, mi corazon protesta no las ha dictado.

(*Durante esta escena, ha pasado Jorge de vuelta de la botica,*

con un frasco que parece ser el recetado, hácia la puerta que conduce á la habitacion de Julia, saliendo despues y regresando al salon, no sin mostrar algun curioso interés por lo que pasa ó dicen en la escena. Ahora viene de la antesala.)

ESCENA NOVENA.

Dichos. JORGE.

CONDESA.

¿Qué hay?

JORGE.

Acaban de entrar y esperan en el salon.

CONDESA.

Que tengan la bondad de aguardar un instante; allá vamos. *(Vase Jorge.)* Es ya un compromiso serio; su ruptura sería una desgracia. Ahora me avergonzaria; evítame el sonrojo.

CARLOS.

¡Madre, madre! ¿Quiere V. hacerme completamente desgraciado? No puede ser.

CONDESA.

Tu casamiento me tranquilizaria respecto de tu loca inclinacion á Julia. Haz lo que anhelo... Yo te ofrezco tenerla siempre á mi lado, y áun la amaré como... á una hija... ¡Cárlos!

CARLOS.

¡Oh! muerte, serías un bien.

CONDESA.

(¡Ah! ¡qué idea! Es preciso... veamos... El momento es supremo, ¿á qué detenerme? Es un recurso disculpable, necesario.) Hijo mio: el enlace que te propongo es ahora de conciencia. Debo curarte de un amor imposible, y evitar criminales consecuencias... Entre Julia y tú, hay un abismo. Aun cuando ella fuese de tu propia condicion, áun cuando tuviese todo el oro y todos los atractivos del mundo, no podria ser tu esposa.

CARLOS.

¡Cómo!

CONDESA.

Lo que se cuenta de su nacimiento, fué pura invencion para cubrir un extravío.

CARLOS.

¡Qué dice V.!

CONDESA.

Si la he tratado como hija, ha sido por respeto á la memoria de tu padre... Me fuerzas á decírtelo.

CARLOS.

¡Qué oigo! ¡Cielos, tened piedad de mí!

CONDESA.

Y ahora, ¿vacilarás? ¡Cárlos, decídete por Dios, que nos aguardan!

CÁRLOS.

¡Ah!

CONDESA.

El abismo entre los dos es ahora inmenso.

CARLOS.

¡Sí, inmenso!

CONDESA.

Debo impedir que caigas en él... ¡El incesto!

CARLOS.

¡Qué horror!

CONDESA.

Ven, y huye de ella para siempre.

CÁRLOS.

Sí, sí.. Haga V. de mí lo que quiera.

CONDESA.

Cárlos, ven á poner entre ella y tú la barrera salvadora; ven, hijo mio, ven.

(*Aprovechándose del estupor de Cárlos, la Condesa le ase del brazo llevándole consigo.*)

ESCENA DECIMA.

JORGE (que sale por el lado opuesto, y que les ha visto marchar).

El sacerdote espera en esa sala. ¡Va á casarse con la hija de ese hombre! ¡Pobre Julia! Si pudiese verla... Y el niño Cárlos que pensaba llevársela; pero ¿qué haré? Sin duda no ha escrito la carta de que me habló. (*Buscando en la mesa.*) Nada, no hay nada. Además, ¿de qué serviria si va á casarse? ¿Cómo es que ha consentido? ¿Qué habrá hecho la señora para obligarle? Voy á ver si Juana me deja hablar con Julia... Pero ¿qué miro? ¡Es ella!...

ESCENA UNDECIMA.

Dicho y JULIA (que sale con el cabello suelto, pálida y febril, expresando en su fisonomía su malestar físico y su desesperacion. Su traje un poco descuidado, da á conocer que se ha vestido con el desaliño y rapidez que debe suponerse en quien como ella acaba de dejar el lecho del dolor).

JORGE.

¡Julia! ¿Cómo estás aquí? ¿Por qué has salido de tu cuarto con calentura?... ¡Y Juana te ha dejado salir!

JULIA.

Duerme.

JORGE.

La pobre Juana ha velado toda la noche. Estaria rendida de sueño.

JULIA.

Dime... ¿y él?...

JORGE.

Todo estaba preparado para su fuga y la tuya.

JULIA.

Pues vamos.

JORGE.

Pero parece que se ha visto precisado á obedecer á la señora.

JULIA.

¡Cómo!

JORGE.

Está en el salon...

JULIA.

Acaba...

JORGE.

Julia, vuelve á tu cuarto.

JULIA.

Y ella sin duda estará tambien en el salon. Le jura un amor que es pura falsía... ¡oh! ¡qué veo! (*Mirando hácia el fondo.*) ¡Un sacerdote!... ¡ah! comprendo... Van á enlazarse ahora mismo, aquí en la casa... ¡Dios mio!... Pero ¿qué me importa?... ¡Ah! Siento fuego en las entrañas y en las sienes... parece que va á rompérseme la cabeza.

JORGE.

Es un vahido... Llamaré...

JULIA.

¡Silencio! No llames, no es necesario... te lo suplico. El sudor baña mi frente, es de hielo, y sin embargo en ella hay algo que me quema. Esta mancha... ¿no ves esta mancha?...

JORGE.

Julia, deliras...

JULIA.

Una mancha que debe ser muy visible, porque todos la ven, todos me la echan en cara. ¡Cuando todos lo dicen!... Y sin embargo, esta mancha no es la del crímen: la tuve desde mi primer instante, nací con ella... ¡ah! ¡si pudiese borrarla! ¡Dicen que soy bella... já... já... já...! ¿Cómo puedo serlo con esta mancha? Ella es mi pecado original, pero sin redencion, sin redencion!...

JORGE.

Serénate por Dios.

JULIA.

¡Pues qué!... ¿no estoy serena? Ellos se casan, y yo... me rio. Ya lo ves, me rio... ¿me quieres más serena? Yo tambien voy á casarme. ¿No oyes mi epitalamio?

Hay una palma en el valle
á quien allá en otros dias
las aves, dulces cantoras,
á saludarla venian.
Llegó luégo la tormenta
y por el rayo fué herida;
su tronco secóse ¡ay triste!...
Las aves ya no volvian.

¿No es verdad que es muy bonito mi epitalamio? Quiero ponerme los adornos de la boda. (*Tratando de arreglarse el cabello.*) Jorge, tráeme flores... necesito flores para mi frente. Quiero ver si oculto esta mancha que me abruma, la mancha de mi orígen; pero no me traigas mirtos ni azahares; esas flores son muy alegres y deben servir para otras mas felices... ¡yo estoy tan triste! Tráeme lírios, que son tristes como yo... siemprevivas que sirvan para un sepulcro... Quiero ya mi vestido de boda, blanco como el armiño, como la pureza... como un sudario!

JORGE.

Julia, por Dios, por tu madre: vuelve á tu cuarto. No debes estar, no estás bien aquí.

JULIA.

Mi madre, dices que mi madre... ¡Yo no tengo madre!

¿Dónde está? No lo recuerdo... Sin duda ha muerto. Si ella no hubiese muerto, estaria aquí, responderia cuando la llamo. ¡La he llamado en vano tantas veces! No, no vive: ahora recuerdo que siempre me lo han dicho... ¿No es verdad que era esclava? ¡Qué horror! ¡Debió morir sin duda de pesadumbre, al ver que me ponia en el mundo para ser tan desgraciada! Sí, ella ha muerto, porque siento que álguien me llama desde otra parte, desde otro mundo... Sí, ella es quien me llama, me llama tan dulcemente... ¡Oh! ¡sólo una madre puede llamar así!

JORGE.

Julia, Julia, me das miedo... ¡oh! ¿qué hacer?

JULIA.

Ellos se casan... están en la iglesia. (*Se oye la campana y el órgano de una iglesia vecina que celebran unos funerales.*) Ven acá, Jorge. ¿No oyes el órgano? Qué hermoso es lo que tocan: parece un canto de otra vida... ¿No oyes la campana qué triste?... Y sin embargo, celebran un casamiento. ¡Ah! ¡nó, qué boba soy! Son campanas que doblan... (*Mirando por la ventana de la derecha.*) Es un entierro que cantan en la vecina iglesia. ¿Quién ha muerto?... Algun rico tal vez, porque es un entierro muy pomposo... ¡Ah! vosotros los que rogais por un muerto á quien no conocí, rogad por mí tambien... por una desdichada!... ¡Ah! sí, es por mí, ruegan por mí... y no puedo rezar, ni llorar tampoco... porque tengo fuego en la frente y en los ojos, y no puedo rezar ni llorar... y luego esta mancha!... (*Se golpea la frente.*) ¡Ah! me muero. (*Déjase caer lentamente en un sillon como vencida por tenaz y angustiosa modorra.*)

ESCENA DUODECIMA.

Dichos. LUIS.

LUIS.

¡Hola!... ¿Qué es eso? ¿qué veo?

JORGE.

Señor, yo no sé lo que le pasa, pero me parece que está muy mala... Caballero, llame su merced, por Dios.

LUIS.

¿Y dónde están?

JORGE.

En el salon.

LUIS.

He visto el carruaje de Emilia y su padre venir hácia aquí.

JORGE.

En el salon están todos; acaso esté ya concluido el casamiento.

LUIS.

¿Qué me dices? ¿Pero ignoran el estado de esa jóven?...

JORGE.

Sí señor.

LUIS.

Llamaré para que la socorran. (Evitemos y ganemos tiempo.) *(Vase.)*

ESCENA DECIMATERCERA.

Dichos, menos LUIS.

JORGE.

Julia, es menester que vuelvas á tu cama. Vendrán los amos, y si te encuentran aquí y en ese estado... la alarma para el niño Cárlos será mayor.

JULIA. *(Con suma postracion y languidez.)*

¿Qué dices? Déjame... Siento un peso tan grande en la cabeza... y en todo mi cuerpo... Quiero dormir... quiero morir...

JORGE.

Ven, Julia, ven. Es preciso que la lleve de todos modos.

ESCENA DECIMACUARTA.

Dichos. CARLOS, LA CONDESA, D. CRISPULO, EMILIA y LUIS. (Aparecen juntos, pero por el órden indicado.)

CÁRLOS.

¡Julia!... ¡Cielos!...

CONDESA.

¿Qué es eso? ¿Así se cumplen mis órdenes? ¿Cómo está aquí?

CÁRLOS.

Madre mia, ¡socorro, por Dios!

CRÍSPULO. *(Con ira reconcentrada.)*

Cuando dije que esa muchacha...

EMILIA. *(Con marcado desden.)*

Vea V., papá, si tenía yo razon.

LUIS.

(¡Era tarde: estaban casados! Pensemos en otra cosa, pues aquí estoy ya de más.) *(Saludando.)* Celebraré que el accidente no sea cosa mayor. *(Vase.)*

CARLOS. *(Que ha examinado á Julia al par que la Condesa.)*

Sin pulso... la frente helada...

JULIA. *(Al oir la voz de Cárlos abre los ojos aunque con dificultad, procura sonreir y le tiende la mano.)*

¡Ah! ¡Cárlos... yo... pesado sueño!... ¡qué felicidad.... poder dormir tan dulcemente!...

CARLOS.

Pero, ¿qué ha pasado? ¿cómo ha sido esto?

JORGE. *(Como quien recuerda de repente.)*

¡Ah! *(Corre hácia el cuarto de Julia.)*

CRÍSPULO.

Mucho temia este lance, condesa.

EMILIA.

Y lo peor es que ya no tiene remedio: ¡ya soy su esposa!

CRÍSPULO.

¿Qué dice V. á eso?

CONDESA.

Déjeme V. ahora. Hijo mio, ¡en qué situacion me has puesto con tu funesto amor!

CARLOS.

Madre, omita V. por favor reconvenciones. Socorros necesita esta infeliz... Julia, Julia, ¿no me oyes? Yo te llamo... Julia... ¡no responde!

JORGE. *(Trayendo vacío el frasco de la receta.)*

Mire su merced, niño Cárlos.

CONDESA.

¿Qué es eso?

JORGE.

La medicina que traje... Se levantó al descuido de Juana, y la bebió de un golpe.

CÁRLOS.

¡Qué escucho! Se muere sin remedio... pronto: tinta, papel. *(Va á pulsarla.)* No, ya no hay remedio: ¡su sueño es el eterno!

JORGE. (*A D. Críspulo con indignacion.*)

Ella era hija de María. Era hija de V. (*A Emilia.*) Era su hermana.

CRÍSPULO. (*Con terror y sorpresa.*)

¡Qué oigo!

EMILIA. (*Con sorpresa y confusion.*

¡Mi hermana!

CONDESA. (*A entrambos.*)

Él dice la verdad.

CARLOS.

¡Señora!

CONDESA.

Perdon, hijo mio; era preciso.

CARLOS. (*En tono de amarga reconvencion.*)

¡Madre! ¡madre!

CONDESA.

Hijo mio, hijo mio, (*Corriendo á abrazarle.*) perdóname.

(*Cárlos rehusa este abrazo, y la Condesa se deja caer abatida en un sillon.*)

CARLOS.

No señora; este matrimonio, hijo de la mentira, es nulo ante Dios y ante mi conciencia: ¡le rechazo! (*Yendo á inclinarse sobre el cadáver de Julia.*) ¡Julia, ídolo mio! Sólo la mentira pudo apartarme de tí; pero si vivieras, nadie, lo juro, podria arrancarme de tus brazos. (*La abraza y llora con desesperacion. D. Críspulo contempla á Julia aterrado. Emilia se cubre el rostro como si el dolor fuera una vergüenza.*)

JORGE. (*A D. Críspulo con solemnidad.*)

¡Dios hará justicia!

CAE EL TELON CON ALGUNA LENTITUD.

FIN DEL DRAMA.

CAMAFEO Y LA PORRA.

APROPÓSITO EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

LUIS BLANC,

Estrenado en el Teatro del Circo de Price en la noche del 18 de Diciembre de 1870.

MADRID: 1870.
IMPRENTA DE J. ANTONIO GARCÍA,
Corredera Baja de S. Pablo, 2

TÍTULOS DE LOS CUADROS.

1.° **La eleccion.**
2.° **La profecía.**
3.° **El desengaño.**

A mi amigo Do[...]
de Nó y Ferrer
El autor

PERSONAJES.	ACTORES.
La Prensa.............	Sra. Luna.
Linterna...............	Perez.
Valentina..............	Villamil.
Agueda................	Srta. Ortiz.
Camafeo...............	Un estudiante.
Presidente.............	Sr. Arnal.
Mentanero.............	Iglesias.
Menode................	Perez.
Estanislao............	Vera.
Emilio.................	Cappa.
Blas...................	Capellan.
J. Manuel.............	Gaurcelon.
Morenito..............	»
Vinander...............	Cereceda.
Félix..................	»
Rogelio................	Veovide.
Secretario.............	Bedoya.
Oficial de los porristas.	Aparicio.

Representantes de tribus, porristas, vendedores de periódicos, pueblo, etc.

La escena pasa en donde al lector le parezca más conveniente.

PRIMER CUADRO.

La eleccion.

El teatro representa un salon de sesiones. A derecha é izquierda, silla s ó bancos formando filas. En el fondo una pequeña tribuna con un a mesa de escribir y sillas.—Al levantarse el telon aparecen los asien-tos ocupados por jefes de tribus. En el sillon de la tribuna el presi-dente con los secretarios.—En los asientos de la izquierda de la pre-sidencia, se coloca la minoría de esta asamblea.

ESCENA I.

PRESIDENTE, SECRETARIO *y* JEFES DE TRIBUS.

PRESIDENTE. (*Sonando la campanilla.*)
Compañeros de las tribus,
queda la sesion abierta,
y el acta de la anterior
el secretario nos lea.
(*El secretario se pone de pié y lee el acta.*)
SECRETARIO. Abierta fué la sesion
en punto á las dos y media.
Se levantó Paco Pi,
trato cuestion financiera
y dijo, que el mal gobierno
á la bancarrota lleva,
esta nacion desgraciada
que de ambiciosos es presa,
y que el botin se reparten
cual los negros la merienda;
aplaudió la minoría
los más esclamaron «fuera»
y Paco siguió, diciendo,
no me arredra la tormenta,
puesto que los pueblos ven
lo mal que les representan,

aquellos procuradores
que sin ley y sin conciencia,
solo en llenar los bolsillos,
á costa del pueblo piensan:
esto produjo murmullos,
hubo aplausos en la izquierda
y entonces un mozo *cruo*
que nació en Sierra Morena,
dijo con acento grave
y echándola de tronera:
«Señores ¿á qué perdemos
el tiempo en cosas tan necias?
aqui no nos han mandado
para cuidar de la hacienda,
sino á repartírnosla
del modo que nos parezca.»
¡Bien! gritó la mayoría
como en noche de verbena;
y entonces se alzó en su banco
Estanislao etcétera,
y apostrofando á la gente
que en la política medra,
esclamó: «¿Dónde está, dónde,
el honor y consecuencia
de aquellos que audaces venden,
en subasta sus conciencias?
¿Dónde la moralidad
en los programas impresa?
¿Dónde el amor á la pátria
que la cubrís de vergüenza?»
La minoría aplaudió,
los más, esclamaron «fuera»;
Pidió al punto la palabra,
el primero en la elocuencia
y comenzó recordando
á los hombres que gobiernan,
cómo destrozan las leyes
apoyados en la fuerza;
y cómo abusan de un pueblo
que sufre con tal paciencia,
y al que, dijo, han engañado
despues de tantas promesas;
puesto que las quintas siguen
la contribucion se aumenta,
y no hay dia que no hagan
girones esa bandera,
que á la pátria hizo abrigar
esperanzas lisonjeras.

Hubo pequeño desórden,
y en cierto lado impaciencia
para que hablará Juanillo
aquel que vivió en Bruselas.
Pálido se levantó
con los lentes en la diestra,
y esclamó con ronco acento:
«Señores, llegó la era
que las tríbus apetecen,
para gloria de esta tierra.
Há tiempo que me encargásteis
la más difícil tarea,
de buscaros un Juan Lanas
ó en su lugar Juan Sin Tierra;
pero no encontrando Juanes,
que á vivir aquí se avengan,
hallé al fin á Camafeo,
chico fino, y de carrera,
marino mas que Colón,
en las armas una fiera,
y el arte de gobernar
diz que tambien lo maneja,
que habré de explicarlo yo
por que se ha muerto su abuela.»
Basta, basta, dicen muchos,
acabemos esta *hacienda*;
á votar, y que nos den
la propina que se espera.
Calle, dijo el Presidente,
calle la gente parlera,
que han de pasar doce dias
para hacer esa faena.
Antes nos hemos de ver,
dijeron los de la izquierda;
callen esos foragidos,
repiten de la derecha;
¿y vosotros qué sereis,
decian *sesenta* lenguas,
si asaltais el presupuesto
cual hace en Sierra-Morena,
cuadrilla de bandoleros,
dueña de vidas y haciendas?
La confusion fué creciendo,
Manolo movió la diestra,
y agitando la campana
exclamó, «quedan de fiesta
doce dias, compañeros,
para elegir la cabeza

que ha de gobernar las tribus,
orígen de esta asamblea.»

PRESIDENTE. ¿Se aprueba el acta?
TODOS. Se aprueba.
UN JEFE DE TRIBU. Pido la palabra.
OTRO. Y yó.
OTRO. Y yó.
OTRO. Y yó.
OTRO. Y yó.
OTRO. Y yó.
PRESIDENTE. Quieta
la gente en sus bancos; órden,
que nadie de ellos se mueva,
que yo daré la palabra
al que por su vez la tenga.
Entretanto no olvidemos,
que aquí la gente se encuentra,
para nombrar nuestro amo;
al que hemos de poner cresta,
á fin de que el gallinero
tenga autoridad suprema.
ESTANISLAO. Pido la palabra en contra.
PRESIDENTE. ¿Contra quién, contra la cresta?
ESTANISLAO. Sí señor, y contra todos
los que ponérsela intentan.
PRESIDENTE. No hay palabra.
(*Varios.*) Si hay palabra.
PRESIDENTE. Silencio, porque la mesa
sabe bien, lo que ha de hacer
en ocasiones como esta.
Tiene la palabra usía. (*A Estanislao.*)
ESTANISLAO. Presento cien mil cincuenta
exposiciones, pidiendo
de tribus á la asamblea,
para que ese extranjerillo
no venga á la pátria nuestra;
y ya que de pié me encuentro
he de hacer una protesta,
contra el acto extralegal,
hijo de vuestra impudencia.
(*Voz de la mayoría.*) Que calle.
(*Otra de la minoría.*) Que hable.
PRESIDENTE. Silencio,
nadie se imponga á la mesa
(*Voz de la minoría.*) Que se lea el reglamento.
(*Otras.*) Sí, sí.
(*Voces de la mayoría.*) No, no.
(*Voces de la minoría.*) Que se lea

BLAS. La palabra.
PRESIDENTE. ¿Para qué?
BLAS. Para presentar protesta,
en contra del ciudadano
que ha nacido en otra tierra;
y para decir aquí
á la faz de Europa entera,
que á fin de votar á un ente,
de este pueblo en las afueras
habeis hecho un campamento.
PRESIDENTE. Eso es falso.
BLAS. Es cosa cierta,
Y habeis puesto mas cañones
que en la guerra de Crimea.
PRESIDENTE. A nadie he visto al venir.
BLAS. Será ciego su excelencia.
PRESIDENTE. Tengo muy larga la vista,
BLAS. Pero verá lo que quiera.
PRESIDENTE. Al órden.
BLAS. Guárdelo usted.
(*Voces de la mayoría.*) Para una cuestion prévia.
PRESIDENTE. No hay palabra, para nadie.
ESTANISLAO. Yo le recuerdo á la mesa
que há tiempo que la pedí.
PRESIDENTE. Hable usía cuando quiera.
(*Voces de la mayoría.*) A votar.
(*Una minoría.*) Bien mereceis
os votaran sobre piedras.
ESTANISLAO. Pocas palabras diré,
mirando vuestra impaciencia;
ya que ahogar quereis la voz
y que no teneis conciencia;
ya que cual suizos venís
á coronar una testa,
que hasta los niños rechazan,
en la hidalga y libre tierra
de Cerdan y de Lanuza,
de la Mariana Pineda,
de Cámara, de Guillen
y de mártires sin cuenta,
los leales que aquí están
tremolando su bandera,
esclamamos: GUERRA Á MUERTE.

El Presideute agita la campanilla: momentos de confusion.

(*Voces de la minoría.*) Guerra, guerra, guerra, guerra.
(*Idem de la mayoría.*) Silencio.
(*Idem de la minoría.*) Está en su derecho.

(*Idem de la mayoría.*) No señor, echarlos fuera.

Sigue el Presidente agitando la campana y crece la confusion.

(*Otra de la minoría.*) ¿Quién lo ha dicho?
(*Otra idem.*) Los que comen
mientras el pueblo no cena.
(*Voz de la mayoría.*) Que salgan.
(*Idem de la minoría.*) Callar, tragones.
(*Idem.*) Juntos todos, venir fuera.

Mayor tumulto: los jefes de tribus se levantan y amenazan de unos á otros bancos. El desórden no puede ser más completo.

(*Idem de la mayoría.*) Silencio.
(*Idem de la minoría.*) Fuera campana.
PRESIDENTE. Ya está rota
SECRETARIO. ¡Ya no suena!
PRESIDENTE. (*A los ugiéres.*) Otra campana, muchachos,
que la rompió esta caterva.
(*Voz de la mayoría.*) No somos caterva.
(*Idem de la minoría.*) Sí.
PRESIDENTE. Orden.

En este momento empuña una nueva campanilla que agita sin cesar.

(*Varias voces.*) Silencio.
(*Voces de la mayoría.*) No.
(*Idem.*) Fuera.
PRESIDENTE. Yo soy aquí el presidente.
(*Voces de la mayoría.*) Bien.
VINANDER. Que sea enhorabuena.
(*Una voz de la minoría.*) Pido la palabra.
(*Otra.*) Y yó.
(*Otra.*) Y yó.
(*Otra.*) Y yó.
(*Otra.*) Y yó.
(*Voces de la mayoría.*) Echarlos fuera.
PRESIDENTE. Señores, esto no pasa
allí donde hay excelencias.
(*Voz de la minoría.*) Jamás hubo paz entre ellos,
en España ni en Florencia.
VINANDER. ¿Hablo, señor Presidente?
PRESIDENTE. Puede hacerlo cuando quiera.
VINANDER. Señores, dos partidarios
de aquel monarca lumbrera,
es decir, del descendiente,
que si hoy llegára á esta tierra
lo viérais más liberal
que la gente que gobierna,
sin que se llame demócrata

ni cosa que le parezca,
en uso de su derecho,
desde muy lejanas tierras,
protestan contra los hombres
que de España siendo mengua,
presentan un candidato
para coronar su testa,
que ni aun de monago triste
lo admitiera nuestra Iglesia.

(*Voz de la mayoría.*) Que calle.

El Presidente agita la campana y llama al órden.

(*Voz de la mayoría.*) Echarle.

VINANDER. ¿Qué es eso?

OTRO. Pido la palabra.

(*Voz de la mayoría.*) Fuera.

Sigue el Presidente agitando la campanilla. El tumulto crece. Nadie se entiende.

PRESIDENTE. Orden.

(*Una voz.*) No lo espereis, no,
en una sesion como esta.

PRESIDENTE. En los jefes de las tribus (*Mirando á la izquierda.*)
he de esperar la prudencia.

ESTANISLAO. No mire usía á estos bancos.
Fíjese allá en la derecha,
punto del cual parte siempre
la agresion y la tormenta.

MORENITO. He pedido la palabra.

PRESIDENTE. La tiene usía.

MORENITO. A la mesa
ruego leer me permita,
de una votacion añeja,
los nombres para probar
la acrisolada firmeza,
de algunos jefes de tribus,
que con sin par *consecuencia*
hoy votarán lo que un dia
rechazaron sus conciencias.

(*Voces de la mayoría.*) A votar.

(*Idem.*) Sí, si.

(*Idem.*) A votar.

J. MANUEL. Señores, haya paciencia,
que yo pretendo sacaros
de una situacion muy séria.
Decidme: ¿si á Camafeo
votais hoy, que ya está en puerta,
cuando á jurar llegue aquí,
lo hará en la española lengua?

PRESIDENTE. Pendiente ya de un *cabello*,
se encontraba mi respuesta
apenas le sentí hablar.
El jurará como sepa.

J. MANUEL. Os aconsejo que tarde
hasta que un hombre de letras...

PRESIDENTE. Silencio.

(*Voces de la mayoría.*) Que calle.

(*Idem de la minoría.*) Siga.

El Presidente agita la campanilla; nuevo tumulto.

PRESIDENTE. Orden señores, la mesa
muy bien sabe como obrar;
nadie al presidente enseña.

(*Voz del centro.*) No lo entiende usted.

PRESIDENTE. Orden.

(*Voz de la minoría.*) Para cuestion prévia.

(*Voces de la mayoría.*) A votar.

Nuevos momentos de agitacion.

PRESIDENTE. Ahora, señores
principia la cosa séria.
(*A los ugieres.*)
Otra campana, muchachos,
que esta maldita no suena.
¡Dos campanas en un dia!
¡La de Toledo rompiera
si á otro gallo precisara
poner una nueva cresta!
Lea el señor secretario,
y que vengan á la mesa,
con *su libre* voluntad
á dejar la papeleta,
los que á tribus diferentes
sin interés representan.

SECRETARIO. Es larga la operacion.

PRESIDENTE. Pues que voten como quieran,
porque ya su resultado
sabemos á ciencia cierta.

SECRETARIO. Vayan llegando, señores;
despacito y buena letra.

En este momento traen al Presidente una campana de parroquia conducida por dos hombres. Los jefes de tribus van llegando á la mesa y depositan sus papeletas en manos del Presidente, que las coloca en la urna.

(*Uno de tantos.—Con la papeleta en la mano junto á la mesa.*)

Yo hé sido leal adicto,
de uno á quien hice promesa;

pero conste que ahora estoy
por el pozo y la cisterna.
(*Voz del centro.*) No faltarán humedades,
á los pobres que así piensan.
(*Otro de tantos.*) Mi voto ofreci á un soldado;
le adoré con fé sincera;
pero ahora me voy, señores,
hácia el sol que mas calienta.

Continúan los jefes de tribus depositando sus sufragios, durante cuya operacion hablan los de la izquierda.

ESTANISLAO. ¿No veis cuántas defecciones?
EMILIO. En ellas jamás creyera.
BLAS. Así marchan los partidos.
ESTANISLAO. Y así el pueblo desespera.
EMILIO. No confia, ni en sí mismo.
BLAS. Hace bien, tiene esperiencia.
ESTANISLAO. Que confie en sus principios,
pues las personas espuestas
están á hacer veinte giros.
EMILIO. Aquí tenemos la muestra;
BLAS. Los políticos se venden
como en la plaza las peras.
ESTANISLAO. ¿Sabeis lo que está pasando
de este recinto en las puertas?
EMILIO. Contadnos.
ESTANISLAO. Hay mucha gente,
que con su actitud protesta
de lo que aquí dentro pasa.
BLAS. Bien hecho.
ESTANISLAO. Y una gran fuerza
de á pié y de caballería,
lleva la gente á la acera.
Tambien dicen que están listos
por si se arma alguna gresca
esos valientes que forman
la partida que aporrea.
BLAS. Los de la porra dirás:
¿qué clase de jente es esa?
ESTANISLAO. Matones de cuello vuelto
con solapas á la inglesa;
escupen por un colmillo,
trabajan por cuenta ajena;
son con los débiles fuertes,
con los corderos son fieras,
con los valientes son niños
y lloran como las viejas,

pareciéndose en un todo
al turron en Noche-buena,
que hasta lo mastican bien
los que carecen de muelas,
como tengan la fortuna
de hallarlo sobre la mesa

EMILIO. Si esos son los guardadores
de las coronadas testas...

BLAS. Tan seguras se hallarán
como el agua en una cesta.

PRESIDENTE. (*Sonando la campanilla.*)
La votacion terminó
y el escrutinio comienza.
Lea el señor secretario:

(*Voz del centro.*) No haya trampas.

PRESIDENTE. (*Dirigiéndose al centro.*) Galopesca,
no sabeis quién será él,
como lo sabe la mesa?

Despues de un momento de pausa en que los secretarios escriben, se levanta uno de ellos y dice:

SECRETARIO. Mas de ciento, Camafeo
ha obtenido por la buena,
veintisiete el de los cuartos
que con naranjas refresca;
diez y nueve son perdidos
en blanco las papeletas;
ocho de color de lila,
al que en Logroño se encierra.
Un galan vota á una dama,
dos votan con franja negra
á un chiquillo que ha educado
verde sombrero de teja;
tres á una tal unitaria,
y á la federal sesenta.

PRESIDENTE. Queda pues nombrado jefe
de todas las tríbus nuestras,
Camafeo el valeroso,
el terror de mar y tierra.
Y ahora que ya ha concluido
nuestra gloriosa tarea,
escuchadme, compañeros,
que el alma de gozo llena
quiere expresar cuanto siente
en esta hora suprema.
Camafeo es un buen chico
y sin nariz aguileña,

tiene dos anchas patillas
cual la gente macarena.
Del *magnánimo* su padre
ha recogido en la herencia
su gratitud y su amor
á quien por él se desvela,
por lo cual todos vosotros
recibireis la gran breva
con que el buen Camafeito
os premiará cuando venga.
Es soldado cual ninguno,
hijo como no naciera,
padre sin par, sin ejemplo,
esposo como de cera,
de opiniones radicales,
avanza mas que Cabrera.
De carácter...

EMILIO. Basta ya,
detenga usía su lengua,
que consentir no podemos
nos falte tanto la mesa.

PRESIDENTE. Y yo no permitiré
se ataque a la presidencia.

EMILIO. Ni nosotros el que así
se abuse de la asamblea;
si usía la apología
quiere hacer, deje esa mesa
y póngase en otro sitio
á esperar nuestra respuesta,
que si á elogiarle hay derecho
á criticarle hay licencia.

PRESIDENTE. No señor.

EMILIO. Digo que sí.

(*Voz de la mayoría.*) Quieren armar pelotera.
(*Dirigiéndose á la minoría: Comienza la confusion.*)

EMILIO. Queremos dejar ilesos
Derechos que se barrenan.

(*Aprobacion en los bancos de la izquierda.*)
(*Voz de la mayoría.*) Que hable el presidente.
(*Idem.*) Sí.

EMILIO. No será á nuestra presencia.

(*Voz de la mayoria.*) Bullangueros.
(*Idem de la minoría.*) Comilones.
(*Idem de la mayoría.*) Echarlos.
(*Voces idem.*) Sí.
(*Voz de la minoria.*) Jamás.
(*Voces de la mayoría.*) Fuera.
Crece el tumulto, todos hablan, se amenazan unos á

otros. El presidente agita con fuerza la campanilla y pone sus puños en contacto con la mesa.

(*Voz de la minoría.*) Solo en decirlo inferís
la mayor de las ofensas.
PRESIDENTE. Silencio.
(*Una voz.*) No puede ser.
PRESIDENTE. Entonces dejo la mesa.

Al intentarlo, le dice el primer jefe sentado á la derecha.

Hay que nombrar comision.
PRESIDENTE. Ya lo sé; pero paciencia,
que despues elegiremos
aquellos de mejor lengua,
que curiositos se vistan
y tengan buena presencia.
(*Una voz.*) ¿De cuántos se compondrá?
PRESIDENTE. De veinticuatro y la mesa.
Todos estareis conformes.
ESTANISLAO. La minoría protesta.
PRESIDENTE. Ya nos importa bastante.
ESTANISLAO. Eso es no tener...
(*Una voz.*) Vergüenza
A cualquiera le darian
semejantes imprudencias.
(*Voz de la mayoría.*) Echar á los demagogos.
(*De la minoria.*) Se dice, más no hay quien pueda.
PRESIDENTE. Orden, señores, silencio.

La confusion llega á su colmo, y es tal el tumulto que no se oye ni aun el sonar de la parroquial campana.

(*Idem mayoría.*) Que entren los que están ahi fuera.
(*Idem idem.*) La partida de la porra.
(*Idem de la minoria.*) Pobrecitos, quien los viera.
(*Idem idem.*) Que pasen esos leones.
(*Voces idem.*) Bien, muy bien.
(*Voz de la mayoría.*) Quietas las lenguas.
EMILIO. Mayoría del que paga.
(*Voz de la mayoría.*) Minoría turbulenta.
PRESIDENTE. Otra campana, muchachos;
al fin rompí la tercera.
Se levanta la sesion.

El tumulto continúa, y al desocupar los asientos en el mayor desórden, se oye entre otras voces:

(*Uno.*) Callad.
(*Otro.*) Que hablen.
(*Otro.*) Orden.
(*Otro.*) Fuera.

SEGUNDO CUADRO.

La profecía.

El teatro representa el salon de recepciones en el palacio del Mentanero.

ESCENA I.

MENTANERO, *en traje de gala con plumas de Aspromonte.*

Votado ya mi hijo para jefe
de las tribus que cuentan tantas glorias,
se asegura el dominio en todas partes
de la azotada casa de Sabona.
Mi poder vacilante ya espiraba;
á darle vida no bastaba Roma,
cuando un leon mis piés á lamer viene
y se oye su rugir de zona á zona;
y yo que antes temblaba ante las gentes,
veré ante mí temblar todos ahora.
Pequeño fuí é ingrato con mi pueblo,
azaña entre los reyes la mas propia,
que por mas que nos llamen liberales
nunca la libertad á un rey abona.

ESCENA II.

MENTANERO *y* CAMAFEO *en traje de gala*).

CAMAFEO. Señor, estais solo?
MENTANERO. Sí.
Que llegases esperaba.
CAMAFEO. Acaso alguna noticia...

MENTANERO. No, para ver si ya estabas
con Linterna preparado
para recibir la grata
comision que en este dia
es con júbilo esperada.
Veo que estás un buen mozo;
(*Contemplándole.*)
preséntate así, con alma,
que á gente de aquella tierra
le gusta la buena estampa.
¿Y Linterna?

CAMAFEO. Aquí se acerca.
(*Mirando lateral.*)
Su luz brillante derrama.

MENTANERO. Es lástima la oscurezca
su tio, el de la sotana,
pues ya corrió la noticia
en las tribus que te aguardan.
Recuerdan á Patrocinio
y temen á las beatas.

ESCENA III.

DICHOS, *y* LINTERNA.

LINTERNA. Buenos dias.

MENTANERO. Dios te guarde.
Pareces una sultana:
hoy espero que aprisiones
de los enviados el alma.

LINTERNA. Sin embargo, yo no sé,
no sé, ¡ay Dios! lo que me pasa;
pero siento un mal estar
que me ha robado la calma.
Anoche, escuchadme atentos,
apenas sobre la almohada
dejé caer mi cabeza
pensando en la nueva pátria,
á que nos lleva el destino
ó acaso nuestra desgracia,
me dormí; pero... apenas
mi sér el sueño embargara,
una horrible pesadilla
¡Dios mio! me despertaba.
Soñé que al pisar los dos
tierra de allí nuestras plantas,

los grandes y los pequeños,
el niño como la anciana,
todos, hombres y mujeres
detenian nuestra marcha
gritando: ¡atrás esos reyes
que á talar vienen la Pátria;
no queremos extranjeros;
independencia ó mortaja!
Más allá, miles de brazos
armados de todas armas
y llevando algunos de ellos
instrumentos de labranza,
á nosotros se arrojaron
¡que mueran! fieros clamaban.
A este miré ya perdido,
(*Señalando á Camafeo*)
sobre él blandian cien dagas
y lijera me interpuse
entre su pecho y las armas.
Al verme, dijo la gente:
á una mujer no se mata
que no lo permite, no,
la hidalguía castellana.
Dí gracias á los contrarios
por la nobleza de su alma.
Busqué entonces á los nuestros;
mi lengua en vano llamaba,
todos los que eran amigos
habian vuelto la espalda.

CAMAFEO. ¿Y entonces?

LINTERNA. ¡Ay Camafeo!
el recordarlo me espanta.
Fuimos los dos prisioneros.

MENTANERO. No concluyas.

CAMAFEO. No hace falta.

MENTANERO. Deja infundados temores
de una mente acalorada,
que los sueños, sueños son.

LINTERNA. Quiéralo Dios.

CAMAFEO. Dios lo haga.

MENTANERO. Cuéntale para que olvide
lo que encierra aquella patria,
do tú serás soberano
y ella será soberana.
(*Se dirige al foro y desde allí exclama:*)
¡Si el sueño saliera cierto!...
Mi ambicion no tiene tasa.
(*Resueltamente y desapareciendo.*)

ESCENA IV.

LINTERNA *y* CAMAFEO.

Camafeo. Deja tristes augurios,
prenda del alma,
y escucha los placeres
que allí te aguardan.
Linterna. ¡Ay Camafeo!
los temores no sabes
que por tí tengo.
Camafeo. Allí, Linterna mia,
los españoles
te admirarán gozosos
como á las flores
en el jardin,
y tú serás la reina
de aquel pensil.
Verás entusiasmado
todo un gran pueblo
amante de sus reyes
como el primero,
lleno de gloria
frenético llamarte
reina y señora.
En tu alcázar rodeada
serás por nobles;
oirás sonar las liras
de trovadores,
y sus cantares
tu lecho mecerán
cuando descanses.
Linterna. Entonces vamos pronto (*Con alegría.*)
vamos á Jauja.
Camafeo. Para nosotros cree
que es una ganga.
Linterna. ¿Y los millones?...
Camafeo. En ese árbol se mecen
mis ilusiones.

ESCENA V.

DICHOS *y la* PRENSA, *apareciendo en la puerta vestida de talar blanco con rotulaciones de periódicos.*

Prensa. ¿Dais permiso?
Camafeo. ¿Quién hasta aquí llegó?

PRENSA. Una señora.
CAMAFEO. ¿Y cómo así se atreve?
PRENSA. Lo explicaré, pues mi leal visita
como á los dos á nadie le conviene.
CAMAFEO. Hablad, teneis nuestro permiso.
PRENSA. Gracias,
pero con él ó sin él, yo hablo siempre.
LINTERNA. ¿Quién sois? decid.
PRENSA. Lo sabreis pronto.
CAMAFEO. Sí, muy pronto.
PRENSA. La antorcha soy, la luz que aqui se extiende
para alejar las nieblas que os rodean
y que oscurecen vuestras pobres mentes.
CAMAFEO. Ved que estais en palacio.
PRENSA. Lo sé bien.
LINTERNA Y que de reyes somos descendientes.
PRENSA. No lo ignoro, no, mas sabed vosotros
que quien su mano protectora os tiende
igual penetra en la ciudad y aldea
en la triste mansion ó en casa alegre,
como de igual manera á todos habla
al hombre y la mujer, pueblos y reyes.
Así se acerca humana á esta vivienda
donde moran por hoy los pretendientes
á un trono que ha de hundirse bajo el peso
del pobre aventurero que á él se acerque.
CAMAFEO. Impostura será.
LINTERNA. Eso no es cierto.
CAMAFEO. No puede serlo, no.
LINTERNA. Su boca miente.
PRENSA. El tiempo os lo dirá.
LINTERNA. Recuerdo el sueño.
CAMAFEO. No hablan así telégramas que vienen.
PRENSA. Mi mision es decir siempre verdad.
LINTERNA. ¡Oh!
PRENSA. Plazca á quien plazca, pese á quien pese.
El pueblo á donde vais, es pueblo libre:
de la suerte sufrió grandes reveses,
arrastró la cadena del esclavo,
y entusiasta, feliz é independiente
soberano se alzó, y justiciero
girones hizo, el manto de sus Reyes.
Allí el cetro es emblema de ignominia,
la corona es baldon de honradas gentes,
pues que corona y cetro nos legaron
hambre y desolacion, oprobio y muerte.
A esto aumentar el que entre aquellos bravos
el espíritu vivo se mantiene

de independencia y santa libertad,
y el ódio estalla, cada vez que sienten
que un extranjero á ocupar osára
un trono que aun desierto lo aborrecen.

CAMAFEO. ¿Decís verdad?

LINTERNA. ¡Dios mio! ¿Será cierto?

PRENSA. Escuchad, que mis labios nunca mienten.

CAMAFEO. Otra cosa dijeron.

PRENSA. Ya lo sé.
De ambiciones bastardas sois juguete,
y arrastrados por ellas caminais
del precipicio á la árida pendiente.
Se os dice que allí impera la alegría,
y la tristeza por do quier se extiende;
la abundancia se os pinta halagadora
donde horrible escaséz, su asiento tiene,
hasta el punto que enteras las familias,
por el hambre estenuadas hoy fallecen.
Las arcas del tesoro están vacías
y ya esquilmado está el contribuyente;
la bancarota es cosa inevitable;
los hombres del poder ya no se entienden,
y el desprestigio de estos para el pueblo
se desbordó cual bramador torrente.
El país se dispone á la batalla
al ver cómo le insultan y escarnecen;
de la revolucion haciendo una escalera,
para alzarse quien menos lo merece.
Justicia y libertad, allí es un mito,
el derecho y razon nadie comprende;
los canallas se tornan poderosos
en tanto que el honrado se empobrece.
El pueblo derribó una aristocracia,
y otra creando están, al Rey que llegue;
en ella se hallarán hombres *muy grandes*;
él Duque de la Estafa y sus parientes,
el Marqués de la Porra, el del Asalto,
el Conde del Casino, Mientefuerte,
y otros nombres de gente advenediza
que el pueblo por sus vicios los repele.

LINTERNA. ¡Oh!

MENODE. *(Forillo)* ¡Cielos, qué dice!

CAMAFEO. ¡Cuadro horroroso!

PRENSA. Pàlido es el bosquejo que os hiciere;
y si despues aun pretendeis pisar
el pais que os rechaza y aborrece,
acordaros que yo lo profetizo,
allí temprana encontrareis la muerte.

ESCENA VI.

DICHOS *y* MENODE *entrando con precipitacion.*

MENODE. ¿Quién osado á usar ese lenguaje
se atreve en la morada de los Reyes?
PRENSA. La que puede escribir y hablar tan alto
que lo oigan cardenales y arciprestes.
MENODE. ¿Sabeis cómo me llamo?
PRENSA. Sí, el pasado;
representais aquí el siglo trece;
superstición, hogueras y tormento.
MENODE. ¿Y vos quién sois?
PRENSA. El siglo diez y nueve,
civilizacion, libertad, cultura.
MENODE. ¿Qué objeto aquí le trajo y le detiene?
PRENSA. Preguntadlo podeis á los sobrinos
que llevais á su ruina torpemente.
MENODE. Tea de la discordia en todas partes
sereis; salid, vuestra mirada ofende.
PRENSA. Siempre ofendió la luz á las tinieblas,
no soy tea, soy faro permanente
que alumbro en el camino de la vida
al que sincero en vosotros cree.

ESCENA VII.

DICHOS *y el* MENTANERO *con acompañamiento.*

UN PAJE. (*Anunciando.*) El Rey.
MENTANERO. A la recepcion;
nuestros sitios ocupemos
y cual somos esperemos
á la ilustre comision.
Este es mi sitio real (*Sentándose.*)
vosotros aquí cercanos;
(*A Camafeo y Linterna.*)
colocad bien esas manos,
siéntate tú, cardenal.
Desecha tanta tristeza, (*A Linterna.*)
manifiéstate imponente, (*A Camafeo.*)
que pueda la extraña gente (*A Linterna.*)
contemplar hoy tu belleza.

Ya están ahí, grave momento
del cual hablará la historia.

CAMAFEO. ¡Si nos llevará á la gloria!

LINTERNA. ¡Si nos llevará al tormento!

PRENSA. Ya la comitiva avanza;
(Mirando derecha lateral)
los porristas van delante,
vaya una guardia arrogante
para inspirar confianza.
Detrás siguen los señores,
solo falta el santo oficio
y los niños del Hospicio.
Ya comienzan los albores.

Entran en escena seis hombres con porras sobre el hombro, precedidos de dos organillos tocando. Detras sigue la comision con el correspondiente acompañamiento.

ESCENA VIII.

DICHOS, PRESIDENTE, OFICIAL DE PORRISTAS, ETC.

PRESIDENTE. ¡Señor!!!!!

MENTANERO. Venid mis amigos,
que de tan lejos llegais,
los Dioses serán testigos,
si antes fuisteis enemigos
hoy en vuestra casa estais.

PRESIDENTE. Gracias señor, tal afecto,
tan grande galantería
sabrá pagar tanto adepto,
como ya tiene el proyecto
de la nueva dinastía.
Representando millones...

MENTANERO. Millones, buen Presidente? *(Con exaltacion)*.

PRESIDENTE. No son señor de doblones.

CAMAFEO. Tal vez sean de leones.

PRESIDENTE. Millones... señor de gente *(Dirigiéndose á Camafeo)*.
De gente que en vos confia;
labrareis su bienestar,
y entre ruidosa alegría
jefe de la dinastía
os acaba de nombrar.
Somos, señor, portadores,
de un gran cetro para un Rey;

somos los procuradores,
los mas fieles *cumplidores*
de lo que manda la ley.
Nuestro humilde vasallaje
dignaos pues aceptar,
y arreglar el equipaje,
á fin de emprender el viaje
hoy, despues de merendar.

MENTANERO. En mi nombre gracias doy
á esos millones... de gente.

CAMAFEO. Y ya que á mandarlos voy,
me portaré... como soy.
Mas decidme, Presidente, (*En voz baja.*)
supongo que habreis traido
para salir sin apuros,
poder comprar un vestido...

PRESIDENTE. Todo está ya precavido;
aquí van cinco mil duros.
(*Acompañando la accion.*)

PRENSA. (Ay ¡pobres contribuyentes!)

CAMAFEO. Y dicen que no hay dinero
entre aquellas buenas gentes.

PRENSA. Los futuros y presentes
llorarán tal desafuero.

PRESIDENTE. Antes, señor, de salir
de vuestra regia morada,
si quisiérais permitir,
éste os ha de dirigir
su palabra razonada (*Presentándole un oficial de los porristas.*)

CAMAFEO. Hable, que le escucho atento.

OFICIAL. Soy, señor, soldado fiel
del crecido regimiento
que ciego á su juramento
obedece al coronel.
Se compone de la flor
en letras, ciencias y artes;
de la pátria es el honor;
en él se encierra el valor;
sus pechos son baluartes.
Doquiera que va, allí impera;
goza de gran nombradía;
laurel cubre su bandera,
y es el albor por doquiera
de la nueva monarquía.
De hoy vuestro escudo serán,
estos sin rival leones,
como son se portarán;

vuestra guardia envidiarán
de la Europa las naciones

LINTERNA. Con esta gente aguerrida,
Camafeo, no hay temor;
dispon ya nuestra partida
que no peligra tu vida.

CAMAFEO. Sois pues mi guardia de honor (*A los porristas*).

OFICIAL. Mil gracias.

PRESIDENTE. Nos retiramos?

MENTANERO. Hacedlo cuando gusteis.

PRESIDENTE. Vuestra órden esperamos.

CAMAFEO. Juntos mañana almorzamos.

MENTAÑERO. Hoy conmigo comereis.
Tambien la *Guardia Real* (*Dirigiéndose á los porristas*).
comerá con la Linterna.

PRESIDENTE. Señor, será hacerles mal;
ellos con su general
comen siempre en la taberna.

CAMAFEO. Adios pues, mi nueva grey,
comision fiel y espresiva
que tan bien cumple la ley.

MENTANERO. Yo os abrazo (*Tendiendo los brazos y llorando*).

PRESIDENTE. ¡Viva el Rey
y su compañera!

TODOS. ¡Viva!

En la forma que han entrado y precedidos de los organillos que tocan, salen pausadamente de la escena. En tanto bajan de sus asientos Mentanero, Linterna, Camafeo y Menode.

CAMAFEO. Señor, que contento

LINTERNA. Dios mio, qué dicha
que guapos son todos.

CAMAFEO. Qué amable sonrisa
se ve en sus semblantes.

MENTANERO. Son gente de chispa.

LINTERNA. La pátria les premie
su obra bendita.

CAMAFEO. Entre ellos, ¿quien teme?
es gente aguerrida.

LINTERNA. Y mas aún que todos
lo son los porristas.

En tanto descienden de sus asientos, dice la Prensa mirando al lado que salió la comision:

PRENSA. Ya marchan, ¡Dios mio!
mirarlos me irrita;

huyó de ese pueblo
la suerte, la dicha;
llorad libres tribus,
de un golpe os derriban
sin fin sin conciencia,
las grandes conquistas.
¿De qué os ha servido
romper en astillas
un cetro sin honra,
baldon é ignominia
de alli dó naciera
Daoiz y Padilla?

(*Mentanero reparando en la Prensa exclama:*)

MENTANERO. Decid quien es esa

LINTERNA. Mujer que horroriza.

CAMAFEO. Y há poco nos dijo
fatal profecía.

MENODE. Es la demagogia
con feroz cuchilla.

PRENSA. No, que es la verdad;
verdad que domina
más pronto ó mas tarde
en córtes y villas,
y que aquí llegó
cual siempre solícita,
á rasgar la venda
que cubre la vista,
de aquestos incautos,
que audaz sacrifica
la torpe ambicion
que á ti te domina.
(*Dirigiéndose al Mentanero.*)

MENTANERO. Callad, vive Dios;
temed á mis iras.

MENODE. Poned pronto coto
á lengua maldita.

PRENSA. Jamás he temido
del poder la ira,
y yo hablo constante
de noche y de dia.
Y tú, Cardenal,
en cosas divinas
pudieras mezclarte;
pero es ignominia
de la alta mision
que te es conferida;
en cosas mundanas
mostreis vuestra ira,

asi, rebajando
la hermosa doctrina,
que no conoceis
sino es para hundirla.

MENTANERO. Basta de insolencia,

MENODE. ¡Oh Prensa maldita!

CAMAFEO. Salid, salid pronto.

PRENSA. Atrás, por mi vida.

MENODE. Mordaza ponedle.

PRENSA. Inútil porfía,
poder que así obra
decreta su ruina.
Escuchad los cuatro
Cardenal, sobrina,
el padre y el hijo
que estais á mi vista,
oíd mal que os pese,
que no hay gerarquías
y que hoy mi poder,
al vuestro domina.
Marchais hácia un pueblo
á ocupar la silla,
que fué con la sangre
de libres teñida.
Tras de una corona
la ambicion es guia,
que en vez de brillantes
la hallareis de espinas.
Bajo un sólio inmundo
buscais vuestra dicha;
¡ay! pobre techumbre
que ya carcomida
amenaza pronto
convertirse en ruina.

MENTANERO. Callad, vive el cielo,
lengua viperina.

MENODE. Llamad á los guardias.

CAMAFEO. Mi espada está lista.
(*Desenvainando el acero.*)

PRENSA. Volvedla á la vaina
que está enmohecida,
con sangre tal vez
de aquella perfidia,
que allá en Aspromonte
produjo una herida.
Y ya que cegados
por tanta avaricia,
en aras de planes

que Europa adivina
sacrifica el padre
su propia familia...
mirad el reloj
que marca la vida
á todos los tronos,
tronos que ya espiran
para bien del pueblo,
para hacer la dicha
del mundo que quiere
tener honra y vida.
Atrás, pues, el Rey,
el tio y sobrina,
que áun hay descendientes
de Bravo y Padilla.

Desaparecen por derecha é izquierda. Mutacion.

TERCER CUADRO.

El desengaño.

El teatro representa una plaza con calles en todas direcciones.

ESCENA I.

FELIX. Con que hoy viene Camafeo?
ROGELIO. Así anuncian las campanas,
que no cesan de tocar;
y la tropa va de gala.
FELIX. Puede que á vísperas toquen.
ROGELIO. Si fuesen las sicilianas!...
FELIX. Todo podia ocurrir.
ROGELIO. ¡Cuándo llegará esa ganga!...
Pero no veo aparato
que indique la tal entrada.
FELIX. Si hombre, están con adorno
las fachadas de esas casas,
en que viven los que cobran
y á costa del pueblo se alzan.
ROGELIO. Así ese pueblo es ageno,
á cuanto al Rey le preparan
FELIX. Aquí hay gente para todo;
ya va llegando, miradla;
(Va entrando gente en la plaza.)
lo mismo van á un entierro
de noche ó por la mañana,
que á una boda ó á un bautizo.
ROGELIO. Hoy habrá gente pagada
para dar vivas á un hombre,
muy conocido en su casa.
FELIX. Y despues dirán que el pueblo
con frenesí lo aclamaba.

ROGELIO. Cómo acabará el rosario?
(*Un chico gritando.*)
A dos cuartos el programa
de las fiestas realistas.
FELIX. Y estas fiestas ¿quién las paga?
ROGELIO. ¿Quién ha de ser? El de siempre;
el país que sufre y calla.
(*Otro chico.*) A dos cuartos el discurso,
que pronunciará á su entrada
Camafeo.
FELIX. El que lo compre,
ya puede irse á su casa.
ROGELIO. Muchacho, ¿está en español
ó en indio?
CHICO. ¿Si eh? en Babia
estará usted; lo han escrito
en *La Iberia* esta mañana.
FELIX. Entonces no lo compramos,
porque nos huele,.. á *camama.*
ROGELIO. ¿Quién habia de decir
cuanto pasa en nuestra pátria?
FELIX. ¡Y qué miseria, y qué lujo!
ROGELIO. Con solo lo que hoy se gasta
para recibir al *nene*,
bastaria y aun sobrara,
para socorrer á tantos
que se hallan en la desgracia.
FELIX. ¿Es verdad que el monumento
que en el Prado se elevaba
lo derribaron?
ROGELIO. Es cierto;
y asimismo esta mañana,
las estátuas que atestiguan
la independencia de España,
fueron mil pedazos hechas
por la extranjera comparsa.
FELIX. ¡Y este pueblo tiene sangre!!
ROGELIO. No señor, que tiene horchata;
si los antiguos volvieran...

ESCENA II.

DICHOS, VALENTINA *y* AGUEDA.

VALENTINA. Nos daban de bofetadas,
al ver los hombres mujeres.
¿A quién le cuelgo esta saya?

porque á mí ya me incomoda
pa bailar á la italiana.

FÉLIX. ¿Venís á ver á ese mozo?

VALENTINA. A darle cuatro palmadas
y decirle: Ole Ole
no se atrevió á entrar en casa;
conque *usté* váyase pronto
á que lo mantenga *pápa*,
ó á regentar en su tierra
una fábrica de pastas.

ROGELIO. Bien, salero, ¿y tu marido?

VALENTINA. Le dejé ocupado en casa,
limpiando su carabina
para hacer las grandes salvas.
A este fin, hace dos meses
que está fabricando balas.

FELIX. Y tú ¿qué harás cuando pase
la procesion por tu casa?

VALENTINA. Pondré aceite en la sarten,
á calentar pondré el agua,
repicaré el almirez,
lo echaré por la ventana,
y la jota aragonesa
entonaré con más alma,
que dieron fuego al cañon
las bravas zaragozanas.

ROGELIO. ¿Formará tu esposo hoy?
Porque es de la ciudadana

VALENTINA. *Miste* que Dios: él formar,
para hacer la mogiganga;
que formen hoy los que comen
en mesa que el pueblo paga.

AGUEDA. ¿Habeis visto qué tapices?

VALENTINA. Y qué alegría.

FELIX. Ya escampa.

AGUEDA. Parece un entierro pobre
donde ni tocan ni cantan.

VALENTINA. ¿Sabeis en qué sitio han puesto
para subir las cucañas?

ROGRLIO. En los ministerios, chica.

FELIX. En donde siempre se hallan.

AGUEDA. A esos maderos no llegan
las gentes con alpargatas.

VALENTINA. No, chica, allí solo suben
charol y corbata blanca.

AGUEDA. Lo difícil no es subir;
el peligro es cuando bajan.

VALENTINA. Hacen siempre lo que quieren.

ROGELIO. Impunemente, muchacha.
VALENTINA. Todo se queda en hablar,
y el pueblo nunca hace nada.
Quien quiere, con él comercia;
el que lo intenta, lo engaña:
con él medran, de él se rien,
sobre sus hombros se alzan;
grita, amenaza, no dá,
calla, sufre, espera y paga.

ESCENA III.

DICHOS *y la* PRENSA *que aparece por el foro meditabunda.*

FÉLIX. Aquí viene nuestra amiga,
tan valiente y tan lozana.
ROGELIO. Es el hoy.
FELIX. Es el mañana;
Dios á la prensa bendiga.
ROGELIO. El pueblo vagára errante
y en las tinieblas viviera,
si ella no las deshiciera
con su luz pura y brillante.
FELIX. Mordaza ponerle intentan
y aprisionan á sus hijos,
porque leales, prolijos,
contra la infamia protestan.
No vemos pasar un dia
sin que prendan escritores;
(Con sentimiento marcado.)
esos son ya los albores
de la nueva monarquía.
¿Y es esa la libertad
que nos dará el extranjero?
¡Pobre pátria! Sin dinero,
sin honra, sin dignidad.

La PRENSA *llegando á ellos con pausado paso, colocándose en medio.*

PRENSA. Rasgar podeis ya la historia
de esta infelice nacion,
porque cubrirá el baldon,
las páginas de su gloria.
De si no tiene conciencia
cuando no se alza gigante.
al mirar agonizante

su sagrada independencia.
No hay luto por los balcones;
las puertas no están cerradas;
bajemos pues, las miradas
ante las demás naciones.
Colore nuestras mejillas,
de la vergüenza el rubor,
que se ha perdido el honor,
(Momento de pausa.)
¿Dónde están las dos Castillas?
¿Dónde Bailen y Aragon,
Cádiz, Valencia y Gerona.
Donde Madrid, Barcelona..?
(Con energía y dirigiéndose al pueblo.)
¿Cuándo despiertas, leon?

ROGELIO. Antes que penseis, acaso
ruja airado é imponente,
y arrolle como el torrente
cuanto se oponga á su paso.
Tal vez antes que ese sol
ilumine un nuevo dia,
veais á la monarquía
huir del suelo español.

PRENSA. Hora es de vengar la ofensa.

FÉLIX. El pueblo está preparado.

PRENSA. Contar que siempre á su lado
se hallará la libre prensa.

ESCENA IV.

DICHOS *y varios del pueblo que van llegando á la plaza. Despues* CAMAFEO *y acompañamiento. Se siente rumor por la derecha del foro.*

VALENTINA. Ya viene la procesion:
mire usté por la derecha. *(Miran todos.)*

ROGELIO. Traen monas y organillos.

AGUEDA. Cuidadito, que en su tierra,
tienen todos tratamiento
y las monas excelencia.

VALENTINA. Vaya y se los den sus padres
que aquí á cualquier se tutea.

AGUEDA. Calla que no se aperciban
los de la porra, que llegan.

VALENTINA. ¿Son esos que al frente vienen?

AGUEDA. Pues, los mismos.

VALENTINA. ¡Ay que prendas
si el agua estuviera lejos
para una noche de quema!
cuantos chicos van delante.
AGUEDA. Les dan á media peseta
y un tazon de macarrones,
de órden de su excelencia.
VALENTINA. Pobrecitos, bien lo ganan
solo con lo que vocean.
AGUEDA. Poca jente acude á ver
al que viene en la carreta.
VALENTINA. Ese será Camafeo.
Mírale, saca la lengua.
AGUEDA. Sí, chica, mas no es la suya.
VALENTINA. ¿Qué me cuentas?
AGUEDA. Cosa cierta.
Es otra que le han prestado
para entrar en esta tierra.
VALENTINA. Vaya una entrada triunfal;
será igual que la que cuentan
tuvo al llegar á Madrid,
el francés Pepe Botellas.

Entra en escena la comitiva. Abren la marcha algunos porristas con porras al hombro; detrás varios organillo, y seguidamente un diminuto carruaje tirado por dos perros ó un pequeño burro. En el carruaje, y de pié, Camafeo, vestido á gusto del actor.

El resto del acompañamiento puede ser todo lo numeroso que los actores juzguen conveniente; pero es indispensable que el presidente vaya á pié y de frac junto al *elegido*, y asimismo deberá ir al otro lado el oficial de los porristas.

El autor deja tambien en plena libertad, para que en esta *solemne* comitiva, figuren cuantos estandartes se juzguen de oportunidad; pero cree no debe prescindirse de dos de ellos, que han de ir junto al carruaje. El uno con una inscripcion que diga *La Iberia*, y el otro *El Imparcial*. Con estos estandartes, el autor quiere significar que toda una nacion está junto á Camafeo, y que en su derredor reina la imparcialidad más completa. Hecha esta esplicacion, el autor queda á salvo de que nadie se dé por aludido. *En los negocios de Estado, la buena forma es el todo.*

ESCENA V.

DICHOS, CAMAFEO, PRESIDENTE, OFICIAL, PORRISTAS, HOMBRES, CHICOS Y MUJERES.

UN CHICO. ¡Viva Camafeo!
OTROS CHICOS. ¡Viva!

La comitiva entre la mayor algazara se dirige á ocupar la izquierda del espectador y callan los organillos.

UNA VOZ. Que toque pronto la orquesta.
OTRA IDEM. La Cachucha.
OTRA IDEM. El Rigodon.
OTRA IDEM. No señor, la Tarantela. *(Aplausos y voces.)*
OFICIAL. Silencio, ó no queda uno.
VALENTINA. De fijo se arma la gresca.
FÉLIX. La partida de la Porra... *(Señalando á los porristas.)*
ROGELIO. Dicen que es la Guardia negra.
FÉLIX. Hoy es la Guardia real.
UNA VOZ. ¡Que baile!
VARIAS. ¡Que baile!
IDEM. ¡Fuera!
(Grande algazara, gritos, silbidos, gestos, etc.)
OFICIAL. ¡Prepararse! *(A los porristas.)*
ROGELIO. ¿Para qué?
si no os temen ni las viejas?
FÉLIX. ¡Que hable Camafeo!
UNA VOZ. Esperemos á que aprenda.
OTRA IDEM. Para eso no haber venido
ROGELIO. Ya hablará con quien lo entienda.
OTRA VOZ. Si no sabe hablar, ¡que baile!
VOCES. ¡Que baile! ¡Que baile! ¡Fuera!
(Silbidos prolongados, corridas, denuestos, desórden total.)

PPESIDENTE. *(Hace los mayores esfuerzos para hablar; la multitud no le deja, pero al fin reina el silencio y dice:)*

¡Silencio! que esto no es digno,
de ningun pueblo que quiera
pasar por civilizado.
FELIX. ¿Y para qué su excelencia,
y otros como V. nos traen
á mandar en esta tierra,

un hombre que no conoce,
las costumbres ni la lengua
de nuestra pátria? ¿Eso es digno?
(*Aplausos de la multitud.*)

(*Varias voces.*) Bravo, Bien dicho.
(*Otra.*) Que vuelva.

ROGELIO. Es que están acostumbrados,
que el pueblo á todo se avenga.

VALENTINA. Ya va á hablar; que se ha picado.

OFICIAL. Silencio.

VALENTINA. ¿Si? ¿Quién lo ordena?

OFICIAL. La Guardia Real.

FELIX. Que calle
si no quiere llevar leña;
se acabaron los matones;
que aqui hasta los niños pegan.

ROGELIO. Dejadle que hable.

UN CHICO. Y que baile.
(*Gritos, voces distintas, silbidos.*)

OFICIAL. Todo lo hará si hay paciencia,

CAMAFEO. Caballeros y signoras,
ilustrismas excelencias.

AGUEDA. Habla solo para ricos.

CAMAFEO. No sé cómo se comienza.

FELIX. Se principia (*subiéndose á un poste y dirigiéndose al pueblo.*) Ciudadanos...
(*Aplausos y bravos.*)

CAMAFEO. Yo lo diré cuando sepa,
que será un poco mas tarde.

VALENTINA. Despacio, y ponle la mesa.

CAMAFEO. Tengo mucho que deciros,
dentro de la mia testa...

VALENTINA. Vaya un piquito de oro

AGUEDA. No hay como él en la Academia.

VALENTINA. Oiga usté, Don Camafeo,
si quiere aprender de letras,
en mi portal hay un hombre
que le enseñará, de veras,
y con eso no tendrán
que acompañarle á la escuela.

OFICIAL. Calle la tia insolente,
ó le rompo la cabeza.

ROGELIO. El pegar á las mujeres
es propio de esta caterva.

VALENTINA. Voy á regalarle un bollo
de piñones con manteca.
(*Poniéndole sus manos en la cara.*)

OFICIAL. ¡Cielos! me ha dado en la cara.

(*Voces.*) Muy bien.
OFICIAL. Compañeros, á ella.

Los de la porra rodean á Valentina amenazándola. Movimiento de indignacion entre el pueblo: Félix con energía exclama:

FELIX. Ciudadanos, basta ya.
Que viva la independencia!
VOCES. Viva!...

El pueblo se dispone á lanzarse sobre la comitiva, los porristas amenazan y se ven acosados por la multitud, que al fin llega hasta ellos y comienza la lucha. En tanto Camafeo se lanza del carruaje.

CAMAFEO. Cielos! quién socorre
al pobre que han engañado?

La Prensa llega hasta él, trata de ocultarle á la vista del pueblo, y le dice:

PRENSA. Ya os lo dije en vuestra tierra;
se cumplió mi profecía.
CAMAFEO. Es verdad, por Dios, clemencia!
Oh! salvadme.
PRENSA. Idos pronto
á donde ya nadie os vea,
y haced saber á los reyes
que el que con el pueblo juega,
el ascua tiene en las manos,
y al fin, al cabo se quema.

Camafeo desaparece y la Prensa se dirige al pueblo que vacila, y con enérgico acento exclama:

PRENSA. No hay temor: á ellos, bravos!
por cada libre que muera,
millares vereis despues
que brotarán de la tierra.
ROGELIO. ¡VIVA EL PUEBLO SOBERANO!

Entra gran multitud en la escena con banderas y música tocando el himno que mas se adapte á la obra, y que cree el autor debe ser el republicano.

Al presentarse el pueblo victorioso, aparece en el foro el templo de la Libertad á cuya estátua cubre el gorro frigio, formando en derredor grupos del pueblo.

FÉLIX. Nuestra es la victoria.
OFICIAL. Nuestra.
ROGELIO. Cómo se entiende?
FELIX. Qué es esto?
OFICIAL. Estamos con el que venza.

ROGELIO. Idos de aquí, vive Dios,
sin que movais ni aun la lengua;
vosotros que habeis pegado,
del teatro á la taberna,
en todas partes y sitios
á los que hacian la guerra,
en buena lid, cual leales
á la extranjera bandera,
pretendeis formar ahora
con nosotros, fuera mengua.
Marchad que nunca sereis
dignos de venganza nuestra.
(La Prensa se dirige al pueblo.)

PRENSA. Y tú, pueblo, que supiste
defender la independencia,
y ahuyentar de nuestra pátria
una monarquía impuesta,
por los que del pueblo hacen
para elevarse escalera:
Tú que comprendes que el Rey
es la férrea cadena,
que al libre torna en esclavo,
la libertad en licencia,
el órden, en la anarquía,
la propiedad en su hacienda:
Tú que con Reyes comprendes
nada hay seguro en la tierra,
ni aun la paz en la familia,
que tanto el honrado aprecia,
altivo, grande, imponente,
si casos supremos llegan,
antes que perder la honra
muere al pié de tu bandera.

(Al caer el telon vuelve á sonar la música y se repiten los vivas.)

A la primera actriz Balbina Valverde el último autor,

Juan Utrilla.

10 Enero 84.

ELECCION DE AYUNTAMIENTO.

ELECCION DE AYUNTAMIENTO,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JUAN UTRILLA.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro LARA la noche del 28 de Noviembre de 1883.



MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.° 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARQUESA	Srta. Dolores Abril.
MATILDE	Matilde Rodriguez.
PABLO	D. Antonio Riquelme.
EMILIO	Pedro Ruiz de Arana.
LUIS	José Rubio.
CONDE	Ricardo Valero.
VIZCONDE	Ricardo Liron.
BARON	José Manso.
CRIADO	Antonio Barreal.

ACTO PRIMERO.

Sala de paso muy bien amueblada. Puertas laterales, y dos ó tres en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

MARQUESA, CRIADO, CONDE.

Marquesa sentada á un velador en el que habrá varios libros, y leyendo uno de ellos. Criado bien vestido anunciando. Poco despues el Conde.

CRIADO. El Conde del Prado Verde.
MARQ. Pase al punto. (Sin comérselo.)
CONDE. Siempre Luisa con un libro,
siempre leyendo, leyendo.
MARQ. Enrique, muy buenos dias.
CONDE. Téngalos, Marquesa, buenos.
¿Interesa esa novela?
MARQ. Pero tome usted asiento. (Se sienta.)
No he visto cosa más tonta
ni un autor más indigesto.
CONDE. ¿Se llama?
MARQ. *Pedro Fernandez.*
CONDE. No puede tener talento
con tal nombre y apellido,

es imposible tenerlo.
Para indicar á un cualquiera
decimos todos, un Pedro
Fernandez.

MARQ. Pero es pseudónimo.

CONDE. ¿Pseudo? ¿Marquesa, que es eso?

MARQ. (Ap.) (Á todo hay quien gana... éste
hace al novelista bueno.)
Pseudónimo es falso nombre
que disfraza el verdadero.

CONDE. Es verdad... sí... lo sabía;
pero á veces no recuerdo.
Es una especie de álias.
como el que usan los toreros.

MARQ. ¿Empieza usté á hablar de toros?

CONDE. No, Marquesa, le prometo
no pronunciar tan siquiera
ni una palabra de cuernos.

MARQ. Escuche usté, escuche, Enrique,
el siguiente pensamiento.
(Leyendo en el libro que tendrá en la mano.)
«Entre dos hombres que sean
»listoel uno, el otro nécio,
»siempre la mujer elige,
»al... segundo, no al primero.»

CONDE. Y es natural.

MARQ. (Ap.) (Cuando digo,
que á todo hay quien gana, es cierto.)
(Alto.) ¡¿Conque es natural, Enrique,
que entre un tonto y un discreto
se elija al tonto?

CONDE. ¡Qué torpe,
no entendí bien, ya lo veo!
Medistraje recordando
la estocada que el Frascuelo
me brindó ayer.

MARQ. Punto en boca
ó me levanto y me encierro.

CONDE. El de ayer costó trabajo
de veras á los vaqueros.

MARQ. Pues vaya una enmienda.

CONDE. Luisa,

perdóneme usted.

MARQ. (Sigue leyendo.) Silencio.
«Y entre un calavera osado
»y un hombre de bien, no hablemos.
»¿Qué mujer piensa en Tenorio,
»sin desear el convento
»á la hora en que de las ánimas
»reclaman un Padre Nuestro?»

CONDE. No es verdad.

MARQ. (Ap.) (Cuando este niega,
si no es verdad, puede serlo,
que redimir á un culpable
siempre fué un acto benéfico.)
Pero de todas maneras,
por ese primer concepto
merecería esta nota
el osado escritorzuelo.
«Casi nunca las mujeres
»eligen, y aun eligiendo,
»van espuestas por ser tantos
»á elegir un majadero,
»que no abundan por el mundo
»los hombres de entendimiento.»

CONDE. Tiene usted razon, Marquesa,
hay mucho tonto, lo veo
por mí mismo á cada instante;
en hablando de toreo
cualquier aficionadillo
se cree más que Romero.

MARQ. ¡Cuidadito!... ¿Y qué nos dice
el señor Conde de nuevo?

CONDE. De nuevo nada; yo todo
lo que digo siempre es viejo,
y nadie de lo que digo
hace caso.

MARQ. (Ap.) (Lo comprendo.)

CONDE. ¡Cómo ha de ser, en el mundo
nunca estamos satisfechos!

MARQ. Usted colmado de honores
y con tan noble abolengo,
diputado cuatro veces.
(Ap.) (Y ni una habló en el congreso.)

Con tanto coche y caballos
y tanto lujo y dinero,
se queja.

CONDE. Me falta mucho
para ser feliz.

MARQ. No entiendo.

CONDE. Lo sabe usted demasiado,
pero finge no entenderlo.

MARQ. (Ap.) (Si otra vez más se declara
con esta serán ya ciento.)
Por Dios, Conde, ¿dónde vamos
á parar?

CONDE. ¿Á qué misterios?
Si mil veces ya la he dicho
lo mucho que yo la quiero,
y que grabada en mi alma
su imágen hermosa llevo.

MARQ. (Ap.) (Sin duda se lo ha aprendido
de memoria.) Mas ¿qué es esto?
usté no se anda en chiquitas,
se declara sin rodeos,
como quien suelta una carga
que le abruma con su peso.

CONDE. Usté es ya viuda, Marquesa...

MARQ. Claro está; y usté soltero,
ó es que no somos las viudas
mujeres de carne y hueso
y ya se puede decirnos
las cosas sin miramientos.
Busque usted una soltera
á quien tratar con respeto,
y que le ame: por mi parte
estoy del amor muy lejos, (Mirando el reló.)
como que ya son las once
y estoy cerca del almuerzo.
Con usted hemos contado
para almorzar.

CONDE. Lo celebro.

MARQ. Mi primo Emilio nos trae
otro convidado nuevo.

CONDE. ¿Algun compañero suyo?

MARQ. No señor, no es compañero,

es el hijo de los condes
de Villafranca del Vierzo.

CONDE. Buen muchacho, le conozco.

MARQ. Dicen que lo es en efecto.

CONDE. Sí señora. (Ap.) (Mas no olvide
ni lo que es corniveleto.)

MARQ. No así mi primo. ¡Qué lástima!
Cada vez es más ligero.
Yo creo que pára en loco.

CONDE. (Ap.) (Pero es un mozo flamenco.)
Y Matilde, Marquesita?

MARQ. ¿Mi hermana? en el aposento
de mamá; quedó con ella
cuando vine aquí.

CONDE. Hasta luégo,
voy á saludarlas.

MARQ. Vaya,
y no guarde resentimiento
por lo que dije.

CONDE. Imposible
mi amor hácia usté es eterno.
Usté y los toros, Marquesa,
comparten todo mi afecto.

MARQ. ¡Jesús, Conde! (Váse izquierda.)
(Ap.) (¡Pobrecillo!
¡Este no tiene remedio!

ESCENA II.

MARQUESA sola.

Sigamos con la lectura,
que aunque el autor nos envuelve
sin piedad en su censura,
quiero ver como resuelve
esta amorosa aventura. (Lee para sí.)

ESCENA III.

EMILIO por el fondo vestido de militar, (comandante de húsáres) seguido de su amigo LUIS, se acercará cautelosamente hasta colocarse detrás del respaldo de la butaca de la MARQUESA, que no los habrá sentido.

EMILIO. (Apoyado en el respaldo.)
Mi querida prima Luisa.
MARQ. Vas á escribirme una carta.
EMILIO. Te presento á Luis Villarta
con la forma más concisa.
MARQ. (Volviendo la cabeza al ver qne se trata de presentacion.)
¡Emilio siempre tan loco!
Muy señor mio. (Al amigo.)
LUIS. Señora,
servidor de usted.
EMILIO. Ahora,
prima, riñamos un poco.
(La Marquesa hará señal á Luis de que se siente.)
Qué síntomas de demencia
presento, que á cada instante
ya está el «loco» por delante
agotando mi paciencia?
¿Codicio acaso el dinero
por gusto de amontonarlo
para verlo sin gastarlo
como sórdido usurero?
¿Cuanto tuve no arrojé
al punto por la ventana
porque al dia de mañana
jamás en llegar pensé?
¿Me viste sacrificar
á una mira de ambicion
afectos del corazon
para subir y llegar?
¿Me has visto dar tropezones
expuesto á caer de bruces
bajo el peso de las cruces
al andar por tus salones?

¿Mi aplauso no concedí
á quien mostró su valer?
me gustó despues morder
al mismo á quien aplaudí?
¿Me oiste acaso afirmar
que nuestra vida valía
lo que en ella se sufría
y que vivir no es luchar?
¿Expuse yo alguna vez
el deseo endemoniado
de llegar todo arrugado
á una estúpida vejez?
¿No amo á todas las mujeres,
y los licores y el juego?
¿Acaso me doy sosiego
para buscarme placeres?
¿Soltero, díme, no estoy,
me he casado por ventura?
¿Pues dónde está mi locura,
vamos, por qué loco soy?

MARQ. Más te valiera callar
que no probar de ese modo
tu cordura.

EMILIO. ¿Y eso es todo
lo que tienes que alegar?
Pues mira, aunque mereciera
por mi falta de razon
que acabes la discusion
con ese «más te valiera,»
te diré que en este mundo
el sábio que no haya sido
pobre y por loco tenido,
ese no es sábio profundo.
Más falto está de razon
que á un amigo te presente
para que tu indiscrecion
provoque esta discusion
á la que asiste de oyente,
y yo no te llamo loca;
que contigo el alma mia
no en insultos usaría,
sino en besos esta boca.

MARQ. ¡Jesús, qué galantería!
Ciertamente que tu amigo
se dirá; ¡pero señor,
si Emilio, el gran orador,
me traerá como testigo
de su elocuencia. (Luis se sienta.)

EMILIO. Marquesa,
no te creía en verdad
tan escasa de piedad
ni de intencion tan aviesa.
No me llames elocuente
ni ménos gran orador,
si quieres, seré hablador,
pero no engaño á la gente.

MARQ. (Á Luis.) De seguro usted no opina
como Emilio, y le censura
esa vida de locura
en que tanto desatina.

LUIS. Le censuro duramente
sin que usted por esto crea
que todo en mí, virtud sea.
Nada de eso, francamente;
pero alguna vez, muy rara,
que quise participar
de esa vida singular,
me costó, Marquesa, cara.

MARQ. ¿Pues cómo?

LUIS. Al dia siguiente
enfermo, y seis ú ocho dias
padeciendo de ardentías.

EMILIO. (Ap.) (Claro está, del aguardiente.)

LUIS. Por esa razon no más
de su vida soy censor,
que donde yo hallo dolor,
no creo que los demás
hallen placer.

EMILIO. ¡Craso error!
Cuestion de temperamento.

LUIS. No encuentro placer alguno
en esa vida; importuno
en una *juerga* me siento.
Este es el término usado

para indicar una noche,
de Colmado, vino, coche,
y... algo más, todo pagado
por los gentiles ***barbianes***,
que vienen á ser hoy dia
lo que hace siglos sería
la raza de los Don Juanes.

EMILIO. Se acabó ya tu conjuro?
(Á la Marquesa.) Este es un santo varon
que morirá en opinion
de idem: toma ese puro
que es habano.

LUIS. Si no fumo.

EMILIO. Es verdad, no me acordaba.
Yo á los seis años echaba
por las narices el humo.
¿Ántes de almorzar, te atreves
á tomar una copita
de ajenjo?

LUIS. De ajenjo, irrita.

EMILIO. Es verdad que tú no bebes.
Tanto inconveniente alegas
para todo... jugaremos,
y así el tiempo mataremos;
¡pero si tampoco juegas!
¿Ni á las damas?

LUIS. De jugar,
preferiría ese juego,
más me da rabia que luégo
me la vengan á soplar.

MARQ. Efectivamente, un santo
es usted, sin vicio alguno.

LUIS. No creo tener ninguno.

EMILIO. ¡Ay, quién dijera otro tanto!
Pues se ha dado en murmurar
que en amor tienes fortuna.

MARQ. ¿Es verdad?

LUIS. Si tengo alguna
no lo pude averiguar,
porque soy muy apocado
cuando de amores se trata,
voy á hablar, mi lengua se ata

y me pongo colorado.
MARQ. ¡Qué ocurrencia!
LUIS. Y claro, así,
no hay medio de enamorar.
Las mujeres no han de hablar
aunque se mueran por mí.
Y vea usted, cosa rara,
habiendo gente delante
soy con ellas insinuante,
mi lengua expedita y clara;
pero al quedarnos á solas
soy perdido, ya no hablo,
porque no encuentro un vocablo
del rubor entre las olas.
MARQ. Hará su declaracion
por escrito.
LUIS. Lo pensé,
más la idea deseché
al llegar á la ocasion,
porque luégo creería
mi amada al verme callado,
que otro me había dictado
la carta, y yo la escribía.
MARQ. No en balde lleva usté fama
de ser un hombre de bien.
LUIS. Usted la lleva tambien
de ser una hermosa dama.
MARQ. Muchas gracias.
EMILIO. Mira, mira,
si está Luis poco galante.
LUIS. Eso, porque estás delante,
que si no...
EMILIO. ¡Cómo suspira!
De modo que tú en amores
para que sigan su curso,
necesitas del concurso...
LUIS. Pero no de acreedores.
EMILIO. Pues tienes que variar,
porque si sigues así
tendrás que acudir á mí
cuando te quieras casar,
y yo á tu novia hablaré

y por tí la haré el amor.
LUIS. Muchas gracias, es favor
que quizás te pediré.

ESCENA IV.

DICHOS y MATILDE por la izquierda.

MAT. Emilio, estabas en casa
y no lo sabía yo?
EMILIO. Matilde, pónte muy séria
que va á haber presentacion.
Mi amigo don Luis Villarta.
MAT. Señor mio.
LUIS. Servidor.
EMILIO. Mi prima menor. Matilde.
Su hermosura y discrecion
le dan semejanza en todo
á su hermana.
MARQ. (Á Luis.) Ese es favor
que tan sólo por oirnos
nos hace Emilio á las dos.
Siéntese usted. (Á Luis.)
LUIS. Pues yo creo
que es justo en esta ocasion,
y muy parco en el elogio
á mi juicio se quedó.
MARQ. ¿Usted tambien lisongero?
LUIS. No señora, admirador.
EMILIO. (Á Matilde.) Aquí le tienes, buen mozo,
de lo bueno lo mejor;
será Conde, está soltero
y es rico, en fin; el patron
para cortar un marido
que la medalla de honor,
si este ganado admitiesen,
ganase, en la Exposicion.
MARQ. Emilio, vaya un lenguaje.
(Á Luis.) No haga usted caso.
LUIS. Ya estoy
acostumbrado á sus bromas
y me gusta la expansion

de su carácter, sin duda
porque su reverso soy.

EMILIO. (Á Matilde.) Y no le pareces saco
de paja.

MARQ. ¡Emilio, por Dios!

EMILIO. (Á Matilde.) Siéntate á mi lado, prima,
á mi lado, ángel de amor.

LUIS. (Ap.) (Es hermosa como un ángel,
Emilio tiene razon.)

MAT. ¿Á cuántas has dicho eso?

EMILIO. Pues á una sí y otra no.
Pero tú no tengas celos,
que si el diablo tentador
algun dia me metiese
en la horrible tentacion
de casarme, tu serías
en el altar y ante Dios,
ante el juzgado y los hombres,
sin omitir precaucion,
mi esposa *fidele*; he dicho.

MAT. Aplausos al orador.
¡Si fueras formal, Emilio!

EMILIO. Me querrías?

MAT. Qué sé yo.
(Ap.) (Si supiera cuánto espacio
tendría en mi corazon.)
(Alto.) Pero casarme contigo
como eres. ¡Jesús qué horror!

LUIS. (Ap.) (Este Emilio no abandona
tan tonta conversacion.)

MARQ. (Á Emilio.) Estás bastante pesado,
y mientras, este señor
se aburre.

EMILIO. Por mí que hable;
habla.

LUIS. Con satisfaccion
te escucho: estamos conformes
en que Matilde es un sol
que deslumbra con sus rayos.

EMILIO. Ya Luis te piropeó.
Contesta, mujer, contesta,
si lo permite el rubor.

MAT. No seas tonto.
LUIS. (¡Está divina!)
EMILIO. (Á Matilde.) Has fijado su atencion.
MARQ. Cuidado, Emilio, que luégo
se enfada.
EMILIO. Conozco yo
el medio de que se ria.
MAT. Y tambien el domador
lo conoce.
EMILIO. ¿Cuándo quieres
hacer una expedicion
á caballo?
MAT. ¿Yo? Esta tarde.
LUIS. Me convido.
EMILIO. Entónces voy
á mandar que mi asistente
me traiga aquí el Trovador.

ESCENA V.

DICHOS, CONDE por la izquierda.

CONDE. Es decir, que usted, Matilde,
solo con mamá me deja,
y se viene aquí sabiendo
que sin usted no se encuentra.
Pues traigo órden de llevarla
aunque sea de una oreja.
EMILIO. No será sin que nos digas
quién tiene mejor muleta,
si Ángel Pastor ó Cara-Ancha.
CONDE. Los dos la tienen muy buena,
y saben trastear un toro
como Cristo nos enseña.
Pero su disgusto advierto.
Perdóneme usté, Marquesa.
Pondré un candado á mis lábios.
EMILIO. (Ap.) (Ó un bocado.)
LUIS. ¿Y qué tal era
aquella notable artista
de quien me habló?
CONDE. ¿La flamenca?

Mala, ni había pisado
de los flamencos la tierra,
carecía por completo
de estilo propio y de escuela.
EMILIO. (Lo mismo que á tí te pasa.)
CONDE. (Qué sabes tú, celavera?)
EMILIO. (Ap.) (Me causa á mí cierto orgullo
que los tontos se me atrevan,
porque los tontos al génio
siempre le hicieron la guerra.
MARQ. Emilio, á este caballero
presenta á mamá.
CONDE. Matilde,
conmigo, el brazo.
EMILIO. Marquesa,
con su permiso.
LUIS. (Á Emilio.) Tu prima
parece una flor.
EMILIO. Cuál de ellas?
porque las dos son hermosas.
LUIS. La pequeña, la pequeña.

ESCENA VI.

MARQUESA, sola.

Otra vez al libro, claro,
no tiene una que hacer nada
más que esperar el almuerzo,
y esto aburre y esto cansa.

ESCENA VII.

DICHA y el CRIADO por el fondo.

CRIADO. Señora.
MARQ. Qué.
CRIADO. Un caballero
que espera en esa antesala,
desea hablar á vuecencia.
MARQ ¿Y quién es? ¿cómo se llama?
CRIADO. Le pregunté, y respondióme:

Mi nombre no te hace falta,
que es nombre desconocido
por completo en esta casa.
Díle pronto á la señora
que sólo deseo hablarla
de cierta finca que tiene
para el arriendo anunciada.

MARQ. Que vaya al apoderado.

CRIADO. Eso le dije: «Él me manda,
contestó:

MARQ. Bueno, corriente.
Pues díle que entre, acabáras. (Sale el Criado.)
Veremos qué se le ocurre,
siempre será una embajada.

ESCENA VIII.

DICHA y PABLO.

PABLO. Á los piés de usté, señora.

MARQ. Beso á usted la mano.

PABLO. (Ap.) (Cáspita,
hermosa mujer.)

MARQ. (Buen porte;
¿dónde he visto yo esa cara?)

PABLO. (Ap.) (Por fuerza me han engañado,
no es ella.)

MARQ. (Ap.) (¿Pero qué aguarda?)

PABLO. (Ap.) (Ó yo mucho me equivoco,
ó no es usté á quien buscaba.

MARQ. ¿Á quién busca?

PABLO. Á la Marquesa
viuda de Valdelagrama,
su señora madre, acaso.

MARQ. Caballero, por desgracia
yo soy la Marquesa viuda.

PABLO. Usted.

MARQ. Sí; ¿de qué se extraña?

PABLO. En verdad, que mi extrañeza,
señora, es bien infundada;
como el honor no tenía
de conocerla, pensaba

sin saber por qué encontrarme
con una señora anciana,
de cuya viudez los años
hubieran sido la causa.
Pero veo á usted tan jóven,
y tan... tan... tan... (Ap.) (lábio, calla.)
que... ya tiene mi extrañeza
punto por punto explicada.

MARQ. Hasta ahora ha pronunciado
un diluvio de palabras,
y de ellas no se desprende
quien sea usted, de qué trata.

PABLO. (Tiene orgullo, le ha ofendido
mi reticencia y me pára.)
De mi extrañeza, señora,
quiso usted saber la causa.
Me preguntó la Marquesa
y obedecí, contestaba.

MARQ. (Ap.) (Tiene razon; mi pregunta
le obligó á que se explicara.)

PABLO. Pero ya debo explicarme
de una manera más franca,
que no quiero ni un momento
ver á usted tan alterada.
Si al decir que era usted jóven
iba á decir tambien guapa,
á tiempo yo me contuve
por respetos á la dama,
aunque en decir que era hermosa
ni mentía, ni faltaba;
despues de todo no es mia
la falta, si ha habido falta,
que no estoy acostumbrado
á ver cielos en las casas.

MARQ. Pues señor, estamos frescos.

PABLO. (El orgullo así se baja.)

MARQ. (Ap.)(Sigue echándome piropos
como quiere y á mansalva,
que no he de llamarle hermoso
para tomar la revancha.)
(Alto.) Pero usted á qué ha venido?

PABLO. Quedará usted enterada

brevemente.

MARQ. Tome asiento.

PABLO. (Ap.) (Hola, pues no lo esperaba.)
Señora, yo soy el hijo
de Juan de Lanuza y Vargas,
mas conocido allá en Caspe
por el apodo de *El Pata.*

MARQ. ¡Jesús!

PABLO. ¿La noble señora
se rie de mi prosapia?

MARQ. No, señor, son apellidos
de nobleza bien preclara,
pero el mote es caprichoso
y hace temer...

PABLO. Á distancia
poco.

MARQ. Pero estando cerca.

PABLO. (Ap.) (Me humilla y me es simpática.)

MARQ. Siga usted. (Riendo.)

PABLO. Si usted se rie,
mejor será contemplarla,
pues son perlas esos dientes
en una rosa engarzadas.

MARQ. Siga usted, y disimule.

PABLO. (Ap.) (Y... ántes tan enfadada.) (Saca la carta.)
Mi buen padre ayer me ha escrito
diciéndome que trataba
de arrendar una dehesa
de que usted es propietaria
en término de El Castillo;
pero que cuesta muy cara;
que ha visto al apoderado
que tiene usté allí, quien nada
le ha rebajado del precio;
pero que le aconsejaba
ver á usted directamente
y pedirle alguna gracia.
Mi pobre padre está viejo
para tales caminatas,
y como resido en ésta,
es natural, me lo encarga.
Cumplo pues mi cometido

pidiendo á usté una rebaja
en el precio del arriendo,
porque en verdad, es precaria
la situacion, que atraviesa
aquella infeliz comarca
con cuatro años de cosechas
una peor si otra mala.
Esta comision, señora,
para mí es tanto más grata,
cuanto que si el padre pierde,
es el hijo quien lo paga,
muy á gusto por supuesto,
que por mucho que pagára,
no pago el sudor vertido
por aquella frente honrada,
para darme una carrera
cuyos gastos le arruinaban.

MARQ. (Ap.) (Buen hijo: sus grandes ojos
en lágrimas se le arrasan.)

PABLO. Pero es el caso, bien triste,
que en armonía no andan
trabajos y recompensas;
y si recursos me faltan
para que siembre mi padre,
tendré que enviarle un drama.

MARQ. Buenos productos daría.

PABLO. Ya los hay que dan patatas.

MARQ. Pero, ahora caigo, el Lanuza,
autor de *La rosa blanca*,
de ese drama ya tan célebre
es usted?

PABLO. Si le quitara
lo de célebre, diría,
que el mismo que viste y calza.

MARQ. (Ap.) (¡Y me he reido de este hombre,
y me ha escuchado con calma!)
(Alto.) Es una obra preciosa,
la he visto, diez noches.

PABLO. ¡Tantas!
(Ap.) (Siento al oir sus elogios
que la vanidad me abrasa.)

MARQ. (Ap.) (Si yo le he visto en la escena

por eso le recordaba.)

PABLO. Pues en el mismo teatro
se estrena en esta semana
un drama de un chico jóven
de brillantes esperanzas.
Vaya usted, porque es la obra
mejor de la temporada.

MARQ. No se me olvida la escena
de la de usted entre Laura
y Adelardo. ¡Qué ternura!
Sabe usted arrancar lágrimas.

PABLO. (Ap.) (Ella me humilló, y ella
con esas frases me ensalza.)
El llanto de usted, Marquesa,
el autor no lo arrancaba,
es que usted, hermosa, tiene
así como el cuerpo el alma,
y sin esfuerzo comparte
el dolor y la desgracia,
siquiera se le presenten
en verso sobre las tablas.

MARQ. Apreciacion lisongera
para mí, más no es exacta.
(Ap.) (Que sencillez, qué modestia
la que al talento acompaña.)
(Alto.) Y dígame usted, Lanuza,
qué producciones dramáticas
ha dado usted al teatro?

PABLO. Ya le tengo dado varias.

MARQ. ¿Todas con éxito?

PABLO. Algunas
se quedaron con las ganas,
otras, pasaron á medias,
y las ménos, celebradas.

MARQ. Si usted fuese tan amable
que se sirviera enviármelas,
con gusto las leería.

PABLO. Las tendrá usted dedicadas
ahora mismo, voy por ellas. (Se levanta.)

MARQ. ¿Qué mas dá hoy que mañana?
Y sobre todo, criados
tengo que á usted evitarán

molestia.
PABLO. Ciertamente,
mi prisa por ver honradas
mis comedias en sus manos,
hizo que me levantara.
(Ap.) (Por lo demás estaría
un siglo en esta butaca.) (Se sienta.)
MARQ. ¿Y su madre de usted, vive
tambien?
PABLO. Tan buena y tan sana;
y si viera usted qué hermosa
con su cabellera blanca!
MARQ. Estará muy satisfecha
con tal hijo.
PABLO. (Ap.) (Me embriaga
el elogio de sus lábios.
Debilidades humanas.)
(Alto.) En las cartas de mi padre
siempre añade su postdata.
Vea usted la que me pone
en esta última carta,
y convenga usted conmigo
en que no son necesarias
para amar, las cuatro partes
que componen la gramática.
(Le dá la carta que habrá tenido en la mano desde que la sacó.)
MARQ. (Leyendo.) «Mi queridísimo hijo
»Pablico de mis entrañas,
»ten cuidado: las mujeres
»andan por Madrid de caza,
»y he visto por tu retrato
»que estás muy grave con barba.» — guapo
(Hablado.) No necesita usté abuela
que con su madre le bailan. — basta
PABLO. Es verdad.
MARQ. (Ap.) (Y con efecto,
no le está mal, y es rizada.)
(Leyendo.) «Aunque sea una duquesa
»no dejes de estar en guardia,
»que hay lagunas en los valles
»así como en las montañas,

»y en tí el altar donde adora
»quiere tu madre una santa.»
(Hablado.) ¡Una santa! pues no es poco!

PABLO. ¡Me quiere mucho!

MARQ. (Hablado.) ¡Caramba!
(Leido.) «No creas más que á tu madre,
»esta sí que no te engaña
»cuando te dice hijo mio
»que te quiere y te idolatra.
»Sabrás que por tu retrato
»está tu padre que rábia,
»dice que voy á borrarle
»porque se me cae la baba,
»como si fuera posible
»verte sin que se me caiga.
»Envíame otro, Pablico,
»para besarle á mis anchas.
»Adios, hijo de mi vida,
»adios, honra de mis canas,
»parece que estos letrajos
»están escritos con agua,
»y es que la tinta se ha ido
»rio abajo de mis lágrimas.»
(Hablado.) No extraño que usted escriba
con tanta ternura, hay tanta
en estos pocos renglones
de esa dichosa aldeana,
que sin querer un idilio
ha hecho.

PABLO. Marquesa, gracias,
su aplauso de usté á mi madre
de tal manera me halaga
que quisiera que usté fuese
algo mio, como hermana,
algo que me disculpase.

MARQ. ¿Para qué?

PABLO. Para abrazarla.
Pero ya que esto no sea
déjeme besar sus plantas.

MARQ. ¿Pero qué hace usted?

PABLO. Señora
lo dicho hecho, besarlas.

MARQ. ¿Y si álguien le hubiera visto?
PABLO. Oh! primero me envidiára,
y despues exclamaría
viendo á usted tanto más alta
cuanto bajo yo me encuentro.
«Es un mendigo, qué lástima.»
MARQ. ¿Mendigar usté? ¡Un poeta
que en su fantasía guarda
mil tesoros de belleza,
sería una cosa rara,
PABLO. (Ap.) (Esta mujer me enloquece;
¿qué leo yo en sus miradas?
¿Qué he de leer? mi soberbia
que hasta ella me levanta
para que luégo me estrelle
al derretirse mis alas.)
(Alto.) Dispense usted esta fuga
de amor... filial.
MARQ. Dispensada.
(Ap.) (Es original el tipo
é interesa.)
PABLO. Molestarla
sentiría, por lo tanto,
me retiro.
MARQ. En esta casa
no molesta, y yo deseo
que la honre frecuentándola.
Escriba usted á su padre
que en lo que quiera tomarla
será suya la dehesa
que pide.
PABLO. Ni me acordaba
de que ese ha sido el motivo
de verla.
MARQ. Memoria flaca...
sin duda á olvidar deprisa
la tiene usté acostumbrada.
PABLO. (Ap.) (Ojalá. Que hoy más que nunca
olvidar necesitaba.)
Su amabilidad, señora,
y la afable confianza
que me ha dispensado, hicieron

que de todo me olvidara.
En cambio de usted me llevo
grato recuerdo.

MARQ. Mil gracias.
(Se dirige hácia el fondo.)

ESCENA IX.

DICHOS, EMILIO por la izquierda.

EMILIO. Marquesa. ¿Pero qué miro?
Lanuza ¡Cuánto me alegro!
(Le abraza.)

MARQ. ¿Se conocían ustedes?

EMILIO. Si estuve un mes en su pueblo
herido cuando la guerra
y me tocó alojamiento
en su casa! Cómo siguen
aquellos honrados viejos?

PABLO. ¿Mis padres? Bien, muchas gracias,
allí viven tan contentos.

EMILIO. (Á la Marquesa.) La mujer mas cariñosa,
mas buena y de mas gracejo
que yo he visto, esa es la madre
de este amigo.

PABLO. Emilio, veo
que es usted agradecido.

EMILIO. Es un hombre de talento
autor de dramas, comedias,
novelas, y tan modesto,
que á veces su nombre oculta
el peseudónimo de Pedro
Fernandez.

MARQ. (Ap.) ¡Qué coincidencia
tan feliz! Bueno es saberlo.

EMILIO. (Á Pablo.) ¿Y qué asuntos á esta casa
han traido tanto bueno.

PABLO. Pedir aquí á la Marquesa
un favor.

EMILIO. (Á la Marquesa.) Pues yo te ruego,
prima mia...

MARQ. Está ya hecho.

EMILIO. Muchas gracias, cual si fuera
para mí, te lo agradezco.
Y voy á pedirte otro.

CRIADO. (Por el fondo.) Señora, ya está el almuerzo.

EMILIO. Precisamente; que invites
á tomar en él asiento
á Lanuza.

MARQ. Es excusado,
cuando tú puedes hacerlo
pagando así en algun modo
deudas de agradecimíento.

PABLO. Señora, yo me retiro,
muchas gracias.

EMILIO. No hay remedio.
almuerza usted con nosotros.

PABLO. ¿Y si ya lo hubiese hecho?

EMILIO. Entónces, se sienta, mira,
y nos vé como comemos.

PABLO. En ese caso... (Ap.) (Quisiera
alejarme y más me acerco.)

MARQ. (Ap.) Si las mujeres elijen
en el fondo de su pecho,
el mas tonto entre dos hombres
este Lanuza es muy nécio.)
(Pasan al comedor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior. El fondo, que comunica con el salon del baile, iluminado; los mismos muebles que en el acto primero. De cuando en cuando algunas parejas cruzarán por el foro, donde se supone el baile.

ESCENA PRIMERA.

VIZCONDE, BARON.

BARON. ¡Cómo están esos salones!
VIZC. No puede uno abrirse paso
sin exponerse á un fracaso.
BARON. Yo he dado dos pisotones
sobre una falda de raso,
y su dueña se volvió
al rás, rás del descosido
y colérica exclamó:
que pisa usted, so... so... so...
bre mi pobre vestido.
Luégo me miró á los piés,
y así como en el teatro
añadió aparte despues:
yo creía que eran cuatro
y son dos, lástima es.
VIZC. ¿Y qué contestastes?
BARON. Nada,
¡qué había de contestar!

y eso que la deslenguada
bien tiene por qué callar.

VIZC. Pues quién es?

BARON. La de Quijada.

VIZC. Ya lo creo.

BARON. Yo su historia
conozco toda al dedillo,
y sobre todo un pasillo
que habrá dejado memoria
en los baños de Arnedillo,
donde estuvo este verano
con su esposo el veterano
general, que no fué al Norte
á dar sablazos de corte
por darlos aquí de plano.

VIZC. ¿Pero el pasillo, qué fué?

BARON. Que Emilio, ese comandante,
que es primo ó yo no sé qué,
aunque creo que lo sé,
de la Marquesa, un tunante
cansado ya de ganar
el presidio donde estar,
al toque de generala,
pidió un ascenso de escala
que no tardó en alcanzar;
sin duda por un descuido
de ese niño, Dios Cupido,
pudo ver algun miron,
desprenderse de un balcon,
por la escala al ascendido.
Y desde allí en adelante,
para hablar del comandante
sin exponerse á su enojo,
bajito y guiñando el ojo
se decía *el ayudante*.

VIZC. Tiene gracia á no dudar.

BARON. Pues como ese un centenar
te podría referir,
solamente con salir
al salon á recordar.

VIZC. ¡Pobres mujeres, Baron,
las trata sin compasion.

(Ap.) (Como la suya es tan fina
á todas hace en su inquina
de la misma condicion.)
¿Y qué me cuentas de Aurora?

BARON. Que sigue con su Marqués.

VIZC. ¿Con ese viejo?

BARON. Y ahora
se dice que la enamora
un banquero.

VIZC. Ya son tres
con el marido.

BARON. ¿El marido?
Á magistrado ha ascendido,
él que hablando se dormía
dirá ahora, esta es la mia;
y hará justicia dormido.
Pero la mujer bonita
para mí es esta viudita
que nos abre sus salones.

VIZC. ¿Hay tambien murmuraciones?

BARON. Las hay, pero eso no quita.

VIZC. He observado que no
la llamas nunca Marquesa.

BARON. ¿Marquesa yo? De la pesa,
si acaso, con que pesó
allá en Santa Cruz la fresa.

VIZC. Pero eso es una invencion.

BARON. Por si acaso no lo es,
yo la hablo con precaucion.

VIZC. ¡Su finura y distincion!...
¡Imposible!

BARON. Los parnés
ilustran pronto á la gente.

VIZC. Por gusto de murmurar
ya no sabes qué inventar.

BARON. Bueno, muchacho, corriente.
(Salen por el fondo.)

ESCENA II.

PABLO por la derecha, se oye música dentro.

Mis ilusiones marchitas
el viento se va llevando.
¡Siempre ese Conde con ella.
(Mirando hácia el fondo.)
estúpido, mentecato!
Y á las mujeres les gustan
estos hombres, sin embargo;
pero por fin se separan;
el rigodon ha cesado,
y aquí Luisa se dirige.

ESCENA III.

PABLO y MARQUESA, por el fondo.

MARQ. ¿Usté aquí tan solitario?
¿Y qué tal, se ha divertido
en nuestro baile don Pablo?
PABLO. Sí señora; está brillante.
MARQ. ¿Y ha bailado?
PABLO. Yo no bailo.
Nunca he podido, Marquesa,
dar á compás cuatro pasos.
MARQ. Pues el Conde es un prodigio;
jamás se le vé cansado:
es una pluma.
PABLO. (Lo creo;
pero lo será de ganso.)
Ya he visto á ustedes veloces
cruzar el salon bailando.
MARQ. Mientras usted discutía
de todo el mundo olvidado.
PABLO. Reste usted algo del mundo;
porque hay en el mundo algo
que mi memoria no olvida.
MARQ. (La expiacion va llegando.)
PABLO. Y ya que solos, Marquesa,
por ventura nos hallamos,

permítame que le hable
de un asunto.

MARQ. Al grano, al grano;
y procure ser conciso
que el Conde me está esperando.
¿Qué tiene usted que decirme?

PABLO. Aunque le parezca extraño,
jamás me fué tan difícil
como en el presente caso
dar á la idea palabra
y á la palabra entusiasmo.

MARQ. (Ap.) (Está conmovido y sufre.
Todas las irá pagando.)
Con ese tono tan sério
me pone usted en cuidado.
Hable, porque ya de oirlo
en vivos deseos ardo;
pero sea usted lacónico
que... Enrique me está esperando.

PABLO. (Siempre ese nombre parece
que le pronuncia en mi daño.)
Marquesa ¿usted ama á ese hombre?

MARQ. (En el anzuelo ha picado.)
Pero ¿se ha vuelto usted loco?
¡Por Dios y todos los santos!
¿Á qué viene esa pregunta?
Si le amo ó no le amo,
sobre que no importa á nadie,
no he de irlo pregonando.

PABLO. Tiene usted razon, Marquesa;
soy un loco rematado...
todo aquello que usted quiera;
mas óigame, sin embargo.
Los locos como los cuerdos,
los nécios como los sábios,
por instinto ineludible
nuestra vida conservamos,
á no ser que la locura
nos vuelva tan insensatos
que en la muerte vislumbremos
lo que en la vida no hallamos.
Por fortuna, ó por desgracia,

no llegué á este último caso.
Seré loco, más deseo
vivir feliz muchos años.

MARQ. Y yo, Pablo, por mi parte
ese buen deseo aplaudo.

PABLO. Gracias, Marquesa. ¡Qué intenso
es el placer del aplauso!
Comprendo bien que la envidia
se retuerza al escucharlo.
Pero mi vida pendiente
la tiene usted de esos lábios,
que solo son comparables...
á ellos mismos; compararlos
con corales ó rubíes
fuera hacerles un agravio,
que estos el oro los paga,
esos no hay con qué pagarlos.

MARQ. (Ap.) (Tomó vapor; es preciso
que vaya el tren más despacio.)
(Alto.) Que es usté hombre de talento
sus frases lo están probando.

PABLO. Muchas gracias.

MARQ. (Me conviene
que el tren se quede parado.)
Pero ¿cómo de su vida
he venido á ser el árbitro?
¿Necesita de mi apoyo?
¿Por qué no lo ha reclamado?
¿Acaso le es necesaria
mi influencia para algo?
¿Solicita algun destino?
¿Por ventura es en Estado
ó en Fomento? Los ministros
comen en casa los sábados.
¿Ó quiere que recomiende
sus obras en el teatro,
porque á veces el talento
suele encontrar mil obstáculos?
Precisamente estos dias
de todos los empresarios
recibí las circulares,
y nos hemos abonado

á la Comedia y á Apolo.

PABLO. (Ap.) (¡Dios mio! ¡Qué desengaño!
Por un mendigo me toma,
y en generoso arrebato
el pan del cuerpo me ofrece
cuando el alma me ha robado.)

MARQ. Pero, Pablo, ¿qué le pasa?
¿En qué piensa?

PABLO. (Sarcásticamente.) Estoy pensando
en la aguda perspicacia
conque usted me ha adivinado.

MARQ. Como dijo que su vida
la tenía yo en mis lábios,
despues de hablar del instinto
de conservacion, y... vamos...
sé que no producen mucho
esa clase de trabajos
á que los pobres poetas
dedican años y años,
comprendí que usted quería
proteccion, y...

PABLO. Lo ha acertado.

MARQ. (Ap.) (Ya se bate en retirada
dejándome libre el paso.)
(Alto.) ¿Y se trata de un destino?

PABLO. De un melodrama en cinco actos.

MARQ. ¿Y en qué teatro lo tiene?

PABLO. En Capellanes.

MARQ. ¡Qué teatro!
Hombre de Dios, traiga el drama.

PABLO. Lo traeré!

MARQ. ¿Á cuántos estamos?

PABLO. Á cinco.

MARQ. Pues para el veinte
lo tenemos estrenado;
pero dignamente, hombre,
por Vico ó Rafael Calvo.

PABLO. (Ap.) (Si no estrenan otra obra
se van á quedar parados.)

MARQ. Conque quedamos en eso?

PABLO. Marquesa, en eso quedamos.
Muchas gracias.

MARQ. Voy de prisa
que Enrique...

PABLO. (Ap.) (Sí; el mono sábio:
quisiera verle en la cuna
de un berrendo de cinco años.
(Váse la Marquesa.)

ESCENA IV.

PABLO.

Con su atroz indiferencia
esta mujer me ha lanzado
en un abismo sin fondo
del que nunca jamás salgo.
Desde su altura me mira,
seguramente, tan bajo,
que no sospecha que puedo
adorarla. ¡Orgullo vano!
¡Como si ella no adorase
á Dios con estar tan alto!
(Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

LUIS por el fondo.

¡Oh! ¡Gracias, Dios mio, gracias!
En tu existencia yo creo,
y si la hubiese dudado,
en este feliz momento
arrepentido de veras,
diría ¡*confiteor Deo*!
Damas bellas y elegantes,
decidores caballeros,
mi bondad afirmais todos,
todas me teneis por bueno;
pero al decirme buen hombre,
casi quereis decir nécio,
más hoy las cosas varían,
ya soy un hombre completo.
¿Qué me faltaba? La lengua,
los lábios, dulces acentos
que á las mujeres expresen

lo que yo por ellas siento.
Pues bien; todas esas cosas
ya las tengo, ya las tengo.
—«Toma, Luis, una copita,
excita un poco el cerebro,
y verás cómo te encuentras
para todo con aliento.
Brinda conmigo, inocente.
—Emilio, si no lo pruebo.
—¿Qué no?
—Sí.
—Pues yo me empeño.
Elige, Luis, ó la bebes,
ó sobre tu frac la vierto.
—Por temor á que lo hiciera
y á llevar el olor luégo,
tomo la copa, y de un sorbo
la bebí. ¡Pero qué incendio
se declaró en un segundo.
Emilio en tanto decía,
bebe otra, petrolero,
porque el *similia similibus*
es un eficaz remedio,
y creyendo que era de agua,
me largo otra copa al cuerpo.
La impresion no fué tan grande,
no, señor, fué mucho ménos,
hasta el punto que asombrado
por tan singular efecto,
hasta la media docena
de copas seguí bebiendo.
Y si Matildita ahora
entrase, voto á mi abuelo,
con creces la indemnizara
de tantas horas de sueño
como la produje hablando,
en vez de amores del tiempo.
¡Cuántas cosas se me ocurren!
Si ella fuese mi sombrero
(Coloca el sombrero sobre el respaldo de una butaca.)
Dulce bien, yo la diría,

permite que hácia su dueño
alce el esclavo los ojos,
y despues: ¡Cuánto te quiero!
¡Cuántos latidos ha dado
mi corazon aquí dentro,
por tí, sin que sospechases
el amor que te profeso!
¡Qué placer al saludarte
tu angélica voz oyendo!
¡Creo que se ruboriza
mi claque al oir mi acento!
Ven, ángel mio, en tu mano
imprima mi amor un beso,
mientras un sí me concedan
tus lábios, blanco lucero.
Si no me amas, calla, calla,
porque con un no...
(Se oye una carcajada de Matilde.) me-mo
me moriré tan pazguato
como nací.

ESCENA VI.

MATILDE del brazo de EMILIO, fondo. LUIS se retira á la izquierda sin ser visto.

MAT. (Á Emilio.) Génio,
dice el refran, y figura
no varían.
LUIS. (Es ciertísimo.)
MAT. (Á Emilio.) Parece que te complaces
en verme encarnada, primo.
EMILIO. Cómo no, si tus mejillas
con ese rubor tan vivo
compiten por su tersura
con las rosadas de un niño?
¿No he de fijarme, Matilde,
en ese precioso hoyito
que se te hace en la barbilla?
LUIS. (Ap.) (Es en efecto lindísimo.)
EMILIO. Hazte el cargo, prima mia,
merecería un castigo

yo que á la belleza busco,
si dejara inadvertidos
ojos tan grandes y negros,
dientes tan blancos y chicos.

MAT. ¿Pero hombre, no ves que siempre
me estás diciendo lo mismo,
y las gentes se figuran
que me amas?

EMILIO. Con motivo,
porque te quiero, Matilde.

LUIS. (¿Qué dice?)

EMILIO. Pero muchísimo,
he dicho ya varias veces
que he de carsarme contigo,
si me acomete algun dia
la locura del suicidio.

MAT. (Locura tienes de sobra.)
Calavera; te repito
que para broma ya basta;
¡si álguien te oyera!

EMILIO. Lo dicho,
acerca de tu belleza
sostendría...

LUIS. (Acercándose.) Y yo.

EMILIO. Lo ha oido.
me alegro, dí si no es cierto
todo lo que yo la digo,
tú que tienes tan buen gusto.

MAT. Emilio... yo te suplico.

EMILIO. No temas que lanza en ristre
le obligue, yo no le exijo
que declare á Dulcinea
la más fermosa, le pido
parecer.

MAT. ¡Por Dios, Emilio!

LUIS. Para no ver su hermosura
fuera estar ciego preciso.

MAT. Mil gracias, esa lisonja
aunque es forzada, la estimo,
siempre que usté no haga caso
de este loco.

LUIS. No; distingo

si es síntoma de locura
ver en usted un prodigio
de belleza, el manicomio
tanto como él necesito.

MAT. Ya más que galantería
de un pariente y de un amigo,
parece esto burla, y... vamos,
les dejo á ustedes solitos.

EMILIO. No tal, quien os deja á entrambos
soy yo; al general no he visto
y tengo que hablarle ahora
de un asunto importantísimo.
Luis será tu caballero.

MAT. Si acepta ese sacrificio...

EMILIO. Al mismo Abraham si lo mandas,
dejará Luis, tamañito. (Á Luis.)
Un momento, yo en seguida
despacho mi cometido.

MAT. (Ap. á Emilio.) Lástima grande, que sea
tan calavera este chico.

LUIS. (Á Emilio.) Vuelve pronto.

EMILIO. ¿Tienes miedo?

LUIS. No tal.

EMILIO. ¿De qué te han servido
las copas que te bebiste?
Siempre serás un bendito. (Váse por el fondo.)

LUIS. Estoy temblando, veremos
si ahora por fin me decido.

ESCENA VII.

LUIS y MATILDE.

MAT. (¿Hablará al cabo? Lo dudo.
Pasará lo que pasó
tantas veces.) ¿Usté huyendo
se vino aquí del calor?

LUIS. (Acobardado.) Sí, señora, con las luces
y tal aglomeracion
de gentes, ya me dolía

la cabeza.

MAT. ¿Y el dolor
se ha pasado?

LUIS. Sí, señora.

MAT. Lo mismo á mí me ocurrió.

LUIS. (Ap.) (Pues á mí no se me ocurre
ni esto.) (Pequeña pausa.)

MAT. ¡Qué callantrón!

LUIS. (Ap.) (¿Pero, señor, que la digo?)
(Alto.) Pues sí... pues sí... sí, señor.
(Ap.) (Del tiempo ya le he hablado
lo ménos seis veces hoy.)

MAT. ¿Y se divierte usté mucho?

LUIS. Mucho, mucho.

MAT. Tambien yo.

LUIS. ¿Ha leido usted el crímen
de la calle del Carbon?

MAT. No sé nada.

LUIS. Es un delito
inconcebible y atroz,
crispa los nervios, un niño
de once años lo cometió.
¡Parece mentira! ¡once años!
qué terrible perversion!
con un hacha á sus abuelos
y á sus padres degolló,
y despues se fué al estanco
á comprar un cuarteron
de tabaco con seis reales
que á sus víctimas robó.

MAT. No me dé usté pormenores.
¡Jesús Dios mio, que horror!
(Ap.) (Pues hombre, ni los *Sucesos*
de la Semana ¡qué atroz!
Este Luis, es un bendito,
pero su conversacion...)

LUIS. (Ap.) (Se horroriza, cosa clara,
y dirá que un nécio soy.) (Pausa.)
En verdad que tarda Emilio.

MAT. Siento causarle estorsion.

LUIS. No, señora, nada de eso,
complacidísimo estoy.

(Ap.) (Soy un nécio.)

MAT. Pero vaya
si gusta por el salon,
que yo aguardaré á mi primo.

LUIS. No, señora, por favor.
(Ap.) (Debe ser cosa muy dulce
morir de repente.) (Alto.) No!
yo por usté lo decía,
no por mí, me hallo mejor
al lado suyo, Matilde.

MAT. (Ap.) (Gracias, por fin empezó.)
(Pausa larguita)
(Me equivoqué, no empezaba,
todo ha sido una ilusion.)

LUIS. (Pues sí... ¿para cuándo, cielo,
guardas tus rayos? Valor.)
(Alto.) ¿Ha visto usted ese drama
que se hace en el Español?

MAT. En la noche del estreno.

LUIS. Buena versificacion.
(Ap.) (Ni una palabra la he dicho
todavía de mi amor,
ni se la diré á este paso.)
(Alto.) Pues sí...

MAT. (Ap.) (De nuevo volvió
como oveja descarriada
al *pues sí*. ¡Qué locucion!)

LUIS. Y no ha visto usted el globo
que esta tarde se elevó
en el Retiro?

MAT. No quiero
que hable de globos, por Dios;
me recuerda la caida
de Mayet.

LUIS. (Ap.) (¡Qué indiscrecion!
no digo mas que simplezas.)
Pues... sí... Matilde.

MAT. Pues nó.

LUIS. ¿Cómo? (Ap.) (Se burla, Dios mio.)

MAT. Perdone mi distraccion,
creí contestar á Emilio,
y como siempre los dos

hablamos en broma.

LUIS. Entiendo.
(Ap.) (Se me burla con razon.)

MAT. (Un sordo-mudo, por señas
siquiera haría el amor.)
(Alto.) Contando con su licencia:
por unos instantes voy
á sujetarme este rizo,
que se cae, al tocador.
(Váse izquierda pasando por delante de Luis.)

ESCENA VIII.

LUIS solo

Comprendo que me abandone,
que se aleje con placer,
y hasta que no me permita
oir su voz otra vez;
y luégo imbécil, me quejo,
y no puedo comprender
que las mujeres adoren
á Emilio, cuando eso es
lo más natural del mundo;
¡qué es un calavera! bien;
pero conoce el idioma
peculiar de la mujer,
y en él las habla, y es justo
que le contesten en él.

ESCENA IX.

DICHO, EMILIO por el fondo.

EMILIO. ¿Hablas solo? malo estás.
¿Y mi prima?

LUIS. Al tocador
se fué.

EMILIO. Por tu mal humor
adivino lo demás.
Ó callastes, ó dijistes

un millon de desatinos.
¿Por cuál de esos dos caminos,
Luisillo, te dirigistes?
Mi prima en esta ocasion
de seguro que al dejarte
lo hizo para sacarte
de la extraña situacion
en que te habrás colocado.

LUIS. Si vieras cuánto me daña
esa situacion extraña!

EMILIO. Habla, que estoy alarmado,
porque ese tono tan grave
conque tu pena se exhala
despues de una Martingala
anunciaría la llave.

LUIS. ¿Tu ligereza no puede
concederme un solo instante?

EMILIO. Y veinte: estoy anhelante
por saber lo que sucede,
oidos, vamos á oir.

LUIS. Pues bien, para terminar,
amo á Matilde.

EMILIO. Empezar
habrás querido decir.

LUIS. ¡Siempre de broma!

EMILIO. Ese amor
merece mi simpatía.
¿Y cuándo os casais? ¿qué dia?
porque ya empieza el calor.

LUIS. (Ap.) (Incorregible es un loco.)

EMILIO. Pero ella, ¿dónde se ha ido?
voy á darla el merecido
abrazo, apretando poco.

LUIS. Emilio, escucha por Dios,
tu alegría te confieso,
que me quita un grave peso
porque aquí para *inter nos*
á qué lo voy á ocultar?
estaba de tí celoso.

EMILIO. ¿Ya empiezas? no hagas el oso,
don Luis, para terminar.
Niña mi prima y yo niño

crecimos juntos, su madre,
á la muerte de mi padre,
nos confundió en su cariño;
como yo era algo mayor,
es decir, ella en los brazos
y yo dándome porrazos
por el suelo á lo mejor;
ejercí gran ascendiente
por mi inquieta travesura
sobre aquella criatura
de boquita sonriente,
no podíamos estar
sin estar juntos los dos,
y en juntándonos, adios,
ya se empezaba á llorar.
Con sus tiernas ilusiones
tan verdes años huyeron
y un dia ya me pusieron
los primeros pantalones.
De mi tia recibí
consejos de su experiencia
que tendrían mucha ciencia
pero que yo no entendí,
y un triste día de invierno
en su coche me llevó,
á un colegio y me dejó.
allí como alumno interno.
¡Al verme solo lloré!
¡Cuánto en Matilde pensé
no te puedes figurar,
si el niño supiera amar
te diría que la amé!
Mas de ese tierno ideal
un dia ya la palmeta
me sacó: para el poeta
que triste es la vida real.
Pasaron dias y dias
y yo siempre recordando
y la palmeta pasando
por las pobres manos mias.
Y no extrañé que en el mundo
á fuerza de palmetazos

salte por fin en pedazos
el afecto más profundo.
Pues víctima del temor
en mi prima no pensé,
y no pensando olvidé
aquel inocente amor.
Despues mi vida azarosa,
la guerra en Cuba, y aquí
heridas que recibí,
que á la más mínima cosa
me hacen renegar de mí;
mis hábitos de soltero,
mi amor al libertinaje,
cierto próximo viaje
y mi falta de dinero
te dán la seguridad
de que yo no he de estorbarte
ántes bien facilitarte
la ansiada felicidad.

LUIS. ¡Gracias, Emilio!

EMILIO. ¡Pero hombre,
¿á qué gracias? Si os casais
me basta con que pongais
al primer chico mi nombre.
¿Mas tú por fin la has hablado
de tu amor?

LUIS. ¿Yo? nada de eso.

EMILIO. ¿Pero ni en la mano un beso?

LUIS. Tampoco.

EMILIO. ¡Qué desgraciado!
Á no ser porque te estimo
te llamaría buen hombre.
Mas te quiero y en tu nombre
le hablaré. ¡Si seré primo!

LUIS. Primo solo hasta el momento
de la boda.

EMILIO. En los altares
si con ella te casares
os dejaré; pero siento
que pienses tomar estado,
poniendo en duda, inocente,
lo útil y conveniente

de un primo á todo casado.
LUIS. Pero... vamos al salon.
EMILIO. Doy este asalto por tí;
la fortaleza está allí. (Mirando al fondo.)
LUIS. Matilde.
EMILIO. (Ya está temblon.)
(Salen fondo izquierda.)

ESCENA X.

MARQUESA, y CONDE por el fondo derecha, se sientan.

CONDE. Esta noche está usté, Luisa,
como nunca encantadora,
y tan amable conmigo
que la dicha me sofoca.
MARQ. Como siempre. (Ap.) (Pobre diablo,
con qué poco se conforma.)
CONDE. (Ap.) (Es verdad que mi trasteo
es de la escuela de Ronda.)
(La Marquesa abre el libro que estará sobre el velador.)
MARQ. (Ap.) (Y ese don Pedro Fernandez
dirá que son habladoras
las mujeres.)
CONDE. Pensativa
está usté, Marquesa.
MARQ. (Sin oirle. Ap.) (Y sola
por hablar él me ha dejado...)
CONDE. (Ap.) (No me oye.)
MARQ. Hace dos horas.
CONDE. Marquesa, voy á advertirle
si me permite una cosa.
MARQ. ¿Es de toros?
CONDE. Nada de eso.
Es de teatros.
MARQ. (Ap.) (Hola, hola,
¿si habrá tontos ingeniosos?)
(Alto.) Y qué es ello?
CONDE. Pues que Aurora
San Martin, que está sentada
con Valentina Mendoza,

al pasar yo junto á ellas
decía, pero qué hermosa
está la Marquesa.

MARQ. Vaya,
y eso es de teatros...

CONDE. Toma,
si no acabé y me interrumpe.

MARQ. Siga usted.

CONDE. Se casa ahora,
segun dicen, le repuso,
aunque no con quién, la otra.
Á juzgar por lo que mira
al poetastro de moda,
añadió al punto riendo
su nécia interlocutora,
ese es el novio.

MARQ. No hay duda
que tiene gracia la broma.
En cambio ellas no se casan,
y eso que ya son jamonas.

CONDE. Tendrán la trichina.

MARQ. Conde,
no empecemos.

CONDE. Me he reido
al oir á esas cotorras.

MARQ. ¿Y qué, Enrique?

CONDE. Se lo advierto
para que usted no se exponga
cambiando muchas palabras
con gente de cierta estofa,
á las hablillas del vulgo,
y á que cualquiera suponga
que usted toma varas.

MARQ. Conde,
suprima esas palabrotas.

CONDE. Perdon, Luisa... de un poeta
que no dará á usted más honra
que la que esa gentecilla
en nuestros saraos toma
á la hora en que se abre
el buffet.

MARQ. (Ap.) (Que tal idiota

al hombre á quien amo juzgue
de tal modo, me sonroja.)
(Alto.) No consiento que se ultraje
de ese modo á una persona
cuyas bellas cualidades
nos son á todos notorias.

CONDE. Dispénseme usté, Marquesa.
(Ap.) (Á qué vendrá esta verónica.)
(Alto.) No se ofendiese, Luisita,
tanto él mismo, mas no importa;
yo considero á ese sábio,
y ya uso mejor forma,
cortado para casarse
mejor con una fregona
que no con una Marquesa
como usted encantadora.
(Ap.) (Eso es poner unos palos
sin andarse con andróminas.)

MARQ. (Ap.) (Si comprenderá este nécio
que Lanuza me abandona.

CONDE. De qué dirá usté que hablan
y por lo que se acaloran,
Lanuza y otros señores
en el salon.

MARQ. No me importa.
¿Qué sé yo? Mas entre tanto
tiene usted mil lindas pollas
que se aburren, sin que nadie
les dirija una lisonja.

CONDE. Es que de toreo fino
hay pocas personas, pocas. (Señalándose.)
Pues discuten, nada ménos,
con voz á cual más sonora,
la emancipacion del sexo
femenino, una bicoca,
y el poeta les decía:
Hay carreras que son propias
de las mujeres, telégrafos
y correos.

MARQ. ¡Qué preciosas!
Gracias, señor elefante.

CONDE. ¿Qué, Marquesa?

MARQ. (Ap.) (Éste se asombra.)
CONDE. (Ap.) (Me llamó elefante!) ¡Rie...
es usted muy seductora,
pero, ya es tiempo, Marquesa,
de que sea bondadosa
conmigo, y de que me diga,
Conde, vamos, es la hora.
En pago de su cariño
me decido á ser su esposa.
MARQ. Se declara usté de un modo,
así tan á quema ropa.
CONDE. La señal, y los timbales
verá usted qué pronto tocan.
MARQ. ¿A qué, Conde?
CONDE. ¿Á qué, Marquesa?
ha de ser sino á la boda.

ESCENA XI.

DICHOS y PABLO por el fondo.

PABLO. ¿Ustedes aquí, señores.
MARQ. Pues qué, Pablo, ¿me buscaba?
PABLO. Buscarla precisamente
no, pero siempre me es grata
su conversacion amena.
MARQ. Muchas gracias, muchas gracias.
(Ap.) (Se agita, cual mariposa
en derredor de la llama.)
Pues toda la noche anduve
por el salon, y cansada
y estando sola.
CONDE. Se olvida
de que yo la acompañaba!
MARQ. Es verdad, usted dispense;
vine buscando á esta sala
con el Conde algun silencio
y más fresco.
PABLO. (Ap.) (Fresca te hallas.
La compañía de un tonto
siempre á la mujer es grata.)

CONDE. (Ap.) (Importuno, cuando iba
llevándomela á las tablas.)
MARQ. Pero sé que usted ha hecho
la defensa de las damas
en discusion muy reñida.
CONDE. Se lo he dicho yo, caramba,
y por cierto que al decírselo
me llamó elefante.
MARQ. Vaya,
á rectificar me obliga
este Enrique: me contaba
lo que decían ustedes,
y que álguien nos creyó aptas
para ser bien á telégrafos
ó á correos dedicadas,
y entónces yo recordando
aquella sabida fábula,
gracias, señor elefante,
le dije:
PABLO. Y con mucha gracia.
Seguramente usté duda
si el hombre que tanto habla
dedicado á esas carreras,
sabrá ó no desempeñarlas.
CONDE. Ahora caigo yo en el chiste,
esta Marquesa es muy mala.
De seguro, para amarse
Adam y Eva á distancia,
Eva fué quien con sus dedos
hizo el primer telegrama.
PABLO. Tiene usté ingénio.
CONDE. Habrá pocos
que descifren mas charadas
que yo, pero, qué memoria!
Marquesa, se me olvidaba
que tengo comprometido
este rigodon con Juana,
la hija de Montellano.
¿Me dá su licencia?
MARQ. Dada. (Suena la música.)
PABLO. Ya están tocando.
CONDE. (Ap.) (Qué prisa

por alejarme.) (Alto.) Mi alma
es siempre de usted, Marquesa.
(Ap.) (Este ignora que me ama.)

ESCENA XII.

PABLO y MARQUESA. Pequeña pausa.

PABLO. ¿Y usté, Luisa, aquí se queda?
¿No pasa al salon?
MARQ. Me quedo
en esta sala; ese ruido
me hace apreciable el silencio.
PABLO. (Ap.) (Por tercera vez á solas
con ella! ¡No sé qué siento!
¡Soy tan poco, y ella es tanto
que sus justas iras temo!) (Pausa.)
MARQ. ¿Está usté buscando acaso
un desenlace de efecto
para alguna obra?
PABLO. Justo.
Estaba pensando en eso.
MARQ. ¿Quién muere?
PABLO. Hasta ahora, nadie.
MARQ. ¿Luego es feliz?
PABLO. Puede serlo.
MARQ. Por mi parte que lo sea.
PABLO. Si se empeña usted en ello...
MARQ. Sí señor; ¿no he de empeñarme?
PABLO. Mil gracias por ese empeño,
en nombre del galan jóven
que estaba ya muy expuesto
á morir.
MARQ. ¿Y por qué causa?
PABLO. Por no sufrir el desprecio
de la mujer que adoraba.
MARQ. ¿Le merecía?
PABLO. Yo creo
que sí.
MARQ. ¿Por qué? vamos, vamos,
refiérame el argumento.

PABLO. Es muy sencillo, Marquesa;
un jóven, hijo del pueblo,
sin fortuna, aunque ilustrado,
así es como le presento,
se enamora de una dama
de antiguo y noble abolengo,
que en aquel amor no mira
más que osado atrevimiento,
é indignada sus desdenes
le prodiga...

MARQ. Eso no es nuevo,
y sobre todo es impropio
de los tiempos que corremos.
Ya la nobleza reside
solamente en nuestros hechos.
Le silban á usted la obra
si no adopta mi consejo.
Haga usté el drama comedia
y cáselos desde luégo.

PABLO. Bien, Marquesa, yo le juro
realizar ese deseo.
Mas dejando á un lado el drama,
que me oiga por Dios le ruego,
nunca me hubiese atrevido
á levantar tanto el vuelo,
porque sin ser orgulloso
la humillacion me dá miedo,
y hubiera sido muy fácil
que en el fondo de mi pecho
hubiese vivido siempre
callado mi amor, secreto
ántes que decirle, vuela,
refiérele mis tormentos,
para que usted, desdeñosa
con una sonrisa ó un gesto,
le arrojase en el abismo
humillante del desprecio.
Pero ó mucho me equivoco
ó nada de amor entiendo,
ó la pasion nos ofusca,
ó en su rostro, Luisa, leo
que no será indiferente

á este amor que la profeso.

MARQ. Pero esto es una sorpresa.
Habla usté en broma ó en sério?
¿Y dice ustèd que ha leido
en mi rostro todo eso?
Un buen maestro de escuela
debió de ser su maestro.
¡Qué cosas tienen ustedes
los hombres de gran talento,
y qué recursos emplean
sólo para entretenernos.

PABLO. Hablo de veras, Marquesa,
por Dios. (Hace intencion de arrodillarse.)

MARQ. (Ap.) (Y no hace un momento
trataba de emanciparnos.)
Dos veces ya así se ha puesto
delante de mí. ¿No piensa
que pueden creer?

PABLO. Lo cierto
que soy un esclavo indigno
de escuchar su dulce acento.

MARQ. (Ap.) (¿Q ién es aquí el que redime?
¿quién el redimido, á verlo?)
Pero bien, y ¿qué desea?

PABLO. Contestacion.

MARQ. No contesto,
que al contestarle una ofensa
inferirle, Pablo, temo.

PABLO. Si manos blancas no ofenden,
lábios de rubí han de hacerlo?

MARQ. Sin este temor diría
lo que decirle no debo,
que fuera ocioso decirle
lo que averigué leyendo.
Pero si cundió la máxima
que sembró el escritorzuelo
Pedro Fernandez, las gentes
qué juzgarán? (Toma el libro.)

PABLO. ¿Mas qué es ello?

MARQ. (Toma el libro y lee.)
«Entre dos hombres que sean,
»listo el uno, el otro nécio,

»la mujer elije siempre
»al segundo, no al primero.
»Y entre un calavera osado
»y un hombre de bien, no hablemos.
»¿Qué mujer piensa en Tenorio
»sin desear el convento
»á la hora en que las ánimas
»reclaman un Padre Nuestro.»

PABLO. Si de gracia es un prodigio,
de hermosura es un portento.
(Dejando el libro.)

MARQ. En este crítico instante,
yo dos pretendientes tengo,
usted uno, el Conde el otro,
conque si á usted le prefiero
la consecuencia es bien clara.

PABLO. Marquesa, yo no me arredro.
Nécio ó loco, á cuanto quiera
por su amor estoy dispuesto.

MARQ. Yo no, maldita la gracia
que tiene un marido lelo.

PABLO. Y si el don Pedro Fernandez
volviese sobre su aserto
y rectificara.

MARQ. ¿Acaso
sabe usted si querrá hacerlo?

PABLO. Sí querrá.

MARQ. Que rectifique
por escrito y ya veremos.
(Pablo escribe en el libro.)

ESCENA XIII.

DIHOS, MATILDE del brazo de LUIS, seguidos del CONDE, de EMILIO, del BARON y del VIZCONDE.

LUIS. (Dejando á Matilde.)
Emilio, ven á mis brazos,
permíteme que te abrace.

EMILIO. (Á la Marquesa.) Sin desenvainar la espada,
prima mia, en este instante,

he conquistado una plaza.

MARQ. ¿Plaza fuerte?

EMILIO. Inexpugnable.
En nombre de un buen amigo
cuyo laconísmo sabes,
hablé á tu hermana Matilde,
que ya bajo el estandarte
de Luis Villarta milita.

MARQ. ¿Se aman?

EMILIO. Sí.

MAT. (Á Luis.) En adelante.
Cuando sea necesario,
se atreverá usted á hablarme?

LUIS. Dado este paso primero,
para mí el más importante,
no digo en prosa, hasta en verso
sería capaz de hablarle.
¿Qué mucho que yo temiera
y que fuese tan cobarde,
si al fin y al cabo soy hombre
y usted, Matilde, es un ángel?

MAT. Qué diferencia, en efecto,
parece que va soltándose.

CONDE. (Al Baron.) No hay corrida que no tenga
algun sorprendente lance.

BARON. (Ap.) (Dicen que mi lengua es mala;
pero la de este es un sable.)

LUIS. (Á la Marquesa.) Marquesa, mañana mismo
visitará á usted mi madre.

MARQ. Se lo prevendré á la mia,
que tendrá placer muy grande
en la visita.

BARON. Pues esto
va por la posta.

CONDE. Va á escape.

PABLO. (Levantándose con el libro.)
Marquesa, por fin ha hablado
ese buen Pedro Fernandez.

MARQ. ¿Y qué dice?

PABLO. Lo siguiente.

BARON. (Ap.) (Por qué hablará de sí mismo,
este poeta petate!)

VIZC. *Vanitas vanitatum,*
como dice *El Eclesiastes.*
Vanitas vanitàtum.
PABLO. (Leyendo.) «Fé de erratas, fólio...»
MARQ. Pase.
PABLO. Donde dice: «entre dos hombres,
listo el uno, el otro...» léase,
cuando eligen las mujeres
un hombre para casarse,
ó tontos ó calaveras
se llevan la mejor parte.
Más esta regla, cual todas,
tiene excepciones notables.
CONDE. Muy bien.
EMILIO. (Al Conde.) Esto no son toros
y á usté le toca callarse.
(Á todos.) Las mujeres cuando eligen
tienen acierto muy grande.
¿Las muchas que me eligieron
no lo probaron bastante?
MARQ. De ese modo no es posible,
así no puede aceptarse
la rectificacion.
PABLO. (Dejando el libro.) Marquesa,
á qué perder tiempo en balde?
Las mujeres siempre aciertan,
lo declaro sin ambajes,
ménos usté, si esos lábios
respondiesen favorables
al ruego que ántes la hice.
MARQ. Al ruego que me hizo ántes...
(Ap.) (Rectificó y es preciso,
y si no para qué amarle.)
Contesto con esta nota.
(Pone la nota en el libro.)
PABLO. (Leyendo.) «Cómo se pide. ¡Adorable!»
EMILIO. Voy sospechando, Marquesa,
que serán dos los enlaces.
CONDE. (Ya voy creyendo que tiene
razon el Pedro Fernandez.)
BARON. (Al Conde.) Seremos los dos testigos,
CONDE. Primero un toro me enganche.

VIZ. (Al Baron.) El pobre Conde ha salido
corniquebrado del lance.

EMILIO. Pues pronto, pronto, es preciso
ir ya pensando en casarse,
pues con rumbo á Filipinas
haré mi largo viaje
el mes que viene.

MARQ. ¿De veras?

ÉMILIO. Con el general.

MAT. ¡Marcharte!

LUIS. No te vayas.

EMILIO. Otro espacio
necesito ya, más aire,
mucha mar y mucho cielo
y estrellas más rutilantes.
(Tocándose la boca-manga.)
¿Te vienes, Conde?

CONDE. Yo nunca.

EMILIO. Serías un hombre grande
si una escuela de toreo
allá en Manila fundases,
verías los igorrotes
qué manera de aclamarte.
¡Civilizacion completa!
Toros, soldados y frailes,
(Se oye tocar.) El último wals, Marquesa,
que no me lo robe nadie.

PABLO. Si aprobais esta ELECCION
de amoroso AYUNTAMIENTO,
mostrad vuestro asentimiento
ántes que caiga el telon.

FIN.

LOS PRÓFUGOS DE ULTRAMAR

ó

LOS DOS APÓSTOLES.

LOS PRÓFUGOS DE ULTRAMAR

ó

LOS DOS APÓSTOLES,

APROPÓSITO CÓMICO-BUFO-LÍRICO-BAILABLE,

en un acto y en verso, dividido en tres cuadros,

original de los señores

CENCILLO Y JAIME,

MÚSICA

DE GRANADOS.

Estrenado con gran aplauso en Madrid el 19 de Junio de 1872.



MADRID.
Imprenta de Manuel Minuesa,
calle de Juanelo, núm. 19.

1872.

PERSONAJES.		ACTORES.
HACIENDA........	Srtas.	Oviedo.
EL POLLO........		Espejo.
D. MATEO........	Sres.	Campos.
APÓSTOL 1.º........		Foné.
APÓSTOL 2.º.....		Felipe.
EL MORENO......		Perez.
PIMIENTA........		Fernandez.
EL CURRO........		Dean.
SEPULTURERO....		Banovio.
ABROJOS.........		Castellano.

Coro de hombres del pueblo, Oposicion, Lázaros, Génios bufos, Esqueletos, Bailarinas, etc.

La accion pasa en Leganés.

ACTO ÚNICO.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa un cementerio, en el que habrá tres panteones. En el de en medio, y sobre el pedestal, aparecerá la Hacienda en esqueleto con un letrero que diga «Bancarrota;» y sobre los de los lados dos apóstoles vestidos con sus trajes correspondientes. En el uno se leerá «Ultra,» y en el otro «Mar,» y por bajo de ambos letreros se verá en cifra «1.000,000.»

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecerá un coro de hombres del pueblo.

MÚSICA.

¡Oh Santos benditos
que estais en el cielo,
y sois el consuelo
de aquesta nacion.
Escuchad el canto
que triste os dirije
el pueblo á quien rije
solo la traicion!

Benditos mil veces,
benditos seais,
porque consolais
nuestra situacion.
Si alguno con maña
robaros quisiere,
que el daño sufriere
por tan vil accion! (Vánse)

ESCENA II.

Aparece D. MATEO triste y pensativo.

HABLADO.

Triste situacion la mia,
triste, muy triste en verdad;
por más que busco un remedio,
no hallo ninguno eficaz
que pueda sacarme ahora
de este trance tan fatal.
Yo no como, yo no duermo,
no tengo un rato de paz;
el carlista me atormenta,
y me insulta el radical:
si salgo un rato á la calle,
siento tras mí caminar
la multitud que me llena
de improperios sin cesar.
Mis fuerzas no son bastantes
para con tantos luchar,
y.... voy á pegarme un tiro,
pues no puedo sufrir más
los insultos de este pueblo,
que lo estoy viendo capaz
de hacer conmigo algun dia
cualquiera barbaridad.
Pero.... ¿qué digo? eso no,
¿pegarme un tiro? jamás:
sepan que no hay en el mundo
quien me pueda á mí arredrar.
Agucemos el ingenio,
á ver si podemos dar
con algun medio que me haga
salir del berengenal.
(Vuelve la vista hácia atrás, y quédase mirando á la Hacienda.)

Calle, la Hacienda enterrada
en este triste lugar!
¡Feliz ella, que se encuentra
sumida en la tumba ya!
Pobre chica! Y qué disgustos
la hicimos siempre pasar!
Ahora, al mirar su figura
lastimosa por demás,
aquella escena recuerdo
donde se pone á llorar
á las plantas de su Inés
el pendenciero don Juan. (Se arrodilla ante la Hacienda.)
Panteon donde la Hacienda
en hueso y sin carne existe,
deja que el alma de un triste
le dé á sus lágrimas rienda.
Ya no hay ninguno que atienda
á mi triste situacion:
y pues que mi posicion
peligra en este momento,
mira cuál será el tormento
que sufre mi corazon.
En tí nada más pensé
desde que al poder subí;
y pues propicia te ví
á protejer mi tupé,
mira si ahora te querré,
cuando con tu proteccion
puedes dar la salvacion
al que á tus plantas postrado
está mirando asombrado
tu consumido esternon.
Inocente criatura,
cuya hermosa juventud
encerró en el ataud
el interés y la usura.
Contempla la desventura
de este pobre calamar,
que no ha podido aumentar
un consuelo á su afliccion
en la triste situacion
que hoy tiene que atravesar.
¡Oh Hacienda mia! por Dios
no me dejes un instante;
pues aunque soy un tunante
que vale lo menos dos,

mi suerte corriendo en pos
de mi fatal desventura,
hoy apela á tu ternura
con acto de contricion,
pidiendo por compasion
guies mi planta insegura!

HACIENDA. No me es posible, pues veo
con sentimiento profundo,
que con ese porte inmundo
vas al abismo, Mateo.
Y aunque entregada á Morfeo
pasé mis felices años,
he visto los muchos daños
que habeis hecho en esta tierra,
haciendo que viva en guerra,
y sufriendo desengaños.
Mas no quiero que jamás
diga el mundo venidero
que no salvé á un caballero
del furor de los demás.
Repara pues, y verás
sobre esos dos pedestales
dos figuras colosales,
que si escuchan tus suspiros,
podrás conseguir á tiros
las urnas electorales.
Llégate sin vacilar,
é invoca su proteccion;
pues como Apóstoles son
muy bien te pueden salvar.
Acércate, calamar,
y con risueño semblante,
verás cómo en el instante
procurarán tu ventura,
dejando su sepultura
para sacarte triunfante.
Adios, pues, y ten cordura;
no vayas á cometer
torpezas, que puedan ser
tu perdicion más segura.
No olvides la desventura
de la que en un panteon
está por vuestra ambicion;
y aunque en la lucha venzais,
no por eso cometais
con el pueblo una traicion.

MATEO. (Pausa.) Ahí se encuentran, bien los veo!
y me parecen que están
mirándome con afan,
y hasta que me llaman creo.
¡Si será esto un devaneo
de mi loco frenesí!
¡Dos Apóstoles aquí!
¿Es sueño, ó es realidad?
Voy á ver, pues, si es verdad
cuanto de la Hacienda oí.
(Dirigiéndose á los Apóstoles.)
¡Oh venerables Apóstoles!
si por quererme salvar
abandonais esas tumbas
donde descansais en paz;
si vuestro poder es grande,
y grande vuestra bondad,
y solícitos quereis
conjurar el huracan
que sobre este desgraciado
está amenazando ya,
desocupad al momento
vuestro lecho sepulcral,
y no dejeis que sucumba
este mísero mortal,
que os promete ha de volveros,
y en ello digo verdad,
sin que sufrais ningun daño,
á este sagrado lugar.

APÓSTOL 1.º No tengas miedo, Mateo,
que de tu apuro saldrás:
las quejas hemos oido
que há poco acabas de dar
á la desdichada Hacienda
que sepultada aquí está
por vuestra torpe ambicion,
que no desechais jamás.
Y pues que caer te vemos
del poder ministerial,
con la proteccion de entrambos
puedes desde ahora contar.

MATEO. Gracias mil, sacros varones,
gracias por tanta bondad;
pero no perdamos tiempo
por si acaso mi rival
se adelanta, y hace astuto

mi proyecto fracasar.
Con que bajad en seguida
de ese frio pedestal,
y preparemos con maña
nuestra batalla campal.

APÓSTOL 2.º No temas que sus deseos
ellos alcancen jamás;
pero si por tu torpeza
te llegan á derrotar,
no nos culpes á nosotros,
porque en tu daño será

MATEO. (Con ira.) Si así sucede, que el cielo
me castigue sin piedad!
pero si venzo en la lucha
que pronto se vá á empezar,
y de la fuerte tormenta
que amenazándome está
logro con vuestros auxilios
sus iras contrarestar,
juro no dejar á nadie
ni siquiera resollar!
Vamos, pues, á la pelea;
que no puedo aguantar ya
el deseo de venganza
que ardiendo en mi pecho está:
preparemos los trabucos;
y que no encuentren piedad
en nosotros, ni los neos,
ni la union, ni el radical,
ni el astuto moderado,
ni el ardiente federal.
A disponer la eleccion
vamos los tres sin tardar,
y á conseguir con las armas
el triunfo ministerial;
que admiren todos la fuerza
con que cuenta el CALAMAR.

(Váse seguido de los Apóstoles, que han bajado de sus pedestales mientras ha dicho los anteriores versos.)

ESCENA III.

Sale el SEPULTURERO como disponiéndose á dar una vuelta por el cementerio.

Mejor que sepulturero
prefiero ser sacristan:

maldita esta vida sea
que ni aun deja respirar.
¡Cuánto mejor me sería
buscar por ahí un portal
y estar clavando tachuelas
tres semanas sin parar!
Al menos viera otra gente,
y chicas con mucha sal:
aquí siempre con los muertos,
sin tener con quién hablar!
Vamos, me aburre esta vida
monótona por demás.
¡Qué ganas tengo que vengan
los mios á gobernar,
á ver si de mí se apiadan
y algun destino me dan,
que merecimientos tengo
para eso y mucho más.
Bien, que no se necesita
para un buen puesto alcanzar
tener prestados servicios
en bien de la patria, ¡cá!
Aquí en sabiendo cojer
la pluma para firmar,
aunque con muy mala letra,
la nómina mensual,
tiene uno bastantes méritos...
¿digo bastantes? demás,
para poder ser ministro
ó capitan general.
Ayer cayó un ministerio,
otro mañana caerá;
y si así siguen las cosas,
muy pronto me han de nombrar
Presidente de República,
unitaria ó federal,
que para el caso es lo mismo,
pues la cuestion es mandar.
Yo he sido repartidor
del *Cascabel*, del *Gil Blas*,
de la *Discusion* y el *Pueblo*,
del *Cencerro* y la *Igualdad*,
y de otros muchos periódicos
que aquí no quiero nombrar;
y además el veintidos
en la calle de Alcalá

á diez y seis compañías
logré yo solo arrollar,
recibiendo dos balazos
en el cuello... del gaban.
Mas sin duda no me premian,
porque yo no puedo dar
la colosal estatura
que tiene la Guardia real;
y... pero dejemos esto,
porque es hablar de la mar,
y veamos si algun chusco
se ha venido aquí á ocultar.
La Hacienda se halla enterrada,
¡suerte triste por demás!
los Apóstoles... ¡qué veo!
¡estoy soñando quizá,
ó de aquí los han sacado,
yendo el sitio á profanar!
Esto es un crímen horrible!
Voy al momento á avisar
á los que antes aquí oraron
ante su lecho de paz.

(Váse precipitadamente, y la Hacienda, al quedarse sola, habla desde su pedestal.)

ESCENA IV.

HACIENDA. *¡Aprended flores de mí*
lo que vá de ayer á hoy;
ayer maravilla fuí,
y hoy sombra mia no soy!
Consuelo di en su afliccion
á la humanidad entera,
pero la ambicion artera
me encerró en un panteon;
y pues que tan sin razon
me han conducido hasta aquí,
¡aprended flores de mí!
Mientras viví en la opulencia
culto á mi poder rendian,
porque todos comprendian
el valor de mi existencia;
pero en su torpe demencia
ya indiferente les soy:
¡lo que vá de ayer á hoy!

Hombres que tan sin piedad
habeis tratado mi vida,
cuando Dios cuentas os pida
de vuestra inmensa maldad,
no imploreis la caridad
que ahora me negais á mí,
¡y ayer maravilla fuí!
¡Oh terrible desengaño
el que inocente he sufrido!
ya mi acento dolorido
ninguno escucha en mi daño;
y por un pérfido amaño
aqui abandonada estoy,
¡y ya ni mi sombra soy!
Pero cesen los lamentos
que al aire dí en mi afliccion;
y vengan sin dilacion
á calmar mis sufrimientos
con sus plácidos concentos
los Génios bufos, que están
deseando con afan
llegar aquí á recrearme,
y si vienen, consolarme
con sus cánticos podrán.

ESCENA V.

HACIENDA, GÉNIOS BUFOS.

MÚSICA.

Los hombres políticos
con furia satánica
desgarran frenéticos
la pobre nacion,
sin ver que en el túmulo
la Hacienda tristísima
se encuentra ahora escuálida
por darles turron.

Y así nosotros
aquí llegamos,
porque miramos

su triste fin;
y es nuestro intento
que aqueste canto
consuele el llanto
de esta infeliz.

¡Ay, pobre nacion!
mísera de tí,
que por su ambicion
te tienen así!
Porque pueda haber
fin á tu penar,
ahora vas á ver
estraño bailar.

(El teatro se ilumina con luz de bengala: salen de sus tumbas vários esqueletos, con letreros alusivos á su muerte, y empiezan un estraño baile. Cuando están concluyendo la danza, sienten ruido, y corren precipitados á esconderse en sus nichos.)

ESCENA VI.

Los del primer coro en tropel con el SEPULTURERO, dando muestras de furor.

MÚSICA.

¡Maldicion, maldicion sobre el vil
que este sacro lugar profanó,
y de aquí con amaño sutil
los Apóstoles torpe robó!
Cruel venganza juremos tomar
del que quiso burlar nuestra fé;
indaguemos si fué un calamar
y arranquémosle al punto el tupé!
Vámonos de aquí
llenos de furor,
y que prueben, sí,
nuestro gran rigor! (Vánse.)

CUADRO II.

Interior de una casa de locos.

ESCENA VII.

D. MATEO sale con sus secuaces vestidos con túnicas blancas y tupé, y una bandera en que se lea la palabra **Lázaros.**

MATEO. Señores, en salvo estamos,
démonos por ello albricias,
pues nunca yo me esperaba
vencer situacion tan crítica,
como la que hace algun tiempo
nos obliga á sudar tinta.
Los infames detractores
de nuestra sábia política
han quedado derrotados
en todas nuestras provincias.
Pensaron en un momento,
aunque pasaran fatigas,
vencernos en la contienda
que ya próxima veian,
pero dos santos Apóstoles
con palabra persuasiva
fueron por ahí predicando
tan excelentes doctrinas,
que en el instante abrazaban
cuantos sus frases oian
la religion que triunfante
rinde culto á la barriga.
¡Oh religion excelente
que á todos causas envidia!
¡Oh reverendos Apóstoles
causa de nuestra alegría!
prometo haceros eternos
con dos estátuas magníficas
formadas de calamares,
porque son nuestra delicia.
Ahora, amados compañeros,
de amaños y picardías,
vamos á entonar un coro

por nuestras hazañas ínclitas.
Antes, alzad con orgullo
triunfante nuestra divisa.
¡Viva la España con honra!
¡Viva el presupuesto!

Todos. ¡Viva!

(Coge cada uno su copa de licor, y forman círculo.)

MÚSICA.

I.

Para los cimbrios jalapa,
gas-mill para el federal;
revalenta para el neo,
turron para el calamar.
No hay cosa en el mundo
como este tupé,
que se pinta solo
para dar mulé
á quien no obedece
nuestra sábia ley;
y.... lará-larila....
ya me entiende usté.

(Haciendo demostracion de pegar.)

II.

Por los Apóstoles fieles
se ha salvado la nacion:
en obsequio á sus milagros
apuremos este ron.
No hay cosa en el mundo, etc....

ESCENA VIII.

Dichos, y la OPOSICION con trajes que la caracterice.

HABLADO.

El Moreno. ¿Dónde se halla ese malvado
que así deshonra la España?

Pimienta. Vedlo aquí donde se encuentra
cercado de su comparsa,
dando de moral ejemplo
con su conducta nefanda;

pues está apurando copas
en vez de hacer leyes sábias,
sin que le importe un comino
la situacion de la patria.
¡Pobre nave del Estado
que hácia el abismo te lanzan!

MATEO. ¿A qué venís, majaderos,
armando tal algazara,
á este sagrado recinto
que Manicomio se llama,
turbando con vuestras voces
el festin que se empezaba?
¿qué es lo que quereis, decidme?

MORENO. Que nos digas sin tardanza
dónde se hallan los Apóstoles
que en el cementerio estaban,
como el único consuelo
que á la Hacienda le restaba,
y que tú de allí has sacado
valiéndote de patrañas.

MATEO. No penseis que yo los tengo
escondidos en mi casa
para que puedan servirme
en calidad de ordenanzas;
ántes bien, porque veais
mi grande amor por la patria,
anoche los he mandado
á recorrer las comarcas
para que atraigan prosélitos
que aseguren mi *pitanza*,
y tambien porque averigüen
si algo en las provincias pasa
que pueda hacer que peligre
mi posicion elevada.
Ya veis que el asunto es sério,
y que interesa á la patria;
por lo que habeis de callaros
y no replicar palabra.
Llevan otra comision,
por cierto muy reservada,
que ninguno de vosotros
debe intentar aclararla.

MORENO. No son más que necedades
lo que de decir acabas;
¡ay de tí si no parecen!
¡ay de tí si nos engañas!

POLLO. Mi compadre D. Mateo,
á quien Dios dé vida larga,
no ha pensado en engañaros
con su elocuente palabra;
pero los tales Apóstoles
donde él dice no se hallan,
sino que están en contrato
con algunas *suripantas*,
para que á bailar se marchen
con D. Cárlos á Navarra.

CURRO. Calle el pollo remilgado
y no vuelva á entrar la pata,
que aquí nadie le pregunta
si hoy se ha comido la paja.

POLLO. ¿Insultos á mí?

CURRO. Sí, á vos!

POLLO. Tened vuestra lengua á raya,
ó....

MORENO. Cállese el mozalvete!

TODOS. ¡Fuera! ¡Fuera!...

ABROJOS. Que haya calma!

(Se arma una gran confusion, y valiéndose de ella, desaparece Mateo. La oposicion se apercibe, y dice el)

CURRO. El del tupé se ha escapado;
vamos á untarle la cara. (Vánse.)

POLLO. Por si le cortan la geta,
vamos tras esa canalla.

(Salen en tropel gritando.)

CUADRO III.

Decoracion del primero.

ESCENA IX.

Despues de una pausa, aparece D. MATEO desgreñado, y en el colmo del desaliento, dice:

Culpa mia no fué; temor funesto
embargó mi tupé desesperado:
anhelaba salvar al presupuesto
del golpe que le estaba preparado,

y al mirar en mitad de mi camino
dos Apóstoles dignos de mi alteza,
les quise trasferir asaz ladino,
y tras mí se vinieron con presteza.
No fuí yo, vive Dios, quien los sedujo,
que fué tan solo mi ambicion de mando;
el amor á la patria los condujo,
á atraer partidarios á mi bando.
Y he de ser responsable, por ventura,
de que no hayan estado eternamente
ocultos en alguna selva oscura
para que no les viera más la gente?
¡Oh, no.... jamás! Si trasferidos fueron,
culpado no he de ser por tal hazaña,
que ellos salvar la libertad pudieron
de nuestra siempre desdichada España.
Y ahora temo.... vacilo.... en mi cabeza
el tupé se levanta con gran furia:
¡cómo á mí que blasono de nobleza
hánme inferido tan atroz injuria!
Nunca pensé que á un calamar pudiere
ninguno de sus actos pedir cuenta,
y ahora el Moreno confundirme quiere
y osado alza su voz para mi afrenta.
Inmortal en el mando me juzgaba,
como en el Manicomio dije un dia;
y ahora, que es cuando menos lo esperaba,
se vé por tierra la esperanza mia!
Jamás, nunca creí en apariciones;
mas tales pesadillas hoy me aquejan,
que me acosan do quier negras visiones,
y nunca los Apóstoles me dejan!
Y me trae á este sitio pavoroso
un oculto poder.... pero ¡qué veo!
aún la Hacienda está aquí! Sueño horroroso,
déjame de una vez.... no, no te creo!
Si todo es ilusion de mis sentidos,
el hombre-bilis soy para vencerme,
y no podrán los címbrios fementidos
escarnio de mí hacer para ofenderme.
Mas, cual dijo Espronceda en su poema,
truéquese en risa mi dolor profundo,
y en vez de bilis, mostraré gran flema:
que muera un calamar, ¿qué importa al mundo?

HACIENDA. Deja ese alarde orgulloso
que hácia el abismo te lleva,

y dá siquiera una prueba
de que no eres rencoroso.
Pronto vendrán tus contrarios
cuenta á pedirte, Mateo,
del desconocido empleo
que has dado á los emisarios.
Desecha toda ambicion,
y más tu orgullo no irrites:
de nada valdrá que grites
si viene la oposicion.
Querrá saber, y es muy justo,
dónde se hallan los Apóstoles;
pretexta que están en Móstoles,
y así calmas su disgusto.
Si acaso ves que te asedia
por saber su paradero,
ten paciencia lo primero....

MATEO. ¿Y quién mi bilis remedia?

HACIENDA. Vé si yo tengo motivo
para estar desesperada;
pues me teneis desangrada,
sin saber ya como vivo,
y sin embargo, no rábio
ni se cambian mis colores,
aunque tus obras mejores
son para mí siempre agravio.
Necesario es que yo sea,
aunque horrible me veais,
segun lo que me buscais,
de mazapan ó jalea.
Siento acabarse mi vida
de vuestros golpes á impulso:
si quieres tomarme el pulso,
me hallarás desfallecida.
Adios pues, y ten presente
que tu fin está cercano.
Ya pasa el último grano
de mi existencia doliente!

(Cae del pedestal.—D. Mateo, viendo que la Hacienda ha desaparecido, exclama:)

MATEO. ¡Cielos! qué es lo que escuché!
Hasta la Hacienda ¡ay de mí!
recrimina el frenesí
con que siempre la traté!
Yo extasiado la adoré,
y nunca pude olvidarla:

¡cómo, pues, he de dejarla
en este instante supremo,
si en una hoguera me quemo
que me incita á devorarla!
Nunca tal ánsia sentí
de mantenerme á su lado,
por darle el postrer bocado
en mi ardiente frenesí.
Y aunque escuálida la vi,
y en medio de su agonía,
no sé qué dulce ambrosía
de su esqueleto emanaba,
que el tupé se levantaba
delirante de alegría!
¿Dónde hay nada más sabroso
que el presupuesto gentil?
¿Dónde hay dulce más sutil
que el del turron pegajoso?
Yo siempre miraba ansioso
su misterioso color,
que en medio de mi dolor
me inundaba de consuelo,
elevándome hasta el cielo
á impulsos de su sabor.
¿Qué es lo que dijo la Hacienda
con su voz triste y doliente?
¡Oh! yo la oí claramente
cuando al dolor daba rienda.
Que no hay nadie que defienda
su situacion angustiosa,
cuando con saña alevosa
la trató traidora mano;
que mi fin está cercano,
y es mi salvacion dudosa!
(Pausa.)
Pasad y desvaneceos;
pasad, siniestros vapores,
nacidos con los licores
de coñac y de Burdeos.
Pasad, asquerosos neos,
con vuestro sayo talar,
y no vayais á turbar
con esos negros contornos
las bacanales que en Fornos
tenemos que celebrar.
Ni cimbrios, ni moderados,

ni republicanos rojos,
podreis darnos nunca enojos
con vuestros dichos menguados.
Y aunque esteis desesperados
por no lograr el deseo
que os aquejaba, y cual creo
pensais darme muerte fiera,
venid pues, que aqui os espera
el bilioso D. Mateo!
(Cuando D. Mateo concluye su monólogo, llegan los Lázaros.)

ESCENA X.

Dicho, y LÁZAROS.

POLLO. (Saliendo.) D. Mateo!
MATEO. ¿Quién me nombra?
Apartad, vanos espíritus.
POLLO. ¿Por qué estais tan agitado?
¿qué os sucede, caro amigo?
MATEO. Ah! ¿sois vosotros? creia
que era el alma de los címbrios
que iban á pedirme cuenta
de los varones perdidos.
POLLO. Desechad esas quimeras,
y no se os importe un pito
de lo que decir pudiesen
nuestros contrarios indignos:
sin atender sus palabras,
hagamos nuestro capricho,
que pues somos mayoría,
de nada valdrán sus gritos.
Aquí llegarán muy pronto
estrecha cuenta á pediros
de los malditos Apóstoles,
que ya nos tienen sin juicio;
y nos hallamos dispuestos
á defenderos con brío
de los ataques estúpidos
que pudieran dirigiros,
pues todos han de estrellarse
en nuestro tacto político.
Para que esos inocentes
no nos cansen con sus gritos,

un expediente traemos,
donde con mucho cinismo,
se dice dónde se encuentran
los discípulos de Cristo.
Pues que ya le conoceis,
nada habremos de deciros
de los tremendos embustes
que en él se encuentran escritos.

MATEO. Dádmelo, y si llegan presto
sabré con maña y estilo
darles pruebas que los calme,
y se engañen como chinos;
pero han de guardar secreto....
(Oyense gritos dentro.)

VOCES. Aquí están!

OTRAS. Haya castigo!

ESCENA XI.

Dichos, y la OPOSICION en tropel.

CURRO. Habeis de darnos al punto,
pero sin alzar el grito,
cuenta de dónde se hallan
los dos varones perdidos.

MATEO. ¿Qué tengo ya que decir
despues de lo que os he dicho?

MORENO. Aquello tan solo fué
un lenguaje tupecino
con que engañarnos quisisteis
como si fuéramos niños;
pero si ahora no decís
dónde se hallan escondidos,
habeis de pasarlo mal,
porque dispuestos venimos
á saber su paradero
ó á romperos el bautismo.

MATEO. Mucha arrogancia traeis,
oscuros advenedizos.
¿Pensais que están los Apóstoles
en algun pozo escondidos
para que salgan más tarde
dispuestos á confundiros?
Desechad esos temores,

y moderad vuestros ímpetus,
que muy pronto habeis de verlos
más galanos y rollizos.

MORENO. Dejaos de réplicas vanas
que de nada han de serviros,
pues es tanta nuestra furia,
que si en este instante mismo
no decis dónde se hallan,
va á ver la de Dios es Cristo.

MATEO. Pues que con buenas razones
no es posible persuadiros,
voy á mostraros al punto,
porque quedeis complacidos,
un expediente, en que consta
de un modo claro y explícito,
el lugar donde se encuentran
los varones fugitivos,
y en lo que se han ocupado
desde que se hallan perdidos;
pero á condicion que á nadie
le direis lo que habeis visto,
porque si á aclararse llega,
me comprometo de fijo.

MORENO. Venga, pues, ese expediente,
veremos su contenido,
que serán supercherías
con que quereis seducirnos.

MATEO. Tomadlo, y ved lo que dice,
mas proceded con sigilo.
(Entrega el expediente al Moreno, y éste lo lee en voz alta.)

MORENO. (Leyendo.) «Se ha formado este expediente
por haberse trasferido
dos reverendos Apóstoles
de su sagrado recinto.»

«Se han sacado del lugar
donde se hallaban tranquilos,
por necesitar la patria
de su poderoso auxilio;
mandando el uno á Alcorcon
á presidir el comicio,
donde se hacen los pucheros
para todos los Ministros,
porque estos han observado

que no son de barro fino.
(Carcajadas en la oposicion.)
El otro partió hácia Cuba
con un buque de pepinos,
para darles ensalada
por la noche á los negritos,
y no sueñen que los diablos
se los llevan al abismo,
donde está Pedro Botero
uniformando mosquitos.»

«Estas y otras circunstancias,
que aquí callar es preciso,
es lo que nos ha impulsado
á sacarlos de su sitio.»

«Creemos que estas razones
calmarán hasta á los cimbrios.»
(Al concluir la lectura, suelta la oposicion una estrepitosa carcajada, y prorumpen algunos en gritos.)

MORENO. Compañeros: este engaño
no debemos permitirlo;
que sepan todos la farsa
que se encierra en este escrito!
(Al escuchar D. Mateo y comparsa las risas y las hostiles palabras de la oposicion, quedan anonadados; y el primero, despues de un momento supremo de vacilacion, con voz entrecortada, dice:)

MATEO. Señores, porque algun tanto
mi delicadeza estimo,
tengo que hacer dimision
del poder que ahora revisto.
Os entregué el expediente
por vosotros exigido,
en que constaba el empleo
que á los Apóstoles dimos,
á condicion de que nadie
supiese su contenido,
y ya en vuestra furia insana
lo estais declarando á gritos,
faltando á vuestro decoro
y á un alto deber político;
por lo cual, desde este instante
el expediente retiro; (Lo hace.)

y atendiendo á que un *loquero*
no debe en su *sano* juicio
tener equivocaciones
cual la que ahora ha padecido,
con todos mis compañeros
desde este instante dimito
del mando que hasta el presente
en Leganés he tenido.
Y en puebra de mis palabras
me arranco el tupé ahora mismo,
que es el símbolo del mando
que siempre me ha distinguido;
y vosotros, nobles Lázaros,
lo mismo haced, y en camino.

CURRO. Buen viaje, calamares,
y espresiones á los chicos.

(Márchanse cabizbajos D. Mateo y Lázaros, despues de haberse arrancado el tupé. La oposicion, en señal de regocijo, entona el siguiente coro:)

MÚSICA.

Ya vencido
se ha entregado
el partido
calamar,
y los tufos
ha arrojado
con despecho...
ja..! ja..! ja..!
Se pensaron
que era eterno
el gobierno
del tupé,
y hoy la suerte
de improviso
le dió muerte...
je..! je..! je..!

Por la gloria
de este dia
entonemos
un cantar,

y que salgan
las bellezas
y que bailen
un can-can.

(El Teatro se ilumina con luz de bengala.—Las bailarinas aparecen, y danzan el can-can.—Concluido el baile, cae el telon.)

FIN.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

MAESE TALLARINES.

ZARZUELA EN UN ACTO

ORIGINAL

DE R. LEOPOLDO PALOMINO DE GUZMAN.

MÚSICA DEL MAESTRO

DON ISIDORO HERNANDEZ.

Representada con éxito en el teatro de Breton la noche del 1.° de Octubre de 1875.

CUATRO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.
1875.

PERSONAJES.		ACTORES.
PEPA	Sras.	Encarnacion Bime.
FILOMENA		Gabriela Roca.
DOÑA URSULA		Julia Ferrer.
MAESE TALLARINES	Sres.	Martin Goenaga.
MANOLO		Alvaro Corona.
D. PERIQUITO		Francisco Povedano.

La escena en Málaga, época contemporánea.

Entiéndase por derecha é izquierda las del actor.

Pronúnciense las palabras subrayadas como están escritas.

NOTA. Esta zarzuela tiene su música particular, y se prohibe representarla como comedia; el que la necesite puede pedírsela al Editor, *Atocha,* 87, *Madrid.*

Para la letra consúltense las Partituras.

ACTO ÚNICO.

La escena representa un recibimiento sencillamente amueblado. Entre los muebles cómoda con espejo á la izquierda, segundo término; velador y butaca á la derecha, primer término, y confidente á la izquierda, tambien en primer término; sobre el confidente una guitarra. Puerta al foro como de entrada y salida, puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones interiores, y puerta cancel á la derecha tambien practicable, y algo saliente sobre la escena. Forillo de calle. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA.

MAESE TALLARINES *sentado cerca del velador, leyendo un periódico. Tipo cómico; barrigon y cojo. Saca muleta.*

TALLA. Pues sí señor; este magnífico país del *bon* vino y de las *moqeres* bonitas; *cuesta* hermosa tierra del gaspacho y del *pochero,* está llamada á destruirse por causa de ciertas cuestiones y miserias. Aunque para *disir* la *veritá,* no toda la culpa la tienen los españoles, *qui non foranellos come son,* si no se hicieran *in la corte* tan sabrosos pasteles, capaces de resucitar á los mismos difuntos.

MÚSICA.

Io qui sono pasteliero
voto soy para *disir,*
qui son sempre los *primieros*
los pasteles de *Madri.*
Trabacan la crema
que no hay *que pidir,*
batiendo la iema
mecor que Lhardy.
Qué rica *impanata!*
Qui dolce biscui!
que *ben preparata*
la torta de anis!
Y es ya tal la cofradía
que jurar *si* puede *acuí,*
que una gran pastelería
e la corte de *Madri.*

Hasta en los grandes hoteles
pastelieros hay allí,
que *trabacan in* pasteles
má de *duecientos* Lhardy.
En platos, juguetes
priparan cien mil,
y en los ramilletes
mi ganan á mí.
Qué hilados, qué flanes
con gotas de kirs!
¡qué moles, qué panes
con vino del Rhin!
Y es ya tanto noche y dia
lo *qui* el horno dá de sí,
que una gran pastelería
e la corte de *Madri.*

ESCENA II.

TALLARINES *y* URSULA.

URSU. Pero ahí te estas todavía con esa *flima, repantingado* en esa *bataca,* leyendo lo que no te importa en vez de hacer tus *deliqencias*?

TALLA. (Ya pareció aquello, barbarizando segun costumbre.)

URSU. Silvestre, no seas *camestron,* y respóndeme cuando te hablo.

TALLA. Pero si tú no me hablas nunca, esposa mia.

URSU. Cómo qué no te hablo nunca?

TALLA. *Mai* Ursula de *mia vita; mai.* Tú no *mi* hablas, tú *mi* ladras.

URSU. Silvestre!

TALLA. Y como *io* no sé *cuesta lingua, mi callo.*

URSU. Te callas, porque eres un *soncarron.*

TALLA. *Póvero* Mahoma!

URSU. Te callas, porque como dice el *edagio,* «no le gusto á mi comadre, cuando digo las verdades.»

TALLA. Y quiere usté explicarme, *siñora* esposa, cual es la *veritá* que usté ha dicho ahora?

URSU. Te he dicho que tienes abandonada tu pastelería, por leer esos *papilotes* que maldita la falta que te hacen: y señor D. Silvestre Tallarines (a) *Macarron,* «el que tiene tienda, que la atienda.»

TALLA. Esta *bene, mia siñora* doña Ursula Berruguilla de Tallarines, esposa di Macarron, yo atenderó á la *mia* tienda, como usté me lo *aconsiliz;* pero atienda usté á la *sua cusina,* y tambien á las agujas, que

ni me ha dado usté de almorzar *ancora*, ni me ha pegado usté este boton al chaleco, que mire usté como lo llevo!

URSU. Yo tengo hijas y domésticas que miren por la casa, que para eso las he *parido*.

TALLA. A las domésticas y á la casa?

URSU. Deslenguado!

TALLA. Ursula!

URSU. Disoluto!

TALLA. Pero *moqer* no te *solfures* tanto fuerte.

URSU. Ya se conoce que eres *ginoves* en tu modo grosero y ordinario de *preducirte* delante de las señoras.

TALLA. *Ma* que grosería he *parlato io adessó*?

URSU. Me has faltado, Silvestre, me has faltado.

TALLA. Bah; déjate de simplecerias, y *non* pases cuidado por la tiendá, que ahora mismo *mi vado* á ella, aunque *non* sea *piu qui* para *que mi* den de almorzar, que bien qui lo necesito.

URSU. Anda, que no te mereces el *atroz* cariño que todas te tenemos, ni los sacrificios que hacemos por tí, tanto mis hijas como yo. «Cria cuervos, y te sacarán los ojos»

TALLA. Ea, ya *non* puedo aguantar más *barbaritades*. Los cuervos, mas *qui* los cuervos, los buitres, son *tuas niñas* y tú misma, que se estan ustedes comiendo ó bebiendo, el sudor *de la mia fronte*, y que has de acabar conmigo, y con mi pastelería.

URSU. Jesús! Jesús! que hombre tan... tan... tann...

TALLA. Tan!... tan... tan...; tan qué?

URSU. Tan Silvestre!

TALLA. Ya!

URSU. Renegar de su esposa; es decir, de su costilla!

TALLA. Una *mi mencharia io in queste* momento.

URSU. Y renegar de las hijas de tus entrañas!

TALLA. Cómo de mis entrañas?

URSU. De las entrañas de la mujer que no te mereces. Ay! Tallarines, que mal esposo y que mal padre que eres!

TALLA. Santísima *Madonna*: *qui non mi manque la mia* paciencia!

URSU. Y eso que Dios te ha dado una esposa tan buena, y unas hijas que son dos ángeles.

TALLA. *Per Dio* santo, *non mi* obligue á *movére* la *lingua*.

URSU. Muévela cuanto quieras, pastelero intruso; muévela cuanto quieras, que aquí estoy yo para defender á esas pobres *mástagos*, que segun las tratas, nó parecen hijas tuyas.

TALLA. Pues bien, sí; *vado* á soltar la *lingua* para *disirle*, que tú eres una *moqer discabellada*, y tus hijas unas *cursis*, *qui non* sirve más que para *imperegilarse*, alborotar la casa con sus *canturios*, y pelar la pava con los novios.

URSU. Jesús! descabellada yo que no puedo con el pelo que Dios me ha dado! Cursis mis hijas, que son dos cometas del cielo, cuando se ponen sus trajes de cola, y salen por esas calles que parecen dos reinas!

TALLA. Si *due regina*-di guardarropía.

URSU. Cursis ellas!

TALLA. Sí *siñora*, cursis.

URSU. Jesus! Jesus! qué padre! Vamos, que es imposible que tu no puedes ser el padre de tus hijas!

TALLA. Caracoles!

URSU. No puedes ser su padre.

TALLA. Doña Ursula!

URSU. Quiero decir, que las tratas como si no fueran tus hijas; y eso que son la misma estampa de su padre, que tienen tu misma *eflinge*, y han sacado todas tus cosas; hasta el lunar que tu llevas en el *anca* izquierda.

TALLA. Te diré, Ursula, te diré; *in* cuanto á Pepa, *é cherto*, *si* parece bastante á *me* en el carácter alegre y francote que tiene...

URSU. Y en lo que come, y en lo *despechugada* que es.

TALLA. Bueno, sí; *ma in* cuanto á Filomena, confiesa, esposa mia, que es tu retrato en lo romántica, y en lo intolerante y *quisquiliosa*.

URSU. Si, sí; es mi retrato *vivo* y *efectivo* en lo moral, pero en cuanto á lo carnal, no me niegues tú tampoco, que tiene tu misma *fisolomía*.

TALLA. Algo tiene mio; má...

URSU. Lo tiene todo lo tuyo, desde la cabeza á los piés, y á veces se me figura que *renguea* como tu.

TALLA. No, no, Ursula de *mia vita*; todo *interamente* non.

URSU. Casi todo, Silvestre, «que de tales padres tales hijos;» y te repito, que si no estuvieras *licenciado* de la mano de Dios, andarias lo mismo que ella.

TALL. Cómo licenciato?

URSU. Quiero decir, cojo.

TALLA. Ya! lisiado.

URSU. Es lo mismo.

TALLA. Pues si es lo mismo, *mi vado* á la pastelería.

URSU. Eso es, para llenarte el *estógamo* de empanadas.

TALLA. *Non*, *moqer*, para cuidar *di nostra* hacienda, *come* tu me *aconsilias*.

Ursu. Y para *tragar* como acostumbras, hasta llenarte ese *baul*, que tienes por *barriga*.

Talla. *Bene*, esposa querida, para almorzar tambien; *io non* se *vivíre sensa manyare, come non* se *andare* sensa *moleta*.

Ursu. Y tanto como tragas, y tan poco como te aprovecha, que no tienes mas que *tripa*.

Talla. *Vamo*, que bien que te aprovecha á tí lo que *io* como fuera *di* casa.

Ursu. No tanto como debia, que siempre te vuelves por acá desfallecido, y...

Talla. Basta, Ursula de *mia vita*, basta *per Dio* santo.

Ursu. Me alegro de que me comprendas.

Talla. Demasiado, tesoro mio, y *non mi* sonrojará, *domani; io* te lo *promeso veramente*, carísima esposa.

Ursu. Pues siendo así, adios, y ten cuidado por esas calles, no vayas á dar un *trompezon*.

Talla. *Non* temas *niente*, Ursulita mia.

Ursu. Y que no tardes mucho, que segun mis noticias, hoy han de venir á pedirte la mano de Filomena.

Talla. *Intonces torno secuito*, *vederémo si vole il chelo* que se *eclise* de esta casa uno *dicuesti due cometa*, cuyos rabos tanto mi *costan*.

Ursu. Qué *mormuras* por bajines?

Talla. Nada *moger*, nada; *dicheba qui mi vado súbito*.

Ursu. Pues adios, Macarronsito mio.

Talla. *A Dios*, corazonsito *dil tuo* Macarron.

Ursu. ¡Huyu yuy!

Talla. Ole... Salerro.

ESCENA III.

Ursula; Silvestre *se marcha por el foro*.

Ursu. ¡Pobre Tallarines qué bueno es, y como me quiere! No, y la verdad es, que yo tambien lo quiero; mas con los hombres, no puede una hacerse de miel, porque entonces ellos se convierten en vinagre y en *gel*. Y estas niñas que no se *alevantan*, y son ya las diez lo menos? Bien dice el refran: «la madre hacendosa hace á las hijas perezosas.» Pero aquí viene ya Filomena; gracias á Dios que ha podido sacudirse de *Marfeo*.

ESCENA IV.

Ursula y Filomena. *Tipo romántico, con bata de casa.*

Filo. Buenos dias, mamaita, ¿cómo ha pasado usted la noche?

URSU. De un *tiron*, hija mia, de un *tiron*. Y tú, Filomenita?
FILO. Yo, mamá, he tenido unos desvelos atroces. Figúrese usted que me acosté anoche con un tema en la mente, para hacer la música de una cancion que me ha versificado Periquito. ¡Si viera usted que letra mas linda!
URSU. Hola! Conque D. Periquito versea?
FILO. Vaya, mamá; pues no sabe usted que es poeta, y gacetillero del periódico *El Ramo de alhelí*?
URSU. Ya!
FILO. Y que tiene un estro el chico!
URSU. Qué cosa es esa, Filomena?
FILO. Jesús, mamá, qué ignorante es usted! Estro es como si dijéramos, númen, vena poética.
URSU. Ah! comprendo; pues entonces la tiene mi Silvestre, que ayer me decia, formando consonantes;

«Es la esposa de Macarron.
un sabrosísimo salchichon.»

FILO. Cielos! Qué versos tan prosáicos! No les ponia yo en música por todo el oro del mundo!
URSU. Los compone mejor tu Periquito?
FILO. Por supuesto; pero calle; guitarra nueva! (*La guitarra que estará sobre una silla.*)
URSU. Vaya, hoy mismo la *trujeron*; cinco duros me cuesta; mira aquí tengo la *fractura*.
FILO. Pues cállese usted un momento, y escuche la cancion que me dió anoche Periquito; letra suya y música mia.
URSU. Adelante.
FILO. Silencio.

MÚSICA.

Es el amor un gusano
De color verde esperanza,
Y una pinta azul se alcanza
En su piel á distinguir;
Ay! si la pinta se aumenta
Y azul se torna el gusano,
Porque es para el triste humano
Amar con celos, morir.

HABLADO.

URSU. Divina! Fenomenal!
FILO. Le gusta á usted, mamaita?
URSU. Vaya si me gusta; sobre todo, eso del gusano con la pinta de dos colores, la deja á una *suspendida*. Qué te parece Periquito y como *versifiquea*!

FILO. Verá usted qué contento se pone luego, cuando vea ya en música su cancion.

URSU. Ya lo creo, como que tú eres una profesora *consumida*, como dice tu maestro.

FILO. Consumida no, mamá; consumada es lo que dice mi profesor.

URSU. Lo mismo dá, hija mia; todo quiere decir *arrematá* ya de aprender. Pero dime, y viene hoy por fin Periquito á pedir tu mano?

FILO. Sí señora, y si viera usted qué emocionada me siento?

URSU. Lo comprendo, hija mia, lo comprendo; porque lo mismo me sentia yo, el dia en que me pidió tu papá; pero luego...

FILO. Qué le pasó á usted?

URSU. Nada, nada; cuando te cases te enterarás de todos los pormenores del estado. Pero y tu hermana, no se ha levantado *entodavia*?

FILO. Está terminando su tocado, y enseguida va á salir. Anoche estuvo hablando con el novio hasta mas de las dos de la madrugada.

URSU. Esa pícara! Ya verás la *filipina* que voy á echarla en cuanto salga.

FILO. Déjela usted, mamá, que no hay nada peor que contrariar las voluntades.

URSU. Es que tu padre no quiere que pele la pava con ese mocito; porque, quién es ese Manolo?

FILO. Es un mariscal, mamaita!

URSU. Cómo mariscal, muchacha. Pues si ni siquiera es alferez!

FILO. No señora, si lo que yo quiero decir es, picador de caballos.

URSU. Ya comprendo, que no soy tan *obstrusa*. Y te parece á tí digno esposo para una hija de tu madre, un picador que olerá á cuadra, y á paja y cebada á todas horas?

FILO. Es que Manolo, es un chico elegante, y...

URSU. Nada, nada; ya verás la que le *endilgo* á ese mocito, en cojiéndolo en aquella reja; en cuanto á Pepa no te vayas, y oirás la que le *espeto* ahora mismo. Pepa! Pepilla!

PEPA. (*Dentro.*) Voy, mamá.

URSU. Sal en seguida.

ESCENA V.

Las mismas y Pepa. *Tipo andaluz; sale puerta izquierda, y se dirige al espejo para colocarse una flor.*

Pepa. Que tenga usted muy buenos dias, mi señora Doña Ursula.

Ursu. Péro no la vés qué remononísima que sale?

Filo. (Pues, lo de siempre; que le voy á hacer, que le voy á acontecer, y luego, nada.)

Pepa. La llevé para el campillo,
Y del primer puñetazo,
La rompí los peinecillos.

(*Estos versos cantados sin orquesta, por punto de soledad mientras se arregla las flores.*)

Ursu. Retebien!

Pepa. Cómo me cae esta rosa, mamá? Calle! Pues si está aquí la Filomena! Qué te sucede, mujer? No quieres darme un beso?

Ursu. Ahora verás. (*A Filomena.*) No, no señora; no quiere dar á usted un beso, porque está mal *humorada* por causa tuya, como lo estoy yo, y tu padre, y todos los de la casa.

Pepa. No, mamá, dispense usté; yo tengo muy buenos humores.

Ursu. No hablamos de eso, niña; es que estamos disgustadas porque tú te has *prepuesto* quitarnos la vida con tu noviajo. ¿No es esto, Filomena?

Filo. Sí, mamá.

Pepa. Miren la Filomenita, la para-poco, la lánguida, la que parece que no rompe un plato!

Filo. Ahora la toma conmigo!

Pepa. Pues qué, no tienes tú novio como yo, chiquilla?

Ursu. Su novio es un caballero, y el tuyo...

Pepa. El mio lo es muchísimo mas, supuesto que tiene caballo; al paso que Don Periquito, como no monte en burro. ¡Já! ¡já! ¡já!

ESCENA VI.

Las mismas y Don Periquito. *Tipo afeminado; sale foro derecha.*

Filo. No insultes al que va á ser mi marido, Pepa.

Ursu. Respeta á mi yerno *presuntivo.*

Peri. Estime usted á su cuñado futuro.

Pepa. Ay! Sarasa!

Ursu. ¡Pero niña!

Peri. ¡Sarasa yo!

FILO. Periquito, no te incomodes.

PERI. Pero no has oido á esa... muchacha?

PEPA. Oiga usté, *señó* D. Perico; qué es eso de... muchacha? Mire usté lo que dice, porque si sabe mi Manolo que usté me *farta*...

PERI. Si lo sabe, qué? (*Poniéndose en jarras.*)

PEPA. Pues nada; que le vá á sacar á usted el retrato de la cara, con los cinco dedos de la mano.

URSU. Pepilla!

PERI. Esto no se puede sufrir, canario!

FILO. Vámonos adentro, mamá, y deje usted á esta tonta, que diga lo que le parezca.

PEPA. Miren la sabia!

PERI. Sí, sí, vámonos de aquí, que á mí no me gusta cuestionar con mujeres.

PEPA. Claro; como que es usté tan hombre! Pues!

URSU. Jesus! Me *ensolfura* esta chica, y me voy por no hacer un *suicidio* con ella.

PERI. Y yo con usted, por no comprometer un lance en casa de mis futuros padres; porque yo me conozco y sé que tengo...

PEPA. Mucha playa, mucha playa!

PERI. Carambito!

FILO. No le hagas caso, y vámonos dentro.

PEPA. San Blas, y cómo se pica mi cuñado futuro! (*Perico y Ursula se dirigen á la puerta izquierda; Filomena habla con Pepa.*)

FILO. No tendrás queja de mí; ya ves, te dejo el campo libre para que puedas hablar con tu novio.

PEPA. Muchas gracias, hermanita; y en cambio, descuida, que no le diré nada á Manolo, para que no le rompa un hueso á tu pobre D. Periquito, como se lo merece, por sus dengues y botaratadas.

FILO. Es un infeliz, Pepilla; pero me quiere tanto!...

PEPA. Y al fin será marido, no es esto?

FILO. Pues.

PERI. Pero no vienes, Filomena? (*Dentro.*)

URSU. Vamos, niña. (*Idem.*)

FILO. Voy en seguida.

PEPA. Anda, y entreténlos como puedas.

FILO. Que no le digas nada á...

PEPA. Anda, mujer, descuida.

ESCENA VII.

PEPA, *sola.*

Cómo tarda hoy en llegar

la esperanza de mi vida;
sin él me siento afligida
y con ganas de llorar;
que el llanto que brota el alma
cuando el mal de ausencia siente,
es el bálsamo clemente
que dá á los dolores calma.
Cuando despierto afanosa,
y no llega hasta mi oido
aquel andar atrevido
de su tordilla briosa,
que es de noche me imagino,
y le digo al alma mia,
duerme, hasta que venga el dia
que le alumbre en su camino.
Y entonces sigue soñando
con su amor mi pensamiento,
hasta que á su torda siento
la calle desempedrando.
Un consuelo tengo aquí,
y él es mi esperanza solo,
que si yo quiero á Manolo,
Manolo me adora á mí.
Ole, con ole, alma mia!
y esto calme mis enojos,
que soy yo para sus ojos
la reina de Andalucía.

MÚSICA.

Yo soy Pepa la que llaman
el lucero del Perchel;
la de mejillas de rosa,
la de lábios de clavel.
En los ojos tengo fuego,
en la boca tengo miel,
y adentro de mi pechito
lo que tengo... yo lo sé.
Por eso los hombres
se mueren por mí,
mientras que yo vivo
po,er que tengo aquí.
Ole, que ya!
Ole, que sí!
Que soy una moza
bonita y barí.

—

Cuando salgo de paseo

con mi traje de percal,
hasta el sol desaparece
de la envidia que le dá;
de mi talle y de mi pecho
derramando voy la sal,
Y por solo un terronsito
Se reparten puñalás.
Por eso los hombres,
Se mueren por mí,
Mientras que yo vivo,
Po er que tengo aquí.
¡Olé, que ya!
¡Olé, que sí!
Que soy una moza
Bonita y barí. (*Se oye un silbido.*)

HABLADO.

PEPA. No lo dige! Ya viene aquí mi Manolo; es el eco de su silbido que me llama á la reja. Habrá dejado á su torda para hablar un rato conmigo. (*Se oye otro silbido.*) Aquí me tienes, Manolo.

ESCENA VIII.

PEPA, y MANOLO *en el cancel. Tipo español de caballista. Americana, bota de montar, hongo y fusta.*

MANO. Me has esperado mucho, alma mia?
PEPA. Un ratillo he estado aquí, pero pensando en nuestros amores, las horas me parecen minutos.
MANO. Ole! Viva lo bonito! Viva la reinecita del Perchel!
PEPA. La Reina!
MANO. Cabal.
PEPA. Y cómo vienes á pié?
MANO. Lo quieres saber, Pepilla?
PEPA. Vaya si quiero, Manolo.
MANO. Pues abre esta reja un instante, y ya verás como te lo cuento *toito*.
PEPA. Calla, hombre, que puede venir papá, y figúrate lo que pensaria si nos viese solos.
MANO. Tu padre no vendrá tan pronto como tu piensas.
PEPA. Pues qué pasa?
MANO. Abreme la reja, y lo sabrás; pero no te asustes, que es una broma de las mias.
PEPA. Jesus! Qué será ello? Entra enseguida, y sácame de cuidados. (*Abre el cancel.*)
MANO. Así, reina de mi corazon. (*Entra Manolo.*) Ahora es-

cúchame tranquila; pero primero toma la muleta de tu padre.

PEPA. La muleta de papá! (*La toma y coloca despues sobre el velador.*) Sí, es la misma; qué es esto, Manolo mio?

MANO. Pues *ná*, mujer, no te asustes. Pasaba yo por la puerta de la pastelería, á tiempo que tu padre entraba en ella; y sin encomendarme á nadie, paro mi jaca, me bajo *ar* punto de un *sarto*, la amarro en la ventana, y como un marchante *cuarquiera*, me *cuelo* en uno de los cuartitos *der* despacho. Pido unos pasteles y un vaso de vino *ar* mozo, y mientras me lo servia, le cojo la *vuerta* á tu padre, y le escamoteo la muleta, y en seguida, tomando la puerta *farsa* de la trastienda, escapo *pa* tucasa, en la *seguriá* de que, por mucho que corra *er bato*, siempre ha de echar *renqueando* por esas calles media hora mas que yo; tiempo suficiente para decirte que me muero por tu salero, y que si no me caso pronto contigo, me tiro con caballo y *too* desde *er* castillo á la mar.

PEPA. Pero eres el diablo, Manuel? Pues contento se vá á poner papá cuando note la falta de su muleta, y tenga que volverse en un pié como las grullas.

MANO. En cambio nosotros estamos dando este alimento *ar* cariño, seguros de que tu padre no ha de venir á sorprendernos.

PEPA. Pues mira, no te descuides, Manolo, que acaso *vorverá* mas pronto que ningun dia, sabiendo, como sabe, que el bueno de D. Periquito vá á venir á pedir la mano de Filomena.

MANO. Calla! Con que hoy es la peticion?

PEPA. Hoy mismo, Manuel; y ya está en casa Periquito, esperando que llegue su futuro suegro.

MANO. Con que es decir, que ese *Sanana*, ese *tontina*, se vá á casar antes que yo?

PEPA. Qué quieres!

MANO. Qué quiero? Que nos case á los dos *er* mismo cura; y ahora mismo voy á recoger mi jaca, y en seguida que la deje en la cuadra, me *vuervo* aquí por la puerta principal, y antes que D. Perico la de Filomena, le pido yo á Maese Tallarines la mano de mi Pepilla.

PEPA. Pero hombre! Qué vas á hacer? Y si te la niega?

MANO. Lo mato.

PEPA. Qué dices?

MANO. Que me mato, de veras.

PEPA. Muchacho (*con ternura*).
MANO. Escucha, tú me quieres, de verdad?
PEPA. Con *toita* mi alma.
MANO. Pues siendo así, ya está *arreglao* este negocio. Yo vengo luego, y te pido á tu padre, y si me dice que nones, me voy á ver *ar señó* gobernador, que es amigo mio, porque yo le estoy domando el potro de su hijo, y le digo que te saque *depositá*, y antes de un mes nos casamos, aunque se oponga *toito er* gremio de pasteleros, que ya ves tú si es numeroso en este tiempo.
PEPA. Y vas á quererme mucho cuando sea tuya?
MANO. Jesús, Pepilla! Una *barbariá*!
PEPA. Y no te cansarás nunca de quererme?
MANO. Nunca. Jamás, *corazoncito* mio; que como dice una copla de malagueña, que yo te he cantao muchas veces en esa reja:

Diez años despues de muerto
y de gusanos *comio*,
han de leer en mis huesos
lo mucho que te he *querio*.

PEPA. Olé! vivan los mozos queriendo con fatigas!
MANO. Olé! Vivan las *jembras* de *caliá*!
PEPA. Monolillo!
MANO. Te pones mala, Pepa?
PEPA. No, no es nada; un mareillo, que ya pasó.
MANO. Pues está dicho; ahora me *najo*, y en seguida me tienes aquí de *vuerta*, para pedirte á tu padre; con que...
PEPA. Adios, Manolo, y que *er* cielo te guie.
MANO. Adios, Pepa, y abre ese manojo de lirios, para que podamos decir con *verdá*, que nos dimos de querernos palabra y mano.
PEPA. Tómala, y el *arma* con ella.
MANO. Ay! Que me muero á peazos!
PEPA. Deja esas fatigas, Manuel, para despues que nos casemos; vete, vete.
MANO. Corriente, Pepilla, y hasta despues.
PEPA. Hasta siempre.
MANO. Olé! (*Váse por el cancel.*)

ESCENA IX.

PEPA *y* FILOMENA *que sale en cuanto desaparece* MANOLO.

FILO. Se fué Manolo?
PEPA. Se fué.
FILO. He oido desde esa puerta toda la conversacion de ustedes.

Pepa. Miren la curiosa!

Filo. Fué por mandato de mamá; pero, cómo te quiere tu novio, hermana mia; como te quiere!

Pepa. Como á tí te quiere el tuyo.

Filo. Sí, pero Manolo es mas...

Pepa. Mas... qué?

Filo. Mas... vamos, yo no sé la palabra, pero es mas...

Pepa. Mas hombre; no es esto, Filomena?

Filo. Te diré, Pepa; mi Periquito es muy hombre, segun él dice, pero...

Pepa. De veras? Pues si parece un alfeñique! Y luego, como tiene esas maneras, y ese modito de andar... (*imitando la afeminacion.*)

Filo. Pues á mí me gusta, porque es tan fino, tan delicado, tan galante, tan dulce y esquisito en todo, que, vaya... me encanta.

Pepa. Pues con tu pan te lo comas, hija mia; que á mí me gusta Manuel con su fuego, su buena sangre, y la caliá que le chorrea por *toito* su cuerpo.

Filo. De manera que nos casamos las dos?

Pepa. Si Dios quiere.

Filo. No hemos tenido mala fortuna, Pepa, que en estos tiempos...

Pepa. Las malagueñas tenemos mucho gancho.

MÚSICA.

Las dos.
Es Málaga entre las bellas
la tierra de los amores,
su cielo lleno de estrellas,
su suelo lleno de flores.
ay! por eso es,
ay! por eso es,
que las niñas de esta tierra
son dulcecitas como la miel.

Pepa.
En Málaga he de casarme
si me caso alguna vez,
que tienen las malagueñas
la gracia donde yo sé.
De España y del mundo entero
es Málaga lo mejor,
que nacen las malagueñas
con el salero de Dios.

Las dos.
Morenas como en Cuba
nacen aquí,
con ojos que dan muerte
mirando así.
Tus ojitos morena

cierra por Dios,
que mirando tus ojos
me muero yo.

ESCENA X.

Las mismas, PERIQUITO *y* URSULA.

PERI. Bravas! Bravísimas, piramidales!
URSU. *Inverosímilas*!
PERI. ¡Bien por mi futura, y ole con ole por mi hermana política!
PEPA. (Carape!) (*Imitando á D. Periquito.*)
URSU. Son dos voces *melodíficas* que espantan.
FILO. Mamá!
URSU. Tienen unas gargantas *pirotécnicas*; todos los vecinos del barrio están escandalizados de oirlas, y dicen que es una lástima que estas niñas no vayan al *observatorio* de Madrid, ó á la *escalera* de Milan.
PEPA. María Santísima!
PERI. Doña Ursula, yo creo que usted se ha equivocado; se me figura que no es observatorio, sino conservatorio de Madrid; en cuanto á lo de escalera, de seguro que lo que ha debido usted decir es, escala de Milan.
URSU. Pues eso es, D. Periquito; no sea usted tan *dersigente* como mi esposo, y deje usted que cada una *prenuncie* las palabras como quiera.
FILO. Mamá no se cuida mucho del lenguaje, sabes?
PEPA. Por eso dice tanto desatino; pero aquí viene papá.
PERI. Gracias á Dios; llegó el momento.
FILO. Estoy emocionada.
PERI. Que no vayas á dejarme feo..
FILO. No seas tonto, Periquito.

ESCENA XI.

Los mismos y TALLARINES, *cojeando, sin muleta.*

TALLA. *Sangue di* Cristo! Vengo *morto*! *Maledeto sia il* tuno que *mi* ha *rapito* la *mia moleta*!
URSU. Cómo es eso?
PEPA. (Diablo! Y Manolo que la dejó sobre la mesa! Vá á verla y se vá á armar la gorda.)
TALLA. Pues nada; figúrense ustedes... pero calle!... (*Repara en la muleta y la toma.*)
PEPA. (Ya la vió.)
TALLA. *Non* he *cuesta* la *mia moleta*?
PEPA. (Disimulemos.) A ver, á ver?
TALLA. Sí, la misma: *io la conosco bene.*

URSU. Sí, Tallarines; tu muleta es.

FILO. Pues cómo decia usted que se la habian robado?

TALLA. Y he dicho la *veritá* pura. *Adesso* lo que *io voglio sapere é,* quién la ha *portato á cuí,* habiendo desaparecido *di acanlo di me,* hace media hora, en la pastelería.

URSU. Hombre eso no puede ser, será una *transfiguracion* tuya.

PERI. Como no haya venido volando!

TALLA. Hola! Está aquí don Periquíto? Pues ya pareció el chusco. Este *avejoruco* es el que me ha jugado la tostada, y yo le *vado* á romper con esta un solomillo.

FILO. Papá!

PERI. Usted se equivoca y me calumnia, señor suegro.

PEPA. (Se enredó la cosa.)

URSU. Esposo, no seas bárbaro, y *premedita* lo que hablas.

TALLA. Lo que hablo *é* la *veritá; disvergoñata.* Y si no, decirme, qué persona ha entrado á *cui* desde que *io* he *sortito* de casa?

URSU. D. Periquito.

TALLA. *Nesuno piu?*

URSU. Que yo sepa!

FILO. Le diré á usted...

PEPA. (Calla, ó le cuento á Manolo...)

FILO. Nadie más.

TALLA. *Adesso non pó dudarse qui la moleta* ha *venito* volando desde la pastelería á la *mia* casa, *ma* volando *in* la mano *di cuesto* caballerito, á quien *io le vado* á *conchedere* la mano *di* la *mía figlia* Filomena, *dopo di* romperle el bautismo. (*Amenazándole.*)

PERI. Por Dios, señor don Silvestre, vea usté lo que hace, que yo soy inocente!

FILO. Por Dios, papá! Habla tú, Pepa; mira que el pobre está en peligro.

PEPA. Pues bien, esa muleta...

ESCENA XII.

Los mismos y MANOLO *foro izquierda.*

MANO. A la paz de Dios, señores.

FILO. (Manuel!)

PEPA. (Manolo!)

URSU. Eh!

PERI. (Este me ha salvado de una acometida.)

TALLA. Qué se le ofrece á usté,—*siñor* caballista?

MANO. Pues, poca cosa. Vengo para decirle á usté, quien se ha traido aquí esa muleta, y *a* luego para pedirle á usté la mano de Pepilla, porque me quiero yo casar con ella.

TALLA. Cómo?

URSU. Qué dice este *pícadero*?

PEPA. (La soltó!)

PERI. Pues el niño no se anda por las ramas.

MANO. Yo creo, señores, que me he *esplicao* con bastante *claridá*. Digo, que yo sé quién la *dao* á usté la broma de dejarlo sobre una pata; dispénseme usté, maese Tallarines, como estoy *acostumbrao* á platicá de caballos, pues... me pareció que...

TALLA. Le pareció á usté que *io fose* uno *di* tanto?

URSU. Qué *disolencia*!

MANO. Calle, que está aquí mi futura suegra!

URSU. Jamás consentiré en ese bodorrio.

MANO. Como bodorrío, señora! Pues no le dá usté la mano de Filomena al cursis de don Periquito, que no tiene una peseta, ni de donde le venga?

PERI. (Me aplastó!)

URSU. Pero qué dices tú de esto, *descocada*?

PEPA. Yo mamá...

MANO. Ella que ha de decir, señora? Qué se muere por mi persona, como yo por lo suya, y que teniendo, como tengo, pa mantenerla con muchísimo decoro, pues...

TALLA. *Ma bisoño é vedére primo de tuto*, quien ha *portatò á cui* la mia moleta?

MANO. Esa muleta?

TALLA. Si *cuesta* propia,—*siñor* fachendon.

MANO. Cómo fachendon? Vá usté á ofenderme á mí?

PEPA. Que te calles.

MANO. Espera; oiga usté, tio Tallarines, conmigo no se ponga usté serio en la *via*, porque á mi me importa de su *seriedá* un pepino.

URSU. Qué dice este hombre? Y tú lo sufres?

TALLA. *Non ti* alarme *tanto subito*.

PERI. A propósito de pepinos; diga usted, señor don Silvestre, querrá usted decirme de qué manera los arreglaré yo en ensalada, que no me hagan daño.

TALLA. Los pepinos?

PERI. Sí señor; dígamelo usted si quiere evitarme indigestiones, usted que es tan escelente culinario.

URSU. Oiga usted, don Periquito, mi esposo no es esa porquería.

PERI. Cómo porquería, señora!

TALLA. *Non, moqer; cuesto non he porquería*; y en efecto, *io sóno* un famoso culinario.
URSU. Pero qué significa eso, señores?
TALLA. Culinario *é* un artista de *cusina*.
MANO. Pues, un cocinero; lo que es precisamente su esposo de usted.
URSU. Ya! yo pensé...
TALLA. *Dunque vamo á vedére*, quién me ha *rapito, é á dopo* ha *portato cui* la *mia moleta*, al que *mi* lo diga le regalo *la mía mulier*.
URSU. Silvestre!
TALLA. *Non siñores, é* una *equivocachione*; le regalo la mano de *mia figlia* Pepa.
PEPA. Acaba de una vez, hombre.
MANO. Pues señores, la *verdá*, me la traje yo.
TALLA. Usté?
PERI. El!
URSU. Si lo dije; si es un *granduja!*
PERI. Vé usted, señor don Silvestre, como no fuí yo?
TALLA. *Má cómo* ha sido *cuesto*?
MANO. Pues, entrando en la pastelería; dándole á usté esta mano (*la derecha*) y *cogiéndosela* con esta otra (*la izquierda. Para esto es necesario que Tallarines lleve la muleta debajo del brazo derecho.*)
TALLA. *Béne*; *ma* quien la ha *portato á cui*?
URSU. Eso es; cómo se ha encontrado sobre ese velador?
MANO. Porque vino conmigo, y yo fuí qüien la puso sobre esa mesa.
URSU. *Mentironazo*!
MANO. Oiga usté, señora...
PEPA. Es la verdad, mamaita. Manolo vino á verme cuando usted y don Periquito estaban allá dentro; yo le abrí esa reja, entró, y...
URSU. Sedutor! *disoluto*! *caballería*!
TALLA. Ea, basta ya de *simplezeria*. Usté dice *qui* tiene para mantener á la mia figlia Pepa? *Non he cuesto*?
MANO. Justamente.
PEPA. Cabales.
TALLA. Pues mi palabra *non he di pasteliero;* à casarse tuti María santísima *in cuesta* casa, y *vulgue el chelo*, que *sean* ustedes tanto *feliche*, *come* lo *habiámo* sido mi esposa é *io*, *in grachia* de la Madonna.
PERI. Qué alegria!
MANO. Que viva papá Tallarines, y venga esa mano, suegra. (*La abraza.*)
URSU. Ya me ha *jonjabado* este tunante.
TALLA. Y á *vivire* tropo.

PEPA. Es que aquí falta un final.
TALLA. *Cuale?*
PERI. Mire usted hácia allí. (*Por el público.*)
TALLA. *Adesso* tiene razon la Pepilla.
MANO. Soy de su misma opinion.
PERI. Yo tambien.
FILO. Y yo.
URSU. Y yo.
TALLA. Pues *tuto si* arregla *di cuesta* manera breve y pronta. (*Se adelanta Pepa y Filomena.*)

MÚSICA.

PEPA Y FILO. Galantes madrileños
vienen aq ui,
que animan al artista
haciéndo así. (*Batir palmas.*)
Las palmas con soltura
bate por Dios,
porque oyendo un aplauso
me muero yo.

(*Esto dirigiéndose al público, y sustituyéndose en el primer verso la palabra madrileños por la que convenga, segun el punto donde se cante.*)

FIN.

EL MARIDO DE LA MUJER DE D. BLAS,

VODEVIL EN DOS ACTOS.

LETRA DE

D. MANUEL GARCIA GONZALEZ

Y

D. ANTONIO ALVERÁ Y DELGRÁS.

MÚSICA DE

D. HIPOLITO GONDOIS.

Representada con aplauso en el Teatro del Instituto la noche del 29 de Noviembre de 1852.



N.° 197.

MADRID.
IMPRENTA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1852.

PERSONAS.	ACTORES.
ANITA, *sobrina de D. Blas (18 años)*.	DOÑA CÁNDIDA BALDÓ.
JUANA, *criada* (20 *años*).	DOÑA CÁRMEN MUR.
DON BLAS, *candidato para concejal* (50 *años*). .	DON JOSÉ ALVERÁ.
DON PEDRO, *médico homeópata* (30 *años*) . . .	DON MANUEL JIMENEZ.
DON JUDAS, *elector influyente* (50 *años*)	DON M. SORZANO.

La accion pasa en una fonda en Guadalajara.—Año 1852.

ACTO PRIMERO.

Entrada principal en el fondo. Puerta á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON BLAS.—DON JUDAS.

(Entran por la puerta del ángulo de la izquierda. Don Judas con el sombrero puesto.)

JUDAS. Sí, amigo don Blas, todo lo tengo preparado: usted saldrá elegido concejal de esta muy noble ciudad de Guadalajara, ó perderé el nombre que tengo.

BLAS. Bien, amigo mio, bien: ya sabe usted que todos mis deseos se cifran únicamente en contribuir por mi parte á hacer la felicidad del pueblo en que he nacido. Sí, don Judas, crea usted que será muy grato para mí, antiguo mercader de tapones, retirado del comercio, obtener la confianza de mis conciudadanos, y poder decir algun dia: yo habia olvidado á Guadalajara, pero Guadalajara no me habia olvidado á mí. *(Variando de tono.)* Quítese usted el sombrero. Ya sabe usted lo que le he prometido.

JUDAS. Sí; la plaza de inspector de faroles. Pues mire usted, señor don Blas; no porque yo lo diga,

pero lo he ganado bien. En los ocho dias que hace que ha llegado usted de Madrid, he trabajado en su favor lo que no es decible; he revuelto toda la ciudad á fin de conciliar y reunir los sufragios de los vecinos mas influyentes.

CANTO. Música

A los electores vi,
y con ellos discutí
y á fuerza de pátrio amor
y de botellas sin cuento,
me hicieron el juramento
de nombrarle regidor.
Sí, regidor, regidor, regidor.

Oh! usted no sabe lo que me ha sido preciso beber, y el dinero que he tenido que derramar (en mi bolsillo) para esclarecer la opinion pública: todavía estoy ronco de tanto perorar. *(Pónese el sombrero.)* Pero lo principal está hecho. Tenemos por nuestras las dos fracciones preponderantes del comité electoral: los vinateros y los tejedores.

BLAS. Bravo!

JUDAS. No hay mas que una pequeña dificultad.

BLAS. Cuál?

JUDAS. Todos dicen que usted vive separado de su mujer!

BLAS. (Es verdad! Una espantosa criatura que tuve que devolvérsela á su madre.)—Es falso!... Protesto contra esa inexactitud.

JUDAS. Los electores dicen que eso es inmoral... el pueblo murmura...

BLAS. Yo! Separado de mi mujer! Un ángel á quien espero hoy mismo!

JUDAS. Sí? Pues me alegro.

BLAS. Don Judas, vaya usted ahora mismo, y anuncie usted á todos los electores que hoy á las dos de la tarde tendré el gusto de pasearme por la plaza de Guadalajara, llevando del brazo á mi querida esposa, la señora doña Agapita Quincoces de Toro y Malayerba.

JUDAS. Y no pudiera usted llevar consigo tambien algunos chicos?

BLAS. Para qué?

JUDAS. Es que su contrincante de usted, don Pantaleon, tiene dos hijos, y eso vale mucho.

BLAS. (Ay! el cielo me los ha rehusado siempre!) Bien, bien, diga usted que tengo tres... en el colegio politécnico... calle de Hortaleza... Juan, Andrés y Meliton.

JUDAS. Si los hiciese usted venir...

BLAS. Imposible, son internos. Conque vaya usted, don Judas, vaya usted, y diga á los electores que pasaré á verlos... y... quítese usted el sombrero.

CANTO. Música

Si quieren saber los críticos
mis resultados políticos,
con orgullo dirá usted:
Meliton y Juan y Andrés.

JUDAS. Meliton y Juan y Andrés.

BLAS. Añada usted con afan
Andrés, Meliton y Juan.

JUDAS. Andrés, Meliton y Juan.

BLAS. Y en fin, para que me voten
todos á unanimidad,
y ni tan solo un momento
duden de mi probidad,
añada usté en conclusion

LOS DOS. Juan, Andrés y Meliton.

(Don Judas se pone el sombrero, y vase.)

ESCENA II.

DON BLAS.—*Despues* JUANA.

BLAS. Pero, señor, qué tienen que ver los electores con que yo sea casado ó no? Qué les importa á ellos? Les he prometido rebajar las contribuciones; les he ofrecido un puente colgante, y no contentos con esto, quieren todavía mi mujer...

Ay! yo se la daria de buena gana; pero por mas cartas que la escribo, no me contesta á ninguna. Y hace bien. Por lo mismo me he visto precisado á usar de una estratagema con esos estúpidos electores, y...

JUANA. Señor, aquí está una jóven que pregunta por usted.

BLAS. Que entre.

JUANA. Por aquí, señorita. *(Váse.)*

BLAS. *(Aparte.)* Ella es!

ESCENA III.

DON BLAS.—ANITA.

(Anita entra con un saco de noche, que pondrá encima de la mesa de la izquierda, y va á abrazar á don Blas.)

ANITA. Buenos dias, tio!

BLAS. *(Misteriosamente.)* Pst! Calla! No te vayan á oir! No me llames tio.

ANITA. Por qué?

BLAS. Lo sabrás. Dime, quién te ha acompañado desde Madrid?

ANITA. Una señora anciana que ha venido á ver á sus parientes.

BLAS. Está bien. Ya sabes que te he mandado llamar para que me hagas un inmenso servicio.

ANITA. Un servicio?... Ay! si usted supiera el que me acaban de hacer!... Todavía estoy temblando!

BLAS. Bien, bien: luego...

ANITA. Ha de saber usted que un caballero que venia en el cupé de la diligencia...

BLAS. Te digo que luego me lo contarás.

ANITA. Eso sí, muy amable, muy distinguido... A no ser por él, me quedo muerta en el camino.

BLAS. Qué dices, muchacha?

ANITA. Sí señor; ese caballero me ha salvado la vida.

BLAS. Pero quién?

ANITA. Uno de los viajeros.

BLAS. Hola!... Conque ha sido un viajero?... Bien,

luego iremos á darle las gracias; hija mia, ya sabes cuánto te quiero; eres mi única heredera, y pienso casarte...

ANITA. *(Vivamente.)* Pero pronto... muy pronto, tio?

BLAS. Pts!... No me llames tio!... Pues como te digo, pienso darte un buen dote; además, eres mi única heredera...

ANITA. Y mi tia?

BLAS. No me hables de ella: la detesto. Pero á todos estos beneficios pongo una condicion.

ANITA. Cuál?

BLAS. *(Con mucho misterio.)* Tú tienes tres hijos.

ANITA. *(Retrocediendo.)* Jesús! Qué dice usted?

BLAS. Tres hijos que son mios, y que están de internos en el colegio politécnico...: Juan, Andrés y Meliton.

ANITA. *(Riéndose.)* Pero tio...

BLAS. Calla, desgraciada! No me llames tio!... Aquí eres mi mujer!

ANITA. Su mujer de usted!

BLAS. Sí, te he hecho venir para que ocupes el lugar de tu tia. Te llamas Agapita Quincoces de Toro y Malayerba.

ANITA. *(Llorando.)* Pero, señor...

BLAS. No llores! no crean que te maltrato!... O si no, sí, llora, llora; con eso se convencerán de que efectivamente somos marido y mujer.

ANITA. Pero, con qué objeto?

BLAS. Cállate! es un secreto!... Altas consideraciones políticas... que á tí no te importan. Sobre todo te recomiendo la discrecion, el silencio! No lo digas á nadie!... lo oyes? á nadie!

ANITA. Está bien, tio.

BLAS. *(Azorado.)* Chist! no me llames tio. Llámame Blas... tu Blasito. Vamos, ensáyate.

ANITA. Sí... mi Blasito.

BLAS. Así, así, hija mia. Te voy á regalar un chal. Otra vez, otra vez.

ANITA. Sí, Blasito mio!

BLAS. Bendito sea tu pico! Te voy á regalar un chal.

ANITA. (Ya son dos.)

BLAS. Conque, no te se olvidará? eh?

ANITA. No, Blasito mio.

Blas. Magnífico! soberbio! Ya verás el chal que te regalo.

Anita. (Y van tres!)

Canto.

Dónde están mis compañeritas;
vengan pronto á ver mi chal...
Ay qué gusto, qué gusto que tengo
cuando pienso que van á rabiar.
Ya por la plaza
me contoneo...
ay! me mareo,
venga mi chal.
De pura envidia
Juana y Antona
Pepa y Simona
se morirán.

ESCENA IV.

Dichos.—Juana.

Juana. Señorita, ya está lista la habitacion de usted.

Blas. Cómo señorita! Esta señora es mi mujer. La señora doña Agapita Quincoces de Toro y Malayerba.

Juana. Su mujer! (Ya! por eso estaban disputando.) Entonces con una habitacion basta.

Anita. Qué?

Blas. No, no. Necesitamos dos; yo ronco muy fuerte.

Juana. Ah! ya!... Pues pondremos á esta señora en el cuarto número 4 que está junto al de usted. *(Señala la puerta izquierda del primer término.)*

Blas. Muy bien.

Juana. (No hay duda, es un matrimonio!)

Blas. *(A Anita.)* Conque vamos, gacela mia, vete á vestir mientras yo voy á repasar mi profesion de fe, porque es preciso que vaya en toda regla. Dentro de un cuarto de hora vendré por ti para que vayamos á dar un paseo; te enseñaré

los mas preciosos monumentos de Guadalajara, (y haré que la vean los electores.)

CANTO.

BLAS. Por la plaza al lado mio
con orgullo pasearás,
y jamás me llames tio,
sino esposo, amado Blas.

ANITA. Por la plaza, amado tio,
con orgullo pasearé
y al mirarle al lado mio
por su esposa pasaré.

LOS DOS Á UN TIEMPO.

BLAS.

Tu Blasito,
fiel esposo
cariñoso
yo seré.
Y ademas
enamorado
dueño amado
te diré.

ANITA.

Y usted, Ana,
fiel esposa,
cariñosa,
me dirá.
Y por premio
luego esposo
cariñoso
me dará.

ESCENA V.

JUANA.—*Despues* DON PEDRO.

JUANA. Vaya un matrimonio! Tan pronto rabian como cantan.

PEDRO. *(Sale con una balija en una mano y en la otra un manguito de piel, un paraguas y una capa debajo del brazo. A Juana con mucho misterio.)* Chist!... Chist!... Muchacha!

JUANA. Un viajero!... Qué quiere usted, señor?

PEDRO. Tengo las manos ocupadas. Hazme el favor de sacar dos reales del bolsillo izquierdo de mi chaleco.

JUANA. (*Lo hace.*) Ya están.

PEDRO. Muy bien. Han venido aquí dos señoras, una de ellas de bastante edad?..
JUANA. Si señor.
PEDRO. Oh dicha!... Oh fortuna!... Mira, hazme el favor de sacar una peseta del bolsillo derecho de mi chaleco.
JUANA. Aquí está. Son seis reales!...
PEDRO. Muy bien. Dime: y dónde están esas señoras?
JUANA. Si pregunta usted por la de mas edad...
PEDRO. No, la otra, la otra.
JUANA. Está en su cuarto vistiéndose.
PEDRO. Oh placer! Voy á verla por el ojo de la llave.
JUANA. (*Interponiéndose.*) Por supuesto!
PEDRO. No quieres?... No me lo permites?
JUANA. No señor.
PEDRO. Entonces... hazme el favor de meter los seis reales en cualquiera de los bolsillos de mi chaleco...
JUANA. (*Dándoselos.*) Ya los tiene usted.
PEDRO. Ahora prepárame habitacion y cama.
JUANA. Voy al momento.
PEDRO. (*Poniendo encima de la mesa los objetos que ha sacado.*) Tráeme además una taza de leche.
JUANA. Ahora mismo. (*Aparte.*) (Vaya un hombre original!...)

ESCENA VI.

DON PEDRO *solo, andando con agitacion.*

Héme aquí por fin otra vez frente á frente de mi destino! Héme aquí enamorado á pesar de todas mis precauciones. Yo, don Pedro Aguate y Bolitas, facultativo homeópata, reconocido en todo el orbe por las maravillosas curas que hubiera podido hacer, si no hubiesen fallecido casi todos mis enfermos! Yo, que harto ya de correrías, escribo á mi tio don Pantaleon, diciéndole: »Querido tio: quiero casarme. Búsqueme usted una mujer en Guadalajara.» A lo cual me contesta: »Amado sobrino: soy uno de los candidatos para las próximas

elecciones de concejal de este ayuntamiento. En cuanto á lo que me dices de casarte, ponte inmediatamente en camino: y si me ayudas á ser elegido, te casarás con mi hija.» Saco el pasaporte, tomo el billete de la diligencia y subo al cupé. Allí, allí era donde mi destino me esperaba!... me siento entre dos mujeres... la una vieja y fea; pero la otra... ay! la otra era un modelo de belleza y de candor. En Torrejon nos invita el mayoral á que bajemos, para pasar á pié una de las cuestas: bajo y ayudo á las señoras. De pronto vemos venir hácia nosotros un animal cuadrúpedo.—Cielos! un toro!... un toro de Jarama! grita mi encantadora viajera.—Pero no, era un buey!... un buey que sin intenciones hostiles pasa por nuestro lado sin decirnos una palabra. Vuélvome para socorrer á mi compañera, y se habia desmayado. No pudiendo reanimarla con sales de ninguna especie, la doy un estrecho abrazo... y vuelve en sí... Me llama su salvador, su torero, etc., etc.; en fin, el resto del viaje lo pasó dándome gracias á cada momento, acompañadas de ojeadas, de suspiros, de flechazos, y... me enamoré. Desde aquel instante no volví á pensar mas en mi prima. Renuncio á ella; pero la voz de la naturaleza me manda dar mi voto á mi tio don Pantaleon, y se lo daré.

ESCENA VII.

Don Pedro.—Anita, *que ha mudado de traje.*

Anita. *(Sin verlo.)* Ea, ya estoy lista!

Pelro. (Ella es!..) Señorita, permítame usted... *(Va á la mesa y coge el manguito.)*

Anita. (Calla! el caballero del cupé!)

Pedro. Le devuelvo á usted este abrigo que se habia dejado en el carruaje. Bien hubiera querido conservarlo como una prenda preciosa; pero no me he atrevido...

ANITA. Caballero!... es usted muy bondadoso, y le doy mil gracias.

PEDRO. Crea usted que no podré olvidar en mucho tiempo, mejor dicho, en toda la vida, ese viaje tan delicioso, esa voz tan dulce, y esos ojos capaces de inflamar el corazon mas incandescente.

ANITA. Ni yo tampoco olvidaré que me ha salvado usted la vida...

PEDRO. (Lo dice por el buey!)

ANITA. Esponiendo la suya por mi causa.

PEDRO. (No lo dige?... el buey.) No hablemos de eso, se lo suplico á usted. *(Se queda un momento pensativo y despues dice rápidamente.)* Señorita, yo la amo á usted.

ANITA. *(Ruborizándose.)* Caballero!...

PEDRO. Usted no lo sabia?

ANITA. En efecto... yo habia creido notar... ademas el desinteres de usted, su abnegacion, su valor...

PEDRO. (Continúa el buey.) Ya le he dicho á usted que no hablemos de eso. Señorita!... Mis intenciones son puras. Quiere usted casarse conmigo?

ANITA. Caballero... yo no me pertenezco... Es cierto que si yo consultase solo á mi corazon.

PEDRO. Oh placer!... oh dicha!... oh fortuna!... Vamos á ver, usted debe tener algun pariente á quien reclamar posesion tan interesante?

ANITA. Pero caballero... usted vá demasiado lejos: yo apenas le conozco, y...

PEDRO. Ah! es muy justo, señorita: yo me llamo don Pedro Aguate y Bolitas; soy facultativo, y sigo la escuela de mi admirable y sublime maestro el doctor Hánneman; lo cual quiere decir que soy homeópata hasta la médula de los huesos: tengo un tio en esta ciudad, y vengo á darle mi voto en las elecciones.

ANITA. Pero... caballero...

PEDRO. En cuanto á mis sentimientos...

ESCENA VIII.

Dichos.—DON BLAS, *con un rollo de papeles en la mano.*

BLAS. Estás aviada, hija mia?

ANITA. (Mi tio!... ya no me acordaba!)

PEDRO. (Este debe ser el padre: voy á pedirle ahora mismo la mano de su hija.) *(Se pone los guantes.)*

BLAS. *(Bajo á Anita.)* (Quién es ese caballero?)

ANITA. *(Turbada.)* Es... es... un elector influyente.

BLAS. *(Pónese los guantes.)* (Ah! magnífico!... Voy á á leerle mi profesion de fé, á ver qué efecto le produce.)

ANITA. Qué van á hacer?...*(Don Blas y don Pedro acaban de ponerse los guantes: van el uno hácia el otro, se saludan y dicen á un mismo tiempo.)*

PEDRO. Caballero... yo!...

BLAS. Caballero... permítame usted.

PEDRO. Hable usted.

BLAS. *(Mirando sus papeles de cuando en cuando.)* Yo soy un hombre honrado, sencillo, de patriarcales costumbres, y apasionado ardientemente por la ciudad de Guadalajara.

PEDRO. (Y qué tengo yo que ver...)

BLAS. *(Declamando con énfasis.)* Oh! no!... No es la ambicion la que me guia. Dichoso al lado de una mujer querida... orgulloso con los progresos que mis tres hijos, Juan, Andrés y Meliton, hacen en el colegio politécnico... *(Mas alto.)* Seria completa mi felicidad si pudiese sentarme un dia en los bancos del ayuntamiento.

PEDRO. (Ah!... es el contrincante de mi tio!)

BLAS. Caballero!... no pretendo ejercer sobre usted ninguna influencia, pero mi deber es decirle la verdad.

CANTO. *Musica*

BLAS. Soy un hombre
poderoso,
bondadoso,
muy moral.
Y os ofrezco
cuanto valgo
si yo salgo
concejal.

PEDRO. Eres turco,
no te creo
aunque digas
cuanto quieras
que no son
mas que quimeras
y todo pura ficcion.

BLAS. Verdad, verdad!

PEDRO. Ficcion! ficcion!

BLAS. Verdad, verdad!

PEDRO. Ficcion! ficcion!

BLAS. Ya la sabe usted... y...

PEDRO. Ciertamente... caballero... yo... la verdad... toda la verdad. (*Don Blas vá á la chimenea, y pone sobre ella los papeles que traia.*) (A fé mia, tanto peor para mi tio don Pantaleon: á nadie daré mi voto sino á mi suegro, la voz de la naturaleza me lo manda.) Caballero, cuente usted con mi voto.

BLAS. (*Dándole la mano.*) Gracias, caballero. Vivimos en un siglo en que las gentes honradas deben hacer alianza.

PEDRO. Justamente. Por eso, no sin una especie de temor, vengo...

BLAS. (*Interrumpiéndole.*) Perdone usted; pero á las dos en punto he prometido estar en la plaza, y voy... Ven, hija mia. Tengo el gusto de presentar á usted á mi querida esposa.... (*Presentándola.*)

PEDRO. (*Anonadado.*) Su mujer!

BLAS. La señora doña Agapita Quincoces de Toro y Mala-yerba.
ANITA. *(Bajo.)* Pero tio!...
BLAS. *(Idem.)* Llámame tu Blasito!
PEDRO. Su mujer!...

ESCENA VIII.

DON PEDRO.

Su mujer!... Conque es casada! Y con tres hijos!... Pero, si mal no recuerdo, ella me daba esperanzas!... Se burlaba de mí!... Oh!... no hay duda!... *(Con desden.)* Y su... marido... ha tenido el atrevimiento de pedirme mi voto!... No, mi voto pertenece á mi tio don Pantaleon, él será mi suegro; la voz de la naturaleza me lo manda. Y yo, que escuchaba su sermon con tanta cachaza!... ahora mismo voy á intrigar contra él.

ESCENA IX.

DON PEDRO.—DON JUDAS, *que entra y saluda.*

JUDAS. Es el señor don Pedro Aguate á quien tengo el honor de hablar?
PEDRO. Si señor. (Quién será este?)
JUDAS. Caballero, yo soy elector; usted tambien lo es, y entre los electores debe reinar ante todo la unanimidad y la franqueza.
PEDRO. (Oh! qué ocasion!..) Ha elegido usted ya?...
JUDAS. Todavia no.
PEDRO. Ni yo tampoco. Se habla mucho, segun dicen, de un tal don Pantaleon?...
JUDAS. Le conoce usted?
PEDRO. (Ya lo creo.) No señor.
JUDAS. Ah! Pues no ofrece garantias; es un candidato vergonzante.—De quien se habla como de un escelente sujeto, es de un tal don Blas Tragaplatos...
PEDRO. No le conozco.

JUDAS. Ni yo tampoco. Pero ha prometido hacer un puente colgante, rebajar las contribuciones, y hacer otros muchos beneficios á la ciudad.

PEDRO. Todo eso se quedará en promesas. Pero en fin, desde luego le doy mi voto á ese don Blas, si acepta una condicion.

JUDAS. *(Con entusiasmo.)* El las acepta todas.

PEDRO. Pues bien, yo le doy mi voto, si él me da palabra de morirse en el término de veinte y cuatro horas.

JUDAS. Qué dice usted!!... (Este hombre está loco!)

PEDRO. Que ha de morirse dentro de veinte y cuatro horas.

JUDAS. Ya, ya lo he oido.

PEDRO. (Asi podré casarme con su mujer.) Y bien?

JUDAS. Caballero, yo no estoy suficientemente autorizado... pero... le hablaré... (Lo dicho, está loco!)

PEDRO. Se lo agradeceré á usted infinito.

ESCENA X.

DON PEDRO.—DON JUDAS.—ANITA.

ANITA. Señor don Judas?

PEDRO. (Ah! ella es!...)

ANITA. *(A don Judas.)* Don Blas espera á usted... en la junta preparatoria... Va á pronunciar un discurso, y necesita que esté usted allí para... no sé para qué.

JUDAS. *(Haciendo ademan de aplaudir.)* Ya!... ya sé para qué. Señores, hasta luego.

ESCENA XI.

ANITA.—DON PEDRO.

ANITA. (Dios mio! sola con él!... Y me cree casada con el tragon de mi padrino... y no puedo desengañarle...)

PEDRO. (Dios mio!... tres cachorros! en el colegio pirotécnico...)

ANITA. (*Despues de una pausa.*) Nada me dice! Ya se vé... estará enfadado... Veamos. (*Tose.*) Ehum! Ehum!...

PEDRO. Tose, tose... ni por esas... Si yo quisiera te quitaria la tos en la diezmilésima parte de un minuto... con la cienmillonésima parte de un grano de acónito; pero no, tose, rebienta, que es la tos del remordimiento. (*Poco á poco se vá volviendo, y al verla esclama con pasion.*) Anita Anita!... esposa de Eliogábalo... esposa de un antropófago!... Ah!...

ANITA. (*Asustada.*) Me dá usted miedo!

PEDRO. Ay! por qué me ha engañado usted?... (*Conmovido.*) Anita, por qué me ha hecho desgraciado! Si usted era casada, si usted pertenecia á otro, por qué no me presentó usted á su marido y me dijo: don Pedro, yo padezco... he aquí mi enfermedad.

ANITA. (*Conmovida.*) Don Pedro!... no es culpa mia... Si usted supiese... Si pudiera adivinar...

PEDRO. (*Con ansiedad.*) El qué?

ANITA. Nada!... antes de mucho... ahora no puedo decir...

PEDRO. Ah! señora Tragaplatós.

ANITA. Yo no me llamo así... Me llamo Anita.

PEDRO. Eh! Y yo!... yo que habia renunciado por usted á un casamiento brillante... á la gloria!

ANITA. A la gloria!...

PEDRO. Sí, señora. A la gloria! porque hubiera sido una gloria para mí casarme con la hija del doctor Corta-dósis. Un hombre que ha curado las tercianas á todos los guardas del canal, sin mas que echar un glóbulo de quina en las aguas del embarcadero!!! Voy, voy á reconciliarme con ella y á casarme en seguida. (*Va á salir.*)

ANITA. (*Deteniéndole.*) Espere usted, amigo mio!... espere usted!... Yo no puedo... no debo consentir que usted se case con la señorita Corta-dósis.

PEDRO. Cómo... no quiere usted que me case?... Quiere usted condenarme al celibato perpétuo?... sabe usted la responsabilidad que contrae?

ANITA. (*Turbada.*) Yo... no quiero que usted se case... con otra... no.

PEDRO. Cómo! usted no quiere que sea con otra!... Pues entónces... qué haremos?... Porque yo necesito amar. *(Movimiento de Anita.)* Sí señora, yo necesito amar... á alguna... qué he de hacer?..

ANITA. Seguir...

PEDRO. Amando á usted?

ANITA. Amarme... no creo que le será á usted difícil...

PEDRO. No señora, no... Creo que no será difícil... (Dios mio, si no permanezco firme, creo que me voy á inclinar hácia lo ilícito... Voy á incurrir en el artículo no sé cuantos del Código penal.)

ANITA. Qué dice usted!

PEDRO. Que yo no debo amar á usted, porque el presidio-modelo está ahora en Alcalá.

ANITA. Pero...

PEDRO. Nada... nada. No puedo amar á usted.

ANITA. Sí señor, sí puede usted.

PEDRO. Pero, señora... y... y... el otro!

ANITA. *(Vivamente.)* Quién?

PEDRO. El otro!... Eliogábalo... *él*.... la criatura que nosotros y ellas conocemos siempre con el nombre de *él*.

ANITA. No entiendo á usted.

PEDRO. El; el marido... su marido de usted.

ANITA. (*Con mucha candidez.*) No le hace.

PEDRO. *(Asustado.)* Cómo que no le hace!!

ANITA. No será un obstáculo!!

PEDRO. Cómo!... será tan bondadoso...

ANITA. Digo que no será un obstáculo... al menos por mucho tiempo.

PEDRO. Ah!... conque usted espera...

ANITA. *(Bajo.)* Sí, dentro de poco...

PEDRO. *(Idem.)* Qué?

ANITA. Chist!... Chist!.—Es un secreto!

PEDRO. *(Mirando á todas partes.)* Un secreto! (Diablo!)

ANITA. De un momento á otro pueden cambiar las cosas...

PEDRO. (*Mirándola fijamente.*) Ya... ya comprendo... el divorcio... pero es muy difícil... *(Bajo.)* el divorcio!...

ANITA. Qué habla usted de divorcio!

PEDRO. Pues, entonces... no sé... Ah! ya entiendo... está ético?

ANITA. Ético don Blas! con aquel barrigon... y aquellas ganas de comer...

PEDRO. Pues no sé.

ANITA. No pido á usted sino que tenga un poco de paciencia... por pocos dias... por pocas horas... y quizás, amigo mio... paciencia!... y quién sabe lo que puede suceder!

PEDRO. Pero dígame usted...

ANITA. Paciencia; bastante he dicho: lo demás debe adivinarlo. *(Vá á salir.)*

PEDRO. Escuche usted, Anita...

ANITA. Lo demás... debe usted adivinarlo. *(Muy marcado, y vase.)*

ESCENA XII.

DON PEDRO.

Adivinarlo!... adivinarlo!... El qué, vamos á ver?... *(Pausa.)* Ah!... *(Dándose en la frente.)* Oh!... querrá ayudar á la tísis. *(Horrorizado.)* Querrá que yo me encargue de su marido... No, no... el presidio-modelo está en Alcalá... Lucrecia Borgia!... María del Castillo... Madame Lafars! *(Dramáticamente y como apartando una idea.)* No, no!... Pero, señor, será capaz... no... *(Reflexionando.)* Sí... que como dijo Séneca: la mujer es!.... no me acuerdo.... pero como dice el refran, cuando no me acuerdo no debe ser cosa buena... Cómo querrá deshacerse de su marido?... los disgustos... las caricias... los fósforos... los médicos... qué medios habrá pensado?... Si querrá que yo le asista? No, no debo ser cómplice... de... pobre hombre! Estoy por decírselo todo, y en agradecimiento tal vez me permitiria... Nada... nada... me voy... me alejo para siempre... *(Va á salir.)*

ESCENA XIII.

DON PEDRO.—JUANA. — *Despues* ANITA.

JUANA. *(Entrando con una taza de leche.)* Aquí tiene usted la taza de leche que me ha pedido. *(La deja sobre la mesa.)*

PEDRO. Déjala ahí.

JUANA. En cuanto al cuarto...

PEDRO. Es inútil, me voy.

ANITA. *(Saliendo.)* Cómo! Se vá usted?

PEDRO. Sí, me voy... no puedo estar aquí mas tiempo: voy á ver si hay un caballo de alquiler en la cuadra para que lo dispongan; pero antes de marchar subiré á pagarte la cuenta: deja ahí la leche, y la tomaré antes de emprender mi camino. Adios, señora, adios.

ANITA. Conque por fin se vá usted?

PEDRO. Sí.

CANTO.

A Madrid voy corriendo,
no sé si llegaré,
porque de amor yo creo
que pronto moriré.

ANITA. Se marcha usted volando
y enamorado vá!
Entonces no hay cuidado,
muy pronto volverá.

DUO.

ANITA.	PEDRO.
A Madrid va corriendo.	A Madrid voy corriendo.
Y enamorado vá.	Ay que de amor me muero!
Muy pronto volverá.	No volveré.
Si volverá.	Voy á la cuadra.

ANITA. Él volverá.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, *limpiando.*—ANITA, *ayudándole.*

CANTO.

El amor de los hombres
es humo todo;
y es el de las mujeres
pasion al oro.
Que si se mira
en ellos y en nosotras
todo es mentira.
Dicen los hombres *ache*,
nosotras *erre*,
las mujeres engañan
los hombres mienten.
Y esto lo dijo
uno que estaba arando
en un cortijo.

ANITA. Ea, ya hemos concluido. Pero señora, usted es muy hacendosa.

JUANA. Qué quieres? la costumbre. No puedo estar sin hacer algo... Por eso te ayudaba á limpiar: ademas esta sala nos pertenece y... Don Pedro no ha vuelto aun? Si habrá encontrado caballería para volver á Madrid... Ah! Hétele aquí... no quiero que me vea. Bien dije yo, que pronto volvería. *(Vase.)*

ESCENA II.

JUANA.—DON PEDRO, *desesperado.*

PEDRO. Nada! no encuentro medio de trasporte; ni carro, ni caballo... no hay mas que el jumento de mi tio, para alquilar en toda la ciudad... y ese no quiero pedírselo... aunque no sea mas que por el parentesco...

JUANA. Con el burro!

PEDRO. No, con mi tio... tendrá el pienso de sobra...

JUANA. El tio?

PEDRO. No: el burro de mi tio.

JUANA. Con que se queda usted por fin?

PEDRO. Por fuerza... (Si pudiese sonsacar á esta chica...) Mira, Juanita, sácame una peseta del bolsillo izquierdo del chaleco... yo no puedo... tengo las manos ocupadas... *(Abrazándola.)*

JUANA. Otra vez?... *(Sacándola.)* Aquí está.

PEDRO. Muy bien, gracias: ahora responde. Qué sabes tú de la señora de Traga-platos?

JUANA. Sé... que es la mujer de don Blas Traga-platos.

PEDRO. Pues me has sacado de una duda... Mira, Juanita, saca otra peseta del bolsillo derecho del chaleco... *(La abraza.)* Tengo las manos ocupadas.

JUANA. Aquí está... (Ya son dos!)

PEDRO. Vamos, dime: qué casta de pájaro es ese señor Traga-platos?

JUANA. Oh! es un pájaro muy gordo... muy comilon... que siempre está disputando con su mujer... pobrecilla! Debe ser muy desgraciada!

PEDRO. Por qué supones?...

JUANA. Por qué? porque han pedido dos habitaciones...

PEDRO. (Hola! hola!) Sigue, sigue.

JUANA. Se dice que viven separados... que él es muy malo... y que ella... no es buena!...

PEDRO. Ah!

JUANA. Yo creo aquí *inter nos*, que la señora se alegraria de ver á su marido...

PEDRO. Cómo?

JUANA. *Ad patres*! para volver á casarse.

PEDRO. *(Asustado.)* Silencio! *(Ad patres*!... Esta chica ha reasumido la situacion en esa sola palabra.) Escucha Juana, si don Blas te pide agua, responde:—no ha venido el aguador; si te pide vino, di:—no hay.— En fin, en nombre de la humanidad te mando que no le des de comer ni de beber.

JUANA. Pero, por qué?

PEDRO. Por qué?... No puedo decírtelo... Solo te repito en nombre de la humanidad, que no des de beber ni de comer á don Blas Traga-platos, ó teme ir al presidio modelo de Alcalá.

JUANA. Yo!!

PEDRO. O á la Casa-galera: es igual.

JUANA. Dios mio!... pero por qué?...

PEDRO. No puedo decirte mas...

JUANA. Pero el pobre don Blas!... Ya me da lástima!— Y si tiene hambre, y me manda que le dé...

PEDRO. Nada, absolutamente nada.—Ah! sí, puedes darle... huevos cocidos, (los huevos no pueden envenenarse...) todos los que quiera... pero nada mas... huevos duros... muchos huevos duros; pero nada de agua.

JUANA. Se atragantará...

PEDRO. Que se ahogue... no importa... es para salvarle la vida.

JUANA. Vaya, vaya: yo...

PEDRO. Qué es eso? rehusas obedecerme? pues te pesará... pasarás el resto de tu vida hilando...

JUANA. Pero no ve usted que don Blas es un buen parroquiano... y que voy á desacreditar la fonda...

PEDRO. Sí? Pues mete las dos pesetas en cualquiera de los bolsillos de mi chaleco.

JUANA. Yo... lo que es por esta vez... *(Vase corriendo.)*

ESCENA III.

DON PEDRO.

Muchacha!... Pues, señor, se fué... ya me las cobraré... No pensemos ahora mas que en mi crítica situacion.—Es mas terrible de lo que parece. No veo mas que un horizonte cargado de nubarrones lúgubres... Por un lado ese marido tan insoportable como su apellido... Por otro esa pasion insensata... que comenzó por un buey, y que puede acabar por un... esto es grave... muy grave... y decididamente voy á tomar un asiento de cupé para volverme á Madrid!... *(Va á salir y se detiene.)* Pero... Debo marcharme sin advertir á ese desgraciado el crímen que se proyecta, y en el que juega su cabeza?... No: debo advertirle... pero... cómo?... ah! dos letras... *(Escribe en una hoja de su cartera.)* Sí, debo decirle: »Desgraciado: atentan á vuestra » vida; si quereis conservarla no bebais... no » comais... no durmais... Velad... porque otra » espada de Damócles, pesa sobre vuestra ca- » beza. » Firmo.—»Un amigo de la humanidad!» —Ea, ya está; pero, cómo haré llegar este papel á sus manos?... Ah! *(Viéndolas.)* Las pruebas de su discurso ó profesion de fé... Por fuerza las tendrá que corregir al momento.

ESCENA IV.

DON PEDRO.—DON BLAS.

(Al salir don Pedro, entra don Blas con mucha alegría riendo y palmoteando.)

BLAS. Viva! viva! Soy un hombre grande. Qué efecto ha hecho mi discurso!... Qué aplausos me han dado!... Sobre todo cuando dije aquello en griego... aquello que copié del libro... *(Rie á carcajadas.)* Já! já! já!!

PEDRO. Don Blas!... *(Con tono profético.)* Quien el lunes rie, el domingo llora!...

BLAS. *(Dándose golpecitos en la barriga.)* Eh! Qué quiere decir...

PEDRO. *(Aparte observándole atentamente.)* (No tiene contestura de tísico.) Don Blas. Cómo está usted?

BLAS. Yo? Bien para servir á usted.

PEDRO. *(Admirado.)* Se siente usted bueno!

BLAS. Y con buenas ganas: escuche usted lo que he comido en la sala de abajo, para reponerme de la fatiga de mi discurso...

CANTO.

Tres tazas de rica sopa,
cinco platos de puchero,
media pierna de carnero
y seis libras de jamon;
medio cenacho de setas,
medio pavo, una gallina,
un perol de jaletina
y entero todo un jamon.
Con seis cuartillos
del de Aragon.

PEDRO. Jesus! qué bruto!
Venga la uncion.

Ah! entonces veo que usted acepta mi proposicion.

BLAS. Qué proposicion?

PEDRO. La que hice á don Judas. Mi voto para usted, si rebienta antes de veinte y cuatro horas!...

BLAS. Canastos! No señor, yo no quiero rebentar... rebiente usted y toda su... Yo quiero vivir muchos años, y viviré... Si señor, yo no me muero en toda mi vida.

PEDRO. Infeliz! No diga usted eso.

BLAS. Pero, por qué?

PEDRO. No puedo decirlo! *(Proféticamente.)* Adios, don Blas; quiera el cielo que usted viva muchos años... lo deseo... *(Con misterio.)* pero no lo espero...

BLAS. Cielos! Qué quiere decir? (Tratarán de matarme mis enemigos políticos!) (*Con temor.*) Hable usted, caballero... Lo que usted ha dicho á don Judas, es grave.... muy grave... y si me sucede algo, si me muero ó me matan, mi voz acusará á usted, despues... antes los tribunales, como autor de mi desgracia.

PEDRO. A mí!... no: yo nada sé.

BLAS. Usted sabe algo.

PEDRO. (*Casi llorando y abrazándole.*) No. Adios, señor don Blas... Adios!... Ya no nos volveremos á ver; pero ahora mismo voy á votar por usted; yo cumplo mi palabra... y esto será un consuelo para sus manes de usted... (*Despidiéndose exageradamente.*) Adios, pobre don Blas, adios para siempre... (Percibo en su rostro todos los síntomas que la homeopatía describe como signos característicos del estertor.) Pero por Dios, amigo mio... corrija usted esas pruebas... dese usted prisa á corregir esas pruebas...

ESCENA V.

DON BLAS.—*Despues* DON JUDAS.

BLAS. Mis pruebas!... mis pruebas!... ese hombre está loco. Qué tiene él que ver con mis pruebas?

JUDAS. (*Entrando azorado y con el sombrero puesto.*) Mil millones de demonios.

BLAS. Qué es eso, amigo mio?

JUDAS. Friolera!... la eleccion de usted va á fracasar... estamos perdidos.

BLAS. (*Espantado.*) Qué dice usted!... Qué hay?

JUDAS. Hay... que usted tiene la culpa por su bestialidad... no, perdone usted... por su estupidez... digo... por su glotonería... usted ha aceptado la invitacion que le ha hecho el síndico de ir á comer con él dentro de una hora...

BLAS. Ya no me acordaba: me alegro, porque me siento con apetito.

JUDAS. Pues bien, el síndico es el vinatero mas rico de Guadalajara... ha convidado á todos los de su gremio, y en cuanto lo han sabido los tejedores á quienes no se ha invitado, han vuelto á votar todos por su contrincante de usted, por don Pantaleon.

BLAS. Diablo!... Pues estamos frescos! Y qué hacemos?

JUDAS. Todo se ha perdido.

BLAS. Ah! una idea! magnífica!... No iré á comer con los vinateros, y así me votarán los tejedores.

JUDAS. Tan malo es el remedio como la enfermedad.

BLAS. Por qué?

JUDAS. Porque entonces se creerán desairados los vinateros: y si lo votan á usted los tejedores, le repulsarán los vinateros; y si vá usted á comer con los vinateros, no le votarán los tejedores.

BLAS. *(Aturdido.)* Pues esta es buena! Y qué hacemos?...

JUDAS. Silencio. *(Como inspirado.)* Hay un medio de salvar á usted y quedar bien con todos.

BLAS. Diga usted, diga usted.

JUDAS. Chist... yo evitaré la derrota de usted... *(Llamando.)* Juana, Juana! *(A Juana que se presenta.)* Una taza de té.

BLAS. *(Asombrado.)* Una taza de té...

JUDAS. Silencio. Voy á decir á los vinateros que se ha puesto usted muy malo... que se ha atracado de setas, y que no puede ir á comer con el síndico... De esta manera los vinateros le dispensarán á usted,y los tejedores veran que no asiste á la comida.

BLAS. Ah! mi buen don Judas!... Hombre, es usted el primer Judas bueno que ha habido en el mundo! *(Abrazándolo.)*

JUDAS. Bien, bien; pero no perdamos tiempo: es preciso que finja usted estar muy malo.

BLAS. Ya, ya entiendo.

JUDAS. (*Llamando.*) A ver, la bata de don Blas... (*A Anita que sale.*) Vamos... la bata de don Blas... el gorro...

ANITA. (*Asustada.*) Dios mio! qué sucede?

JUDAS. Vamos... la bata... el gorro de don Blas, que está muy malo...
ANITA. Dios mio... voy...

ESCENA VI.

DON BLAS.—DON JUDAS.—ANITA, *que vuelve á salir con la bata y el gorro de don Blas.*

JUDAS. (*A Anita.*) No tenga usted cuidado... no es mas que un cólico de setas. (*Anita pone á don Blas la bata y el gorro.*)
ANITA. Setas!... Ay Dios!... Setas!!..
JUDAS. Voy á decir á todo el mundo la enfermedad de don Blas. Pronto vuelvo.

ESCENA VII.

DON BLAS. ANITA.—*Despues* DON PEDRO.

BLAS. Dime, hija, estoy muy desencajado?
ANITA. Sí señor.
BLAS. Caramba!... Si estaré malo de veras!
ANITA. Qué siente usted!
BLAS. Así... unos calofrios... me alegro de estar pálido...
ANITA. Qué le duele á usted?
BLAS. (*Llevándose la mano al cogote.*) El bazo. Já!.. ja!.. já!..
ANITA. Le duele á usted tanto y se rie?
BLAS. Calla, tonta: esto es un entablillamiento electoral. (*Se sienta cerca de la chimenea.*)
ANITA. (*Mirando á don Blas y riéndose.*) Qué feo esta usted con ese gorro. Já!.. já!.. já!..
PEDRO. (*Entrando.*) Ya no hay billetes en la diligencia... por vida!.. tendré que quedarme aquí hasta mañana.
BLAS. (*Metiéndose el gorro hasta las cejas.*) (El elector!)
PEDRO. (*Viendo á Anita que se rie.*) Qué tiene usted, señora?

ANITA. Yo... nada. Es don Blas que está muy malo... Já!.. ja!..

PEDRO. (*Absorto.*) Y se rie! Señora... Usted se rie?

BLAS. (*Quejándose y haciendo contorsiones.*) Ay! ay! Hem... hum... ay!..

PEDRO. (*Ap. con horror.*) Uf.., qué horror! Esto es que ya ha empezado el envenenamiento... Pobrecillo!.. Infeliz!.. (*Alto y dirigiéndose á don Blas.*) Qué es eso, amigo don Blas? Qué siente usted? Quiere usted un globulito de ácido prúsico en tercera dilucion?

BLAS. (*Fingiendo desfallecimiento.*) No, esto no será nada: es que me han hecho daño unas pocas setas que he comido.

PEDRO. (*Asustado.*) Setas! y ahora recuerdo, medio cenacho!!

BLAS. Por eso no puedo ir á la casa del síndico.

PEDRO. (*Con intencion y lástima.*) Desgraciado! Por qué no ha corregido usted las pruebas!...

BLAS. Qué demonio de pruebas! qué tienen esas pruebas?

PEDRO. (*Bajo á Anita, reconviniéndola con horror.*) Setas! Ah! señora Tragaplatos!

CANTO.

Ay, ay, ay, ay don Blas
Ay que se muere usté:
Mas no tenga cuidado
que yo le rezaré.
Ay, ay, ay que se muere
Ay, ay pobre don Blas.

BLAS. Antes ciego te quedes,
hemeópata infernal.

ANITA. No lo permita el cielo,
que entonces pierdo el chal.

ESCENA VIII.

Dichos.—JUANA, *con una tetera que deja sobre la mesa.*

JUANA. Señor, aquí tiene usted agua caliente; en cuanto al té no le hay en casa.

ANITA. No importa.—Yo llevo té en mi saco de noche: siempre que viajo...

JUANA. *(Mirando á don Blas.)* Pobre hombre! *(Bajo á Anita.)* Voy á buscar al médico ó la uncion?

ANITA. No: vete. *(Se va Juana.)*

PEDRO. No quiere que venga otro médico! No me ha dicho siquiera que le pulse!... es claro. (*A Anita que está buscando el té en el saco.)* Ah, señora! Señora!...

ANITA. *(Impaciente.)* Eh! Ayúdeme usted á encontrar la cajita donde tengo el té.

PEDRO. (*Suplicando con emocion bajo á Anita.*) Señora, suplico á usted en nombre de la humanidad, en nombre de los tres hijos internos del colegio pirotécnico... (*Encontrando un libro en el saco.*) Ah! Usted lee... libros románticos?... «La Marquesa de Brinvilliers! *(Espantado.)* Horror!

ANITA. Silencio, por Dios... sobre todo delante de él. *(Encuentra la caja del té y se dirige al fondo, donde está la tetera con agua.)*

PEDRO. (*Ap. con el libro en la mano.*) Qué tiene de estraño lo que aquí pasa? »Dime lo que lees, te diré quien eres.»

BLAS. (*Que se ha quedado medio dormido, bostezando.*) Ah! Uf!... Qué es eso?

PEDRO. Nada, nada. (*Leyendo.*) «Era blanca y hermosa.» (*Mirando á Anita.*) Como ella!—«Era de mirada seductora.»—Como ella!—«Su figura »era simpática, y respiraba inocencia... y sin »embargo, envenenó á su marido en una taza »de té.» (*En este momento baja Anita con la taza de té, y se la presenta á don Blas.*) Ah! Horror!

ANITA. (*A don Blas con dulzura.*) Amigo mio, aqui tienes el té.

PEDRO. (*Con situacion inspirada, horrorizado y aparte.*) Dios de bondad!!!

BLAS. Bien, Anita mia, llévate mi levita. (*Anita recoje la levita, y se va por el foro. Don Blas bebe el té: Don Pedro se arroja de pronto á quitarle la taza.)*

PEDRO. No beba usted, desgraciado; no beba usted...

BLAS. Eh!... qué... qué dice usted?...

PEDRO. (*Ap. horrorizado.*) Ha bebido!... Ha bebido! Infeliz!... No habrá creido bastante las setas, las mortíferas setas, y tal vez ha echado arsénico en el té! (*Se pasea á grandes pasos por toda la escena.*)

BLAS. (*Admirado.*) Pero, señor, qué tendrá este hombre que tanto gesticula?

PEDRO. Yo no debo consentir... no... Voy á darle tres libras de acetato de morfina para neutralizar los efectos del veneno... pero no: (*Reparando en la taza del té.*) mejor es, por el pronto, esta leche.

BLAS. (*Tomando las pruebas y reparando en el billete de don Pedro.*) Qué es esto? (*Lee.*) «Señor don Blas, atentan á vuestra vida. No comais, no bebais nada...»

PEDRO. (*Presentándole la taza de leche.*) Señor don Blas... beba usted, beba usted esto al momento.

BLAS. (*Dando un salto.*) Asesino!

PEDRO. (*Con solemnidad.*) Pronto, pronto, beba usted.

BLAS. Malvado! Ese brevage está envenenado!...

PEDRO. Envenenado!... Qué dice? Ah! Imbécil!... (*Bebiendo.*) Mire usted, yo bebo!... Lo ve usted?... Yo bebo!... Voto á... (*Mirando la taza.*) Me lo he bebido todo. No ha quedado nada para usted.

BLAS. (*Azorado.*) Pero, Dios mio!... Qué significa este aviso?... (*Señalando al papel.*)

PEDRO. (*Con satisfaccion.*) Yo... yo lo he escrito.

BLAS. (*Creyéndose envenenado y con desesperacion.*) Ah! ya lo comprendo todo. Esto es una intriga, una venganza electoral... (*Cambiando de tono.*) ó quizás usted quiera intimidarme... Sí, usted quiere intimidarme!... Já!... Já!... Já!...

PEDRO. Y se rie!... Caballero, el tiempo que gasta usted en reirse debiera emplearlo... en beber leche.

BLAS. Para qué?

PEDRO. Y me pregunta para qué!...—Para desenvenenarse... para curarse...

BLAS. Eh?—Yo no estoy malo.

PEDRO. Infeliz! Dice que no está malo, y se ha bebido la mitad del té.

BLAS. El té?

PEDRO. (*Cogiendo la taza.*) Oh! qué idea!... El boticario es amigo mio, á pesar de que yo soy homeó-

pata: vive ahí enfrente, y voy á hacer que analice este brevage mortuorio... digo, mortífero. *(Vase con la taza del té.)*

ESCENA IX.

Don Blas.—*Luego* Don Judas.—*Despues* Anita.

Blas. Y se lleva la taza que no es mia! Sin duda este hombre está loco!

Judas. *(Entrando y tirando el sombrero.)* Victoria! Victoria!

Blas. Qué es eso?

Judas. Ya es usted concejal.

Blas. *(Tira la bata y baila.)* De veras?

Judas. Por un solo voto, uno mas que su contrincante, gracias al médico *oleópata.*

Blas. No entiendo...

Judas. Es igual: vamos, vístase usted al momento.

Blas. Para qué?

Judas. Para recibir á los electores que vienen á dar á usted la enhorabuena.

Blas. Cómo!... Vienen ellos mismos personalmente... á cumplimentarme? Ana! Ana!... Mi levita! Pobrecitos... Les haré el puente colgante... (ó se quedarán colgados)... Y dígame usted, don Judas, qué quiere usted que les diga?

Judas. Dígales usted lo mismo que esta mañana...

Blas. Tiene usted razon; bien pueden oir mi discurso dos veces.

Anita. Aqui tiene usted su levita...

Blas. Ah! mi querida Anita.... No sabes lo que pasa? Pobrecita! Ya he logrado mi objeto... Ya soy concejal... estoy tan contento que te ofrezco comprar un chal.

Anita. (Ya son cuatro.)

Blas. Sí, un chal lo menos de tres ó cuatro mil reales.

Anita. Yo quisiera mejor un marido, aunque sea de tres al cuarto, tio mio!

Blas. De veras! pues te buscaremos uno...

Anita. No se canse usted, tio... Si ya lo he encontrado.

Blas. Cómo! Estás ya casada?

ANITA. No señor: quiero decir que ya he hallado un hombre que desea ser marido.

BLAS. Pues has hallado un fenómeno. Y quién es ?

ANITA. Un buen mozo.

BLAS. Eso para vosotras siempe es lo primero...

ANITA. No señor, no es el primero.

BLAS. Chica, qué has dicho?

ANITA. Digo que no es el primer novio que he tenido... pero es tan bueno, tan amable!...

BLAS. Bien, bien: ya me lo presentarás cuando yo vuelva...entre tanto, Anita, sabe que nos hemos divorciado: se acabó la farsa, ya eres libre, ya eres viuda.

ANITA. Viuda! Qué felicidad!

BLAS. Muchas conozco yo que dirian lo mismo. *(Toca la murga el himno de Riego, muy mal.)*

JUDAS. *(A la ventana.)* Ya están ahí!... ya están ahí!

BLAS. Quiénes?

JUDAS. Los electores! Vamos... saludad, y decidles algo. *(Don Blas vá á la ventana: gritos de vivas y música.)*

BLAS. Callad, brutos, que voy á hablar.

DENTRO. Viva! viva!

BLAS. Chit!...Chit! *(Pausa, tóse para prepararse: pausa y dice despues.)* Amados oyentes mios... Por todo lo espuesto... *(A don Judas, que coje las pruebas y le dice bajo.)* Apúnteme usted.

JUDAS. »El puente colgante será para vosotros.»

BLAS. El puente colgante será para vosotros.

JUDAS. *(Vuelve la hoja y lee la nota de don Pedro.)* »No comais, no bebais.»

BLAS. No comais... no bebais... no... demonio!... que me está usted diciendo? Eh! Por todo lo espuesto esta mañana comprendereis mis sentimientos.... y.... ante todo conviene que sepais... porque yo no puedo... ni he podido... ni... podré aun cuando yo... mi lealtad y mis deseos... *(Muy deprisa para acabar.)* No son ni pueden ser otros... por todos los siglos de los siglos.

JUDAS. (Amen.)

BLAS. Sí, hijos, para mejor esplicaros mis sentimientos, esperad un momento, y bebed, bebed á mi salud. *(Música dentro.)*

ESCENA X.

ANITA.—*Despues* DON PEDRO, *con una taza de té.*

ANITA. (*Contenta.*) Ya soy libre! libre! Ah! Ahora no me llamará la señora Traga-platos, sino Anita. Pobre hombre! Cuanto ha debido sufrir al creerme casada!... cuanta va á ser ahora su alegría!... ah! (*Ve á don Pedro.*) Héle aquí. (*Don Pedro entra muy triste y espantado, con el sombrero sobre los ojos y la taza en la mano.*)

PEDRO. (Ya he hecho analizar esta bebida por el mas entendido y único boticario de Guadalajara... y ha encontrado veinte y tres granos de hidro-cloro-sudo-sulfo-fósforo-potasium... potasium!)

ANITA. (Qué tendrá! Qué aspecto tan triste!)

PEDRO. (*Viendo á Anita y retrocediendo.*) Lucrecia Borgia.

ANITA. Eh? Qué tiene usted, amigo?

PEDRO. (*Con misterio enseñando la taza cómicamente.*) Que qué tengo? Hidro-cloro-sudo-sulfo-fósforo-potasium!

ANITA. (*Con candidez.*) Y quién es ese señor de apellido tan largo?

PEDRO. Potasium!

ANITA. Dios mio! Se ha vuelto usted loco?

PEDRO. Potasium!

ANITA. No hay mas! Se ha vuelto loco! Infeliz! Cuando yo me disponia á participarle su dicha, á llenarle de felicidad... Pobrecito!... (*Don Pedro la mira con horror y ella se acerca con precaucion.*) Amigo mio, no me mire usted así...

PEDRO. Potasium!

ANITA. Yo que venia á dar á usted una buena noticia...

PEDRO. Una noticia!... Cual?

ANITA. (*Alegre.*) Ya estoy libre.

PEDRO. Libre? (*Con ansiedad.*) Y... su marido de usted?

ANITA. Ya no tengo marido... ya soy viuda.

PEDRO. (*Grita y deja caer la taza.*) Viuda!! Ya murió el viejo! Dios le haya perdonado! Padre nuestro...

ANITA. Y bien, no me dá usted la enhorabuena?

PEDRO. Desgraciada!! Adónde te han conducido tus románticas ideas!!

ANITA. Y me tutea!...

PEDRO. Yo te amaba, sí, te amaba; pero este crímen levanta entre nosotros una muralla como la de la China; sí, tú eres para mí un tártaro. Te abandono á tus remordimientos, moderna Lucrecia Borgia... María del Castillo !

ANITA. Pero, señor, qué tiene este hombre? Señor don Pedro, es así como me trata usted? Usted, que me ha salvado del furor de un toro de Jarama?

PEDRO. No, no señora: no era un toro del Jarama: era... un buey de Torrejon... sí, un pacífico buey...

ANITA. Cómo!

PEDRO. Ahora ya puedo decirlo... (*Aclamaciones confusas dentro.*) Silencio! Oigo... sí, el populacho vendrá á pedir la cabeza de usted como pidió la de la Castillo! Huya usted. (*A la ventana.*)

ANITA. Huir yo!! y por qué? (*Murmullos.*)

PEDRO. Tenga usted, tenga usted mi gaban, disfrácese usted con mi gaban; líbrese usted de la venganza pública. (*Don Blas aparece al foro.*) Él!! (*Retrocede.*)

ESCENA XI.

Dichos.—DON BLAS.—DON JUDAS.

BLAS. (*Con satisfaccion.*) Oh! qué entusiasmo: qué ovacion!

CANTO.

Palmadas y bravos,
y vítores mil,
y vivas sin cuento
acabo de oir.
Palmadas, palmadas,
y vivas sin fin.

no

Pero qué entusiasmo, hija mia! querian tirar de mi coche... pero como venia á pié no han podido engancharse.

PEDRO. Pero Dios mio! será cierto? (*Le toca la barriga.*)

BLAS. Estése usted quieto, hombre, que me duele.

PEDRO. Y á usted que le importa?

BLAS. Cómo que no me...

PEDRO. Es claro; cuando uno se muere los vivos dicen: ya no le duele nada. Usted ha muerto, conque...

BLAS. Está usted loco? Vaya, que tiene usted gracia.

PEDRO. Será verdad! (*Le toca otra vez.*) Estará usted vivo... Sí, se menea, y anda á pesar del potasium. (*Le empuja gritando.*) Necio! estúpido, bestia, animal...

BLAS. (*Incomodado.*) Eh?

PEDRO. Es á mí: sí, á mí, bruto, salvaje, que he creido...

BLAS. Pero qué es esto, Anita?

ANITA. Yo no sé, mi querido tio.

PEDRO. Su tio! su... á ver, á ver...

BLAS. Este hombre está tocado, sobrina.

PEDRO. Su sobrina!!

BLAS. Si señor, mi sobrina, y qué tenemos? Ya soy concejal; ya se acabó la farsa, ya no tengo necesidad de hacerla pasar por mi mujer.

PEDRO. Cómo! Usted! Esta señorita es... y usted, caballero, era... y yo... nécio de mí, seré...

ANITA. No, caballero, no, usted no será... no puede ser mi marido, usted está loco, sin duda alguna.

PEDRO. Ay, señorita. Sí, ahora lo conozco... he estado loco... pero el amor, los celos... á quién no hacen perder la razon? Yo la quiero á usted mucho, de veras, y...

BLAS. Ah! es este caballero el marido, digo, el novio que digiste?...

ANITA. (*Con rubor.*) Si, tio mio, en el viaje el señor me ha defendido de un buey de Torrejon.

PEDRO. No, no; de un toro de Jarama: puede usted enterarse...

BLAS. En buen hora; gracias por ella, y por el toro... digo, por ella y por mí.

PEDRO. Señor don Blas, su sobrina de usted es un conjunto de virtudes y perfecciones.

ANITA. (*A don Blas.*) Ya recobra la razon.

PEDRO. Y tengo el honor de pedir á usted la mano de esta señorita.

BLAS. (*Con aire de autoridad y sin sombrero.*) Caballero, usted me ha dado su voto, y si desea

alguna colocacion, algun empleo...

PEDRO. *(Coge el sombrero de don Blas y toma una posicion oficial.)* Caballero, Yo deseo el empleo de... emplearme en ser su sobrino de usted. *(Don Blas mira á Anita que dice sí.)*

BLAS. Pues bien, candidato, hé aquí mi bola blanca. *(Tomando la mano de Anita.)* Esta es mi respuesta.

PEDRO. Ah! qué feliz soy.

ANITA. Yo tambien.

JUDAS. *(Acercándose á don Blas.)* Y mi empleo de inspector de faroles?

BLAS. No hay nada de lo dicho, no hay mus.

JUDAS. Conque á ese...

BLAS. Ese es un hombre de bien, y usted un intrigante... un hombre venal! un Judas. Quítese usted el sombrero, y váyase á pasear.

CANTO.

ANITA. Para celebrar la boda,
aun nos falta una dispensa
y es que el público indulgente
dos palmadas nos conceda.

TODOS. Viva la boda,
viva el bureo,
la noche toda
siga el jaleo.

FIN.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.
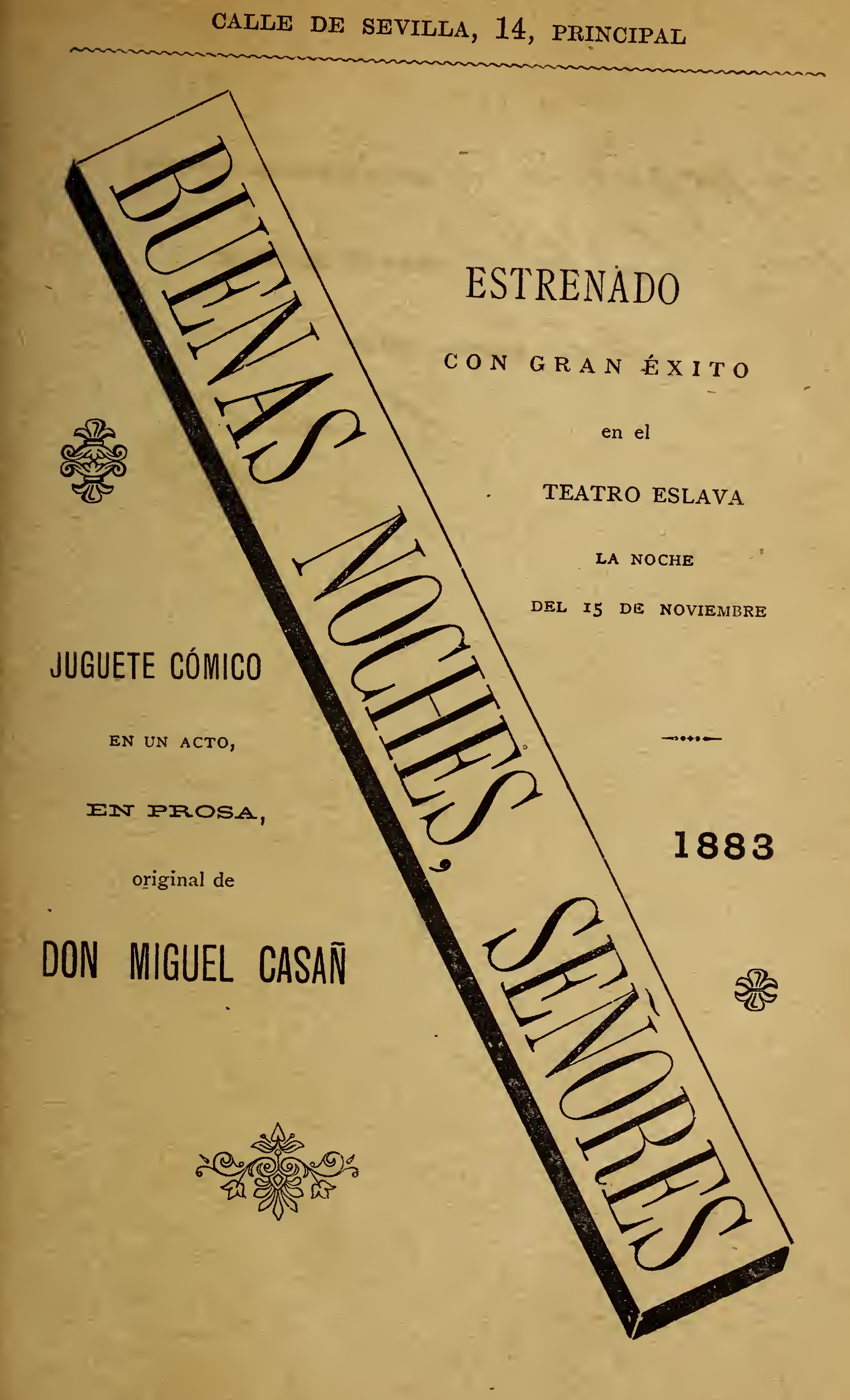
Madrid 26 de Noviembre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL



BUENAS NOCHES, SEÑORES

ESTRENADO

CON GRAN ÉXITO

en el

TEATRO ESLAVA

LA NOCHE

DEL 15 DE NOVIEMBRE

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO,

EN PROSA,

original de

DON MIGUEL CASAÑ

1883

A la pequeña y monísima
actriz Lolita Gonzalez
su amigo
El autor

MADRID, 1883.
Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa,
Libertad, 16 duplicado.

Á su queridísima hermana Bernardina,
dedica este juguete

EL AUTOR.



REPARTO

PERSONAJES.		ACTORES.
LA BARONESA...............	D.ª	AURORA RAMÍREZ.
ROSA (*doncella de servicio*)...		CAROLINA CAMPINI.
ANGELITA (*nueve años, hija de la Baronesa*)..............		CONSUELO BUENO.
NICOLÁS (*lacayo*)............	D.	RICARDO GUERRA.
RAMÓN (*soldado de caballería*).		ENRIQUE CARRIÓN.

ACTO ÚNICO

Salón elegante.—En el foro, centro, una alcoba, cuya puerta cierran amplias colgaduras.—A derecha é izquierda, mesas jardineras conteniendo, reloj, la una; la otra una figura; ambas con grandes candelabros encendidos.—En las paredes grandes espejos.

En la derecha dos puertas, que son la de entrada y salida y la de servicio.

Entre estas dos puertas un elegante secreter con escribanía.

En la izquierda, primer término, una ventana practicable, y debajo un pequeño velador.—En segundo término, puerta de la habitación de la Baronesa.

Entre esta puerta y la ventana, separado como un metro de la pared, un suntuoso tocador, y delante de él un sillón que tendrá en el respaldo un peinador.

En el centro un velador con un gran quinqué de pantalla.

Jaula con una cotorra, que se supone está en la ventana.

Sofá, butacas. sillas, etc.

Sobre el sofá un plumero y un cepillo para ropa.

Sobre una silla una muñeca muy grande.

Encima del tocador un periódico.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, *poco después* LA BARONESA *y* NICOLÁS.

ROSA. ¡Al fin!... (*Cerrando cuidadosamente las cortinas de la alcoba y con mal humor.*) ¡Gracias á Dios que se ha dormido! ¡Qué mimo de niña! ¡Oh!

Lo que es como fuera mía, ya la domesticaría yo con unos azotitos de cuando, en cuando.

BAR. (*Saliendo de su habitación en traje de sociedad y poniéndose los guantes.*) Rosa, ¿acostó V. á la pequeña?

ROSA. Sí, señora. (*Con tono muy cariñoso.*) ¡Duerme como un (*Levantando un poco la cortina.*) ángel! ¡Mírela V.!

BAR. ¡Pobre querubín! (*Asomándose.*) ¡Qué hermosa está!

ROSA. ¡Y qué buena y qué dulce es! Eso estaba yo diciendo ahora mismo.

BAR. Duerme, duerme, pobrecilla. (*Cierra las cortinas.*)

ROSA. ¡Pobre angelito! (*Acabando de cerrarlas.*)

BAR. Hoy parecía un poco molestada, ¡está así... tan delicada!... Siento tener que salir esta noche; pero no puedo excusarme de asistir á esa reunión... ¡Qué fastidio!

NIC. (*Por la puerta derecha segundo término con voz algo ronca.*) La señora está enganchada. (*Viste una elegante librea de lacayo y tiene en la mano el sombrero.*)

BAR. ¿Cómo?

NIC. ¡Perdón!... ¡Quiero decir que la berlina de la señora Baronesa está enganchada! (*Tose de una manera violenta.*)

ROSA. ¡Tosa V. más bajo! ¡Va V. á despertar á la señorita!

BAR. ¡Verdaderamente que tose V. de un modo!... ¿Qué tiene V., Nicolás?

NIC. ¡Oh!... ¡Esto no es nada, señora, los bronquios! (*Otro acceso de tos.*)

BAR. ¡Y está V. ahí, entre dos aires!... Entre, entre usted.

NIC. ¡La señora Baronesa es tan buena! (*Entrando. Oyese en este momento la orquesta algo lejana tocando un vals.*)

BAR. ¿Qué música es esa?

ROSA. Es la orquesta del baile, señorita.

BAR. ¡Ah! Sí, es verdad; la orquesta del baile de la Bolsa.

NIC. ¡Como está tan cerca! (*Tose. La orquesta sigue tocando. Rosa y Nicolás sin darse cuenta de ello marcan con las caderas y la cabeza el compás del vals.*)

BAR. Efectivamente no es muy buena vecindad.

ROSA. Cuando está abierta esa ventana parece como que está una en el baile.

NIC. Verdaderamente... (*Tose.*)

BAR. Cierre V. esa ventana.

NIC. ¿Me permite (*Al cerrar la ventana entra la jaula de la cotorra y la deja en el velador debajo de la ventana. Cesa la música.*) la señora Baronesa que le dé un consejo respecto de esta ave de los salones?

BAR. ¿Qué es ello?

NIC. ¡No la cuelgue V. en esta ventana... está demasiado cerca de ese endiablado baile público y el pobre animalito aprende unas locuciones... que hacen ruborizar á cualquiera!

BAR. Colocarla mañana en el balcón del comedor.

ROSA. Está muy bien.

BAR. ¡Aunque lo mejor sería mudarnos! No quiero que aprenda cosas feas mi cotorrita. ¡La quiero tanto!

ROSA. ¡Es preciosa!

NIC. ¡Divina!

BAR. Y además, tiene el doble mérito de ser el último

regalo de mi difunto esposo, el Barón de San Liborio. (*Los dos criados se inclinan. Nicolás tose de una manera feroz.*) ¡Pobre Nicolás, que mala tos tiene V.!

NIC. ¡Ella pasará! ¡No me merezco el interés que se toma la señora! ¡Esta noche se quita!

BAR. ¡Lo que es esta noche!... ¡En un vestíbulo abierto á todos los vientos hasta las dos ó las tres de la mañana!... No venga V.; que José le reemplace por esta noche en el pescante.

NIC. Tanta bondad, señora...

BAR. ¿Qué hace V., Rosa? (*Viendo á Rosa que está cosiendo junto al velador.*) Deje V. la costura. Estas no son horas de coser. A descansar.

ROSA. La señora ya sabe que no me gusta estar con los brazos cruzados. (*Nicolás al oír esto coge un cepillo y se pone á frotar el sofá.*)

BAR. Y V. lo mismo. Deje V. eso.

NIC. No señora, no; yo no sé estar parado...

BAR. He dicho que basta. A dormir todo el mundo.

NIC. Señorita, cuando uno no gana el pan que come, ese pan parece muy amargo. A mí al menos así me parece.

ROSA. Y á mí también. (*Cosiendo muy de prisa. Nicolás frota que frota.*)

BAR. Esos sentimientos les honran á VV. mucho; pero esta es la hora del descanso.

ROSA. Si la señora (*Levantándose.*) lo exige...

BAR. Deje V. su puerta abierta por si la niña despertara.

ROSA. ¡Puede V. marcharse sin cuidado!

NIC. ¡Así que no queremos nosotros á la niña!

BAR. Ya lo sé; por eso me marcho tranquila.

ROSA. ¡Es un ángel!

NIC. ¡Un arcángel!

BAR. ¡Es muy graciosa, esa es la verdad! (*Muy satisfecha. Aparte.*) (¡Qué buenos son!) Adiós; mucho cuidado con Ángela. Si despierta, la dan ustedes su tisana, y sobre todo, no la dejen ustedes llorar.

ROSA. ¡Oh! ¡señora!...

NIC. ¡No faltaba más! (*Coge un candelabro para alumbrar á la Baronesa. Tose.*)

BAR. No, no salga V.; puede V. coger frío. Rosa alumbrará. (*Sale la Baronesa. Rosa detrás con el candelabro. En cuanto la Baronesa sale, Nicolás se deja caer á sus anchas en el sillón.*)

NIC. ¡Qué pesadez! ¡Creí que no se iba en toda la noche!

ESCENA II.

NICOLÁS *y* ROSA.

ROSA. (*Deja el candelabro sobre la mesa y queda un instante con el oído en la puerta.*) Ya se ha marchado. (*Respirando.*)

NIC. ¡Gracias á Dios! (*Se levanta, coge de la cintura á Rosa y la obliga á dar unos pasos de vals.*) La, ra, la-la-la.

ROSA. ¡Vamos, juicio! (*Desasiéndose.*)

NIC. Ya estamos libres lo menos hasta las tres de la mañana. (*Voz natural.*)

ROSA. ¿Y la tos? ¿Y la ronquera? ¡Bribón!

NIC. No hablemos de eso. ¡La pobre Baronesa es poco inteligente en ronqueras!

ROSA. ¡Pero eso es abusar de su bondad!

NIC. ¡Sí, ya lo sé! ¿Pero qué quieres? ¡Los lacayos no somos perfectos!... ¡Ni las doncellas tampoco!...

ROSA. ¿Y qué hacemos esta noche?

NIC. ¡Si tomáramos un bocadillo, aquí, solitos!...

ROSA. ¡Quita! No piensas más que en comer.

NIC. Tengo una idea.

ROSA. ¿Es posible?

NIC. Bajemos al baile. Soy capaz de danzar de coronilla. ¿Y tú?

ROSA. ¡Tanto como de coronilla!... Pero sí daría unas vueltecitas. Dorotea me ha dicho que va esta noche.

NIC. ¿Dorotea? La doncella del tercero... ¡una guapa!

ROSA. Pecosa de viruelas.

NIC. Sí, pecosa... (Pero muy guapa.)

ROSA. Irá con su primo el húsar. (Arrogante chico, por cierto.)

NIC. ¿Húsar? ¿No era guardia civil la semana pasada?

ROSA. ¿Y eso qué tiene que ver?

NIC. Cierto. Habrá cambiado el primo de arma.

ROSA. No; es ella la que ha cambiado de primo.

NIC. (¡Ah! Mejor.) ¿Conque te decides?

ROSA. Bueno; voy á ponerme el vestido de seda, el que me regaló la señora.

NIC. No tardes.

ROSA. Ahora que recuerdo...

NIC. ¿Qué pasa?

ROSA. ¿Y la pequeña?

NIC. ¡Bah! Los niños duermen como lirones. Roncará toda la noche, de seguro.

ROSA. ¿Y esa tisana que hay que darle?

NIC. Subiremos en el intermedio.

ROSA. Tienes razón.
NIC. Anda, que se hace tarde.
ROSA. Salgo en seguida. (*Vase.*)

ESCENA III.

NICOLÁS.

(*Dirigiéndose al tocador.*) Aquí está mi tocador; quiero decir, el de la señora; pero sirve para los dos. ¿Dónde está (*Registrando los botes.*) mi pomada?... ¡Ah!... esta es... violeta... ¡Qué distinguido es este perfume! (*Se llena la mano y se da en el pelo.*) ¡Con esta cabellera es con lo que yo trastorno á las muchachas! ¿Y el peine bueno? Aquí está. (*Se peina.*) Con este rizo que me coloco aquí, las hago faltar á todas las conveniencias. Perfumemos el traje. (*Coge un frasco.*) «Agua de Colonia.» ¡Bah! Esto es poco fino... ¿Dónde andará el Heno ó el Ópopanax? (*Revolviendo los frascos.*) Este es. ¡Esto sí que es elegante! (*Se pone esencia en el pañuelo, en el chaleco, en todas partes.*) ¡Demonio! ¿Pues no he vaciado el frasco? ¿Qué es esto? ¡Colorete! ¿Qué tal? ¡Vaya una señora, que se pone colorete!... Debe ser muy bueno por supuesto. (*Se da en los labios.*)

ESCENA IV.

DICHO *y* ANGELITA.

ANG. (*Asomando la cabeza por las cortinas.*) ¿Conque te pones la pomada de mamá?

NIC. (*Levantándose.*) (¡Uy, la niña!) Nada de eso, señorita, es que estoy arreglando los frascos...

ANG. Acércate... Ven...

NIC. (¡Y con este olor!) ¿Necesita algo la señorita? Llamaré á Rosa.

ANG. Acércate más.

NIC. ¿Qué quiere V.?

ANG. ¿Qué hora es?

NIC. Nueve y cuarto.

ANG. ¿Dónde está mamá?

NIC. De reunión.

ANG. ¿Y Rosa?

NIC. Acostada. Le duele mucho la cabeza.

ANG. Dame la muñeca...

NIC. Pero, señorita, ¿á estas horas?

ANG. ¿No oyes lo que te mando?

NIC. ¡Voy... voy! (¡Si fuera mía esta niña!) (*Indicando unos azotes. Dándole la mucheca.*)

ANG. Ya no la quiero...

NIC. ¿Eh?

ANG. Voy á dormir... cierra bien estas cortinas; siéntate aquí, junto á la puerta, y cántame una canción: ¿oyes?

NIC. (¡Con tal que te duermas!) Está bien, cantaré.

ANG. (¡Entretanto voy á vestirme sin que lo noten!)

Vamos, canta. (*Desaparece.*) (*Nicolás, sentándose en una silla y acunándose á sí mismo, canta una copla á media voz, la que quiera el actor. Al terminar la copla, sale Rosa vestida.*)

ESCENA V.

ROSA *y* NICOLÁS.

ROSA. Al baile.
NIC. Chiss...
ROSA. ¿Qué sucede?
NIC. Angelita se ha despertado. (*En voz baja.*)
ROSA. ¡Ay, Dios mío!
NIC. Chiss... No temas, la he vuelto á dormir.
ROSA. ¿Has cantado?
NIC. Sí.
ROSA. Entonces estoy tranquila. Vámonos.
NIC. Espera á que me quite la librea y me ponga otro traje; pero antes daré un limpión á mis botas. (*Pone el pie sobre el sillón y se limpia los zapatos.*)
ROSA. Yo me echaré mientras tanto unas gotas en el pañuelo. (*Va al tocador.*)
NIC. Ya somos tres... tres... tres. (*Cantando á media voz.*)
ROSA. ¿Qué dices?
NIC. Nada. Creía que éramos menos los que nos servíamos de ese mueble.
ROSA. ¡Por unas gotas de agua de colonia! (*Dándole á oler su pañuelo.*)
NIC. ¡Colonia! ¡Qué cursi! (*Le da á oler su pañuelo.*)
ROSA. ¡Hijo, lo que es tú!... ¡Qué atrocidad!

NIC. ¡Al heno le llama atrocidad!

ROSA. ¡Heno! ¿Te has puesto heno? ¿Dónde está el frasco? (*Buscándolo.*)

NIC. Se ha concluído. Ya te compraré uno mañana.

ROSA. ¿Tú?

NIC. ¡Yo! Con los cinco duros que me regalará la Baronesa.

ROSA. ¿A ti? ¿Por qué?

NIC. ¡Por mis versos! Mañana es su cumpleaños, y le he escrito una fábula.

ROSA. ¿En castellano?

NIC. ¡Yo creo que sí! Se la he hecho aprender de memoria á la pequeña; y recitándola la niña, á la mamá le parecerá excelente; se reirá, llorará, abrazará á su hijita llena de emoción; y en aquel instante, se presenta el autor; extiende la mano y...

ROSA. ¡Magnífico! Tienes más talento del que me figuraba.

NIC. ¡Gracias: vámonos! (*En este instante se oye un fuerte silbido.*)

ROSA. ¡Ay!

NIC. ¿Qué es eso?

ROSA. ¡Nadie!... El húsar.

NIC. ¿El húsar?

ROSA. ¡De Dorotea!... ¡Sí!...

NIC. ¿Y tú le conoces por el silbido?

ROSA. ¡Toma!... ¡Como que es de mi pueblo!

NIC. ¡Ahaá! Cuando quieras. (*La ofrece el brazo.*)

ROSA. Andando. (*Cogiéndose del brazo se dirigen hacia la puerta.*)

ANG. ¡Esperad un poquito! (*Saliendo de la alcoba.*)

ESCENA VI.

DICHOS *y* ANGELITA.

LOS DOS.—¡Ay! (*Retrocediendo.*)
ROSA. ¿Qué es eso? ¿Vestida á estas horas?
ANG. ¡Sí; me he vestido yo solita!
NIC. (¡Qué gracia!)
ROSA. Venga V. aquí, á desnudarse en seguida...
NIC. Y á dormir...
ANG. No quiero. Yo quiero irme con vosotros.
ROSA. ¿Dónde, hija mía?
ANG. ¡Al baile!
ROSA. ¡Jesús!
NIC. ¡La heredera de los San Liborio en la Bolsa Jamás.
ROSA. ¿Al baile? ¿Quién ha dicho eso? Nosotros vamos á dormir ahora mismo.
NIC. En este momento.
ANG. Embusteros.
ROSA. ¿Cómo embusteros?
ANG. ¿Para ir á dormir te has puesto el vestido de seda que te regaló mamá?
ROSA. Es que... (*Repítese el silbido anterior.*)
ANG. ¿Oyes? (*Por el silbido.*)
ROSA. (¡Bruto!)
NIC. Es el gigante que viene á llevarse las niñas que no quieren dormir. (*Asomándose á la ventana.*) Váyase V., gigante; la niña está acostada.
ROSA. Está ya durmiendo. (*Asomándose á la ventana.*)
ANG. ¡Tontos! ¡Si es el húsar!
ROSA. ¡El húsar!

Nic. (¡Nos partió!)

Ang. ¡Aunque parece que estoy dormida, es que tengo los ojos cerrados nada más!

Nic. (¡Qué pécora!)

Ang. ¿Conque me lleváis, ó no?

Rosa. ¡Nunca!

Nic. Imposible.

Ang. ¡Entonces, lloraré!

Nic. Bueno; le daremos á V. pañuelos.

Ang. ¿Sí eh?... Buenas noches, Rosa... Muy buenas noches, Nicolás... (*Sollozando.*)

Rosa y Nic. ¡Buenas noches, señorita!

Ang. Que os divirtáis mucho... yo me voy á acostar. (*Marchándose.*)

Rosa. Eso es...

Ang. (*Volviendo.*) Pero mañana le diré á mamá que tiene un lacayo que se pone su pomada y sus esencias.

Nic. (¡Demonio!) (*Aparte.*) Yo... yo...

Ang. Y una doncella que gasta sus zapatos de charol...

Rosa. Es que... (*Bajándose el vestido.*)

Ang. ¡Y sus medias de seda! ¡Buenas noches! (*Marchándose.*)

Nic. ¡Nos tiene cogidos! (*A Rosa.*)

Rosa. Nos pierde. (*A Nicolás.*)

Ang. Hasta mañana. (*Vase.*)

Nic. Oye, ¿sabes qué pienso? (*A Rosa.*)

Rosa. ¿Qué?

Nic. Que nos la llevemos.

Rosa. ¿A la niña?

Nic. ¡El baile es un sitio muy á propósito para los niños!

ROSA. La verdad es que está muy abrigado.
NIC. Y muy sano.
ROSA. Ella mirará cómo bailan...
NIC. Y bueno es que vaya aprendiendo.
ROSA. Y si tiene sed...
NIC. Le pagaremos un refresco... Agua con aguardiente y azucarillo.
ROSA. Eso no perjudica.
NIC. ¡Quiá! ¿Conque la llevamos?
ROSA. Llevémosla. (*Se dirigen á su alcoba.*) Señorita, haremos lo que V. quiera: ¿vamos?
ANG. (*Aparece entre las cortinas.*) ¿Dónde?
ROSA. Al baile...
NIC. La llevamos á V.
ANG. El caso es que ya será tarde.
NIC. (¿A que tenemos ahora que rogarla?)
ROSA. ¡Si es muy temprano!
NIC. ¡Y la mamá tardará mucho todavía!
ANG. En fin, no tengo ganas; pero iré por complaceros.
ROSA. Vamos.
NIC. En marcha. (*Se dirigen á la puerta.*)
ROSA. ¡Ah! ¿y el llavín? Recógelo, Nicolás.
NIC. ¿Dónde está?
ROSA. Por ahí encima; búscalo. Nosotras vamos andando. (*Sale con Angelita de la mano.*)
NIC. Bien; en seguida os alcanzo.

ESCENA VII.

NICOLÁS *buscando la llave por encima de todos los muebles.*

Por aquí encima dice que ha de estar... aquí no... aquí tampoco... ¿Dónde diablos andará

ese llavín?... Nada... ¿Se habrá caído al suelo? (*Mirando por el suelo.*) No lo encuentro, y mientras tanto Rosita estará ya en el baile, quizá dando el brazo al húsar... Y este llavín que no parece... (*Ruido de un coche que entra.*) ¡Ay! ¿Qué es eso? ¿Un coche en el patio, á estas horas? (*Asomándose á la ventana.*) ¡Horror! ¡Si es la señora! ¡Y la niña que no está! ¡Dios mío! ¿qué hago? (*Corriendo por la escena en todas direcciones.*) ¡La cama vacía, y la mamá que entra siempre á dar un beso á su hija! ¡Si me acostara yo! (*Se dirige á la alcoba, y en seguida retrocede.*) ¡No! ¡Sería una cosa horrible que me abrazara á mí por equivocación! (*Reparando en la muñeca.*) ¡Ah!... ¡esto puede salvarme! La taparé bien: ¡á grandes males!... (*Figura que acuesta á la muñeca. Sale en seguida y comienza á cepillar con fuerza el sofá.*)

ESCENA VIII.

DICHO *y* LA BARONESA.

BAR. Que desenganchen. (*En la puerta.*) ¡Calle! ¿Qué hace V. aquí, Nicolás?

NIC. Ganando el sueldo, señora.

BAR. Pero ¿qué tiene ese mueble?

NIC. ¡Polvo! ¡muchísimo polvo! Yo me he propuesto dejarlo limpio.

BAR. ¡Y sin pelo! ¡No cepille V. más!

NIC. ¡Si la señora lo manda!...

BAR. Estaba tan (*Quitándose el abrigo y los guantes.*) inquieta por la niña, que no he hecho más que

aparecer en el salón, é inventar una jaqueca horrible para retirarme. ¿Está bien la niña, eh?

NIC. La niña... la... ya lo creo que está bien.

BAR. ¿Se ha despertado? ¿ha pedido algo?

NIC. ¿Pedir? No, no señora. (Friolera.)

BAR. Es ya la hora en que ha de tomar la tisana.

NIC. (¡Ay!) Creo... Creo que es temprano todavía.

BAR. No tal. (*Cogiendo la copa.*) Yo misma se la daré.

NIC. (¡Jesús me valga!) No tiene sed... hace poco se la ofrecí yo y no la quiso tomar.

BAR. Sin embargo, es preciso...

NIC. Y despertarla ahora, pobrecita... que estará en lo mejor de su sueño...

BAR. Es verdad...

NIC. El sueño les aprovecha á los niños más que todas las medicinas, créalo V., señora. ¡Cuando yo era pequeñito...

BAR. Sí, sí...

NIC. ¡Despertar ahora á la pobrecita!

BAR. ¡Dice V. bien! (*Dejando la botella.*) ¡Se le ha quitado á V. la ronquera!

NIC. A ratos, ¿sabe V.? á ratos... Se conoce que es sangre. Ve V., ya (*Ronco.*) estoy otra vez. (¿No se acostará esta mujer?)

BAR. Puede V. irse á dormir. No le necesito.

NIC. ¿Yo? ¡Quiá!

BAR. ¿Cómo quiá?

NIC. ¿Eh? ¡Ah!... sí, señora, sí... creía que decía usted que estaba peor...

BAR. Retírese V. y que venga Rosa.

NIC. ¿Rosa? ¿Ha dicho (*Aterrado.*) V. que venga Rosa?

BAR. ¡Sí, hombre, sí! ¿Qué tiene V. esta noche?

NIC. Nada, señora, nada... la cabeza... un poco...

BAR. Ya, ya veo... Dígala V. que venga á desnudarme.

NIC. Si la señora quiere que yo... (*Ofreciéndose.*)

BAR. ¡Nicolás!

NIC. ¡Ay! Perdón, señora... la cabeza... la...

BAR. Bien, bien, llame V. á Rosa. (*Se dirige hacia el tocador.*)

NIC. (¡Aunque esté llamando toda la noche!...) (*Aparte y tirando del cordón de la campanilla.*) (Lo que es esta campanilla de fijo no corresponde al salon de la Bolsa.)

ROSA. Nicolás. (*En la puerta.*)

NIC. (Pues sí que corresponde.)

ESCENA IX.

DICHOS *y* ROSA.

ROSA. ¿Vienes ó no?

NIC. ¡Chiss!... ¡Mira! (*Señalando á la Baronesa.*)

ROSA. ¡Oh! (*Aterrada. Tira el chal y la toquilla.*)

BAR. ¿Ha acudido V. ya?

ROSA. Aquí estoy, señora...

BAR. Vamos, quíteme V. este peinado. (*Sentada frente al tocador coge el periódico y lee. Rosa detrás, de pie, quitándole el prendido de flores y joyas.*)

ROSA. Al momento.

NIC. ¿Y la chica? (*A Rosa muy bajo.*)

ROSA. En el baile. (*Idem.*)

NIC. ¿Dónde? (*Idem.*)

ROSA. Junto á la orquesta; á la izquierda. Dorotea la tiene. (*Idem.*)

NIC. ¡Voy á escape! (*Idem. Sale de puntillas.*)

ESCENA V.

Rosa *y* La Baronesa.

Bar. Retírese V., Nicolás. (*Sin volverse.*)

Rosa. Ya ha salido, señorita. (Tiemblo como la hoja en el árbol.)

Bar. Suélteme V. las trenzas.

Rosa. Está bien. (¡Que no tarde, Dios mío!) (*Al ir á coger un alfiler de sobre el tocador pasa por delante de la Baronesa el brazo.*)

Bar. ¿El vestido de seda? ¿Qué significa?

Rosa. Es... que... me lo estaba probando... tengo que cogerle unas forzas...

Bar. ¡Ah, bien! ¡Dios mío, qué desorden en este tocador!..

Rosa. La niña; la niña que estuvo jugando...

Bar. ¡Siempre traviesa! ¿Y esta noche, ha dado mucho que hacer?

Rosa. No, no señora; absolutamente nada. (*Tiene en la mano el pelo suelto de la Baronesa.*)

Bar. Dese V. prisita. Quiero dar á la niña un abrazo antes de acostarme y tengo mucho sueño.

Rosa. (¡Un abrazo! ¡Y Nicolás que no viene!) *La Baronesa da algunas ligeras cabezadas.*)

Nic. (*De puntillas y tirando del vestido á Rosa.*) ¡Chiss!...

Rosa. ¡Ah! ¿Qué hay? (*Bajo á Nicolás.*)

Nic. Dorotea se ha marchado. (*Idem.*)

Rosa. ¿Y la niña?

Nic. Allí está. ¡La tienen unos militares!

Rosa. ¿Y vienes sin ella?

NIC. No me la quieren dar; dicen que no me conocen. Ves tú por ella.

ROSA. ¿Y la trenza de la señora?

NIC. Trae... y corre.

ESCENA XI.

NICOLÁS *y* LA BARONESA, *á poco* ROSA. *Nicolás peinando la trenza con mucho cuidado y siguiendo todos los movimientos de la Baronesa.*

NIC. (¡Valiente noche! ¡No tengo gota de sangre en las venas! ¿Qué hago yo con este pelo? Afortunadamente se está durmiendo... ¡Señor, que se duerma del todo!) (*En este momento la Baronesa da una fuerte cabezada. Nicolás la tira de la trenza sin querer.*)

BAR. ¡Ay! Tenga V. cuidado.

NIC. (¡Qué bruto soy!) (*Peinando con mucha suavidad.*)

BAR. ¡Cuidado si tiene V. la mano pesada esta noche... me hace V. daño!

NIC. (¡Todavía!)

BAR. A ver, Rosa, creo que tengo un alfiler en la espalda...

NIC. (¡Horror!)

BAR. Sáquelo V., me está molestando mucho.

NIC. (¡Ay! ¡Que no me atrevo... que no me atrevo!...)

BAR. Vamos, que me está pinchando...

NIC. (No hay más remedio.) (*Al ir á meter la mano en la espalda de la Baronesa, Rosa, que sale al mismo tiempo, sè apodera del pelo y aparta vivamente á Nicolás que se queda en cuclillas*

detrás de ella. En este momento vuelve la cara la Baronesa.)

BAR. ¿Pero me quita V. ese alfiler ó no?

ROSA. ¿Dónde? (*Buscando en el pelo.*)

BAR. En la espalda, mujer, parece V. tonta esta noche.

ROSA. (¡Si tú supieras!) (*Sacando el alfiler. Hace la trenza de la Baronesa. Breve pausa. Esta vuelve á sus cabezadas.*

NIC. ¿Y bien? (*Aparte á Rosa.*)

ROSA. No hay nadie. (*Idem á Nicolás.*)

NIC. ¿Y los soldados? (*Idem.*)

ROSA. ¡Se han marchado!

NIC. ¡Rayos! ¿Con la pequeña? ¡Voy á recorrer todos los cuarteles! ¡Qué noche! Maldito sea el baile y... (*Sale de puntillas.*)

ESCENA XII.

ROSA *y* LA BARONESA.

ROSA. (¡No puedo tenerme en pie!)

BAR. ¿Ha terminado V. de recogerme el pelo?

ROSA. Sí, sí señora.

BAR. Hasta mañana. (*Levantándose.*)

ROSA. Si la señora me necesita...

BAR. No: puede V. retirarse.

ROSA. Que descanse la señora.

BAR. Me estoy (*cogiendo la bugía de manos de Rosa*) muriendo de sueño. Adiós. (*Medio mutis.*)

ROSA. Muy buenas noches. (¡Ay! ¡Gracias al cielo!...)

BAR. ¡Ah! ¡mi (*volviendo á entrar*) Angelita! Ya me iba sin darle el abrazo de costumbre...

ROSA. (¡Todo se ha perdido!) (*Apoyándose en un mueble.*)
BAR. (*Descorriendo las cortinas.*) ¡Qué estiradita está!
ROSA. ¿Eh?
BAR. Temo despertarla ahora... podría llorar...
ROSA. Es verdad... (*Asomándose á la puerta.*) por Dios, no la despierte V.
BAR. No la despierto. Buenas noches. (*Vase.*)
ROSA. (*Se sienta en el sillón.*) ¡He creído morirme de miedo! ¡Por fortuna ya estoy tranquila! ¿Pero por dónde ha entrado?...
NIC. (*Entra descompuesto, agitado y limpiándose el sudor.*) ¡Todo es inútil!

ESCENA XIII.

ROSA *y* NICOLÁS.

ROSA. ¿Qué dices? (*Levantándose.*)
NIC. Que estamos perdidos... Son las doce de la noche... á esta hora todos los cuarteles están cerrados... no se puede entrar... me lo ha dicho un cabo del Ministerio de la Guerra.
ROSA. ¿Y qué nos importa ya?
NIC. ¿Cómo ya?
ROSA. La niña está aquí...
NIC. ¿Aquí?
ROSA. En su cama... La señorita la ha visto...
NIC. ¿La ha visto? (*Entra en la alcoba y saca la muñeca.*) ¡Esto! ¿Esto es la niña?
ROSA. ¡La muñeca! ¡Desgraciados!
NIC. ¡Reniego de mi suerte! (*Tirando la muñeca al suelo.*)
ROSA. ¿Qué hacemos?

NIC. ¡Qué se yo! Mañana cuando la señora se levante y quiera besar á su hija...

ROSA. ¿Qué dirá?... ¿Qué hará?

NIC. ¡Cuando pienso que la heredera de los Barones de San Liborio estará á estas horas en un cuerpo de guardia!...

ROSA. ¡No me lo recuerdes!... Busca un medio de salir de esta horrible situación!...

NIC. Ya lo tengo.

ROSA. ¿Cuál?

NIC. Largarnos.

ROSA. Tienes razón. (*Poniéndose el chal y la toquilla.*)

NIC. Deprisita y sin reclamar nuestros salarios.

ROSA. Sin reclamar nada... Vamos.

NIC. Vamos. (*Deteniéndose en la puerta.*) Creo que debíamos dejar escritas dos letras á la señora...

ROSA. ¿Disculpándonos?

NIC. ¡Y preparándola, mujer!

ROSA. ¡Sí, sí... preparémosla... pero sin comprometernos.

NIC. ¡Por supuesto!

ROSA. Ahí tienes lo necesario. (*Coge la escribanía, la pone en el velador, se sienta y escribe.*)

NIC. «Señora Baronesa.»

ROSA. ¡Pobrecita señora!

NIC. «Mojamos la pluma en nuestras lágrimas.» (*Mojando la pluma en el tintero.*)

ROSA. ¡Si mojas en el tintero!

NIC. ¡Es una frase! (*Escribiendo.*) «Lágrimas para informar á V. que nos despedimos...»

ROSA. Porque no nos despidan...

NIC. Eso no hace falta decirlo. «Agobiados por el remordimiento...»

ROSA. Y el dolor. (*Llorando.*)

NIC. (*Escribiendo y gimoteando también.*) «Y el dolor, por haber dejado extraviar un objeto precioso para vuestro corazón.»

ROSA. ¡Señora de mi alma!

NIC. Tan bondadosa y tan... «Culpables, pero (*Escribiendo*) dignos, dejamos en favor de V. nuestros respectivos salarios, para pago de anuncios y recompensa de hallazgo.» Este rasgo la conmoverá.

ROSA. Lo malo es que hemos cobrado ayer.

NIC. Esa es la desgracia. (*Escribiendo.*) «Tienen el honor de repetirse de V. humildísimos criados.» Toma, echa aquí tu garrapato.

ROSA. «Rosa.» Ya está. (*Firmando.*)

NIC. ¡No es mala espina la que le clavamos! «Nicolás.»

ROSA. ¡Vámonos por Dios!...

NIC. Sí, partamos; la carta aquí, sobre el tocador. ¡Adiós, pomada de violeta!... (*Cogiéndola y oliendo.*) ¡Estoy por llevarme el bote!

ROSA. ¡Nicolás!

NIC. No como pomada, sino como recuerdo.

ROSA. Vamos. (*Se dirigen á la puerta. Al llegar al dintel oyen la voz de la niña que imita un toque de corneta.*)

ANG. ¡Ta-ta-tí, ta-ta-tí, (*Dentro.*) ta-ta-tí!...

LOS DOS.—¡Ah! (*Deteniéndose. Aparece Ramón, soldado de húsares, con la niña en brazos.*)

ESCENA XIV.

ÁNGELA, NICOLÁS, ROSA *y* RAMÓN.

ANG. ¡Alto! ¡Arr!
ROSA. ¡Dios mío!
NIC. ¡La niña!
RAM. Aquí os traigo la pequeña; hemos estado en la confitería comprándola unos dulces, y como no parecíais á buscarla, dije: «Yo se la llevaré.»
ANG. ¡Lo mismo digo!
NIC. ¡Nos has salvado más que la vida.
ANG. (*Con el plumero en la mano y marcando el paso por toda la escena.*) ¡Ram-plán-Ram-plán!...
ROSA. Señorita... á la cama.
NIC. ¡Vivo, á acostarse!...
ANG. ¿Acostarme? ¡No me da la gana! (*Escapándose de las manos de Rosa.*)
NIC. ¡Niña! (*Corriendo tras ella.*)
ROSA. ¡Angelita! (*Idem.*)
ANG. (*Corriendo por la escena y figurando que toca la corneta.*) ¡Ta-ta-tí! ¡Ta-ta-tí!...
RAM. (*En el fondo, puesto en jarras.*) ¡Pero qué traviesa es! ¡Já! ¡Já! ¡Já!
ROSA. Señorita...
ANG. ¡Al galope! ¡Al galope! ¡Ta-ta-tí! ¡Ta-ta-tí!...
RAM. ¡Já! ¡Já! ¡Já!
NIC. ¿Quieres callarte? (*A Ramón.*)
BAR. ¿Qué es eso? ¿Quién (*Dentro.*) anda ahí? ¡Rosa! ¡Rosa!
NIC. ¡La Baronesa! ¡Desfila! (*A Ramón.*)
RAM. ¡Eclípsome! (*Vase.*)

ROSA. ¡Silencio, por Dios! (*Cogiendo á la niña y encerrándola en la habitación derecha. Segundo término.*)

BAR. Rosa. (*Saliendo con otro traje, ó sólo con un elegante peinador. Nicolás coge el cepillo y frota el mismo mueble que anteriormente.*)

BAR. ¿Qué ruido es este? ¿Hay fuego, ladrones?

ROSA. (*Sin saber qué hacer, ni qué contestar, coge maquinalmente el plumero y sacude la espalda de Nicolás, que está inclinado limpiando el sofá.*) No, no señora... es que...

NIC. Estamos limpiando.

ROSA. ¡Justo!

BAR. ¿A estas horas?

ROSA. Como mañana son los días de la señora...

NIC. ¡Pues! (*Suenan fuertes porrazos en el cuarto donde encerraron á Angelita.*) ¡Cristo! (*Tose muy fuerte para apagar el ruido.*)

BAR. ¿Qué ruido es ese?

ROSA. (¡Ay!)

NIC. Mis bronquios, señora, mis bronquios... (*Tose.*)

BAR. ¡Qué atrocidad!... ¿Hay alguien encerrado?... ¿Quién llama?...

NIC. La... la lavandera...

BAR. (¿Se burlan de mí?) (*Abre la puerta y aparece Angelita.*)

ANG. Buenas noches, mamá. (*Saltando.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS *y* ANGELITA.

BAR. ¿La niña vestida á estas horas?...
NIC. (¡La gorda!)
ROSA. Yo explicaré á la señora...
BAR. ¡Qué significa esto, niña, pronto!
ANG. Me he vestido yo solita.
NIC. Eso es... ella sola.
ROSA. Solita...
BAR. ¡Pero aún no comprendo!...
NIC. ¿La señora no comprende?
ROSA. Pues es muy sencillo.
ANG. ¡Mucho!...
NIC. ¡Como mañana son los días de la señora!...
ROSA. ¡Justo! (*Angelita empieza á mover la cabeza, como negando.*)
NIC. La señorita, creyendo que era de día, y con la impaciencia de felicitar á su mamita, se ha levantado sin permiso de nadie.
ROSA. Eso es, y nosotros queríamos convencerla de que se acostara... y...
NIC. Y por evitarla á V. un disgusto, la hemos encerrado allí cuando la señora salía.
BAR. ¡Es posible! ¡Angel mío! (*Sentándose y cogiendo á la niña en sus rodillas. Besando á la niña.*) Conque sólo por el deseo de darme los días, te levantas de tu camita á esta hora? ¡Hermosa!...
ANG. Si no ha sido por eso, mamá...
BAR. ¿No?

NIC. ¿Eh? (*Asustado.*)
ANG. ¡Si ha sido por ir al baile de la Bolsa!
BAR. ¿Qué dice esta niña? (*Mirando á los dos criados.*)
NIC. ¡Já! ¡já! ¡já! (*Riendo muy fuerte.*) ¡Al baile de la Bolsa! ¡Já! ¡já! ¡já! (*Dándole con el codo á Rosa.*) (Ríete tú.) ¡Já! ¡já! ¡já!
ROSA. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Al baile! ¡Já! ¡já! ¡já!
ANG. ¡Sí, señor! ¡Sí, señor!
NIC. (*Fingiendo que no puede dominar la risa.*) Figúrese V., señora, que la niña ha soñado que ha ido á la Bolsa... ¡Já! ¡já! ¡já! y nos ha sido imposible quitarle esa idea de la cabeza! ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Á la Bolsa!
ROSA. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Qué sueño tan raro!...
BAR. ¿Y qué has hecho allí, hija mía?
ANG. Bailar con un soldado.
NIC. ¡Con un soldado! ¡Já! ¡já! já! (*Dando á Rosa con el codo.*)
ROSA. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Con un soldado!
ANG. Y un soldado ha sido también el que me ha traído á casa... ¡Créelo mamá!
BAR. ¡Qué sueño tan raro!
ANG. ¡No es sueño!...
NIC. Es una pesadilla... ¡Soldados! ¡Já! ¡já! ¡já!
BAR. Vaya, vaya, á acostar á la niña, y buenas noches. (*Angelita que ha ido al tocador y visto la carta, viene con ella junto á su madre.*)
NIC. (Nos hemos salvado.) (*Aparte á Rosa.*)
ROSA. (Ya no puedo más.) (*Idem á Nicolás.*)
ANG. Mamá, mira; ¡una carta para tí! (*Dándosela.*)
BAR. ¿Para mí?
NIC. (¡Maldito papelote!)
BAR. (*Abriendo la carta.*) ¿Carta de ustedes? (*Recorriéndola con rapidez.*) «¿Un objeto extravia-

do?...» ¿Qué es ello? sepamos... hable V., Rosa. ¿Por qué se quieren VV. marchar? ¿Qué objeto es ese? (*Durante este tiempo Nicolás como asaltado por una idea saca la cotorra de la jaula, y la mete en el sombrero de copa y se lo pone.*)

ROSA. Señora... yo... la...

BAR. Vamos, hablen VV....

ROSA. Usted nos perdonará, pero mejor es confesarlo todo... ese objeto perdido...

NIC. (1). (*Interponiéndose y presentando á la Baronesa la jaula vacía.*) Es la cotorra, señora, la pobre cotorrita... (*Deja la jaula.*)

BAR. ¡Ah!... ¿Conque era eso sólo?

NIC. (¡Y cómo me pica la maldita!) Nada más... (*Dejando la jaula.*)

BAR. ¡Me habían VV. asustado! Mañana insertará usted un anuncio para la cotorrita. Se darán diez duros de gratificación.

NIC. ¡Y parecerá, señora, no le quepa á V. duda!

ROSA. (¡Me tocan cinco!) (*Bajo á él.*)

BAR. La pobre Angelita está cayéndose de sueño... Acuéstela V. Rosa... á descansar, Nicolás...

NIC. (¡Este bicho me va á dejar sin pelo!)

BAR. ¡Un beso, hija mía! (*Besando á su hija.*)

ANG. ¡Adios, mamá!

BAR. Y bien, niña, ¿no dices nada á estos señores?

ANG. ¡Ah! es verdad. (*Al público.*)

---

(1) Recomiendo muy eficazmente al actor encargado de ese papel que cosa un cordoncillo ó trencilla negra de goma en el sombrero, desde un lado al otro del puesto que ocupa la cabeza. Así parecerá que la cotorra se quiere salir del sombrero, por los saltos que éste, impulsado por la goma, da. Si el actor lo hace bien, obtendrá, siempre que lo haga, grandes y prolongados aplausos.

Veré mi dicha colmada
si me otorgas tus favores:
conque, dadme una palmada
y... buenas noches, señores.

(*Rosa se dirige á la alcoba con la niña. Nicolás levanta el portier de la puerta por donde se va la Baronesa.*)

TELÓN.

TERNERA, 7, TERCERO.

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON CALISTO NAVARRO

Y

DON MANUEL CUARTERO

MUSICA DEL MAESTRO

DON ISIDORO HERNANDEZ.

Estrenado con aplauso en Madrid en el Teatro de Eslava la noche del 25 de Mayo de 1878.

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de los Sres. J. C. Conde y Compañía, Caños, 1
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
MERCEDES............	Sra. Doña Antonia García.
LAURA..............	Srta. Doña Encarnacion Pastor.
CAMILO..............	Sr. D. Santiago Carreras.
MISTER JHOK.........	Sr. D. Francisco Povedano.

La escena pasa en Madrid.—Epoca actual.

Para la música dirigirse á D. Angel Povedano, calle de Lavapiés, 34, segundo derecha.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada; sobre un velador varios periódicos.

ESCENA PRIMERA.

CAMILO y MERCEDES.

MERCEDES. Te digo que no hay un cuarto
en papel, oro, ni plata.
CAMILO. Con tal de que lo haya en cobre...
MERC. Tampoco!
CAM. Pues hija, gastas
de una manera insolente.
Te dí un duro ayer mañana.....
Es decir cinco pesetas.
MERC. Es igual!
CAM. No es igual. manda
que así se cuente el gobierno,
y como no cuesta nada
darle gusto, yo soy uno
de los que su ley acatan.
Vamos á ver, Merceditas,
qué has hecho de ese monarca?
MERC. De qué monarca?
CAM. Del duro!
MERC. Qué he de hacer? Darle en la plaza!

CAM. Eres una..... regicida!
MERC. Compré huevos, espinacas,
manteca, jamon, azúcar,
hígado, arroz, ensalada,
alubias, queso manchego
y tres libras de patatas.
CAM. Pues con esas provisiones
hay ya para una semana.
MERC. Si nos las hemos comido!...
CAM. Qué atrocidad!
MERC. Tú te atracas
de una manera.....
CAM. Sospecho
que tú no me vás en zaga.
MERC. Camilo!
CAM. No te incomodes:
si comer no es cosa mala.
MERC. Mas comer, y no ganarlo...
CAM. Y quién es el que no gana
lo que come?
MERC. Tú!
CAM. Mercedes!...
Tengo la culpa de que hayan,
contra tu gusto y el mio,
suprimido nueve plazas
en Gobernacion? No voy
constantemente á la casa
del ministro? No he hablado
á don Antonio Linaza,
sobrino del escribiente
que está en su despacho? Habla!
MERC. Pero, qué has adelantado?
CAM. Lo que un cesante adelanta:
romper botas, perder tiempo
y vivir con la esperanza
de que esto dé un boltequazo...
MERC. Y te quedes como estabas.
CAM. Despues de todo, es muy fácil.
MERC. Si á lo ménos te ingeniaras...
CAM. Estás fresca!
MERC. Si inventases...
CAM. Cualquiera inventa en España.

MERC. Pues hombre, el doctor Garrido...
CAM. Ese tiene pozo en casa.
MERC. Arderius...!
CAM. No soy bufo.
MERC. Brea y Moreno...
CAM. Castañas!
MERC: No; bellotas!
CAM. Es lo mismo.
MERC. No.
CAM. Bellotas trituradas.
MERC. Si nosotros las tuviéramos:..
CAM. Nos cebaríamos.
MERC. Calla!
Dí que eres un holgazan
y que no piensas en nada.
CAM. Vaya, pues voy á achicarte,
ya que tanto me rebajas.
MERC. Cómo!
CAM. Tengo un plan magnífico!
MERC. Un plan! (Con desprecio.)
CAM. Un plan puesto en práctica!
Aquí está. (Cogiendo un periódico.)
MERC. Ser periodista?
CAM. Ser pupilero!... En España
el hambre es ya una virtud
y es necesario explotarla.
MERC. Si te entiendo, que me emplumen.
CAM. Eso prueba tu ignorancia.
MERC. Camilo!
CAM. Soy un coloso,
hijo digno de mi pátria.

MÚSICA.

CAM. Esta es la clave
para vivir
tranquilamente
sobre el país.
MERC. Camilo, me parece
qué equivocado estás,
que hoy dia del anuncio
no se hace caso yá.

CAM. Es ingenioso
el mio á fé,
y á más de cuatro
deslumbraré.
MERC. Qué es lo que dice?
CAM. Lo vas á oir.
MERC. No me impacientes.
CAM. Pues dice así:
"La comida es el problema
que hoy preocupa á la nacion,
y morirse el que no come
siempre ha sido de cajon.
En el siglo del tramvia,
del teléfono y el gas;
sólo un hombre se ha atrevido
lo imposible á realizar.
Fíjense los madrileños
en mi anuncio tentador,
que soy digno de una estátua
fabricada en Alcorcon.
Las clases pasivas
aquí encontrarán
bisteck con patatas
v afabilidad;
con las condiciones
que se sirve aquí,
no se halla otra ganga
en todo Madrid."

HABLADO.

CAM. Toma, lee y díme si tengo
inventiva acreditada.
MERC. (Leyendo.) "Almuerzo, comida y cena,
postres, tabaco y café
por cinco reales, y á fé
que el servicio es cosa buena.
Gran limpieza, mucho esmero
y espaciosa habitacion.
Aprovechad la ocasion!!
Ternera, siete, tercero."
Esto es una tontería.
CAM. Ya me lo dirás mañana,
cuando el alcalde se vea
precisado á mandar guardias

para contener la gente.

MERC. Pero no seas papanatas:
si no has de dar lo que ofreces!...

CAM. De buena duda me sacas.
Ya lo sé yo!

MERC. Pues entonces?...

CAM. Que paguen adelantadas
catorce ó quince decenas,
que pueda salir de trampas
con su dinero, y despues...

MERC. Que vayas preso?

CAM. Bobada!

MERC. Eso es una picardía.

CAM. No lo creas, una gracia,
y gracioso más ó ménos...
No ves que ya aclimatadas
están las gentes? Si es casi
una costumbre en España.

MERC. Pues yo no he de consentirlo.

CAM. Usté hará lo que le mandan.
Para eso es usté mi esposa,
y la mantengo!

MERC. Ah, canalla!
Conque me mantienes?

CAM. Si!

MERC. Pues dáme para la plaza.

CAM. Bien sabes que no lo tengo.

MERC. Y tú me mantienes?

CAM. Vaya!
Si no te mantengo, al ménos
es mi obligacion sagrada
mantenerte; por lo mismo,
si no te vá bien, te callas.
Cumple tú, que si yo falto...
ya nos veremos las caras.

MERC. Ay, qué desgraciada soy!

CAM. Cuando te conduje al ara
ya sabias que yo era...

MERC. Un embustero! un mal alma!
un hombre sin corazon!

CAM. Y para qué me hace falta?
Si fuera unos pantalones...

MERC. Yo soy tu media naranja!
CAM. Justo: la de San Francisco,
que me ha caido y me aplasta!
MERC. Ay, que desgraciada soy!
CAM. Mercedes!
MERC. Muy desgraciada!
CAM. Ya me lo has dicho tres veces!
MERC. Y qué?
CAM. Que con una, basta.
Dáme el almuerzo! (Sentándose.)
MERC. El almuerzo?...
CAM. Sí; el almuerzo! qué te extraña?
MERC. Que no hay nada preparado.
CAM. Conque no hay?... Si no mirára!...

(Coge un periódico y se pone á leer.)

MERC. Camilo, eres...
CAM. (Leyendo.) "Un becerro
se escapó ayer de la plaza,
dando el gran susto á unas gentes
que alegremente almorzaban."
—¡Qué suerte la del becerro!
MERC. Bien merecias...
CAM. (Leyendo.) "Un ama,
soltera, de quince años,
leche fresca, y muy honrada,
busca padres y la abonan,
en la calle de la Pasa."
No he visto más disparates
dichos en ménos palabras.
MERC. Si crees que voy á aburrirme
de esa manera, te engañas. (Coje otro periódico.)
"El pueblo marcha al progreso..." (Leyendo.)
CAM. "Petróleo á cien reales lata." (Idem.)
MERC. "El diputado Pestiño (Idem.)
al usar de la palabra,
demostró que era el sistema
más conveniente a la España..."
CAM. "Garrotazo y tente tieso, (Idem.)
novela nueva, ilustrada
con grabados en maderá;
dos cuadernos en semana."

MERC. ‖Buen Gobierno...‖ (Leyendo.)
CAM. (Idem.) ‖Es imposible
ni mejor ni más barata:
calle del Cármen catorce.‖
MERC. ‖Tísis!‖ (Idem.)
CAM. (Idem.) ‖La gran funeraria!‖
MERC. ‖Para las clases pasivas.‖ (Idem.)
CAM. ‖Cascarilla americana.‖ (Idem.)
MERC. Camilo, ¿quieres quemarme?
CAM. Ni sabia que ahí estabas.
MERC. Te juro que no has de verme
en todo el dia la cara.
CAM. Bueno; te veré de noche.
MERC. No lo esperes.
CAM. Anda, anda.
MERC. Ni he de mirarte tampoco.
CAM. Me mirarás si hace falta.
MERC. Es que cerraré los ojos.
CAM. Ya te haré yo que los abras.
MERC. Lo veremos.
CAM. Bueno, vete
y haz aquello que te plazca.
MERC. Puerco-espin!
CAM. Anda al infierno
MERC. Mal marido! (Vase.)
CAM. Cataplasma!

ESCENA II

CAMILO.

Gracias á Dios que se ha ido
mi idolatrada parienta.
Uf!... Veamos lo que dice
la insigne *Correspondencia.* (Leyendo.)
Santo Dios, qué estoy mirando!
‖Él maestro Cara-estrecha
dá lecciones de toreo,
callejon de la Ternera,
siete, tercero...‖ ¿En mi casa?...

Sí; justamente... Ah, qué idea!...
Pero no; no puede ser,
nunca le ví la coleta
á mi mujer... Necesito
informarme bien, no sea...
Calle... si es del mes pasado
y hace seis dias apenas
que en esta casa vivimos...
Por suerte miré la fecha,
que si no, valiente susto
me dá *La Correspondencia.*

ESCENA III

DICHO y LAURA.

LAURA. Dá usté permiso? (Desde la puerta.)
CAM. Adelante!
LAURA. Es usté er patron?
CAM. Sin barco.
LAURA. Pues entonses paso er charco. (Entrando.)
CAM. Qué mujer tan elegante!
LAURA. Cabayero, yo he leío
el anunsio que publica...
CAM. (Me hace tilin esta chica!)
LAURA. Y en el instante he venío
á sabé si era verdá.
CAM. Verdad y verdad factible.
LAURA. Realisa usté lo imposible
en bien de la humanidá.
Porque en estos tiempos fieros
la manutension aterra!
CAM. He declarado la guerra
á todos los pupileros,
y en esta lucha empeñado...
LAURA. De usté será la victoria!
De usté el laurel de la gloria!...
CAM. (Lo echaré en el estofado.)
LAURA. En este apartado eden
donde el comersio se olvía
me avengo á pasar la vía.

CAM. Y en eso hace usté muy bien.
LAURA. Su afan desinteresado
me plase.
CAM. Mucho me halaga...
Pero en mi casa se paga
siempre por adelantado.
LAURA. Yo le daré la mesada
cuando cobre.
CAM. Pronto?
LAURA. Sí,
muy pronto!
CAM. (Lo que tú á mí
quieres darme, es la tostada.)
LAURA. Y áun suponiendo que yó
no pague; no habrá sofoco.
Quien se aviene á cobrar poco
se aviene á no cobrar.
CAM. (Gritando.) No!!
Que yo de balde no lucho;
y sepa no me conviene,
pues quien con poco se aviene,
quiere lo poco y lo mucho.
Ilusion no se haga usté
de no pagar lo que coma,
porque vale más *un toma,*
siempre, que dos *te daré.*
Y como hay muchos lagartos
que andan de aquí para allá,
usted... será... ó no será...
Pero, en fin, vengan los cuartos.
LAURA. Cuartos, *mangue?*
CAM. (Habla en *caló.*)
LAURA. Bueno!
CAM. (Se pierde de vista!...)
De qué vive usté?
LAURA. De artista.
CAM. Cantante, sin duda?
LAURA. No!
Yo he sido muy desgrasiada!
Tengo una historia... Ay de mí!
Yena de lágrimas...
CAM. Sí?

(Pues estará emborronada.)
LAURA. Primero, hise mi *debú*
en los bufos.
CAM. (Pues ya escampa!)
LAURA. Como yo tengo esta estampa
yamaba ar sielo de tú.
Ay que Beya Elena aqueya,
quien olviarla podrá?
CAM. Hizo usté de Elena?
LAURA. Quiá!
CAM. Pues de qué entonces?
LAURA. De Beya!
Los abonados leales
me aplaudian, me mimaban,
y allí todos se fijaban
en mis botas imperiales.
CAM. Sí; lo creo...
LAURA. Pero un dia
me enamoré de Melchor,
ay! yo no he visto mejor
teniente de artillería.
CAM. Era... artillero?
LAURA. Si á fé.
CAM. Teniente!... Pues ahí es nada!
LAURA. De artillería montada,
pero al mes, me dejó á pié;
yo no hise más que yorar,
y de aquel disgusto atros
un dia... perdí la vos
y no la volví á encontrar!...
CAM. Mas con rostro tan seráfico
pronto usted.....
LAURA. Perdido el mérito
ingresé en el benemérito
cuerpo...
CAM. Civil?
LAURA. Coreográfico!
CAM. Bailarina?
LAURA. Sí señor.
y aunque aplanada y sin lus
en el género andalus
conseguí haser un furor.

CAM. Muy bien!
LAURA. Mas las castañuelas,
como yo soy tan sensible,
me hasian un daño horrible
y me quedé por dos velas.
CAM. Desgracia grande!
LAURA. Despues
un fransés me dió lecsion,
y con cresiente afision
me dediqué á lo fransés.
CAM. Bien ideado?
LAURA. En un tris,
y estudiando con afan,
me hizo sélebre el can-can
la Modista de París.
CAM. Es que es precioso!
LAURA. Muy bello.
CAM. Aquel paso de tem, tem! (Bailando.)
LAURA. Precisamente!
CAM. Y tambien.
más tarde, cuando entra aquello... (Baila.)
LAURA. Por lo que veo, quisá
usté es de la profesion.
CAM. No tal, no; simple aficion...
LAURA. Vamos á verlo?
CAM. (Poniéndose en posicion.) Ya está.

MÚSICA.

CAM El can-can es de los bailes
el más sano y el mejor,
y entusiasma fácilmente
á las niñas *com il faut.*
LAURA. El can can para los hombres
es un bálsamo eficaz;
si están tristes los alegra
y si alegres es la mar.
CAM. Viva el can-can.
LAURA. Que viva sí.
CAM. Su paso es fácil,
se baila así. (Bailan.)
LAURA. El can-can no causa hastío
y á las hembras dá valor,

cuando el hombre que lo baila
sabe el paso á perfeccion.

CAM. El can-can alegra el alma
y nos llena de placer,
si lo baila una pareja
como la que ustedes ven.

LAURA. Viva el can-can.

CAM. Viva el belen.

LAURA. A repetirlo
segunda vez.

HABLADO.

CAM. Es usté una bailarina
de lo que se llama al pelo.

LAURA. Aunque medrar es mi anhelo
su elogio no me alusina:
Quisá aplaude por sistema.

CAM. No tal!

LAURA. Usté es muy cortés!...

CAM. Dice usté más con los piés
que Zorrilla en un poema.
Tiene usté gracia, soltura,
movilidad, gentileza;
y luego, hay en la cabeza
esbeltez y galanura.
No ví jamás tal primor
ni en bailarinas de empaque;
sobre todo, en el *destaque*
no hay quien destaque mejor.

LAURA. Pues, aunque usté se alborota
con mi *destaque*... no es maca,
lo que mejor se *destaca*
es que no tengo una *mota*.

CAM. De lo cual, y no es desvío,
vamos en limpio á sacar,
que usté, bailando... es la mar!
Pero que yo no le fio.

LAURA. Cuádrele á usté ó no le cuadre,
yo de aquí ya no me aparto.

CAM. Señora!

LAURA. Cuál es el cuarto?

CAM. El cuarto?... honrar padre y madre.

LAURA. Pero?...

CAM. No quiero prebendas.
LAURA. Y me desahucia usté?
CAM. Á ver!
LAURA. Rechazar á una mujer
que tiene tan buenas prendas.
CAM. Pues se pueden empeñar,
y sacando algunos reales...
LAURA. Son mis prendas personales!
CAM. Eso es hablar de la mar.
LAURA. Bueno; pues, ya que traidor,
las esperanzas me roba... (Váse á un cuarto.)
CAM. Señora, que esa es mi alcoba!
LAURA. Mejor!
CAM. Cómo que mejor?
LAURA. Allí buscaré el sosiego.
CAM. Eh! poco á poco... Y se mete!
LAURA. Despiérteme usté á las siete.
CAM. Pero es que yo no...
LAURA. (Cerrando la puerta.) Hasta luego.

ESCENA IV.

CAMILO.

CAM. Estas gentes son felices!
Y nada... se acostará,
y por contera, me dá
con la puerta en las narices.
Que estuve tonto parece...
Y si de este modo empieza...
No, si he de hablar con franqueza,
la chica se lo merece.
Tiene una gracia... un mirar
esa condenada niña...
Y luego la infame, guiña
de un modo particular.
Necesito ver si ensayo... (Restregándose las manos.)
pero qué diablo, es la cosa
que si se entera mi esposa
va á haber aquí un Dos de Mayo.
Nada, no; no puede ser:
démosla pronto al olvido:

para un hombre bien nacido
lo primero es su mujer.

ESCENA V.

DICHO y MERCEDES.

MERC. Qué tranquilo está el traidor.
CAM. (Sin verla.) Señora!... Señora!... Eh!
MERC. Señora?... A quién se dirige?
CAM. Señora! que salga usted
ó tiro la puerta abajo!...
MERC. Camilo!
CAM. Pun! Mi mujer!
MERC. Qué es lo que estabas haciendo,
Camilo?
CAM. Pues... ya lo ves.
MERC. A quién llamabas?
CAM. A... un huésped.
MERC. Ahí dentro hay una mujer!
CAM. Bueno; un huésped con enaguas.
MERC. Y lo confiesas, infiel?
CAM. Hija mia... un pupilero
tiene por fuerza que hacer
la vista gorda.
MERC. Conformes:
pero los hombres de bien
no admiten en su morada
más mujer, que su mujer.
CAM. Es que esa que está en mi cuarto
es una señora.
MERC. Pues!...
No será mala señora
la que tiene menester
de casas á *cinco* reales
con *tres* comidas...
CAM. Por qué?
Son acaso incompatibles
la humildad y la honradez?
Esta es toda una señora,
una artista á la *dernier*,

con mucha gracia en el cuerpo
y mucha fuerza en los piés.

MERC. Una bailarina?

CAM. Justo!

MERC. Qué escándalo!... Salga usté!

CAM. Calla que está descansando;
la pobre debe tener
necesidad de reposo,
porque baila mucho y bien.

MERC. Ha bailado aquí?

CAM. Preciso,
para hacerme comprender
que era artista...

MERC. Y tú has bailado
con ella?

CAM. Pues ya se vé:
cómo habia de bailar
sola la pobre mujer?

MERC. Voy á pedir el divorcio!

CAM. Pero, Mercedes, por qué?

MERC. Voy á ver al juez hoy mismo!

CAM. Y cuando pregunte el juez
por qué deja usté á su esposo?
qué le vas á responder?

MERC. Que le dejo...

CAM. Porque baila!

MERC. Infame!

CAM. Sosiégate!

MERC. Me voy con mi madre!

CAM. Bueno;
vámonos con mamá!

MERC. Ustéd?
Usté no viene conmigo.

CAM. Pues sola no vás.

MERC. Iré!

CAM. No quiero yo!

MERC. Y qué me importa?

CAM. Mercedes!

MERC. No he de volver
á verte!

CAM. Mira, Mercedes!...

MERC. Abur!

CAM. Aquí quieta! (Cogiéndola.)
MERC. Qué?...
Camilo, á mí no me toques!
CAM. Que no te marchas, mujer!
MERC. Me sueltas!
CAM. No!
MERC. No?... Pues toma!

(Al darle una bofetada, entra Mister Johk, quien la recibe.)

ESCENA VI

DICHOS y MISTER JOHK.

MIST. Andar trompis!
CAM. Un inglés!
MIST. Cacheteamenta española!
CAM. Has visto?
MERC. Dispense usted...

MÚSICA.

MIST. Yo ser Mister Yohk,
yo estar toda inglés,
y en esto país
venir á aprender.
Mi ser un Roschild;
mi tener valor
y venir aquí,
yés, yés,
á matar torós.
CAM. Es un inglés.
MERC. Es un inglés.
MIST. Y es verigüell.
Toda, toda flamenca,
toda, toda barbian;
mi querer de lo españolo
á mi país aportar. (Baile.)

—

Madrid estar bien,
más bien que London,
é mi ser aquí
chuleta guason.
Salera tener,
torera será,
y venir aquí

yés, yés,
á toros matar.
Viva, viva la grasio,
viva, viva el chipé
de las niñeras bonitas;
mi lo salerra aprendé.

HABLADO.

MIST. El maestro Cara-estrecha?
CAM. Qué es lo que dice este inglés?
MERC. Caballero, usted perdone....
MIST. Manos blancos no ofender
CAM. Pero doler!
MERC. (Ah qué idea!)
Por ventura, busca usted
habitacion?
MIST. Al maestro
Cara-estrecha.
CAM. Aquí no es.
MIST. Mi ser Mister Johk.
MERC. Qué tipo!
MIST. Mi estar de London.
CAM. Y qué?
MIST. Venir mí á aprender flamenca.
MERC. (Voy á vengarme).
MIST. Querer
matar toras, bailar óle,
y el salera, chichapé.
CAM. Yo no entiendo una palabra.
MERC. Pues él se explica muy bien.
MIST. Leer mi, correspondensió,
correspondensio poner,
Ternero, siete, tercera,
ó Ternero estár osté. (A Camilo.)
CAM. Escuche usted, señor mio...
MIST. Mí la torera aprender,
CAM. Ya he dicho que no es aquí!
MIST. *Bun noy*. (Marchándose).
MERC. Espérese usted.
El maestro Cara-estrecha
soy yo!
MIST. Ah!

CAM. Pero mujer...
MERC. Y le daré á usté lecciones
desde este momento.
MIST. Ah! Yes!
Mi aprender, querer torera:
mi dispois estableser
Academia en London.
MERC. Nada;
en dos dias, sabe usté
más suertes que Lagartijo.
CAM. Mercedes, por San Ginés!...
MIST. Si oste haserme Lagartija
mi prometa dar oste
mocha dinera.
CAM. Qué escucho!
MERC. El quiebro...
CAM. (Gritando.) No se le dés!!
MERC. Voy por el trapo, enseguida
vuelvo...
MIST. Oh no; mi tener
la maleta toda llena
de trapos. (Saca de ella un capote de torero.)
CAM. Digo el inglés
y qué prevenido viene.
MERC. Usté hará de toro!
MIST. Eh!...
Mi no tora (A Camilo.) El señor tora.
CAM. Un diablo!
MIST. Mí paja bien.
CAM. Pues yo no quiero. ¡Canastos!
MIST. Oh yes!
CAM. No señor!
MIST. Oh yes.
MERC. No es necesario
CAM. (Respiro!)
MERC. Atencion!
MIST. Mi la tener.
MERC. Póngase usted á ese lado.
CAM. (Maldito seas, amen!)
MERC. Tienen amor y toreo
mucha semejanza.
CAM. A ver!

MERC. Si á una niña hace usté el oso
porque le prendó su talle
y le pasea la calle
de su cariño ambicioso.
Si ella demuestra á las claras
no serle á usté indiferente,
está claro y evidente
que la niña *toma varas*
Si usté logra que *le cite*
entra el *toreo á lo fino*,
y hay que tener mucho tino
para salir bien *del quite*:
mas si la niña desbarra,
ó algun resabio profesa,
se le dá una *aragonesa*
ó un *capeo á la navarra*.
Y bien dispuesta á la *muerte*
que usté le dá, en amor *diestro*,
sólo le resta al *maestro*
saber colocarse *en suerte*.
Y una vez ya preparada,
y de la *brega* rendida,
buscándose *la salida*
se le estiende *la estocada*.
De lo cual, aunque irrisorio,
resulta por nuestro mal,
que vienen á ser igual
el trasteo y el casorio.

CAM. La descripcion es muy fiel
y la igualdad es sencilla:
los testigos *la cuadrilla*,
y la casa *el redondel*.
y de ese relato infiero
qne son, sin hacer agravios,
los vecinos, *monos sabios*,
y la suegra *el puntillero*.

MIST. Ser difísil!

MERC. Poca cosa,
y si se pone interés... (Cuadrándose.)
Embista usté, y lo recibo.

MIST. Ah, buenol (Hace la intencion.)

CAM. No embista usté!

MÚSICA.

CAM. Lance gracioso;
tendrá que ver
jugar yo al toro
con mi mujer.
MERC. Milor, yo le aconsejo,
si airoso ha de salir,
para saber el quite
que aprenda el embestir.
MIST. Si ser esa la regla
seguirla tambien yo.
MERC. Pues fíjese un momento
y empiece la leccion.
Pues con la izquierda
se coge el trapo,
se cita al toro
diciendo, guapo,
ven para acá,
y se le dan dos pases
al natural.
Y cuando el bicho
se pára un poco,
con mucha gracia
y mucho aplomo,
si es el que mata
muchacho diestro,
dá dos de frente
y uno de pecho.
MIST. De los de los de aquí,
porque los *pasas* esos
gostarme á mi.
CAM. El inglés no es un bobo
segun calculo,
que los pases de pecho
le gustan mucho.
Mujer, por Dios,
no enseñes el toreo
á ese milor.
MERC. Si el toro corre
siga tras él,
hasta que logre
parar sus piés.
Y puesto así,
le puede usté sin miedo

ya recibir.

CAM. Y puesto así,
un revolcon de marca
vá á recibir.

MIST. Y puesto así,
á los torros valientas
yo recibí.

MERC. Cuando vaya en su tierra
á dar leccion
no se le olvide nunca
la posicion.
Olé y olé
liado siempre el trapo
ha de tener.

CAM. Cuando vaya á su tierra,
pobre milord,
de seguro se lleva
un revolcon.
Olé y olé
viva el hombre flamenco
torero inglés.

MIST. Cuando dé mil lecciones
allá en London,
mí torear á toda
la poblacion.
Ay! chichapé;
mais de cuatro miladis
recibiré.

HABLADO.

CAM. Ea, basta de lecciones.
Se acabó, lo entiende usté?

MIST. Por qué?

CAM. Porque yo no quiero!

MIST. Cómo?

CAM. Porque es mi mujer,
y ya me voy yo cansando.

MIST. Sentarse!

MERC. Camilo, ten
más calma!

CAM. No me acomoda!

MIST. Sacar mí lo revolvér!

CAM. Aunque saque usté un cañon.

Vaya! que ya me amosqué
y le pego á usté un zurrio
que lo vuelvo del revés!

MIST. Mi estar inglés!

CAM. Yo español!

MIST. Mi valienta!

CAM. Bien y qué?

MIST. Mi mata!

CAM. Y mi descabella!
Pues hombre estábamos bien!

MERC. Camilo!

CAM. No soy Camilo,
soy un hulano, un lebrel,
un chacal, una pantera
que vá á comerse un inglés.

MIST. Oh no; mi estar dura.

CAM. A palos
lo voy á ablandar á usté.

MIST. Boxeamienta! (Amenazándole.)

CAM. A mí puños?
Puños á un aragonés?

MIST. (Muy asustado.) Aragonés!... Ah navaca!!
Navaca!!! (Corriendo por la escena.)

CAM. (Ya lo achiqué.)

MIST. Navaca osté no sacar! (Suplicante.)

CAM. Navaja yo no tener.

MIST. Mi mieda entonces no tenga! (Repuesto.)

CAM. Ah, tuno!

ESCENA VII

DICHOS y LAURA.

LAURA. Vaya un belen!
No puede una ni dormir!

MERC. Señora!

MIST. Guapa moquier!
Osté querer resibirme?

LAURA. Yo?... Que le resiba á usté
Frascuelo!

CAM. Qué está usté haciendo? (Aparte.)

Este tio es un inglés
que tiene muy buenos cuartos.
LAURA. Eso ya tiene otro ver.
MERC. Qué les has hablado al oido?
CAM. Veras!
LAURA. (A Mister.) Venga osté, gaché!
MIST. Oh gache mí! (Muy contento.)
LAURA. Usté qué quiere?
MIST. Mí quiera toda aprender
la torera.
LAURA. Yo le enseño.
CAM. Usté sabe?
LAURA. Ya se vé.
Si lo aprendí en Pepe-Hillo!
CAM. Pues ès verdad.
MIST. Oste ser
casada?... Mí con casadas
no quiera bromas!
LAURA. Por qué?
MIST. Porque marido españolo
estar siempre aragonés.
LAURA. Yo soy libre como el aire,
y si quié aplicarse usté,
vá usté á saber más toreo
que el Chiclanero.
MIST. Ah! bien, bien!
si oste querer, mí casar.
LAURA. Si usté casar, mí querer.
MIST. Le equipaque de Milady!
LAURA. Equipaje?... No hay de qué!...
MIST. Mí comprarlo.
LAURA. Viva el rumbo!
MIST. Chipe salerosa!
LAURA. Yes!
MERC. Y habla inglés!
LAURA. Yo hablo de todo.
Ah, compadre, pague usté
al señor mi pupilaje.
MIST. ¡Cuanto?
CAM. Mil duros?
LAURA. A ver?...
CAM. Cállese usté y partiremos.

MIST. Eh!... ¿mil duros?
LAURA. Eso es.
CAM. Por la leccion... otros mil.
LAURA. Partiremos?
CAM. Ya se vé!
Otros mil por la molestia.
MERC. Camilo!
CAM. Calla mujer!
Otros mil...
MIST. Basta de miles!
CAM. Bien; cinco mil duros!
MIST. Eh!
CAM. El resto es por la propina.
MIST. Se los doy!
LAURA. Qué vas á haser?
(Mister dá á Camilo varios billetes.)
Valiente inglés se ha pescado! (Aparte á Camilo.)
CAM. No pescó usted mal inglés!
Y tú estás ya convencida? (A Mercedes.)
MERC. Perdono, por esta vez.
MIST. El braso! (A Laura)
LAURA. ¡Con mucho gusto!
MIST. *Bun noy*.
CAM. ¿A dónde va uste?
MIST. A London!
CAM. Y estos señores?...
No nos despedimos?
MIST. Yes!
LAURA. ¡Eh, patron! (Señalando al público.)
CAM. No entiendo de eso.
LAURA. Corriente; pues yo lo haré.
(Al público) Milady de este milord
cerca está ya mi partida,
pero en mi pátria querida
he de pensar con amor.
Bajo este sol de los soles
miro colmado mi afan,
y se que me aplaudirán
los galantes españoles.

TELON.

SUSANA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON MIGUEL PASTORFIDO,

música del maestro italiano

L. RICCI.

Representada por primera vez en el teatro del Circo el dia 23 de Mayo de 1867.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
SUSANA...............	DOÑA ANTONIA UZAL.
IDA....................	DOÑA MATILDE ESTEBAN.
FANY..................	DOÑA MANUELA CHECA. [1]
JORGE.................	DON MANUEL SOLER.
TOM....................	DON MAXIMINO FERNANDEZ.
EL DUQUE............	DON PASCUAL DALY.
PATRICIO.............	DON NICOLÁS RODRIGUEZ.
GUILLERMO...........	DON FERNANDO PRIETO.
UN OFICIAL...........	DON ANGEL RODRIGUEZ.
UN LLAVERO..........	DON N. N.
UN ALDEANO.........	DON N. N.

Coro de aldeanos, soldados, contrabandistas y gente del pueblo.

La accion pasa, el primer acto cerca de Edimburgo y aquí los dos últimos.

1 Esta señorita, por deferencia al autor, se ha encargado de un papel de escasa importancia en la parte musical.

AL SEÑOR DON FRANCISCO SALAS.

El laudable interés y acierto con que V. ha procurado el buen desempeño de esta obra serian, si no existieran otros títulos, motivo justo para aprovechar la ocasion de ofrecerle, como en estas breves líneas deseo hacerlo, un testimonio de la profunda estimacion en que, por muchos conceptos, le tiene su afectísimo amigo

Miguel Pastorfido.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un valle ameno junto á las montañas da Escocia. En lontananza el mar. Á la izquierda la alqueria de Jáckins con puertas al mismo lado: al frente, y formando ángulo con la alqueria, un pabellon con puerta y ventana practicable.

ESCENA PRMERA.

COKO DE ALDEANOS de ambos sexos.

MUSICA.

CORO. Descansa, labrador:
cesó ya tu labor.
Mañana es fiesta aquí.
Si cede tu vigor,
abraza al hijo; así
tu corazon tendrá
fuerza y valor.
El cielo te dará
ventura y alegria.
Descansa, labrador.
Mañana es dia
grato al amor.

(Vánse todos por la izquierda.)

ESCENA II.

IDA, saliendo del pabellon.

IDA. Prenda adorada de un ardiente amor,
tú solo das consuelo á mi dolor.
Si el bien del alma mia aquí estuviera,
contenta yo viviera.
Pero me olvida cuanto mas le adoro,
y su inscontancia lloro.
Valle ameno, á mi existencia
no le brindas ya un Eden:
que al perder ¡ay! mi inocencia,
mi quietud perdí tambien.
(Señalando al pabellon.)
Allí está, pero escondida,
la fiel prenda de mi amor.
Allí guardo yo mi vida,
pero á costa de mi honor.

ESCENA III.

IDA—FANY, GUILLERMO, ALDEANOS. Saliendo de la alqueria.

CORO. Vedla por fin!... Amiga! Es ella! Es Ida!
FANY. Cara hermana!
CORO DE MUJERES. Un abrazo!
CORO DE HOMBRES. Bien venida!
IDA. Gracias! Gracias! Vuestro acento,
siempre dulce al alma mia,
abre al sol de la alegria
mi desierto corazon.
(Si tú, oh padre, me bendices...
Si mi bien torna quizá...)
De momentos mas felices
Ida al fin gozar podrá.

HABLADO.

IDA. (Á los Aldeanos.)
Hasta mañana.

GUILL. Mañana
hay fiesta en el pueblo y baile.
ALD. 1.ª Estarás á nuestro lado?
ALD. 2.ª Verás cómo te distraes.
IDA. Pues hasta mañana, amigos.
UNOS. Adios!
OTROS. Adios!
IDA. Él os guarde.
(Vánse Ida y Fany por la izquierda.)

ESCENA IV.

GUILLERMO, ALDEANOS y ALDEANAS.

GUILL. No habeis observado que Ida
tiene así muy mal semblante?
ALD. Puede ser que algun vampiro
le haya chupado la sangre.
GUILL. Tú crees en esas cosas
porque eres un ignorante.
ALD. Miren el sabio!
GUILL. No en vano
soy el hijo del alcalde.
Vaya! Y si me chillas mucho
te hago meter en la cárcel.

ESCENA V.

DICHOS, PATRICIO, por el fondo.

PAT. (Esa es la granja, no hay duda,
pero antes quiero enterarme...)
Oye, muchacho!...
GUILL. (Un aldérman!
El jefe de los gendarmes...)
PAT. Vive aquí Jáckins, sargento
que fué de los guardias reales
y despues labrador?
GUILL. Sí.
(Para qué vendrá á buscarle?)
PAT. Tiene una hija?

GUILL. No, dos.
PAT. La mayor es ..
GUILL. La mas grande.
PAT. Sí, pero se llama...
GUILL. Ida.
PAT. Bien.
GUILL. Con que... (Queriendo retirarse.)
PAT. Aguarda!
GUILL. Que aguarde?
PAT. (Averiguaremos...) Dime...
Ida no tuvo un amante?
GUILL. Sí, señor: un oficial
del pretendiente.
PAT. Y no sabes
la historia de esos amores?
Cuéntame algunos detalles.
GUILL. Hace un año que... me acuerdo
que ocurrieron mil desastres.
La guerra civil turbó
la paz de nuestros hogares.
Y nuestros fértiles campos
fueron regados con sangre.
Dios sin duda los maldijo
desde entonces.
PAT. Adelante.
GUILL. No hemos cogido ni un grano,
y estamos mas miserables...
PAT. Prosigue.
GUILL. Al siguiente dia
de un horroroso combate
en que á los del pretendiente
vencieron los tercios reales,
encontramos en el campo
entre un monton de cadáveres
un pobre oficial, cubierto
de heridas y casi exánime.
ALD. 1.ª Ay! Sí. Y era muy buen mozo.
ALD. Como que arrastraba un sable...
PAT. Sigue tú. (Á Guillermo.)
GUILL. Pues vino Ida
con hilas y con vendajes,
y mas de cuatro infelices

deben la vida á ese ángel.
PAT. Con que es tan sensible?
GUIL. Mucho.
Tiene un corazon...
PAT. (!Quién sabe!...
Se engañará la justicia?
Será inocente ó culpable?)
GUIL. Al ver al pobre oficial
que estaba allí desangrándose,
Ida mandó transportarlo
á la granja de su padre.
Allí...
PAT. Pues! se enamoraron.
GUIL. Justo!... Y... *requiescat in pace.*
PAT. Pero se casó con ella?
GUIL. Estaban para casarse.
Pero un dia se fué el novio.
PAT. Dónde?
GUILL. No lo sabe nadie.
Ella se quedó muy triste
y despues emprendió un viaje...
PAT. Pues yo tenia entendido
que se afectuó ese enlace.
GUIL. Que yo sepa...
PAT. Y que Ida tuvo
un hijo...
CUIL. Qué disparate!
PAT. Estoy casi por jurarlo.
GUIL. Pues mentís!
PAT. Eh!...
GUIL. Dispensadme...
Pero la queremos mucho,
y cuando la ofende álguien...
PAT. No sabes mas?
GUIL. Os he dicho
cuanto sabia.
PAT. Pues márchate.
GUIL. Qué fueros! (Entre ellos.)
ALD. Qué pregunton! (Id.)
GUIL. Me iba entrando ya un coraje!
ALD. 1.ª Decir esas cosas de Ida!
GUIL. Ofender á nuestro ángel

tutelar!... Vamos, no puede
ser bueno aunque Dios lo mande. (Vánse.)

ESCENA VI.

PATRICIO, luego FANY.

PAT. Todo la condena, todo!
Pobre muchacha!... no obstante,
no creo que haya en el mundo
una madre tan infame.
En fin veremos...
(Llamando á la puerta de la alquería.)
FANY. Quién llama? (Saliendo.)
PAT. Niña, eres hija de Jáckins?
FANY. Servidora vuestra.
PAT. Gracias!
Quisiera hablar con tu padre.
FANY. Os diré... Hace mucho tiempo
que no puede levantarse
de la cama... Como el pobre
padece tanto...
PAT. Sí: achaques
de la guerra.
FANY. Sin embargo,
iré á decirle al instante...
PAT. No es preciso... (Pobre viejo!
seria apesadumbrarle...)
Vengo á pedirle noticias
que acaso tú podrás darme.
Yo soy Patricio... Un aldérman
de Edimburgo.
FANY. Ah!
PAT. No te alarmes.
FANY. Las gentes de policia
son muy buenas, muy amables;
pero me causan un miedo...
(Me estan temblando las carnes.)
PAT. Tranquilízate.
FANY. Ya caigo...
Quereis meter en la cárcel
á Susana, á esa infeliz
que hace una vida salvaje

en la montaña?...
PAT. Será
la que acabo de encontrarme
cantando y brincando sola
y haciendo mil disparates?...
FANY. Pobre muchacha! Está loca;
pero no hace daño á nadie.
No la prendais!
PAT. Y quién dice
que yo de prenderla trate?
Pero, hablando de otra cosa,
dime, no tiene tu padre
otra hija que se llama...
No quisiera equivocarme...
FANY. Ida? Mi hermana mayor.
PAT. Pero quizás no te iguale
en hermosura: no es cierto?
FANY. Quereis callar? Compararme
con mi hermana, que es tan bella,
tan sabia, tan elegante!
Yo me he criado en el campo
y no sé lo que ella sabe.
PAT. No, eh?
FANY. Yo sé únicamente,
y para mí es lo bastante,
pagar á los segadores,
procurar comodidades
á mi buen padre, leer
la Biblia, un libro muy grande...
Pero mi hermana es distinto:
mi hermana... esa sí que vale!
Se ha criado en Arondel,
uno de los principales
castillos de Escocia, al lado
de la esposa de Sir James...
Una señora muy rica
y de excelente carácter
que le dió lo que se llama
una educacion brillante.
Pero volvió á nuestro lado
y comenzó á fastidiarse.
Sola y sin que permitiera

que la acompañara nadie,
la orilla del mar solia
recorrer todas las tardes.
Siempre estaba triste. En vano
sus incógnitos pesares
pretendiamos saber.
Nos contestaba que el aire
de este pais la mataba...
que queria hacer un viaje...
Entonces se fué á Edimburgo,
en donde vive años hace
una tia que la quiere
de una manera entrañable.

PAT. Estuvo allí mucho tiempo?
FANY. Siete meses no cabales.
PAT. Y escribia?
FANY. Con frecuencia.
PAT. Cartas un poco alarmantes?
FANY. No señor; que se encontraba
mejor que en ninguna parte.
PAT. Y regresó al fin?
FANY. Hoy mismo.
Sorpresa mas agradable!...
PAT. Y venia de Edimburgo?
FANY. Sí señor; qué duda cabe?
PAT. Sola?
FANY. No; la acompañó
el viejo Robin.
PAT. (Diantre!)
FANY. Así lo dijo mi hermana:
vino en su mismo carruaje...
PAT. (Robin está en Edimburgo...
yo mismo le ví ayer tarde...
Ida desapareció
há diez dias... Esto es grave.)
FANY. Qué teneis?
PAT. Nada.
FANY. No sé
qué noto en vuestro semblante...
PAT. Adios: ya volveré á verte...
(Es preciso que yo indague...
Dios haga que la justicia

siquiera esta vez se engañe.) (Váse.)

ESCENA VII.

FANY, luego SUSANA y ALDEANOS.

FANY. Adónde irá tan de prisa?
Cuánta pregunta!... Es chocante ..
ALDS. Á la loca! Franco el paso!
FANY. Pobre muchacha!
SUSANA. Dejadme!
(Que sale precedida de los otros.)

MUSICA.

Oh! cuán hermoso y cándido
(Imaginándose sostener un niño.)
mostraba su semblante!
Oh! cuál sentí, besándole,
latir mi corazon!
En dulce compañía
consuele mi dolor,
y flores á porfia
le buscará mi amor.
Si mi amor llorar le vé,
mi voz le distraerá...
Su labio sonreirá...
En brazos le tendré
y en ellos dormirá
al dulce son
de mi cancion.
Quien de amor conozca el fuego,
si de gozo palpitó,
y de amarga ausencia luego
el agudo afan sintió;
ese puede en tal instante
mi ventura comprender;
pues la imágen de mi amante
en su rostro alcanzo á ver.
CORO. Goza al fin en dulce calma
esa vida de placer.
(Haga el cielo que á su alma

la razon pueda volver.)
(Váse el Coro por el fondo y quedan en escena solo Fany y Susana.)

ESCENA VIII.

FANY, SUSANA.

HABLADO.

SUSANA. Dios me ha enviado ese niño:
se parece tanto á Jorge!
Sola quedaré en el mundo
el dia en que él me abandone.
FANY. Pues cómo! Ha muerto tu madre?
SUSANA. La que llevaba ese nombre
yo no sé por qué.
FANY. Es posible?
SUSANA. Ha muerto... Dios la perdone!
Era muy cruel.
FANY. De veras?
SUSANA. Ya no me dará mas golpes.
FANY. Conque te pegaba?
SUSANA. Sí.
FANY. Ah! No era tu madre entonces.
SUSANA. Me compadeces? Oh! gracias...
FANY. No sé cómo hay corazones...
SUSANA. Qué buena es!... No hay cuidado
que de mi dolor se mofe,
como se mofa esa impía
turba que en pos de mí corre
gritando: «á la loca!»—Imbéciles!
No saben mas que dar voces;
pero si vuelvo atrás, huyen
como espantados gorriones.
—Adios.
FANY. Qué va á ser de tí,
sola en el mundo? Responde.
SUSANA. No sé.
FANY. No ha muerto tu madre?
SUSANA. Y yo misma, no te asombre,

en la arena cavé el hoyo
que sus despojos esconde.
Mas no estoy sola... conmigo
está la imágen de Jorge.

FANY. Siempre ese nombre en tus labios!...
Dime: quién es ese hombre?

SUSANA. Oh! Yo lo sé; pero callo...
Silencio el temor me impone.
Le prenderian... por eso
ocultó á todos su nombre
y vivió errante, escondido
entre sencillos pastores,
hasta que en nuestra cabaña
halló un asilo. Alma noble
y generosa! No quiso
que fuese mi madre pobre
y oro le dió, que ella al punto
enterró yo no sé dónde.
—Qué sucedió despues?... Ah!
ya me acuerdo...—Espera!... No oyes?
Los agentes de justicia
trepan las rocas del monte...
Pero Jorge, protegido
por las sombras de la noche,
con su ligera chalupa
las olas del mar ya rompe.
Libre está! Pero me deja!...
Cómo quieres que no llore
si su ausencia ha marchitado
la flor de mis ilusiones?
Desde que él partió que encantos
no tiene para mí el bosque,
ni los trinos de las aves
ni el perfume de las flores.
Rio y canto y lloro á un tiempo!
Encontradas sensaciones
hacen que mi corazon
en su mismo dolor goce,
y, en fin, que amando la vida,
á un mismo tiempo la odie.
Oh! Fany! Que el amor nunca
la calma á tu pecho robe!

Pero si te abrasa un dia
el fuego de las pasiones,
cuando triste y olvidada
tu perdida ilusion llores,
ó la sierpe de los celos
á tu corazon se enrosque,
sufre y calla, porque el mundo
se reirá de tus dolores;
y serán, para que el odio
toda tu sangre emponzoñe,
el eco de tus suspiros
sus carcajadas feroces.
Y si, lejos de ese mundo,
buscas otros horizontes,
donde los nobles instintos
de tu corazon no ahoguen
la envidia de las mujeres;
la ingratitud de los hombres,
te llamarán loca: loca
porque su infamia conoces;
loca porque aprecias mas
la soledad de tus montes,
que su mezquina grandeza
y sus impuros amores,
que dulces glorias prometen
y amargas penas esconden.
—Loca! yo tambien soy loca:
todos me dan ese nombre.
Adios! (Yéndose.)

FANY. Adios! Haga el cielo
que la paz á su alma torne.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA IX.

SUSANA, que vuelve á aparecer apenas se marcha Fany. Deba suponerse que todo lo que hace en esta escena y la anterior lo hace maquinalmente.

Dónde iba yo? La fortuna
me brinda aquí hermosas flores.
Voy á escoger las mejores

para tejerle una cuna.
—Aun no he vuelto á la montaña;
le dejé allí abandonado...
—Pero quién habrá llevado
ese niño á mi cabaña?
La noche era muy oscura;
llegué al fin, abrí la puerta,
y junto á mi madre muerta
ví esa tierna criatura.
Dormia... En diversa suerte
puso allí la Providencia
el sueño de la inocencia
junto al sueño de la muerte.
Esa coincidencia extraña
me hizo perder el sosiego:
enterré á la muerta, y luego
ya no volví á la cabaña.
Ah! Pobre niño! No llores...
Ya voy... Espérame... Ah!
(Vertiendo las flores.)
Oh! Dios! qué hermoso estará
dormido sobre estas flores.
(Cogiéndolas otra vez.)

MUSICA.

Por él á la montaña
buscando iba una flor...
Con estas frescas rosas
le adornaré mejor.
En brazos le tendré...
(Deteniéndose con viva señal de sorpresa, y acercándose á la ventana del paballon.)
Mas qué escucho!... Dios mio! Él es! No [acierto...
(Pugnando por abrir la puerta.)
Abramos... Se resiste... Ya está abierto.
(Logra con un violento esfuerzo abrir y entrar en el pabellon.)

ESCENA X.

TOM.

De mi barco en la ancha popa
ricos puros voy fumando,
y bebiendo en áurea copa
de mi rom de contrabando.
Entre juegos, canto y broma,
siempre en torno de mi grey,
vida alegre voy pasando:
no me cambio por un rey.
(Se ve á Susana abrir el pabellon y huir hácia la montaña con un niño en brazos.)
Desde niño me llevaron
con mi padre á una galera,
y á beber me acostumbraron
el buen vino de Madera.
Y aunque es ley de mi destino
que entre el agua viva yo,
ni una gota, en vez de vino,
mi garganta humedeció.

ESCENA XI.

TOM y JORGE, por la derecha.

HABLADO.

JORGE. Tom! Aquí tú?
TOM. No te asombres.
Á nadie esperar le agrada.
JORGE. Y la chalupa?
TOM. Guardada
por cinco de nuestros hombres.
JORGE. La dejaste?
TOM. No me allano
á esperar, voto á cien truenos!
Y hace seis horas, lo menos,
que te esperamos en vano.

Ven.

JORGE. Aun no.

TOM. Teson maldito!
No hay de convencerte modos?
Quieres sin duda que todos
caigamos en el garlito?
Nos van siguiendo la pista,
y el bando está terminante.

JORGE. El bando...

TOM. *Ahorcar al instante*
á todo contrabandista.
Yo la vida en poco estimo;
pero no estoy en el caso
de que por dar tú un mal paso
me hagan servir de racimo.
Conque vienes?

JORGE. Ya iré...

TOM. Cuándo?
Jorge, tú eres un mal socio.
No hemos hecho ya el negocio?
No se vendió el contrabando?
De esta vez no hacemos quiebra.
Para pasar bien el charco
aun nos quedan en el barco
dos barriles de Ginebra.
Conque ven...

JORGE. Mucho lo siento;
pero no puedo.

TOM. La gente
está aguardando impaciente.

JORGE. Dile que voy al momento.

TOM. Tengo la sangre... pardiez!
mas negra ya que la tinta.

JORGE. Voy á entrar en esa quinta.

TOM. Donde está tu amor tal vez?

JORGE. Pues bien... sí.

TOM. Bravo! De modo
que tú una mujer prefieres...
Mil rayos!.. Si las mujeres
lo han de echar á perder todo!

JORGE. Es que la mia...

TOM. La tuya

será como todas.

JORGE. Qué?

TOM. Ó es un ángel?

JORGE. Sí.

TOM. Sí, eh?
Mala bomba la destruya!

JORGE. Tom!

TOM. Qué es eso? Te incomodas?

JORGE. Tú lengua límite no halla...

TOM. Si son todas unas...

JORGE. Calla!

TOM. El diablo cargue con todas!
Oye para escarmentar
con agenos desengaños.
Tendria yo veinte años...
Solo pensaba en viajar.
Así se aprende y se goza...
Un dia hallé en la Suiza
una moza muy rolliza...
en fin, una buena moza.
Mi amor la dije una tarde:
ella aceptó.—Por supuesto
la amaba con fin honesto.
Era yo lo mas cobarde!...
Pero el que trata, no es broma,
como yo á las hijas de Eva,
ese madura la breva
para que otro se la coma.
Un mes y un dia estuvimos
con citas y con paseos...
diciéndonos chicoleos
y haciéndonos muchos mimos.
Llegó el tiempo en que dejar
aquel pais fué preciso:
ella lloró cuanto quiso,
y yo... la dejé llorar.
Qué escena! Hubo aquello de...
no querrás á otra?—Jamás!
—Y nunca me olvidarás?
—Y nunca te olvidaré.
En esto un año pasó:
volví; pero ya era tarde,

porque otro menos cobarde
hizo lo que no hice yo.
Le gustaban los franceses,
y la enamoró un francés
para plantarla despues...
al cabo de algunos meses.
No la dejó sola: ingrato
ser no quiso á su cariño,
y la dejó... con un niño
que era su vivo retrato.
Mereces una paliza
si un lance tu amor nos cuesta.
Ven!... No te pase con esta
lo que á mí con la suiza.

JORGE. Calla, Tom! Mi ira provocas.

TOM. Te vienes ó no? Responde.

JORGE. No: vé y colócate...

TOM. Dónde?

JORGE. Sobre el pico de esas rocas.
Desde allí verás los puntos
que nuestro enemigo ocupa:
si peligra la chalupa
vuelve y partiremos juntos.

TOM. Jorge, tu resolucion
no me parece prudente.
Tú, el muchacho mas valiente
de nuestra tripulacion!...
Exponer así tu vida!...
Quieres que, cual á un pirata,
te maten como se mata
á una ballena dormida?
Te profeso harto cariño
para no sentir tu muerte.
Pardiez! estoy por cogerte
y llevarte como á un niño!

JORGE. Espera un momento.

TOM. Ven.

JORGE. No.

TOM. Rayos!...

JORGE. Haz lo que digo.

TOM. El diablo cargue contigo!

JORGE. Vete.

TOM. Y conmigo tambien. (Yéndose.)

ESCENA XII.

JORGE.

Aquí vive la que yo
adoro con desvario.
Saber que está aquí... Dios mio!
y partir sin ella... No!
Dios ha unido nuestra suerte
con los mas estrechos lazos.
Quiero vivir en sus brazos
ó hallar en ellos mi muerte.

ESCENA XIII.

JORGE, IDA.

Empieza á anochecer.

IDA. (Dirigiéndose al pabellon.)
Allí entre la sombra oscura
de mi amor la prenda fiel
podré contemplar segura.
JORGE. Ida! (Viéndola.)
IDA. (Viendole.) Jorge!
JORGE. Es ella!
IDA. Es él!
JORGE. Oh! qué dicha! (Abrazándose.)
IDA. Oh! Qué ventura!
JORGE. Ida! desde este momento
corran nuestras vidas juntas
hasta dar su último aliento.
IDA. Estoy loca de contento.
JORGE. De veras?
IDA. Y lo preguntas!
—Perdona, pero cabida
ya daba á la duda.
JORGE. Ingrata!
Quien bien quiere nunca olvida.

IDA. Jorge, tu ausencia me mata,
porque tu amor es mi vida.
JORGE. En Edimburgo inquirí
con el afan mas prolijo...
Pregunté en vano por tí,
hasta que un pastor me dijo
que te encontrabas aquí.
Vine; y de contento ufana
mi alma al fin de tu amor goza.
IDA. Si llegué hace una semana;
pero me oculté en la choza
de la madre de Susana.
Merezco yo, me decia,
que el dolor mi alma taladre?
Fuí una hija ingrata, impia!
Ay, Jorge! No me atrevia
á presentarme á mi padre.
Sí: cuando con efusion
hoy me abrazó estrechamente
y me echó su bendicion,
temblé: creí que en mi frente
iba á leer mi baldon.
JORGE. Te asedian quimeras vanas.
IDA. Yo á su nombre inferí agravios.
JORGE. Por qué en recordar te afanas?...
IDA. Ya no son dignos mis labios
de besar sus nobles canas.
JORGE. Ida!
IDA. Jorge! Por el cielo
ten piedad de mi!
JORGE. Que llores,
cuando yo tu dicha anhelo!
IDA. Es preciso alzar el velo
que oculta nuestros amores.
JORGE. Ida!
IDA. Qué misterio encierra
tu cruel obstinacion?
Escucha: cuando la guerra
civil cubrió nuestra tierra
de luto y desolacion;
entonces, cuando tú huias
de unos hermanos impios

y en sed de venganza ardias,
quise conservar tus dias
consagrándote los mios.
Jorge! Jorge! Que mi acento
al fin tus rigores venza.
Ten piedad de mi tormento:
cúmpleme tu juramento
ó moriré de vergüenza!
(Breve pausa.)
Que silencio tan prolijo,
que tal misterio destruya
la union que el cielo bendijo!...
Por mi honra! Por la tuya!
Hazlo, en fin, por nuestro hijo!
JORGE. Oh! Sí.
IDA. Allí está.
JORGE. Vamos, Ida!...
IDA. Mi pasion su premio alcanza.
JORGE. Mi hijo... Prenda querida!
IDA. Ven... despues de tu partida
él fué mi sola esperanza.

ESCENA XIV.

DICHOS, TOM.

MÚSICA.

TOM. Alerta! (Desde el fondo.)
(Bajando.) Já! já! já! Buen contrabando!
(Viendo á Ida.)
Es muy bella, muy bella tu zagala.
JORGE. De mí te estás burlando?
Qué noticia me traes?
TOM. Esa es mala.
JORGE. Habla!
IDA. Gran Dios!
JORGE. (Á Ida.) Por qué temblar?
IDA. Por tí!
TOM. Y por mí.
JORGE. Qué sucede? Habla! Dí!...

TOM. Siempre alerta al pie del monte
registraba el horizonte.
Un piquete se acercaba
y yo apenas respiraba.
Lo ví encima y dije: zape!
yo me voy á deslizar.
Llega en esto de improviso
nueva gente á todo escape,
y á la tropa da el aviso
de que va á llegar lord... tal...
Duque... diablo... general...
En fin, tiene mucho mando,
y persigue el contrabando.
Es un pájaro muy gordo:
si nos ve, nos manda ahorcar.
Conque á bordo, pronto á bordo:
que nos busquen en la mar.

JORGE. Y su nombre?

TOM. Qué sé yo?...
Duque Argil...

JORGE. Argil! Qué has dicho?
Ida mia!

IDA. Y bien...

JORGE. Oh! Sígueme...

TOM. Ella al mar!...

IDA. Y nuestro hijo?

TOM. Hay un hijo?

IDA. Corre... Sálvate!

JORGE. Y tú?

IDA. Evita así el peligro.
Dios de mí piedad tendrá!

TOM. Vamos pronto! Al agua ya.

JORGE. Ah! No hay dicha para mí!
Así perderte... Ay mísero!
apenas te he encontrado.
Oh! Cuándo el hado próspero
me volverá á tu lado!
Huyo de tí... del hijo...
Oh! Vuélveme á abrazar!
Adios!—Al mar! Salvémonos!
—Nací para penar.

IDA. Un solo instante al júbilo

mi pecho se ha entregado.
Fatal destino, ay mísera!
te aparta de mi lado.
En mí piensa... en el hijo.
Oh! Vuélveme á abrazar.
Adios! Sí, corre!... Sálvate!...
—Nací para penar.

TOM. Perder el tiempo es lástima:
bastante habeis charlado.
Se acercan esos pícaros...
huyamos de este lado.
Quedad vos con el hijo. (Á Ida.)
Dejadnos escapar.
Á bordo!... al mar!... Salvémonos!
—Me han hecho bien sudar.

(Vánse Tom y Jorge por un lado, y luego entra Ida en su casa.)

ESCENA XV.

PATRICIO y SOLDADOS, precedidos de algunos guias con hachas encendidas. Luego ALDEANOS.

CORO. En las sombras de la noche
caminando vamos ya.
Un delito se persigue,
mas el reo quién será?
Dónde está? Cómo saber?...
Hoy acaso junto al mar
nuestra lucha habrá de ser.
Si hay bandidos que matar
á reñir hasta vencer.
Avancemos denodados.
Fuego al punto á esos malvados!
Perseguidos sin cesar,
ni uno solo ha de quedar.

CORO DE ALDEANOS. Cuánta tropa! El caso es serio:
sabe Dios qué intentará.
Aquí debe haber misterio.
Qué será? Qué no será?

ESCENA XVI.

DICHOS, IDA y FANY.

HABLADO.

FANY. Gran Dios! la justicia aquí!
PAT. Quién es Ida?
IDA. Yo.
FANY. (Qué es esto?)
PAT. Seguidme.
IDA. Adónde?
PAT. Os arresto
en nombre del rey.
IDA. Á mí?
PAT. Una acusacion terrible
pesando está sobre vos.
FANY. Ella criminal!
IDA. (Gran Dios!)
FANY. No lo creo... Es imposible.
PAT. Como ignorais lo que pasa,
(Á los aldeanos, cuyos murmullos apoyan la negativa de Fany.)
vuestra admiracion no extraño.
No vivisteis medio año (Á Fany.)
sin salir de vuestra casa?
Siendo tan jóven y bella
únicamente os veia
Mistris Ana, vuestra tia,
y Clary, vuestra dolcella.
De vuestro honor dudó el mundo
y permanecisteis muda.
Solo contestó á esa duda
el silencio mas profundo.
Mas la verdad fué inquirida,
y se halló al fin, mal que os cuadre.
Íbais á ser madre.
FANY. Madre!
IDA. (Qué vergüenza!)
FANY. Y callas, Ida!

PAT. Como la justicia alerta
está siempre, vió una noche
que se detenia un coche
delante de vuestra puerta.
Partisteis; y siendo así
que todo lo mas quizá
Edimburgo distará
unas seis millas de aquí,
donde vuestro padre mora,
diez dias han transcurrido
sin que nadie haya sabido
vuestra llegada, señora.

IDA. (Dios mio!)

FANY. (Nada responde!)

PAT. Burlando á nuestros espias
habeis vivido diez dias
sin que nadie sepa dónde.
Que os ocultásteis, colijo,
sin mas afan ni otro objeto
que el de poder, en secreto,
dar aquí á luz vuestro hijo.

FANY. Es posible!

IDA. (Negra suerte!)

PAT. Y despues, arrepentida
de haberle dado la vida,
le disteis quizá la muerte.

IDA. Yo!

PAT. Tal es la acusacion,
fundada en mas de una prueba,
que hoy á la justicia eleva
la pública indignacion.

IDA. Ah!

PAT. Probad que me equivoco.

FANY. Ida!

IDA. Qué! Qué es lo que dijo?
Que yo he matado á mi hijo...
Pero este hombre está loco!
Matarle yo! Ni una fiera
podria ser tan cruel.
Yo que daria por él
mil vidas si las tuviera!
Morir él!... Dios de bondad!

Qué hubiera sido de mí?
No! Vive! Vive! Está allí.
(Señalando al pabellon.)
Le quereis ver? Esperad. (Entra en el pabellon.)

FANY. Vuelve con noble altivez
á confundir la malicia.

PAT. Quiera Dios que la justicia
se haya engañado esta vez.

IDA. Ah! (Dentro.—Empieza un trémolo en la orquesta.)

PAT. Su voz!...

FANY. Qué habrá pasado?

IDA. Dios mio! (Saliendo á la escena.)

FANY. Qué ha sucedido?

IDA. Ya no está allí! Le he perdido.

CORO. Qué dice?

IDA. Me lo han robado!

PAT. Qué?

IDA. Mi hijo! dónde está?
Nadie á mi clamor responde!

PAT. Ea! Conducidla. (Á los Soldados.)

FANY. Dónde?

PAT. Á Edimburgo. Vamos.

IDA. Ah!

FANY. Valor, Ida!

IDA. No me aflijo
porque en riesgo esté mi vida.
Ya la doy ya por perdida,
pues he perdido á mi hijo.

CANTO.

CORO DE SOLDADOS. Marcha, marcha, desgraciada!
Y aun te quejas de la suerte?
Con rigor será juzgada
la que á un hijo dió la muerte.
Él por tí perdió la vida...
Tuya fué la crueldad.
Cesa!... Calla!... Infanticida...
Para tí ya no hay piedad.

IDA. Inocente y execrada
infeliz y abandonada,

hijo y vida, honor y amante
me arrebatan sin piedad.
He perdido en un instante
toda mi felicidad.

CORO DE MUJERES. Parte, y si eres inocente,
vuelve á alzar la altiva frente.
Dios ampara la inocencia:
él tendrá de tí piedad.

(Ida, conducida por los soldados, váse por el fondo. Fany la sigue. Las demas mujeres desaparecen detrás.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gran salon en el palacio de Edimburgo. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, ALDEANOS y ALDEANAS.

MUSICA.

Coro. Ya en la estancia preparada
en consejo estan los jueces:
de la jóven acusada
el destino cuál será?
Aldeanas. Fiel amiga y compañera,
quién salvarla no quisiera?
Aldeanos. Si es á muerte condenada,
de alto ejemplo servirá.
Aldeanas. Niña, pobre, abandonada,
causa lástima y piedad.
Aldeanos. Dó está el niño? La malvada
no, no es digna de piedad.

HABLADO.

Guill. Ya estamos en Edimburgo

y en la sala de la audiencia.

ALD. 1.ª Ida no parece.

ALD. 2.ª Creo
que no debe tener queja:
la venimos á ver todos.

ALD. Se ha despoblado la aldea.

GUILL. Yo he llegado el primerito.

ALD. Pues no será porque vuelas;
pero te condujo un carro...

GUILL. Y á tí quién?

ALD. Á mí las piernas.

ALD. 1.ª Pero decid: no parece
imposible?...

ALD. Quién dijera
que esa chica, que pasaba
por una mosquita muerta...

GUILL. Las mujeres son capaces
de todo.

ALD. 2.ª Qué?...

ALD. 1.ª Mala lengua!

ALD. 2.ª Cómo nos trata!

ALD. 1.ª Es un pícaro.

ALD. 2.ª Tiene una lengua perversa.

ALD. Yo me hago cargo de todo:
sé que no hay ninguna buena;
pero una madre tan mala
que mate á su hijo, apenas
se comprende.

GUILL. Ven acá,
tonto! Yo sé de leyenda
mas que tú, y voy á contarte
una historia...

TODOS. Sí, sí; cuenta...

ALD. 1.ª Alguna bola.

ALD. 2.ª De fijo.

ALD. 1.ª No quiero oirla siquiera.
(Apartándose con las demas mujeres á un lado.)

GUILL. Ni falta que haceis.—Sabed
que habia...—no sé en qué época—
una tal Saturno, madre
que los paria á docenas.
Pero conforme nacian,

les cortaba la cabeza;
y despues los enterraba...
Dónde direis?

ALD. Bajo tierra?

GUILL. No señor.

ALD. Dónde?

GUILL. En el vientre.

ALD. Compañero, esa no cuela.

GUILL. Se los merendaba crudos.
Mirad si seria fiera.

ALD. 1.ª (Que con todas sus compañeras se ha ido acercando para oir bien.)
Qué atrocidad!

GUILL. Y despues
se echaba á dormir tan fresca.

ALD. 2.ª Bravo! Te has lucido!

GUILL. Cómo?

ALD. 2.ª Eres un pozo de ciencia.
Conque era mujer Saturno?

GUILL. Pues ya se vé que lo era.

ALD. 2.ª Pues no era mujer ni hombre,
segun dice la leyenda.

ALD. Seria...

ALD. 2.ª Un dios.

ALD. 1.ª Un demonio!

GUILL. Mujer era, y nada buena.

ALD. Cómo quieres que pariese
si no hubiera sido hembra?

GUILL. Basta de geografia.
Vamos á ver si está abierta
la sala donde sus juicios
los tribunales celebran.
(Vánse todos los aldeanos por la puerta izquierda de fondo, y un momento despues salen por la derecha Fany, Ida, el Oficial y soldados que conducen á Ida.)

ESCENA II.

IDA, FANNY, un OFICIAL.

FANY. Ya estamos en el palacio
de Edimburgo, donde habita

el señor Duque.

OFICIAL. Su gracia
tiene un alma compasiva,
y tal vez mire con ojos
de piedad vuestra desdicha.

FANY. Yo sé ademas que mi padre
le salvó una vez la vida
en el campo de batalla,
cuando una lanza enemiga
dirigida contra el Duque
á darle la muerte iba.

IDA. Sí; y el Duque agradecido
le dió entonces una quinta...

FANY. Que es la granja en que vivimos.
Valor, pues, hermana mia!
El cielo vé tu inocencia
y evitará una injusticia.

IDA. Oh! Gracias! Tú eres la sola
alma generosa y digna
que no ha creido la horrible
calumnia de que soy víctima.
Pero eso no basta.

OFICIAL. Vamos?

FANY. Dónde vais á conducirla?

OFICIAL. Ante el consejo.

FANY. Tan pronto!
Un instante! No podria
ver al Duque, suplicarle?...

OFICIAL. No es posible que yo infrinja
las órdenes de ese modo.
Pero aunque otra es la consigna,
ven: que mientras yo al consejo (Á Fany.)
anuncio que estan cumplidas
sus órdenes, que te oiga
el Duque tal vez consigas.

FANY. Oh! gracias.

OFICIAL. Ven. (Es lo menos
que puedo hacer por la hija
de un antiguo camarada.)
Vamos?

FANY. Valor!

OFICIAL. (Pobres niñas!)

ESCENA III.

IDA.

Valor, cuando me han robado
un hijo! Cuando peligra
la vida del bien que adoro!
Cuando está en riesgo la mia!
Oh! Mi falta ha sido grande;
pero harto Dios me castiga.

ESCENA IV.

IDA, SUSANA.

SUSANA. (Dios mio! Cuántos soldados
hay en esas galerias!
Son los mismos que invadieron
nuestra cabaña aquel dia
en que buscaban á Jorge.
Pero... inútiles pesquisas!
Jorge huyó con sus amigos.
—Infames contrabandistas!
Todos me pegaban... todos!
Él solo me defendia.
Callé por él. En mi choza
escondí sus mercancias...
Pero han vuelto sin él. Jorge
ya no está en su compañia.
Ahora ya puedo vengarme
de esa canalla maldita.
Hice bien en denunciarlos:
los colgarán de una encina,
y allí servirán de pasto
á las aves de rapiña.
—Pero dónde está mi niño?)
IDA. (Morir con tal ignominia!
Si él estuviera á mi lado
yo moriria tranquila.)
Ah! Jorge!
SUSANA. Jorge?
IDA. La loca!
SUSANA. Quién invoca dolorida

el nombre de Jorge?

IDA. Yo.

SUSANA. Fuiste tú?

IDA. Sí.

SUSANA. Qué decias?

IDA. Nada... Le conoces?

SUSANA. Mucho.
Le quiero mas que á mi vida.

IDA. Y él te quiere tambien?

SUSANA. Nunca
me ha dicho que me queria.
Mi madre afirmaba que otra
me arrebataba esa dicha.

IDA. Otra!

SUSANA. Sí: me dijo que era
mas bella que yo y mas rica.
—Dónde está? Quiero matarla.
Mi corazon, hecho trizas,
hace tiempo que tan solo
sed de venganza respira.
—Pero dime... por qué tiemblas?
Amas á Jorge? Eres Ida?

IDA. (Dios mio!)

SUSANA. Ah! no! Si lo fueras,
mi odio no me lo diria?

IDA. Oye, y mas que de tu odio
de tu piedad seré digna.

MUSICA.

Ida honor, paz y alegria
ha perdido en solo un dia,
y su negra desventura
solo inspira compasion.

SUSANA. Que le dió la muerte á un hijo
en palacio se asegura.

IDA. Es posible por ventura?

SUSANA. No lo es: tienes razon.

LAS DOS. Matar la madre al hijo
que está de su amor lleno,
á quien llevó en su seno

despues de darle el ser!...
Infamia tal no alcanza
la mente á comprender.
Un hijo es la esperanza
de un alma tierna y pura;
la prenda mas segura
de amor y de placer.
Ser madre es la ventura
mayor de una mujer.

SUSANA. Yo feliz con el cariño
soy de Jorge.

IDA. Oh!

SUSANA. Me dió un niño...

IDA. Jorge?

SUSANA. Es mio.

IDA. Él?

SUSANA. Verle anhelo;
y por verle vine: sí.

IDA. (Y me engaña! Él! Ay de mí!)

OFICIAL. Ida, sígueme. (Presentándose.)

SUSANA. Ida!

IDA. Oh cielo!

SUSANA. Mi rival tú? Ven aquí.
Hermosa! sí: bellísima!
Así le sedujiste.
Con ese mirar lánguido
de amor su pecho heriste.
Mas yo tu crímen bárbaro
diré, madre cruel,
mi hermoso niño cándido
guardando para él.
Al verlo Jorge ¡oh júbilo!
su amor me volverá.
—La loca soy... oh pérfida,
que en tí se ha de vengar!

IDA. No fué bastante mísera
mi suerte todavia?
dolor mas fuerte y bárbaro
le aguarda al alma mia?
No, Jorge: no des crédito
á engaño tan cruel.
No puedes ser tan pérfido

que olvides mi amor fiel.
Ven, Jorge, ven... Mis lágrimas
tu amor enjugará.
Ven, ven!... que mi adios último
al fin te pueda dar.

(Váse con el Oficial y soldados que la siguen. Susana desaparece tras ellos.)

ESCENA V.

El DUQUE, PATRICIO. Por la primera puerta izquierda.

HABLADO.

DUQUE. Haré cuanto pueda hacer
por esa desventurada.
Pero no me dices nada
de la insurreccion de ayer?

PAT. Á los presos sublevados
sometí inmediatamente,
solo con entrar al frente
de veinte y cinco soldados.
No hallé resistencia; pero,
víctima de su descuido,
habia ya sucumbido
el infeliz carcelero.
Quedó la plaza vacante,
y opino que convendria
el que vuestra señoria
la proveyese al instante.
Hace falta para eso
un hombre experimentado,
de energia. . que haya estado
ó que merezca estar preso.
Conviene, en fin, gente lista
y de carácter adusto.

DUQUE. Bien: hoy puedes á tu gusto
dejar la plaza provista.
(Dirigiéndose hácia el fondo.)

PAT. Ah! Milord... dejad que acabe...

DUQUE. Basta de negocios. Hoy
para ocuparme no estoy

de ningun asunto grave.
Me devora la impaciencia,
y que me dejes te exijo.
Voy á abrazar á mi hijo
despues de una larga ausencia.
Me ha escrito con el objeto
de anunciarme que al fin viene;
y añade despues que tiene
que confiarme un secreto.
Una falta.—Ni inquietud
me ha causado, ni tristeza.
Será alguna ligereza
propia de la juventud.
Porque si fuera culpable,
si hubiera hollado mi nombre,
yo seria, no te asombre,
su juez mas inexorable.
—Pero... inútiles temores!

PAT. (Fuera el desengaño amargo.)

DUQUE. Volverá á ejercer su cargo,
á gozar de sus honores.
Sienta yo en mi afan prolijo
el infinito placer
de un padre, que su poder
vé reflejado en su hijo.

PAT. Milord... (Se ha perdido todo.)
Oidme un solo momento.
Yo os lo suplico.

DUQUE. Ese acento...
Por qué me hablas de ese modo?

POT. Sois gobernador, virey,
y ejerceis la autoridad
mas omnímoda...

DUQUE. Es verdad;
pero sujeto á la ley.

PAT. Podeis perdonar, milord.

DUQUE. Solo á los que incautamente
sirvieron al *Pretendiente*
contra el rey nuestro señor.

PAT. Pues bien, milord, un amigo
de ese príncipe está aquí,
y se ha confiado á mí...

DUQUE. En palacio un enemigo!
PAT. Un desgraciado.
DUQUE. Un traidor.
Cómo se llama ese hombre?
PAT. No ha comprometido el nombre
de su familia, milord.
Que fué proscrito, me dijo,
con nombre falso: de modo
que el padre lo ignora todo.
Imagina que su hijo
recorriendo el continente
hace un viaje de recreo...
DUQUE. Ah! Su padre...
PAT. Es, segun creo,
una persona influyente...
DUQUE. Qué dices? (Con creciente interés.)
PAT. La senda marca
de la ley... En fin, es...
DUQUE. Quién?
PAT. Es el mas firme sosten
del trono de su monarca.

ESCENA VI.

DICHOS, JORGE entreabriendo la puerta de la derecha.

DUQUE. Qué atroz sospecha me agita!
PAT. Ah! Monseñor!... No os asombre...
DUQUE. Pero quién es ese hombre
que mi perdon solicita?
PAT. Harto su falta ha expiado!
DUQUE. Pero quién es? Dí: quién es?
En dónde está?
JORGE. (Arrojándose á sus pies.) Á vuestros pies.
DUQUE. Ah!
JORGE. Señor!
DUQUE. Desventurado!
PAT. No tendreis de él compasion?
DUQUE. Jorge! Jorge!
PAT. Un extravio!...
DUQUE. En mis brazos. (Cambiando de tono.)
JORGE. Padre mio!

DUQUE. Hijo de mi corazon!
Prefiero no haber sabido
lo que has hecho, hasta este dia.
JORGE. Yo, fiel á mi honor, servia
á un príncipe perseguido.
DUQUE. Calla, Jorge! Sé discreto.
Pueden oirnos quizás...
Que nadie llegue jamás
á penetrar tu secreto.
Di que has vuelto de un viaje
porque yo te dí el aviso...
Pero ante todo es preciso
que te quites ese traje.
Vé á mi cuarto.
JORGE. Bien: ya os dejo.
DUQUE. Vé, Jorge!
JORGE. Voy sin demora.
(Váse por la izquierda)

ESCENA VII.

El DUQUE, PATRICIO.

DUQUE. Dios mio! Tener ahora
que presentarme al consejo!
PAT. Calmaos.
DUQUE. Tienes razon.
Cualquiera sospecharia...
Necesito ahora energia
para ocultar mi emocion.

ESCENA VIII.

DICHOS, FANY, IDA, OFICIAL, SOLDADOS.

OFICIAL. Buscais al Duque? Héle allí.
DUQUE. Quién es?
PAT. Si no me equivoco,
creo que os hablé hace poco
de esa pobre niña...
DUQUE. Sí.
Es acusacion terrible

la que pesa sobre ella.
Que tenga, siendo tan bella,
un alma tan insensible!
Tú, y vos, señor Oficial,
id á mi departamento,
y avisadme en el momento
que se forme el tribunal.

ESCENA IX.

EL DUQUE, IDA, FANY.

DUQUE. Acércate.
IDA. Monseñor!...
DUQUE. Por qué tiemblas?
FANY. No es que siente
el rubor del delincuente:
es que la abruma el terror.
Milord, es mi hermana, es Ida,
hija de Jáckins, honrado
labrador...
DUQUE. Cómo! El soldado
á quien yo debo la vida?
Su lealtad, su intrepidez
fueron notorias.
FANY. Oh! Sí.
DUQUE. Mas qué puedo hacer por tí?
FANY. Milord!
DUQUE. Yo no soy tu juez.
IDA. Gracia de hinojos os pido.
DUQUE. Ignoras de qué manera
castiga la ley severa
el crímen que has cometido?
IDA. (Levantándose.)
Oh! Callad por compasion.
Yo matar á quien dí el ser!
Yo, que por volverle á ver
daria mi salvacion!
DUQUE. Pues dónde está?
IDA. Á saber dónde,
no estaria yo á su lado?
DUQUE. Entonces...

IDA. Me lo han robado!
DUQUE. Pero quién? Cómo? Responde.
Será el que en dolor prolijo
trocó tu dulce sosiego?
IDA. No trateis asi, os lo ruego,
al que es padre de mi hijo.
DUQUE. No te dejó abandonada?
IDA. Aunque ausente no me olvida.
DUQUE. Dime quién es.
IDA. Jamás.
FANY. Ida!
IDA. Ah! Soy muy desventurada.
DUQUE. De un modo ambíguo y oscuro
pruebas á dar tu descargo.
IDA. Lo sé.
DUQUE. Entonces...
IDA. Sin embargo,
soy inocente, lo juro.
DUQUE. Pero...
IDR. La fatalidad
injusta condena á veces.
DUQUE. Y qué dirás á tus jueces?
IDA. Yo les diré la verdad.
DUQUE. Habla.
IDA. Oid. En las montañas
en una choza sombria,
fué donde dí á luz un dia
el hijo de mis entrañas.
Allí nació el pobre niño,
y el misterio mas profundo
ocultaba á todo el mundo
el fruto de mi cariño.
Porque fué tal el respeto
que debí á la pobre anciana,
que hasta su hija Susana
ignoraba mi secreto.
Una noche oí una queja,
un prolongado suspiro,
y al salir de mi retiro
encontré á la pobre vieja...
—Dios mio!... Al verla, tal vez
sentí mas horror que duelo.—

la hallé tendida en el suelo
víctima de la embriaguez.
—Ven! gritó; no me abandones!
pero en vano acudí yo:
al poco tiempo espiró
entre horribles convulsiones.
Salí aterrada: mi acento
favor!... clamó inútilmente,
porque el eco solamente
contestaba á mi lamento.
Sombria estaba y desierta
la campiña, y... cosa extraña,
al volver á la cabaña
ya no estaba allí la muerta.
Quién se la pudo llevar?
Cogí al niño, salí fuera,
y pasé la noche entera
andando sin descansar.
Oh! El cariño de una madre
da al débil valor y fé.
Al amanecer llegué
á la granja de mi padre.
Si alguien pudo verme, ignoro,
cuando llena de emocion,
penetré en mi pabellon
y escondí allí mi tesoro.
Lo cierto es que yo salí...
—No os asombre si me aflijo.—
Al volver busqué á mi hijo,
pero ya no estaba allí.
Y no tiene de mi suerte
piedad el mundo malvado!
Despues que me lo han robado
dicen que yo le dí muerte!
Y aunque mal á mi afan cuadre,
dan crédito á esa impostura.
Pueden mentir por ventura
las lágrimas de una madre?

FANY. Dios mio!

IDA. Me compadeces?

FANY. Oh!

IDA. Gracias!

DUQUE. (Tales extremos
no se fingen.) Ven, tratemos
de convencer á tus jueces.

FANY. Es una calumnia impia.

DUQUE. Pero no hay pruebas...

FANY. Qué escucho!
No esperais? (Ap. al Duque.)

DUQUE. Lo dudo mucho. (Ap. á Fany.)

FVNY. Ah!

DUQUE. Ruega á Dios, hija mia. (Id.)

ESCENA X.

DICHOS, JORGE, apresuradamente: traje noble.

JORGE. Ofenderla de ese modo!
Acusarla de un delito...

IDA. Dios mio! Jorge!...

DUQUE. Ese grito..,

JORGE. Lo sé todo! Lo sé todo.
Quién tal dice! Quién tal piensa!
Yo sé que eres inocente. (Á Ida.)
Á tu esposo únicamente
corresponde tu defensa.

DUQUE. Tu esposa esta pobre madre?

JORGE. Padre mio. (Arrodillándose ante el Duque.)

DUQUE. Desgraciado!

IDA y FANY. Su padre!

DUQUE. La has engañado!
Has engañado á tu padre!

JORGE. Oh! no; escuchadme un momento.

DUQUE. Nos engañaste á los dos!

JORGE. Juré ser su esposo, y Dios
escuchó mi juramento.
Él mi amor tierno y profundo
desde el cielo ha bendecido.
Soy ante Dios su marido:
hoy quiero serlo ante el mundo.

DUQUE. Pero tú ignoras la suerte
que le aguarda?

JORGE. No es culpable.

FANY. No.

DUQUE. La ley inexorable (Á Jorge ap.)
la va á condenar á muerte.
JORGE. Ah!
DUQUE. Silencio!

ESCENA XI.

DICHOS, PATRICIO, el Oficial.

PAT. El tribunal
espera á su presidente.
DUQUE. Voy, conducidla.
(Salen las dos hermanas conducidas por el Oficial.)
(Á Jorge, que quiere seguirla.) Detente!
JORGE. Padre mio!
DUQUE. Amor fatal!
JORGE. Oh! Seguirla es mi deber.
IDA. Jorge, ah! (Marchándose.)
DUQUE. (Á Jorge.) Detente! Espera.
Quizá hallemos la manera
de salvar á esa mujer.
(Vánse Ida y Fany con el Oficial.)

ESCENA XIII.

JORGE, el DUQUE, PATRICIO.

PAT. (Al Duque, deteniéndole.)
Un instante, monseñor.
Traigo una nueva.
DUQUE. Cuál es?
JORGE. (Cómo salvarla?)
PAT. Ese audaz
contrabandista, que fué
el terror de los tres reinos,
está ya en nuestro poder.
Lo ha descubierto una loca.
JORGE. (Si será Tom?)
DUQUE. Ya veré
de arreglar ese negocio.
PAT. Bien poco tiene que hacer!
Se le cuelga con arreglo

á lo que marca la ley,
y es negocio concluido.
Pero hay otro asunto...

DUQUE. Qué?

PAT. La eleccion de un carcelero
que sustituya al que ayer
murió á manos de los presos;
y puesto que vos quereis
que yo sea el que lo elija,
os venia á proponer...
Aquí está la lista: en ella
hay lo menos ocho ó diez
hombres todos de experiencia,
como podeis suponer.
El que no ha estado en la cárcel
dos veces, ha estado tres;
conocen bien á los presos.

DUQUE. No me puedo detener.
Entiéndete con mi hijo,
y él te dirá... (Váse.)

PAT. Así lo haré.

ESCENA XIV.

JORGE, PATRICIO.

JORGE. Conque ese contrabandista
que ahora acaban de prender,
se llama...

PAT. Me preguntais
su nombre? Pues no lo sé.
Esa gente á cada paso
muda de nombre, y hay quien
es capaz de agotar todo
el almanaque.

TOM. (Dentro.) Atrás!

PAT. Eh?

JORGE. (Creo que esa voz...)

TOM. (Id.) Dejadme,
voto á mil diablos!

JORGE. Es él!

Me conocerá al instante.)
(Retirándose á un lado.)

ESCENA XV.

DICHOS, TOM. SOLDADOS, que se quedan en el fondo.

TOM. Soltad! (Desasiéndose de ellos.)
PAT. Aquí le teneis.
TOM. Soltad, perros de la costa!
Canalla de Lucifer!
Ó juro voto á mil bombas!...
Si la emprendo á puntapies...
PAT. Silencio! Y habla á milord.
TOM. Y qué he de decirle? Qué?
Qué he sido yo? Un comerciante
como otro, solo que en vez
de abrir mi tienda en la calle,
la establecí en el mar... Pues!
Que soy un pícaro? Bueno!
Que soy un bribon? Pardiez!
No todos hemos nacido
para ser hombres de bien.
PAT. Mira á tu juez.
TOM. Ya le miro...
(Mirándole.)
y bien, generoso juez...
—Voto á treinta mil cañones!...
(Vamos, si no puede ser!)
Perdóneme su excelencia.
(Volviéndole á mirar.)
Sangre de Cristo! .. (Sí, él es!)
JORGE. Acabemos...
TOM. Sí, milord...
(Vamos, estoy como aquel
que ve visiones.)
JORGE. (Á Patricio.) Dejadnos,
que yo le interrogaré...

ESCENA XVI.

JORGE, TOM.

MUSICA.

TOM. Eres Jorge?
JORGE. Sí: lo soy.
TOM. Caro amigo! Camarada!
(Examinándole con creciente curiosidad.)
JORGE. Habla quedo. Si nos oyen...
TOM. Habla... dí: no entiendo nada.
JORGE. Todo á tiempo lo diré.
TOM. Me ahorcaran?
JORGE. Lo evitaré.
Mas silencio!
TOM. Oh! callaré.
JORGE. Si prometes ser discreto
te daré mi proteccion.
(Siempre á salvo de mi padre
quede al menos el honor.)
TOM. No diré esta boca es mia:
os lo juro á fé de Tom!
(Pues señor, yo estoy en bábia;
lo que va de ayer á hoy!)
JORGE. Quieres ser ya hombre de bien?
TOM. Gran oficio! cosa nueva.
Trataré de hacer la prueba.
JORGE. Hay un puesto, que te ofrezco.
En la cárcel...
TOM. Lo agradezco!
JORGE. El alcaide murió ayer
y su plaza está vacante.
TOM. Lucrativa debe ser.
JORGE. Para un hombre activo, diestro...
Ya comprendes...
TOM. Soy maestro.
Soy un tuno redomado
de primera calidad.
JORGE. Si la echara de hombre honrado
faltaria á la verdad.

TOM. Bien; y esa alta dignidad...
y ese honroso empleo... dí...
JORGE. Al virey, mi padre, aquí
le hablaré con interés...
TOM. Qué! tu padre el virey es?
Camarada!... Oh qué imprudencia!
Excelencia!... Monseñor!...
No! Su gracia!... Dé licencia
á un antiguo servidor...
JORGE. Chito!
TOM. Mas...
JORGE. Basta ya, á fé.
TOM. Diga, esa alta dignidad...
JORGE. La tendrás.
TOM. Será verdad?
JORGE. Mas silencio!...
TOM. Oh! Callaré.
JORGE. No has de hablar una palabra,
señor cabo carcelero.
(Con su ayuda salvar quiero
á la prenda de mi amor.)
TOM. No diré ni una palabra
y seré buen carcelero.
(Por mi amigo, á lo que infiero,
voy á ser un gran señor.)

HABLADO.

Con que, chico, segun veo
vamos prosperando, eh?
Voto á cien mil de á caballo!
—Dispensadme, señor juez.
Esta maldita costumbre
de tutearos y de...
Pero voto á mil legiones!...
Por los cuernos de Luzbel!
que no volveré á jurar
y que me conduciré
como debe conducirse
un hombre de mi jaez.
Decid, milord, ese empleo...

JORGE. Te lo vuelvo á proponer:
el de carcelero.
TOM. Acepto.
JORGE. De veras aceptas?
TOM. Pues!
De guardar á ser guardado,
de ser inquilino á ser
el casero, hay mas distancia
que desde mí á Gutemberg,
que era un hombre, segun dicen,
de mas chispa que Noé.
Y eso que Noé fué un mozo
de mucha chispa. Sin él
no habria Oporto, ni Málaga,
ni Burdeos, ni Jerez...
JORGE. Ahora, con tu nuevo empleo,
tendrás que abstenerte...
TOM. Qué?
JORGE. Nada; que será preciso...
TOM. Que yo deje de beber?
Presento mi dimision.
JORGE. Desventurado! Eso es
dictar tu sentencia. Sabes
que te van á ahorcar?
TOM. Pardiez!
Mandad preparar la horca,
cien horcas si es menester.
Que me descoyunten, que hagan
conmigo un auto de fé.
Lo doy por bien empleado;
pero dejar de beber!...
Á eso no me comprometo,
aunque me nombrárais rey
de la Gran Bretaña.
JORGE. Escucha.
TOM. Juro por!...
JORGE. Yo te diré...
Haciéndolo con sigilo...
TOM. Aunque bebiera por diez,
no temais que nadie note...
Yo, como buen escocés,
nunca me caigo, aunque tenga

el cuerpo como un tonel.
JORGE. Es necesario que ejerzas
ese destino...
TOM. Y por qué?
JORGE. Porque quiero que me ayudes
en un plan...
TOM. Vamos á ver...
JORGE. Alguien se acerca... Silencio!
Ya te explicaré despues...

ESCENA XVII.

DICHOS, PATRICIO.

PAT. Qué habeis resuelto, Milord?
Le ahorcamos ó no?
TOM. Pardiez!
PAT. Es cuestion de diez minutos.
TOM. Ahorcaos, vos, si quereis:
lo que es yo no estoy dispuesto
á que me estrujen la nuez.
PAT. Qué decis, monseñor?
JORGE. Digo
que no me parece que es
tan culpable este hombre como
llegásteis á suponer.
PAT. Ignorais que por su astucia,
su audacia y su intrepidez
es el terror de los mares
hace cinco años ó seis?
JORGE. Yo dudo...
PAT. Y yo os lo aseguro.
TOM. Vamos, quereis vos saber,
siendo solo un simple aldérman,
mas que el hijo del virey?
PAT. Callad! Milord es muy bueno
y se deja sorprender...
Pero aquí viene quien puede
decirnos... (Viendo á Susana.)
JORGE. (Susana!)
PAT. (Á Susana cogiéndola de la mano.) Ven.
TOM. (Tiró el diablo de la manta

y se descubrió el pastel!)

ESCENA XVIII.

DICHOS, SUSANA.

SUSANA. Qué intentas?
PAT. No te resistas.
TOM. (Reniego de su locura!)
PAT. Le debemos la captura (Presentándola.)
de quince contrabandistas.
Dí, la conoces? (Á Tom.)
TOM. (Adios!)
PAT. La conoces? Dí.
TOM. Pardiez!
Con esta y con otra vez
que la vea ya son dos.
SUSANA. Hola, Tom!
TOM. (Malo!)
SUSANA. Eres tú?
TOM. (El diablo cargue contigo.)
SUSANA. Cuándo te ahorcan, amigo?
TOM. (Por vida de Belcebú!)
SUSANA. Responde.
TOM. (Hará que me pierda.)
SUSANA. Muy pronto, eh?
TOM. (Mil legiones!...)
SUSANA. Veremos qué gesto pones
al columpiarte en la cuerda.
—Hay ginebra? Hay té de Moka
que esconder en mi cabaña?
PAT. Qué respondes?
TOM. Que se engaña...
Que esa mujer está loca.
SUSANA. Yo fuí discreta... He callado
por él tan solo.
TOM. (Traidora!)
SUSANA. Pero á qué callar ahora
que él ya no está á vuestro lado?
Le amaba mas que á mi vida!
Fué mi gloria ser su esclava.
Pero mi madre juraba

que tenia una querida.
Ay! al recordarlo, presa
del dolor, mi pecho late.
—Estoy loca.

TOM. De remate.
Ella misma lo confiesa! (Á Patricio.)

PAT. Calla. (Á Tom.)
Pero dí, ese hombre... (Á Susana.)

SUSANA. Aquel que mi pecho ama?

PAT. Eso es... Cómo se llama?

SUSANA. Yo revelaros su nombre!
Jamás! Oh! Jamás!—Yo impia
venderle á él, que es mi amante!
Aunque tuviera delante
mil muertes, no lo diria.
Yo su nombre revelar!
Y á vos que sois su enemigo!...
No! Jamás! Ah! (Viendo á Jorge.)

TOM. Cuando os digo
que es una loca de atar! (Se oyen trompetas.)

JORGE. Gran Dios!

SUSANA. Qué es eso que zumba
en son fatídico y seco?
Oh! Parece que su eco
resuena en alguna tumba.

JORGE. Qué anuncia ese eco prolijo? (Á Patricio.)

PAT. Que al fin ya está sentenciada
esa mujer acusada
de haber matado á su hijo.

SUSANA. Oh! No! Mentira! Delira
quien la cubra así de luto.
Matar una madre al fruto
de sus entrañas... Mentira!

ESCENA XIX.

DICHOS, el DUQUE.

PAT. Vuestro padre, Monseñor. (Á Jorge.)

JORGE. Ah! Decid cuál es su suerte!
Qué le espera?

DUQUE. Oye... (Se oyen timbales.)

JORGE. La muerte!
TOM. (Pobre muchacha!)
JORGE. Qué horror!
Oh! Si hay una Providencia
y es justa y omnipotente...
Si hay un Dios, por qué consiente
que padezca la inocencia?
DUQUE. Jorge!
JORGE. En este aciago instante
dudo de él.
DUQUE. Oh! Calla, impio!

ESCENA XX.

LOS MISMOS, FANY, IDA conducida por guardias.

JORGE. Ida!
IDA. Jorge!
SUSANA. Jorge es mio.
TODOS. La loca!
TOM. Calla! (Á esta.)
SUSANA. (Sin hacerle caso.) Es mi amante.
IDA. Á morir me han sentenciado. (Á Jorge.)
JORGE. Yo te amo mas que á mi vida.
Sí: lo juro: aquí estoy, Ida,
para morír á tu lado.

MUSICA.

En tan fiero terrible momento
yo, bien mio, mentirte no sé.
Nuestras almas ligó un juramento
que te guarda constante mi fé.
Por tí solo, alma mia, yo aliento
y morir á tu lado sabré.
Los rigores del hado enemigo
yo contigo mi bien partiré.
IDA. Con tu amor yo la muerte no siento.
Tu cariño sostiene mi fé.
Cuando llegue el terrible momento,
logre verte y feliz moriré.

Y en el seno de Dios poderoso,
caro esposo, esperarte sabré.

SUSANA. Quién suspira? Quién llora? Del alma
yo tambien he perdido la calma.
Yo, bien mio, en delirio incesante
un instante de tí me olvidé.

TOM. Pobre chica! Me aflije su suerte.
Un desliz la condena hoy á muerte,
y esta loca con necia porfia
todavia su angustia no ve.

DUQUE. Pon un freno al dolor y la ira;
todo un pueblo te escucha y te mira.
No el delito pregone tu labio
que en mi agravio y descrédito fué.

FANY y CORO. Aun del juez que severo condena,
honda pena en la frente se vé.

DUQUE. Guardia! Á ver... la prisionera
á su cárcel vuelva al punto.
Tú en mi cámara me espera. (Á Jorge.)

JORGE. Padre! es mucha crueldad...
Pueda yo en tan triste hora
dar alivio á su tormento.
Oiga ella el tierno acento
del amor y la piedad.

DUQUE. Conducidla. (Á los soldados.)

IDA. Justo cielo!
Un mortal y denso velo
sobre mí se extiende ya.
Sostenedme.

(Al volverse para marchar, es vista por Susana, que se acerca á ella con cariñoso afan.)

SUSANA. Adónde corres
así, triste y desolada,
toda al llanto abandonada,
toda absorta en el dolor?
Vienes aquí tal vez
por tu perdido amor?
No le encontraste, dí,
y es tu afliccion mayor?
Mas yo no te abandono
en duelo tan profundo.
Si te escarnece el mundo

yo juro serte fiel.
Pese á la suerte impia,
yo iré en tu compañia
do quier muevas el pie.

DUQUE. Que las separen.

SUSANA. Bárbaros!

IDA. Marcha, infeliz! Aléjate.

TODOS. (Quién secará sus lágrimas?)

SUSANA. Contigo siempre iré.

IDA y SUSANA. (Abrazadas ambas. Jorge invoca al cielo.)
Oh! Dios eterno! Dios de clemencia,
rompe ya el hilo de esta existencia.
Concede al alma que extienda el vuelo
y halle en el cielo gracia y merced.

TODOS. Oh! Dios eterno! Que tanto duelo
halle en el cielo gracia y merced.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una habitacion de la cárcel. Una puerta á la derecha y dos á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE PRESOS.

MUSICA.

CORO. Compañeros, á cantar!
Triste ó bello el porvenir
no nos debe preocupar.
Nadie aquí puede decir
si mañana ha de vivir
ó en la cuerda ha de bailar.
Conque así, ¡por Lucifer!
fuera penas y beber!
(Bebiendo y cantando en confuso desórden.)

ESCENA II.

DICHOS, TOM, por la segunda puerta izquierda.

TOM. Bravo! Siga... continuad.
CORO. Es el nuevo carcelero...
el que dicen que es tan fiero...

TOM. Siga el coro.
CORO. Es Tom! Oh, dicha!
TOM. Sí, excolegas.
CORO. Oh! placer!
Toma un vaso y á beber.
TOM. Tentacion! No bebo ya.
CORO. De carácter has variado?
TOM. Soy ahora hombre de estado.
Necesito mi cabeza,
y seria una simpleza
el volvérmela á jugar.
CORO. Y te olvidas, buena pieza,
de tus bravos camaradas?
De las noches dedicadas
al licor y á los placeres?
Bien gozamos!... Ni unos lores!...
Qué valor dan los licores!
Y qué ratos las mujeres!
TOM. Aun me acuerdo de esos dias,
de esas múltiples orgias.
Venga un vaso y á beber.
(Tomando uno.)
Contrabandista, al mar, al mar!
No atrás la vista has de volver,
no mas gemir ni suspirar,
nunca el dolor te ha de vencer.
CORO. Ven á rendir culto al valor,
tiempo vendrá para el amor.
Contrabandista, al mar, al mar!
TOM. Ya la noche se avecina...
de la ronda esta es la hora:
si te prende nadie ignora
qué corbata te destina.
Si te cogen los del fisco
vas al diablo en derechura.
Fuego! Apunta con bravura!
Ni uno solo ha de escapar.

HABLADO.

PRESO 1.° No pensé volver á verte.

PRESO 2.° Ni yo.
PRESO 1.° Yo te hacia lejos.
TOM. Dónde?
PRESO 1.° Allá en el otro barrio.
TOM. Pues aquí estoy.
PRESO 1.° Ya lo veo.
PRESO 2.° Pero á qué debes la dicha
de ser guardian?...
TOM. Á mis méritos.
El señor Duque comprende
que para ser cancerbero
de los que suelen venir
á esta casa de recreo,
es preciso, hablando en plata,
ser tan tuno como ellos.
Por eso me creyó digno
de ocupar tan alto puesto.
PRESO 2.° Quien tuvo suerte fué Jorge.
Cuando nos cogieron presos
ya no estaba entre nosotros.
PRESO 1.° Sí; se habrá puesto de acuerdo
con la loca...
LOM. Para qué?
PRESO 1.° Qué diantre! Para prendernos.
TOM. Walter! Quieres callar? Jorge
era un muchacho completo.
PRESO 2.° Y valiente! se batia
como un leon. Oh! Me acuerdo
de aquel dia en que acosándonos
esos maldecidos perros
de la costa, hizo prodigios.
PRESO 1.° No cabe duda, era intrépido.
PRESO 2.° Nos portamos bien!
TOM. Sí.
PRESO 2.° (Señalando á Walter.) Este
despachó á tres aduaneros.
TOM. Bien! Descuida, que mañana
vas á recibir el premio.
PRESO 1.° Sí: me quieren regalar
una corbata...
TOM. El gobierno
protege la industria...

PRESO 2.° Á mí
quiere darme otra.
TOM. Bien hecho.
PRESO 1.° No: pues yo no me conformo...
PRESO 2.° Ni yo tampoco me avengo...
TOM. Pche! Todos somos mortales.
PRESO 1.° Aun no hemos llegado á viejos.
TOM. Ni llegareis.
PRESO 1.° Bah!
TOM. Mañana...
PRESO 1.° Te equivocas. Lo que es eso...
PRESO 2.° Hemos meditado un plan
digno de nuestro talento.
TOM. Cómo?
PRESO 2.° Esta noche pensamos
tomar las de Villadiego.
TOM. Hola!
PRESO 1.° Pero de qué modo!
Escucha y verás...
TOM. No puedo.
PRESO 2.° Cómo?
TOM. Fuí contrabandista...
Soy ahora carcelero;
pero nunca seré espia.
Guardad pues vuestro secreto.
PRESO 1.° Pero, Tom...
TOM. Vamos, ya es hora
de hacer la requisa: espero
que desfile cada cual
hácia su departamento...
Es preciso que dé audiencia
á esa pobre chica... Dentro
de una hora va á morir...
PRESO 1.° Tan pronto?
TOM. Sí.
PRESO 1.° Buen provecho!
TOM. Idos pues.
PRESO 2.° Conque no quieres
ayudarnos?
TOM. No.
PRESO 1.° Á lo menos,
no des el soplo...

TOM. Yo espia!
Yo soplon! Voto al infierno!...
PRESO 2.° Permanecerás neutral?
TOM. Silencio!
PRESO 2.° Pero...
TOM. Silencio!
PRESO 1.° De todos modos el golpe
se da hoy mismo sin remedio.
(Á sus compañeros bajo. Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

TOM.

Pobre chica! Me da lástima...
francamente, no la creo
capaz de matar á un hijo.
La suiza, voto á cien truenos!
no dudo yo que seria
capaz hasta de comérselo.
Pero esa infeliz... Á causa
de la familia han dispuesto
ejecutarla esta noche.
Á eso llaman miramientos!
Mil bombas!... Voy á cnmplir
mi comision...—No me encuentro
con valor para anunciarla
que va á morir. Por los cuernos
de Belcebú! Me parece
que voy á volverme tierno.
—Qué diantre! Valor!... Eh, niña?
Salid... Venid... Está abierto.

ESCENA IV.

TOM, IDA, por la derecha.

IDA. Es á mí á quien llamais?
TOM. Sí.
Venid... Miradme sin miedo;
IDA. Quién sois?
TOM. No me conoceis?

IDA. Ah! Sí: sois el compañero
de Jorge?

TOM. El mismo; y hoy dia
conserje de este colegio
de moral pública.—Jorge
me proporcionó este empleo
con el fin de que pudiérais
tomar las de Villadiego.
Pero aunque lo he procurado,
no me fué posible; y eso
que toda la noche estuve
devanándome los sesos...
Este edificio es muy sólido...
Como que ha sido un convento
de carmelitas descalzos.
Sin duda alguna se fueron
los carmelitas, quedando
los pobres descalzos dentro.
Hay puertas con dobles guardias
y rejas con triples hierros,
y no se escapa una rata,
porque no hay ni un agujero...
He observado que la vieja
cornisa de San Guillermo
comunica por un ángulo
con este edificio. Pero...
imposible!... es tan estrecha...
Ni el gimnasta mas aéreo
se atreveria de fijo
á dar por ella un paseo.
De modo, señora mia...
—mucho decíroslo siento—
que no queda ni un recurso:
es decir, que no hay remedio.

IDA. Oh! No importa.

TOM. Que no importa?

IDA. Imaginais que yo intento
huir de aquí?

TOM. Fuera en vano.

IDA. Oh! no: aunque pudiera hacerlo
no lo haria.

TOM. Hariais mal.

IDA. Soy inocente.
TOM. Comprendo!
Pero...
IDA. Y tengo la esperanza...
TOM. Cómo! Esperais?...
IDA. Oh! Sí: espero
que al fin contra la injusticia
del mundo me ampare el cielo.
TOM. (Vaya! Quién le dice ahora...
empieza á rezar el credo.)
Señora, vuestra esperanza
carece de fundamento.
El Duque logró tres dias
de plazo, con el objeto
de ver si Jorge podia
hallar en ese interregno
el niño perdido.
IDA. Y qué?
TOM. Que todavia no ha vuelto;
y hoy espira el plazo. El chico
probablemente habrá muerto...
IDA. Ah! no: callad!
TOM. Me propongo
daros á entender con esto
que no nos queda un arbitrio...
es decir, que no hay remedio...
IDA. Oh! Si quisierais hacerme
un favor...
TOM. Hablad; si puedo...
IDA. Oh! Sí: á través de la reja
vi á Fany en la plaza. Os ruego
que la hagais entrar.
TOM. Al punto.
IDA. Qué bueno sois!
TOM. Voy corriendo.
(Aquí su hermana! Le endoso
la comision, y *laus deo*!)

ESCENA V.

IDA.

Oh Fany! Tú eres el rayo
de esperanza y de consuelo
que traes á mi memoria
aquellos dichosos tiempos
de inefable paz. Oh infancia
querida! Oh dulces recuerdos!
Gran Dios! Haz que pronto vuelva
á ver los campos risueños
donde nací. El aire puro
que ya he respirado en ellos
hará que torne la calma
á mi desolado pecho.
Sí: recobraré á mi hijo;
sonreirá su padre al vernos,
y tú tambien, oh Dios mio!
nos sonreirás desde el cielo.

ESCENA VI.

IDA, FANY, por la segunda puerta izquierda.

FANY. Ida! (Abrazándose.)
IDA. Fany!
FANY. Hermana mia!
Llora! Lloremos las dos!
Las lágrimas contenidas
devoran el corazon.
IDA. Y mi hijo? Y Jorge?... Dime...
Y mi padre?... Habla por Dios!...
FANY. Tu hijo era un ángel del cielo
y al cielo quizás volvió.
Jorge no pudo encontrarle,
y no sé cuál es mayor,
si la pena que tú sientes
ó su desesperacion.
Y nuestro padre, postrado

en el lecho del dolor,
me ha encargado que te dé
su postrera bendicion.

IDA. Qué dices? Acaso vienes
á darme tu último adios?

FANY. Ida!

IDA. Estás pálida!... Tiemblas!...

FANY. Es que me abruma el terror.
He visto al cruzar la plaza
esa turba que, feroz
como el mar, crece rugiendo
en torno de la prision.
Yo oí sus gritos de muerte;
yo contemplé al resplandor
de las teas, sus semblantes
con la salvaje expresion
de la fiera, y ví en sus ojos
centellear el furor.
No oyes esos gritos, nuncios
de luto y desolacion?

IDA. Pero qué quieren? Dios mio!
Quieren mi muerte? Qué horror!

FANY. Cuando una familia sufre
tales desgracias, no son
los que pierden la existencia
los mas desgraciados, no!
Abrazarás á tu hijo
en otro mundo mejor?

IDA. Hermana mia!

ESCENA VII.

DICHOS, TOM, SUSANA, por la segunda puerta izquierda.

TOM. Á la cárcel!
No querias, vive Dios!
verme bailar en la cuerda,
bruja infame? Pues yo voy
á sepultarte ahora mismo
donde no veas el sol.

SUSANA. Qué! Yo presa! Yo en la cárcel!

Tú has perdido la razon.

TOM. Vamos, si seré yo el loco?

SUSANA. Ciertamente. Qué hice yo
para estar presa?

TOM. Robar
una colgadura á Jhon
el honrado tapicero
que hay en la calle mayor.
Y una cesta nueva y...

SUSANA. Sí.
Tú no sabes por qué, Tom?
Porque hoy habrá en la ciudad
una solemne funcion.
He mandado que iluminen
la iglesia: pronto el clamor
de las campanas sonoro
hendirá el aire veloz
anunciando que le he puesto
bajo el amparo de Dios.

TOM. Á quién?

SUSANA. No quiero decírtelo.

TOM. Estamos de boda?

SUSANA. No.

TOM. No se casa la señora?

SUSANA. Todavia no: mi union
será mas tarde... mas tarde...
cuando vuelva Jorge...

IDA. Oh!

TOM. Llevadla de aquí: esta loca
aumentará su afliccion. (Á Fany.)

FANY. Ven, hermana mia.

IDA. Empieza
á faltarme ya el valor.

(Ida y Fany entran en la habitacion de la derecha.)

ESCENA VIII.

TOM, SUSANA.

TOM. Ven, endemoniada bruja:
haz la señal de la cruz,

porque... voto á mil cañones!
Que Dios no me dé salud,
si de puro cardenales
no te pongo el cuerpo azul.
Por qué, hechicera del diablo,
nos has jugado ese albur?

SUSADA. Porque os odio.

TOM. Por lo clara
vale esta chica un Perú.

SUSANA. Vinísteis á nuestra casa
á turbar nuestra quietud...
Todos sois unos infames.

TOM. Por vida de Belcebú!

SUSANA. Bebiais mucha ginebra.

TOM. Eso avispa al mas gandul.

SUSANA. Y solíais darme golpes.

TOM. Que no te duelan aun!

SUSANA. Maldita ginebra!

TOM. Calla!
Por vida del rey Saul!...
y no ofendas á un ausente,
que tiene la alta virtud
de marear los sentidos
y hacer andar al tun tun...

SUSANA. Mató á mi madre.

TOM. La pobre
reventó de un patatús.
Si pillaba cada turca
que ni el sultan de Stambul!
Quieres que se alimentase
comiendo solo alcuzcuz?
Tú eres una melindrosa:
porque el piloto *Raoul*
te quiso abrazar un dia,
cogiste un guijarro, y pun!
le rompiste el cráneo, y eso
que era duro de testuz.
Á mí, porque te dí un beso
mas dulce que el alajú,
me soltaste un bofeton
que sonó como un obus.
Verdad es que te dí luego

un golpe con mi banbú,
que estuviste media hora
sin poder decir Jesus!
Luego nos vendiste á todos
como una carga de atun...
Pero caiste en las garras
de Tom, que es un avestruz,
y... por Cristo! que me vea
colgado de un abedul,
si no te meto ahora mismo
donde no veas la luz.

SUSANA. Chis!... No ves que está durmiendo?

TOY. Quién?

SUSANA. Mi inocente querub...
Oh! No te acerques...

TOM. Ya empiezas
con tus locuras y tus...

SUSANA. Calla!

TOM. Qué mania!

SUSANA. (Prestando atencion.) Escucha!...

TOM. Como no sea el rum rum
de los presos...

SUSANA. Ese toque
anuncia á la multitud
que empieza la ceremonia.
Qué hermoso está el templo!

TOM. Hum!
Ya tenemos para rato.

SUSANA. Milord, vuestra excelsitud
sea desde hoy su egida...
(Haciéndole una reverencia.)

TOM. Ya no me conoce... Abur!

SUSANA. Ved, Milord, junto á la pila
bautismal un ataud.
Ah! Ya entiendo... Es para Ida.
Desdichada! La segur
de la muerte cortó el hilo
de su hermosa juventud. (Dan horas.)

TOM. Las seis!... Hora del suplicio!
Vendrá el verdugo: un Mambrú
que se llevará á la chica,
y... Lástima de arcabuz!

no quiero verlo... Mil rayos!
Y habrá quien me envidie aun!
Tom! No se ha hecho este oficio
para un hombre como tú.
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IX.

SUSANA.

MUSICA.

Duerme, duerme, hermoso niño,
dulce objeto de mi amor,
prenda fiel de mi cariño,
da consuelo á mi dolor:
Vuelve, Jorge! Ven! tu alma
sea toda para mí.
Ven, mi amor, y el fuego calma
que en mi pecho arde por tí.
Será tu amor
mi dicha mayor.

ESCENA X.

SUSANA, JORGE y un LLAVERO.

HABLADO.

LLAV. Ved la estancia, monseñor,
si quereis, esperaré.
JORGE. No: vete. (Váse el Llavero.)

ESCENA XI.

JORGE, SUSANA.

JORGE. Entrar! Para qué?
Para aumentar su dolor.
Dejarla morir así.
Y qué hacer! Suerte inhumana!

SUSANA. Ah! Sois vos, milord?
JORGE. Susana!
SUSANA. Venis sin duda por mí?
Qué hermoso traje! No en vano
hoy vais á ser su padrino.
JORGE. Qué pretendes? No adivino...
SUSANA. Milord, dadme vuestra mano.
JORGE. Qué quieres?
SUSANA. Oh! Qué fortuna!
Oh! Qué dichosa seré!
Vamos por el niño.
JORGE. Qué?
SUSANA. Yo misma tejí su cuna.
Sí; mi cuidado prolijo
la ornó con cintas y ramos...
Vamos, señor Duque, vamos
á bautizar á mi hijo.
JORGE. (Animándose de repente.)
Qué dices? un hijo!...
SUSANA. Sí.
JORGE. (Dios mio! En mi desventura
olvidaba su locura. (Con desaliento.)
(Yendo á entrar en el cuarto de Ida.)
Vamos...)
SUSANA. No; no es por ahí.
Vais á verlo... Es tan hermoso!...
Se parece tanto á él!...
JORGE. Á quién?
TUSANA. Á Jorge. Yo fiel
velaré por su reposo.
Y cuando vuelva su padre,
le diré: Jorge, he cuidado
del ángel que has enviado
á la choza de mi madre.
JORGE. Qué escucho! No desvaria?
Ida declaró...
SUSANA. Mas quedo!
JORGE Habla! Habla!
SUSANA. Tengo miedo.
Me lo robaron un dia...
Mas Dios tuvo compasion
de mi profundo pesar,

y al fin lo volví á encontrar
oculto en un pabellon...

JORGE. Dónde está ese niño?

SUSANA. Él es
mi único consuelo.

JORGE. (Con interés creciente.) Dónde
está ese niño? Responde.

SUSANA. Quereis verle? Venid, pues.

JORGE. Vamos. (Propicio el destino
se muestra al fin para mí.)

SUSANA. Le bautizarán?

JORGE. Sí.

SUSANA. Sí?
Y vos sereis su padrino?

JORGE. Sí.

SUSANA. No hay dicha comparada
con la que yo experimento.

JORGE. Vamos!

SUSANA. Vamos al momento.

JORGE. (Por fin, esposa adorada,
por fin te voy á salvar.)
(Se dirigen á la puerta; al llegar Susana se detiene bruscamente mirando á Jorge.)

SUSANA. Un instante... Esperad... Oh!
Vos no sois el Duque... No!
Me lo queriais robar!

JORGE. Qué dices?

SUSANA. Hombre cruel!
No eres Jorge.

JORGE. (Desvaria.)

SUSANA. Lo tendré oculto hasta el dia
en que me lo exija él.

JORGE. Susana!

SUSANA. Mi corazon
ha tiempo en vano le espera.

JORGE. Gran Dios! Si el amor pudiera
devolverle la razon!...

SUSANA. Volverle á ver... Dulce instante!
Pero ay! Esperanza vana!

JORGE. Reconóceme, Susana;
yo soy Jorge.

SUSANA. Vos!

JORGE. Tú amante.

MUSICA.

SUSANA. Aunque fuí de Jorge esclava,
nunca dijo que me amaba.
Diga al fin su labio amante
lo que nunca reveló;
y por ese breve instante
mi existencia daré yo.
JORGE. Yo soy Jorge... Yo te adoro...
Tú eres mi único tesoro.
Hoy por fin el labio mio,
eco fiel del corazon,
te declara el desvario
de mi férvida pasion.
SUSANA. Ah! qué escucho!
JORGE. Oye, Susana!
SUSANA. Es su acento delirante.
JORGE. Ven y mira!...
SUSANA. Es su semblante
respirando amor, bondad!...
JORGE. Oh! Susana!... Por piedad!...
SUSANA. Es la voz del bien que adora
hace tiempo el alma mia:
es la voz cuya armonia
recordaba sin cesar.
JORGE. Es la voz del bien que adoras
con profunda idolatria:
es la voz cuya armonia
nunca puedes olvidar.
Pero en tanto...
SUSANA. Más no exijo.
JORGE. Tú decias...
SUSANA. Cuál te adoro!
JORGE. Vuelve á hablarme de tu hijo...
SUSANA. Calla! Á ver... Sí... un pensamiento...
JORGE. Y bien? Habla!...
SUSRNA. Sí... al momento...
CORO DEL PUEBLO. (Fuera.) Á qué tanta dilacion?
Á qué hacernos esperar?

No merece compasion:
morir debe sin tardar.

JORGE. Cómo gritan!

SUSANA. Esas voces...

JORGE. Justo cielo!

SUSANA. Son feroces!
Vienen... Mira!...

JORGE. Suerte horrenda!

SUSANA. De mi amor quieren la prenda.

JORGE. Oh! Ya vuelve á delirar.

SUSANA. Ven!... por tí se ha de salvar.

JORGE. Oh! qué bárbaro suplicio,
mas cruel aun que la muerte!
Nuestra horrible aciaga suerte
halle en tí ¡gran Dios! piedad.

SUSANA. Cómo gritan «al suplicio!»
Infeliz! Querrán su muerte...
Tan horrible aciaga suerte
halle en tí ¡gran Dios! piedad.

CORO. (Fuera.) Ya es la hora del suplicio;
del culpable es justa suerte.
No haya gracia... Á muerte!... Á muerte!...
Á tal crímen no hay piedad.
(Váse Susana por la segunda puerta izquierda y Jorge por la derecha.)

ESCENA XII.

TOM.

Se oye la campana de alarma, los presos corren en confuso desórden, saliendo de la primera puerta de la izquierda y pasando á la segunda.

Fuego! Al arma! Los bribones
incendiaron las prisiones
y del riesgo huyen ligeros.
Ah! Malditos bandoleros!
No han de hallar favor en mí.
(Crece el incendio; la pared del fondo se derrumba, y deja ver la plaza de Edimburgo, alumbrada por las teas de la gente del pueblo y por los resplando-

res del incendio: al fondo y casi en un ángulo se divisa el campanario: las llamas han invadido la pequeña escala interior de madera: el techo permanece intacto. Susana aparece en lo último de la torre.)

ESCENA ÚLTMA

JORGE, TOM, EL DUQUE, FANY, que van llegando sucesivamente. IDA entre los guardias. Gente del pueblo. Soldados. *Susana en la torre con el niño.*

CORO. Ah! Miradla... está en la torre.
Dios la ayude en tal peligro.
(Señalando á Susana.)
SUSANA. Toma, Jorge, esa es tu sangre.
JORGE. Ah! Qué dice!
IDA. Oh Dios! Mi hijo!
(Susana ha cortado una cuerda y atando con ella el cesto, lo hace descender por fuera del muro, evitando que pase por entre las llamas.)
CORO. Guia tú su mano, oh cielo!
Dios proteja al inocente...
Ya está en salvo... Oh Dios clemente!
SUSANA. Ida, es tuyo... Sé feliz!
CORO. Ida es ya libre y feliz.
(Ida, á una señal anterior del Duque, se ha separado de los guardias, y entre ella y Jorge se afanan por alcanzar el cesto donde viene el niño: todos miran con ansiedad la cuerda por donde le hace Susana descender. Las llamas rodean á esta, que aparece tranquila y resignada. Todos se arrodillan en actitud de invocar al cielo: cae el telon.)

FIN DE LA OBRA.

Examinada esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 7 de Mayo de 1867.

El censor de teatros.
NARCISO S. SERRA.

LA PATTI Y NICOLINI,

CONCIERTO CÓMICO

EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

ORIGINAL DE

DON JOSÉ DE LA CUESTA

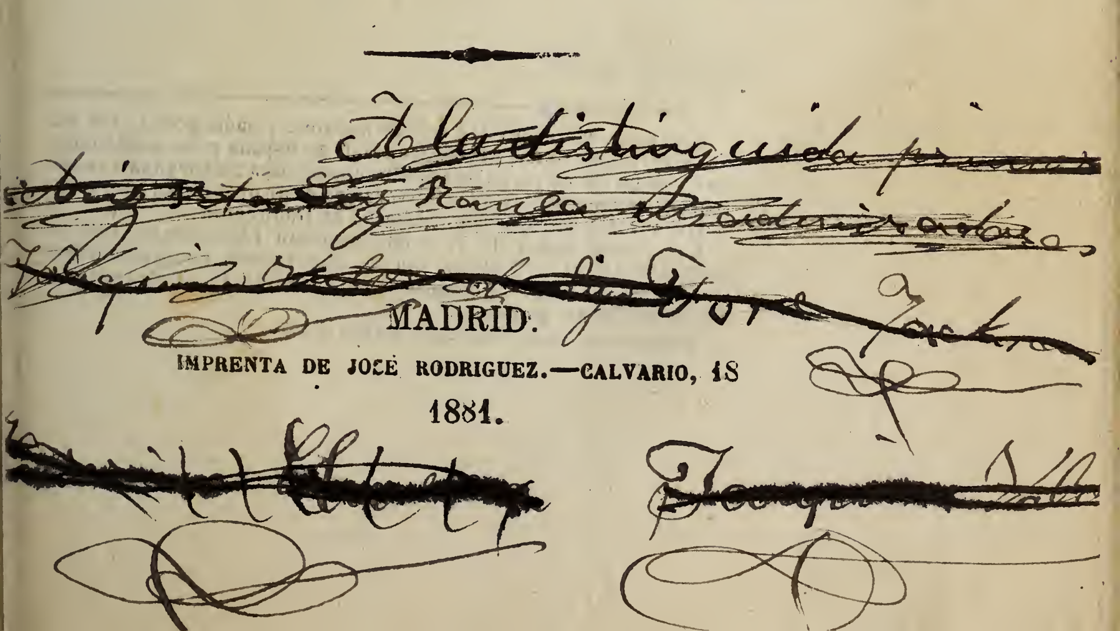
Y

D. HELIODORO CRIADO Y BACA,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON JUAN CANSINO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro MARTIN en la noche del 6 de Abril de 1881.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18

1881.

PERSONAJES.		ACTORES.
ADELA	Srta.	Aced.
DOÑA MARTA	Sra.	Artiguez.
CIGARRERA	Srta.	Pardiñas.
CAROLINA		Royo.
NICOLÁS	Sres.	Sanchez.
DON LEON		Alba.
ROCA		Pardiñas.
ANGELITO		Espejo.
ZURDO		Capilla.
UN DEPENDIENTE } AGENTE 2.° }		Lojo.
AGENTE 1.°		Valentin.
UN INSPECTOR		Lopetegui.
UN ESPECTADOR		Arregui.

Voces fuera, transeuntes y espectadores.

Notas. El Sr. Capilla se encargó del papel de *Zurdo* en obsequio á los autores.

Doña Marta deberá aparecer muy obesa.



AL DISTINGUIDO ESCRITOR

DON CÁRLOS FRONTAURA

dedican este juguete en modesta prueba de sincero afecto.

Los Autores.

ACTO ÚNICO.

CUADRO PRIMERO.

ANTES DEL CONCIERTO.

Habitacion pobre. Puerta á la derecha y al fondo. Á la izquierda una ventana.

ESCENA PRIMERA.

ADELA y NICOLÁS.

MUSICA.

CORO. (Dentro.) Vamos decididos todos sin tarda
al Teatro Real,
á ver si á la Patti conseguimos escuchar
por casualidad.

ADELA y NICOLÁS. Á oir la Patti dicen ván,
pues necesitan gran valor,

yo creo que ván al hospital
y que no irán á la funcion.

CORO. (Dentro.) Que aunque las entradas tan caras están
que es ya por demas,
eso nada importa ni debe importar
si algo hay que empeñar. (Se alejan.)

HABLADO.

ADELA. Te estás así, sin decir esta boca es mia!

NICOLAS. ¿Y qué, crees tú, por ventura, que puedo decir que esta boca es mia?... No, y mil veces no: no debe ser mia, pues si lo fuera podría utilizarme de ella para algo, para comer, por ejemplo, es decir, por ejemplo no, por necesidad.

ADELA. Es que ya no tienes ideas.

NICOLAS. Lo que no tengo es dinero; si con ideas pudiéramos alimentarnos... bien gordos estaríamos.

ADELA. Y así no podemos estarnos.

NICOLAS. Y sin embargo, así estamos desde que yo dejé la Deuda para contraerlas con todo bicho viviente.

ADELA. Doce años de cesantía! ¡Es un grano de anís!

NICOLAS. ¡Qué un grano... una salvadera!

ADELA. Y ya ves, esos doce años, empleado tú, hubiéramos ahorrado...

NICOLAS. Oh, sí! Un empleo de tres mil reales con descuento y una retencion judicial es para ahorrar... un hambre devoradora.

ADELA. Y todos son felices ménos nosotros! Quién diría que en Madrid, donde todos disponen hoy de cinco duros para una entrada en el Real, no podemos nosotros satisfacer nuestras primeras necesidades!

NICOLAS. Primeras, segundas, terceras y últimas. (Transicion.) Hablemos de otra cosa de actualidad.

ADELA. ¿Qué, no te parece de actualidad nuestra miseria?

NICOLAS. No, eso pertenece ya á la historia.

ADELA. Vamos, no puedo digerir tus flemáticas palabras.

NICOLAS. No me extraña, mujer; la falta de costumbre... es natural que no puedas digerir nada.

ADELA. Bueno, pues yo voy á tomar una determinacion.

NICOLAS. Más vale que tomáras la cesta y te trajeras de la plaza cualquier cosa, un rebaño de carneros... por ejemplo.

ADELA. Repito que ya no tienes idea.

NICOLAS. No tengo tiempo para tener otra cosa que apetito.

ADELA. En fin, puesto que tú no me propones nada, te manifestaré lo que se me ha ocurrido. Es atrevido, peligroso...

NICOLAS. No creo que haya nada más peligroso que el ayuno crónico.

ADELA. Se trata...

NICOLAS. ¿Y se come? (Precipitadamente.)

ADELA. Déjame hablar. Se trata de pescar...

NICOLAS. ¿Una merluza?

ADELA. Me dejarás?... Unos miles de reales y... alzarse con el santo y la limosna.

NICOLAS. (Con gravedad.) Basta... no sigas. Yo no pido limosnas.

ADELA. No seas impaciente, hombre. Se trata de que aprovechemos la estancia en Madrid de la Patti, y puesto que tenemos en la memoria tantos aires de óperas y no mala voz, nos finjamos por breves momentos...

NICOLAS. Ah! ya sé: una superchería, una comedia, un concierto... tú Nicolini... yo la Patti...

ADELA. No, hombre, al revés. Verás: mandamos tirar el prospecto de un concierto cuyos productos se destinan á beneficencia y se anuncia que la célebre *prima donna* y el gran tenor toman parte en la solemnidad.

NICOLAS. No tengo inconveniente en hacer de *primo-donno*, siempre que el público haga de *primo*.

ADELA. Se hace propaganda, se venden lós billetes á peso de oro y negocio redondo.

NICOLAS Aprobado; detalla el plan. Vamos por partes: primer plato, que diga, primera parte... (Ap.) (No pienso más que en los platos.) Local.

ADELA. Tenemos uno, ya sabes cual es; pero es el caso que convendría disponer de otro más espacioso.

NICOLAS. Ya dí con él... el Hipódromo, más espacioso no le hallo.

ADELA. Inadmisible: era necesario dar á cada concurrente una tienda de campaña. El que sabes y nada más. Ahora, programa musical: orquesta, ya sabes á qué atenerte, y de canto... cuatro números...

NICOLAS. Y un cabo. (Interrumpiéndola.)

ADELA. Yo los ordenaré: me ocuparé de esos pormenores; sal á disponer la tirada y reparto de los programas y cuánto sea menester. Date prisa.

NICOLAS. ¡Qué ingenio! (Ap.) (Lo que hace el hambre! Tiene razon mi amigo Pedro al decir que mi mujer está dispuesta á todo.) Adios, chiquilla, voy volando á despachar el asunto. ¡Quisiera ser pájaro! (Se vuelve.)

ADELA. Ah! escucha, no te olvides de proponerle al Pájaro la venta de los billetes. (Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA II.

ADELA sola.

MUSICA.

Me parece que
salvamos nuestra situacion,
si logramos dar
el gran camelo en la funcion.
Veremos que triunfo
llego á conquistar,
y si cantar no puedo
me pondré á bailar.
Y así verán
artista soy
de habilidad.

Cuando me halle sobre el escenario
y comiencen mi voz á escuchar,
no espereis que yo dé ningun gallo,
es un mico lo que voy a dar.

HABLADO.

Perfectamente: (Con júbilo.) sí, mi porvenir está en el teatro. (Mientras dice estas palabras aparece Roca en la puerta del fondo y se detiene hasta que termine Adela.)

ESCENA III.

ADELA y ROCA.

ADELA. (Agitándose.) ¡Ya tenemos dinero!

ROCA. (Entrando.) Lo celebro mucho. Así me podrán ustedes pagar siquiera un mes de los quince que me deben.

ADELA. (Ap.) (El casero!) Adios, señor Roca. (Ábrete tierra y trágatelo. ¡Qué antipático es este hombre!)

ROCA. (Ap.) (Qué simpática es esta mujer!)

ADELA. (Ap.) (Si no fuera tan exigente!)

ROCA. (Ap.) (Si no fuera tan tramposa!) Pues sí, justo es que teniendo ustedes ya dinero me dén algo á cuenta.

ADELA. Pero señor mio, si yo hablo del porvenir, me refiero al dinero que tendré.

ROCA. No sirven evasivas: vengo á cobrar ó á poner á ustedes de patitas en la calle. Es mucho abusar ocultarme que hay dinero.

ADELA. No señor, si yo no lo oculto, hay dinero.

ROCA. Pues entónces...

ADELA. Lo hay, pero... no está en nuestro poder. Es el caso, y voy á darle á usted una prueba de confianza, que proyectamos mi marido y yo dar un gran concierto, valiéndonos del famoso nombre de la Patti, y con las utilidades que obtengamos, pagaremos á usted hasta el

último céntimo. Ya ha salido Nicolás á disponerlo todo.

ROCA. No es mala idea; y usted que es tan buena artista se lucirá, de seguro. (Ap.) (Me gusta. Debe tener esta chica...)

ADELA. Verá usted qué voz, qué actitud, qué expresion... (Con coquetería.) ¿Cree usted que gustarán al público estos ojos y... este pié, (Enseñando un pie.) y...

ROCA. (Entusiasmado.) María Santísima! qué pié! ¡Qué fin (Mirando el pie.) y... (Mirando al cuello á Adela.) qué principio!

ADELA. (Con arrebato.) El arte se impone: ante el artista se dobla la rodilla, señor Roca.

ROCA. (Ap.) (¡Ay, qué mujer!) Sí, hija mia, de rodillas y de todos modos me pongo yo por usted. (Se arrodilla.)

ESCENA IV.

DICHOS y NICOLÁS.

NICOLAS. (Apareciendo por la puerta del fondo en el momento en que Roca está arrodillado ante Adela.) Está bien, el casero y de rodillas ante mi mujer. (Entrando lentamente.) ¡Ah, ya caigo, le estará pidiendo por Dios que le paguemos.

ROCA. (Viendo á Nicolás y levantándose con precipitacion.) El marido... ¡qué coincidencia! ahora vá á sospechar...

ADELA. ¿Estás de vuelta? (Á Nicolás.) Estará todo arreglado?

NICOLAS. (Á Adela.) Sí. (Ap.) (Nada, vendrá por el dinero.)

ROCA. (Á Nicolás) Usted dispensará que yo...

NICOLÁS. Pues no he de dispensar! está usted en su perfecto derecho pidiéndolo, nada más natural. Si ya hemos hablado de eso.

ROCA. (Ap.) (¿Qué han hablado? ¿Sospecharía ántes alguna cosa?)

ADELA. Ya sabe el señor Roca nuestro proyecto. Le agrada.

ROCA. Mucho, y como prueba de ello, voy á prestar á ustedes...

NICOLAS. Con veinte reales me contento.

ROCA. Sí; les presto todo mi apoyo.

NICOLAS. Tenemos local y orquesta. La cosa está resuelta, disponte, no tenemos tiempo que perder. Los prospectos se ván á repartir en seguida, y como la cosa urge tiene que ser esta noche el concierto. Necesitamos un amigo de buena vista que esté al frente de todo.

ROCA. ¿Tiene que ser precisamente de ese distrito?

NICOLAS. No, hombre, de buen ojo.

ADELA. Nadie mejor que el señor Roca.

ROCA. Yo no; veo muy poco... y...

NICOLAS. Si es para vigilar á los empleados y la recaudacion para lo que yo le quiero á usted.

ROCA. Ah! si se trata de la recaudacion no tengo inconveniente.

ADELA. Pues voy á preparar mi tocado. Afortunadamente conservo un buen vestido. Hasta despues. (Váse por la derecha.)

ROCA. (Á Nicolás.) Y yo le prestaré á usted un frac que tengo desde el año ocho.

NICOLAS. Aceptado.

MUSICA.

NICOLÁS y ROCA.

NICOLAS.

De este modo los dos vamos
contratados al Real,
ó nos lleva una pareja
al juzgado á declarar.
Y luégo á la cárcel
y á Ceuta á cantar.
Hay que arriesgarse,
valor tendré,
para la farsa
que pienso hacer.
Y si me silban
lo sufriré,

que es el solo recurso que tengo
para comer.
Vamos allá,
resolucion,
y empiece desde luégo
la funcion.

ROCA. De esta manera es posible
que yo consiga cobrar,
porque recaudando yo
no me la pueden pegar.
... Que si no hago esto
no cobro jamás.
Yo les ayudo,
que en realidad
yo nada pierdo
por ayudar.
Como los cuartos
á mí vendrán,
es el sólo recurso que tengo
para cobrar.
Y yo ademas
en la funcion,
conquistaré de Adela
el corazon.

CUADRO SEGUNDO.

EN EL CONCIERTO.

Aparece la escena dividida por una embocadura de teatro con su correspondiente cortina. La parte de la derecha figura el fingido escenario con decoracion y puerta de fondo enfrente de la indicada embocadura. Á la izquierda la sala del teatro con sillas colocadas ordenadamente. Al empezar el cuadro ejecuta la orquesta un preludio durante el cual se oyen fuertes rumores fuera.

ESCENA PRIMERA.

Voces fuera. Á poco LEON, MARTA, CAROLINA, ANGELITO, AGENTE 1.° y CORO DE ESPECTADORES.

UNA VOZ. ¡Ay, que me ahogo!

OTRA. No te separes, César.

OTRA. Bruto!

OTRA. Me ha hecho usted un pie una tortilla.

OTRA. Socorro! Mamá!

OTRA. Hija de mi alma! (Aparecen por la izquierda Leon, Marta, Carolina, Angelito, Agente 1.° y coro de espectadores y ván sentándose.)

ANG. Quién diría que esto es un sombrero? (Con el sombrero abollado.) Me lo han cogido entre una señora como una casa y un caballero como un templo Me cuesta la Patti esta noche cuatro duros y un sombrero.

MARTA. (Descompuesta y haciéndose aire con un pañuelo.) Qué *temperamento*! Se conoce que esta noche han puesto aquí todos los *calóricos*.

LEON. Es sofocante la atmósfera.

ANG. Yo estoy sudando. (Limpiándose el sudor.)

MARTA. Me parece que el gas se fuga.

LEON. Llamaremos á la guardia civil para que lo capture.

MARTA. Luégo, como para abrirse paso hay que mantener un *pelagatos*...

LEON. Pugilato, mujer.

MARTA. Bien, una verdadera batalla *campestre*.

LEON. Se desbordó como el Pisuerga.

MARTA. (Á Angelito.) Y no crea usted, que está toda la escalera llena de sujetos y sujetas.

ANG. (Ap.) (Así debías tú estar!)

MARTA. Y la puerta *intercalada* por la muchedumbre.

LEON. Bueno, vamos á sentarnos.

MARTA. Deja que venga un *acomodaticio*.

LEON. Voy á tener que taparle la boca.

MARTA. Por supuesto, que todo se puede sufrir por oir á tan eminente *cantárida*.

ANG. (Ap.) (Voy á llevar á esta señora á la Academia de la lengua á ver si se la cortan.)

ESCENA II.

DICHOS y un DEPENDIENTE.

Aparece el dependiente por la embocadura fuera de la cortina y se dirige al público.

DEPEND. Respetable público. La aglomeración de concurrentes que... se han aglomerado para... concurrir al concierto, y la circunstancia de estar ya vendidas todas las localidades... que... han sido compradas, han decidido á la empresa á poner en la misma escena algunas sillas con el objeto nada más de... que se sienten los... que no

puedan colocarse en otra parte por... que les sea imposible.

ESPEC. Que baile!

MARTA. ¿Qué, hay tambien cuerpo *geográfico*?

ESPEC. Que baile!

DEPEND. No sé más que jugar al tute; si nó complacería al respetable público. (Desaparece quedándose en la fingida escena.)

ESCENA III.

DICHOS, ADELA, NICOLÁS y ROCA, que entran por la derecha.

ADELA. Estoy que no me llega la camisa al cuerpo. (Entra del brazo de Roca.)

NICOLAS. (Ap.) (Como que la tendrá hecha pedazos.) Peor estoy yo, que siento un terrible dolor de estómago.

ROCA. (Á Nicolás.) Pues mucho cuidado, no vaya usted á dar un gallo.

NICOLAS. Como que si yo tuviera un gallo iba á darlo! Valiente tonto sería yo! Me lo comía con plumas y todo.

DEPEND. ¿Se empieza ó no? (Hablan bajo Roca, Nicolás, Dependiente y Adela.)

ANG. (Á Marta.) Ya oirá usted el aria que canta ella!

MARTA. ¡Oh! sí, el *aire* de ella! Pero será mucho mejor el *romance* que cante él. Me han dicho que hace unas *escalinatas* musicales asombrosas. (Hablan bajo los del público.)

ADELA. Ay Roca!

ROCA. (Ap.) (Cómo tiembla! Está interesante!)

DEPEND. Vamos á ver? Se empieza el queso? (Á Nicolás.)

NICOLAS. ¿Hay queso? Vengan dos onzas. Estoy en el *crescendo* del hambre.

ADELA. (Á Nicolás en voz baja, pero de modo que lo oiga Roca.) Por Dios, hombre, que te olvidas de hablar en italiano.

ROCA. Es verdad.

ADELA. (Á Roca.) Y usted tambien. Conteste al Dependiente.

ROCA. E qüestioni dil momenti.

NICOLAS. ¡Oh! sí! Ya estami in punto di carameli: tocate il esquiloni que va á escomenchare il nostro berrreo.

DEPEND. Allá voy. (Ap.) (Pues no es tan difícil el italiano. Yo lo entiendo perfectamente.)

(Suenan tres campanadas; se descorre la cortina y empieza el concierto.)

ESCENA IV.

DICHOS ménos ROCA y DEPENDIENTE.—ADELA y NICOLÁS se adelantan hácia el público.

MUSICA.

ADELA. Ya estás viendo la entrata!
NICOLAS. Mas no veo la salita.
ADELA. Nos darán un aplauso.
NICOLAS. Yo creo que una palicha.
Escamati están tutti,
escolta il murmurare,
si se impeña algun bruti
nos van á reventare.
Oh! que horrípile tormenti
passiami per manyar.
ADELA. E yente mio esposi
amábile é senssata,
posiami impunementi
donarle la tostata.
NICOLAS. Sí; pero la prochechioni
por el interiore vá.
ADELA. Lo que fuere sonará.
NICOLAS. Sonará.
ADELA. Tomar la utilitate,
mio sposo es lo que importa.
NICOLAS. Yo credo que es mas buono
qui tomiami la porta.
ADELA. Dunqüe suone un silbito
la porta va á tomar.
NICOLAS. ¡Oh si la tomo y no ves

il pelo mio mas.

(Rumores del público. Unos aplauden y otros sesean. Nicolás separa á Adela á un lado y se adelanta hácia el público con ademanes trágicos. Cesan los rumores.)

NICOLAS. Sorte crudel!
fiero destín,
una va á armarsi
di San Quintin.
¡Oh cuánto afan
sofri un mortale
in qüesto gran
berenyenale!
¡Oh Dío santo
perque son cuí?
¡va á echarme íl guanto
algun chivil!
va á castigar
il yusto chelo
qüesto camelo,
voy á espichar
ay mé!!

(Rumores del público. Unos aplauden y otros sesean. Se corre la cortina del fingido escenario.)

HABLADO.

NICOLAS. Qué turbacion, qué temor!
qué situacion tan fatal!

ADELA. Hasta ahora no estás mal.

NICOLAS. ¿Crees que puedo estar peor?

ADELA. Gran tostada dimos hoy.

NICOLAS. Vamos, chica, estás chiflada:
si yo tengo una tostada
me la como y no la doy.

(Adela y Nicolás hablan bajo.)

LEON. Que al cabo de mis años venga yo aquí á pasar la plaza de primo, es cosa que me desespera. Yo no veo el mérito de estos artistas. ¿Si seremos víctimas de un engaño? Y estoy rabiando de las muelas. (Llevándose la mano á la cara.)

MARTA. ¿Por qué no te echas unas gotas de ese *eclipse* que te recomendó el dentista?

LEON. Es para poner el grito en el cielo! ay! ay!

MARTA. Vamos, marido, no desafines.

LEON. Ellos sí que desafinan. Y qué voz!

ANG. No es mala, gran extension...

LEON. Calle usted, hombre.

ANG. Sí señor y gran volúmen.

LEON. Para volúmen mi mujer, que el dia de San Isidro se pesó en la pradera y rompió la báscula. (Se oye un silbido.)

MARTA. Porque aquella *mácula* estaba descompuesta. (El Agente se dirige á D. Leon.)

AGENTE. Caballero, no se puede silbar.

LEON. ¿Y á mí qué me cuenta usted? ¡Qué dolor, Dios mio! (Llevándose la mano á la cara.)

AGENTE. Si usted silba me veré en la necesidad de sacarle una multa.

LEON. ¿Á mí? Más vale que me sacára usted una muela. (Ap.) (Me está matando.) El silbido que usted dice será el resuello de mi mujer.

AGENTE. Pues que no resuelle.

LEON. Difícil lo veo. Lo que usted ha de pedir á Dios es que no resuelle fuerte; pues como lo haga nos quedamos á oscuras y se acaba entónces el concierto á capazos.

MARTA. Á capazos no puede ser, porque aquí no se vé una capa.

ANG. Estarán todas empeñadas. (Angelito se pone á hablar con Carolina que estará á su lado.)

ESCENA V.

DICHOS y ROCA por la derecha.

ROCA. (Á Nicolás.) El teatro, amigo mio,

totalmente lleno.

NICOLAS. Bueno,
¿por qué está el teatro lleno
y mi estómago vacío?

(Hablan bajo Nicolás, Adela y Roca.)

ANG. (Á Carolina.) Á mí que me parece que la he visto á usted ántes de ahora! (Rumores del público.)

CAROL. Yo tambien creo conocerlo...

LEON. Estoy rabiando. (Rumores.) Y el público creo que está lo mismo.

ANG. Y no recuerdo dónde la he visto á usted. Como no haya sido en el teatro...

CAROL. No señor, ha sido al aire libre.

ANG. Ah! ya caigo! En mi estudio. Me sirvió usted de modelo de Eva para el cuadro la creacion que estaba pintando. Por cierto que quedamos en vernos y no n^os^ hemos visto.

CAROL. No lo extrañe usted, he tenido los ojos malos mucho tiempo. Pero en la primera ocasion...

ANG. Esta noche.

CAROL. No señor; voy al baile de la Alhambra.

ANG. Iremos. (Rumores más fuertes del público.)

ROCA. El público se impacienta,
y si no se alza el telon
y prosigue la funcion
nos va á salir mal la cuenta.

NICOLAS. Situacion más horrorosa!
No me atrevo.

ADELA. Hay que animarte.

ROCA. Vamos, la segunda parte.

NICOLAS. Será la más lastimosa.

(Crecen los rumores y se descorre la cortina. Roca se mantiene detrás tratando de ocultarse. Empieza la orquesta á preludiar y se adelantan al público Nicolás y Adela.)

ESCENA VI.

DICHOS y un INSPECTOR, que entra por la izquierda y se dirige á NICOLÁS y á ADELA. El público se levanta.

MUSICA.

INSPECT. Como en tres está la farsa
á los tres detengo yo.

ADELA. ¿Ois bien? (Á Roca.) dice que en tres.

NICOLAS. Saltó y vino el Inspector.

(Se adelantan todos hácia el proscenio.)

ADELA. No hay más recurso
que declarar
que es del casero
la falsedad.

NICOLAS. Yo preveía
que esta funcion
acabaría
en la prevencion.

ROCA. La culpa sólo
la tengo yo
por tomar parte
en el complot.

CORO. Tantos trabajos
para venir
y luego verse
burlado así.

TODOS. Abur, abur,
ya veis el resultado
de este debut.

CUADRO TERCERO.

Á LA SALIDA.

Calle corta.—Aparecen por la izquierda MARTA y detrás ANGELITO y CAROLINA seguidos por el AGENTE 1.°

ESCENA PRIMERA.

MARTA, ANGELITO, CAROLINA y AGENTE 1.°

MARTA. Esperaremos á mi marido. Yo no voy sin él á ninguna parte.
CAROL. Qué sofocacion!
MARTA. Ya estoy *sulfurosa.*
ANG. Me voy á quedar sin baile. (Mirando el reloj.) Demonio! Las once ya!
MARTA. ¿Cómo las once? No es posible: ese reloj no anda bien.
ANG. Perfectamente. Si sabré yo cómo marcha mi reloj! (Se lo pone al oido.) Tiene toda la cuerda.
MARTA. Pues nada, le digo á usted que no es tan tarde; tendrá la máquina descompuesta, se le habrá roto la rueda de Catalina.
ANG. ¿De Catalina? (Ap.) (¿Quién será esa señora?) En fin, le repito que han dado ya las once. Vea usted el minutero y el horario.
MARTA. Yo no tengo que ver el minutero ni el *oratorio.*
AG. 1.° Vamos, no espero más.

ANG. Pero hombre, no sea usted tan intransigente.

MART. Ah! estos guardias son lo más *intransitables* que darse puede.

AG. 1.° Adelante y ménos música.

MARTA. Ojalá no hubiese habido ninguna.

ANG. Tenga usted en cuenta que son unas señoras. (Al Agente.)

MARTA. Eso es; tenga usted en cuenta nuestro sexo. (Al Agente.)

AG. 1.° Yo no entiendo de eso.

MARTA. (Á Carolina.) Pues no dice que no entiende de eso! ¿Ha visto usted qué ignorancia?

ANG. Iremos donde usted quiera; pero conste que yo voy violento, forzado.

MARTA. Justo, y yo tambien voy forzada.

AG. 1.° Vamos.

MARTA. Deme usted un brazo. (Á Angelito.)

CAROL. Y á mí el otro.

ANG. Repártanselos ustedes como buenas hermanas y andando. ¡Qué nochecita!

ESCENA II.

D. LEON y AGENTE 2.°

LEON. (Entrando.) Voy á llevar esta cuestion hasta el Supremo... Hacedor. ¿Por qué voy yo preso? vamos á ver, ¿por qué? ¿He sido yo el causante del alboroto?

AG. 2.° No señor; pero se ha producido un gran escándalo en el concierto y... como usted comprenderá... había que detener á álguien.

LEON. Hombre, me gusta: de modo que otro escandaliza y yo soy detenido por el escándalo sin haber tomado en él la menor parte?

AG. 2.° Ahí verá usted.

LEON. Esto es lo mismo que si á usted le dolieran las tripas y para curarlo á usted me pusieran á mí una cataplasma. Vamos, esto no pasa mas que aquí! Por supuesto

que todavía voy á hacer una que sea sonada. (Saca el pañuelo y se suena con estrépito las narices.)

AG. 2.° Esas bravatas se las puede usted echar al Inspector.

LEON. Es que conmigo no juega nadie. ¿Lo entiende usted? nadie, más que mi mujer, y eso... á la brisca, y por pasar la noche. Váyase usted con piés de plomo y... no le busquemos tres piés al gato, pues tiene cuatro. Ni... tanto ni tan calvo que se nos vean los sesos, ni... tanto ni tan poco, que si se tire de la cuerda al fin se rompa, y tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se quiebra.

AG. 2.° Déjese usted de discursos y sigamos andando.

LEON. Vamos, sí; (Volviendo.) pero hombre, si no puedo conformarme; vamos, si no transijo y... mire usted que yo he transigido hasta con mi mujer. ¿Seré transigente? Pero lo que es en esta cuestion nadie me obliga á ceder. Estoy furioso! me va á dar garrotillo!

AG. 2.° Pues ya no tiene usted edad para eso.

LEON. Es que como no lo he pasado, estoy expuesto todavía.

AG. 2.° Caballero, ¿quiere usted no hablar más? ¿Ha comido usted lengua?

LEON. No señor; he comido pisto; pero para el caso es lo mismo: y sobre todo, yo hablo lo que tengo por conveniente. Pues no faltaba más!

AG. 2.° Me va usted á poner en el caso de que le lleve á la fuerza. (Le coge de un brazo.)

LEON. Cuidadito con tocarme, que no soy campana.

AG. 2.° Ya me está usted cargando y voy á darle un sablazo. (Haciendo ademan de sacar el sable.)

LEON. (Calmándose.) Eso es otra cosa. ¿De cuánto? No tengo más que tres pesetas. (Llevándose la mano al bolsillo del chaleco.)

AG. 2.° Vamos, ande usted y no sea tan generoso.

CUADRO CUARTO.

DESPUES DEL CONCIERTO.

Sala de detenidos en una provencion. Un farol encendido pendiente de la pared. Al fondo derecha, un banco en el que aparece Zurdo tendido y sentada á su lado la Cigarrera.

ESCENA PRIMERA.

CIGARRERA y ZURDO. Zurdo ronca.

CIGAR. ¡Valiente filosera! Estoy segura que se ha bebío las tres pesetas que me sacó anoche! Y que no le hubiera yo cogido ántes de beber la primera copa! (Zurdo ronca más fuerte.) Así te ahogaras. Vamos, me desespero cada vez que pienso que paso yo todo el dia haciendo pitillos en la fábrica, para que venga este morral con sus manos sucias y me gaste los cuartos que me cuestan tantos sudores! Y vaya osté á decirle algo. Pues si esta tarde fuí en busca suya á la taberna á ver si lograba llevármelo, y porque se lo dije y no me dió la gana de tomar una *magdalena* y media copa ¡para obsequios estaba yo! me arrimó un par de gofetás que entoavía me están escociendo. (Zurdo ronca.) ¿Pero no oyes, Zurdo? (Moviéndole.) ¿hasta cuándo va á durarte la borrachera?

ESCENA II.

DICHOS, MARTA, CAROLINA y ANGELITO. Angelito entra llevando del brazo á Marta y Carolina.

ANG. Qué falta de consideracion!
CAROL. Qué casualidad! (Riendo.)
ANG. Traernos á la prevencion como si fuéramos tres criminales! Me quedaré sin ir al baile.
CAROL. (Ap.) (Hacía ya tiempo que no venía yo por aquí.)
MARTA. Yo tengo los nervios *encrespados*. Todavía me vá á dar un *incidente*. Ni siquiera sé lo que me digo.
ANG. (Ap.) (Nunca lo ha sabido.)
MARTA. ¿Pero y mi marido Leon?
ANG. Don Leon se enredó en disputar.
MARTA. Lo que más siento es haber perdido de vista á mi Leon
CIGAR. (Adelantándose.) Pues ponga usted un anuncio en *La Correspondencia* y parecerá ¿Es de presa? (Zurdo despierta y se queda sentado en el banco.)
MARTA. ¿Pero qué está usted diciendo?
CIGAR. ¿Lleva bozal?
MARTA. Qué grosera! qué insolente!
CIGAR. ¿Qué dice?
MARTA. Qué he de decir? Que hablo de mi esposo. Maldito concierto! Á saber de dónde habrá salido esta...
CIGAR. Y usted, doña Cornucopia, de dónde ha salido? ¿de alguna prendería?
ANG. (Interponiéndose.) Vamos á ver si hay órden.
MARTA. Es que yo soy una señora con principios...
CAROL. (Ap.) (Y con chocolate y postres. Y hasta puede ser que ceda gabinete y alcoba.)
CIGAR. Toas las señoras son lo mismo; muchos principios y luégo no salen en tó el año de patatas y aluvias.
MARTA. Ordinaria!
CIGAR. Mamarracho! (Vá hácia Marta: Angelito la detiene.)

ANG. Silencio! y tengan ustedes en cuenta que estamos en la prevencion.

CIGAR. ¿Conque estamos en la prevencion? Misté... y yo había creío que estábamos en un baile.

ZURDO. No oyes tú, chiquilla? qué haces ahí? (Sin levantarse.)

CAROL. ¿Quién es ese? (Por el Zurdo y dirigiéndose á Angelito y Marta.)

MARTA. ¿Quién ha de ser? Un hombre *ebreo*, un perdido.

CIGAR. La perdía lo es osté. Este hombre es mi marío.

ZURDO. ¿Qué dicen, chica? (Levantándose despacio.)

CIGAR. Pues ná, que eres un perdío. Mira tú, llamarte perdío!

ZURDO. Aguarda, que allá voy yo. (Se adelanta tambaleándose.)

ANG. (Ap.) (Buena se va á armar')

ZURDO. Vamos á ver ¿quién habla de mí?

MARTA. Yo no *eludo* á usted.

ANG. Aquí no ocurre nada; yo haré una aclaracion.

MARTA. Eso es lo que yo quiero, una *clarificacion.*

ANG. Se han acalorado y nada más. Usted que está sereno...

ZURDO. Vaya si estoy sereno! (Dando tumbos.)

CIGAR. Entoavía falta que se le vaporicen algunas copas.

ZURDO. Pero que no caya si la matan.

CIGAR. Claro, como que entoavía me escuece la cara de las gofetás que me diste.

ZURDO. ¿Y quieres que te dé otra?

ANG. (Ap.) (No vendría mal para cortar la cuestion.)

ZURDO. Pues mira, te la voy á dar. (Va hácia la Cigarrera amenazándola y ella huye.)

CIGAR. Ay! sujetadlo, que me vá á matar. (Se dirige huyendo á la puerta del foro.)

ANG. Vamos, hombre, déjela usted. (Deteniendo al Zurdo.)

LEON. (Dentro.) Marta! Marta! (Entra y abraza á la Cigarrera con quien tropieza, estornudando.)

ESCENA III.

DICHOS, LEON, ADELA y NICOLÁS.

LEON. Esposa mia! (Abrazando á la Cigarrera.)

CIGAR. Valiente tio! (Separándose de los brazos de D. Leon.)

LEON. Chis! (Estornudando.) Demonio! chis! me he constipado.

MARTA. Ven acá, Leon.

CAROL. Lo llama como á un perro.

ZURDO. Pues señor, han traido esta noche á la prevencion á tó Madrid.

ANG. Calle, ¿aquí tambien ustedes? (Reparando en Nicolás y Adela.)

CAROL. (Ap.) (No deben estar en otra parte.)

ADELA. Sí señor; así se premia el talento.

NICOLAS. Nos han arrancado del escenario y nos traen presos. Me parece que no lo hemos hecho tan mal?

LEON. No, miren ustedes. (Le rodean todos procurando la Cigarrera ponerse á su lado.) Yo soy franco, bien no lo han hecho ustedes, (Á Adela y Nicolás.) pero la policía no lo ha hecho tampoco bien que digamos ¡chis! Había motivos para otra cosa, (para llevarlos á presidio) pero para traerlos á la prevencion, no, y lo peor no es eso, sino que tambien me traen á mí y traen á mi inocente esposa ¿y por qué? pues por haber asistido al concierto y haberle sido antipático á un agente de órden público que se empeñó en que yo silbaba: ¡chis!

NICOLAS. Calumnia!

ADELA. Justo.

NICOLAS. Lo que silbaba era el viento. Hace tan mala noche...

LEON. Terrible...

MARTA. Así has cogido ese *cotarro*.

CIGAR. (Riendo.) No es constipao, señora; es que yo soy cigarrera, y como despido tanto olor á tabaco y el señor ma abrazao, no pára de estornudar. Se conoce que no fuma.

MARTA. No se lo permito: ¡chis! (Estornuda.)

LEON. (Por la Cigarrera.) Es verdad; acercarse á esta criatura es meter las narices en una caja de rapé! (Separándose de ella.)

MARTA. Pero vamos al caso ¿pasamos aquí la noche?

CAROL. Eso es lo que importa saber.

ANG. Sepamos á qué atenernos.

LEON. Les diré á ustedes. El señor Roca, empresario del concierto y complicado en el lance, ha obtenido permiso para ver al Gobernador y dilucidar este asunto.

MARTA. ¿Y crees tú que lo *lucirá*?

LEON. No sé. (Ap.) (Pero tú sigues luciéndote con tus disparates.)

ESCENA IV.

DICHOS y ROCA.

ROCA. (Entrando precipitadamente.) Se arregló todo, mediante una recomendacion. Traigo la órden de libertad.

ADELA. Bien por el señor Roca.

NICOLAS. ¡Oh mio Salvador! (Abrazándole.)

MARTA. Gracias, don Salvador. (Á Roca.)

CAROL. Se llama Roca. (Á Marta.)

MARTA. Roca?

ADELA. Claro, como que es casero.

LEON. Pues entónces vámonos de aquí.

ROCA. No señor, que tenenemos ántes que tratar de un asunto de importancia.

NICOLAS. Veamos.

ROCA. Yo sigo siendo empresario y contrato á ustedes dos. (Por Nicolás y Adela.)

NICOLAS. Magnífico!

ADELA. Bien pensado.

CAROL. Yo tambien firmo el contrato, porque he roto el que tenía con un capitan de caballería. Sé declamar, cantar y bailar.

ZURDO. Y yo, ¿no serviría?

CIGAR. Misté, pa los papeles de borracho es el mejor. (Movimiento de indignacion del Zurdo.)

LEON. Y para decir disparates nadie mejor que mi mujer.

NICOLAS. Pues hasta ahora no me conoce usted á mí más que en el género serio, y no sabe los puntos que yo calzo en el

cómico. Sé una cancion que el dia que la cante en público va á alborotar.

LEON. (Ap.) (Se conoce que siempre que este canta se arma un escándalo.)

ROCA. Vamos á oir esa cancion.

ZURDO. Venga de ahí.

ANG. Venga.

MUSICA.

NICOLÁS.

Es la mujer como el vino
y tanta falta nos hace,
que reparar no se debe
ni en el color ni en la clase.

—

Con vieja ó jóven,
con guapa ó fea,
nadie se evita
la borrachera.

—

Á los quince años
son *Perfecto amor*;
Málaga á los veinte,
y á los treinta son
como las botellas
de *Champagne* mejor;
no hay mas que tocarlas
y salta el... tapon.

2.ª

Mientras más añejo el vino
mejora de condicion,
y la mujer con los años
vá perdiendo su valor.

—

Si es viejo el vino

todos lo quieren,
y al revés pasa
con las mujeres.

—

Porque á los cuarenta
son ya *peleon*,
que tienen del vino
tan solo el alcohol.
Luégo *anís del triple*,
y si suegras son
aguardiante fuerte
como el de... Chinchon.

HABLADO.

ROCA. Muy bien. Ahora nos vamos á comer á un restaurant en celebracion del nuevo contrato y del feliz desenlace de los sucesos de la noche. (Al Zurdo y la Cigarrera.) Ustedes obtendrán tambien la libertad.

MÚSICA.

ADELA, NICOLÁS y ROCA.

(Al público.)
Si gustó el concierto
dá tu aprobacion
dándonos siquiera
un aplauso ó dos.
Y si por desgracia
para el pobre autor
no fué de tu agrado,
entónces... chiton. (Telon.)

FIN.

REVISTA CARNAVALESCA

DE LA

HABANA

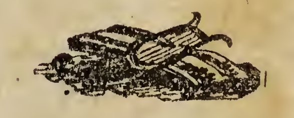
EN UN ACTO Y EN VERSO,

ESCRITA POR NOMAR.

MUSICA DEL MAESTRO

DON TOMÁS GONZALEZ.

(La accion pasa en la Habana.)



HABANA.

Imprenta de G. Montiel y Ca.

Teniente-Rey 21, entre Cuba y Aguiar.

1876.

PERSONAJES.	ARTISTAS.
Carnaval, Príncipe soberano	Sr. Gonzalez (M.)
Locura, su Esposa	Srita. Milanta.
Polichinela	Sr. Marin.
La Prensa de la Habana	Sra. Castillo.
La Empresa del Gás	Srita. Oropesa.
El café del Louvre	Sr. Llúc.
El Teatro de Albisu	Sr. Mora.
La calle de Mercaderes	Srita. Cucó (M.)
La calle de Neptuno	Ramon el billetero.
Mazorra	Srita. Cucó (J.)
Africa	Srita. Virtudes.
Great Russiam Atlettes	Sr. Más.
Hermitage	Sr. Guzman.
Salones de Federico el Grande	Sr. Iriarte.
Cervantes (teatro)	Sr. Gonzalez (J.)
La Moda	Srita. Catalan.
Capellanes	Sr. N. N.

Ugieres, Damas y caballeros de la Corte y Aragoneses.

ACTO ÚNICO.

Salon cerrado al fondo: A la derecha gran puerta de entrada: A la izquierda un trono con dosel grotesco dos sillones y tres gradas.

ESCENA 1ª

El Cárnaval, La Locura y Polichinela.

MUSICA.

CARNAV. Polichinela, atiende.
POLICH. Ya escucho, gran Señor.
CARNAV. Te nombro Introductor
de embajadores
POLICH. Yá!...
Yo debo introduciros......
al que á besar la mano
venga del soberano.
¿Lo he comprendido?
CARNAV. Está
POLICH: No quepo en mí de dicha y alborozo:
¡Vaya un mozo barbian! ¡Valiente mozo!
Para mí las sonrisas y las flores!...
Soy vuestro Introductor... de embajadores.
CARNAV. Y LOCURA. No cabe en sí de dicha y alborozo!...
¡Vaya un mozo barbian!... Valiente mozo!
Para él las sonrisas y las flores
Es nuestro introductor de embajadores.
(Váse Carnaval.)

ESCENA 2ª

Locura y Polichinela.

HABLADO.

LOCURA. Ya sabes, Polichinela;
hoy el Príncipe mi esposo,
recibe en ceremonioso

besamanos. ¡Sonsi vela!...
Vendrán los embajadores,
de diferentes estados,
Ministros y Diputados,
y Grandes y Senadores.
Tú eres el Introductor......
de tan altos personajes:
su variedad de ropajes
te vá á causar estupor.
Como esta es la vez primera
que desempeñas tal cargo,
lo primero que te encargo,
és, que aprendas desde afuera
los nombres que has de anunciar
con claridad y soltura.
Si haces alguna Locura...... (*Movimiento en Po-*
no yó!—te puede pesar *lichinela.*)

POLICH. Princesa del estravismo!......
Cónyuge del soberano
cuyo cetro acata ufano
la sima como el abismo! ....
En mí confianza tén,
pues por mi nombre, te juro,
que he de salir del apuro!
Tú verás si mal ó bien.
Mi condicion matizada
como mi traje en colores,
te anuncia ya los primores
que dirá mi lengua osada.
Llamaré grande al mediano;
diré mediano al pequeño:
rubio anunciaré al trigueño:
á éste, blanco y sonrosado.
Y pues que todo es mentira
y todo farsa y juguete,
no temas, que en este brete,
el que mas vé, ménos mira.

LOCURA. Ya me inspiras confianza.

POLICH. ¿Sí? Pues venga acá un abrazo.

LOCURA ¿Que exiges de mí?

POLICH. *Un cedazo.......*
que es preludio... de otra danza!... (*con intencion.*)

Locura ¡Insolente!... Audaz!...
Polich. ¡Ya llueve!......
Locura. ¿De tu príncipe á la esposa
te atreves?......
Polich. Loca y hermosa......
¿Quién contigo no se atreve?
Locura Pagarás tu necio afán
sumido en una mazmorra!......
Polich. Iré contigo á Mazorra
dó tus vasallos están;
y cantando seguidillas
vagaré por los vergeles;
y al són de mis cascabeles
y doradas campanillas,
alborotaré el cotarro;
tu deber de soberana,
te sacará á la ventana;
y cogerás un catarro,
Y enfermarás del pulmon,
que al toser se desbarata,
y al fin, cual otra Traviata,
darás el gran estiron.
Locura. Me convencistes... y cedo,
á tu mágica elocuencia!
Polich. (*aparte*) Es del mundo una gran ciencia
la de saber meter miedo!
Ven á calmar mis afanes (*alto*)
y deja rodar la bola!......
Locura...... no eres tú sola
la que vas á Capellanes!

CANTO BAILABLE.

Duo.

Para poder vivir,
es preciso beber
de amor el elixir
que es néctar del placer:
Embriágate, alma mia,
en el sutil licor;
que el pecho verte ansía
desfallecer de amor.

Prosigue así el vaiven,
no pierdas el compás;
que si hoy no lo haces bien,
bailando aprenderás.
No escluyas la esperanza
ni mates mi ilusion,
que esta sublime danza
es la de la creacion.

ESCENA 3ª

Dichos Carnaval y Ugier.

HABLADO.

UGIER. Su alteza!...... (*Dando tres palmadas.*)
LOCURA. ¡Ah!......
POLICH. El Tirano!...
CARNAV. ¿Qué hacías en tal postura?
con mi introductor, Locura?
LOCURA. Cantaba
CARNAV. ¿Cómo?
LOCURA. En la mano.
CARNAV. ¿Sin música?
LOCURA. De memoria.
CARNAV. ¿Clásica?
LOCURA. No: ¡qué porfía!
CARNAV. ¿Era el ária de Lucía?
LOCURA. No: la del tonto de Coria.
CARNAV. (*A. Polichinela.*) ¿Y tú hacías algun papel?
LOCURA. ¡Toma!... el papel de Tenor!......
CARNAV. ¡Verdad!... como Introductor!...
POLICH. (*aparte.*) Loca ella y tonto él!......
CARNAV. (*á Locura.*) Díme, y...... para qué cantabas?
LOCURA. Por gusto...... y por recordar......
lo que me has hecho olvidar!......
CARNAV. (*á Polichinela.*) Y tú, por qué me ocultabas
que eras profesor de canto?
POLICH. ¡Si solo canto... al oido!
LOCURA. Pero, un canto tan sentido!... (*mirándole con ternura.*)
POLICH. Que hasta las piedras quebranto!
CARNAV. Esposa, se me figura
que la clase de solfeo

no te conviene, y deseo
que la dejes,

POLICH. ¡Qué locura!......

CARNAV. ¡Por eso precisamente!......
Ella loca, tú arlequin,
Puede tener esto un fin......
que me asusta!

LOCURA. Impertinente
estás hoy, marido mio.
Dí: ¿qué bicho te ha picado?

CARNAV. ¿Qué dice tu labio osado?
¡Cuernos! pues ya siento frio!......

LOCURA. El corazon se me parte
al ver que de mí recela. (*aparte*)
Ven acá, Polichinela, (*alto*)
y esplícale que és el arte
de la música, el consuelo
que encierra la dulce danza,
símbolo de una esperanza
que es la dicha en este suelo.

POLICH. Es la música un reclamo,
primera parte de un drama:
segunda, el baile se llama......

CARNAV. ¿No lo dije?...... ya me escamo.

POLICH. Veré si mejor me esplico.
Figuraos una pollina
que en la pradera vecina
oye el ¡Hi...... Jaaaa!...... de un borrico.
¡Cómo aguza las orejas
al oir tan dulce acento!......
¡Cómo brinca de contento
y olvida rancias consejas!......
¡Hi...... jaaaa¡...... le dijo el artista
que su vecindad presiente!......
¡Hi...... jaaa!...... dice élla impaciente,
y le busca con la vista......
Y ambos en igual postura,
mirando al astro del dia,
estudian astronomía
mostrando la dentadura.
Despues, se llegan á ver;
bemóles y sostenidos

arrancan los resoplidos
que dan los dos al correr.
Por fin, en una pradera
se encuentran, y el asno osado.
cuando la hubo saludado,
le dice de esta manera:
«Noble y bella descendiente
«de la burra de Balaan:
«soy el burro mas barbian
«que pasea entre la gente.
«¡Hi...... jaaa!...... mírenme tus ojos
«¡Hi...... jaaa!...... Digan sí, tus labios,
«que está el sabio entre los sabios
«rendido á tus piés de hinojos.»
Ella, al fin, hembra y coqueta,
le sonrie con gracejo,
y sacude el aparejo
haciendo una pirueta......
Y un duo de amor piano
cantan, que luego en crecendo
vá sus ecos estendiendo
por el monte y por el llano.
Y en un largo calderon
que emplean para el final,
termina el concierto asnal
y la amorosa cancion.
Yo no sé si habré logrado
un ejemplo daros vivo
del arte, cual lo concibo!......

CARNAV. Harto bien lo has esplicado!......
Por eso me llamo á andana,
y no quiero que ella cante
ni el alegro, ni el andante.

LOCURA. Qué lástima!...... Yo que ufana
fuerte en la llave de sol,
una fermata atrevida
pensaba atacar, mi vida,
en tono de si bemol!......
Hoy matas mis ilusiones!......

CARNAV. Pero señor, ¡qué porfía!......

LOCURA. Déjame con mi manía.

CARNAV. Pues nada...vengan pí...ñones! (*tocándose la cabeza*)

«Si tu mujer con afan
te manda tirarte á un tajo,
pídele á Dios que sea bajo»
—dice un antiguo refran.
Me resigno. Tú eres pura
y yo soy un caballero.
Te permito cantar, pero......
¿cómo bajas de tu altura?
Si el profesor fuese augusto
personaje de mi esfera,
tu capricho consintiera
sin repugnancia y disgusto......
Mas pensar en él; ¡por Dios!......
ciñendo tú esa diadema,
eso és lo que á mí me quema!......

POLICH. ¡Soy bueno tal como vos!......
Y aunque llevo cascabeles
y és de arlequin mi figura,
soy de Adan la propia hechura
y en mis armas hay cuarteles.

CARNAV. Basta, se acerca la hora
de empezar el besamanos.

POLICH. Saludo á mis soberanos!...... (*se inclina grotescamente*)

CARNAV. Venid, esposa y Señora!
(*suben al trono y ss sientan.*)

ESCENA 4ª

Dichos y por turno, todos los personajes de la obra.
(Polichinela dá tres palmadas: toca la música una breve marcha, durante la cual, damas y caballeros, se colocan, aquellas á los lados de las gradas, y éstos detrás del trono. Dos Ugieres á la puerta y Polichinela en el centro, entre ésta y el trono.)

HABLADO.

POLICH. El primer gran personaje
que á la ceremonia llega,
es la prensa de la Habana;
Señora de tantas prendas;
de tan distintos matices,
de tal arte y tal escuela,
que su gran ciencia consiste,
en hacer que no la entiendan.

¡Señora: besar podeis
las manos carnavalescas!

La Pren. Yo soy la prensa ilustrada,
del estómago opinion:
Funámbula consumada,
al balancin agarrada
toco muy bien el violon.

Polich. Como luciente embajada,
La Empresa del Gas asoma
«Limpia, fija y dá esplendor,»
dice Academia española;
y esta española, ni es limpia
ni es fija, ni esplendorosa.
Que las tinieblas os guien:
Pasad, cuca embajadora.

La E. del G. Entre todas, soy dichosa,
pues no tengo aquí rival;
(*señala á su cabeza*) y aunque al vecindario odiosa
por luz muy tibia y medrosa,
me pagan un dineral.

Polich. Llega aquí el Café del Louvre,
reino de pollos y tacos,
de aspirantes á ministro,
militares y empleados.
Templo de vagas noticias,
de proyectos, fértil campo:
observatorio del Parque,
de los gimnastas descanso.
De crónicas y aventuras
mentidero afortunado;
Pasad, pasad, excelencia,
á besar las reales manos.

El Café del L. Yo me impongo á los mortales;
no van solo por beber,
que en otros cafés, iguales
bebidas hay: no, los tales
van allí...... á dejarse ver!......
Por charlar!...... Por oler!......
Por mentir!...... Por saber!......

Polich. El Teatro de Lersundi
de que Albisu es propietario,
viene con boina encarnada.

Embajador mas bizarro
no llegará á nuestra corte;
que al esfuerzo de su brazo
tan solo, alzó un edificio,
que además de ser Teatro,
es café, sombrerería,
vivienda, cuarto de ensayos,
y salones para bailes,
y...... ¡La Mar con sus pescados!......
¡Pase la ilustre embajada!......
¡Gloria al hijo del trabajo!

MUSICA.

T. de Lersundi. ¡Viva Vizcaya, viva!......
magnífico país,
donde por dicha mia,
la luz primera ví.
Esta feraz Antilla
labró mi porvenir,
mas olvidar no puedo
la tierra do nací.
Por eso yo, Zorcico
canto de mi país,
y quiero que á Vizcaya
dé el cielo dichas mil,
Nesca polita, mírame,
mírame por piedad,
que al fuego de tus ojos
en cre may tiá.

HABLADO.

Polich. La calle de Mercaderes,
ahora mercado del oro,
llega, ostentando en su pecho
la placa que más adorno
presta á la criatura humana.
¡Ni un momento, ni uno solo
os detengo, gran rabina,
pelucona de alto tono
á quien humildes billetes
formando vienen el corro!

MUSICA.

La calle de M. En la guerra y en la paz,
nada el hombre hará sin mí;
lo difícil sé allanar,
lo imposible conseguir.
Que és mi acento sin rival,
poderoso el tin-tin-tin:
cruces, títulos me dan
y Excelencia es mi Don-Din.

Hago al tímido ganar.
al valiente resistir,
la justicia vacilar,
y las almas convertir,
Que es mi acento sin rival, etc.

HABLADO.

Polich. Pretestando que las nieves
que cayeron estos dias
cerraron vias terrestres
y fluviales y marítimas,
llegan de cinco embajadas
las tarjetas de visita.
¿Las mando entrar?
Carnav. Que entren: pero
Introductor, date prisa,
que la ceremonia es larga
y estoy ya sudando quina.
Polich. Ugieres: manda su alteza.
que entren luego esas misivas.

(Los Ugieres entran una gran bandeja con cinco cartelones grandes á manera de tarjetas, con una punta doblada, de *Ferro-carriles, Gran Teatro de Tacon, Plaza de Toros, La Alianza* y *Las Aguas de Vento:* se arrodillan á los piés del trono, la depositan y se retiran á sus puestos.)

Carnav. Introductor, dá lectura,
si es que te alcanza la vista,
á esas tarjetas. Ya rabio
por saber quien las envia.
Polich. Primera: *Ferro-carriles* (*leyendo*)
de la Habana y de la Isla.
¡Gran reino, señor!...... ¡Gran reino,

con anchas y estrechas vias:
mucho ruido y pocas nueces,
son al decir de accionistas!......

CARNAV. Y dí: ¿por qué esos vasallos
á su monarca critican?

POLICH. Porque en vez de dividendos,
sus acciones se cotizan
siempre con pérdida en plaza.

CARNAV. ¿Y ninguna alcanza prima?

POLICH. Cárdenas, algunas veces.

CARNAV. Adelante con la música.

POLICH. Esta és, la *Plaza de Toros:*
Centro de ciencias taurinas.
¡Muchos cuernos!...... ¡Muchos cuernos
de Tampico y la Florida!......
cátedras de dia y de noche,
por pregones...... ó á hurtadillas:
escuela de aficionados;
gran casa de fieras vivas......

CARNAV. Basta, basta: esos Estados
no tienen mis simpatías.

POLICH. *La Alianza,* importadora
de celebridades chinas
que en Hong-hong y Canton tiene
sucursal establecida.
Esta es muy rica embajada:
ya su tarjeta lo indica.

CARNAV. A esa embajada acordamos
nuestra augusta y real estima,
pues por rica se merece
deferencia y simpatía.
Pero prosigue, prosigue,
que siento ya real fatiga.

POLICH. *Gran Teatro de Tacon,*
templo de filarmonía
dó de las suyas hicieron
cien políglotas artistas.
Estos soberbios Estados
que en Prado estenso principian,
recorriendo una gran zona
con éstos, Señor, confinan.

CARNAV. Por ese Templo del arte.

mi esposa se despepita,
y por su apellido Farsa,
és algo de mi familia.
Mándale mis espresiones
y algun juguete á las niñas,
Sigue.

POLICH. *Las aguas de Vento,*
del Almendares sangría,
és la postrera tarjeta.

CARNAV. ¿Qué dice mi acuosa prima?

POLICH. ¿Doña Cibeles? Que un pleito
que debe ser su ruina,
sostiene con Don Neptuno
por ciertos cuentos y hablillas
que chismes del vecindario
esparcieron por envidia.
Esto la tiene sin gusto,
desazonada y mohina.

CARNAV. Que se lo cuente á abuela
ó se lo escriba á su tia......
y su interrumpido curso
la ceremonia prosiga.

POLICH. De la calle de Neptuno
se acerca el gigante ahora.
Filosofia al menudeo,
cátedras á quema-ropa,
ya por piezas, ya por varas,
se dan allí á todas horas.
«*Vendo, luego gano*», dicen,
y venga Alemania toda
con sus Krauses y sus Hegel;
y llegen sabios de Europa,
que serán niños de teta
al lado de esta Señora!......
Pase la Filosofía
de mostrador! Ciencia ignota!

LA CALLE DE N. La luz del saber difundo
desde el alto mostrador:
«*Quien compra y vende en el mundo*»,
—ha dicho un sabio profundo,—
se hace del mundo señor.»

POLICH. Estrambótica señora

llega aquí, suelto el cabello,
la mirada estraviada,
con desden torcido el gesto......
¡Válgame Dios!...... ¡Si és Mazorra!......
¡La estoy viendo...... y no lo creo!......
¡Caramba y cómo ha crecido!......
¡Está espigadita! ¡Cuernos!......
(*á Locura.*) Perdóname, gran princesa,
mas se trata de tu pueblo,
y olvidé la ceremonia;
yo pondré pronto remedio.
Pasad, noble embajadora
del feudal asilo Ferro:
y pues sois de la familia,
penetrad sin cumplimientos.

MAZOR. Los cuerdos, muy engreidos
nos llaman la sin razon;
¡y hay miriadas de nacidos,
que pasan por advertidos
ignorando: ¡qué és razon!......

POLICH. Del reino del azabache
la embajada se presenta:
Lucumí, Carabalí,
Macuá, Gangá, Cóngo, etcétera,
Ni plumas, ni tapa-rabos,
que és moda de aquellas tierras,
su charolada piel cubren;
nó señor, és aun más negra;
pues gasta vestido largo,
lleva corsé á lo Regencia;
cinturon de Juana de Arco;
castaña, abanico en cuelga......
en fin, la veréis vestida,
cual se dice, á la moderna.
Embajadora del Africa;
entrad, la corte os espera.

AFRICA. Ño no sabe po qué, gente,
me mila tanto, señó:
que no só tan lifiriente.
de-ras otra, yen mi frente
jasta chufray yeba yó......

POLICH Llegan cuatro caballeros

con muy diferentes trajes:
Russiam atlettes, salones
de *Hermitage* y *Capellanes*,
y en fin, los altos del Louvre,
vulgo, *Federico el Grande*.
Cada cual los distintivos
presenta de su linaje.
Cíclope moderno el uno,
és otro *Rumba salvaje;*
Triclinium flamenco el otro,
y el último, *Danza suave*.

MUSICA DE LA ORQUESTA.

De la inmortal Zaragoza
los rondadores de calles,
vienen con ellos, cantando
una jota tal, que vale
bien la pena de escucharla,
puesto que la dan de balde.
¡Señores embajadores,
podeis pasar adelante!

RUSSIAM ATLETTES. ¡A Arquímides serviría!
HERMIT. ¡Sólo me iguala el Simoun!
CAPELL. ¡El *Digesto* és obra mia!......
F. EL GRANDE. ¡Soy merengue y arropía!
TODOS CUATRO. ¡Somos casas de Salud.

CANTO.

ARAGON. A la orillita del Ebro
cuando te estabas bañando,
te ví...... ¡Válgame la Vírgen!......
¡No quiero ni recordarlo!......
Y la piara de ovejas,
miéntras que yo te miraba
se me marchó por los trigos
y fuí sin rebaño á casa.
Por el Coso pasé,
y en él Coso te ví,
y por más que hice: ¡Ejé!
no miraste hácia mí.

En tu corral la otra noche
se espantaron las gallinas:
Sacó tu padre una tranca,
y me rompió las costillas.
Pero por más que tu padre
se empeñe en darme trancazos,
soy aragonés tozudo
¡y á Zaragoza ó al charco!
Por el Coso pasé...... etc.

HABLADO.

POLICH. Un embajador modesto,
como lo son arte y ciencia,
llega ostentando en el cuello
un retrato que veneran,
la humanidad ilustrada,
córtes, ciudades y aldeas,
hablen ó nó el castellano,
si rinden culto á las letras.
Del Teatro de Cervantes,
és la embajada que llega;
Centro que el pueblo acaricia,
dó se solaza y recrea
por sólo ¡treinta centavos!......
de sucio pápel moneda,
en que pesa mas la mugre
que la pasta que lo hiciera.
¡Llegad hasta el mismo trono,
prescindiendo de etiquetas!

MUSICA MELOPÉA.

T. DE CERVANTES. Un nombre llevo, sagrado,
que és de mi patria en la historia,
con respeto venerado;
¡Perdonadme que hoy osado,
llegue á evocar su memoria!

—

Si en una pobre bohardilla
el gran Cervantes vivió,
¡no és por cierto, maravilla,
qué en esta casa sencilla
me acomode á vivir yo!

Tributo al arte rindiendo
de Cuba en la capital,
voy los vicios extinguiendo,
y enseñando y corrigiendo,
cumplo un fin providencial.

POLICH. Cerrando la comitiva,
viene la elegante moda.
No os diré cual és su tipo,
porque és dama caprichosa,
que ora és rubia, ora trigueña,
segun el viento que sopla.
Pero sí, que siempre és bella,
y aunque prima de Mazorra,
en todo tiempo és amable,
coquetoncilla y graciosa.
Tiene un defecto tan sólo,
para la gente económica.
Suele trocar el dinero,
con facilidad pasmosa,
por melindres y confites,
por trajes, trenzas y moñas.
Todos los pueblos del mundo,
desde la jamona Europa
hasta la polluela América
y aun el país de las monas,
le rinden fiel vasallaje
y como reina la adoran.
¡Pase la Moda Elegante!......
¡Pase la Elegante Moda!......

MUSICA.

LA MODA. El sol con sus rayos
dá vida á las flores,
matiz á los campos,
calórico al ser.
La Moda és el astro
en cuyos fulgores,
mas bellos matices
halló la mujer.

—

Yo soy la gran reina
soberbia y altiva:

mis leyes se acatan
del mundo en redor.
Las hijas de Eva
me acogen festivas,
los pueblos me rinden
tributo de amor.

HABLADO.

CARNAV. (*Levantándose con Locura.*)
Señores embajadores
de varios sexos y castas:
cómo el salon no és muy grande
y no he de alquilar mas casa
para tres dias de reinado,
con sueldo que no me pagan,
y pues hay muchas parejas,
pasen varias á otra sala
y el can-can del besamanos
bailemos en paz y gracia,
ya que el tiempo lo permite
y la aficion no nos falta.
¿Se aprueba?

TODOS. Sí, si: se aprueba!

CARNAV. Pues dé principio la zambra.

MUSICA.

Frenético can-can.

(*Baja el telon.*)

FIN.

ERRATA.—Pág. 12, verso 10º, *dice* al valiente resistir, *léase*; al valiente desistir.

CONGRESO DOMÉSTICO.

LEGISLATURA CÓMICO-LÍRICA

en un acto y en verso

ORIGINAL DE

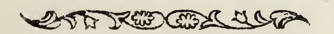
D. CALISTO NAVARRO.

MUSICA DE

D. MIGUEL BLANCO.

Estrenada con buen éxito en Madrid el dia 1.º de Mayo de 1871.





MADRID.

Imp. Española, Arco de Santa María, núm. 7.

Á LA SIMPÁTICA ACTRIZ

SEÑORITA DOÑA FILOMENA GALI.

Ofrecí dedicarte
mi primer obra
en que hubiese una vieja
rara y gazmoña;
y en esta he visto
ocasion de cumplirte
lo prometido.

Imperfecto es el verso,
pobre la trama,
y es ofrenda que ofende
mas bien que alhaga;
pero dispensa
á este infeliz coplero
Q. T. P. B.

El autor.

PERSONAGES.	ACTORES.
JULIANA..................	Sra. D.ª PURIFICACION ÁVILA.
DOÑA ESTEFANÍA......	» ISABEL SANCHEZ.
CRISTINA................	» MARIA NOGALES.
DON LEON..............	Sr. D. NICANOR SAN MARTIN.
ANTONIO................	» RAMON MORAS.
JOSÉ......................	» J. MANUEL SERRANO.

La accion tiene lugar en Madrid, y en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

La escena figura el comedor de una casa bien amueblada, mesa en medio, aparador y butacas; puerta al foro y laterales; una de las de la derecha conduce al gabinete de doña Estefanía y las de la izquierda á las habitaciones de Cristina y D. Leon.

ESCENA PRIMERA.

JOSE, *limpiando un gaban y* JULIANA *un vestido.*

Música.

JULIA. Condenada es la vida
de la sirvienta,
afanándose siempre
como una perra.
Levantándose cuando
despunta el alba
para ganar tres duros
la que los gana.
JOSE. No te quejes Juliana
de tus faenas,
que es mi suerte pur vida
muchu mas negra;
que si tú trempanitu
dejas la cama,
yo nun duermu pur noche
ni pur mañana.
JULIA. Mas yo voy á la compra.
JOSE. Mira que malu;
cun la sisa reparas
el descalabru.
JULIA. Pero en cambio tú ganas
muchas propinas.
JOSE. Esas son las miserias

de nuestra vida.
JULIA. Pues no te quejes.
JOSE. Suspira menos.
LOS DOS. Mira que no me gustan
los lloriqueos.

—

LOS DOS. Ponme la cara alegre
si quieres que te quiera,
y no me desconsueles
con tus pamemas;
mira la gracia
que Dios me ha dado,
para curar de sustos
y sobresaltos.
JOSE. Quiéresme mucho?
JULIA. Vaya que sí.
JOSE. Dame un abrazu.
JULIA. Toma, pues, mil.

—

Hablado.

JOSE. Vales Juliana mas pesus
que un ingeniu de la Habana
y eres mas dulçe, curdera!
que su azúcar refinada;
á media miel me has dejadu
y estoy... vamos... comu en Babia.
JULIA. De veras, José?
JOSE. De veras;
y en cuanto tenga ajuntadas
cuatru peluconas mas,
nus vestimus de casaca
y en engarzarnus el cura
te llevu conmigu á Právia
á ser, hechizu del mundo!
reina de las asturianas.
JULIA. Reina no.
JOSE. Bien, prencipesa
serás, si eso mas te agrada.
Allí pundremus si quieres
una tienda de patatas,

jabon y otrus cumestibles
y vamus á hacer la garda.

JULIÁ. Pues mira, lo ques Galicia
no me hace denguna gracia;
polque pá dejal Madrí
me iria mejor á Francia,
despues á París, estamos,
porque en París, dice el ama
que todos hacen fortuna
mucho mejor que en España.

JOSE. Iremus donde tú quieras,
manzanilla culorada!

JULIA. Bien; pues estamos conformes,
veras tú cuánta importancia
nos damos...

JOSE. Malos demonius!
ahora que recuerdu...

JULIA. Habla!
qué quieres?

JOSE. Piensu... en un tio
que se partió para Hulanda
y que si no ha muertu, debe
tener una gran purrada
de dineru... dime tú;
Hulanda está junto á Francia?

JULIA. Claro está; en ferro-carril
se llega de una zancada.

JOSE. Pues mira, esa es una cosa
que es necesariu mirarla.

JULIA. Y á propósito, Pepillo,
ya que se habla de ganancias,
voy á decirte un secreto,
aunque me ha sido encargada
la reserva.

JOSE. Habla, pimpollu!

JULIA. Ya sabes tú que se casa
la señorita Cristina?
Pues güeno, la vieja trata,
segun lo que he comprendido,
de jugarle una tostada.

JOSE. De veras?

JULIA. Como lo escuchas.

Yo voy todas las mañanas
y de su parte le entrego
á don Antonio una carta;
él la lée, y algunas veces
incomodado la rasga,
diciendo: esto es insufrible,
esta mujer no repara
en nada; otras se sonrie
y guardándosela, esclama:
diga usted que está muy bien
y que así me gusta...

JOSE. Cáscaras!...
Pero ahora caigo en la cuenta
de una cosa pocu clara...

JULIA. Habla pues.

JOSE. Peru cuidadu,
guarda el secretu...

JULIA. Descansa.

JOSE. Cuandu viene don Antonio
todus lus dias á casa
á ver á la señurita,
despues que cun ella habla,
hace comu que se vá,
peru en verdad nun se marcha.

JULIA. No?

JOSE. Pur la puerta de escape
que dá á la alcoba del ama
se mete en el tucadero
de la señora, y atrancan
pur dentru; allí el señurito
viene á estarse una hora escasa,
y luegu con gran misteriu
abre la puerta y se larga.

JULIA. Y qué hacen allí?

JOSE. Dius sabe!
Yo algunas veces, cun maña
he tratadu de atisbarlus,
mas nun se percibe nada.

JULIA. Es raro!

JOSE. Vaya si es raru,
á mí lo menos me escama.

JULIA. Y en tanto la señorita...

JOSE. Desfigúrate, se planta
en el balcon, peru comu
la casa tiene la entrada
por una calle, y pur otra
están lus balcones, rabia
purque nun vé á don Antonio
ni al venir, ni cuandu marcha.
JULIA. Pus mira, yo francamente,
no tolero que ese maula
engañe á la señorita
tan güena, y tan confiada.
JOSE. Nun la digas...
JULIA. Tú que sabes?
yo haré la cosa con maña
sin que sospeche que tú...
JOSE. De esa manera me agrada.
JULIA. Silencio, aquí está la vieja.
JOSE. Lástima de pan que masca.

ESCENA II.

DICHOS Y DOÑA ESTEFANIA.

ESTEF. Ya me lo temia yo,
vosotros con tanta calma
hablando aquí mano á mano
y sin arreglar la casa.
Qué haceis aquí?
JOSE. Quita moscas!
Vaya una pregunta rara!
No lo ve usté?
ESTEF. No lo veo.
JULIA. (Es verdad, no lleva gafas...)
ESTEF. A ver, Pepe, éntrale al amo
el gaban sin mas tardanza,
y cuidadito con otra.
JOSE. Señora! (Vaya una alhaja!
Debe tener en lus dientes
los años comu las jacas.)
ESTEF. Qué dices?
JOSE. Que ya me marchu...
(Pur no ver mas esa cara.) (Vase.)

ESTEF. Qué domésticos más torpes!
Trae el cuaderno, Juliana.
JULIA. Ahí está. (*Lo deja sobre la mesa.*)
ESTEF. El tintero!
JULIA. Dale!
(*Lo deja con el cuaderno.*)
Lástima de panorama!
ESTEF. Empieza á decir la cuenta
mientras yo voy apuntándola.
JULIA. Cuarenta cuartos de carne.
ESTEF. Tragistes carnero?
JULIA. Vaca.
ESTEF. Pues entonces, cómo eso?
JULIA. Siendo, la cuenta está clara.
ESTEF. No es á veinte?
JULIA. Sí señora.
Dos libras? á ver?
ESTEF. Bien; basta.
Prosigue.
JULIA. Pan treinta y cinco
cuartos y seis de patatas.
ESTEF. Se concluyó ya la arroba?
Parece mentira.
JULIA. Vaya!
Se ha figurado usté acaso
que me las como yo en salsa?
ESTEF. No he dicho tal.
JULIA. Pues entonces,
diga usté, de qué se espanta?
si aquí patatas y alubias
son la comida diaria!
ESTEF. Cállate ya!
JULIA. De verano!
ESTEF. (Qué mujer tan descarada!)
Qué mas hay?
JULIA. Cuatro de sal.
ESTEF. Jesus y cuanta sal gastas!
JULIA. Toda la que necesito;
y miste, las cosas claras;
si piensa usté que la engaño,
viene conmigo á la plaza
á ver si se lo dan todo

gratis, por su linda cara.

ESTEF. Silencio.

JULIA. Sí? Que si quieres!
La chica al momento calla
cuando le tocan el punto
de la honra!..

ESTEF. Deslenguada!

JULIA. Porque me pinchan, señora,
y á mí no me da la gana
que vengan con rinquilorios
ofendiendo mi crianza.

ESTEF. Basta!

JULIA. Yo he nacido en Pinto,
está usté? y aunque en mi casa
no se toma chocolate
con *muñuelos* ni tostadas,
tenemos la cara limpia,
está usté? y tenemos lacha,
y no usamos albayalde
ni polisones...

ESTEF. Te callas?

JULIA. Y no llevamos los dientes
como colgados de escarpias.

ESTEF. Y qué mas?

JULIA. Dos ó tres cosas
que no digo...

ESTEF. Ni hacen falta:
márchate ya á la cocina.

JULIA. (Miste doña cataplamasma,
qué se habria figurao?)

ESTEF. Ah! Le entregaste la carta
á don Antonio?

JULIA. Pues claro.

ESTEF. La leyó.

JULIA. Sí.

ESTEF. Está bien, marcha.

JULIA. (Verás qué mico tan güeno
te va á dar esta chavala.)

ESTEF. Qué dices?

JUILA. Naá; ya me voy,
no se sofoque! (ay que guasa!)

ESCENA III.

DOÑA ESTEFANIA.

Es un muchacho hechicero
ese Antonio, amable, y...
Cuán feliz me considero
viendo el afecto sincero
que mostrando está por mí.
Su dulce afabilidad
diciendo está... (y no me pesa)
su inagotable bondad,
y que en hacer se interesa
mi eterna felicidad.
No en vano en él me fijé
para calmar mis desvelos
y dar aliento á mi fé:
cierto es que árrostro los celos
de mi sobrina: mas qué?
No ha de ser tal su egoismo;
si la ocasion me convida
para trepar del abismo;
la caridad entendida
empieza por uno mismo.

Música.

Aun es el alma mia
muy juguetona.
Vaya que sí!
y puedo todavia
ser coquetona
así, así.

—

Mi gusto es el baile
Las cintas y flores,
los sueños de amores
mi dulce ilusion.
así son!

—

Y va cariñoso
con tiernos afanes

prendiendo galanes
mi fiel corazon,
picaron!

—

Soy maripósa
que el prado cruza
de las flores libando
que mas le gustan.

—

Y alegre y dichosa
de amores en pós
Arrostro la vida
sin pena y dolor.

ESCENA IV.

DICHA Y DON LEON.

(*Este sale distraido leyendo un periódico y sin reparar en ella.*)

LEON. (*Leyendo.*) «El poder nada me importa,
y al sentarme en el Congreso
vengo solo á defender
la libertad de los pueblos.
(Aplausos en las tribunas.)
El Presidente:—Silencio!
y ruego á su señoría
use mas comedimiento.
Terminado este incidente
se trató de Ayuntamientos
y obtuvo catorce votos
de ventaja el Ministerio.
Se levantó la sesion.
eran las cinco.»—Soberbio!
Este discursillo vale
cincuenta duros lo menos.
ESTEF. Hermano!..
LEON. (Por vida de...
no haber ido yo al Congreso
ayer!...)
ESTEF. Pero Leon, oyes?

LEON. Ola! eres tú?
ESTEF. Sí!
LEON. Me alegro,
pues lo que es la sesion de hoy
aunque me ahorquen no la pierdo.
Qué cosas mas soberanas
que se dirán! habrá aquello...
«Su señoría ha faltado!
Que rectifique! No puedo!
Los unos dirán! que siga!
Los otros dirán! Silencio!
Habrá en las tribunas gritos,
y el presidente muy tieso
con la campanilla, en vano,
les llamará...»
ESTEF. Majadero!
quieres oirme?
LEON. Qué ocurre?
ESTEF. Mira Leon; ya hace tiempo
que ando buscando ocasion
de hablarte.
LEON. Pues bien, hablemos,
pero sé breve.
ESTEF. No tanto.
LEON. Empieza ya.
ESTEF. Pues ya empiezo.
Por ese afan maldecido
de concurrir al Congreso,
ni vamos á los teatros
ni frecuentamos paseos:
nadie nos ve ni nos habla,
á nadie hablamos ni vemos,
y así el tiempo va pasando
y yo pobre flor, me seco
sin que venga á darme vida
la brisa del himeneo.
LEON. Y qué quieres que yo haga?
ESTEF. Buscarme un marido.
LEON. Bueno:
se toma en cuenta la enmienda,
y en votacion el proyecto
trataremos de nombrar

la comision.

ESTEF. A lo menos
tú debes proporcionarme
ocasion donde cogerlo.

LEON. Dices bien: vístete al punto
y te vienes al Congreso
conmigo: allí encontrarás
abundancia de ese género;
tal vez un desocupado
por pasar mejor el tiempo,
se avenga á cargar contigo
y con tus cuarenta inviernos.

ESTEF. Son treinta y dos!

LEON. Bien, conformes:
por eso no reñiremos,
que no ha de haber disensiones
por cuestion de presupuesto.

ESTEF. Leon, déjate de bromas
y hablemos formales.

LEON. Bueno.

ESTEF. Mil veces me has prometido
y hace un mes, sin ir mas lejos,
que iríamos á Inglaterra
para fines del invierno.
Ahora bien, iremos?

LEON. Sí.

ESTEF. De fijo?

LEON. Te lo prometo.
Ya sabes tú que en la bella
Albion, centro del comercio,
por conveniencias de estado
casarme tambien yo pienso
con una viuda muy rica,
tia de mi noble yerno.

ESTEF. De don Antonio?

LEON. Sí; dicen
que es mujer de mucho ingenio,
y que posée al dedillo
los discursos mas soberbios
que en Lóndres se han pronunciado
desde inmemorable tiempo.

ESTEF. Jóven?

LEON. No sé, ni me importa;
que si yo esta boda acepto,
no es por ella, por sus muchos
y grandes conocimientos
en la sublime oratoria
que con tanta fé venero.

ESTEF. Pero y si es alguna añagaza
para cogerte?

LEON. Veremos...
Mas ya son las dos y media
y me voy hácia el Congreso.

ESTEF. Cuidado con la mania!

LEON. Pero hermana, qué remedio?
Si he de hablarte con franqueza
es donde mas me divierto.

ESTEF. Vete, pero no me olvido
de tu promesa.

LEON. Bien hecho:
á Lóndres te llevaré;
lo he prometido, é iremos.

ESTEF. Adios, querido Leon!

LEON. Estefanía; hasta luego. (Váse foro.)

ESCENA V.

DOÑA ESTEFANIA.

Al fin mi objeto logré,
que tal viaje no me aterra
y al menos en Inglaterra
de fijo me casaré.
Ni vieja soy, ni soy fea,
si el espejo no me engaña,
y voy á pescar... sin caña
al primer inglés que vea.
Nadie de aquesta manía
se ria, cosa es bien clara,
que no existe en Lóndres cara,
igual á la cara mia.
Por doquiera llevaré
dispuesto á enlazarle, un sí:
vengan ingleses á mí,

que yo los conquistaré;
que cual buena hija de España
y es justo; quiero tener,
dos ó tres donde escoger,
que lo que sobra, no daña.

ESCENA VI.

DICHA *y* CRISTINA.

CRIST. Qué fastidio!
ESTEF. Ola sobrina!
CRIST. Calle usté, estoy de un humor...
ESTEF. Pues qué te sucede?
CRIST. Nada!
Hace que estoy al balcon
hora y media, y ni por esas;
no viene Antonio.
ESTEF. Por Dios!
Y por eso te incomodas?
él vendrá, no haya temor.
CRIST. Pero vendrá tarde:
ESTEF. Y bien;
qué hicieras si como yo
pasases treinta y dos años?
Sí hija mia, treinta y dos
esperando un novio... y nada,
no pasa un alma!
CRIST. Es que yo
soy jóven y usted es vieja;
no cabe comparacion.
ESTEF. Cristina. poquito á poco;
tanto como vieja, nó;
no soy una niña, es cierto,
mas con ayuda de Dios
y de mis gracias, que aun puedo
mostrar una coleccion,
pienso casarme, y quizás
antes que tú.
CRIST. Antes que yó?
es difícil, ya papá
ha dado su aprobacion...

con que á ver?...

ESTEF. Con todo niña,
puede tener otro amor
Antonio, y en ese caso...

CRIST. No tia, eso si que nó:
podrá ser algo aturdido
mas no ha de serme traidor.

ESTEF. Los hombres son muy ladinos
y hay que andar con precaucion.

CRIST. Pero Antonio es buen muchacho.

ESTEF. No te digo yo que nó;
es muy galante, muy fino,
tiene buena educacion...
Pero con todo, el demonio
suele hacer á lo mejor
de las suyas...

CRIST. Imposible!
No puedo creerlo.

ESTEF. Nó,
no es decirte que lo creas;
mas como le entró el amor
de un modo tan repentino,
estoy en la conviccion
de que si me vé primero
que á tí, de fijo soy yo
á estas horas su futura.

CRIST. Pero tia!...

ESTEF. Crées que nó?

CRIST. Pues es claro.

ESTEF. No te burles,
que tal vez...

CRIST. Pero por Dios,
no diga usted ciertas cosas,
que le hacen poco favor.

ESTEF. Pues no te asombres, querida,
porque en mas de una ocasion,
se ha permitido echar flores,
celebrando el arrebol
de mis megillas, entiendes?
y á no haber sido quien soy...
quizás ahora me encontrára
en distinta posicion.

CRIST. Ola! Con que esas tenemos?
Pues ya le compondré yó!
ESTEF. Nada lograrás.
CRIST. Veremos.
Le voy á echar un sermon
cuando venga!...
ESTEF. Aquí le tienes,
mas no le digas que yo...

ESCENA VII.

DICHAS *y* ANTONIO.

ANT. Con el permiso de ustedes.
ESTEF. Pase usted, amigo Antonio,
y desenfade á Cristina
que parece está de monos.
ANT. Conmigo?
ESTEF. Buena pregunta!
es usted muy perezoso,
y la chica se incomoda
con razon.
ANT. No entiendo como...
ESTEF. (Le espero á usted en mi cuarto.)
ANT. (Pronto iré.)
ESTEF. Les dejo solos,
que en cuestiones amorosas
los agenos son estorbos.
Adios! (Y mucho sigilo.) (Se vá.)
ANT. (Demonio de vejestorio!)

Música.

ANT. Qué tienes vida mia?
CRIST. Pregunta rara.
ANT. Por qué con ceño adusto
me das la espalda?
No sabes que es mi dicha
verte contenta?
CRIST. Pues poco de tu parte
pones en ella.
ANT. Habla por Dios,
y acaso se disipe tu mal humor.

—

CRIST. El galan que finezas mintiendo
dueño se hace de fiel corazon,
y olvidando despues sus promesas
hace mofa de cándido amor,
es traidor,
y merece de aquella á quien triste
con palabras de miel fascinó,
por aleve, traidor y falsario
para siempre la niegue su amor.

ANT. Si despues que un amante se afana
dando muestras de tierna pasion,
halla solo desaires al paso
de la bella á quien rinde su amor
Vive Dios!
Calma tiene el galan desgraciado
que despues de sufrir por su amor
le desprecia su amante inhumana
por aleve, falsario y traidor.

CRIST. Yo bien te quiero!
ANT. Yo te amo á tí!
CRIST. Tu amor me ufana!
ANT. Y el tuyo á mí!

—

LOS DOS. Venturoso el amante que logra
querido á sí,
arrostrando de amor los escollos
verse feliz.
Porque siempre tras fiera tormenta,
del corazon,
viene á darle alegría y ventura,
brillante sol.

—

Hablado.

CRIST. Venció tu solicitud.
ANT. Con que estás ya satisfecha?
CRIST. Sí, Antonio; vaga sospecha
me causó grave inquietud.
Mi tia me dijo aquí,
que no estás con ella mudo...
ANT. Por verte mas á menudo
de ese medio me valí.

Mas no te cause quebranto
que no es en mi accion liviana;
dice el refran: *por la peana*
se debe adorar al santo.
Por eso rompiendo el coto,
pero sin un plan oculto,
rindo á la peana culto
del santo á quien soy devoto.

CRIST. Se empeñó en darme tormento
y dijo... vieja maldita!
Le habrás dicho que es bonita
alguna vez...

ANT. Yo no miento,
y el ensalzar la hermosura
de esa Vénus... de otra edad,
faltar fuera á la verdad,
sino mofa y travesura.
A quién causará ilusion
teniendo abiertos los ojos,
cuando sus lábios son rojos
á fuerza de bermellon?
Quién puede hacerse el heraldo,
de sus dientes y sus piés?
si son unos, de Nogués,
y los otros de Reinaldo.
En mí, poca fé denotas
creyendo tal despropósito,
cuando es su cráneo un depósito
del aceite de bellotas.
Dime cuál es el mejor
al comparar este duo,
entre el graznido del buho,
y el canto del ruiseñor.
Además, fíjate un poco,
y podrás adivinar,
que de llegarte á olvidar
era preciso estar loco.

CRIST. Tienes razon, yo aturdida
sin causa te acriminé.
Antonio perdóname!

ANT. Solo te ruego, mi vida,
que si en varias ocasiones

me ves afable con ella,
no forjes una querella
fundada en mis distinciones.
Pues yo te empeño mi fé
de que su afan me empalaga
y que todo lo que haga,
en favor nuestro lo haré.

CRIST. Descansa.

ANT. Y pues que los dos
estamos ya sobre aviso
Adios!

CRIST. Tan pronto?

ANT. Es preciso
Cristina.

CRIST. Entonces, adios!
(aunque tan pronto me deja
segura estoy que me quiere.)

ANT. (Haga Dios que no se entere
del asunto la vieja.) (Váse.)

ESCENA IX.

CRISTINA, luego JULIANA.

CRIST. Pobrecillo! Cuán sumiso
mis exabruptos aguanta;
yo no he debido tratarle
de una manera tan ágria...
mas no importa, á la primera
he de darla la revancha.

JULIA. Señorita!

CRIST. Quién?

JULIA. Soy yo.

CRIST. Ah! Qué te ocurre, Juliana?

JULIA. Venía... (Y cómo le digo?..)
venía...

CRIST. A qué? vamos habla.

JULIA. Señorita, francamente,
á mí me apestan las farsas,
y no quiero que la engañen
de una manera villana.

CRIST. Engañarme! Y quién?

JULIA. Los dos.

CRIST. De qué dos hablas, muchacha?
JULIA. La vieja y el señorito
don Antonio.
CRIST Vaya! vaya!
JULIA. Lo toma usté á risa!
CRIST. Es claro;
no ves tú que Antonio acaba
de decirme lo que ocurre?
JULIA. Entonces el caso cambia.
Y diga usté, señorita,
qué quieren decir las cartas
que yo le llevo?
CRIST. Eh? Cómo?
JULIA. Sí; las que por la mañana
me dá doña Estefanía.
CRIST. No me ha dicho..
JULIA. Santa Clara!
Tampoco sabrá uste entonces,
que cuando de aquí se marcha,
en vez de tomar la puerta
se mete al cuarto del ama?
CRIST. Qué dices?
JULIA. La verdad pura.
CRIST. Pero eso es un infamia!
JULIA. Y tanto; una villanía!
CRIST. No obstante, con verlo basta.
JULIA. Dónde vá usted, señorita?
si están las puertas cerradas.
CRIST. Por la de escape...
JULIA. Lo mismo.
CRIST. Mas qué hacen ahí, por qué causa
se encierran?
JULIA. Yo, señorita
de eso no sé una palabra.
CRIST. Y están solos?
JULIA. Por supuesto;
la vieja es una lagarta
y hace las cosas en regla.
CRIST. Pero y José?
JULIA. En la antesala.
CRIST. Dile que venga.
JULIA. Al instante.

José! José!

JOSE. (Dentro.) Van! El ama! (Saliendo.)

ESCENA X.

DICHAS Y JOSE.

CRIST. José!

JOSE. Señorita!

CRIST. Acércate acá;
salió don Antonio?

JOSE. Nun vile marchar.

JULIA. Despacha, sin miedo.

CRIST. Lo sé todo ya.

JOSE. Lu sabe?

JULIA. Sí.

JOSE. Entónces
debióse cular
al cuartu del ama
cual dias atrás;
mas yo nada he vistu
de particular.

CRIST. Dios mio!

JULIA. Habla pronto!

JOSE. Si lu he dicho ya.

CRIST. Los vistes?

JOSE. Meterse!

JULIA. Y uego?

JOSE. Cerrar!

CRIST. Y luego?

JOSE. Marcharse,
despaciu hácia allá.

CRIST. Qué ha hecho?

JOSÉ. El lu sabe.

CRIST. Qué ha dicho?

JOSE. En verdad
y quién señurita
decirlu pudrá,
si yo nada he vistu
de particular?

JULIA. No has visto?

JOSE. Ni estu!

JULIA. Jesus, qué animal!
CRIST. Qué hacemos?
JULIA. Las puertas
preciso es forzar.
CRIST. Y si huyen al ruido?
JULIA. Es cierto.
CRIST. Oh! Maldad!
JULIA. José, tu qué opinas?
JOSE. Que ustedes harán
lu mas conveniente,
lu mas racional,
mas yo nada he vistu
de particular.

ESCENA XI.

DICHOS y DON LEON.

LEON. Qué sucede?
CRIST. Oh, padre mio!
Este es un robo, una infamia!
LEON. Pero hay en casa ladrones?
JULIA. Si señor, de carne humana.
LEON. Hablad mas claro.
CRIST. Que Antonio!
JULIA. Que el señorito!..
JOSE. Que el ama!
CRIST. Los dos!
JULIA. Juntos!
JOSE. Y encerradus!
LEON. Cómo se entiende, mi hermana?
CRIST. Si señor!..
JOSE. Precisamente!
LEON. Acabad; que es lo que pasa?

Música.

CRIST. Que Antonio y mi tia
con miras siniestras,
están encerrados
detrás de esa puerta.
JULIA. Que el pollo meloso
requiebra á la vieja,

y de estos amores
yo soy la estafeta.

JOSE. Que yo los he vistu
señor que se encierran,
y el tiempu en el cuartu
nun sé en que lu emplean.

LEON. Estais bien seguros?

CRIST. Yo sí!

JULIA. Y yo!

JOSE. Y yo!

LEON. Nos es necesario
probar su traicion

CRIST. Aunque infiel es conmigo
no le puedo olvidar,
y á mis pies convertido
le quisiera mirar.

—

LEON. Si es su falta tan grande
yo sabré castigar,
los que falsos y aleves
me han querido burlar.

—

JULIA. Yo me rio pensando
lo que van á rabiar
al mirar descubierto
su malévolo plan.

—

JOSE. Pobre vieja, qué susto
que le van á pegar
pur andarse cun bromas
que nun son de su edad.

Hablado.

LEON. Ahora fingir es preciso
que hay un incendio en la casa,
para que atemorizados
sin precaucion aquí salgan,
y cogerlos infragantis
si es cierto que nos engañan;
á una, á dos,

CRIST. Favor!

JULIA. Socorro!

JOSE. Fuego! fuego!
LEON. Agua! agua!
JULIA. Que vengan pronto las bombas!
JOSE. Mandar tocar las campanas!

ESCENA XII Y ULTIMA.

DICHOS, ESTEFANIA *y* ANTONIO..—D.ª ESTEFANIA *medio desmayada en los brazos de Antonio, ambos muy agitados y demostrando temor.*

ESTEF. Huyamos!
LEON. Era verdad!
CRIST. Infames!
LEON. Con que era cierto?
ESTEF. Mi honor siempre está cubierto.
ANT. (Maldita fatalidad!)
ESTEF. Ved que vamos á morir
si hasta aquí llega la quema.
LEON. No hay temor, fué una pamema,
para obligarte á salir;
y ahora que juntos los dos
la falta hasta la evidencia
mostrais, temed mi sentencia.
ANT. Mas yo...
ESTEF. (Silencio por Dios!)
LEON. No se registra en la historia
accion mas baja y mas fea.
CRIST. Villano! *(A Antonio.)*
LEON. Oh! sublime idea!
CRIST. Padre!
LEON. (Aquí de mi oratoria.)
Fallar pudiera el proceso
sin ninguna apelacion
mas amo la discusion
y voy á abrir un congreso.
En él, podrá cada cual
dar su opinion libremente,
y probar si es inocente
á nuestros ojos... Qué tal?
JOSE. Merece mi aprubacion.

(Don Leon coloca sillas á derecha é izquierda de la mesa y se coloca de presidente.)

LEON. Vosotros la mayoría
(A José, Juliana y Cristina.)
ustedes la minoría.
(A Antonio y doña Estefanía.)
Dá principio la sesion,
dejando á un lado registros
puede hablar quien mas lo estime;
el banco azul se suprime
por carencia de ministros.

ANT. (Feliz España seria
sin él, que su ruina labra.)

CRIST. Ejem! Pido la palabra!

LEON. La tiene su señoría.

CRIST. Señores; con la emocion
que está en mi semblante escrita,
dispensad que me permita
molestar vuestra atencion.
Mis lábios hasta hoy ociosos
van á usar de su derecho,
para denunciar un hecho
de los mas escandalosos;
un hecho que la nacion
dejar no puede olvidado...

LEON. El congreso ya enterado (Interrumpiendo.)
procederá á votacion;
y hemos visto con placer
que al denunciar tal abuso,
demuestra á más de un iluso
sabe cumplir su deber.

CRIST. Será en bien de la moral,
si el congreso lo repara.

ESTEF. Pido la palabra, para
una alusion personal.
Muy poco ó nada me afecta
lo que ha dicho un diputado,
que en medio de todo ha usado
de una oratoria correcta;
mas con todo, me impresiona
su lenguaje algo... violento,
y el poco... comedimiento

al tratar de mi persona.
Fiera enemiga de amaños
nada en su agravio diré,
porque en mi concepto le
disculpan sus pocos años.

JOSE. Pidu la palabra!

JULIA. Y yo!

CRIST. Que rectifique!

LEON. Señores!
Silencio; los oradores
tienen la palabra en pró.

ANT. Pronto doy fin; un capricho
justo en parte, y bien fundado,
es el solo que ha causado
tamaño disturbio.—He dicho.

JOSE. Puedu hablar?

LEON. Su señoría
tiene el uso de...

JOSE. Curriente;
Pues yo señor presidente
debu decirle á usiria,
que aunque non busco turron,
que aunque hablar nun me cumpete,
digu que el señor se mete
pur la puerta del rincon.
Y que mientras dentru está
yo estoy tambien en un potru,
y que estu... y que lu otru...
y que lu de mas allá...
y que el que no tiene hijus...
es... pues... purque nun lus tiene...
y en fin, que nun me conviene,
andar mas cun tapadijus,
dije.

JULIA. Hablo yo, señorito!

LEON. Cuando quieras.

JULIA. Pues diré,
que lo mismo que José,
hablar claro necesito;
y que no me gusta á mí
andar con flores cordiales,
y que no quiero... ¡Cabales!

que *haiga* custiones aquí,
que las viejas presumidas
me apestan y me encocoran,
cuando van, y se enamoran
de gentes comprometidas;
que á ser conmigo la cosa
yo prometo por mi abuelo,
le habia arrancao ya... el pelo
por bruja y miticulosa.

ESTEF. A mí?

JULIA. Sí tal!

ESTEF. Insolente!

LEON. Orden!

JOSE. Blabu!

CRIST. Anda, Juliana!

LEON. Silencio!

JULIA. No me dá gana!

LEON. Cómo es eso! Al presidente!
(Todos se callan.)

ANT. Puedo rectificar?

LEON. Sí.

ANT. Señores, para acabar,
voy á ustedes á esplicar
lo que ha sucedido aquí.
Segun doña Estefanía
me ha dicho, para el verano
le ha prometido su hermano
que á Lóndres la llevaria.
¿Es esto cierto?

LEON. Lo es.

ANT. Pues bien, fija en ese dicho,
tuvo el funesto capricho
de querer hablar inglés;
y sabiendo que poseo
ese idioma, me rogó
tanto y tanto, que al fin yo,
me sometí á su deseo,
cedí; mas no sé qué objeto
le pudo entonces guiar,
al obligarme á jurar
que le guardara el secreto.

CRIST. Y las cartas que mandaba?

ANT. En inglés las escribia;
yo en casa las corregia
y aquí se las entregaba.
CRIST. Oh! gozo!
ESTEF. (Nublóse el sol.
CRIST. Ya estoy tranquila
ANT. Lo ves?
ESTEF. (Si al fin atrapo un inglés
tendrá que hablar español.)
JULIA. Y nosotros dos, quedamos
lo mismo?
JOSE. Vaya, mujer!
qué diablus hemus de hacer
si tambien casan lus amos?
LEON. Ya veis, mi plan tuvo cuenta
pues hubo conciliacion;
Se levanta la sesion!
(*Tocando la campanilla.*)
Eran las cinco y cuarenta.
(*Mirando el reloj.*)

Música.

Al público.

Cerrado ya el Congreso
queda del todo.
En votacion secreta
dad vuestro voto.
Una palmada,
y os daremos en cámbio
voto de gracias.

TELON.

A LOS DIRECTORES DE ESCENA.

Si se juzga conveniente suprimir el cuarteto, puede hacerse poniendo en su lugar la hijuela que sigue:

ESCENA XI.

DICHOS Y DON LEON.

LEON (Entrando.) Lo que es la sesion de hoy
ha estado bien.
CRIST. Padre!
LEON. Calla,
qué sucede?
CRIST. Oh! padre mio,
esto es un robo, una infamia.
LEON. Pero hay en casa ladrones?
JULIA. Sí señor, de carne humana.
LEON. Hablad mas claro.
CRIST. Que Antonio...
JOSE. Que el señuritu...
JULIA. Que el ama...
CRIST. Los dos...
JULIA. Juntos
JOSE. Y encerradus...
LEON. Cómo se entiende? mi hermana?
JULIA. Sí señor.
JOSE. Precisamente.
CRIST. Sí padre, sí; la desgracia
me obliga hoy á estar celosa
de ese caiman con enaguas.
LEON. Pero estais seguros?
JOSE. Sí!
yo he vistu cuandu se entraba.
LEON. Pues bien; ay de los malvados
si sale cierta su infamia!
Ahora fingir es preciso
que hay un incendio en la casa, etc.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Q. Q.

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. MARCIAL MORENO Y D. CALISTO NAVARRO,

Música del

MTRO. SCARLATTI.

Representado por primera vez en el teatro de El Prado, la noche del 22 de Agosto de 1874.

CUATRO REALES.

MADRID:
IMPRENTA DE GABRIEL ALHAMBRA,
CALLE DE SAN BERNARDO, 73.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANDREA	Sta. Letre.
DOÑA GREGORIA	Sra. Búrgos
D. JUAN	Sres. Benedí.
D. QUITERIO	Diez.
QUINTIN	Corona.

La accion en Madrid=1874.

ACTO ÚNICO.

Sala modestamente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

QUINTIN *haciendo apuntes en una cartera.*

MÚSICA.

L. y D. marcan la recta
que se enlaza con P. A;
R. indica el recipiente,
y el manubrio es Z. K.
S. pasa por la X.
á través de M. N. O.
y en la T. representado
se contempla el graduador.
R. S. T.
L. P. A.
X. Y D.
con Z. K.
M. N. O.
B. J. Y.
muestran que yo
dí ya en el quid.

—

El pistón entra en la válvula
derramando allí el vapor,
y al impulso del enchufe
se desagua el receptor.
Esta rueda, que es dentada,
vá moviendo la espiral,
y á su empuje la palanca
sube y baja vertical.
R. S. T.
L. P. A. etc.

HABLADO.

Indudablemente tendrá un éxito completo y brillante; la fortuna me sonrie. Andrea será mi es-

posa en un plazo mucho más breve del que yo creia, con la inesperada venida de sus tios. La máquina que he conseguido inventar á costa de tantos desvelos, tendrá hoy un ensayo público, que me dará un nombre, y más adelante una fortuna. Soy feliz!..

ESCENA II.

Dicho y Andrea.

And. Querido Quintin! Y yo que no sabia que hubieras venido! Es tan torpe esa muchacha! Deja pasar un cuarto de hora antes de decirme que estabas aquí! Cómo se conoce que ella no siente el afan que yo!

Quin. Gracias, Andrea mia! Si ella te hubiera avisado inmediatamente, no me habria proporcionado el placer de oir, de tu rosada boca, unas frases tan lisongeras para mí! Y tus tios, han llegado?

And. Aún no. Papá salió á esperarlos á la estacion. Yo creo que no tardarán, pues segun decian en su carta, llegarian á Madrid sobre las diez, y son las once! Si vieras cuán bueno es mi tio!...

Quin. Tu padre me ha dado noticias semejantes, tanto que ya deseo conocerlo.

And. Mi tia es la que incurre en unas extravagancias... Pero tambien tiene buen fondo, y me quieren tanto! Hace ya ocho años que no los he visto!...

Quin. Y qué les trae á Madrid?

And. Lo ignoro. Mi padre debe saberlo. Cuando ménos lo esperábamos, hemos tenido aviso de que llegaban hoy.

Quin. Es estraño que dejen su retiro, sin causa muy grave! Pero en fin, bien haya su venida, si ha de dar motivo á que nuestra union se apresure; tu padre me ha dicho que se efectuaria cuanto antes, á fin de que estén tus tios presentes, si acaso no piensan detenerse en Madrid mas que una corta temporada!...

And. Lo mismo me ha dicho á mí! Qué felices vamos á ser!...

Quin. Tu amor y la realizacion de mi proyecto, eran mis dos únicas aspiraciones, y las dos voy á conseguirlas!...

And. Un proyecto? Y cuál es? Nada me has dicho de él! Te parece eso bien?..

Quin. No quieras privarme del placer de sorprenderos! Bástate saber, que es de tal importancia, que si da

el resultado que espero, me colmará de gloria, de honores y de riquezas; es atrevido, pero no importa...

AND. Dímelo, Quintin; yo lo callaré! No es lo mismo que lo sepas tú, á saberlo los dos? No somos dos cuerpos y una sola alma? (*Ruido dentro.*)

QUIN. No, Andrea, no! Muy en breve lo sabrás todo, pero ahora... Oyes?.. Tus tios deben ser!..

AND. Sí, serán ellos! Oh! Voy á abrazarles; pero luego me has de decir...

JUAN. (*Dentro*). Aquí están, Andrea! Aquí están!

AND. Queridos tios!..

ESCENA III.

Dichos, D. JUAN, D. QUITERIO, D.ª GREGORIA.

(*D. Quiterio y D.ª Gregoria ridículamente vestidos; sobre todo esta; traerán multitud de objetos, cabás, sacos, etc. D. Quiterio además traerá un libro de memorias de gran tamaño, saliendo como la mitad de la bolsa de viaje. Andrea le despojará de ella para colocarla sobre la mesa, dejando luego caer el libro inadvertidamente al tomarla para llevársela con otros trebejos.*)

MÚSICA.

QUIT. Sobrina, aquí estamos!
GRE. Por fin hénos aquí!
AND. Ay! tios queridos
los veo por fin!
JUAN. Con cuanta alegría
os llego á estrechar!
QUIN. (Famosos parientes
me ván á tocar.)
GRE. Y QUIT. Salimos de Andújar
al amanecer,
y así hemos venido
rodando en el tren.
Pitando así
Pííí, Pííí...
Pí... Pí...
luego además
Plás.. Plás...
Plás, Plás.
QUIT. Yo fuí todo el camino
mirando con afan,
más no ví los caballos
ni oí al mayoral!

GRE. Por eso yo deduzco,
y te lo he dicho ya,
que conductor y mulas
empujan por detrás.

AND. JUAN. y QUIT. Jesús, Jesús,
terrible atrocidad!

QUIT. Tal vez, tal vez
por la electricidad.

GRE. Ya ves, ya ves
que yo sé mucho más!

TODOS. Es una delicia
viajar en tren,
sufriendo el polvo
y aquel vaiven...
Marchando así
con el compás
del Píí... Píí, Píí,
y el Plaas... Plaas...
Píí... Píí...
Plaas.. Plaas...
Píí... Píí..
Plaas... Plaas...

HABLADO.

QUIT. Muchacha, que crecida..... que frescota..... no.... no... frescota no... que... que.. (ya dí con ello...) que efervescente te encuentras!...

AND. Tia!...

GRE. Querida Andrea!...

QUIN. Caballero... Señora...

QUIT. Servidor...

GRE. Beso á usted...

JUAN. Quintin Quirós, ingeniero y futuro esposo de Andrea!...

QUIT. Hombre, bien; con que vá usted, como si dijéramos, á inmiscuirse en la familia?... Bien, jóven, bien... toque usté esos cinco...

GRE. Efectivamente; tenemos mucho gusto!...

QUIN. Yo celebro conocer á los que pronto han de ser para mí queridos y respetados parientes...

GRE. (Qué bien se expresa este jóven! Será de los nuestros?...)

AND. Pero tio, aún está usted con todos esos objetos, que le incomodarán mucho... Déme usted, déme usted. Yo los pondré aquí. (*Se los quita.*)

QUIN. Sí, toma, hijita... toma...

JUAN. Vaya, vosotros necesitais almorzar. Está dispuesto el almuerzo, Andrea?...
AND. Sí señor...
QUIN. Yo me retiro; tengo que evacuar una diligencia...
JUAN. Pero qué? Tú no habrás almorzado; hazlo aquí.
QUIN. No puedo, D. Juan; es precisa mi asistencia.
QUIT. Sí, hombre, sí; ya que el dulce himeneo... (Qué frasecilla!)
GRE. (Qué dices, Quiterio?)
QUIT. (Ah! es cierto!) No... No... dije mal; ya que la fatal y... y... ominosa coyunda... (Esta no le vá en zaga!...)
JUAN. Pero hombre, qué dices?
QUIT. Nada... nada... (Ignorantes! Si fueran hombres públicos! No comprenderán tal vez lo que es el amor libre!...)
QUIN. Pronto daré la vuelta; con su permiso... Hasta despues... Adios, Andrea!...
AND. Adios, Quintin; ven pronto...
JUAN Bueno, anda con Dios...
GRE. Hasta la vista! (Con Dios... con Dios... Qué frases tan absurdas!...)
QUIT. Vaya usted con Dios... (Digo, no...) Salud y petróleo!...
JUAN. Que bromista!...

ESCENA IV.

Dichos, menos QUINTIN.

AND. Vengan ustedes conmigo, y les enseñaré el comedor, mientras me llevo todos estos bultos...
QUIT. Corriente...
GRE. Vamos, pues... Trae, yo tambien llevaré... Y tú no vienes, Juan?...
JUAN. Tengo que escribir una carta; lo haré mientras tomais un refrigerio, para charlar despues un rato con entera libertad
QUIT. Bien, lo que quieras... *Allons enfants de la patrie!...*
JUAN. Hola, la Marsellesa! Muy democrático estás... (*Andrea va y viene llevándose los bultos que quedaron sobre la mesa, efectuándose el juego del libro*).
QUIT. Nunca lo está bastante un hombre de... de... cierto empuje... Y si no, preguntádselo á mi mujer..... Gracias á ella, estoy regenerado y... en fin, ya hablaremos de eso mas despacio...
GRE. Siempre te sucede lo mismo; cuando vas á decir algo de provecho, te callas...

QUIT. Tienes razon... la modestia... el... la... Vamos al comedor!...

GRE. Sí, vamos... (Hum, que hombre!...) Hasta luego, Juan...

JUAN. Hasta luego...

AND. Por aquí... Vengan ustedes.

ESCENA V.

JUAN.

Pues señor, una vez que mi cuñado nada me ha dicho del objeto que le trae á Madrid, voy á escribir esa carta, y luego... Calle! Qué es esto? (*Tropezando con el libro y cogiéndole.*) Un libro! Qué? Qué iniciales son estas? Q... Q... como quien dice Quico Quintana... No... no debe ser eso!... Pero á qué pensar mas? Quintin Quirós... justo, de mi futuro yerno... Siempre serán apuntes de máquinas ó cosa por el estilo... Veamos, sí... (*Abriéndole.*) Cielos! (*Leyendo.*) «Guerra á la humanidad! El incendio ha de principiar, valiéndose del petróleo y materias inflamables.» Qué es esto? Veamos!... Veamos!... «Comenzará á las doce en punto de la noche, señalada por la Junta.» ¡Dios mio, qué quieren decir estas apuntaciones? «Lista de las personas que han de perecer abrasadas á fuego lento...» Santa María!... «Todos aquellos que no profesen nuestros principios salvadores, y si no bastase, todos los que sean necesarios, para completar el número de diez mil cabezas, que es indispensable segar!» Vaya una siega! Señor! Señor! Qué es esto?... Qué horror! Este libro abrasa mis manos! «El dia en que triunfe la razon, no habrá compasion para amigos, parientes ni allegados: todos iguales.» No puedo más! No hay duda, esas maquinaciones que se susurran son una verdad! Pero, cómo tiene Quintin este libro? Será uno de ellos? Indudablemente! Y yo que le iba á entregar mi hija! Horror! Ella que es tan inflamable!... Si será tal vez uno de los encargados de ejecutar tan sangrientos planes!... Bien claro lo demuestra este libro de su propiedad!... Oh! Y debe estar seguro del triunfo, cuando se ha entretenido en tanto detalle!... Qué va á suceder?... Cómo le niego la mano de Andrea?... Seremos sus primeras víctimas! Cómo se la entrego á ese mónstruo?... Qué hacer?... Mi hija viene... no quiero

darle tal disgusto, hasta tanto que vea el medio de conjurar el peligro..... Reflexionemos, y Dios tenga compasion de nosotros. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ANDREA.

Ea! Ya están aposentados mis tios, y puedo entregarme por completo á mis ensueños de felicidad. Quintin!... Ser la esposa de mi adorado Quintin!... Hé aquí mi único afan... mi mas ardiente deseo...

MÚSICA.

Poco más de un mes hará
que Quintin me hizo tilin,
y logró en mi pecho yá
armar la de San Quintin.
En misa,
ay! que risa,
le ví suspirar,
y luego
en su fuego
me quiso quemar.

—

Alma mia, me dijo una tarde,
yo me muero de amores por tí,
y confusa ¡Ay de mí! Dios me guarde,
de este modo yo le respondí:

—

Ay! de los hombres
yo no me fío,
ni doy oidos
á su pasion;
pues cuando menos
una lo piensa,
nos dan los tunos
la desazon.

—

Mas si usted viene
con buena idea,
y al decir te amo
dice verdad,
tal vez consiga
que me interese,
pero antes hable
con mi papá.

—

Pruebas mil dió de su fé,
declarando su buen fin,
y ahora, de seguro sé
se arma la de San Quintin.

HABLADO.

Pobrecillo! Que sumiso es, y cuánto me quiere... Ah! pero él vuelve... ocultémonos, porque no es bueno prodigarse demasiado; y dice un sábio refran, que la privacion es causa del apetito. (*Vase.*)

ESCENA VII.

QUINTIN, *poco despues* D. JUAN.

QUIN. Ya estoy de vuelta... calle! Pues no hay nadie! Tal vez por este lado...

JUAN. (*Preocupado y sin verle.*) (No puedo acabarme de convencer... no puedo...)

QUIN. D. Juan!..

JUAN. Ay!.. (Él... parece mentira!)

QUIN. No dirá usted que no vuelvo pronto...

JUAN. Sí... Sí... efectivamente...

QUIN. Tenia que ver, con precision, á un sugeto, en quien estriba la ejecucion de cierto proyecto...

JUAN. (Pues!.. Están disponiéndolo todo!) Sí... Sí... ya...

QUIN. Ah! D. Juan, qué feliz soy!... Con Andrea y la consecucion de mis planes...

JUAN. Planes, eh!.. Con que planes?.. (No sé lo que digo!.)

QUIN. Oh! Sí, y planes de inmensa trascendencia...

JUAN. (Infame!) Sí... eh! Hombre, pues... me alegro... me alegro... y..?

QUIN. No... no me diga usted que se los confie, porque hasta dentro de algunas horas, en que tendrá lugar...

JUAN. Cómo?.. Algunas horas! (Dios mio! Nada más que horas!..)

QUIN. Sí señor, hoy mismo se realizará lo que hace años me preocupa...

JUAN. (Bandido!...) Pero Quintin... hoy?..

QUIN. Sí señor, hoy.—Hoy mismo tendrá la humanidad lo que desde hace siglos viene deseando...

JUAN. (No cabe duda! Qué vá á ser de nosotros?) Quintin!.. Quintin!..

QUIN. Pero qué le sucede á usted? Está usted malo?

JUAN. No... no... estoy bien... (Mejor estaria en el Japon!)

QUIN. Parece que está usted intranquilo... azorado... Qué sucede?.. Andrea?..

JUAN. No... nada... nada... es que... como dices que... que hoy mismo!..

QUIN. Ah! D. Juan, esté usted tranquilo. Ese proyecto se realizará con el éxito apetecido!..

JUAN. (Qué seguridad tiene!)

QUIN. Y debe colmarme de riquezas y de gloria...

JUAN. No puede ser! . Digo, sí... sí... puede ser; y yo me alegraré mucho de que... sí señor, que me alegraré... pues no he alegrarme de...

QUIN. Así lo creo; si así no fuera...

JUAN. (Nos asesinarias! Nos asarias como á S. Lorenzo!)

QUIN. Me estrañaria mucho! Ustedes me quieren, y además, por su propio interés...

JUAN. (Esta es una advertencia). Calla, hombre, pues qué, acaso nosotros!... Vaya, como si nos conocieras de ayer! (Yo si que no te conocia, culebron!)

QUIN. Y Andrea?...

JUAN. Andrea!.. Andrea!.. Te diré... Andrea... (Qué le digo?..) Ha salido! Sí señor, ha salido!..

QUIN. (Qué cosa más estraña! Qué vacilaciones! Qué embarazo para contestar!) Y los tios?

JUAN. Los tios... descansando... Estaban tan cansados!.. Tan molidos del viaje... (Si se marchará! Dios mio, has que se marche!)

QUIN. Y usted, sin duda, estará abandonando sus ocupaciones?..

JUAN. Sí, no tenia que hacer; hay tiempo para todo!

QUIN. No, eso no... Haga usted cuanto tenga entre manos... que luego es menester no pensar en más, que en el resultado que obtengan mis esperanzas.

JUAN. Sí, es verdad! (Luego... no hay duda... y con qué descaro... con qué claridad lo dice!)

QUIN. Así es, que le dejo á usted; volveré cuando haya terminado. Hasta el momento crítico, tiene usted tiempo...

JUAN. Sí... (De encomendarme á Dios!) Conque hasta el momento crítico!.. Ya comprendo...

QUIN. Mi presencia es de todo punto indispensable; pero como principiará á la una, usted, si quiere, puede acompañarme, y gozará de un acto, que verdaderamente le sorprenderá... Despache usted pronto esos quehaceres, para que se venga conmigo...

JUAN. Sí... sí... lo que tú quieras!..

ESCENA VIII.

JUAN.

Su presencia es indispensable!. . Que gozaré en asistir á el acto! Que me sorprenderá! No... por mi desgracia, nada me sorprenderá; sé demasiado loque va á pasar! Y cómo le hago un desaire! Y mi Andrea? Qué hacer? Debo decirle todo lo que pasa! Es preciso huir! Es necesario hacerla aborrecer á ese mónstruo! Es preciso!.. Qué sé yo lo que es preciso?...

ESCENA IX.

Dicho, ANDREA, DOÑA GREGORIA.

GRE. Has concluido?..

JUAN. No, no he concluido... pero concluiremos... Mejor dicho, nos concluirán...

AND. Qué tiene usted? Parece que está usted trémulo?

JUAN. Trémulo, eh?

GRE. Sí, hombre; qué te sucede?

JUAN. (Es menester que lo sepan; pero si cometen alguna indiscrecion... Las mujeres se deslizan con tanta... Mas cómo las dejo en su ignorancia, cuando ese caribe!..)

AND. Pero papá, no responde usted? Está usted malo?..

JUAN. Ojalá no fuera más que eso!.. Preparaos á escuchar una atrocidad; una cosa, que no pudiérais nunca haber imaginado...

AND. Qué?..

GRE. Una atrocidad! Qué gusto! Dila, dila!

JUAN. Hoy mismo habrá aquí una carnicería.

AND. No es mas que eso? Pues mejor... Casualmente no habia ninguna aquí cerca!

JUAN. Hija!... (Por dónde lo toma! ..) No me entiendes; es una matanza... un cataclismo lo que se prepara...

GRE. Cuándo?... Dónde?... Habla pronto!...

AND. Qué dice usted?...

JUAN. Los anarquistas!...

AND. Qué?...

GRE. Sigue, Juan, sigue!...

JUAN. Se lanzan hoy á la calle! Van á incendiar Madrid! ¡Van á cortar diez mil cabezas!...

AND. Qué horror!...

GRE. Oh! Si me retraso un dia!...

JUAN. Efectivamente! Fatal casualidad! Venir en estos momentos!...

GRE. Voy á decírselo á Quiterio, para que salga inmediatamente..

JUAN. (Oh! Heroicidad femenina! Quiere salvar á su esposo, aunque ella perezca!) Oid, que aun falta lo mas gordo... Quintin!...

AND. Qué? Está en peligro?...

JUAN. (De condenarse!) Quintin es...

AND. *y* GRE. Qué?

JUAN. Es uno de los jefes... El director de orquesta, como si dijésemos!. .

GRE. Ah! Quién tuviera su batuta!... Y ese Quintin es...

JUAN. El futuro de Andrea! Mirad, este libro de su pertenencia me lo ha dicho todo; aquí está escrito el plan de la catástrofe que ha de tener lugar hoy!...

GRE. (Qué suerte tan escandalosa tienen estas muchachuelas!...)

AND. Qué espanto! Quién lo habia de decir?...

GRE. (Y aún hace remilgos!... No, pues mi Quiterio debe estar afiliado... Su prisa, es decir, la mia porvenir... quiere decir mucho... Ah! Qué sorpresa tan dulce me preparaba... bribonzuelo!...)

JUAN. Pero es menester disimular, Andrea; es preciso que nada note; una imprudencia podria perdernos... Prudencia, mucha prudencia... Os dejo un momento... Estoy tan alterado, que necesito...

AND. Ay! Padre mio! Qué desgraciada soy! Y yo que le queria tanto! Ese era sin duda el proyecto de que me hablaba...

JUAN. Tambien á tí! Qué cinismo!...

GRE. Y ahora debes... (Detente lengua, no nos descubramos á estos ignorantes! Ah! Sublime idea.) Tengo un plan...

JUAN. De veras?...

GRE. Sí... Cuando venga, imitadme. Es preciso hacerle creer que abundamos en sus mismas ideas!...

JUAN. Magnífico!

GRE. (Así lograré hacerme simpática á sus ojos.) No olvideis ningun detalle, y fiad en mí!...

JUAN. Corriente; pues voy á ver á tu esposo, y á darle cuenta de... (*Viendo á Quintin.*) Ay!...

AND. Ay! Dios mio!...

GRE. (Él, y estoy sin vestir todavía!...)

ESCENA X.

Dichos, QUINTIN.

QUIN. Vamos, D. Juan... la hora se aproxima. Andrea! Señora!...

JUAN. La hora!...

AND. (¡Yo me voy á desmayar!)

GRE. Quintin! Cuánto placer! Cuánto gusto tengo en volverle á ver tan pronto!...

QUIN. Gracias, doña Gregoria!...

GRE. Oh! Suprima el doña, y el... (No me atrevo á decirle que me tutee.) Franqueza y cordialidad!...

JUAN. (Qué valor tiene mi hermana! Cómo le trastea!... Bien que todas las mujeres poseen lá tauromáquia á la perfeccion!)

QUIN. Andrea, quiéres venir tú tambien?

JUAN. (Horror!)

AND. Yo... si... no...

JUAN. (No le contradigas!..)

AND. Bien; sí...

QUIN. Sí, ven con tu padre y conmigo, y presenciarás el espectáculo de mi triunfo...

AND. (Quiere llevarme al incendio!)

JUAN. Hombre! Andrea... la verdad... Andrea... yo creo que... y luego, yendo yo... podia evitarse...

QUIN. Como usted quiera; pero tendria mucho gusto en que viniera.

JUAN. No... Si tu quieres, irá... Sí señor, vaya... pues no ha de ir...

GRE. Y yo? No podré asistir tambien?

QUIN. Sí señora; pero como la suponia á usted fatigada del viaje... Oh! Será un magnífico espectáculo! Pasarán indudablemente de diez mil los que...

JUAN. (Asesino!.. Diez mil cabezas divididas! Si será la mia el cociente?..)

GRE. Pues sí, iré... iré... yo gozo con los grandes espectàculos, porque las grandes causas producen los grandes efectos... Y como decia muy bien Prohudon...

Ciudadanos, mi lema es el desórden,
mi más grato placer, terror y luto,
y las cosas me gusta que se aborden
frente á frente, cual hizo en Roma Bruto.

QUIN. Está loca esta mujer?
GRE. Que todo la familia lo concilia
dan en decir las gentes ignorantes,
pero yo, que jamás tuve familia,
rechazo esas doctrinas repugnantes.
Qué es la familia? Un centro de egoismo
nutrido con mentidas afecciones,
representante fiel de un despotismo
que hoy con horror repelen las Naciones.
Y dicen eso los que leen y escriben?
Familia! Nécio error de los mortales!
Los animales sin familia viven!
Y vosotros, qué sois sino animales?

JUAN. (Qué energía la de Gregoria!)

QUIN. Perfectamente, señora, perfecta...

GRE. No, si aún no he concluido! Otro autor célebre exclama al tratar del amor.
Amor, grita ese mundo corrompido!
Amor, como quien dice, patarata!
Palabra hueca y falta de sentido,
con la que el vicio de cubrirse trata!
Por qué se ha de poner límite estrecho
á una pasion trocándola en sorbete,
si hay mujer que albergar puede en su pecho,
no digo una pasion, sino hasta siete?
Razones estas son de tal calibre,
que deben convencer de varios modos,
y proclamarse debe el amor libre
logrando así, ser todos para todos!

QUIN. (Que estravagante es mi futura tia!)

JUAN. (Se ha quedado pensativo! Eso es, que le has tocado en la parte más sensible!.. Sigue... sigue.) (*A Gregoria.*)

GRE. Estas espansiones dilatan el corazon, y mil himnos de alabanza brotan de mis labios! Usted, sin duda, sabrá el cuarteto pirotécnico del inmortal Aceves?..

QUIN. Sin duda, pero...

GRE. Habrá tambien llegado á sus oidos la nueva letra que los regeneradores de la sociedad le han aplicado? Nosotros tambien la sabemos, y deseamos cantarla; usted nos ayudará, y juntas subirán nuestras preces hasta el risueño cielo de nuestras esperanzas...

QUIN. (Démosle gusto...)

GRE. A una... á dos... á tres...

TODOS. Pum!..

MÚSICA.

JUAN *y* QUIN. Arda el petróleo
y húndase el mundo,
y húndase el mundo,
como si fuera,
si fuera, si fuera, si fuera
de mazapan.
Guerra al que tenga
más de dos cuartos,
más de dos cuartos,
y haga la vida
del holgazan;
y haga la vida
del holgazan.
Pim, pam, pim, pam,
pim, pam, pim, pam.
cataplam, plam, plam, plam, plam,
racataplam, plam, plam, plam,
Plam.
Pronto ha de haber
leña á destá, leña á destá,
pronto ha de haber
leña á destá, leña á destá,
pronto ha de haber
leña, leña, leña,
leña á destájo, por Lucifer!
Pim, pam, pim, pam... etc.

—

GRE. Y AND. Ya no se encuentra
por este mundo,
por este mundo,
ni una casaca,
casaca, casaca, casaca,
y es nuestro afan,
que el amor libre
sea de moda,
sea de moda,
para cubrirnos
con el gaban
Pim, pam, pim, pam, etc.

—

Vamos a ver
como logra, como logra,
vamos á ver,
como logra como logra
vamos á ver

como, como, como,
como logramos que pique el pez.
Pim, pam, pim, pam, etc.

—

JUAN *y* QUIN. Pez y resina,
ron y aguardiente,
ron y aguardiente,
pronto brillantes,
brillantes, brillantes, brillantes
alumbrarán,
y las moradas
de los burgueses,
de los burgueses,
como cerillas
se quemarán,
como cerillas
se quemarán.
Pim, pam, pim, pam, etc.
Justo furor
nuestra alma encié,
nuestra alma encié,
justo furor
nuestra alma encié, nuestra alma encié,
justo furor
nuestra, nuestra, nuestra,
nuestra alma encierra, contra el traidor.
Pim, pam, pim, pam, etc.

—

AND. *y* GRE. Todas amantes
tener queremos,
tener queremos,
si uno nos deja,
nos deja, nos deja, nos deja,
otro barbian
que en nuestros pechos
arde sin trégua,
arde sin trégua,
con llama intensa
fiero volcan,
con llama intensa
fiero volcan.
Pim, pam, etc.

—

Grato estupor
pronto hallaré, pronto hallaré,
grato estupor
pronto hallaré, pronto hallaré,

grato estupor
pronto, pronto, pronto,
pronto hallaremos
en el amor.
Pim, pam, etc.

HABLADO.

QUIN. Vaya, pues una vez que ya les he dado á ustedes gusto, creo muy del caso que á su vez traten de complacerme. Ya es tarde, y es preciso no perder tiempo; con que vamos?

JUAN. (Ello es necesario!) Mira, Quintin, hablemos claro. Lo sé todo!...

QUIN. ¿Qué lo sabe usted todo?

JUAN. Sí, y Andrea tambien!

QUIN. Entonces, ustedes me dispensarán; yo no he querido decirles nada, no por falta de confianza, sino hasta que el éxito estuviera asegurado!...

JUAN. Pues bien, ya comprenderás...

QUIN. Pero por dónde han sabido ustedes...

JUAN. Una imprudencia, que pudiera haberte perdido... mira... (*Dándole el libro.*)

QUIN. Qué es esto?... (*Abriéndole.*) «Lista de los que han de morir...» No comprendo!

ESCENA XI.

Dichos, D. QUITERIO, *asustado.*

QUIT. Gregoria!... Gregoria!... Mi libro!... Ah! Trae, profano! Trae, no descubras lo que no puedes comprender. (*Arrebatándolo á Quintin.*) Respiro! Creí haberlo perdido en el camino! Si lo hubiera cogido algun polizonte!...

GRE. (*Esperanzada.*) Pero ese libro?...

QUIT. Es mio... Es mio... únicamente mio... Aquí están mis iniciales... Q .. Q... Quiterio Quesada!...

JUAN. Cuñado! Es verdad! Q... Q...!

GRE. Mi marido! Bien pensaba yo! Él es el alma de la conspiracion!

QUIN. Qué significa?...

JUAN. Eso digo yo... Ese proyecto es tuyo... las diez mil cabezas... el petróleo... Tú, por tu parte, tambien... (*A Quintin.*)

QUIN. Usted delira! Qué tienen que ver las cabezas y el petróleo, con mi máquina Mata-fuegos?...

AND. Pero tú...

QUIN. A lo que yo les invitaba, era al ensayo de una máquina de mi invencion...

AND. Ya me parecia imposible que tú...

JUAN. Pues entonces, ese proyecto de *rich*... es tuyo?... (*A Quiterio: pasándose la mano por el cuello*).

GRE. Sí señor, suyo; y él es el que ha de dirigirlo todo... y yo tambien, que al fin yo he sido, yo, la que empapada en las sábias doctrinas, que ansiosa he bebido en las columnas de *Los Descamisados*, he conseguido convertir á un idióta...

QUIT. Gracias!..

GRE. En un regenerador de la humanidad...

QUIT. Sí, la verdad es, que yo no pensaba en semejante cosa, y esta me obligó...

JUAN. Pero el libro?..

QUIT. Este libro contiene los apuntes de un folleto político, encaminado á demostrar el plan que debe seguirse el gran dia! El de la gorda!

JUAN. No seas loco, Quiterio; no seas mentecato! No comprendes, que la ruina y la desolacion habrian de alcanzarte el primero?..

QUIT. Yo así lo pensaba... pero esta se empeñó!..

QUIN. Pero Sr. D. Quiterio, y la autonomía! Y la libertad de accion?

QUIT. Lo cierto es, que bien pensado, teneis razon! Renuncio á la gloria de redentor, y ofrezco á mi mujer una paliza, en uso de mi libérrima autonomía, el dia que vuelva á querer meterme en estos lios...

GRE. (Hombre vulgar! Yo enviudaré!)

QUIN. Ea, pues, basta de sustos, y pensemos tan solo en la dicha que nos espera.

MÚSICA.

AND.
Una Q. y otra Q. nos han puesto
en un lance feroz é indigesto,
si os enfada el juguete, yo os pido
deis su nombre y su asunto al olvido.
Dinos pronto ya
si lo aplaudes tú,
si nos dices cá
no digo cú, cú,

TODOS.
Dinos pronto ya, etc.

CAE EL TELON.

LA HIJA DEL PUEBLO.

ZARZUELA EN DOS ACTOS,

EN VERSO, ORIGINAL

de D. Emilio Alvarez.

MÚSICA

DE DON JOAQUIN GAZTAMBIDE.



MADRID.—1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de San Vicente alta, núm. 52.

PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
CARMEN GONZALEZ, cigarrera. .	Doña Trinidad Ramós.
VICENTA GOMEZ, cigarrera. . . .	Doña Josefa Mora.
EL CORONEL URBINA.	Don Francisco Calvet.
ARTURO DE URBINA.	Don Manuel Sanz.
VALERIANO GONZALEZ, albañil. .	Don Tirso Obregon.
BENIGNO, barbero.	Don Tomás Galban.
LA TIA PRUDENCIA, frutera. . .	Doña Maria Bardan.

Cigarreras, vendedores y albañiles.

ACTO PRIMERO.

La escena está dividida en dos partes.—La de la derecha figura el último término de la calle de Embajadores, cuyo portillo practicable se halla en el fondo.—A su derecha, y dejando en perspectiva el espacio del barranco, la fachada principal de la fábrica de cigarros, viéndose igualmente el ángulo que dá á la calle de las Provisiones.—Enfrente de este ángulo, y formando con él la entrada de dicha calle de las Provisiones, la casa y puesto de frutas de la tia Prudencia.—A la izquierda, en primer término, la casa de Valeriano, pobre, pero aseadamente amueblada, con puerta á la calle, y otra enfrente que figura dar á las habitaciones interiores.—En segundo término la tienda de un barbero, con una vacía de muestra.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen los VENDEDORES conduciendo cada uno en una cesta, su respectiva hacienda.—Poco despues multitud de cigarreras, saliendo de la fábrica, llenan la escena: unas compran y se marchan; otras forman grupos; gran animacion, sin cesar de salir cigarreras hasta que desaparece el coro.

MUSICA.

VENDEDORES.

— A cuarto la vara é cinta.
— Pepinos de Leganés.
— Heláa de chufas, horchata.
— Alviyito moscatel.

— Escabeche, y á probarlo.
— Quién quiée bollos?
— Agua.
— Miel.
— Jícaras, tazas y platos.
— Coloraos y dulces, eh!
pimientos de á cuarteron.
— Cangrejos vivos, cangrej...
— Los buñuelos, calentitos,
con azúcar, y á escoger.
— La cuajaera, muchachas,
esto es gloria, venga usted.
— A cuarto la mata albahaca.
— Quién quiée bollos?
— Agua.
— Miel.

TODOS.

Lleve usted lo bueno, prenda,
que barato lo daré;
no desprecie usted mi hacienda;
parroquiana, venga usté.

CÁRMEN y VICENTA, llegando al puesto de la tia PRUDENCIA.

HABLADO.

VICENTA. Con que te quedas?
CÁRMEN. Me quedo.
VICENTA. Por qué no vienes, mujer?
CÁRMEN. Iré luego.
VICENTA. Lo prometes?
CÁRMEN. Sí.
VICENTA. Vengo á buscarte?
CÁRMEN. Ven.

(La tia Prudencia dá una llave á Cármen; esta abre la puerta de su casa, entra, y vuelve á cerrar: se quita la mantilla y se sienta junto á una mesa, quedando abismada en honda meditacion.)

MUSICA.

Coro de cigarreras.

Al baile, muchachas,
basta de labor;
la noche es de broma,
viva el buen humor.
Amargo es el llanto,
dulce es el reir,
ahoguemos las penas
en grato festin.

Vicenta.

Nada en el mundo es mejor
que la España en que nací.
Porque mi pueblo español
dá cigarreras... así!
Verdad que sí!
Con dulce sonrisa,
con talle gentil,
con mirada altiva,
y gracia... hasta allí.
Válgame Dios!
Quien no amó á una cigarrera
aun no sabe qué es amor.
Verdad que no!
Al baile, muchachas,
basta de labor;
la noche es de broma,
viva el buen humor.

Coro.

Al baile, muchachas, etc.

(Óyese á lo lejos guitarras y bandurrias tocando una marcha.)

Vicenta.

No oís de las guitarras
el dulce puntear?

Coro.

Al baile están llamadas,

nos vienen á buscar.

(Aparecen por la derecha diez ó doce hombres formados, marchando al compás de las guitarras.)

VICENTA.

En dónde está un buen mozo
que quiera como yo?

CORO DE HOMBRES.

Todos, niña morena,
suspiran por tu amor.

(Confúndense ambos coros avanzando hasta el proscenio.)

CORO DE HOMBRES.

Quién fuera, mi paloma,
tu palomito,
para que me arrullaras
con el piquito.
Sé cariñosa;
dáme tu amante arrullo,
blanca paloma.

CIGARRERAS.

Yo recuerdo esta copla,
que un pajarito
me decia cantando
con el piquito:
Sé cautelosa:
guarda tu amante arrullo,
blanca paloma.

CORO DE HOMBRES.

Viva ese garbo!
viva esa sal!

CIGARRERAS.

Vivan los mozos
de caliá.

VICENTA.

Al baile, muchachas,
á reir, á gozar.

TODOS.

Al baile, muchachas,
basta de labor;
la noche es de broma,
viva el buen humor.
Amargo es el llanto,
dulce es el reir,
ahoguemos las penas
en grato festin.

(Aléjanse lentamente al son de las guitarras, marchando los hombres de dos en dos: las mujeres los siguen en grupos.)

ESCENA II.

VICENTA.—LA TIA PRUDENCIA.—BENIGNO.

HABLADO.

BENIGNO. Chss! chss! Señora Vicenta.
VICENTA. Qué hay de nuevo?
BENIGNO. Qué ha de haber?
que el padre...
VICENTA. (Desviándole.) No quiero chismes.
BENIGNO. Pero...
VICENTA. (Dándole un empellon.) A un lado.
BENIGNO. Sopla!
PRUDENCIA. Bien!
(Benigno entra en su tienda y vuelve á salir suavizando una navaja.)
VICENTA. Qué hay de nuevo, tia Prudencia?
PRUDENCIA. Poca cosa.
VICENTA. Diga usted.
PRUDENCIA. Que el señorito pasea
como siempre: esto no es
nuevo, pero hoy un señor
muy formal, vino tambien
á preguntar por la chica.

VICENTA. Y usted no sabe...

PRUDENCIA. No sé.—
Asi... por la filiatura
de la presona, ha de ser
endevido encopetao.

VICENTA. Y no ha quedado en volver?

PRUDENCIA. Sí.

VICENTA. Vamos, será el papá
de la criatura.

BENIGNO. (Interponiéndose.) Quién?

VICENTA. Esto es lo grande! (Desviándole.) Tio posma!—
(A la tia Prudencia.)
Estoy dada á Lucifer!
porque quiero á Cármen yo,
muy de veras, está usted?
y quien la ofende me ofende:
y voy á armar un belen!

PRUDENCIA. Mujer, si son cabayeros!...

VICENTA. Ay, qué cabayeros!... Pues!
Al papá le habrán contao
que su hijo olvida el aquel
de su rango, porque quiere
á quien no debe querer.
Sabrá que ella es cigarrera,
él será conde ú marqués,
y viene á buscar á Cármen,
para... no sé para qué.—
Que no sepa nada el padre
de Cármen.

BENIGNO. (Interponiéndose.) Qué ha de saber!

VICENTA. Hombre, quién le dá á usted vela
para este entierro?

BENIGNO. (Encogiéndose de hombros, y alejándose.) Bien, bien.

PRUDENCIA. Ella tira por ahí;
la gusta lo fino.

VICENTA. Pues!

Miste qué Dios! Si ella ha sido
hermana de leche de
la hija de un general;
y borda y sabe leer:
y tiene mucho de aquí; (Señalando la frente.)
y en fin, vale más que él.

PRUDENCIA. Verdad que vale.

VICENTA. Ella tiene
un carárte de mujer
muy sentida; y si la faltan...

BENIGNO. Aquí estoy yo.

VICENTA. Quite usted.

PRUDENCIA. Cuenta conmigo.

VICENTA. Es preciso
qué esté usté á la mira.

PRUDENCIA. Bien.

VICENTA. Voy á ver la Lorenza.

(Al marcharse Vicenta, tropieza con el coronel Urbina que sale por la derecha: ella se queda observando desde la esquina de la calle.)

BENIGNO. Pero Vicentilla... (Viendo al coronel.) Sopla!
(Sigo la pista hasta ver...)

ESCENA III.

LOS MISMOS.—EL CORONEL URBINA.

URBINA. (A la tia Prudencia.) Ha venido?

PRUDENCIA. Si señor.—
La llamo?

URBINA. No: sabe usted
si está sola?

PRUDENCIA. Sola está.

URBINA. Me basta. (Llama á la puerta de Cármen.)

PRUDENCIA. Parece un rey!

BENIGNO. (A la tia Prudencia, con misterio.) Chss... chss.

PRUDENCIA. Quite usted de enmedio.
VICENTA. Pues no gasta poco aquel !
(La tia Prudencia se une á Vicenta y desaparecen por la derecha.)

ESCENA IV.

CÁRMEN.—URBINA.—BENIGNO, en la calle.

CÁRMEN. Han llamado.
URBINA. (Entrando.) Usted dispense;
vengo por la última vez
á esta casa.
(Benigno, asegurándose antes que está solo, escucha por la cerradura.)
CÁRMEN. Muy honrada
Con que usted vuelva, se vé.
URBINA. Gracias : usté es muy amable.
Recuerda usted cuanto ayer
hablamos ?
CÁRMEN. Sí que recuerdo.
con amistoso interés
vino usté ayer á esta casa
solicitando mi bien.
La intencion agradecí,
la cortesia estimé.
Me habló usté de su hijo Arturo:
de su amor: de su deber...
yo le hablé á usté de mi padre,
y usté me oyó con desden.
Más aun; que era un obstáculo
á mi dicha, dijo usté,
siempre que yo no quisiera
vivir separada de él.
Entre mi padre y mi amor,
jamás vacilar podré:
mi padre.
URBINA. Niña, es preciso

pensarlo con madurez.
Sé cuanto á un padre se debe,
y yo soy padre tambien.
Usted se niega... bien hecho;
nada más añadiré.
Loable es tal sacrificio:
usted mereció nacer
en más alta esfera.

BENIGNO. Vaya!

URBINA. Oh! No hay que ofenderse.—Hoy es
nuestra posicion difícil,
muy difícil... y no sé...
no sé cómo hallar un medio
que concilie... sea usted juez.
Usted ama á Arturo.

CÁRMEN. Yo...

URBINA. No hay que sonrojarse; él
tambien está enamorado,
y es natural que lo esté:
usted vale mucho.

CÁRMEN. Gracias.

URBINA. Sin lisonja, vale usted.—
Mi hijo me habló de un modelo
de virtud, de candidez.
Como padre cuidadoso
quise por mí mismo ver
si su amor exageraba...
y vine... y qué más diré?
yo quiero mucho á mi hijo:
es mi existencia, es mi bien,
y hoy veo que usted merece
un esposo como él.

BENIGNO. Bravo!

URBINA. Salvando el decoro,
bendeciría tal vez
una union... que de otro modo,

no puede, no puede ser.—
La sociedad nos dá leyes...
bien conozco que es cruel...
pero el mundo...

BENIGNO. Es claro.

CÁRMEN. Yo...
Yo no pido nada.

URBINA. Pues!
La pobreza y el orgullo
siempre unidos.

CÁRMEN. Señor...

URBINA. Eh!
Imite usted mi franqueza:
la verdad puede ofender?
Hay desigualdad de clases,
porque su padre de usted...

CÁRMEN. Mi padre...

URBINA. Será un bendito,
un modelo de honradez:
mas su porte... sus costumbres...
un albañil... ya se vé,
quién podria hoy despojarle
de sus hábitos de ayer?
Viviendo á su lado haríamos
muy ridículo papel.

BENIGNO. Es claro.

CÁRMEN. (Con temor.) Mas la presencia
de usted no se esplica bien
hoy en esta casa.

URBINA. Niña,
vine á cumplir un deber.
Usted cumple el suyo, siendo
hija cariñosa y fiel:
yo alejando de aquí á Arturo,
cumpliré el mio tambien.

CÁRMEN. Cómo?

URBINA. Salgo de Madrid.
CÁRMEN. (Oh!) Y él tambien?
URBINA. Tambien él.
La ausencia es indispensable:
de este modo lograré
poner término á un amor
que yo no puedo acojer.
CÁRMEN. (Dios mio!)
URBINA. (Pobre muchacha!
Me inspira tanto interés
su dolor!...) Usted le quiere...
CÁRMEN. Cuanto se puede querer.
URBINA. Es una desgracia... pero
ya usted comprende...
CÁRMEN. Lo sé.
Entre mi padre y mi amor,
primero mi padre.
BENIGNO. Bien!
CÁRMEN. Señor, si yo le abandono,
quién cuidará su vejez?
URBINA. Abandonarle? No es eso.
Podrá usted verle tal vez
algun dia; y aunque es fuerza
que vivamos lejos de él,
proveeré á su subsistencia
cuanto fuere menester.
CÁRMEN. Oh! Es imposible!
URBINA. Hija mia,
no tanto; piénselo usted.
Evite usted mi partida
que quizás no volveré.
CÁRMEN. Vá usted muy lejos?
URBINA. A Italia.
BENIGNO. Sopla!
CÁRMEN. Qué puedo yo hacer?
URBINA. Solo usted puede evitar

separacion tan cruel.
Pida usted consentimiento
á su padre, que yo sé
que le dará, y es muy justo,
cuando se trata del bien
de su hija...

CÁRMEN. Es imposible!

URBINA. Bien: entonces partiré.
Arturo viene conmigo.

CÁRMEN. Dios mio!

URBINA. Piénselo usté. (Se vá.)

(Vicenta y la tia Prudencia han aparecido poco antes y acechan en segundo término, desapareciendo con Urbina.)

ESCENA V.

CARMEN, sola.

ROMANZA.

Sal de mi pecho, loca esperanza;
bien suspirado, blanca ilusion.
Mi pecho amante de sí te lanza,
mas no sin llanto del corazon.
Ay! No!
Tú fuiste el nuncio de mi alegria,
yo en mis sueños volaba á tí;
ya no te alcanza la vista mia,
la paz del alma huye de mí.
Ay! Sí!
Perdido el dulce sueño
de mi incesante afan,
jamás el pecho mio
sin pena latirá.
Jamás!
La noche solitaria

mis ayes contará!
No hay mas que hoy acompañe
mi triste soledad.
No hay más!

ESCENA VI.

VICENTA.—LA TIA PRUDENCIA.—BENIGNO.—CARMEN, en su casa.

HABLADO.

BENIGNO. Bueno vá! (Encontrándose con Vicenta.) (Sopla! me vió!)
VICENTA. Escuche usted, don Simplicio:
no tiene usted otro oficio
que el de husmear?
BENIGNO. Yo?
VICENTA. Usted.
BENIGNO. Yo?
VICENTA. Han untado el carro?
BENIGNO. A mí?
VICENTA. Bien hace usted el oso.
BENIGNO. Bien?
VICENTA. Está usté espiando?
BENIGNO. A quién?
VICENTA. Qué hacia usted aquí?
BENIGNO. Aquí?
VICENTA. Se va usté á quedar conmigo?
BENIGNO. En dónde?
VICENTA. Valiente humor!
Le han hecho á usté intreventor
de esta casa, buen amigo?
Sirve usted ya de tercera?
BENIGNO. Sopla!

VICENTA. No es usted soplon?...
Lo que es usté es un falton...
pero cómo? de primera.
BENIGNO. Vicenta...
VICENTA. Quite usté allá.—
(Expresando con el gesto que aceche á Benigno.)
Tia Prudencia...
PRUDENCIA. No hay de qué.
BENIGNO. Vicentilla...
VICENTA. Quite usté!
BENIGNO. (Entrando en su casa muy contento.)
Bueno! Bueno! Bueno vá!

ESCENA VII.

CARMEN.—VICENTA.

VICENTA. (Poniendose en jarras delante de Cármen.)
Qué ha habido aquí?
CÁRMEN. Nada ha habido.
VICENTA. No soy yo tu amiga?
CÁRMEN. Sí.
VICENTA. Pues vas á contarme á mí
la verdad del sucedido.
Tú has llorado.
CÁRMEN. No.
VICENTA. Has llorado.
Y lloras aun... por mi nombre!
Aqui ha estado á verte un hombre...
ese hombre te ha faltado?
CÁRMEN. Al contrario... si supieras....
VICENTA. Quién es?
CÁRMEN. El padre de Arturo.
VICENTA. Y qué?
CÁRMEN. Callarás?
VICENTA. Seguro.

CÁRMEN. Bendice mi amor.

VICENTA. De veras?
Cármen, mira que te engaña.

CÁRMEN. Quiere casarnos.

VICENTA. Quedria!...
El casarte!...—Cualquier dia
me larga á mí esa castaña.
Quién te quiere, Cármen?

CÁRMEN. Tú.

VICENTA. Eres tu mi amiga?

CÁRMEN. Yo.

VICENTA. Miento yo en el mundo?

CARMEN. No.

VICENTA. Pues oye por tu salud.
Cármen, tú faltas aqui:
te vas á comprometer.
Si es verdad ese querer,
no tienes tú un padre, dí?

CÁRMEN. Pero...

VICENTA. Cármen desconfía;
Cármen, no me pongas pero:
mira, Cármen, que te quiero
igual que á una hermana mia.—
Chica.... dudo, francamente.

CÁRMEN. Por qué?

VICENTA. Oye mi decir.
Cuando yo tengo un sentir,
lo publico frente á frente.
Que os quereis... aunque asi sea.
El nada puede perder;
quien pierde aqui es la mujer,
estás? Entiende mi idea.
Porque mi preposicion
es esta: que tú le quieres...
y él es muy rico... y tú eres
la hija de un pobreton.

Y él tendrá amores; y añide
que al primer salto de mata,
por alguna aristocráta
es muy fácil que te olvide.
Porque el padre es un fantástico:
y el hijo...—Cármen.... perdona;
mas qué has visto en su persona,
si parece un escolástico!

CÁRMEN. Vicenta...!

VICENTA. Te falto?... Bien.
Yo te he dicho esa razon
sin maliciosa expresion:
mas ya que te ofendo... amén.

CÁRMEN. No me ofendes: pero ignoras
cuánto le quiero?

VICENTA. Cabal!
(Con ironia.) Viva la gracia!—Haces mal.
Lloras?... Cármen, por qué lloras?
No soy tu hermana? Perdona.....
pero qué te falta aqui?
No tienes tú un padre, dí,
que se mira en tu presona?
Malhaya tu buen querer
si de ese modo le dás!
A quién debes querer más
que al padre que te dió el ser?

CÁRMEN. Calla por Dios!

VICENTA. Cármen mia,
perdon... dije mi sentir.—
Ea, te vás á venir
ahora en mi compañía.

CÁRMEN. Dónde?

VICENTA. Quiero convidarte.

CÁRMEN. Déjame.

VICENTA. Quiá! No te dejo:
vaya, sigue mi consejo,

y ven á espavorizarte.

CÁRMEN. Mujer...

VICENTA. Y convite fino.
Hoy es sábado... hay de qué.
Tomaremos un café,
y copa de marrasquino.

CÁRMEN. Pero si...

VICENTA. (Poniéndola la mantilla.) Qué hermosa eres!
Vaya un talle principal!
Olé! Que viva esa sal!

CÁRMEN. Qué loca!...

VICENTA. Un beso! Me quieres?

CÁRMEN. Vicenta! (Besándola.)

VICENTA. Te quiero tanto!

CÁRMEN. Es cerca?

VICENTA. Tú eres quien manda.
Volveremos pronto: anda.
(Viendo al salir á Benigno.)
Hola! Aun está aquí ese avanto?

ESCENA VIII.

LAS MISMAS.—BENIGNO.

BENIGNO. Se vá de paseo?

VICENTA. Justo.

BENIGNO. (A Cármen con intencion.)
Muy pronto vá á oscurecer.

VICENTA. Mejor.

BENIGNO. Se puede saber...

VICENTA. Calle usté! Hágame usté el gusto...

BENIGNO. Quiée usted cantarme otra copla,
serrana?

VICENTA. A usted?.. don Vacía?
Si no se dice en un dia
lo feo que es usté!

BENIGNO. Sopla!
VICENTA. Ven, Cármen.
BENIGNO. (Con intencion á Cármen.) Conque quedamos
en que va usted á volver
muy pronto?
VICENTA. (Yéndose.) Vamos, mujer?
BENIGNO. (Bajo á Cármen.)
Vá á venir.
CÁRMEN. (Lo mismo.) Silencio.
VICENTA. (Casi fuera de la escena.) Vamos?
(Se van por la derecha.—Empieza á oscurecer: conviene que la luna ilumine la escena.)

ESCENA IX.

BENIGNO.

Ya toco la realidad.
Los casaré. No que no!—
Donde pongo mano yo,
nace la felicidad.
Y desconfian de mí!
Y me tildan de chismoso!
Eh!... los caso, y soy dichoso!
qué gozo que siento aquí!

MUSICA.

Como esa niña
siga mi plan,
la aguarda inmensa
felicidad.
Por ella me odia
la vecindad,
me mira el padre
con torva faz,

todos ofenden
mi probidad.
Todos me acusan
de desleal.
Ja! ja! ja! ja!
Bonito chasco
van á llevar.

El muchacho es rico y noble,
y la niña le enamora,
y la niña que le adora
necesita mi amistad.
Yo protejo sus amores,
y por más que todos gritan,
y me acosan, y me irritan,
toco ya la realidad.
Ja, ja, ja, ja
bonito chasco
van á llevar:

(Oyese el coro de albañiles que se acerca tarareando. — Arturo aparece por detrás de la fábrica.)

ARTURO.

Soy yo

BENIGNO.

Silencio!

ARTURO.

Me espera?

BENIGNO.

Sí.
El padre viene,
entre usté aquí.

(Le hace entrar en su tienda: Llega por la derecha Valeriano con albañiles.)

ESCENA X.

BENIGNO.—VALERIANO.—ALBAÑILES.

CORO.

Viva el trabajo
que nos envia
dulce alegría
y honrado pan.
Jornal escaso
que dá honra inmensa
en recompensa
de nuestro afan.

VALERIANO.

Con salud para ganar
el jornal de otra semana.
Dios nos envía mañana
dia para descansar.
A reir! A gozar!
Tres duros hay aquí.
Sin penas que llorar,
quién más que yo feliz?

(Se oye lejano el toque de la oracion.)

VALERIANO.

Muchachos, la oracion.
A nuestro Dios roguemos.
Humildes imploremos
su santa bendicion.

CORO.

Humildes imploremos
su santa bendicion.

Viva el trabajo
que nos envía
dulce alegría

y honrado pan.
Jornal escaso
que dá honra inmensa
en recompensa
de nuestro afan.

VALERIANO.

No hay pena alguna
que á mí me aflija.
Tengo una hija,
honra y salud.
Y son los timbres
de mi nobleza,
santa pobreza,
dulce quietud.
A reir! A gozar!
Tres duros hay aquí
Sin penas que llorar,
quién más que yo feliz?

HABLADO.

VALERIANO. Compañeros, esta noche
es noche de regocijo,
que dá un baile la Lorenza
y yo en su nombre os convido.

UNO. Cómo?

VALERIANO. Mañana es su santo.

UNO. Es verdad.

OTRO. Ya lo sabiamos.

VALERIANO. Estais todos convidados.

UNO. Vamos á verla?

TODOS. Ahora mismo.

VALERIANO. Andad.

(Se van por la derecha.)

ESCENA XI.

VALERIANO.—BENIGNO.—LA TIA PRUDENCIA.

VALERIANO. (A la tia Prudencia.) Está en casa mi hija?
PRUDENCIA. Con la Vicenta ha salido
hace poco.
VALERIANO. A dónde fué?
PRUDENCIA. No sé.
VALERIANO. Vino el señorito?
PRUDENCIA. No.
VALERIANO. Buena señal: mi Cármen
sin duda le ha despedido.
PRUDENCIA. Puede ser.
VALERIANO. Vale mi Cármen!...
Váyase de Dios bendito,
y no vuelva más.
(Por Benigno.) Y este hombre?
PRUDENCIA. Quién... ese? Sigue lo mismo.
VALERIANO. Cómo?
PRUDENCIA. El otro le apadrina,
y lleva y trae...
VALERIANO. Por Dios vivo!
BENIGNO. (Qué miradas!) Buenas noches.
(Con suma amabilidad.)
Va usted de baile... eh! vecino!
Siento no estar convidado...
VALERIANO. Usted? y con qué motivo?
Allí son amigos todos.
BENIGNO. Pues yo...
VALERIANO. Usted no es nuestro amigo.
BENIGNO. (Sopla!)
VALERIANO. (A la tia Prudencia.) Mi hija es honrada,
muy honrada y no hay peligro...
es mi hija, y esto basta.
PRUDENCIA. Aquí viene.

ESCENA XII.

Los mismos.—CÁRMEN.—VICENTA.

CÁRMEN. Padre mio.
BENIGNO. (Entrando en su casa.)
Mambrú se fué á la guerra,
mirondon, don...
VALERIANO. Habrá pillo!
CÁRMEN. Quién?
VALERIANO. Nadie.—Qué? No me abrazas?
CÁRMEN. Padre!
VALERIANO. Así:—á donde habeis ido?
VICENTA. Al café.
VALERIANO. Hola! Bien hecho.
Mi buena suerte bendigo.
Teniéndote entre mis brazos,
á nadie en el mundo envidio.
Hija mia! Soy feliz!
Salvo algunos disgustillos
que me dás...
CÁRMEN. Yo...
VALERIANO. Picaruela!
Estoy celoso: lo dicho.
No quiero que nadie me hurte
tanto así de tu cariño;
y mucho menos personas
que enamoran por oficio:
somos pobres; la pobreza
suele servir de ludíbrio...
CÁRMEN. No diga usted eso, padre.
Yo sé...
VALERIANO. Yo sé lo que digo.
Nos separa gran distancia
de los nobles y los ricos;

y si tú... mas sin razon
me exalto, yo no te riño.
Tú eres muy buena muchacha.
Sé que no me dás motivo
de enojo, verdad?

CÁRMEN. No, padre.

VALERIANO. Estás triste, ídolo mio?
diviértete... como yo.
Esta noche... ven conmigo,
nos espera la Lorenza.

CÁRMEN. Iré luego; he prometido
á Vicenta...

VICENTA. Sí; tenemos
que evacuar cierto asuntillo.

VALERIANO. Eso es otra cosa; bueno:
quédate: estando contigo...
Yo voy allá... Adios, paloma.
(Volviendo.)
Ah! que si bebo un traguito...
ó dos... no me reñirás?
Ya ves... mañana es domingo...
Adios, lucero. (Besándola.)

ESCENA XIII.

CARMEN.—VICENTA

VICENTA. No vienes?

CÁRMEN. Despues.

VICENTA. Insistes?

CÁRMEN. Insisto.
Quiero hablarle.

VICENTA. Como quieras.
Pero mira...

CÁRMEN. Ya lo he dicho.
Hoy es la última entrevista:

déjame: te lo suplico.

VICENTA. Si lo mandas...

CÁRMEN. Sí.

VICENTA. Está bien.
Te esperaré?

CÁRMEN. Lo prohibo.
Vete al baile.

VICENTA. Pero...

CÁRMEN. Vete.
Quiero estar sola, es preciso:
hoy por la última vez
hablar con él necesito.

VICENTA. Por la última vez?

CÁRMEN. Lo dudas?
No fias en mí?

VICENTA. Sí fio.
Pero en vano disimulas:
bien dicen esos suspiros
que le tienes un querer,
que te sale de lo íntimo.

CÁRMEN Vicenta, si tú miraras
lo inmenso de mi cariño,
si miras lo que sufro,
si miráras...

VICENTA. Lo que miro,
es que ese hombre nos va á dar
la gran desazon del siglo.
En fin, lo mandas... me voy.

CÁRMEN. Yo iré á buscarte.

VICENTA. Está dicho.

CÁRMEN. Adios. (Entra en la casa.)

VICENTA. A la fin y al postre
si está muerta por el niño...
(Marchándose de pronto.)
No ha nacido afortunado
apenas, ese endevido.

ESCENA XIV.

CÁRMEN.

(Oyese algazara y jaleo en el lado de la derecha, donde se supone la casa de Lorenza.)

Ellos son felices! Ellos
no comprenden mi martirio.
La alegría de esas gentes
me hace daño... Oh! Dios mio!
Perdon... allí está mi padre...
mi padre... allí está mi sitio!
Me quiere tanto! Y yo aquí...
me ahogo en este recinto!...
No importa... aquí viviré!
Es forzoso el sacrificio!
Sufra yo... y sea él dichoso...
Padre mio! Padre mio!
(Entra en las habitaciones interiores.)

ESCENA XV.

BENIGNO.—ARTURO.

(Benigno, despues de reconocer la escena, llama á Arturo.)

BENIGNO. Ajá! Ya es nuestro el terreno.
Al asalto... y á triunfar!
ARTURO. Dudo... hasta ahora resistió.
BENIGNO. Pues hoy no resistirá.
Está más blanda que un guante:
su padre de usté además
la habló de un modo esta tarde...
Si la viera usted llorar!
ARTURO. Angel mio!

BENIGNO. Segun veo
la quiere usted mucho?

ARTURO. Ah!
con amor puro, infinito!
con cariño celestial!
Será mi esposa... lo juro!
y si mi padre...

BENIGNO. Bá! Bá!
Desde ahora cargo con toda
la responsabilidad.
Papá teme... y con razon:
como el padre es un Adan,
y gasta chaqueta... le huye...
y tiene razon papá!
Los que gastamos levita
no podemos alternar...

ARTURO. Mas llevarla así... aunque ella
dando crédito á mi afan,
huya conmigo... mi padre,
sé que la rechazará.

BENIGNO. Aquí estoy yo.

ARTURO. Pero...

BENIGNO. Nada:
ya ha aceptado usted mi plan:
de dos males... el menor;
queda otro medio? No tal.
O perderla para siempre,
ó sorprender á papá.
Allí una vez... con mi chispa...
soy yo lo mas perspicáz...
dado el primer paso... luego
no es fácil volver atrás.

ARTURO. Si triunfa usted le prometo
cien onzas.

BENIGNO. Cien onzas? Cá!
Oro? usté no me conoce.

Yo venderme?... Voto á San!
Yo soy pobre, pero honrado!
Mi proceder es leal,
pues si quiero yo á la chica!...
Y al padre le quiero más!...
Seré feliz, si á los dos
les doy la felicidad.

ARTURO. Qué noble desinterés!

BENIGNO. Asi estoy yo... no es verdad?
Por eso ha dos años, no
me pude revalidar,
y me acostaba en ayunas
cursando latinidad!
Por eso afeito á seis cuartos,
en vez de afeitar á real;
y por eso son mis galas
este raido gaban,
más feo que el no tener,
que es la mayor fealdad.
Pero en fin, yo soy asi.—
Con que á ella! Sin vacilar!

ARTURO. Temo....

BENIGNO. Qué es temer? A ella!
Y si persiste tenaz
en quedarse, cuatro frases
de aquellas que hacen temblar.
—Ingrata... adios para siempre!
—Arturo! —Déjame en paz!
—Espera! —Aleve! Perjura!
Me ha muerto tu crueldad!
—Me dejas? —Tú lo has querido!
—No vas á volver? —Jamás!
Ella entonces dirá... —Oh!
y usted con mas fuerza... —Ah!!
hasta que ella diga... —Arturo!
Hágase tu voluntad!

ARTURO. Oh! Lo dirá.

BENIGNO. Es mujer,
y la lucha es desigual.
La mujer sabe mejor
que el hombre, sentir y amar.
Y tienen las pobrecitas
tanta sensibilidad!
Se pasa el tiempo... está el coche
preparado?

ARTURO. No ha de estar!

BENIGNO. Pues llamo. —Ya viene; firme;
yo estaré alerta.

ARTURO. Bien.

CÁRMEN. (Abriendo la puerta.) Ah!

ESCENA XVI.

CARMEN.—ARTURO.—BENIGNO, en la calle.

ARTURO. Alma mia... (Cármen le evita.) Qué!

BENIGNO. (Inspeccionando la escena.) Observemos.

ARTURO. Me rechazas?

CÁRMEN. Es preciso.
Nuestra suerte así lo quiso:
por la última vez nos vemos.

ARTURO. Qué dices?

CÁRMEN. Que es menester
que usted se aleje.

ARTURO. Qué he oido?
Has olvidado?...

CÁRMEN. No olvido.
Mas tal es nuestro deber.

ARTURO. No hay deber donde hay amor;
y el nuestro es ardiente, puro!

CÁRMEN. Pero es imposible, Arturo!

ARTURO. Imposible!

CÁRMEN. Sí señor.
ARTURO. Cármen.
CÁRMEN. Salga usted.
ARTURO. Jamás!
Usted! Ese usted me mata!
Que salga... Buen pago, ingrata,
buen pago á mi amor le dás!
Cuando esperaba anhelante
como premio á mi pasion
que tu amante corazon
no vacilára un instante!
Cuando realizado ví
nuestro sueño venturoso,
cuando vengo á ser tu esposo,
tú me rechazas así?
CÁRMEN. Mi esposo?
ARTURO. Mi padre acaba
de ofrecerme el bien que ansio.
CÁRMEN. Su padre de usted... y el mio?
No tengo yo padre?
BENIGNO. Brava!
ARTURO. Tu padre será dichoso;
el mio nos asegura
á los tres igual ventura,
cuando yo sea tu esposo.
CÁRMEN. Cómo?
ARTURO. Nos espera.
CÁRMEN. A quién?
ARTURO. Todo está dispuesto.
CÁRMEN. Pero...
ARTURO. Si tu amor es verdadero,
accede á mis ruegos; ven.
CÁRMEN. A dónde?
BENIGNO. Llegó el apuro.
ARTURO. A ser venturosa.
CÁRMEN. No.

ARTURO. Mi padre te espera.
CÁRMEN. Yo
tambien tengo padre, Arturo.
ARTURO. Te niegas?
CÁRMEN. Sí, salga usté.
ARTURO. Adios.
CÁRMEN. Adios!—(Ay de mí!)
ARTURO. Saldré de esta casa, sí,
y para siempre saldré.
CÁRMEN. Para siempre?
BENIGNO. Ahí duele.
ARTURO. Fiera!
Perjura!
CÁRMEN. Arturo!
BENIGNO. (Involuntariamente y con cómica expresion.) Traidora
ARTURO. Adios!
CÁRMEN. Arturo!
BENIGNO. Ya llora.
ARTURO. Déjame salir!
CÁRMEN. Espera!

MUSICA.

ARTURO.

Ingrata! Ingrata!

CARMEN.

Arturo mio!

ARTURO.

Yo ese desvío
no merecí.

CARMEN.

Mi amor ofendes.

ARTURO.

Tu amor, impía!

Tu amor mentia!
Huyo de tí!

CARMEN.

Ay! no!

ARTURO.

Ay! sí!

BENIGNO.

Ay! Cupido, Cupido, Cupido!
haz una de las tuyas,
y sácanos de aqui.

ARTURO.

Yo ví en lontananza
risueña esperanza,
que ayer me brindaba
ventura y placer.
Seguila hoy amante,
y huyó en el instante:
solo era humo leve;
amor de mujer!
Perder la paz del alma
será perder tu amor;
devuélveme la calma.
no aumentes mi dolor.

CARMEN.

Allí en lontananza
está mi esperanza
creciendo al abrigo
de un puro querer.
Inquieta y amante
la sigo constante,
con férvido anhelo,
y amor de mujer!
Perder la paz del alma
será perder tu amor;
devuélveme la calma,
no aumentes mi dolor.

BENIGNO.

Maldigo vuestra calma.
Si viene el padre, horror!
me va á romper el alma
con paternal furor.

CARMEN.

Qué hice yo para que olvides
el cariño que me dás?

ARTURO.

Tú, cruel! tú me despides!

CARMEN.

Pero no me olvidarás?

ARTURO.

Bien por tí soy humillado!
Para siempre te perdí.
Volveré... pero casado.
Lo he jurado.

CARMEN.

Tú?—Ay de mí!

BENIGNO.

Dió en el blanco: bravo tiro.

CARMEN.

No es posible!

ARTURO.

Sí lo es.
Solo en tí desdenes miro!

CARMEN.

Solo amor! Pues no lo ves?

Si amor tu pecho siente,
si tu alma siente el ímpetu
de una pasion vehemente,

tu amor. Arturo, págueme
el alma que te dí.

ARTURO.

Si amor tu pecho siente,
si tu calma siente el ímpetu
de una pasion vehemente,
acoje al fin benéfica
el alma que te dí.

BENIGNO.

El chico es elocuente.
Si en este asalto último
la chica al fin consiente;
en marcha... voto al chápiro,
que no estoy bien aquí!

HABLADO.

ARTURO. Al fin consientes: no es cierto?
CÁRMEN. Yo dejar mi casa?
ARTURO. Ven,
Nos espera eterno bien.
CÁRMEN. Pero advierte...
ARTURO. Nada advierto.
Sábelo: mi padre tiene,
si me alejo de tu lado,
otro enlace proyectado:
él á nuestra union se aviene,
mas si vé tanto rigor,
si despreciado me vé...
es orgulloso... y lo sé,
maldecirá nuestro amor.
CÁRMEN. Pero yo... y mi padre, Arturo?
ARTURO. Lo he dicho... será dichoso.
No voy á ser yo tu esposo?
CÁRMEN. Será él feliz?
ARTURS. Yo lo juro.—

No te habló mi padre?

CÁRMEN. Sí.

ARTURO. No fias en mí? (Tendiendo su mano.)

CÁRMEN. Sí fio!

ARTURO. Ven.

CÁRMEN. Espera!..— Arturo mio!
Qué desdichada naci!

ARTURO. Ven.

CÁRMEN. Hoy no... tal vez mañana...

ARTURO. Imposible!

CÁRMEN. Yo veré
á mi padre... le hablaré...

ARTURO. Hablarle? Esperanza vana!
Piensas que consentiria?...

CÁRMEN. Ay! No!

ARTURO. Ven; hazlo por mí!
Sígueme.

CÁRMEN. No puedo.

ARTURO. Sí...
te lo ruego, Cármen mia!

CÁRMEN. Arturo!

ARTURO. Angel de bondad!

CÁRMEN. Déjame... me vuelves loca!

ARTURO. Oiga yo un sí de tu boca
de eterna felicidad!

CÁRMEN. Arturo!... No estoy en mí!...

ARTURO. Una palabra de amor!
Aun te niegas?

CÁRMEN. Por favor!...

ARTURO. Partirás?

CÁRMEN. (Con decision.) Arturo... Sí!

BENIGNO. (Separándose de la puerta.)
Ah!! Zambomba... sudo... ah!!

ARTURO. Gracias, bien mio!

CÁRMEN. (Perdon!)

ARTURO. Gravada en mi corazon

tanta merced quedará !—
Benigno. (Llamándole.)

CÁRMEN. Quién...

ARTURO. Con los dos
vendrá ; corro á prevenir...
vuelvo... disponte á partir.
Volveré muy pronto, adios.

(Arturo se marcha por el barranco.—Benigno descuelga la vacía, y entra en su casa.—La tia Prudencia que llega por la derecha, recoje las frutas y entra en su casa.)

CÁRMEN. Oh! Dios mio! Tu perdon!
Tú que vés la pena mia,
por mi pobre padre, envía
hasta mí tu bendicion!

(Cármen escribe una carta que cierra y deja encima de la mesa, próxima á la luz.—Momento de jaleo y algazara en casa de la Lorenza; Valeriano canta acompañado de palmas y guitarra.)

CANTO.

VALERIANO

Con amor puro, palomita mia.
te miraré yo
Pero quererte como te queria
eso si que no.
Ay! Qué pesar! Ay! Qué dolor!
Ay! No llores, mi pobre paloma,
que es tuyo mi amor.

CORO.

Ay! Qué pesar! Ay! Qué dolor!
Ay! No llores, mi pobre paloma,
que es tuyo mi amor.

CARMEN.

Adios, mi casa querida:
adios, lugares de amor:
quede aquí en mi despedida
un suspiro de dolor.

Adios, mi padre querido;
no suspires con dolor;
que hoy de tu amor me despido
para volver á tu amor.

VALERIANO.—CORO.

Ay! Qué pesar! Ay! Qué dolor!
Ay! no llores, mi pobre paloma,
que es tuyo mi amor.

ESCENA XVII.

CÁRMEN.—ARTURO.—BENIGNO.—PRUDENCIA.

(Arturo llega á casa de Benigno; éste cierra su tienda: entran los dos en casa de Cármen.)

HABLADO.

BENIGNO. Se pasa el tiempo; salgamos.
CÁRMEN. Perdon, Dios mio!
ARTURO. Mi bien...
Vacilas?. .
CÁRMEN. (Dejándose conducir.) Arturo...
ARTURO. (Saliendo.) Ven.
BENIGNO. Sola! (Viendo á la tia Prudencia.)
CÁRMEN. Padre mio...
BENIGNO. (Con afan.) Vamos.
(Desaparecen por el barranco.—La tia Prudencia que ha oido las últimas palabras, los sigue un momento, y vuelve sumamente agitada. Llega al primer término de la derecha, y exclama con sofocada voz:)
Vicenta!...—Se escapan... Sí!
Se marchan... Vicenta!
VICENTA (Llegando por la derecha.) Qué!
Qué gritos... qué tiene usté?
PRUDENCIA. Se han marchado por allí!

VICENTA. Quién?
PRUDENCIA. Cármen.
VICENTA. Cómo?
PRUDENCIA. Se ván!
VICENTA. (Entrando en casa de Cármen.)
Mentira! Cármen!
(Saliendo desesperada.) Se ha ido!
Me ha burlado! Me ha vendido!
Corra usted... cerca estarán...

(La tia Prudencia se marcha precipitadamente: Valeriano llega por la derecha; ván apareciendo poco á poco todos los del baile.)

ESCENA VIII.

VICENTA.—VALERIANO.—Tia PRUDENCIA.—Coro.

VALERIANO. Qué es esto?
VICENTA. Nada... que yo...
VALERIANO. Y mi hija? Qué pasa aquí?
(Entrando en la casa.)
Cármen! Cármen!
VICENTA. (Siguiéndole.) No está ahí!
VALERIANO. Qué dices?
VICENTA. Qué ha huido!
VALERIANO. Oh!

MUSICA.

Dónde? Habla.

VICENTA.

Yo no sé.

VALERIANO.

Habla!—Calla!
Duda cruel!

CORO. (Llegando por la derecha.)

Valeriano.

VALERIANO. (A Vicenta, entrando en la casa.)

Sígueme.

CORO.

Qué sucede?

VALERIANO.

Lo sabreis.

(Viendo la carta que dejó Cármen en la mesa.)

Una carta!
De ella es.
Por qué tiemblo
yo no sé!
Es su letra...
no la vés?
Que huyó dices?
Calla.—Ven.
(Saliendo.)
Acabemos.
(Al Coro.)
Oidme pues.

Perdon! padre mio: he cedido á los ruegos del hombre que amo; fíe usted en él, y no niegue su amor á su cariñosa hija...

TODOS.

Oh!

VALERIANO.

Ay! que mi Cármen, quién lo diria,
es mala hija, sin corazon!
Ay! que no es buena la niña mia
que me abandona con fea accion!
Lejos de mi lado,
quién la amparará?
Véte, niña mia!
No te quiero ya!

VICENTA.

Ay! quién pensára, ay! quién diria,

que hiciera Cármen tan fea accion!
Ay! que no es buena la hermana mia
que pone en lenguas su estimacion!
Lejos de mi lado,
quién la amparará?
Véte, hermana mia!
No te quiero ya.

CORO.

Padre desdichado!
Sollozando está!
Consolar debemos
su angustioso afan!

VALERIANO.

En su busca partiremos.
Venid todos.

CORO.

Vamos.

VALERIANO. (Conteniéndolos.)

No.
No he de verla! Me abandona!
en su pecho no hay amor!
La maldigo!—No... hija mia!
lleva en tí mi bendicion!

CORO.

Pobre anciano!

VALERIANO.

Hija ingrata!
Me ha dejado solo!

VICENTA.

No!
Yo no tengo padre!

VALERIANO. (Tendiéndola los brazos.)

Ah; Ven!

Hija mia!

VICENTA.

Su hija soy!

VALERIANO.

Accion tan noble
yo premiaré!
Cual tierno padre
te miraré.
Ven á mis brazos;
mi amor te doy!
Ven, hija mia;
tu padre soy!

VICENTA.

Yo su amargura
consolaré.
Cual hija tierna
le miraré.
Entre sus brazos
ufana estoy.
Yo con los mios
mi amor le doy.

CORO.

Cual hija tierna
le mira ya.
Ella su pena
consolará.
Feliz respira
su corazon.
Bendiga el cielo
tan noble accion.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin.—A la derecha, en primer término pabellon con dos ventanas: una frente á los bastidores de la izquierda con las persianas abiertas; y otra frente al público, cerrada: debajo de esta ventana un banco de piedra y en él Benigno durmiendo.

ESCENA PRIMERA.

Poco despues de levantarse el telon asoma el Coro por el fondo, y avanza lentamente, segun la letra lo indica, unos avanzando con indecision, y otros haciendo la guia con misterioso ademan.

Coro 1.°

Sílencio! Silencío!
Venid por acá;
tras de esa ventana
la vimos llorar.

Coro 2.°

Dejarla debemos,
volvamos atras;
que es impertinente
tal curiosidad.

CORO 1.º

Lleguemos.

CORO 2.º

Volvamos.

CORO 1.º

Un paso no más
y vereis cuán hermosa es la niña
que allí oculta está.

CORO 2.º

Volvamos,

CORO 1.º

Lleguemos.

CORO 2.º

Un paso no más,
y aunque sea la niña un misterio,
volvamos atrás.

CORO 1.º (Señalando el interior del pabellon.)

Allí está dormida,
sin miedo llegad,
que rindióla al sueño
su amargo llorar.

CORO 2.º

Gentil criatura,
gallarda beldad,
quién será esa niña
tan angelical?

CORO 1.º

Sepamos.

CORO 2.º

Callemos.

CORO 1.º (Reparando en Benigno.)

Un hombre... qué tal?
Tambien duerme, aquí hay un misterio
que es fuerza aclarar.

CORO 2.º

Sepamos.

CORO 1.º

Sepamos.

TODOS.

Amigo.

BENIGNO.

Quién?... Ah!
Mil perdones, quedéme traspuesto...

CORO. (Con misterio.)

Venga usted acá.

BENIGNO.

¿Quiénes son estos señores?
Qué querrán hacer de mí?

CORO.

Quién es esa hermosa niña
que durmiendo se halla allí?

BENIGNO.

Esa niña... es un tesoro!

CORO.

Linda es!

BENIGNO.

Verdad que sí!

CORO.

Es criada de esta casa?

BENIGNO.

Ella? No.

CORO.

Quién es?

BENIGNO.

Oid.

Ya que tanto se interesan
la verdad he de decir.
Mas silencio !

CORO.

Quién es ella?

BENIGNO.

Esa niña... oid... oid !

Esa niña es una flor
de perfume celestial !
Pimpollito virginal
de purísimo candor.
No sabeis por qué llora
la niña allí?
El hombre á quien adora,
la trajo aquí.
En él creyó,
y el padre de su Arturo
la rechazó.

CORO (Entre sí.)

Tiene interés;
Arturo ama á esa niña,
pero quién es?

BENIGNO.

Aunque tiene encantos mil,
en la niña existe un mal;
hija es de un oficial...

TODOS.

De qué clase?

BENIGNO.

De albañil.
Por eso llora tanto:
perdió su bien.
Al mirar yo su llanto
lloro tambien.
Cruel situacion !

Nos echan de esta casa;
cou qué razon?

CORO.

Razon habrá.
El coronel lo ha hecho,
bien hecho está.

Marchemos, callemos,
volvamos atrás,
que es impertinente
tal curiosidad.
En plantas y flores
busquemos solaz,
y aunque sea esa niña un misterio,
Callad, callad.

(Desaparecen lentamente por el fondo, mirando al pabellon.)

ESCENA II.

BENIGNO.—Luego URBINA.

HABLADO.

BENIGNO. Pues señor... he errado el golpe!
Malhaya amen mi carácter...
y mi... ese coronel
es hombre atroz... tiene arranques
temibles... y en uno de ellos...—
Si yo pudiera escaparme...
probemos...—Ay! Me he lucido!
El es! La Vírgen me ampare...

URBINA. Qué hace usted aquí?

BENIGNO. Yo... señor...
estaba... ya Usía sabe...

URBINA. (Paseando.) Calle usted!

BENIGNO. (Interponiéndose.) Si usía...

URBINA. No

se me ponga usted delante!—
Salga usted de aqui!

BENIGNO. Sin ella?

URBINA. Con ella.

BENIGNO. Es que ella...

URBINA. Calle!
Yo no quiero saber nada!—
O vuelve usted á llevarse
á esa muchacha... ó le ahogo!

BENIGNO. Sopla!—Con ella...no es fácil...
ella no quiere salir.

URBINA. Avise usted á su padre.

BENIGNO. Es que el señorito Arturo
me ha prohibido avisarle.

URBINA. Yo mando que vaya usted,
y vuelva esta misma tarde.

BENIGNO. Muy bien.

URBINA. Y si usted no vuelve,
donde quiera que le halle
le pulverizo!

BENIGNO. Mil gracias:—
digo volveré al instante. (Yéndose precipitadamente.)

URBINA. Venga usted!

BENIGNO. (Muy deligente.) Qué quiere Usía?

URBINA. (Pobre niña! Pobre padre!)
Cómo se llama ese hombre?

BENIGNO. El...—Valeriano Gonzalez.

URBINA. Pues dígale usted que venga.

BENIGNO. (Yendo y viniendo.) Muy bien.

URBINA. Que quiero yo hablarle.

BENIGNO. (Idem.) Muy bien.

URBINA. Tal vez se halle un medio...

BENIGNO. (Idem.) Muy bien.

URBINA. El asunto es grave...

BENIGNO. Muy bien.

URBINA. Quiere usted callar?

BENIGNO. Muy bien. (Quedándose clavado.)
URBINA. Mejor saltimbanquis!—
(De pronto.) Qué hace usté aquí!
BENIGNO. Sopla! Voy...
Ustedes los militares,
tienen un genio tan...
URBINA. Listo!
BENIGNO. Muy bien... lo que Usía mande.

ESCENA III.

URBINA.—Luego ARTURO.

Me han puesto en buen compromiso
ese par de botarates!
porque han sido ellos... sí,
solo ellos los culpables.
Ella... esa pobre muchacha
me inspira un interés...
ARTURO. (Llegando con temor.) Padre.
URBINA. A qué viene usted?
ARTURO. Señor...
Vengo...
URBINA. Viene usted en valde!
Estará usted ya contento?
ya ha logrado usted mofarse
de un hombre honrado, no es eso?
ARTURO. Yo...
URBINA. Es usted un infame!
usté abusó del candor,
de la sencillez de un ángel!
Usté ofendió á un padre anciano,
con torpe y villano ultraje!
Le parece á usted?... Y ahora,
quién es aquí el responsable?
A mí será á quien acusen,

á mí será á quien reclamen,
y yo soy honrado, y yo
no autorizo infamias tales.

ARTURO. No cabe en mi pensamiento
que el nombre de usted rebaje:
he delinquido... es verdad...
pero temí... usted lo sabe;
usted, ignorando que es
mi vida el amor de Cármen,
iba á separarnos, sí;
proyectaba usté un viaje.
No seguirle á usted... imposible!
Huir de ella... era matarme!
Qué debí hacer?

URBINA. Hijo humilde,
pedir consejo á su padre,
sin comprometer su casa
con locura semejante.—
Y hoy que está llena de amigos;
en buena ocasion les place
visitar mi posesion.
Será fuerza que hoy les falte...
Usted cumplirá por mí.

ARTURO. Yo...

URBINA. Ellos vienen á honrarme.
Hónrese usted yendo allí,
y cumpla usted por su padre.

ARTURO. Imposible.

URBINA. Yo lo mando.

ARTURO. Obedeceré.—Pero antes
prométame usted que ella
no saldrá de aquí.

URBINA. Al instante
saldrá.

ARTURO. Oh! no, padre mio;
su bondad de usted la ampare.

Yo la engañé, yo la dije
que bendiciendo mi enlace,
usted la llamaba: yo
soy el único culpable:
yo, que perderla temí,
al lado de usted la traje,
porque usted la dé su amparo,
porque su esposo me llame.

URBINA. Hoy saldrá de aquí.

ARTURO. Señor...

URBINA. Yo lo mando, y esto baste. (Se vá.)

MUSICA.

ARTURO.

Qué importa que sin calma
yo adore tu beldad!
Qué importa de tu alma
la angélica bondad!
Tu voz y la voz mia
al fin rechazarán,
La vanidad impía
desoye nuestro afan.
Mi dulce bien!
Angel de amor!
Siempre mis ojos tu imágen ven!
Eres mi ensueño fascinador!

Más alta y limpia brilla
que el mundo y su esplendor,
la fé pura y sencilla
de tu inocente amor.
En tanto que tus ojos
alienten mi pasion,
te adorará de hinojos
mi amante corazon!

Porque te ví!
Porque te amé!
Porque del alma la fé te dí!
La vida entera te consagré!

ESCENA IV.

ARTURO.—BENIGNO.

HABLADO.

BENIGNO. Ay, señorito!
ARTURO. Qué pasa?
BENIGNO. Nada! que ya están ahí.
ARTURO. Quién?
BENIGNO. Vicenta con el padre.
ARTURO. Cómo? Quién les fué á decir?...
BENIGNO. Usted mismo al dar las señas
al cochero, estaba allí
la tia Prudencia, y por ella
han logrado descubrir...
ARTURO. Oh! No entrarán.
BENIGNO. Sí señor.
Entrarán; ahí esta el quid.
Su padre de usted lo manda:
como que ahora iba yo á ir
á buscarlos, cuando cata
que al pasar por Chamberí,
me los encontré á la puerta
de un tosco chirivitil.
Quise hacer la vista gorda,
cuando siento que, chss! chss!
y era Vicenta... Vicenta...
que con aire varonil,
y la mantilla terciada,

y esta mano puesta aquí, (En jarras.)
me dijo: «Aquí estamos tóos!
Hágame usté el gusto de ír
á llevar el chisme!»—Yo...
no sabia qué decir...
el padre me amenazaba,
y se venia hácia mí...
y... ay! eché á correr... y... ay!
me han seguido hasta el jardin.

ARTURO. Han entrado?

BENIGNO. Si señor.

ARTURO. Y lo dice usted así?
Si no se van, tiemble usted!

BENIGNO. Caracoles... Soy feliz!
Conque es decir...

ARTURO. Vea usted
lo que hace.

BENIGNO. Pero sí...

ARTURO. No le pierdo á usted de vista.

BENIGNO. Señorito... por San Gil!

ARTURO. O usted los despide... ó
va usté á acordarse de mí!

ESCENA V.

BENIGNO paseando.—Luego VICENTA.

Me está muy bien empleado!
Me alegro! Soy un mastin!
Es claro... Voy á ser víctima!...
no hay remedio para mí:
me dan un golpe. Seguro!—
lo mejor será escurrir
(Al salir tropieza con Vicenta.)
el bulto.—Ay! otra te pego!

VICENTA. Ya me tiene usted aquí.

BENIGNO. Venga usted en hora buena...
Muy bien venida... y muy... muy...
VICENTA. Poquita conversacion,
y al asunto sin mentir.
En dónde está Cármen?
BENIGNO. (En tono enfático.) Ay!
VICENTA. Sin papelería... y sin...
BENIGNO. Soy desdichado, Vicenta!
Vicenta, soy infeliz!
Las apariencias me acusan,
no lo niego... porque al fin
fuí cómplice... pero tengo
una horrible cicatriz
en el alma... si señora.
Míreme usted de perfil;
míreme usted cara á cara...
y dígame usted si en mí
no se adivina que siempre
caminé por el carril
de la virtud... y la... la...
VICENTA. Le veo á usté de venir.
BENIGNO. De venir? De venir? Eff!
qué términos... San Dionis!
Mida usted más sus palabras... (Con pulcritud.)
Esos términos aquí
no se usan.
VICENTE. Y á mí qué?
Me va usté ahora á mí á midir
las palabras?
BENIGNO. Si señora:
siento que hable usted así,
con esa cara de cielo...
y ese talle tan gentil...
y esos ojos... y esa sal...
VICENTA. Ya lo güelo, que es anís!
BENIGNO. Sopla!

VICENTA. Menos cercunloquios,
y dígame usted en fin
en donde está Cármen.
BENIGNO. Yo?...
y que el señorito... zis!
me dé un golpe?
VICENTA. Pues yo iré.
BENIGNO. No por Dios!
VICENTA. (Gritando.) Dónde está?
BENIGNO. Chss!
Chss!
VICENTA. Dónde está?
BENIGNO. Chss! Vicenta!
no sea usted tan cerril...
perdone usted esta franqueza.
VICENTA. Pero...
BENIGNO. (Señalando el pabellon.) Chss! Silencio! Ahí.
VICENTA. Vaya usté á llamarla.
BENIGNO. Bien.
Mas la debo á usté advertir
que si viene usté á llevársela,
invente usté algun ardid...
VICENTA. Quién ha de oponerse?
BENIGNO. Ella.
Qué!... Si vale un Potosí!
Tiene más talento, y más
corazon... qué ha de salir!
No la arranca de esta casa
toda la guardia civil.
VICENTA. Bien está: yo veré...
BENIGNO. A ella!
En usted confian mis
espaldas; me han prometido,
si no la saco de aquí,
una tunda, y otra tunda
si la saco: pero en fin,

más temo al padre que al hijo;
si el hijo quiere reñir...
que me busque; porque ya
se me atufa la nariz...
y si se empeña... habrá lance!
(Con la accion.) y... en guardia! Yo sé esgrimir
las armas... ay! siento ruido...
Es ella?... La misma... sí!
Con alma! Voy por el padre...
Duro en ella!
(Cármen aparece por detras del pabellon viniendo á sentarse en el banco. Despues de contemplarla un instante, enviándola un beso al salir.)
Querubin!

ESCENA VI.

CARMEN —VICENTA.

VICENTA. (Poniéndose delante de Cármen con desenfado.) Tengo la sastifacion.
CÁRMEN. Tú aquí?...
VICENTA. Con la cara... estamos?
He venido... porque... vamos...
pa dicirte una razon.
CÁRMEN. Vicenta!
VICENTA. Y si acaso falto...
CÁRMEN. Calla, por Dios!
VICENTA. Yo callar?
Cabales! Yo puedo hablar
muy alto, Cármen, muy alto!
CÁRMEN. Qué vas á hacer? Por favor,
no grites!
VICENTA. Me echas de aquí?
CÁRMEN. Yo echarte?
VICENTA. Si quieres, dí
que venga á echarme el señor!
CÁRMEN. Tengo miedo!

VICENTA. Ya se vé!
No puedes gritar? Yo puedo!
CÁRMEN. Vicenta!
VICENTA. Me tienes miedo?
Habrás hecho algun por qué!
Pero yo?... Ni la señal!
yo no temo á nadie, no!
Yo hablo gordo... porque yo
soy una mujer... candeal!
Y nunca ofendí á mi padre;
tengo una madre, y la cuido,
estamos? y nunca olvido
el cariño de mi madre.
Por eso siempre viví
con honra, con alegría,
y con la gran fantesía
de llevar mi cara... así!
CÁRMEN. Basta!
VICENTA. Cármen... con tu acion,
me has hecho aqui mucho mal!
CÁRMEN. No ves que lloro?
VICENTA. (Conmovida.) Sí tal.
CÁRMEN. Tienes muy mal corazon!
VICENTA. Yo? (Con fuerza.)
CÁRMEN. No en mi llanto te goces.
VICENTA. Yo? (Con voz ahogada.) No estás viendo mi pena?
CÁRMEN. Ah, sí! Que tú eres muy buena!
VICENTA. Cármen!... ya no me conoces?
Y piensas que yo podría...
yo... cuando te quiero...
(Tendiéndola los brazos.) Ven!
No ves que lloro tambien?..
CÁRMEN. Ah! Vicenta! (En sus brazos.)
VICENTA. (Con efusion.) Cármen mia!

———

MUSICA.

VICENTA.

Ay! Mi cariño consuélete!
Ay! Calma ya tu afliccion!
Ay! Esas preciosas lágrimas,
llenan de júbilo mi corazon!

CARMEN.

Ay! Tú que miras mis lágrimas!
Ay! Tú que ves mi afliccion!
Ay! Por tu llanto permíteme
del padre mio la bendicion!

VICENTA.

No llores, Cármen mia!
No llores más, por Dios!

CARMEN.

Perdon, hermana mia!
Perdon! Perdon! Perdon!

HABLADO.

VICENTA. (Enjugándola los ojos con su pañuelo.)
Vamos... no llores... no más!
Sin pensarlo te ofendí!
CÁRMEN. Qué alma tan bella!
VICENTA. Sí! sí!
Me adulas... qué alhaja estás!
Zalamera!...—Eh! Si quieres,
nos iremos juntas.
CÁRMEN. Yo?...
VICENTA. Tu padre me espera.
CÁRMEN. Oh!
VICENTA. Te esperamos?...
CÁRMEN. No me esperes.
Triste y sola quedo aquí:
quedándome, honrada quedo;
Ya de esta casa no puedo...

no debo salir así.
De mi padre me alejó
irresistible poder!
Si ofenderle pude ayer,
no he de deshonrarle, no!
Así ganaré el perdon
de mi padre, porque al cabo
volveré... sin menoscabo
ninguno de mi opinion.

VICENTA. Sí, sepa el mundo quién eres.
Nada tu pureza empaña:
que él no lo dude. El se ensaña
con nosotras las mujeres.—
Y te han de casar! Que si!
que á tí ninguno te humilla!
O me tercio la mantilla,
y ardemos todos aquí.
Vaya! Yo no imaginé...—
Tu padre viene conmigo...
pero yo haré... yo me obligo...
sí! si! Yo te ayudaré!

CÁRMEN. Mi Vicenta!

VICENTA. En mi confia!

CÁRMEN. Me perdonas?

VICENTA. Lo preguntas?
Pues no hemos llorado juntas?
Pues no eres hermana mia?
Eh?... Vendrán dias mejores...
y entonces... Adios; me voy...
si me ven aquí... ya estoy
más contenta!... Que no llores!

———

ESCENA VII.

LAS MISMAS.—BENIGNO.—Luego, VALERIANO.

MUSICA.

BENIGNO.

El padre de usted viene.
Mi padre!

BENIGNO.

Yo me voy
Escurro el bulto...
(Viendo á Valeriano.)
Zape!
Huyamos su furor!

VALERIANO.

(Es ella!)

CÁRMEN.

(Corriendo á él.)
Padre!

VALERIANO.

Quita!
No soy tu padre yo!
Aparta!

CÁRMEN.

Padre mio!

VALERIANO.

Aléjate!

CÁRMEN.

Perdon!

VALERIANO.

(Qué celestial consuelo
derrama aquí su voz!)

CÁRMEN.

Tú sola, hermana mia,
consuelas mi dolor!

VICENTA.

Tu padre te perdona.

VALERIANO.

(Hija del alma!) No!

Eres tú la que algun dia
inundaba de alegria
este amante corazon?
No! No!
No eres tú la que amorosa
ostentaba virtuosa
la pureza de mi amor!
No, no hay perdon!

CÁRMEN.

No soy yo la que podria
olvidar que fuí algun dia
de mi padre la ilusion!
No! No!
Aun soy yo su hija amorosa
aun ostento virtuosa
la pureza de mi amor!
Perdon! Perdon!

VICENTA.

Pues nos busca cariñosa,
esa súplica amorosa,
acojamos con amor!
Perdon! Perdon!

VICENTA.

Humilde y llorosa
implora perdon!

VALERIANO.

Mi amor olvidando,

De mí se alejó,
inmensa es su culpa!

VICENTA.

Más es su aflicion!

VALERIANO.

Buscando á ingrata
no vine aquí yo!
Yo busco al que infame
mi honra ultrajó!
Venganza reclama
tan pérfida accion!

VICENTA.

No basta mi ruego?

CARMEN.

Silencio, por Dios!

VALERIANO.

Venganza buscando
alzo aquí la voz!

VICENTA.

Señor!

CARMEN.

Padre mío!

VALERIANO.

Aparta!

CARMEN.

Perdon!

VALERIANO.

No eres tú la que amorosa
ostentaba virtuosa
la pureza de mi amor!
No, no hay perdon!

CARMEN.

Aun soy yo su hija amorosa,
aun conservo cariñosa

la pureza de mi amor!
Perdon! Perdon!

VICENTA.

Pues nos busca cariñosa,
esa súplica amorosa
acojamos con amor!
Perdon! Perdon!

HABLADO.

VICENTA. Señor Valeriano! (Presentándole á Cármen.)
VALERIANO. (Sin mirarla.) Infiel!...
VICENTA. Vamos!...
VALERIANO. No... ruegas en vano.
VICENTA. (Haciendo arrodillar á Cármen.)
De rodillas.
(Cogiendo la mano de Valeriano, que él abandona. Cármen la besa.)
Esa mano!...
(Mostrándole la actitud de Cármen.)
Lo está usted viendo?
VALERIANO. (Sin volverse.) Cruel..
VICENTA. Vamos!
VALERIANO. Qué quieres?
VICENTA. Que está
de rodillas...
CÁRMEN. Padre...
VALERIANO. (En tono breve y seco.) Bien.
VICENTA. Eh!... Temple usté ese desden.
Levanta... un abrazo... ajá!...
(Obligando á Valeriano, que cede involuntariamente.)
VALERIANO. Tú estás abusando...
VICENTA. Pues!
Si aqui no cabe el encono!
Vamos!...
VALERIANO. (Con espansion.) Ah!... Yo te perdono!
Yo te bendigo!
VICENTA. Eso es.
CÁRMEN. Padre de mi alma!

VICENTA. Así!
Ya somos dichosos... eh?
y ya es inútil que usté...
VALERIANO. Ya no: salgamos de aquí!
VICENTA. (Ahora es ella.)—Es menester...
Es decir... (Haciendo señas á Cármen.)
VALERIANO. (Viendo á Cármen inmóvil.) Qué? dudas?
CÁRMEN. Yo?...
VALERIANO. Vés!... Nos abandona!
CÁRMEN. (Con decision.) No.
Seguirle á usté es mi deber.
VICENTA. Cármen!... (Reconvencion.)
VALERIANO. Vamos.
VICENTA. (Pasando el lado de Valeriano.) (No por Dios!
Vete.) Está usted ya contento?...
VALERIANO. Buena pieza! (Abrazándola.)
CÁRMEN. (Qué tormento!)
VICENTA. (Abrazando á Valeriano con una mano y haciendo señas á Cármen con la otra para que se vaya.)
Nos conocemos los dos!...
Tiene usté un génio... terrible!
Vaya!... Le tengo á usté un miedo...
VALERIANO. Tú?... y por qué?
CÁRMEN. Ah.. sí, me quedo!
Salir así es imposible! (Desaparece.)

ESCENA VIII.

VALERIANO.—CÁRMEN.

VALERIANO. Cómo?... Se vá!... Cármen!—Mira!...
Cármen!
VICENTA. Déjela usted ya.
VALERIANO. No vuelve... se aleja... ah!
VICENTA. Volverá pronto.
VALERIANO. Mentira!

Si oye mi voz!... si está allí!
La ingrata el alma me hiere!
No nos quiere!... No nos quiere!...
Pues bien... salgamos de aquí!

VICENTA. No es usted capaz. (Invitándole á salir.)

VALERIANO. Que no?
Anda delante.

VICENTA. De veras?
Ande usted.

VALERIANO. Anda... qué esperas?

VICENTA. Vaya usted delante.

VALERIANO. Yo?...
Anda tú.

VICENTA. Si usted lo manda...

VALERIANO. Ya no es nada mio...

VICENTA. Bueno.

VALERIANO. Ya lo ves... estoy sereno!
Pues qué te figuras?... Anda.
Tú serás mi hija querida...
no es verdad?

VICENTA. Vaya!...

VALERIANO. Me quieres?

VICENTA. Mucho!

VALERIANO. Ah... sí! Qué buena eres!
Ya no he de verla en mi vida.
Vamos.

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—BENIGNO.

BENIGNO. (Huyendo.) Sopla!

VALERIANO. (Contenido por Vicenta.) Hola! Amiguito!
Por qué huye usted de mí?...
Ya estoy satisfecho.

BENIGNO. Sí?

Vaya, me alegro infinito.

VALERIANO. Diga usté á esa gente... honrada!
que he estado aquí... y volveré!

BENIGNO. Bueno.

VALERIANO. Qué es eso? Por qué
huye usted de mí?

BENIGNO. Por nada.

VALERIANO. Diga usted que volveremos!
Se rie usted?

BENIGNO. No me rio.

VALERIANO. Miserable! (Pugnando por desasirse.)

BENIGNO. (Huyendo.) Señor mio!

VICENTA. Déjele usted.

VALERIANO. Nos veremos!

ESCENA X.

BENIGNO.—Luego URBINA.

BENIGNO. Pues señor, no sufro más!
No sufro más, no señor!
Fuerza es tomar ahora mismo
una determinacion.
Quiero hablar al coronel!
(El coronel se acerca sin ser visto.)
Y le hablaré... no que no!
Pues bonito genio tengo!
Jem! Y si alza la voz,
si me amenaza... ay! entónces...
entónces... téngame Dios
de su mano, porque ya
me está ahogando aquí el furor,
y si me dejo llevar
de mi justa indignacion...
Brr! es fácil que haga una
de pópolo bárbaro. (Viéndole.) Oh!

URBINA. Yo soy: me buscaba usted?
BENIGNO. (Energía!) Si señor.
URBINA. Sepamos.
BENIGNO. Mireme Usía.
con calma... con detencion.
Nada de amenazas... nada
de disgustos, por favor...
y hablémonos... como se hablan
las gentes de educacion.
URBINA. (Ente más raro!) Y sepamos,
quién es usted?
BENIGNO. Quién soy yo?—
Yo soy Benigno Martin,
cirujano comadron,
in fieri, no ejerzo aun:
nací el año treinta y dos,
no sé de quién... no sé en dónde!
Sin darme la esplicacion,
mis padres han conservado
el incógnito hasta hoy.
Estudié en la Escuela Pia,
con bastante aplicacion,
ganando mi subsistencia,
bajo el amparo de Dios,
vendiendo fósforos finos,
plumas, y papel de Alcoy.
He sido despues mancebo
de la honrosa profesion
que hoy ejerzo, y con estudio
y con fuerza superior,
de voluntad, ya vé Usía...
soy un hombre establecido...
y puedo ser elector...
y me parece... quién sabe?
aun puedo ser... digo yo!
URBINA. Tiene gracia por mi vida!

BENIGNO. Se rie Usía?... Mejor.
URBINA. Botarate!
BENIGNO. Poco á poco!
Ya vé Usía que no estoy
en el caso...
URBINA. Eh!... ya basta!
Acabemos, vive Dios!
Qué papel hace usted aquí?
BENIGNO. El papel de... qué sé yo!
Yo he venido... porque al cabo
es muy noble mi intencion:
Su hijo de usted es sensible...
la chica le enamoró...
ella dió en corresponder...
y ya vé Usía... el amor!...
cuando hay obstáculos... crece!
y cuando están así dos
amantes... no se les debe
abandonar... no señor!
Y una pasion comprimida...
ya vé Usía... es cosa atroz!
Por eso velé por ellos...
tal era mi obligacion...
y... ahí los tiene Usía... ahora...
lavo mis manos... y adios!
URBINA. (Este hombre no tiene precio!)
No se vaya usted.
BENIGNO. Que no?
URBINA. Ya le he dicho á usted que quiero
tener una explicacion
con el padre.
BENIGNO. Ya ha venido.
URBINA. En donde está?
BENIGNO. Se marchó...
Pero vá á volver.
URBINA. Le aguardo.

Es fuerza que hoy mismo hoy,
se lleve lleve á su hija.

BENIGNO. Bueno.
El es un ángel de Dios...
muy buen hombre... como Usía...
no creo que se hallen dos
más iguales... en el fondo...
ya sé yo que el exterior...
(Cármen aparece en el fondo.)
Ah...! Mire Usía.

URBINA. Quién?

BENIGNO. Ella.

URBINA. (Con aspereza.) Acérquese usted.

BENIGNO. Me voy?

URBINA. Sí.

BENIGNO. Si Usía necesita
de mí.... en dándome una voz...
Verá Usía un pico de oro.
(A Cármen.)
No tema usted... (A una seña del coronel.) Si señor.
Vá á conquistarle, de fijo.
Daré parte á la reunion.

ESCENA XI.

URBINA.—CARMEN.

(Cármen viniendo á colocarse cerca del coronel, prorumpe en llanto.)

URBINA. (Vea usted eso!) Hija mia,
no se aflija usted así.

CÁRMEN. Mi amparo en usted veia,
y ahora... yo no creí
que usted me abandonaría!

URBINA. Mi deber lo exije, y voy
á cumplir con mi deber.

CÁRMEN. Si ayer falté al mio... hoy,

no olvide usté por quién soy
más desdichada que ayer.

URBINA. Mi hijo...

CÁRMEN. Su amor le disculpa,
porque es Arturo leal.
Yo dí crédito... hice mal!
Vea usté cuál fué su culpa,
y cuál fué la mia... cuál!

URBINA. (Demonio de chica!)

CÁRMEN. Bien!...
Sé que debo á usté obediencia!
Mas sola con mi conciencia...
si usted me rechaza... quién
podria creer en mi inocencia?
Ninguno!... No puede haber
pena que á la mia iguale!

URBINA. No es tanta...

CÁRMEN. Pues no ha de ser!

URBINA. No veo...

CÁRMEN. Tan poco vale
la honra de una mujer?...
Saldré de esta casa... sí!
No veré á Arturo en mi vida!
Mas su amor vivirá en mí,
con la memoria querida
de la madre que perdí.

URBINA. Yo...

CÁRMEN. Bien veo que mi amor
acoje usted con desvío...
y merezco tal rigor;
yo abandoné al padre mio!...
Dónde hallar culpa mayor?
Inmensa es mi falta... pero
es mayor mi desventura!
que perdí la calma pura
de mi alma... y solo espero

largos dias de amargura!
Y es justo!... debo sufrir
hoy mi extravío de ayer!
Saldré... sí... cómo ha de ser!
Usted me manda salir...
y yo debo obedecer!
Pero antes...

URBINA. (Su voz conmueve!)

CÁRMEN. Todo con amor se alcanza...)
y usted consentir no debe,
que ni una esperanza lleve,
quien vió en usted su esperanza!

URBINA. Qué puedo hacer? Pida usted.

CÁRMEN. Pido...

URBINA. Si en mi mano está...

CÁRMEN. Deme usted su mano.

URBINA. (Conmovido.) Ahí vá!

CÁRMEN. Gracias por tanta merced!

URBINA. Apriete usted!... voto á!...

CÁRMEN. Adios. (Alejándose.)

URBINA. Adios! (Quién diria!) (Muy conmovido.)
(Se vá!)

CÁRMEN. (Me deja marchar!)
Irá usté á verme algun dia?

URBINA. Sí!

CÁRMEN. Adios!

URBINA. (Sumamente agitado.) Adios, hija mía!
(Por Dios que me ha hecho llorar!)

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—VICENTA.—Luego ARTURO y BENIGNO.—A poco VALERIANO.

VICENTA. Ah! Cármen! Señor!

URBINA. Qué pasa?

ARTURO. Qué es esto? (Saliendo.)

BENIGNO. Qué ha sucedido?

VICENTA. Tu padre me ha despedido
para volver á esta casa.
Con gesto amenazador
mi súplica ha rechazado.
Viene, el juicio trastornado,
en busca de usté, señor.

CÁRMEN. Tiemblo.

URBANO. Tu escudo he de ser.
Qué compromiso...

VICENTA. (A Cármen.) No llores.

BENIGNO. Me han seguido los señores. (Viendo al coro..)
(A tiempo llegan.)

URBINA. Qué hacer?

MUSICA.

(Valeriano apareciendo en el foro derecha y dirigiéndose al coro mostrando ligeros indicios de embriaguez,)

VALERIANO.

Ah! Caballeros,
salud!

URBINA.

Es él!

CARMEN. (Yendo á él.)

Cielos! mi padre!

URBINA. (Conteniéndola y ocultándola trás sí.)

Silencio!

BENIGNO.

Bien.

CORO.

Qué busca este hombre?
Quién puede ser?

VALERIANO.

Quién soy?... un hombre.
Qué busco?... pues!
Yo vengo en busca
de un coronel...
que es caballero!...
vaya si es.

URBINA. (Conteniendo á Cármen.)

Silencio!

VALERIANO. (Avanzando.)

Hola!
Dios guarde á usted.
(Tropezando.)
Eh!... no hay cuidado!
no hay que temer!
Mi falta es grande!
si ofendo... bien:
pero mi pena
más grande es!

URBINA.

(En tal momento,
qué hacer? qué hacer?)

CORO.

Inquieto se halla
el coronel,
el lance tiene
mucho interés!

VALERIANO.

Malhaya el padre bueno,
malhaya amen!
que de cariño lleno
de un hijo ingrato llora el desdén.
Ay! Malhaya la pena
que al llanto me condena,
malhaya amen!

CÁRMEN.

En lágrimas deshecho
no alcanza á ver,
que en mi amoroso pecho
su amargo llanto viene á caer.
De angustia el alma llena
el juicio le enagena.
Qué debo hacer?

URBINA.

Es padre, y padre bueno
y anciano es,
y de cariño lleno
de un hijo ingrato llora el desdén.
Su estado me da pena,
y á oirle me condena!
Qué hacer! Qué hacer!

ARTURO.

En su angustioso llanto,
de padre el amor santo
se deja ver.

(A Cármen.)

Tu espíritu serena,
pronto verás su pena
desparecer.

VICENTA.

Bien haya el tierno llanto
que en su cruel quebranto
se deja ver.
Embárgale la pena!
Tan dolorosa escena
no puedo ver.

BENIGNO.

Llorando está el cuitado.
Al ver su triste estado
lloro tambien.
Malhaya amen la pena,
que á exceso tal condena,

malhaya amen.

CORO.

En su angustioso llanto,
de padre el amor santo
se deja ver.
La dolorosa pena
que al llanto le condena,
cuál puede ser?

VALERIANO.

Conque... digo... caballeros!
con franqueza y sin faltar!
si sois nobles... amparadme!
Os doy miedo?... já! já! já!

(Señalándoles con la mano convulsivamente.)

CORO.

Qué osadia! qué insolencia!

URBINA. (Adelantándose.)

Salga usted.

VALERIANO.

Salir?... Jamas!
Nada teme el que es honrado!
Sepan todos la verdad!
Una hija me han robado
y aquí dentro oculta está.
Vedme bien!... yo soy su padre!
(Señalando al coronel.)
y el ladron... já! já! já!

(Valeriano entre risa y sollozos señala alternativamente al coro, espresando un profundo dolor, y viene á sentarse en el banco balbuceando frases inconexas. Urbina acude á Carmen que se halla sumamente agitada, rodeada de Arturo, Benigno y Vicenta.)

URBINA.

Serena, hija mia,
tu pecho angustiado;
tu dicha es segura;

feliz eres ya!
Un padre querido
te tiende los brazos,
tu llanto serena,
de aquí no saldras.

(Urbina conduce á Cármen á la derecha, por donde desaparece conducida por Vicenta, Arturo y Benigno.

Coro.

Sin duda es su hija
la esposa de Arturo;
al fin de esta escena
no sé cuál será.
Quién es esa niña
que tanto merece?
Aquí hay un misterio
que es fuerza aclarar.

HABLADO.

Urbina. (Al coro que desaparece por la izquierda.)
Señores, solo un momento.
(A Valeriano que se levanta á su voz.)
Qué ha hecho usted?
Valeriano. Eh? Qué he hecho yo?
Urbina. Usted no es buen padre: no!
Valeriano. Eh?
Urbina. Está usted ya contento?
Usted me ha insultado á mí!
Valeriano. Yo?... pues qué? pues yo, qué he hecho?
Yo vengo...
Urbina. Con qué derecho
se atreve usté á entrar aquí?
Valeriano. Con qué derecho? Pues hombre...
me gusta!... con el mayor!...
Mi hija!... mi hija, señor!...
Urbina. No profane usté ese nombre!

Salga usted.

VALERIANO. Que salga? Eso es!
Me echa usted de aquí?... es llano!
Me echa usted... como á un villano!
como á un miserable! Pues!
Piensa usted que sin derecho
estoy aquí? Enhorabuena.
Qué le importa á usted la pena
que despedaza mi pecho?
Qué le importa á usted que
suspire y solloce aquí?
Piensa usted porque hablo así
que vengo borracho? No.
Si van con débil aliento
las palabras de mi boca,
es que el llanto las sofoca!
que las ahoga el sentimiento!
Es que no hay nada que aflija
como el dolor con que vengo!
Es que en el mundo no tengo
más amparo que mi hija!
y no he de volver sin ella,
cuádrele á usté, ó no le cuadre.
Razon tengo: soy su padre;
y es tan justa mi querella,
que debiera mi afliccion
hallar aquí protectores;
pero estos nobles señores
tienen seco el corazon!
Y ultrajan de infame modo
la honra de un padre anciano!
Son caballeros!... y es llano,
eso lo autoriza todo!
Mas yo, aunque humilde he nacido,
tales infamias condeno!
Yo soy padre! Y padre bueno!

y por mi hija he venido!
y en vano es que usted exija
que abandone mi querella;
no salgo de aquí sin ella!
Mi hija, señor, mi hija!

URBINA. Su hija de usted vivirá
feliz desde hoy á mi lado;
el paso que usted ha dado
la separa de usted ya.
Ante una familia honrada
llegó usted con malos modos,
y usted declaró ante todos
á su hija deshonrada.
De su virtud, de su fé
duda usted, y yo no dudo.
La infamó usted. Yo la escudo.
Yo la quiero más que usté.

VALERIANO. Yo...

URBINA. Sí: usted me ha insultado,
y ofende á mi hija querida!
Usted su padre? Usté olvida
que un padre ha de ser honrado?
Un padre es todo bondad!
Padre usted? con qué razon?
Títulos de padre son
la honra, la providad.

VALERIANO. Señor!

URBINA. Y usted insultó
á un padre, noble, leal!
Busca usté á una hija... á cuál?
Padre de Cármen soy yo!

VALERIANO. Usté?

URBINA. Es mi hija querida!

VALERIANO. Ah! Perdon; ingrato fuí!
La querrá usted siempre así?

URBINA. Mientras me dure la vida!

VALERIANO. Oh! Me ha dicho usté unas cosas,
(Llevando la mano al corazon.)
que aquí... aquí me han herido,
Esas palabras que he oido...
son hermosas... muy hermosas!
Yo creí... ella es mi vida...
y por eso... ea!... falté!—
Dice usté que ella?...

URBINA. Sí á fé!
Es mi hija! mi hija querida!

VALERIANO. Su felicidad primero!
Sea usted su padre... sí!
Si la quiere usted así...

URBINA. Con toda el alma la quiero.

VALERIANO. Ah! Gracias! Gracias, señor!
Déme usté á besar su mano;
gracias... gracias!

URBINA. Pobre anciano!
(Tendiéndole la mano.)
Es usté un hombre de honor!

VALERIANO. Soy honrado... no es verdad?
Usted lo dice... lo soy!
Ufano y dichoso voy.
Gracias por tanta bondad!—
Ella... ampara mi vejez!
Si algo obligan estas canas...
de hoy más... todas las semanas
yo vendré á verla una vez...
verdad? Soy padre... por eso,
de buena gana vendria
á buscar dia por dia
solo una caricia... un beso!

URBINA. (Alma bella!)

VALERIANO. Sin su amor...
qué fuera de mí? por qué...
ea! me voy!—No vé usté

que estoy llorando, señor?

URBINA. (Tendiéndole los brazos con espansion.)
Pobre viejo!... Ven acá!

VALERIANO. Qué hace usted?

URBINA. Voto á mi nombre!
Tender mis brazos á un hombre,
y llamarle hermano!

VALERIANO. Ah!

ESCENA ULTIMA.

URBINA.—VALERIANO.—CARMEN.—VICENTA, ARTURO y BENIGNO por la izquierda.—El CORO por la derecha.

CORO. Bravo!

BENIGNO. (Palmoteando.) Victoria!

URBINA. Hijos mios!
(Al coro.) Señores... ved. (Presentándole la mano) Valeriano...
Gonzalez, de hoy más mi hermano!

ARTURO. Padre!

VALERIANO. Señor!

BENIGNO. Voto á brios!

URBINA. Sí, mis brazos!

VALERIANO. Qué bondad!

VICENTA. Y á mí!

CÁRMEN. (Presentándola.) Es mi hermana.

VICENTA. (En brazos de Urbina.) Oh!

BENIGNO. (Con cómica solemnidad.) Donde pongo mano yo,
nace la felicidad!

(Urbina tiene á su izquierda á Cármen y Arturo; á su derecha á Vicenta y Valeriano.)

URBINA. Basta de afanes prolijos!
Hijos del pueblo... venid!
Rico pueblo el de Madrid,
que dá tan honrados hijos!

MUSICA.

CÁRMEN.

A la vista encantadora
de este instante suspirado,
de mi pecho enamorado
ya la pena se alejó.
Larga vida á mi alma ofrece
de contento y de ventura,
la esperanza hermosa y pura
que mi mente acarició.

(A Arturo.)

De tu amor la fé sincera,
premiará mi fé constante.
Siempre amada, siempre amante.
á tu lado viviré.

CORO.

Larga vida á su alma ofrece
de contento y de ventura,
la esperanza hermosa y pura
que su mente acarició.

FIN.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en en que su representacion sea autorizada.

Madrid 2 de Diciembre de 1859.—El Censor de Teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

Á PARTIR CON EL DIABLO.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

Á PARTIR

CON EL DIABLO.

ÓPERA CÓMICA EN TRES ACTOS

DE MR. EUGENIO SCRIBE.

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR DON EMILIO ALVAREZ.

MUSICA DEL MAESTRO AUBERT.



MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
calle de San Agustin, 12, 2.º

1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA REINA.	SRA. SORIANO.
EL REY D. CARLOS II. . .	SR. CUBERO.
GONZALO.	SRITA. CASTRO.
ANA.	SRITA. MONTAÑÉS.
D. JUAN ALVARADO. . .	SR. DALMAU.
D. DIEGO DE GUEVARA.	SR. GIMENO.
FABIO.	SR. CALTAÑAZOR.
UN MAYORDOMO DE PALACIO.	SR. LOPEZ.
UN UGIER.	SR. N. N.
UN FAMILIAR DE LA INQUISICION.	SR. GARCIA.

CABALLEROS, SOLDADOS, PRELADOS, FAMILIARES, UGIERES, DAMAS.

ACTO PRIMERO.

Sitio pintoresco cerca del Pardo.—A la derecha gran fachada de un antiguo convento.—A la izquierda un árbol á cuyo pié hay un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, DON DIEGO, FABIO. **Apareciendo por la derecha.**

DIEGO. Pues que á entrambos interesa,
esto queda así tratado:
no loco y desatinado
acometais tal empresa.
Vos plaza de alférez? Vos
aspirar á tal empleo?
Mozo sois por lo que veo,
arrestado, ¡vive Dios!
De este empeño desistid;
vuestra ambicion moderad;
y á Salamanca tornad,

y los estudios seguid.
Vuestra humilde condicion
os impone este deber:
cuanto á mí, no puedo hacer
nada en vuestra pretension.
Con el rey cazo en el Pardo...
no llegueis al Pardo vos.

FABIO. Buena caza te dé Dios.

DIEGO. Hágase atrás el bigardo.

ESCENA II.

DON JUAN, FABIO.

FABIO. Atrás me haré yo, y aún más
atrás, que atrás poco es:
y aún por no verte, despues
he de hácerme más atrás.

JUAN. Qué es esto?

FABIO. Que envidó el resto
tu tio: qué tio el tuyo!
Ante un amor como el suyo,
pregunto á mi vez, qué es esto?
Quién este tio nos dió?
Qué tio es este, Dios mio...
que no es tio, y es un tio
como no le he visto yo?
Nada en tu favor hará
este tio, pues colijo
que por tu tio se dijo
lo de un tio en Alcalá.

JUAN. Empeño fué de mi padre
que yo en la córte buscára
á un Don Diego de Guevara

hermanastro de mi madre.
FABIO. Que es este?
JUAN. Sí.
FABIO. Pues apela
á otro medio, y no te enoje;
que por las trazas, no coje
un galgo la parentela.
Y me alegro. Aquella cara...
y aquel ademán... y aquel...
Y ahora doy en ello; es él!
Este es Don Diego de Guevara.
El que al rey tiene en profundo
recogimiento...maldito!
Es el sagaz favorito
del rey don Cárlos segundo.
El que para conseguir
sus criminales deseos,
en pérfidos galanteos
pretende al rey sumergir.
Por tenerle más sujeto,
de infando amor le rodea,
y horribles medios emplea
para conseguir su objeto.
JUAN. Este es: en palacio mora,
y allí es su capricho ley,
que respeta el mismo rey.
FABIO. Así reina él en mal hora.
JUAN. Respeta al rey.
FABIO. Á fé mia
que mejor pudiera estar
si él se hiciera respetar
la española monarquía.
JUAN. Él gobierna...
FABIO. No señor.
Esclava la voluntad,

llora su debilidad
y su desdichado amor.

JUAN. Amor?

FABIO. Secreto.

JUAN. Mas quién
tal secreto te fió?

FABIO. Que eso preguntes? Si yo
viví en palacio tambien!
Si yo en su anchuroso espacio
al confesor he servido
del rey... Vaya! Pues si he sido
duendecillo de palacio!
Y allí he visto al rey gemir,
y á la reina ví llorar,
y á un favorito mandar,
y á cien magnates reir.
Todos cercan con afan
al rey, y su mente ocupan,
y se apiñan, y se agrupan,
y en torno vienen y van:
dicen que tiene los malos,
pero los malos son ellos;
qué cortesanos aquellos
para embestirlos á palos!...

JUAN. Pláceme que hables así
del rey.

(Gonzalo aparece en este instante y se oculta en el árbol.)

FABIO. Él es un bendito.

JUAN. Tambien como él necesito
tu compasion para mí.

FABIO. Para tí?

JUAN. Sí; acaso ignoras
que forma todo mi sér
la imágen de la mujer
que me sigue á todas horas?

FABIO. Y es verdad. Por santa Eládia

que el rey y tú, ¡vive Dios!
me estais pareciendo dos
pastorcitos de la Arcádia.—
Buenos estamos, señor!
Tú, con porte tan sencillo,
tú, sin blanca en el bolsillo,
amor tienes?...

JUAN. Tengo amor!
Qué mujer, Fábio!

FABIO. Esto pasa?

JUAN. Tímida, honesta, sencilla!

FABIO. Esa es la costurerilla
que vivió frente de casa.

JUAN. La misma: verdad que es bella?

FABIO. Y ella te enamora?

JUAN. Ah! sí!

FABIO. Y ella es quien te rinde así?

JUAN. Ella, Fábio amigo, ella!

CANTO.

JUAN.

Ella es
la mujer
que en amante inquietud sin cesar soñé.
Todo fé,
todo amor,
tras ella doquier ciego voy.
Sí; ella es
mi solo amor. mi solo bien.
En secreto, amante fiel,
yo la llamo, yo la imploro:
ella es
mi tesoro,
mi solo amor,

mi solo bien.
Aquí fija está:
no hay sin ella ventura ni paz.
¡Ella es!
Dices bien.
De su faz el gentil candor
qué emocion causa en mí, no sé:
una extraña inquietud, un dolor,
más dulce aún que el placer.
Si alguna vez, que pocas son,
en mis libros voy á estudiar,
sin que lograr pueda un autor
darme útil leccion, ni solaz,
¿sabes tú qué sombra ante mí siento girar?
Ella es
la mujer, etc.

HABLADO.

FABIO. Con que era ella?
JUAN. Ella, Fábio!
Y mira si esto es cruel:
hace un mes que no la veo.
Pudo desaparecer
de su casa.
FABIO. Miren eso!
Con que pudo? Con que es
mujer que se va y se viene
y se está perdida un mes?
JUAN. Deja las burlas ahora.
FABIO. Advierte...
JUAN. La lengua ten.
FABIO. Tengo.—Mas sabes, señor,
en lo que medito?
JUAN. En qué?
FABIO. Es lance extraño! Que igual

aventura llora el rey.

JUAN. Qué me importa?

FABIO. El diablo á veces...

JUAN. Calla, nécio.

FABIO. Es que tal vez...

JUAN. No me canses con más cuentos.

FABIO. No son cuentos...

JUAN. Callaté.
Cuando estoy desesperado
me persigue tu sandez?
Pensemos en remediar
mi mal.

FABIO. No es fácil.

JUAN. Sí es.
Mucho que esperar me queda;
nada tengo que perder.
La vida sin esperanza
y sin ambicion, qué es?
Yo á medrar vine á la córte,
y he de medrar, voto á cien!
No más libros: se acabó
la teología esta vez.
Plaza quiero en el ejército
de alférez, y la tendré.
Yo no tengo protectores;
en todos hallo desden:
y pues nadie me apadrina,
tal estoy, voto á Luzbel,
que si me apadrina el diablo,
al diablo me entregaré!

FABIO. Jesús!

JUAN. Piensas que al acaso
vengo á este sitio esta vez?
Te engañas. Hé aquí la encina,
(Designando el árbol.)

FABIO. Qué encina?
JUAN. Esta debe ser.
Esta es noche de San Juan,
y segun voz pública, es
la sola noche del año
en que suele aparecer
el espíritu maligno
á todo el que acude á él.
Esto en mis libros leí
y hasta de tí lo escuché!
Por tanto, si aqui le llamo,
me aparecerá tambien.
FABIO. Á que no aparece?
JUAN. Impío!
Tú no crees que Luzbel
existe?
FABIO. Sí, en el infierno;
pero no debe querer
salir de su casa, para
hacerte alférez del rey.
JUAN. Te mofas de mí?
FABIO. Señor,
mira lo que vas á hacer!
Mira que estás en pecado:
que si esa tu insensatez
olfatea el Santo Oficio,
va á chamuscarte la piel.
JUAN. Esto resuelvo.
FABIO. Me obliga
la resolucion pardiez!
Tú eres por demás sencillo!
Bien en tu porte se vé;
pero no creí que á tanto
llegara tu sencillez.
Mas pues al diablo te entregas,

hágase tu gusto, amen.
Bien sé que estás sin recursos,
y es tu situacion cruel;
y eso que has leido á todos
los sábios que hay que leer.
Mas de qué sirve ser sábio
ni tener génio, de qué?
Ni aun el recurso te queda
de ser comediante; el rey
no gusta de las comedias.
De sermones sí; ahí tú ves.
Va al sermon por la mañana
y por la noche tambien;
ya no hay fiestas en palacio
de comedias... ni autos... Qué!
Oficina del demonio
llaman al teatro en él.

Juan. Cesa en tu charla importuna
y vamos de aquí.

Fabio. Está bien.
Con que queda decidido...

Juan. Que hoy por la última vez
llegue á mi tio.

Fabio. Lo apruebo.

Juan. Y entre él y el diablo...

Fabio. Tambien.
Entre Luzbel y tu tio,
decídete por Luzbel.

Juan. Ven.

Fabio. (Qué bien sabe mandar!...
Si así diera de comer.)

(Se van.)

ESCENA III.

GONZALO.

CANTO.

GONZALO.

La relacion que oí
por Dios que es singular.
Lance fué que me causó
profunda ansiedad.
Nunca mejor para mi bien
pude hasta aquí mi planta encaminar.
Comprendo bien su afan.
Presa ya de aquel sentimiento
sin esperar consuelo á su mal!
Yo comprendo en mí su tormento
que su pena á mi pena es igual!
Vamos, pues,
errante trovador,
á vencer de este mal el rigor
para encontrar al fin la dicha en el amor.
Pronto voy
esta triste oscuridad á dejar;
que ya amanece hoy
el anhelado sol de eterno bienestar.
Hermana de mi vida,
mi bien querido,
ven á mí, que mi amor
te espera aquí,
si tu amor acude á mi.

ESCENA IV.

GONZALO, ANA (Llegando por detras del convento.)

HABLADO.

GONZALO. Qué veo! Hermana querida!
Loado el cielo!
ANA. (En sus brazos.) Oh placer!
GONZALO. Qué es esto? Qué viene á ser
esta imprevista venida?
ANA. Ya te escribí un papel hoy.
GONZALO. Y ya he leido el papel.
ANA. Gracias!
GONZALO. Me dabas en él
una cita, y aquí estoy.
Estás satisfecha?
ANA. Ah! sí!
Indecible es mi alegría!
—Y tú?
GONZALO. Nunca, hermana mia,
tan bien hallado me ví!
ANA. Qué bueno!
GONZALO. Pero venir
tan sola y con tal misterio!...
Sabes, niña, que esto es sério?
ANA. Ahora me vas á reñir?
GONZALO. No; pero á un pobre organista
que errante la vida pasa,
sin recursos y sin casa,
has de seguir? Dios me asista!
La abadesa del convento

inmediato me ha ofrecido
proteccion, y ya he venido
á buscar su ofrecimiento.
Veremos... mas pesiamí!
—Y la mujer á quien yo
te fié, te abandonó?
Cómo es que vienes así?

ANA. Yo en casa de mi maestra
me estaba... mas de repente...

GONZALO. Ah! Qué hombre vivia frente
por frente á la casa vuestra?

ANA. Frente de casa? Oh, Dios mio!
Allí vivia don Juan.
Quién te lo ha dicho?

GONZALO. Un... galan.
Un... sobrino de su tio.
Te turbas?

ANA. (Con timidez.) Es que no sé...
Don Juan me ama.

GONZALO. Bien por Dios!
Tú...

ANA. Nos amamos los dos.
Es tan bueno!...

GONZALO. Sí?

ANA. Sí á fé!

CANTO.

ANA.

Hoy como ayer le ví fiel y constante
guardar en él la fé que vive en mí!...
Cual sombra dulcísima
tras mí va solícito,
amante.

Tenaz mi desden vencer le ví.
Con qué rigor
podré evitar
el fuego de su amor?
Mi hermano eres tú.
Si hago mal,
perdóname.
Su amor, ¡ay de mí! me da pesar.

Honda pasion su mirada respira,
rendido amor opone á mi desden.
De mí en torno gira,
turbado me mira;
suspira!
Yo sé que me ama; ay! yo lo he visto bien.
Con qué rigor
podré evitar
el fuego de su amor?
Mi hermano eres tú.
Si hago mal,
perdóname.
Su amor, ay de mí! me da pesar.

HABLADO.

GONZALO. Con que siempre halló desvío
su amor?
ANA. Esquiva le oí.
GONZALO. Así lo afirmas?
ANA. Así!
GONZALO. La verdad?
ANA. Hermano mio,
recelando de mí estás?
GONZALO. No, Ana mia, no recelo;
que esa tu boca de cielo
no puede mentir jamás.

ANA. Pues ahora vas á saber
la desdichada ocasion
que me trae aquí.

GONZALO. Razon
muy poderosa ha de ser.

ANA. Bien sabes que la mujer
á quien tú me confiaste
tiene un lujoso obrador
de costura, tan notable
y de tal fama en Madrid,
que las damas principales
de la nobleza, á él acuden
á confiarla sus trages.
La pieza de la labor
tiene una reja á la calle;
y tras ella estaba yo
en dulce paz una tarde,
repitiendo la cancion
de nuestra bendita madre,
y hé aquí que dos caballeros
que pasaban por delante
de la reja, me miraron
con insistencia notable.

GONZALO. Don Juan?

ANA. Oh, no! Yo á don Juan
no le equivoco con nadie.
A la mañana siguiente
un hombre de aspecto grave
vino á decir que una dama
deseaba hacerse un trage,
y que en su nombre venía...

GONZALO. No habia mal en ello.

ANA. Cállate.—
Como la dama se hallaba
indispuesta, era antes

pasar á verla, y fuí yo
la elegida: en el instante
seguí al hombre; ya en la puerta
nos aguardaba un carruage.
Él nos llevó á las afueras
de Madrid; llegó á inquietarme
la distancia, y tornar quise;
mas con acento suave
replicó el hombre: «la dama
que os espera en este instante,
habita en el campo; id
sin temor, no hay qué os alarme.»
Qué hacer?

GONZALO. Pobre hermana mia!—
Sigue.

ANA. A poco tiempo hallábame
en una lujosa estancia,
donde un jóven de buen talle,
de melancólico acento
y de apacible semblante,
me dijo: «tranquilizáos,
que no ha de ofenderos nadie:
han interpretado mal
mis deseos, perdonadme...
sois un ángel.... bien lo sé.
De aquí salid, si ello os place...
Sois un ángel....»—y se fué
repitiendo...— «sois un ángel!»

GONZALO. Bien!

ANA. Quise huir... pensé en tí!
Imploré á mi santa madre!

GONZALO. Y huiste?

ANA. Pasé encerrada
quince dias...

GONZALO. Miserables!—

Y el jóven que hallaste allí?

ANA. No le ví más. Vino á darme
libertad, el hombre mismo
que allí me llevó.

GONZALO. Infames!

ANA. Triste y muerta de fatiga
fuí en tu busca... pero en valde.

GONZALO. Mi intranquila profesion
me tuvo de tí distante.
Á Segovia me partí:
mas fuí á despedirme antes
de tí, y aquella mujer
me dijo en sentidas frases,
que tranquilo me partiera,
ya que tú en aquella tarde
asistias al tocado
de una gran señora... Infames!

ANA. Esperando en tu cariño,
al cabo logré hospedarme
en la hostería inmediata.
Dijéronme allí, que hoy hace
gran funcion este convento:
nombráronte, y no en valde
aquel papel te escribí.

GONZALO. Héle aquí. (Mostrandole.)

ANA. Feliz instante!

GONZALO. Espérame en el convento.
Cuando la funcion acabe,
yo á la abadesa hablaré....

ANA. De mí?

GONZALO. De tí. Es muy probable
que en él quedes pensionada.

ANA. Tienes medio?

GONZALO. Uno muy fácil.
Todo estriba en que yo acuda

al coro un año de valde.

ANA. Cuánta bondad! Cuánto amor!

GONZALO. Otra vez los brazos dáme.

CANTO.

GONZALO Y ANA.

Para tí será mi desvelo;
para tu bien vivir anhelo.
Ven á mí, que tengo yo
para tí un eden de amor.

GONZALO.

Por tu bien desde aquí nada temo ahora.

ANA.

Mas á él, hermano, dí: ya no he de verle más?

GONZALO.

Vuelva á tí por favor la calma bienhechora.

ANA.

No, jamás!

GONZALO.

Sí, por Dios! Inútil es tu afan!
Es la fé de ese amor de tu mal precursora.

ANA.

No sé olvidar!

GONZALO.

A tu humilde horfandad
no cuadra amante tan altivo.

ANA.

No sé olvidar! ¡Oh! cruel dolor!

GONZALO.

Adios! adios! No llores más.

LOS DOS.

Para tí será mi desvelo;
para tu bien vivir anhelo.
Ven á mí, que tengo yo
para tí un eden de amor.

GONZALO.

Ven; partamos sin demora.
La abadesa espera ya.
Adios! llegó el instante
y el convento á cerrar se vá.

ANA.

Ya te vas?

GONZALO.

Bien lo ves.

ANA.

Y volverás?

GONZALO.

Despues.

LOS DOS.

Para tí será mi desvelo
para tu bien vivir anhelo.
Ven á mí, que tengo yo
para tí un eden de amor.
No hay placer mayor.

(Ana entra en el convento.)

ESCENA V.

GONZALO.

HABLADO.

Véte en paz, hermana mia.
Yo pondré alivio á tus males.—
Mas pensémoslo despacio,
que son circunstancias graves
las que me rodean. Y ello
es que don Juan busca amante
á mi hermana... y ella... ella
está enamorada... es grave.
Y este don Juan por lo visto
está loco de remate.
Por mi hermana es necesario
darle juicio á todo trance.—
Pobre de mí... Estoy rendido!
Tengo sueño... y tengo hambre.
Y el caso es que en la hosteria...
Tengo aquí unos cuantos reales...
(Contando algunas monedas.)
Pero allí... no es para mí
hoy merienda semejante.
Aún tengo aquí unas manzanas...
Verdes están... pero pasen.
(Sentándose en el banco.)
Mala vida llevo desde
que murió mi pobre madre!
(Empieza en la orquesta la pieza musical.)
Qué es esto?... Los de la caza!
Como anda el rey esta tarde
por aquí... Quién fuera rey
por comer buenos manjares!

ESCENA VI.

EL REY, LA REINA, GONZALO, ACOMPAÑAMIENTO.

CANTO.

REINA.

Descanso aquí procurad:
en este sitio ameno busquemos grata sombra:
la caza de hoy quizá penosa os fué.

REY.

Quizá!

REINA.

Acaso cerca está la comitiva real.

REY.

(Poco há ver creí cruzar su sombra,
de mí la altiva faz recatando.)

REINA.

Oh! Dios!
Qué delirio tenaz turbó vuestra razon?

REY.

Una sombra!... Oh! No! Yo no sé!

(Gonzalo que sigue sentado al pié del árbol, empieza á cantar sin palabra.)

Escuchad...
Oh! Dios! Es su dulce acento?
Su cancion celestial! De quién es esa voz?

REINA.

De un jóven de ademan encantador.

REY.

Quiero hablarle.

GONZALO.

Quién es aquel noble señor

de apostura gentil, de cortés ademan,
de tan altiva dama venturoso galan?

(La reina hace seña á Gonzalo para que se acerque.)

REY.

Quién te ha enseñado á tí esa cancion?

GONZALO.

Mi madre.
La madre de mi amor inspira mi cantar,
mi cancion suya es.

REY.

Quiero ver á tu madre.

GONZALO.

Ay Dios! no puede ser! Soy huérfano, señor.

REY.

Ah! perdon!
Ven aquí.
Hazme oir tu cancion...
por favor!

GONZALO.

Niña abandonada,
huye del amor:
de tu madre amada
oye, niña, la voz.
Lazo puro y tierno
de amor fraterno,
tu dicha asegura
y calma encontrarás.
Si á mí tu voz acude amante,
Dios por mi amor te ampárará.

REY.

Su voz sentida y pura
la calma me volvió.
Es de ella! Oh! ventura!
Mi afan la encontró.

REINA.

Su voz sentida y pura
su plácida cancion,
es eco de ventura,
de eterna bendicion.

REY.

A su voz recobro la paz.

REINA.

Su voz encantadora
ganó mi voluntad.

GONZALO.

Oh! rey poderoso!
imágen de Dios,
mi ruego amoroso
se eleve hasta vos.
Si mi triste acento
os cansa quizá,
en vos mi lamento
perdon encontrará.
Al que á la voz de amor perdona,
Dios, todo amor, perdonará.

REY.

Su voz sentida y pura, etc.

REINA.

Su voz sentida y pura, etc.

HABLADO.

REY. Tan expresiva cancion,
tan celestiales sonidos,
adormecen mis sentidos
y exaltan mi corazon.
Madre, tanto sentimiento

me ha arrebatado la calma.

REINA. (Silencio.)

REY. Si toda el alma
se me fué trás de su acento!

REINA. Volved en vos; reparad
que sois Rey.

REY. Rey... pesiamí!
Y he de ahogar mi llanto?

REINA. Sí.

REY. Oh! Madre mia, callad!

REINA. No es de estirpe soberana
esa vulgar espansion.

REY. Quién impone al corazon
una investidura vana?
He de vivir noche y dia
presa de tirana ley?
Qué nombre es este de Rey
que detesta el alma mia?
Qué vale mi magestad?
Qué logra el anhelo mio?
Dónde está mi poderío,
y dónde mi voluntad?
Rey soy, que en mortal quebranto
en vez de mandar, implora:
y hombre soy que sufre y llora,
y nadie enjuga su llanto.
Qué es un Rey, en la total
decadencia de este estado,
y qué un hombre, condenado
á no declarar su mal?
Dáme, madre, que en tí crea
y á tu amor acuda; dáme
que piense y apetezca y ame
como mi alma desea.
Dáme el natural derecho

de sentir esta espansion:
dáme, en fin, que el corazon
se me dilate en el pecho!

REINA. Libre sois. (Con efusion.)

REY. Á la fé mia
que es lindo el doncel. Verdad?

REINA. Mucho.

GONZALO. (Me observan...)

REY. Llegad.

GONZALO. Mandadme.

REY. Y qué gallardía!—
Tu cancion me ha dado pena.

GONZALO. Mi madre me la inspiró.

REY. La querias mucho?

GONZALO. Oh!
Era mi madre tan buena!

REY. Yo soy más afortunado
que tú.

GONZALO. Conforme y segun.

REY. Sí; que tengo madre aún.

GONZALO. Pues bien lo habeis afirmado.

REY. Cuanto amor su pecho encierra
es para mí.

GONZALO. Ah señor!
Pues no troqueis ese amor
por ninguno de la tierra.

REY. No hay quien á su voz resista.
Oh! placer!

GONZALO. Os reís?... Oh!
Vos teneis madre... y yo no.
Andad! Que sois egoista.

REY. No; que anhelo compartir
mi mal y mi bien contigo.
Quiero ser tu amigo.

GONZALO. Amigo?

REY. Resistes?

GONZALO. Yo resistir?

REINA. Tambien quiero yo tener
mi parte en esa amistad.

GONZALO. Señora... cuánta bondad!
Venturoso vengo á ser.

REY. Quién llega?

DIEGO. (Apareciendo por la derecha con parte de la comitiva del rey.)
Yo, señor.

REY. Vamos.
(A Gonzalo.) Nos veremos... adios, pues.
Me inspira el mozo interés.
Venís?

REINA. Al punto.

REY. Partamos.
(Desaparecen.)

ESCENA VII.

REINA, GONZALO.

REINA. (A Gonzalo qne se dispone á entrar en el convento.)
Un instante.

GONZALO. Perdonad.
Mas ya la noche está á punto,
y me reclama un asunto
indispensable en verdad.

REINA. Tu nombre?...

GONZALO. Gonzalo Herrera.

REINA. Tu profesion?

GONZALO. Organista.

REINA. Eres pobre?

GONZALO. Soy artista.

REINA. Español?

GONZALO. Nací en Utrera.

REINA. Eres franco?
GONZALO. Cosa es llana.
REINA. Discreto?
GONZALO. Pruebas os doy.
REINA. Tienes fé?
GONZALO. Cristiano soy.
REINA. Tienes familia?
GONZALO. Una hermana.
Con afanosa atencion
velé por ella hasta ahora.
REINA. Bien has hecho.
GONZALO. Sí, señora:
cumplí con mi obligacion.
REINA. Tú mereces prosperar;
prosperarás.
GONZALO. Sí, á fé mia.
Tal mi madre me decia,
y en ella debo esperar.
REINA. Tú has fijado la atencion
de un sér, que es sér de mi vida.
En él, tu cancion sentida
produjo grata emocion.
A tí unida desde hoy,
conmigo á Madrid vendrás
desde ahora.
GONZALO. Ah! no : jamás.
REINA. Por qué?
GONZALO. A este convento voy.
Llorando una accion villana
hoy me obligo á trabajar
todo un año, hasta pagar
la pension para mi hermana,
á quien un hombre ultrajó
ageno de honor y fé.
Mas justicia pediré.

REINA. Al rey?

GONZALO. Al rey? Al rey no.
Enfermo de cuerpo y alma,
no hay en el rey voluntad.
Hablaré á la reina.

REINA. Hablad,
que ella os volverá la calma.

GONZALO. Si ella me escuchára...

REINA. Bien.
Pues ya escuchándoos estoy.

GONZALO. Qué decis?

REINA. La reina soy.

GONZALO. Ah! Perdon, señora! (Cayendo á sus pies.)

REINA. (Levantándolo.) Ten.
Te ofrecí mi proteccion.
Vé al convento; habla tambien
á tu hermana, y díla quién
se encarga de su pension.
Mañana á palacio irás
y en palacio búscame.

GONZALO. Madre mia! Bien se vé
que no me olvidas jamás!
Nada temo siendo vos
mi protectora... voy...—pero...
besar vuestra mano quiero.

REINA. Adios, hijo mio, adios.

(Gonzalo besa la mano de la reina y entra apresuradamente en el convento. Don Juan y Fabio llegan por la derecha.)

ESCENA VIII.

REINA, DON JUAN, FABIO.

FABIO. Llegas á tiempo oportuno:
la reina es; anda, señor.

JUAN. Séame el cielo propicio.
Véte.

FABIO. No te espero?

JUAN. No.

(Fabio desaparece por la izquierda.)

REINA. Quién vá?

JUAN. Gran señora... dadme
un momento de atencion.

REINA. Quién eres? Qué anhelas?

JUAN. Vengo
á impetrar gracia de vos.—
Yo soy Don Juan de Alvarado:
de ilustre linage soy,
y ansio plaza en el ejército
conforme á mi condicion.
Vuestra Magestad verá
que no soy indigno yo
de tal honra.

REINA. Y en la córte
no hallais en nadie favor?

JUAN. Relaciones tengo en ella,
y acaso cerca de vos.
(Con empacho.)
Y Don Diego de Guevara....

REINA. (Qué escucho?)

JUAN. En esta ocasion...

REINA. Es vuestro amigo?...

JUAN. Señora...

REINA. (Siempre el mismo hombre!)

JUAN. Yo...

REINA. Advertid que el de Guevara
tiene á su disposicion
tantos empleos, que nada
para los demás dejó.
Á él debeis acudir,

que él os prestará favor;
la reina no puede hacer
nada en vuestra pretension.
Señor don Juan de Alvarado,
nada puedo hacer por vos.
(Desaparece por el fondo con las damas.)

ESCENA IX.

DON JUAN.—Coro dentro.

CANTO.

CORO.

Cercada la caza dejad:
en pos del rey seguid.—
Tranquilo reposo buscad,
que ya cesó la lid
y rápido el sol
desciende ya.
Venid, llegad;
que el rey lejos está.
Venid, venid,
la caza dejad.

JUAN.

Nueva desdicha aún! Esperarla debí.
Do quier tenaz el mal sigue en pos de mi huella:
no puedo yo cambiar con tal rigor mi estrella.
Cielo y tierra son hoy para mí sin piedad. —
Y bien; ya es necesario llegar al mismo infierno;
buscar hé menester el poder del averno
y en él mi ventura encontrar.
Esta es la encina! no hay que temblar.
Asmodeo! Asmodeo! Asmodeo!
Venga, Satán,

tu furia á mí!
Mi insano afan
te llama aquí!
Yo anhelo un bien
de tí capaz!
A darme ven
ventura y paz.
Yo quiero hallar
con tu favor,
poder sin par,
régio explendor.
Si amante y fiel
me amparas hoy,
de tí, Luzbel,
esclavo soy.
Asmodeo!
Ven á mi voz. Yo tu faz ver deseo.
Asmodeo! Asmodeo! Asmodeo!
Y bien! Nadie llegó hasta aquí.
Ya, en fin, mi voz al viento dí.
Llegue á mí, pues, si aquí se esconde!
Dó está Satán? Luzbel en dónde?
Ven á mi voz! Tu amistad busco hoy.—
Oh, qué injusto soy!
El llegará si en dulce voz cortés le llamo.
Con él logra más la humildad,
la pulcritud, la urbanidad.
Venga, Satán,
tu furia á mí!
Mi insano afan
te llama aquí!
Yo anhelo un bien
de tí capaz!
A darme ven
ventura y paz.
Yo quiero hallar
con tu favor,
poder sin par,
régio explendor.

Si amante y fiel
me amparas hoy,
de tí, Luzbel,
esclavo soy.
Asmodeo!
Ah! Mi voz se lleva el viento.
Ya me irritó tanto desden!
Ver tu faz airada al fin no lograré?

ESCENA X.

DON JUAN.—GONZALO.

GONZALO.

Oh! Dios! El es!

JUAN.

Asmodeo! Asmodeo!
realiza mi deseo; tu faz quiero ver.

JUAN.

(Este es don Juan. Este es el galan que logró
de mi hermana la fé.)

GONZALO.

Tambien burló mi anhelo!

GONZALO.

(Gentil presencia!)

JUAN.

Ya en fin mi hora sonó.
Yo juro aquí al nombre que más amo,
que si amparo no me das, yo me mato.

GONZALO.

(Ah! Infeliz!)
Héme aquí! Mírame!

JUAN.

Él es! Oh placer!

GONZALO.

(Dios que me vé, mi accion perdona,
y aquí mi intento bendecirá:
la santa fé que esta vez le abandona,
que vuelve á él con más ardor por mi favor verá.
Sabré por él velar!)

JUAN.

(Yo tiemblo en su presencia;
mas no vacilo ya.
Declara su apariencia
que fiel me amparará,
y dichas me dará.)
Hénos ya aquí! Querrás servirme ahora?

GONZALO.

De vos soy ya, decid! No más demora!
Qué pretendeis?

JUAN.

Que me hagais feliz es mi anhelar.

GONZALO.

Y al disfrutar de tan gran privilegio,
qué me prometeis?

JUAN.

Yo? Qué te ofrezco yo?
Nada soy; bien lo ves.

GONZALO.

Tu alma.

JUAN.

Jamás!
Yo guardo amor en mí. Fiel amor.

GONZALO.

(Muy bien!) Mas...
yo no puedo alcanzar tu bien sin interés...

JUAN.

Es justo. El servidor ha de obtener su paga.

Pues bien! Cuanto por tí llegue á ganar,
contigo partiré.

GONZALO.

Idea singular!
Muy bueno el trato es. Y pardiez que me halaga.

JUAN.

Leal particion! Sí! Para tí la mitad.

GONZALO.

La mitad! Es pacto inmejorable.

JUAN.

Oh, qué bondad! Grato momento;
eterna sea nuestra amistad.
La hechicería
mi planta guia:
en ella fia
mi loco afan.
Los dones ciento
que hallar presiento,
dichas sin cuento
á darme van.

GONZALO.

La audacia mia
su planta guia,
y en ella fia
con ciego afan.
La fé maligna
que en mí resigna,
en fé benigna
se trocará.—
Habla pues.

JUAN.

Hasta aquí hidalgo fuí no más;
y alférez ser deseo.

GONZALO.

Ah! muy bien:

mas yo no gano en eso nada.
No importa, la tendrás.
Mas piensa en tí tambien;
júrame desde aquí no atentar á tu vida.

JUAN.

Ya lo juré.

GONZALO.

La parte convenida
cállala! Por tu bien, sé prudente y sé fiel.
Lo fio á tí.

JUAN.

(Sorpresa sin igual!
El diablo en tono grave predicando moral!)
No hay ya más que tratar.
Salud, cortés Luzbel.
(Óyense trompas de caza.)

GONZALO.

Mas el rey viene aquí, y la reina tambien.

LOS DOS.

La mitad! la mitad! Bien está, bien, muy bien.

JUAN.

La hechicería
mi planta guia, etc.

GONZALO.

La audacia mia
su planta guia, etc.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio de Madrid. Gran puerta en el fondo y cuatro laterales.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, LA REINA, GONZALO, DON DIEGO y CORO.

CORO. (Contemplando la actitud del rey, que se halla sentado en un sillon.)
Duerme! duerme! En lánguida inquietud
consume el jóven rey su enferma juventud.

REINA. (A Gonzalo confidencialmente.)

Qué cambio en él en solo un mes.

GONZALO.

Hoy tiene buen semblante.

REINA.

Su contínua tristeza
sabes tú disipar con laudable interés.

GONZALO.

Ya comprendo su afan.

REINA.

Dí más bien su flaqueza.

CORO.

Duerme! duerme! En lánguida inquietud
consume el jóven rey su enferma juventud.

REINA.

Él medita evitar la sagrada funcion
prevenida.

GONZALO.

Y por quién?

REINA.

Por nuestra santa fé.
El gran inquisidor, del Rey busca la gracia
por tal medio.

GONZALO.

El sermon?

REINA.

El solemne sermon
que hoy pronuncia ante el Rey, cuya fé religiosa
es proverbial.

DIEGO. (Adelantándose hasta el rey.)

Señor, al sermon vamos.

REINA.

Oh, Dios!

GONZALO.

Nada temais.

REY.

Venid! Guiad!

GONZALO.

Prueba es de grandeza
combatir voraz pasion.

Llore su flaqueza
quien se rinda en la ocasion.
Llora por vuestra vida
madre de mi amor querida.
Seguir es menester
su parecer
de eficaz poder.

DIEGO.

Espera ya el sermon.

REY.

Escuchad.

GONZALO.

Mancebo
enamorado,
mírame.
Será mi fé,
será mi amor
el fiel doctor,
el curador
de tu honda pena.
Al que así
veló por tí,
no ya con gesto
descompuesto
le contemples;
vuelve presto
al cariño que te dá.
Sumiendo van tu corazon
en pertinaz contemplacion;
y tú para sanar
has menester
por elixir
mi amor
de encanto celestial.

DIEGO.

Al templo, gran señor, venid;
la hora pasó.

REY.

Despues:
quiero escuchar el fin.
Esperad.

GONZALO.

Triste y acuitado
apuré mortal dolor.
Fugaz ha pasado
de mi vida el albor.
Madre infeliz me implora,
triste mi pena llora;
mas yo sabré alejar
de mí el dolor
que la dá pesar.

DIEGO.

Señor...

REY.

Un momento no más.

GONZALO.

Mancebo
enamorado,
yo te juro
afecto puro.
Es mi amor
el fiel doctor,
el curador
de tu honda pena.
Yo por tí
la paz perdí.
Dulce calma
dí á tu alma.
Por amor
y por deber
tu bien mayor
en mí has de ver.
Sumiendo van tu corazon
en pertinaz contemplacion.

Mas yo que doy tambien
mi amor á Dios,
por tí, mi bien,
iré del tuyo en pos.

DIEGO.

Ya basta, gran señor.

REY.

Y bien?

DIEGO.

Es tarde ya.

REY.

No puedo yo sin emocion su ruego oir.
Repite la cancion.

GONZALO.

Mancebo
enamorado, etc.

REY.

Por reparar desde aquí
un error que yo mismo cometí,
mi consejo mayor quiero hoy presidir.

REINA.

Me contenta el pensamiento.

DIEGO.

(Ah! fatal momento!)

REY.

Valor y fé
su voz me dá.

DIEGO.

Temor la voz
del rey me dá.

CORO.

Temor la voz
del rey me dá.

HABLADO.

REY. Ya se recobra mi pecho:
ya con libertad respiro.
Ya nada temas por mí,
madre; vencí el dolor mio.
Deseo ocupar el dia
en trabajos de mí dignos.
Quiero atender á mi pueblo:
quiero esparcir beneficios.
Mandad reunir mi consejo (A don Diego.)
que presidiré yo mismo.
Adios quedad, madre mia.—
Señores, vais prevenidos. (Se van.)
DIEGO. (Oh! cuál te engaña el deseo,
débil insensato niño!)

ESCENA II.

REINA, GONZALO.

REINA. Altamente satisfecha
estoy de tu afan solícito.
Tú en el ánimo del rey
ejerces tanto dominio,
que aparte un pesar secreto
que oculta, y que ya adivino,
has fortalecido su ánimo.
GONZALO. Pobre es el mérito mio.
REINA. Hay tan notable expresion
en los acordes sencillos
de tu voz; aquel romance
tan hondamente sentido
por tí, aquel dia en que

por primera vez te vimos,
se grabó en el corazon
del rey, al par que en el mio.
Tú eres nuestro salvador:
cómo pagar tal servicio?

GONZALO. Ah! No hableis así, señora:
vos, en quien hallé cariño;
vos, que al mísero organista,
al huérfano desvalido
buscásteis un dia, para
colmarle de beneficios.

REINA. Poco hice por tí, que aun
no eres dichoso concibo.
En medio á la régia pompa
que te rodea, es preciso
que recuerdes á tu hermana.

GONZALO. Oh! sí.

REINA. Lo habia previsto:
y ansiando yo que termine
tan penosa ausencia, hoy mismo
vendrá á habitar en palacio.

GONZALO. Es posible!

REINA. Mas... sigilo!
Ya murmuran de tu influjo,
de tu estancia en este sitio.
Qué dirian si tu hermana,
hija del pueblo, sin títulos
que ostentar, entre mis damas
habitara este recinto?—
Este es órden natural...
no te ofendas, pobre niño.

GONZALO. Nadie sabrá que es mi hermana.

REINA. Que lo ignoren es preciso.
Yo la daré nombre y rango
conformes á mis designios.

GONZALO. Ah! Señora!...
REINA. En cuanto á tí
te nombrarán desde hoy mismo
nuestro primer organista.
GONZALO. Soy de tanto honor indigno.
REY. Mi mayordomo mayor,
en quien ciegamente fio,
conducirá aquí á tu hermana
secretamente: es preciso
que á su encuentro salgas.
GONZALO. Bien:
guardaré el mayor sijilo.—
Con otro hombre hay que contar
en cuya reserva fio.
REINA. Quién es?
GONZALO. Don Juan de Alvarado.
REINA. No es ese tu protegido?
GONZALO. Si señora.
REINA. Por tí solo
entró del rey al servicio.
GONZALO. (El piensa que por Luzbel.)
No es don Juan, señora, indigno
de vuestro favor.
REINA. Pues ya
redoblaré el favor mio.
Mas tú que nada ambicionas
para tí, ¿por qué el cariño
que le tienes?
GONZALO. No sabeis
que ama á mi hermana? lo he visto.
La ama realmente: por eso
toda el alma le he rendido.
REINA. Calla!

ESCENA III.

REINA, GONZALO, DON JUAN, UN UGIER.

UGIER. Don Juan de Alvarado
alférez del rey.
GONZALO. (Dios mio!)
REINA. Llegad.
JUAN. Enviado vengo
por mi general invicto,
á entregar estos despachos
destinados al servicio
de vuestra real magestad.
REINA. Habeis la mision cumplido;
mas para mision tan alta
habeis empleo mezquino.
JUAN. Alférez soy...
REINA. Capitan.
Tendreis vuestro empleo hoy mismo.
JUAN. Qué escucho? Yo capitan?
Ah, Satanás!
REINA. Qué habeis dicho?
JUAN. Nada, señora... es decir...
el placer... el regocijo...
REINA. (Poniéndose á escribir.)
El nuevo empleo, os impone
desembolsos muy crecidos;
la cantidad necesaria
en este papel os libro.
JUAN. Gran señora...
REINA. Bien está.
Adios, capitan.
JUAN. Dios mio!

ESCENA IV.

DON JUAN, GONZALO.

JUAN. Yo no vuelvo de mi asombro.
Nueva merced! nuevos títulos!
Ya puedo volar en busca
de la que amo... ya soy rico.
GONZALO. (Aturdido!) Hola, don Juan.
JUAN. Quién se acerca?
GONZALO. (Presentando la mano en actitud de pedir.) Os felicito.
JUAN. Qué quereis?
GONZALO. Mi parte.
JUAN. Qué?
qué parte?
GONZALO. Mi parte os pido.
Yo he cumplido mi promesa.
Cumplid la vuestra.
JUAN. (Maldito!)
GONZALO. Vacilais?
JUAN. Está resuelto:
el pacto es pacto, y partimos.
Á mí títulos y honores:
á tí la riqueza.
GONZALO. Admito.
Salud, capitan.
(Presentándole la mano que estrecha D. Juan.)
JUAN. Aprecio
el favor, amigo mio.

ESCENA V.

DON JUAN, FABIO.

JUAN. Posible es que el diablo sea
tan leal y franco amigo?
Á fé que por él consigo
cuanto mi ambicion desea.

FABIO. (Asomando por el fondo.) Señor, seais bien hallado.

JUAN. Tú en palacio?

FABIO. Yo; sí tal.
Criado tuyo... es natural
que yo me encuentre á tu lado.
Y yo me hallo aquí en mi centro:
á mí me gusta bullir,
y murmurar, é inquirir
cuanto se fragua aquí dentro.
Sé que hallaste un protector
que te distingue y te ensalza:
toda la baja y el alza
conozco del real favor.

JUAN. Pues yo alcanzo el favor real.

FABIO. Por tu tio, ó por Luzbel?
Quién te favorece?

JUAN. Él.

FABIO. Él es tu tio?

JUAN. No tal.
Vale más mi protector.
Nada á su poder resiste.

FABIO. Por tu vida, dónde hubiste
tan buen hallazgo, señor?

JUAN. No te lo he dicho cien veces?
En el infierno.

FABIO. Jesus!

Guarda de la Santa, tus
espantosas candideces.

JUAN. Bah! Con protectores tales
no temo á la inquisicion.

FABIO. Tanto puede?

JUAN. Como son
sus poderes infernales.

FABIO. Con que él... es el diablo?

JUAN. Sí.

FABIO. En forma humana?

JUAN. Y muy bella.

FABIO. Es él... ó es ella?

JUAN. No es ella.

FABIO. Que era una de ellas creí.
Y se halla en Palacio...él?

JUAN. Aquí está.

FABIO. Vamos á espacio.
Hace dias que en palacio
se habla de cierto doncel...
que unido á la reina vá,
y ejerce gran influencia.

JUAN. Ese es. Bella apariencia
donairoso...

FOBIO. Voto á...
Salía cuando he venido?...

JUAN. Sí.

FABIO. Buen diablo te ha tocado.
Con qué él te ha facilitado?...

JUAN. Todo cuanto le he pedido.

FABIO. Gran fortuna! Y dime aquí,
que esto es para mi gobierno.—
Sabes si habrá en el infierno
un diablo igual para mí?

JUAN. En él mi ventura fio:
puedo asegurarte que es

incansable el interés
que emplea en servicio mio.
Por él gané en un instante
poder... honores... riqueza;
ya ves... y eso que ahora empieza,
qué será más adelante?
Me hizo alférez: y hoy, en prueba
de su interminable afan,
me ha nombrado capitan.

FABIO. Alguna mira se lleva.

JUAN. Pues; él su parte asegura.
Lleva caro; es avariento:
lleva un cincuenta por ciento
en las ganancias.

FABIO. Qué usura!

JUAN. El tiene apego al dinero.

FABIO. Ya no me digas más de él.
Ahora creo que es Luzbel.

JUAN Por qué?

FABIO. Porque es usurero.
Mas suspende tu relato
que viene gente, señor.

JUAN. Esta es la guardia mayor
de ese zaguan inmediato.

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—CORO DE OFICIALES.—Despues GONZALO.

CANTO.

CORO.

Venid adonde alcanza
de la suerte el favor,
siempre dió la esperanza

ánimo al jugador!

FABIO.

Si has de jugar, gana, señor.

JUAN.

Aquí has de ver, Fábio amigo,
que el favor sin par va conmigo
de mi constante protector.
Vé la prueba; al fin recibí mi paga:
escud s de oro son, que aquí voy á doblar.
Vé tú á jugar, ya el gozo me embriaga.

FABIO.

Un doblon nada más...

JUAN.

Ten.

FABIO.

Será mi suerte aciaga.
(Qué tunda habrá, si por mi mal llego á perder.)

JUAN.

El que confie en el azar
no espere hallar jamás dichoso término.
Es desvarío confiar
de la fortuna en el favor.
En el juego y en amores
es segura la mudanza,
mas yo cifro la esperanza
en mi lindo protector.
(Dirigiéndose á los jugadores.)
Continuad.—
Mi ventura
ya es segura,
pues alcanzo
cuanto anhelo:
y me lanzo
sin recelo
al encanto

del placer.

(A Fábio que se acerca contristado.)

Y bien? Qué fué?

FABIO.

Yo bien lo prevenia.

JUAN.

Perdí?

FABIO.

Sí tal.

JUAN.

Perdí! No tal! No puede ser.

FABIO.

Es la verdad.

JUAN.

Es cierto: era fuerza perder.
Yo soy aquí á quien Satán proteje.
Ahora verás.

FABIO.

Señor.

JUAN.

Va todo mi caudal
de una vez.

CORO.

Bien está.

FABIO.

Ten. Ya no juegues más.

JUAN.

No! Cual gano verás.—
El que confia en el azar,
no espere hallar jamás dichoso término.
Es desvarío confiar
de la fortuna en el favor.
En el juego y en amores

es segura la mudanza
mas yo cifro mi esperanza
en mi lindo protector.
Continuad.—
Mi ventura
ya es segura;
pues alcanzo
cuanto anhelo,
y me lanzo
sin recelo
al encanto
del placer.

CORO.

Ganó.

FABIO.

Pardiez... ganó!

JUAN.

Es cosa ya infalible;
y vas á ver aún.

GONZALO.

(Apareciendo por el fondo.)

(Allí jugando está;
vá á perder sin dudar.)

JUAN.

Doblando todo vá.

GONZALO.

(Tocando con la mano en el hombro de D. Juan.)

La mitad.

JUAN.

Por qué?

GONZALO.

Mi parte.

JUAN.

Es posible?

A mi pesar teneis razon y vedla aquí.

FABIO.

Quién es señor!

JUAN.

Es él.

CORO.

Venid! La hora sonó. Venid.

FABIO.

Es él?

JUAN.

El es.

CORO.

Venid á donde alcanza
de la suerte el favor.
Siempre dió la esperanza
ánimo al jugador.

JUAN.

Reclama ya exigente
parte de mi caudal.
Mi ambicion es prudente,
la suya es infernal.

FABIO.

Este importuno asedio
sabré yo contener;
si no por nuestro medio
pronto vá á enriquecer.

ESCENA VII.

DON JUAN, GONZALO, FABIO.

HABLADO.

GONZALO. (A Fábio que se acerca á tomar el dinero de la mesa.)
Apártese el majadero.
FABIO. Qué?
GONZALO. Lo suyo á cada cual.
FABIO. No ves lo que hace?
JUAN. Sí tal.
FABIO. Se está guardando el dinero.
JUAN. Son condiciones...
FABIO. Amargas
condiciones!
GONZALO. Se acabó.
FABIO. Qué tal el nene? Pues no
tiene las uñas muy largas.
Este es sin duda ninguna
un buscon, un intrigante,
ó á lo más un estudiante
que va corriendo la tuna.
GONZALO. Adios. (Alejándose.)
JUAN. Mi afan necesita
que me lleves sin tardanza
á realizar la esperanza
que en mi corazon palpita.
GONZALO. Una esperanza?
JUAN. De amor.
GONZALO. (Oh! Dios mio!)
JUAN. Con tu ayuda
puedo alcanzarla?
GONZALO. Sin duda.

JUAN. Ah!

FABIO. Qué te emboba, señor!

JUAN. Nécio! Él puede alcanzar esto
con solo un gesto.

FABIO. Á que no?

DIEGO. (Apareciendo en la puerta segunda de la derecha.)
Pasad adelante.

GONZALO. Al ver á don Diego.) (Oh!)

FABIO. Ay! Que ya está haciendo el gesto.

ESCENA VIII.

GONZALO, ANA, DON JUAN, FABIO y DON DIEGO.

JUAN. Ella!

FABIO. Cielos!

JUAN. Esto más?
Ya es mi ventura colmada!

DIEGO. (Interponiéndose entre Ana y don Juan.)
Atrás!

ANA. Don Juan!

JUAN. Prenda amada!

DIEGO. ¿Qué es esto? Haceos atrás!

GONZALO. (¡Silencio!) (Llegando á Ana furtivamente.)

ANA. (Cielos!)

GONZALO. (Soy yo.)

DIEGO. Ceded al mandato mio,
y salid de aquí.

FABIO. (Qué tio!)

GONZALO. Respetad su órden.
(Llegando del mismo modo á don Juan.)

JUAN. No.
Lleváosle.

GONZALO. Tal no haré.
Qué mitad vengo á adquirir?

Á tu tio has de partir
por la mitad.

FABIO. (A Don Juan.) Partelé!

JUAN. Aunque el paso me cerreis
no cedo en esta ocasion.

DIEGO. Rebelde! Dáos á prision.

JUAN. De qué derecho os valeis?

DIEGO. Yo soy el gobernador
de palacio.—A mí! (Aparecen guardias.)

JUAN. Qué es esto?

DIEGO. Esto es que vais á un arresto
por tres dias.

JUAN. Oh! Furor!

DIEGO. Por cuatro.

JUAN. (A Gonzalo.) Que esto me envias?

DIEGO. Por ocho.

FABIO. Cállate ya,
porque si no callas, vá
á seguir echando dias.

GONZALO. (A don Juan.)
Ocho dias de prision!

JUAN. Cuatro: cuatro para mí,
y otros cuatro para tí;
la mitad.

GONZALO. Tienes razon.

JUAN. (Tengamos calma.) Guiad.
(Sale seguido de los guardias.)

FABIO. (Se ha quedado tamañito
el diablo... Truhan!...—Yo evito
la responsabilidad.
Y pues hace aquí el oficio
de diablo, resuelto estoy:
en este momento voy
á acusarle al Santo Oficio.
(Se vá.)

DIEGO. Pues queda esto concluido,
podeis, señor mayordomo,
decir á la reina, cómo
su órden habeis cumplido.
(Sacar partido me ofrezco
de este lance, vive Dios!) (Váse.)

MAYORDOMO. (A Gonzalo.)
Conducirla debí á vos,
y así á la reina obedezco.

ESCENA IX.

GONZALO, ANA.

ANA. Ya estamos solos.

GONZALO. Sí; ven.

ANA. Ah! Qué tormento, Dios mio!
Huyamos.

GONZALO. Qué desvarío!

ANA. Tú has visto á ese hombre?

GONZALO. Á quién?

ANA. Ese hombre de torva faz.

GONZALO. Explícate.

ANA. En la morada
por tí á mi bien preparada,
estábame en santa paz.
En tu nombre, llegó un hombre
á sacarme del convento.
Dudé... vacilé un momento,
mas cedí oyendo tu nombre.
Ahora veo que hice bien,
puesto que á mi lado estás;
pero aquel hombre... creerás
que hoy me acechaba tambien?
Y que apenas llegué aquí

á esa puerta apareció,
y su mirada me heló,
y á su voz enmudecí?

GONZALO. Mas quién es?

ANA. El que ordenó
la triste clausura mia:
el que con astucia impía
de tu lado me alejó.

GONZALO. Ese? Justicia del rey!
Y ese hombre en palacio está?
Justicia! Sobre el caerá
todo el rigor de la ley!

ESCENA X.

EL REY, GONZALO, ANA.

REY. Qué es esto?

GONZALO. Ah, gran señor!
Vuestro favor invocamos.

REY. Ella!

ANA. Él!

GONZALO. Qué es esto? (Corriendo al lado de Ana.)

ANA. (Huyamos!)

GONZALO. De qué nace tu pavor?

ANA. Es el jóven que aquel dia
quedó turbado ante mí.

GONZALO. El rey!

ANA. El rey?

GONZALO. El rey, sí!

ANA. Cielos!

GONZALO. (Pobre hermana mia!)

REY. (Dulcemente suspendida
el alma mia quedó.)

GONZALO. (Y á mí la reina fió

que ocultara tu venida!)

REY. (Á Gonzalo.) Quién eres, que en noble empeño
mis venturas solicitas?
Quién eres, que así me incitas
á hacerte de mi alma dueño?
Por qué encanto celestial
al fijar en mí tus ojos,
desvaneces mis enojos
y dulcificas mi mal?
Yo quiero saber quién eres;
y quiero... (Trayéndole á sí.) quiero saber
quién es aquella mujer
por quien tú mi amparo quieres.
Tú la has conducido?

GONZALO. No.

REY. Mas tú la conoces?

GONZALO. Sí.

REY. Díme quién es?

GONZALO. Pesiamí!...
no os lo puedo decir yo.

REY. Quién lo impide?

GONZALO. Mi lealtad.

REY. Lealtad á quién?

GONZALO. Yo sé á quién.

REY. Por qué callas?

GONZALO. Por su bien.

REY. Tanto la amas?

GONZALO. Sí en verdad.

REY. Qué daño llora?

GONZALO. El mayor.

REY. Que es tan grande?

GONZALO. Bien se vé.

REY. Ultrajáronla?

GONZALO. Sí á fé.

REY. Quién la ultrajó?

GONZALO. Un gran señor.
REY. Le ha perdonado?
GONZALO. Quizás.
REY. Guarda el agravio?
GONZALO. Tal vez.
REY. Con rencor?
GONZALO. Con altivez.
REY. Podrá olvidarle?
GONZALO. Jamás.
REY. Ella es prenda tuya?
GONZALO. Oh!
REY. No se halla contigo?
GONZALO. Sí.
REY. Díme quién es.
GONZALO. Pesiami!...
no os lo puedo decir yo!
REY. (Vencer mi pasion creia,
y aquí existe ardiente y fiera!)
GONZALO. (Si esto la reina supiera,
cual la madre lloraria!)
REY. Niña, la que honda inquietud
guardais triste y silenciosa,
la de la faz desdeñosa
y recogida actitud;
por qué de mí retirada
la vista al suelo bajais,
y mi presencia evitais
tímida y apesarada?
Ya sé cuál es la razon
de vuestro fiero desden;
juzgad vos si alcanzo bien
vuestra justa indignacion.
Un hombre al acaso os vió,
y admirador vuestro fué;
cómo os ha estimado, sé:

cómo os ha ofendido, no.
Si con pérfida malicia
á él os acercaron, y hoy
buscais mi justicia, voy
á haceros cabal justicia.
Cuanto me pidais haré
para más satisfaceros;
pero disipad los fieros
enojos que no os causé.

ESCENA XI.

REY, REINA, GONZALO, ANA.

GONZALO. La reina. (Al rey en tono confidencial.)
REY. (Del mismo modo.) Que solo quepa
el secreto entre los dos:
no en la reina, no por Dios!
que mi madre nada sepa!
REINA. Como lo ordenásteis vos, (Llegando.)
reunido el Consejo está.
REY. Al punto voy.
REINA. En mi ausencia
como quien sois gobernad.
REY. Hoy al Escorial partis?
REINA. Hoy me parto al Escorial.
En su vasto monasterio
debo mi oracion alzar
á Dios, para que os conserve
la salud que al fin lograis.
REY. Gracias, madre mia. Iré
á despediros.
(Al marcharse á Gonzalo.) (Callad.)

ESCENA XII.

REINA, GONZALO, ANA.

REINA. Te he cumplido mi promesa.—
Niña, acercaos acá:
me han dado aviso, que ahora
acabásteis de llegar:
que juntos os encontrábais;
y me han contado además
que apenas el pié pusísteis
en palacio, por mi mal
salió á vuestro encuentro un hombre,
para el que oculto no hay
nada aquí, pues aquí solo
impera su voluntad.
El rey á su voz se humilla
con cariño criminal,
y él con traza inícua, sabe
su confianza ganar.
El rey busca en él su bien,
y solo alcanza su mal,
y hasta mi ruego resiste
si de esto le llego á hablar.
Este es el gobernador
de palacio, hombre falaz,
hipócrita, y pues que logras
con el rey privanza tal,
en contra de ese hombre, logra
hoy cuanto puedas lograr.
Esto en mi ausencia te encargo,
y eres discreto y leal.—
Ahora venid, que deseo
aposentaros con las

damas de mi servidumbre.
GONZALO. Ve, hermana mia, ve en paz.

ESCENA XIII.

GONZALO.

Qué hacer, Dios mio, qué hacer?
Qué resolucion tomar?
Yo confidente del rey...
y entre ambos mi hermana está!
El rey la ama: mi primer
movimiento, es esplicar
á la reina todo el caso...—
La voy á hacer mucho mal.
Huiremos de aquí? Sería
ingratitud. Y don Juan
que tanto quiere á mi hermana...
cuando sepa que es rival
del rey... y si el rey lo sabe...
Pero por fortuna está
arrestado; por ahora
no hay que temer á don Juan.
Sus locuras me extremecen.

ESCENA XIV.

GONZALO, DON JUAN.

JUAN. Héme á vuestro lado ya.
GONZALO. (Libre? Pues él sí que es brujo.)
Y el arresto? En él no estais
por ocho dias?
JUAN. Por cuatro.
GONZALO. Y aunque así sea...

JUAN. Es verdad.
Mas pues hemos de partir
los dias, cortés será
ofrecerte los primeros.
GONZALO. Cómo?
JUAN. Por eso no más
me arrojé por la ventana
ansiando mi libertad.
GONZALO. Dios mio!
JUAN. Buen salto! Doce
varas de altura no más.
GONZALO. Y no os rompísteis un brazo?
JUAN. Y me he podido estrellar.
Pero al instante pensé:
no me tiene Satanás
amistad? Pues no hay peligro.
Él me pondrá en salvo; y... pam!
me arrojé.
GONZALO. (Se vá á romper
el alma por mi amistad.)
JUAN. No vengo en tu busca; vengo
en busca de la beldad
que adoro. Es ella!
GONZALO. La misma.
JUAN. Tú la conoces?
GONZALO. Sí tal.
Vivia frente á tu casa.
JUAN. Cierto.
GONZALO. Cosiendo.
JUAN. Es verdad.
GONZALO. Sé que estás enamorado.
JUAN. Ciegamente.
GONZALO. Haces muy mal.
JUAN. Es tan bella!
GONZALO. Don Juan, huye

de su belleza, don Juan.

JUAN. Qué dices?

GONZALO. Si tu bien amas,
no la vuelvas á ver más.

JUAN. Imposible!

GONZALO. Si la miras,
si la hablas, perdido estás.
Vas á ser muy desgraciado.

JUAN. Que lo sea: me es igual.

GONZALO. Eso dices? Tú que al diablo
has negado el alma.

JUAN. Ya!
Al diablo sí; pero á ella...

GONZALO. Es lo mismo: qué más dá?
No es ella de mi familia...
de mi raza?

JUAN. Qué?

GONZALO. Sí tal.

JUAN. Ella hija del infierno?

GONZALO. Hermana de Satanás.

JUAN. No puede ser; aquel aire
sencillo... aquel ademan...

GONZALO. Y qué! Nosotros tomamos
con mucha facilidad,
el aire y maneras que
convienen á nuestro plan.

JUAN. Es cierto.

GONZALO. Ella viene; huye
de su belleza falaz.

ESCENA XV.

REINA, GONZALO, ANA, D. JUAN, DAMAS.

REINA. Como á mi dama de honor
estimadla: vamos ya.
Adios, hija mia. En esa
habitacion os quedad.
Ven á recibir mis órdenes: (A Gonzalo.)
á despedirme vendrás.
JUAN. (Dama de honor de la reina!)
GONZALO. (Juntos los dos!)
REINA. (Á Gonzalo.) Ven.
ANA. (Se vá.) (Vánse.)

ESCENA XVI.

DON JUAN, ANA.

CANTO.

ANA.

(Despues de penosa y larga ausencia
calmar debo yo su inquietud.
Mas no; él calla en mi presencia,
debo yo imitar su actitud.)

JUAN.

(Amor su mirada despide,
vierte bondad su dulce voz.
Quién dirá que en ella reside
de Satán el ódio feroz?)
Tenaz me mira,
furor respira,

sombra falaz
baña su faz.
En su mirada
desconfiada
nótase el sér
de Lucifer.

ANA.

Él me examina,
y se adivina
secreto afan
en su ademan:
mostrar desdeña
la faz risueña.
Por qué de mí
se aleja así?
(No debo yo lograr su calma:
hable primero él.)

JUAN.

Debo al diablo creer:
claro está que ella es Lucifer.
Aspirar á su amor es condenar mi alma.
Jamás!

ANA.

Se vá! Adios!

JUAN.

Dignaos perdonar,
niña gentil... no... perdon,
yo no sé qué nombre buscar:
yo... vos...
Tenaz me mira,
furor respira, etc.

ANA.

Yo bien sé en mi fiero quebranto,
que el mal que os domina es tanto
y tal, que hasta la fé mata en el pecho.

JUAN.

Ay! no!

Yo guardo amante fé.

ANA.

Dudarlo debo yo.

JUAN.

Ah! Jamás morirá la fé que mi alma siente.

ANA.

Verdad?

JUAN.

Tal es mi fé, que huirla debo aqui
y en mi fiel corazon se agita más ardiente.

ANA.

Sí? Más ardiente?

JUAN.

Mucho más.
Ah! Mi amor toca ya en frenesí.
La pasion que me inunda
me imprime nuevo sér:
que Satán me confunda
pues no la he de vencer.
A tí vuela mi alma,
y anhelo desde aquí
hallar amante calma
unido siempre á tí.

ANA.

A mí vuela su alma,
y anhela desde aquí
hallar amante calma
unido siempre á mí.

JUAN.

Bien sé yo que hondo mal me amenaza
al contemplar tu faz gentil.
No importa; mi amor nos enlaza.

ANA.

Nos enlaza? Frase sutil!

JUAN.

Bien sé que será mi tormento

este amor que rendirte sabré.
No importa; yo estoy decidido
á perderme.

ANA.

Vos? y por qué?

JUAN.

La fé que en mi alma se agita
á tus pies me logró encadenar.

ANA.

Qué decis?

JUAN.

Ah! Tu voz me incita.
Al fin me logró encadenar.
La pasion que me inunda
me imprime nuevo sér, etc.

(Don Juan cae de rodillas á los pies de doña Ana, besándola una mano.)

ESCENA XVII.

EL REY, ANA, DON JUAN, DON DIEGO, Cortesanos.

HABLADO.

DIEGO. Mirad, señor! (Señalando á don Juan y Ana.)
REY. Oh! qué veo?
DIEGO. Miradlos!
REY. Cuánta maldad.
DIEGO. Apoderáos de ese hombre.
REY. Castigad su infamia.
ANA. (Desapareciendo.) Ah!
DIEGO. Y bien! Don Juan de Alvarado,
dáos á prision!
JUAN. Voto á San!
DIEGO. (Al rey.) La Inquisicion le reclama.

REY. Cúmplase su voluntad.
No hay perdon para el impío!
que no ose hasta mí llegar! (Desaparece.)

ESCENA XVIII.

DON JUAN, DON DIEGO, FABIO, Coro.

FABIO. Qué es esto, señor?
DIEGO. Del rey
la justicia ejecutad.
FABIO. Van á quemarte?
JUAN. No temas;
me proteje Satanás.
FABIO. No confies en tu diablo;
yo acabo de declarar
al santo Oficio, que es
un intrigante.
JUAN. No es tal.
FAMILIAR. Señor, aquí está el herege.
DIEGO. Llegue á mi presencia. (Ah!
La reina no está en Madrid;
el rey su poder me dá:
pobre mancebo, no puedes
combatir mi autoridad.)

CANTO.

FABIO.

Gracia para él.

DIEGO.

El rey aprueba la sentencia,
que yo mandé dictar
segun mi conciencia.

FABIO.

Cuál ? Un arresto no más mereció.

JUAN. (A Fabio.)

Yo forcé la consigna.

FABIO.

Y por tal imprudencia,
hoy te van á quemar
si este fiero señor no se apiada.

JUAN. (Con frialdad.)

Verdad.

DIEGO.

Convicto de heregía,
de pacto con el diablo,
y á más de hechicería,
á la prision llevadle al punto.

FABIO.

Qué poder bastará á salir de este apuro ?

JUAN.

No es incumbencia mia:
es cargo de Asmodeo;
salvarme es su deber.

FABIO.

Habla tú. Ruégale.

JUAN.

Por qué me he de apurar ?
yo sé que el diablo no me puede abandonar.

FABIO.

Denunciado por mí,
qué hará por tí Asmodeo
si debe como tú
sufrir la misma pena?

GONZALO. (Apareciendo con los familiares.)

Qué me quereis en fin?

CORO.

El santo Oficio
al maleficio
dictar suplicio
sabrá despues.
La raza impía
de la heregía
en este dia
sucumba pues.

GONZALO.

Tened! parad, oid!

CORO.

No! no!

GONZALO.

Oh Dios! la reina
para mi mal no se halla aquí.

FABIO.

De Satán la pujanza es vana.

GONZALO.

Mas al rey podré reclamar.

DIEGO.

Atrás!
De órden del rey
ninguna instancia humana
podrá llegar hasta él.

GONZALO.

Oh! Dios! Cómo llegar?

FABIO.

Y bien; no tiemblas tú?

JUAN.

Ya ves que estoy sereno.

FABIO.

Nada te apura aquí?

JUAN.

Por qué me he de apurar?
Yo se que el diablo no me puede abandonar.

CORO.

El santo Oficio etc.

FABIO.

El suplicio aprestan.

GONZALO.

Esperanza precária!
Dejad que á Dios eleve mi plegaria.

(Á una seña de don Diego todos se retiran, dejando á Gonzalo en el centro de la escena, en donde cae de rodillas empezando á cantar.)

Oh, rey poderoso,
imágen de Dios!
mi ruego amoroso
se eleve hasta vos.
Si mi triste acento
os cansa quizá,
en vos mi lamento
perdon encontrará.
Al que á la voz de amor perdona,
Dios, todo amor, perdonará.—
La puerta se abre. Oh, placer! Allí está.

DIEGO.

Cese la cancion.
En marcha pues.

CORO.

Venid.

REY.

Deteneos!
Dejadle en libertad.

JUAN. (A Fabio.)

Tú lo ves.

REY.

Su cancion celestial

dulce bien vierte en mi:
de su voz sin igual
al poder sucumbí.

DIEGO.

Contratiempo fatal
provocó su cancion.
yo sabré de su mal
encontrar la ocasion.

JUAN.

Ya tú ves la amistad
que me rinde Luzbel.
Ni hay para él magestad,
ni hay poder para él.

FABIO.

Yo lo ví; yo lo oí;
lance fué singular:
yo no se cómo así
puede al rey dominar!

DIEGO.

Vuestra órden respeto.

REY.

Tal órden no es con él.

GONZALO.

(Al rey designando á don Juan.)

Ni para él será.

REY.

Oh! Sí por Dios!
es críminal.

GONZALO.

Qué crímen?

DIEGO.

Maleficio.

GONZALO.

(Salvado está.) Yo probaré, señor,

que no ofendió jamás al santo Oficio.

REY.

Culpable es.

GONZALO.

Oh! Dios!

REY.

Fué criminal accion.
El ante mí con ademan osado
ofendió la inocencia; ultrajó á la virtud.
Yo sorprendí su hipócrita actitud.
Amor juraba impío! Sí, por ella!

GONZALO.

(Perdido está!
Inspírame, gran Dios!) Y si él siguió su huella
con razon mejor?

REY.

El?

GONZALO.

Ella es... su mujer!

REY.

Su mujer! Su mujer!
Me rindió por mi fé
tan leal confesion,
desde aquí yo sabré
sofocar mi pasion.

JUAN.

El dominio feroz
vence aquí de su ley
y enmudece á su voz
la palabra del rey.

GONZALO.

Con lábio falaz
vencí de mi rey,
lo exige su paz,

mentir era ley;
creyendo por mí
bendita su union,
sabrá desde aquí
vencer su pasion.

CORO.

Oh! sorpresa! oh! prodigio!
Él exige, él ordena,
y su voz encadena
del monarca el poder.

FABIO.

Su demanda sagaz
me ha vencido tambien:
aunque es diablo el rapaz,
es un diablo de bien.

DIEGO.

El dominio feroz
vence aquí de su ley,
y enmudece á su voz
la palabra del rey.

GONZALO. (Al rey confidencialmente.)

Si ansiais calmar ahora
la pena de vuestra alma,
ordenad que él se aleje
al instante de aquí.

REY.

No.
Si él de este lugar se aleja
no podré verla más.
Llegad aquí, don Juan.

JUAN. (Llegando al rey.)

Tanta honra...

REY.

De mi ciego desman olvidad el delirio.
Estais ya libre.

JUAN.

(Inclinándose ante el rey, mientras estrecha furtivamente la mano de Gonzalo.)

Gracias.

REY.

Os vuelvo mi amistad:
vos mereceis mi confianza.

JUAN. (De igual modo.)

Gracias.

REY.

Vos no saldreis de aquí:
de mis guardias
desde ahora, vos, don Juan,
sois coronel.

JUAN. (De igual modo.)

Muchas gracias.

FABIO.

(Yo estoy estupefacto!)
Se porta Satanás muy bien contigo.

JUAN.

Ya te lo dije yo: por qué me he de apurar?
yo sé que el diablo no me puede abandonar.

GONZALO.

Con lábio falaz
vencí de mi rey, etc.

REY.

Me rindió por mi fé... etc.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Otro salon de palacio.—Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO.

CANTO.

Dos dias há que espero algun mensage;
la reina ausente está, y yo tiemblo por mí:
engañar así al rey, bien sé yo que es ultraje;
por mi fé que hice mal, y al pesar sucumbí.
    Favor mi noble protectora
    le dá á tu pobre servidor;
    yo estoy ausente de tí ahora
    del rey temiendo ya el rigor.
    Con mi pesar inmenso,

fuerza es desde hoy luchar:
te llamo, y tu silencio
aumenta mi pesar.
Para mí
no hay sin tí
placer ni calma:
yo á tu lado inmenso amor sentí:
tú dás á mi alma bienhechor placer;
nuevo vigor dás á mi sér.
En la dulzura
de tu mirar
hoy mi ventura
quiero encontrar.
Hoy por fin
á calmar
vendrás mi pena.
Sí.
Yo creo oir allí rumor.
Para mí
no hay sin tí
placer ni calma.
Yo á tu lado inmenso amor sentí.
Puesta dejo mi esperanza
en tu afecto protector:
quien te ruega siempre alcanza
la pureza de tu amor.

ESCENA II.

GONZALO, LA REINA, DAMAS

HABLADO.

REINA. Despejad. *A las damas que se retiran.*
GONZALO. Con impaciencia
os esperaba, señora.
REINA. Tu inesperado mensaje

me ha llenado de zozobra.
Se trata del rey?

GONZALO. Del rey.

REINA. Qué nuevo mal le acongoja?

GONZALO. Las nuevas de que se trata
no afectan á su persona.
Tranquilizáos; las nuevas
que os tengo que dar, son otras.
Ante todo: en vuestra ausencia,
he puesto mi atencion toda
celando al gobernador
de palacio; soy su sombra.
Tengo el hilo de una intriga.

REINA. Una intriga?

GONZALO. Ruin, odiosa.
Dadme algun tiempo: no puedo
deciros más por ahora.
En breve os satisfaré;
cuento con una persona,
que interesada en el caso
á mi voluntad se amolda.
Hombre activo, inteligente...
mucho su ayuda me importa.

REINA. Mas esa intriga...

GONZALO. Es don Diego
quien la dirige, señora.
Mas ya os lo dije; esperad.

REINA. Dáme esplicaciones...

GONZALO. Prontas.
Y en tanto, me otorgareis
nueva merced?

REINA. Esa y todas.
Qué anhelas?

GONZALO. Verificar
en secreto y sin demora

el enlace de mi hermana
con don Juan.

REINA. Don Juan? Me asombras.
Cuando de tí me alejé
querias á toda costa
separarlos...

GONZALO. Es verdad.
Entonces... pero es que ahora...
Si supiérais...

REINA. Qué misterio?...

GONZALO. Ninguno. Esta union importa
á mis planes... y la anhelo...
y á la par me es enfadosa.

REINA. Y por qué?

GONZALO. Porque don Juan
pasó á otro estado; y tan otra
es su situacion, que hoy gana
una fortuna cuantiosa
por muerte de un deudo suyo
que su heredero le nombra.
Más vale que él determine...
él puede aspirar ahora
á mejor partido... pero
en tal estado las cosas,
qué haré, para mejorar
mi situacion angustiosa?

REINA. Esplícate más.

GONZALO. No puedo:
fiais en mí, gran señora?

REINA. Sí fio.

GONZALO. Pues bien: mi hermana
no será tan pronto esposa
de don Juan... mas para el rey
lo es ya... esta es mi zozobra.
Si en esto os habla... decid

que vos hicísteis la boda.

REINA. Con qué objeto?

GONZALO. Esto interesa
á su quietud.

REINA. Pues si importa
á la quietud de mi hijo
te lo ofrezco desde ahora.

GONZALO. Me tranquilizais.

REINA. Silencio.

GONZALO. Vuestras damas. Vienen todas.

REINA. Vienen á advertirme que
se acerca la ceremonia.

GONZALO. Cuál?

REINA. El nuevo embajador
de Alemania... allí es forzosa
mi presencia... al terminar
la recepcion... sin demora
búscame. Yo por tu hermana
te daré aviso.

GONZALO. Señora...

(La reina desaparecé por el fondo seguida de las damas.)

ESCENA III.

GONZALO, FABIO.

FABIO. (Ya dí con el diablo!)

GONZALO. (Mi hombre!)
Hola, señor Fábio!...

FABIO. Hola!

GONZALO. Qué traes?

FABIO. No traigo nada.

GONZALO. Qué tenemos?

FABIO. Poca cosa.

GONZALO. Qué nuevas hay?

FABIO. Ya no hay nuevas.
GONZALO. Díme, que ya oigo.
FABIO. No oiga.
GONZALO. Mas qué has inquirido?
FABIO. Nada.
GONZALO. Perezoso andas.
FABIO. Qué posma!
GONZALO. Y por tí lo siento.
FABIO. Vuelta!
GONZALO. Me inspiras lástima!
FABIO. Torna!
GONZALO. Tú me delataste al
santo Oficio: accion odiosa!
Y ya ves, la Inquisicion
con el diablo nada logra.
Bien ves que es trabajo inútil
atentar á mi persona.
Pero al fin y al cabo, tú
has escitado mi cólera,
y la picota te espera,
si á mi gusto no te amoldas.
Ya ves mi poder: elige
entre hablar, ó la picota.
FABIO. (Este diablo me exaspera,
me fastidia... me encocora.
GONZALO. Descubriste algo?
FABIO. Algo.
GONZALO. De interés?
FABIO. De mucha monta.
GONZALO. Anda bien la intriga?
FABIO. Anda.
GONZALO. Toma proporciones?
FABIO. Toma.
GONZALO. Con que consigues?...
FABIO. Consigo.

GONZALO. Con que traes nuevas?...
FABIO. Muy gordas.
GONZALO. Son de palacio?
FABIO. De fuera.
GONZALO. Importan al rey?
FABIO. Importan.
GONZALO. Pues él te proteja.
FABIO. Amen.
GONZALO. Y vé diciendo.
FABIO. Pues oiga.—
Por yo no sé qué razones
de palaciega tramoya,
que esto no pude saber
por más que el saberlo importa,
trátarse de distraer
al rey, que en el caso estorba,
conduciéndole á tener
relaciones amorosas,
por medio... de no sé quién,
con... no sé qué dama incógnita.
GONZALO. (Mi hermana!)
FABIO. Como yo, en fin,
entro y salgo á cualquier hora
en casa del confesor
del rey, hallo modo y forma
de introducirme, sin ser
sospechoso: allí hay persona
que me dá su confianza,
y como es cualidad propia
de sirviente, escudriñar
las ideas más recónditas
de su señor, y yo tengo
habilidad que me sobra
para sorprender secretos,
tengo á éste puesta la proa.

Este don Diego Guevara
se halla en relaciones hondas
con el confesor del rey.
Hay correspondencia gorda:
y he logrado traslucir
que hay una carta, entre todas,
del de Guevara, que esplica
toda la intriga.

GONZALO. Pues tómala.

FABIO. Por qué medio?

GONZALO. Busca el medio.

FABIO. Dádmele vos.

GONZALO. Medios sobran.

FABIO. No sois el diablo? Pues esta
es una intriga diabólica;
la debiérais conocer.

GONZALO. Busca el medio.

FABIO. Punto en boca.
Ya no conteis más conmigo.

GONZALO. Cómo?

FABIO. Buscad vos la forma.
No sois el diablo? No es tanto
vuestro poder? Hola! Hola!
Probadlo... ó lo dicho, dicho.
Conque... manos á la obra.

ESCENA IV.

GONZALO, DON JUAN, FABIO.

JUAN. Es hora de verte? Al punto
dí, bribon, dónde has andado?

FABIO. Señor... andaba ocupado
en un diabólico asunto.

JUAN. Pase por hoy, Fábio amigo;

mas que no suceda más.

FABIO. Desde que heredaste, estás
siempre enojado conmigo.
Parte en tus pesares tomo,
pero no en tus alegrías.
Ya que eres rico, debias
nombrarme tu mayordomo.

JUAN. Si no te nombra Luzbel,
yo no te puedo nombrar,
porque no puedo tomar
nada que no venga de él.

FABIO. Son por demás escusados
esos miramientos... Bah!
qué te importa el diablo ya
con seiscientos mil ducados?

GONZALO. Trescientos mil.

FABIO. Cómo?

GONZALO. Cómo?
Y mi parte?

JUAN. (A Fabio.) Hay que partir?

GONZALO. Y aún os podria exigir
la mitad del mayordomo.

JUAN. Cedo á la exigencia.

FABIO. Qué?

JUAN. Partiremos.

FABIO. Arre allá!

JUAN. Qué remedio, Fábio? Está
en su derecho.

FABIO. Y que esté!
(Se oye un redoble de tambor.)

GONZALO. Silencio! (Se sienta á escribir.)

JUAN. Empezó sin duda
la recepcion anunciada.

FABIO. (Tomando una pistola del cinto de Don Juan.)
Permite...

JUAN. Qué haces?
FABIO. Nada.
Permíteme, y Dios me acuda.
JUAN. Que está cargada te advierto.
FABIO. Pues así la quiero yo.
No es el diablo? Es que si no,
ya puede contarse muerto.
JUAN. Pierdes tiempo.
FABIO. (Colocándose detrás de Gonzalo que se halla escribiendo, y apuntandole con la pistola.)
Puede ser.—
Pues sabeis lo porvenir
no me podriais decir
lo que ahora os va á suceder?
GONZALO. Que la reina, que se afana
en realizar mi deseo,
firmará esta órden.
FABIO. (Leyendo por encima del hombro de Gonzalo.)
Qué leo?
GONZALO. Para que te ahorquen mañana.
FABIO. ¡Cielos!
(Tira la pistola.)
GONZALO. En este papel
va tu sentencia de muerte.
Miras este otro? Advierte
que va un nombramiento en él.
Solo le ha de merecer
tu actividad, tu obediencia.
Este, oculta tu sentencia:
este, una plaza de ugier.
Elige.
FABIO. Elijo el empleo.
GONZALO. Pues á ganarle.
FABIO. Por mí...
JUAN. (Sacando la espada y presentándola.)

El rey! La reina!

GONZALO. Tú aquí?

(Cruza la córte.)

FABIO. Es el diablo, ya lo creo.

GONZALO. Cuenta con lo prometido.
Tengo que hablar con don Juan.
Déjanos.

FABIO. Vóime al instante.

GONZALO. No; ven aquí.

FABIO. Qué mandais?

JUAN. Qué mudanza es esta, Fábio?
Te has vuelto muy servicial!

GONZALO. Quiero que hables á la reina.

FABIO. Del empleo?

JUAN. Empleo ya?

FABIO. Me ha prometido una plaza
de ugier. Quiero prosperar.

JUAN. Conque te entregas á él?

FABIO. En cuerpo y alma.

JUAN. Qué tal?
Haces bien. Conque una plaza?
Él te lo conseguirá.
Él despliega un interés
y exactitud sin igual.
Lleva caro, ya lo sabes;
Siempre pide su mitad.—
A propósito me hareis
un nuevo favor...

GONZALO. Sí? Cuál?

JUAN. Esta mañana queríais
obligarme á renunciar
al amor de la mujer
por quien suspiro.

GONZALO. Es verdad.

JUAN. Pues bien; no he podido huir

su belleza singular...
y cayendo de rodillas
cojí su mano...

GONZALO. Qué mas?

JUAN. Qué mas? Que la he rendido
el alma y la voluntad;
que vendí mi alma al demonio.

GONZALO. Es posible?

JUAN. Sin dudar.
Bien comprendereis ahora
que soy suyo, y que jamás
huiré de su lado. Quiero
casarme con ella.

FABIO. Cá!

GONZALO. Calla!

JUAN. Criatura humana,
ó hija de Satanás,
ella ha de ser mí mujer.

GONZALO. Ahora sois rico, don Juan:
á partido más brillante
podeis ahora aspirar.

FABIO. Pues pensais vos que mi alma
ceda al poder infernal
de la riqueza? La entrego
al diablo: al oro... jamás!

GONZALO. (Muy bien!)

JUAN. (A Fábio.) Y este matrimonio
no es fácil de efectuar?

FABIO. Falta primero el permiso
de su familia... y quién vá!. .
(A Gonzalo.) Mas vos debeis tener mucha
influencia por allá ..
arregladlo vos de modo
que no haya dificultad
para el caso, y llegue pronto

la aprobacion infernal.

GONZALO. Contad ya con mi influencia.

ESCENA V.

GONZALO, DON JUAN, FABIO, UN UGIER.

UGIER. (Dándole un pliego.)
De parte del Rey, don Juan.

JUAN. (Despues de leer el pliego.)
Oh! Dios mio!

FABIO. Qué te pasa?

JUAN. Quién vió exactitud igual?
Ya estoy casado.

GONZALO. (Qué dice?)

JUAN. (Á Gonzalo.)
Gracias! gracias! Escuchad:
Este mensaje es del rey.
«Don Juan; sabemos que estais
casado: en su consecuencia,
disponeos á habitar
en nuestro palacio, al lado,
y en habitacion igual,
de doña Ana vuestra esposa.»
Esto es sueño ó realidad?
Ya es mi esposa! No lo ves?
Qué dices á esto?

FABIO. Don Juan!...
aquí hay error.

JUAN. Pues el rey
se ha podido equivocar?
No ves la firma?

FABIO. Si veo.
Conque ello sin más ni más
te han casado, sin que tú

te apercibas?...

JUAN. Claro está:
que de otro modo, no habria
nada sobrenatural.

UGIER. (Anunciando.) El rey.

FABIO. Qué es esto?

JUAN. Que dió
fin la ceremonia real.
Buena ocasion; por el rey
sabré toda la verdad.

ESCENA VI.

EL REY, GONZALO, DON JUAN, FABIO, Cortesanos.

GONZALO. Dios mio!

REY. (Dirigiendose á un cortesano.)
Conde, hoy tendreis
la encomienda que anhelais.
Benavente... qué es de vos?
nunca se os vé por acá.

JUAN. Gran señor!

REY. Hola! sois vos?
Que el cielo os guarde, don Juan.
Recibísteis un mensaje?...

JUAN. Sí, señor... en él me honrais...

REY. Y por ello os felicito
con toda sinceridad.

JUAN Tanto favor... pero yo...
desearia aclarar...
esta union fué celebrada...

REY. Lo sé.

JUAN. A vuestra magestad
le consta...

REY. Sí, por Gonzalo.

JUAN. Por Gonzalo?
REY. Y ademas
por la reina. Por mi madre.
GONZALO. Sí, coronel.
JUAN. (Inclinándose respetuosamente.) Es verdad.
FABIO. (Pues para hacer matrimonios
no tiene el diablo rival.)
REY. Sé que la reina dispuso
la ceremonia nupcial,
y hoy me habló en vuestro favor....
no habia necesidad:
porque vos mereceis mucho,
y os estimo bien, don Juan.
Nuevamente os felicito.
JUAN. Gran señor...
REY. Adios quedad. (Se van.)

ESCENA VII.

DON JUAN, GONZALO, FABIO.

JUAN. La reina mi union dispuso...
el rey la conoce ya...
no es ilusion del deseo!
es la misma realidad.
Corro en busca de mi esposa;
ella misma me dirá...
GONZALO. A dónde vais de esa suerte?
JUAN. La pregunta está demás.
En busca de mi mujer.
GONZALO. Deteneos.
JUAN. No haré tal.
FABIO. Pues tiene razon... dejadle.
JUAN. Ya es mi esposa. Ya no hay
ningun poder en la tierra

que me detenga.
GONZALO. Quizás!
JUAN. Quién puede oponerse?
GONZALO. Yo.
JUAN. Vos? Con qué derecho?
GONZALO. Bah!
Pues no te la he dado yo?
Y mi parte?
JUAN. (Mirándole de arriba abajo.)
Satanás.
aquí no hay parte que valga.
Mi mujer es mia.
GONZALO. Cá!
de los dos: el trato es trato.
JUAN. Pues no me faltaba más!
Pase por mi mayordomo,
te concedo la mitad.
Tómale entero si quieres:
pero á mi mujer, jamás!...
FABIO. Es, que á mí no se me entrega
con tanta facilidad!

ESCENA VIII.

GONZALO, DON JUAN, FABIO, ANA.

ANA. Gonzalo, vengo en tu busca...
La reina te llama.
GONZALO. (Habla en voz baja con Ana.) Ah!
JUAN. Mírala, Fabio.
FABIO. Ya veo.
JUAN. No es hermosa?
FABIO. Es regular.
GONZALO. Ganemos tiempo: es preciso

que en todo sigas mi plan.
Con él quedas. Al ardid,
prudencia y serenidad.
Fábio, cuenta con lo dicho.
La reina te espera.

FABIO. Ya!
Aquí de mi sutileza,
y ayúdame Satanás.

ESCENA IX.

ANA, DON JUAN.

ANA. (Y abusaré á tal extremo
hoy de su credulidad?)

JUAN. Gracias á Dios, ya mi sócio
no me puede incomodar.

ANA. Pues que mi hermano lo ordena...

JUAN. Pues no siento cortedad?

CANTO.

ANA.

Llegó la hora, y es imposible
que en voz serena finja yo,
que el diablo se halla aquí junto á mí invisible;
mas mi hermano lo ordenó.

JUAN.

La cuestion yo la entablo.
Amor! Yo fio en tí.
Al fin, mentir al diablo
fué virtud siempre aquí.

ANA.

Finjimiento tamaño

fácil no encuentro yo,
y hacer debo el engaño
que mi hermano ordenó.

JUAN.

Él no está... vamos pues.

ANA.

Sí! Sí! sabré finjir
que el diablo está cerca de mí.

JUAN.

Ven acá. Yo te amo!
Yo te amo! Yo te amo! Yo te amo!

ANA.

Quién es?

JUAN.

Soy yo.

ANA.

Otra vez suena aquí:
con ímpetu feroz, con acento sombrío
murmura no sé quién, yo te amo, en torno mio.

JUAN.

Es por aquí!

ANA.

No tal, es por allí.

JUAN.

No sé cómo es posible!...

ANA.

Pues yo bien lo sentí.

JUAN.

Voto á Luzbel! Cuál intento es el suyo?

ANA.

Ya me cogió esta vez.

JUAN.

Por aquí!...

ANA.

No tal! Vedle.

JUAN.

Ya lo sé. Satanás invisible aquí está!

ANA.

Si está! Miradle bien; por aquí... por allá...
ya se fué.

JUAN.

Qué teneis?

ANA.

Siento aún que me llama;
con voz tenaz, amor otra vez reclama.

JUAN.

Oh! Dios! Van á hacerme temblar.
La maldad del infierno
gira ya en derredor;
las furias del averno
se atreven á mi amor.
Ah! que esta accion horrible
pronto aquí he de vengar.
De astucia tan terrible
al fin he de triunfar.

ANA.

No hay aquí maleficio,
pero es cosa cruel
juegue loca y sin juicio
con su amor puro y fiel.
Tan pertinaz asédio
yo sabré dominar:
no hay aquí más remedio
que al término llegar.

JUAN.

Por mi fé que ese empeño nécio,
demonio sutil, yo desprecio.
Si os cojo yo la mano aquí...

ANA.

Mirad que él me coje las dos.

JUAN.

Y si yo me alejo de aquí.

ANA.

Reparad que él se vá con vos.

JUAN.

Huir de vos será sandez.

ANA.

El se aproxima ya otra vez.

JUAN.

A los dos el amor nos unió.

ANA.

Mirad aquí: la mano me tomó.

JUAN.

Aun invisible
este truhan
reclama siempre
su mitad.
Junto á tí, mi sér protector,
ya su fiereza yo rechazo,
y si tú me guardas tu amor
ven... ven...
(Abrazándola.)

ANA.

Me dá un abrazo.

JUAN.

Ah!
Por Dios que esa accion osada y desleal,
infame abuso es del poder infernal.

Castigaré tu audácia. Sí, tiembla, Luzbel,
por esconderte así, para engañar cruel.
Mi solo bien, mi amor tú serás.

(La abraza.)

ANA.

Ved que me abraza más.

JUAN.

No, no, no, no habrá más convenio!
yo aborrezco tu auxilio terrible!
sal de aquí, no es posible
no, no,
que te invoque jamás!
Tu mirada sombría
detesta el alma mia!
nuestro pacto acabó!
me oyes bien? me oyes bien?
No quiero más favores
alcanzar de tu mano;
ya tu empeño tirano
nuestro pacto rompió.

ANA.

El furor le enagena:
pesar me da
verle así padecer,
mas mi hermano lo ordenó
y sabré obedecer.

ESCENA X.

EL REY, DON JUAN, ANA.

HABLADO.

JUAN. El rey me protegerá!
REY. Contra quién?

ANA. Callad.

JUAN. No á fé.
Harto mi inquietud callé
y rompo el silencio ya.
Vaga aquí un poder indigno
de vuestro régio palacio;
tiempo há que puebla este espacio
el espíritu maligno.

REY. Estais loco?

JUAN. Quiero huir
sus maleficios, señor.
Concédame el real favor
lo que anhelo conseguir.
Dignáos vos proteger
desde ahora mi casamiento,
que doña Ana en el momento
sea realmente mi mujer.

REY. No es doña Ana vuestra esposa?

JUAN. Os puedo afirmar que no:
yo no me he casado... Yo
no me acuerdo de tal cosa.

REY. Y me han logrado burlar?
Y Gonzalo lo afirmaba?
Y mi madre!... Me faltaba
esta pena que probar.
Y vos, el buen caballero,
quién á ser os obligó
objeto de farsa?... oh!
yo esplicaciones no quiero.
Por ella mi buena fé
sorprendida? De tamaño
insulto, de tal engaño,
satisfecho quedaré.
Cuantos en esta ocasion
pábulo á este engaño dan,

todo el peso probarán
de mi justa indignacion.

ESCENA XI.

EL REY, LA REINA, GONZALO, DON JUAN, ANA.

REINA. Qué es esto, cielos?
REY. Sois vos?
A tiempo llegais, señora.
REINA. Esplicadme...
REY. Nada ahora,
nada pregunteis.
GONZALO. (Oh Dios!)
REINA. Que así os pregunte dejad,
pues desazonado os veo.
REY. Que no pregunteis deseo.
Mi deseo respetad.—
(A Gonzalo.)
Sois vos... el que da la ley
á cuanto aquí lugar tiene?
El que hasta al mismo rey viene
sin humillarse ante el rey?
Levantad.—Haced espacio.
Si á palacio habeis venido,
no ha sido á ordenar; ha sido
para servir en palacio!
(Y yo le cobré aficion
porque aquí su voz llegára...
á pedazos me arrancára
este nécio corazon!
Conque en su lealtad fiado,
burlado por él he sido,
y por mi madre vendido,

y por ella despreciado?
Mi amor trocóse en dolor!...
Qué es amor?... llanto vertido!
Malhaya este cruel latido
que aun dice que hay aquí amor.)

GONZALO. Yo os ruego que deis lugar
á mi labio acusador.
Yo tambien tengo, señor,
una ofensa que vengar!
Y ved que la ofensa mia
alcanza á vos, y os demando
favor por mi hermana, cuando
por vos pedirle debia.

REY. Qué decis?

GONZALO. Que leal soy.
Que os debo inmensos favores;
que os rodean cien traidores
que vais á conocer hoy:
los que vuestro mal previenen,
los que á mi hermana acercaron
hasta vos; los que atentaron
á la fé que ellos no tienen.
(Presentando una carta al rey.)
Intrigas de un hombre son:
ese hombre en palacio está;
y este papel os dará
la prueba de su traicion.

REY. Qué es esto?

GONZALO. Que el celo activo
que en vuestro servicio empleo
me dió ese papel.

REY. Qué leo?

DIEGO. (Oh!)

REY. Si apenas lo concibo!
(Todos desleales!)

(Presentando la carta á don Diego que queda confundido.)

Ved!

(A los guardias.)

Guardad á ese hombre.

DIEGO. Señor...

REY. Pues fuísteis al rey traidor,
del rey las iras temed.

GONZALO. Esta accion mia, demuestra
que bien os sirvo, verdad?
Ya vísteis su deslealtad...

REY. Ya ví primero la vuestra.

(Preludio en la orquesta.)

GONZALO. Jamás os fuí desleal.
Si osé con mi rey finjir,
fué solo para impedir
un intento criminal
Á don Juan presté favor
cuando ámi hermana acudí;
yo mismo víctima fuí...
hasta la reina... señor!
Si la ambicion de un malvado
torpe lazo os ha tendido,
por ella sois advertido,
por elladesengañado.

REY. Madre...

GONZALO. Volved hasta ella,
que ella os tenderá los brazos,
y cálmese en tiernos lazos
vuestra sentida querella.
Caiga vuestro enojo en mí.

REY. (A la reina.) Creo en tu afan protector.

REINA. Para tí es mi fé y mi amor.

REY. Á tí, madre, todo á tí.

CANTO.

ANA Y GONZALO. (*Cayendo de rodillas ante el rey.*)

Oh rey poderoso
imágen de Dios!
mi ruego amoroso
se eleve hasta vos.
Si mi triste acento
os cansa quizá,
en vos mi lamento
perdon encontrará.
Al que á la voz de amor perdona,
Dios, todo amor, perdonará.

(*A las últimas cadencias de este final, el rey une las manos de don Juan y Ana, presentándolos á la reina.—Cae el telon.*)

FIN.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.



PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1863.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (F.)

Clínica tocológica hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas Precio en Madrid 16
Provincias. . . . ., ... 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A)

*La voz de España, loa en un acto. 4

Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (S.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8

*La hija del pueblo, id. en dos. . 6

*Marta, id. en tres. 8

*La Reina Topacio, id. id. 8

*La voluntad de la niña, id. en un acto 4

*Á partir con el diablo. 8

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8

*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias 10

Los trapisondistas, comedia en un acto. 4

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

Mártir siempre, nunca reo, drama de costumbres políticas, en cuatro actos.. 8

FERNANDEZ (F.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

FERNEL (F. A.)

El bien y el mal. Ensayo dramático en tres actos, un prólogo y un epílogo. 8

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8

La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos 8

Una cueva de ladrones, ugete cómico en un acto. 4

Rs. vn.

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. . . . , ... 8

LARRA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su origen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y LOSADA (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

Rs. vn.

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Los damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras. Folleto en 12.º 4

PEDROSA (F. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto. 4

PASTORFIDO (M)
Y
NARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id en id. 8

(PATÁNO Y MAZARIEGOS (G)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

	Rs. vn.
PICON (J.)	
*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto.	4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos.	8
*Entre la espada y la pared, idem en id.	8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto.	4
*La isla de San Balandran	4
PINA (M.)	
Compromisos del no ver, zarzuela en un acto.	4
*El jóven Virginio, id. en id. . .	4
El niño, id. en id.	4
*El sordo, id. en dos actos.	6
*Enlace y desenlace, id. en id. . .	6
*Los peregrinos, id. en un acto. .	4
Carambola y palos, comedia en un acto.	4
*Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos.	8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos.	8
A caza de divorcios, comedia en id.	8
Influencias políticas, zarzuela en un acto.	4
RAMIREZ (J.)	
La culebra en el pecho, drama en tres actos..	8
El camino de la gloria, comedia en tres actos.	8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. .	19
RIVERA (L.)	
*A Rey muerto, zarzuela en un acto.	4
Stradella, id. en id.	8
ROSELL (C.)	
El burlador burlado, zarzuela en tres actos.	8

	Rs. vn.
RUIZ DEL CERRO (J.)	
*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos.	8
RODRIGUEZ (A.)	
*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos.	8
SELGAS Y CARRASCO (J.)	
Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.° prolongado, en Madrid	8
En provincias.	9
Más hojas sueltas, nueva coleccion de viajes ligeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.° prolongado, en Madrid	8
En provincias.	9
SERRA (N.)	
*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ...	4
*Una historia en un meson, id. id.	4
*El loco de la guardilla, id. id.. .	4
SOBRADO (P. N. DE)	
*El zuavo, zarzuela en un acto.. .	4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto.	4
Escenas de campamento, id. id. .	4
TRIGUEROS (M.)	
La toma de Tetuan, comedia en un acto	4
El prestamista, comedia en un acto.	4
El empirismo y la ciencia, comedia en tres actos.	8
VEGA (R. DE LA)	
*Frasquito, zarzuela en un acto. .	4
*Los dos primos, id id.	4
VELASCO (R. DE)	
*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto	4
VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)	
*La franqueza, zarzuela en un acto	4
ZAMACOIS (N.)	
*El firmante, zarzuela en un acto.	4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

EL CIEGO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

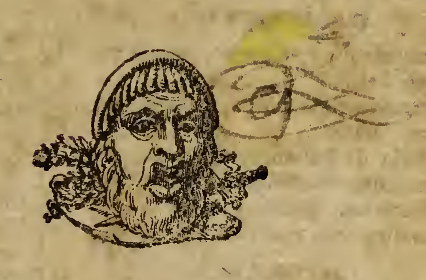
Arreglado del francés á la Escena Española

POR

Don Laureano Sanchez Garay.

Y

DON DIONISIO SCARLATIS,



MADRID:
Imprenta de D. Anselmo Santa Coloma,
Calle de las Dos Hermanas, 19, bajo.

1860.

PERSONAJES.

ALBERTO MOREL.
MR. DUPERRIER.
MR. DARCY.
MR. ROUSEAU.
REMY.
ARMANDO.
LUISA.
GENOVEVA.
SUSANA.
JULIETA. *Niña de 6 años.*
CRIADOS.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 5 de julio de 1860.

El Censor de Teatros.

ANTONIO FERRÉR DEL RIO.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Mr. Duperrier.—En el fondo la caja del dinero.—En primer término, dos bufetes, sillones, etc.—En el segundo á la derecha, una escalera de caracol que conduce desde la caja al piso segundo.—Los rayos de la luna entran por una ventana junto á la caja y alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA.

REMY.

REMY. ¡Las cinco! Aunque lleguen ahora, mi trabajo está terminado. (*Limpiando el despacho y ordenando los muebles.*) ¡ Válgame Dios, y qué vida tan monótona se lleva en esta casa, desde que el señor Duperrier puso disimuladamente en la calle á su hijo! Este robaba sin compasion á su padre y... yo tenia que hacer la vista gorda, lo que me proporcionaba mis utilidades. No se parece el actual cajero á mi señorito. ¡Oh! el señor Alberto es laborioso, puntual, económico, y..... sin embargo ha principiado á trasnochar; ha venido á la madrugada y aun no ha bajado á la caja. Pero... gente se acerca.

ESCENA II.

GENOVEVA. REMY.

REMY. Señorita...

GENOVEVA. ¿Estás solo?

REMY. Enteramente solo.

GENOVEVA. Pues... Juraria que estabas hablando.

REMY. Hacia mis reflexiones en alta voz.

GENOVEVA. ¿No ha bajado todavía Alberto?

REMY. No.

GENOVEVA. ¿Está enfermo?

REMY. No; pero como se ha acostado tarde...

GENOVEVA. Se afana demasiado. ¡Es el señor Duperrier tan severo!

REMY. Sí, pero no le exigirá que pase las noches por esos mundos de Dios, y vuelva á casa á la madrugada.

GENOVEVA. ¡A la madrugada!

REMY. Sí tal, salió de toda gala... sin duda fué al baile.

GENOVEVA. ¿Al baile, estando de luto por su madre, como yo por mi buena madrina? ¡Oh! ¡Eso no es posible! Remy, subid á su habitacion; puede estar enfermo. (*Rouseau entra por el fondo.*)

ESCENA III.

DICHOS. ROUSEAU.

ROUSEAU. ¿Está visible Mr. Duperrier?

REMY. Mi señor siempre está visible para su notario.

ROUSEAU. Anunciadme.

REMY. ¡Al punto!

GENOVEVA. Y de paso sube al cuarto de Alberto.

REMY. Vendré á daros la contestacion.

GENOVEVA. Gracias, Remy.

ESCENA IV.

ROUSEAU. GENOVEVA.

ROUSEAU. Perdonadme, Genoveva, no os habia visto al entrar. ¿Ese Alberto de quien hablais, es uno de los dependientes del señor Duperrier?

GENOVEVA. Si señor; entró aquí hace cuatro meses, y hoy es cajero de la casa.

ROUSEAU. ¡Oh! es demasiado jóven para ocupar tal puesto... El cajero de esta casa maneja millones.

GENOVEVA. Alberto es muy digno de la confianza del señor Duperrier.

ROUSEAU. ¿Conocíais á ese jóven?

GENOVEVA. Desde niña.

ROUSEAU. ¿Es de vuestro país?

HENOVEVA. No señor; pero su madre fué á establecerse allí. Madama Morel vivia de su trabajo, y era viuda de un militar. Alberto, su único hijo, recibió, gracias á los sacrificios que ella se impuso, una buena educacion: tenia brillantes disposiciones para el dibujo, y todo indicaba que sería algun dia un artista distinguido. Hace tres años entré en uno de los primeros colegios de Lion, siguiendo el consejo del señor Duperrier, antiguo amigo de mi padre y á quien me acostumbraron á mirar como tutor. Un dia en nuestra sala de estudio, y en vez de nuestro anciano profesor de dibujo, ví aparecer á un jóven entre nosotras, y este jóven era Alberto: el discípulo llegó á ser maestro...

ROUSEAU. Veo efectivamente que le conoceis.

GENOVEVA. Durante un año asistió constantemente á la clase; mas la directora nos avisó un dia que la señora Morel, enferma de gravedad, habia llamado á su hijo, y Alberto no volvió mas. Juzgad de mi sorpresa, cuando al venir hace tres meses á casa del señor Duperrier, el cual dispuso para mi madrina y para mí una bonita habitacion, me encuentro cara á cara y en su escritorio á mi profesor de dibujo. Segun supe despues, por cumplir la última voluntad de su madre, abandonó la pintura y se dedicó á la teneduría de libros.

ROUSEAU. Segun eso, Alberto y vos sois amigos antiguos.

REMY. Aqui llega el señor.

GENOVEVA. ¿Y Alberto?

REMY. No está en su habitacion ni en la caja.

GENOVEVA. ¡Cielos!

ROUSEAU. ¿Qué teneis señorita?

GENOVEVA. Nada, nada... os dejo, caballero... (¿Qué habrá sucedido?) *(Vase.)*

ESCENA V.

DUPERRIER. ROUSEAU.

DUPERRIER. (*Sale por la izquierda.*) Buenos dias, señor Rouseau. ¿Recibísteis mi misiva?

ROUSEAU. Así es; y siguiendo vuestros deseos os traigo sesenta mil francos depositados por vos en mi poder... así como el pliego lacrado que debia indicarme el empleo de esta suma. Vos quereis preveer el caso en que la muerte venga á sorprenderos antes que vos mismo hayais dispuesto de esta suma. Ved aquí la cartera y el pliego cerrado.

DUPERRIER. Gracias.

ROUSEAU. Veo con alegría que vuestra salud mejora.

DUPERRIER. ¡Mi salud! Cada dia está mas alterada; y en verdad que la muerte no me asusta... ¡Sufro tanto!...

ROUSEAU. ¿Y siendo feliz, deseais la muerte?

DUPERRIER. ¡Feliz porque soy rico! La felicidad no consiste en el dinero.

ROUSEAU. Tenemos varias cuentas que arreglar, pues no quiero al dejar de ser vuestro notario ser vuestro deudor; por lo tanto...

DUPERRIER. ¡Como! ¿Ya no sois mi notario?

ROUSEAU. Vendí mi plaza, y salgo de Lion hoy mismo.

DUPERRIER. ¿Y os llevais á vuestra hija?

ROUSEAU. Si tal; vamos á habitar en Nimes y en la casa donde nací. Luisa, mi hija, vendrá ahora á buscarme y á daros la despedida.

DUPERRIER. ¿Con que partís hoy mismo?

ROUSEAU. A las dos; en breve la silla de postas vendrá á buscarnos á la puerta de esta casa.

DUPERRIER. ¿Podeis disponer de un tercer asiento en vuestra silla?

ROUSEAU. Con sumo gusto.

DUPERRIER. En ese caso me ahorrará el disgusto de un viaje: quiero confiar á Genoveva al cariño de vuestra hija.

ROUSEAU. ¿Genoveva se separa de vos?

DUPERRIER. La posicion de esta jóven, sola en una casa de tantos dependientes, abierta para el primero que llega, no es la mas conveniente; y he recordado que tiene un pa-

riente, el cual creyendo pobre á Genoveva jamás la ofreció su apoyo; pero ahora que una carta mia le ha hecho saber que Genoveva llevará consigo una pequeña fortuna, el buen hombre se ha apresurado á escribirme diciendo, que su mujer se daría por muy feliz teniendo á su lado á su sobrina. Genoveva pasará allí una existencia tranquila y modesta, y si algun dia se presenta una persona digna en solicitud de su mano, añadiré una dote regular á la suma de sesenta mil francos que la tenia destinada, y la cual recibirá al punto de marchar con vos.

ROUSEAU. Sesenta mil francos es cosa que merece tomarse en consideracion.

DUPERRIER. ¿Creeis que hago demasiado por ella? Dadme un último consejo; quiero hacer mi testamento; ¿qué parte de fortuna me autoriza la ley á distraer?

ROUSEAU. ¿Quereis sin duda desheredar á vuestro hijo?

DUPERRIER. Mi hijo es quien me asesina.

ROUSEAU. Exagerais demasiado las travesuras de ese jóven, y sois bastante severo con él.

DUPERRIER. Al contrario, el cielo me castiga por mi debilidad y mi indulgencia, las que han dado lugar á que mi hijo sea causa de mi tortura y de mi deshonra, si yo no hubiese sido rico como vos decís; si no hubiera tenido fortuna alguna que legarle al morir, tal vez habria pensado en creársela por sí mismo; así pues, amigo mio, no quiero tener ante mis ojos el triste espectáculo de un hijo ávido de goces y placeres, basados en la tumba de su padre.

ROUSEAU. Vuestro hijo viaja, segun creo por Italia. ¿No recibís cartas suyas?

DUPERRIER. Sí, cartas de pago.

ROUSEAU. Y vos tal vez...

DUPERRIER. Las he rechazado negándole cuanto me exijía. ¿Y sabeis cual ha sido su respuesta? Enviarme obligaciones suscritas con mi nombre y apellido, ¿comprendeis? No habia mas remedio que pagar ó deshonrar á mi hijo. ¿Y aun me creeis afortunado?

ROUSEAU. No mereceis tales tormentos... Vos, Mr. Duperrier, el hombre más honrado que yo conozco!...

DUPERRIER. Así lo dice todo el mundo porque jamás falté á mi palabra ni á mi firma: porque soy un negociante integro... pero en mi conciencia no soy un hombre honrado...? Merece por ventura tal título quién pagó el esceso de amor y confianza de una jóven honrada, con la deshonra y el abandono? ¿Merece ese título quien mas tarde, encontrándose frente á frente de un hombre á quien habia locamente insultado, de un hombre que era el solo sosten de una familia, y cuya vida quitó á sangre fria, siendo así que su adversario no le pedia mas que una palabra de reparacion para tenderle su mano? Estas son dos acciones bien infames, ¿no es así? Ya veis que no soy tan honrado como se dice; así pues, os convencereis de que jamás podré devolver á la inocente Genoveva lo que la he arrebatado.

ROUSEAU. Segun eso, el hombre que matasteis en el duelo...

DUPERRIER. ¡Era su padre! (*Aparece Genoveva.*)

ESCENA VI.

DICHOS. GENOVEVA.

GENOVEVA. Aquí traigo la correspondencia.

DUPERRIER. ¿Cartas de Italia, quizás? No. Está bien, hija mia.

GENOVEVA. (Todavia no ha bajado.) (*Mirando furtivamente á la caja.*)

DUPERRIER. Genoveva...

GENOVEVA. Señor...

DUPERRIER. Sois en estremo afectuosa y buena, bien lo sé; os debo mas de un desvelo y solicitud; sin embargo, es preciso separarnos.

GENOVEVA. ¿Dejaros yo, y por qué?

DUPERRIER. Porque vuestra tia, de quien esperaba carta y hace poco la tuve, os reclama y anhela vuestra compañía.

GENOVEVA. ¿Y por qué accedeis con tal premura?

DUPERRIER. La razon y vuestro interés lo ordenan así. Yo soy ya un viejo achacoso, y el dia menos pensado os dejaria sin mi apoyo. Vuestra tia os recibirá con cariño, y Mr. Rouseau que sale con su niña, os servirá de

compañía hasta Nimes, en donde vuestros tios os saldrán á recibir. Es verdad que estaremos separados el uno del otro; pero jamás os apartareis de mi memoria. Andad, disponeos á partir. (*Estrechándola.*)

ROUSEAU. Sí, sí, porque á las dos es la cita.

GENOVEVA. ¡Tan pronto!

DUPERRIER. Antes de marchar nos volveremos á ver, hija mia. (*A Rouseau.*) Venid, tengo aun que consultar con vos una falta que ya sabeis debo reparar. (*Vánse.*)

ESCENA VII.

GENOVEVA. ALBERTO.

GENOVEVA. ¡Partir hoy mismo, Dios mio! Jamás pude pensar que abandonaria tan pronto esta casa... Y dentro de una hora, sin haber visto á Alberto, sin saber... ¡Oh! el es.

ALBERTO. Genoveva, ¿ha preguntado por mí Mr. Duperrier? (*Saliendo.*)

GENOVEVA. No, creo que no. (Que agitacion.) Sin duda Mr. Duperrier ignoraba... pero yo lo sabia y estaba inquieta.

ALBERTO. ¡Inquieta!

GENOVEVA. Por vuestra tardanza... y temia...

ALBERTO. ¿El qué?

GENOVEVA. El no poderos dar un adios.

ALBERTO. ¡Un adios!

GENOVEVA. Parto hoy mismo.

ALBERTO. ¿Vos, Genoveva?

GENOVEVA. ¡Vuelvo á Varangel!... A Varangel donde conocí vuestra madre, quien tanto amó á la pobre huérfana... allí ya no encontraré mas que una tumba.

ALBERTO. ¡Oh! ¿Y sobre esa tumba rogareis vos, no es así?

GENOVEVA. Sí, rogaré á Dios por ella.

ALBERTO. Y por mí.

GENOVEVA. ¿Por vos?

ALBERTO. ¡Nada! Olvidad lo que acabo de decir... Tengo perdida la cabeza... ¡Oh! Temo afligiros.

GENOVEVA. ¡Alberto! Cuando vuestra madre por primera vez me tomó sobre sus rodillas, me llamaba su hija... Pensad,

Alberto, que Dios que se llevó vuestra madre, os dió una hermana. ¡Oh! Decídselo todo á vuestra hermana..

ALBERTO. ¡Oh! Genoveva, la confianza que me exigis, no sé si se la hubiera hecho á mi madre; pobre señora, tampoco habria tenido mas que lágrimas que darme! El cielo al menos, la evitó el pesar de ver á su hijo deshonrado.

GENOVEVA. ¿Deshonrado vos?

ALBERTO. ¿No está deshonrado el hombre que adquiere una deuda que no puede pagar? Una deuda cuyo orígen no tolera tardanza ni plazos... Deuda vergonzosa... Deuda del juego.

GENOVEVA. ¿Vos habeis jugado, Alberto?

ALBERTO. ¿Sabía lo que hacia por ventura?... Estaba loco..: ¡Oh! Una vez que sabeis parte, lo oireis todo, Genoveva. ¿Pero vuestro corazon tan puro y tan sencillo, podrá comprender la tormenta que despedaza el mio? Me comprendereis cuando os diga que amo con locura... ¡Con frenesí!...

GENOVEVA. ¡Cómo! ¿Vos amais?

ALBERTO. ¡Genoveva!

GENOVEVA. Continuad, Alberto; el corazon de una mujer comprende todas las penas... Amais. ¡Oh! ¡Qué feliz debe ser!

ALBERTO. Ella ignora que yo la amo. Es de esa clase de criaturas que no admite del artista mas que el talento. Hace tiempo deseó recibir algunas lecciones de dibujo, y se dignó elegirme por su profesor. ¡Oh! Si vos supieseis lo hermosa que estaba inclinada sobre mi album, su rostro junto al mio y rogando á mi mano trémula dirigiese la suya incierta. Mas al poco tiempo la enfermedad de mi madre me obligó á abandonarla. Junto al lecho de la moribunda todo lo olvidé. ¡Hasta mi amor! Y por obedecer una voluntad suprema, rompí mis lápices y pinceles. ¡Creí mi amor muerto y solo estaba dormido! ¡Oh! Hace pocos dias la encontré; me pareció mas hermosa que nunca: desde este dia mi solo anhelo, mi única idea, mi pensamiento fijo fué verla; hablarla un instante, contemplarla mas de cerca. Supe que una de sus amigas, que tambien fué dis-

cípula mia, daba un baile. Ella debia asistir y yo estaba invitado, y fuí al baile.

GENOVEVA. ¿Y ella os conoció?

ALBERTO. Al punto, y me lo manifestó con una dulce sonrisa... Poco despues para buscar á su padre, que estaba en la sala de juego, aceptó mi brazo. Cansada del baile prefirió estar sentada al lado de aquel... Yo ya no podia alejarme de allí; y para justificar mi permanencia, yo que nunca habia tocado una carta, me senté á la mesa de juego de modo que pudiera verla sin que nadie me lo impidiera. Llevaba conmigo unos cuantos luises, los cuales puse á una carta, segun veia hacer á los demas. ¿Copa usted?, me dice uno, y sin saber el significado de la pregunta, contesto que sí. Se levanta Luisa y quiero seguirla... Caballero, me dicen deteniéndome, habeis perdido dos mil francos. ¡Dos mil francos! Cuando no poseia la vigésima parte de la suma. Mirad, me dicen, si quereis desquitaros, copad otra vez. Y sentándome junto al banquero, tiento de nuevo á la fortuna, y... tres veces me fué contraria.

GENOVEVA. ¡Dios mio!

ALBERTO. Aumenté mi deuda hasta diez y seis mil francos; y mi adversario me anunció que ya se retiraba, y que no me daba mas que una rebancha. ¡Oh! Todas las torturas del jugador las he comprendido en un minuto... ¡Una carta podia salvarme!

GENOVEVA. ¿Y bien?...

ALBERTO. Esa carta me perdió... Y mi deuda montó hasta treinta y dos mil francos. Yo me quedé inmóvil. Mi contrario se acercó y me dijo: «¿No teneis ahora esa suma? Tomad una targeta mia, y enviádmela cuando gusteis...» Aquel hombre que á costa de mi ruina duplicó su fortuna, se despidió de mí, confiado en mi palabra y en mi honradez. ¡Oh! Y esa palabra no puedo cumplirla, y mi honradez quedará mancillada. ¡Ah! ¡Genoveva! ¡Genoveva! He jugado mi honra, y perdido mi ventura.

GENOVEVA. ¿Y no podeís reunir esa cantidad?

ALBERTO. ¡Yo que nada tengo sino el fruto de mi trabajo, he de poder reunir treinta y dos mil francos! Apenas apuntó

el dia, salí en busca de un antiguo condiscípulo, el cuál mas de una vez me brindó con su fortuna... Pregunto por él, y me dicen que está de caza, pero que le esperaban hoy mismo. He escrito á mi acreedor pidiéndole algunos dias... Y si esto me falta...

GENOVEVA. ¿Se lo direis palabra por palabra al señor Duperrier?

ALBERTO. Primero me suicido.

GENOVEVA. Amigo mio; acordaos de vuestra madre y no desespereis de la bondad de Dios. Aquí viene Remy.

ESCENA VIII.

DICHOS. REMY. *Luego* LUISA.

LUISA. ¿Está aquí el señor Rouseau?

ALBERTO. ¡Esa voz!

GENOVEVA. (¡Es ella!) Sí, aquí está vuestro padre.

LUISA. (¡Alberto aquí!)

GENOVEVA. Y creo que os espera.

LUISA. Sí, para partir juntos.

ALBERTO. ¡Para partir!

GENOVEVA. Voy á decir que estais aquí. (*Vâse.*)

ESCENA IX.

ALBERTO. LUISA.

ALBERTO. ¿Con que salís de Lion, señorita?

LUISA. Dentro de pocos instantes. Veo que no me ha engañado el que me dijo que habiais renunciado á las bellas artes, por seguir otra carrera. La que habeis elegido tal vez os conducirá al templo de la fortuna... y lo celebraré infinito; pero lo confieso ingénuamente, siento que hayais preferido el oro á la gloria.

ALBERTO. La gloria es muy dificil de alcanzar, señorita; y ademas la solicitud maternal me trazó el camino que debia seguir, y ese es el que he emprendido.

LUISA. ¿A disgusto, no es así? Si el arte no enriquece, con él se sueña en triunfos de gloria, que jamás proporciona el oro. Estos triunfos, señor Morel, podiais pretenderlos con justicia. Banqueros no faltan en Europa; pero

los grandes artistas son escasos en número. Los primeros tal vez ayudarán á la prosperidad del país; pero los segundos elevan su fama y le coronan de gloria.

ALBERTO. ¡Oh! Señorita.

UN CRIADO. El señor Rouseau os espera, señorita. (*Váse.*)

LUISA. Al punto voy. Morel, parto con la conviccion de que no habeis dado al arte el último adios. (*Váse.*)

ESCENA. X.

ALBERTO, LUISA, REMY.

ALBERTO. Bien claro lo ha dicho. Al banquero favorecido de la fortuna, preferirá la corona del artista. ¡Tal vez hubiera yo podido ser ese artista! ¡Oh! Desdichado de mí; sueño y sueño en vano! (*Viendo á Remy.*)

REMY. (*Volviendo por el fondo*). El señor Julio de Rourray no volverá de caza hasta dentro de ocho dias. En cuanto al caballero que vive en el hotel de París, dice que siente en el alma no poder acceder á vuestros deseos porque sale de Lion esta noche, y solo podrá esperaros hasta las ocho.

ALBERTO. Está bien, Remy. (¡Oh! Ya no es la gloria la que me sonrie, sino la ignominia, la que me llama hácia sí.) Remy. (*Se pone á escribir.*)

REMY. Señor.

ALBERTO. Volvereis al hotel de París y entregareis á Mr...

REMY. Vauhelt.

ALBERTO. Esta carta que estoy escribiendo.

REMY. Como gusteis. (*Sale un criado con cajas y sombrereras por la derecha, y con una maleta.*)

CRIADO. El señor Duperrier, pregunta por vos. (*Acercándose á la caja.*)

ALBERTO. Ahora subiré.

CRIADO. Remy, ayúdame á bajar las maletas y equipage de la señorita Genoveva.

REMY. Busca otro que te ayude, hago falta aquí.

ALBERTO. (*Solo.*) Si mi acreedor no tiene piedad de mi, (*escribiendo*) á las ocho le daré cuanto poseo... Mi vida. (*Cogiendo un legajo de papeles.*) Remy, ya está escrita la

carta, llevadla donde sabeis. Voy á ver al señor Duperrier.

REMY. Está bien. (*Mirando por la ventana.*) ¡Ya no está ahí Rudieu! Cuando vine de traer la respuesta al señor Morel, he visto al otro lado de la calle, embozado en una capa... el rostro del señorito... Pero no... no podia ser él... porque hubiera entrado.

ESCENA XI.

GENOVEVA. REMY.

GENOVEVA. ¿Donde está Alberto?

REMY. Acaba de subir á la habitacion del señor Duperrier.

GENOVEVA. ¿Habeis traido las respuestas que esperaba?

REMY. Si señora; pero no han sido nada agradables segun supongo. El señor Rourray no está en Lion, y el otro señor no le quiere esperar; ahora voy á volverle á llevar otra carta que ha dejado sobre el escritorio. (*Váse por el fondo.*)

GENOVEVA. Bendito seais, Dios mio: (*Espera solo un momento, y estrechando entre sus manos la cartera entregada por Rouseau á Duperrier.*) Vos que legais á la huérfana esta fortuna, en el momento mismo en que puede salvar al amigo de su infancia. Ese acreedor que no le quiere esperar, será pagado hoy mismo, y Alberto ignorará la mano que le salva. (*La coge y la mira.*) Veamos la carta. La oblea está fresca aun... Perdonadme, Dios mio. (*Leyendo.*) «Concededme ocho dias, sereis satisfecho del todo ó habré dejado de existir.» ¡Oh! No, no pobre Alberto, no morirás; vivirás para la que amas... ya que mi destino sea llorar en silencio. (*Metiendo billetes en el sobre y dejando la carta donde estaba.*) Bien lo decia yo. El que te arrebató una madre, te dejó una hermana.

ESCENA XII.

DUPERRIER, GENOVEVA, LUISA, ROUSEAU y REMY, *por la izquierda.*

DUPERRIER. Genoveva.

GENOVEVA. Aqui estoy ya.

ROUSEAU. (*A Genoveva.*) Querida mia, el coche está en la puerta.

REMY. (*Entrando por el fondo.*) Todo está corriente.

LUISA. Genoveva, el señor Duperrier, nos ha dicho cuanto os aprecia, y mi padre ha prometido ser vuestro protector... Así, pues, os ofrezco mi amistad.

GENOVEVA. La pobre huérfana se esforzará para merecer esa proteccion y amistad que la ofreceis. Perdonad las lágrimas que no puedo contener... No á todos es dado reprimir sus pesares.

DUPERRIER. No lloreis, Genoveva; desde que murió vuestra madrina, nada os obliga á permanecer aquí, ni aun el reconocimiento. Cuanto he hecho y haré por vos no será otra cosa que cumplir los preceptos de vuestro padre. A él solo dad las gracias y bendecid su memoria. A mí, Genoveva, nada me debeis, nada absolutamente.

GENOVEVA. Caballero... (*Besándole la mano.*)

DUPERRIER. ¡Qué haceis!

GENOVEVA. Bañar con mis lágrimas la mano que me ha sustentado y protegido.

DUPERRIER. (¡Oh! ¡La mano que la dejó huérfana!) (*Retirando la mano.*)

GENOVEVA. Yo rogaré por vos, mi padre adoptivo: por vos que me habeis amado como á una hija. (Y por aquel á quien amo... como una hermana...) (*Recordando.*)

REMY. Vamos de nuevo al hotel de París. (*Cogiendo la carta.*)

GENOVEVA. Y á quien tal vez salvaré la vida. (*Vánse.*)

ESCENA XIII.

ARMANDO. *Embozado en una capa por la ventana.*

ARMANDO. Nadie hay aquí... orientémonos: allí está el escritorio... la caja aquí... veamos si han mudado la cerradura. No... los billetes de banco estaban antes sobre la segunda division... ¡Ola! Aquí hay un legajo de ellos. ¡Han cerrado una puerta! (*Coge billetes y se oye cerrar una puerta.*) Aquí alguien se acerca... será el

cajero, y aunque no me conoce, no conviene me vea en este sitio... Salir ahora es espuesto... (*Cierra la caja.*) Mas puedo ocultarme en la escalera interior. El cajero á esta hora no se detendrá mucho y dentro de pocos minutos podré salir con seguridad. (*Se oculta por la escalera de caracol.*)

ESCENA XIV.

ALBERTO.—*Cierra la puerta, se dirige á la mesa y se deja caer sobre un sillon.*

ALBERTO. Se desvació todo destello de esperanza. Aunque mi acreedor me concediese una próroga de ocho dias, mi único amigo está ausente, el plazo vencerá y quedaré deshonrado. Mi resolucion es irrevocable, y... ante todo, debo rendir las cuentas á mi principal, para que nadie atribuya mi muerte á un abuso de confianza, á un robo doméstico. Recordemos... Falta en la caja un talon de setenta y dos mil francos, que me ha entregado Chevreul. (*Le saca de una cartera y le pone en la caja,*) y anotaremos esta partida en el libro de caja. (*Escribe.*) Marzo... 22... 1850. ¡22 de marzo! (*Se detiene.*) Hoy hace justamente un año, que mi tierna madre me dió el adios postrero y... á su lado seré sepultado muy en breve. ¡Oh! Basta de lágrimas, y cumplamos por última vez con nuestro deber. (*Mientras se abre la puerta y aparece Duperrier, se acerca á Alberto y le dá suavemente en el hombro.*)

ESCENA XV.

ALBERTO. DUPERRIER.

DUPERRIER. ¡Alberto!

ALBERTO. ¡Vos... aquí! (*Volviéndose.*)

DUPERRIER. He visto luz desde mi habitacion y como no es hora de trabajar he bajado para ver que ocurre.

ALBERTO. Queria dejar todas las cuentas saldadadas, para entregaros las llaves de la caja mañana mismo.

DUPERRIER. ¿Pues á donde vais?

ALBERTO. A... á Verangel.

DUPERRIER. ¡Ah! Sí, comprendo... á celebrar el aniversario que tampoco yo he olvidado. Vuestra madre lo merece todo...

ALBERTO. ¿La conocisteis?

DUPERRIER. Sí... Yo era rico, ella pobre y durante años enteros me ocultó el sitio adonde se retiró con vos. Consagrada á su hijo como madre cariñosa, no quiso confiar á nadie vuestra educacion; mas en el supremo instante postrero, os recomendó á mi cariño.

ALBERTO. Conservo en mi corazon el recuerdo de vuestras bondades, y sobre todo el de las lágrimas que vertisteis al leer la carta que mi querida madre me dió para vos; carta escrita en el mismo dia de su muerte.

DUPERRIER. ¿Y cuyo contenido os dejó ignorar?

ALBERTO. Completamente.

DUPERRIER. Mirad, Alberto, dejad por un momento vuestro trabajo... Acercaos á mí y hablemos. (*Le coge la mano.*) El año de prueba al cual os quise someter, me responde del porvenir: veo que sois digno hijo de Sofia Morel. Sin duda habreis visto en mi al comerciante severo y exigente; pero mi escesiva dulzura para con el hijo que lleva mi nombre, me ha traido muy funestas consecuencias: vuestra asiduidad y honradez os hacen digno de mi confianza; y si hasta aquí fuisteis el depositario de mis bienes, desde hoy sereis mi asociado.

ALBERTO. Yo, señor...

DUPERRIER. Sí tal... desde hoy os reconozco con derecho á la tercera parte de los beneficios; á cuyo fin mañana haremos la debida escritura.

ALBERTO. Señor, tanta bondad me confunde... cómo podré yo pagar... ni qué motivos...

DUPERRIER. ¿Qué motivos? Vais á saberlo ahora mismo... no quiero que lo ignoreis... ¿Reconoceis este papel? (*Sacándolo*).

ALBERTO. Sí, la carta de mi madre.

DUPERRIER. La que me tragisteis! Leedla, pues.

ALBERTO. Pobre madre mia! (*Cogiendo la carta*). ¡Cómo temblaba su mano al escribir estas líneas! «Al morir (*Leyendo*) os envío y recomiendo á mi hijo. Es de un »noble y escelente corazon. La Providencia general-

»mente se compadece de la hija culpable y abandona-»da. Para ella el nacimiento de un hijo es el perdon »de Dios. Yo fuí culpable, abandonada y bendigo al »cielo que me dió mi Alberto. No os pido para él mas »que trabajo. Alberto se cree hijo de un militar muer-»to en el campo del honor.» (*Deteniéndose*). ¡Cómo! no soy hijo de un bravo militar! Este apellido Morel...

DUPERRIER. Es el de vuestra madre.

ALBERTO. ¡Oh! sí... El hombre que engañó y abandonó á mi madre... abandonó tambien á su hijo.

DUPERRIER. ¿Y vos maldecis á ese hombre?

ALBERTO. Yo, señor, bendigo á mi madre! (*Besando la carta*).

DUPERRIER. ¡Oh! Fué vengada! El culpable lloró y llora todavía su falta.

ALBERTO. ¡Existe! ¿Segun eso?

DUPERRIER. Deslumbrado por un brillante casamiento olvidó los juramentos mas sagrados, mas santos, y la muger que á falta de ventura le llevó una fortuna, murió jóven dejándole un hijo. Este hijo ha sido su espiacion y su castigo... Mientras que Sofía Morel, en med o de su abandono bendecia á su hijo... yo maldecia al mio y lo echaba de mi casa.

ALBERTO. ¡Cielos!

DUPERRIER. Estaba solo en un mundo, devorado por las penas y los remordimientos, cuando tú entraste aquí hace un año, trayéndome la carta que me decia que tenia un hijo á quien amar.

ALBERTO. ¡Cómo! ¿yo soy hijo vuestro?

DUPERRIER. Sí... tu eres mi hijo... (*Abrazándole*). No lo puedo decir públicamente... pero te lo digo ante Dios... te llamaré hijo junto á la tumba de tu madre... tú me consolarás... y en cuanto pueda haré tu felicidad á costa del hijo indigno que he arrojado de mi casa. En cuanto á los derechos de mi sucesion, no los deberás mas que á tu trabajo; cuando yo te haya hecho independiente, honrado y feliz, Dios y tu madre me perdonarán tal vez.

ALBERTO. ¡Oh! padre mio! No temais que yo publique un secreto que vos debiais guardar ante el mundo; mas cuando estemos solos, vos me llamareis vuestro hijo, y yo os

	llamaré padre. ¡Padre! palabra dulce que jamás creí poder pronunciar. Pero por ventura (*Volviendo en sí*) ¿merezco yo tal felicidad?
DUPERRIER.	¿Y te la otorgaria yo, si no fueses merecedor de ella?
ALBERTO.	(¡Dios mio! y cómo confesarle...) (*Llaman por la izquierda y entra Remy*).

ESCENA XVI.

DICHOS. REMY.

REMY.	Perdonad, señor Morel, os creia solo.
ALBERTO.	¿Qué me quereis?
REMY.	Como vi luz en esta habitacion, venia á traeros la respuesta qué sabeis.
DUPERRIER.	¿Qué hay pues?.. Hablad.
REMY.	Es que... (*Cortado por la presencia de Duperrier*).
ALBERTO.	Hablad, puesto que el señor os lo manda.
REMY.	¡Oh! si conviene que lo diga, lo diré. Cuando entregué vuestra carta el señor del hotel de París me dijo: «¡Oh! oh! Mr. Morel paga sin contar! Solo perdió treinta y dos mil francos.»
DUPERRIER.	¡Qué oigo!
REMY.	«Al monte, y me envia treinta y tres mil... (*Siguiendo*). no quiero mas que lo que le he ganado... llevadle mi recibo y este billete. Recibo y billete que metió en vuestro sobre mismo.»
ALBERTO.	¿Pero qué acabo de oir?
DUPERRIER.	¿Y el sobre?
REMY.	Tomadle.
DUPERRIER.	¡Jugador! ¡Tambien él!
ALBERTO.	¡Pero Remy, no sabeis que no os dí dinero alguno!
REMY.	¡Eso si que no podré jurarlo! Cerrada me distes la carta y cerrada la entregué.
ALBERTO.	Pero...
DUPERRIER.	¡Basta! Salid. (*A Remy*).
ALBERTO.	¡Yo sueño!
DUPERRIER.	Entregadme ahora mismo vuestras cuentas.
ALBERTO.	(*Sorprendído*). ¡Mis cuentas!

DUPERRIER. ¿Dónde está el libro de caja?

ALBERTO. Aquí le teneis.

DUPERRIER. (*Mirando á Alberto*). Debeis tener...

ALBERTO. Ciento ochenta y dos mil francos.

DUPERRIER. (*Idem*) Sí, eso es.

ALBERTO. Setenta y dos mil en un talon contra la casa de Crevreul, cien mil francos en billetes de banco y el resto en plata y oro. Todo lo cual está dentro de la caja.

DUPERRIER. (*Idem.*) Estais seguro de ello?

ALBERTO. Si tal. ¡Oh! sospecha de mi él! (*Sorprendido corriendo á la caja*). Mirad, mirad, aquí están diez mil francos en oro y dos mil en plata. Aquí teneis el talon de setenta y dos mil francos: aquí los billetes de banco: todo, todo. Diez, veinte cuarenta, cincuenta, sesenta... Dios mio! (*Se detiene*).

DUPERRIER. ¿Qué hay?

ALBERTO. ¡Faltan cuarenta mil francos!

DUPERRIER. (*Con intencion*). ¡Buscad bien!

ALBERTO. ¡Cómo es posible! (*Examinando por todos lados*). Los cien mil francos estaban aqui hace poco. Estoy seguro de ello.

DUPERRIER. (*Levantándose*). Justamente. Antes de que pagaseis vuestra deuda.

ALBERTO. (*Vivamente*). Yo nada he pagado.

DUPERRIER. ¿Nada?

ALBERTO. ¡Lo juro, señor!

DUPERRIER. Pues aquí teneis el recibo de vuestro acreedor: os le envia en vuestro mismo sobre... al menos yo no dudo que esta letra la hicisteis vos mismo.

ALBERTO. ¡Si tal! yo le escribí, pero juro...

DUPERRIER. ¡Oh! basta! no mas mentiras; fuera hipocresía... ¡desdichado .. me engañabais... me estabais robando!

ALBERTO. (*Con esplosion*). ¡Yo!.. ladron!..

DUPERRIER. Desmentid sino las pruebas.

ALBERTO. ¡Oh! esto es un sueño horrible! Yo estoy loco! ¿Es verdad? Sí; ¡estoy loco! ¡Oh! no... es cierto! (*Mirando el sobre que le muestra Duperrier*). ¡Me acusa de ladron! Señor... sí... sí... he jugado... he perdido... pero antes de acudir á vuestros caudales, me hubiera quitado la vida.

DUPERRIER. Esa fingída desesperacion, esas falsas lágrimas y juramentos, son cobardes é infames. ¡Veamos! ¡veamos! tal vez pueda perdonar un momento de locura... un arrebato juvenil... veamos... confesad vuestra falta... ó por mejor decir, vuestro crímen, y por respetos á la memoria de vuestra madre os perdonaré.

ALBERTO. ¿Qué me pedís? Os repíto que he jugado y que he perdido... este es mi único crimen, lo reconozco... mas confesar un robo cuya sola palabra me aterra?.. ¿yo? que ahora en este instante trataba de poner fin á m existencia... yo, que preferia morir á vivir deshonrado! ¡yo ladron!.. ¡Oh!.. sí... (*Viendo el sobre que le vuelve á enseñar*). sí... las apariencias me condenan; sí, sí, en vuestras manos teneis una prueba que me confunde y aterra; pero á pesar de todas las apariencias; á pesar de esa prueba; ante vos, señor, y por la memoria de mi madre, os juro que no soy un infame... ni un ladron!

DUPERRIER. Olvidad cuanto por desgracia os he dicho hace poco. (*Quemando la carta*). Ya no me acuerdo de ello. Ved aquí la carta de vuestra madre... (*Enseñándole el papel que arde*) no quedarán ni cenizas suyas. Ahora no sois para mi mas que un depositario infiel de quien me compadezco... y cuya falta morirá conmigo. Pero no volvais á pisar mi casa de la cual os arrojo. (*Vá á salir y Alberto se acerca*).

ALBERTO. ¡Oh! ¡Yo no saldré de ese modo! ¡Yo no he robado nada!.. ¡yo no soy ladron! ¡Por piedad, creedlo, padre mio!

DUPERRIER. ¡Desgraciado! ¡no me recuerdes que tengo derechos á maldecirte! (*Mirándole con desprecio*).

(*Duperrier sale.—Alberto rechazado cae junto al escritorio y apaga sin querer la sola luz que él ha bajado y que alumbraba la escena. Solo la luna dá todavía claridad á la habitacion*).

ESCENA XVII.

ALBERTO. ARMANDO.

Despues de una pausa aparece Armando en lo alto de la escalera y baja poco á poco los escalones.

ARMANDO. ¡Gracias al diablo que desapareció la luz! Ahora puedo salir sin riesgo...

ALBERTO. (*Viéndole*). ¿Un hombre? ¡Un hombre aquí! (*Corre á él*).

ARMANDO. ¡Se acercan!.. ¡Estoy perdido! (*Le rechaza violentamente y salta por la ventana*).

ALBERTO. ¡Socorro! ¡socorro! (*Con voz ahogada*). ¡Al ladron! ¡al ladron! (*Cae desmayado*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

EN NIMES.

Taller de pintor.—Sala dispuesta con una gran vidriera al lado, que deja ver parte de la ciudad.—En primer término un caballete sosteniendo un lienzo cubierto con una gasa verde.—El taller está adornado de estátuas, dibujos y pinturas.—A la derecha enfrente de una chimenea hay una florera.—Puerta al fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA. *A poco* LUISA.

SUSANA. La lámpara se apagó por falta de aceite; anoche la llené y sin duda mi señor ha estado toda la noche dibujando. Como si no fuese bastante pasar el dia entero en pintar. Veamos donde está el cuadro. (*Levanta la gasa y entra Luisa.*) ¡Ah! ¿Sois vos señorita?

LUISA. Sí; yo que traigo flores para colocarlas en el florero de Alberto. ¿No está en su taller?

SUSANA. No, señorita. Estaba muy pálido cuando salió, sin verme por cierto, y eso que pasó casi tropezando conmigo. ¡Juraría que ha velado toda la noche!

LUISA. ¿Sí? Pues he de hacer que le riña el doctor Darcy.

SUSANA. ¡Qué! ¿No hace caso de vos?

LUISA. ¿De mí?

SUSANA. ¡Toma!.. ¿Pues no le habeis salvado la vida?

LUISA. Mas ha hecho Genoveva por él que yo.

SUSANA. ¡Oh! eso si que no.

LUISA. Mi padre, Genoveva y yo, nos detuvimos en un pueblecito á pocas leguas de aquí; allí era donde el tio de Genoveva debia salir á buscarla, y como no le encontramos, decidió mi padre que nos quedásemos allí uno ó dos dias. Ya íbamos á separarnos por la noche, cuando entraron en el parador á un jóven que habian encontrado desmayado y casi cadáver, junto á una sepultura del cementerio del pueblo. Salieron en busca de un médico, y por casualidad habitaba uno en la misma casa; este era el doctor Darcy, que de paso para Lion se habia detenido allí unas cuantas horas para descansar. Examinó detenidamente al enfermo, y dijo que él respondia de su salud á pesar del veneno que devoraba sus entrañas. Á fin de prevenir á la familia, el doctor se informó de su nombre, resultando que se llamaba Alberto, y que acababa de salir de Lion... Al oir esto yo palidecí; sentí vacilar mis piernas, y por instantes fuí perdiendo el conocimiento. Ya sabes que yo le conocia. (*Cambiando de tono.*)

SUSANA. Sí, señorita, ya lo sé. (*Sonriéndose.*)

LUISA. En tanto, Genoveva estaba junto al lecho del enfermo, prodigándole toda clase de cuidados, y despues obtuvimos de su tio y de mi padre, que nuestro viaje se difiriese hasta que Alberto estuviese fuera de todo peligro. Ambas le hemos asistido constantemente.

SUSANA. Y agradecido debe estaros.

LUISA. Genoveva cumplia mas exactamente que yo todas las órdenes del doctor... Así es, que mas debe á ella que á mí el pobre Alberto. Sí... á Genoveva debe su salvacion.

SUSANA. Dispensadme, señorita; pero yo pienso de distinto modo.

LUISA. ¿De distinto modo?

SUSANA. Si tal; pues si bien es cierto que vos no sabíais asistirle tan bien, en cambio vuestras lágrimas y aflicciones le hacian mejor efecto que las medicinas recetadas por el doctor.

LUISA. ¡Oh! ¡Voy á escribir á Genoveva! La ofrecí al separarnos darla frecuentes noticias acerca del estado de nues-

tro enfermo. Hace quince dias que estamos en Nimes, y aun no he cumplido mi promesa.

SUSANA. (*Junto á un escritorio*). Aquí teneis lo necesario.

LUISA. (*Sentándose y escribiendo*. «Mi querida Genoveva:— »*Aparece Genoveva por la puerta del fondo*.) Inolvi- »dable amiga mia: comienzo por enviaros un abrazo »tan estrecho, como es sincero mi cariño para con »vos.»

ESCENA II.

DICHAS. GENOVEVA.

GENOVEVA. Es inútil la carta.

LUISA. Genoveva...

GENOVEVA. Como no recibia noticias de él, vengo en persona...

LUISA. (*Enseñándola la carta*). Mirad.

SUSANA. Ahora mismo os escribíamos.

GENOVEVA. ¿Y cómo sigue?

LUISA. Bien.

SUSANA. Muy bien.

LUISA. Algo débil....

SUSANA. Y algo triste.

LUISA. Se fatiga demasiado.

SUSANA. Pasa toda la noche trabajando... ¡Ya se ve!

LUISA. (*A Susana*). ¡Tambien esta noche!

SUSANA. Dispensadme, señoritas; soy algo importuna. Voy á donde mi obligacion me llama.

LUISA. No tal; quédate aquí.

GENOVEVA. Decís bien.... que se quede, pues ella tambien le ha cuidado con cariño.

LUISA. ¡Verdad es! Tienes derecho para hablar de él como nosotras.

SUSANA. ¡Cuán buenas sois, señoritas, permitiéndome hablar! Pero ya se vé... ¡en nuestro sexo no existe mas diferencia que la del talento y la clase! el corazon es igual. Permitidme ser mujer como vos por un instante, y eso no impedirá el que yo siga siendo vuestra antigua servidora.

GENOVEVA. Decíais pues...

LUISA. Vuelto en sí mismo el buen Alberto, nos ha confesado que salió sin recurso alguno de casa de Duperrier; desesperado del presente y sin fé en el porvenir, resolvió suicidarse, para lo cual habia venido á rezar por última vez sobre las cenizas de su querida madre.

GENOVEVA. En el pueblo donde el cielo quiso que nos detuviéramos aquella noche.

LUISA. Nos prometió no atentar mas contra su vida.

GENOVEVA. ¡Y de no dudar nunca de la bondad divina!

SUSANA. Dice que así lo ha jurado á sus dos ángeles de guarda.

LUISA. Mi padre le ha propuesto establecerse aquí en esta habitacion, que depende de nuestra casa, en donde puede continuar su estudio de pintor.

GENOVEVA. Bien pensado.

SUSANA. Además hay la ventaja de que el doctor Darcy vive dos pasos de aquí, y puede visitarle con frecuencia.

GENOVEVA. ¿Y asegura que ha desaparecido todo peligro?

LUISA. Sin duda.

GENOVEVA. Como dijo que el veneno habia hecho estragos en la naturaleza de Alberto, y que durante algun tiempo no responderia de su razon ó de su vista...

SUSANA. Yo respondo de su cabeza.

LUISA. En cuanto á su vista tampoco hay que temer; y si no mirad todo lo que ha trabajado desde que está aquí. (*La enseña dibujos y bocetos*).

GENOVEVA. ¡Oh! ¡Qué dibujo mas espresivo! ¡Cuánto talento tiene! (*Animándose*).

SUSANA. En toda la comarca se encuentra un pintor como el nuestro. Pero no enseñais lo mejor á la señorita.

GENOVEVA. ¿El qué?

SUSANA. (*Quitando la gasa*). Nuestra santa Cecilia: mirad eso y decid si hay que temer por su vista.

LUISA. ¡Susana!

GENOVEVA. ¡Cielos!... ¡Cuánto se os parece!

LUISA. (*Vivamente*). ¡A mí!.. ¡si nó estuve delante!

GENOVEVA. ¡Bien segura estaba yo!

LUISA. ¿Qué decís?

GENOVEVA. Nada... Si hubiéseis estado ante el pintor, quizás su imaginacion no hubiera estado tan firme, ni su mirada tan resuelta, ni su mano tan segura.

LUISA. (*Bajando la vista*). ¿Lo creeis así?

GENOVEVA. A no dudarlo.

LUISA. Y... ¿por qué?

GENOVEVA. Es un secreto que reveló veinte veces en sus delirios; veinte veces al tomar mi mano entre las suyas febriles y trémulas, me llamaba por un nombre que no era el mio... ¡Me llamaba Luisa! ¿Será preciso que os lo diga?

LUISA. (*Confusa.*) ¡Mi nombre!

SUSANA. (*Despues de una pausa*) Vuelvo á mis quehaceres, señoritas. (*Bajo á Genoveva*). La estais diciendo lo que sabe hace tiempo... y lo que la alegra el alma... Proseguid, proseguid. (*Vase*).

ESCENA III.

GENOVEVA. LUISA.

LUISA. Con que os ha confesado...

GENOVEVA. Cuando la fiebre le abandonaba y me veia arrodillada junto á él, mil veces me decia: «Rezad en alta voz, mi buena Genoveva... quiero repetir vuestras palabras... rogaré con vos...» Solo que al nombrar á la persona por cuya salud yo imploraba á la Providencia, el asociaba otro nombre que murmuraba bajo, tan bajo, que jamás llegó á mis oidos; pero yo le comprendia en el fondo de mi corazon.

LUISA. (*Abrazándola*). Genoveva, vos no sois mi amiga, sino mi hermana.

GENOVEVA. ¿Le amais, pues?

LUISA. Antes que la desgracia se apoderase de él, comprendí que Alberto me amaba.

GENOVEVA. ¿Y despues, Luisa?

LUISA. Despues... la desgracia misma me hizo ver que tambien le amaba.

GENOVEVA. (*Vacilando y apretando su corazon*). ¡Ah!

LUISA. ¿Qué teneis?

GENOVEVA. ¡Cuán feliz soy en oiros hablar así!... Porque vos y él sois los dos séres que mas amo en el mundo, y la idea de vuestra mútua felicidad es mi mayor consuelo en el momento de daros mi último adios.

LUISA. ¿Vuestro último adios?

GENOVEVA. Ya sabeis que soy huérfana; en el tio que me ha recogido no encuentro la afeccion que he perdido, y hé hecho el firme propósito de entrar en un convento.

LUISA. ¿En un convento?

GENOVEVA. Seré hermana de la Caridad; y toda vez que no puedo hacer la felicidad de... nadie, trataré al menos de consolar al que sufra... (*Con ternura*). ¡Tanto como yo!

LUISA. ¿Y vuestra resolucion es irrevocable?

GENOVEVA. Irrevocable, Luisa.

ESCENA IV.

DICHAS. DARCY. *Luego* ROUSEAU.

DARCY. ¡Irrevocable! ¿Quién ha pronunciado esa palabra tan fuerte?

LUISA. Mi mejor amiga, doctor.

DARCY. ¡La reñorita Genoveva! No, hija mia; yo tengo treinta y cinco años cumplidos, y no he hallado en este mundo mas que una sola cosa irrevocable.

GENOVEVA. ¿Cuál, doctor?

DARCY. Mi joroba.

LUISA. Vuestra..

DARCY. Mi joroba, señorita: pues qué, ¿creeis que no me he apercibido de que la llevo conmigo desde qne nací? Varias veces he soñado ser un Adónis; que mi joroba tenia alas y se largaba al Olimpo, cantándome una despedida, la cual la devolvia lleno de júbilo y gritando: «Hossamnna en las alturas ¡bendito sea el que me hizo recto y perfecto como la mayoría de los séres!» Pero despertaba y me llevaba mi mano temblorosa á la espalda; y todo era un sueño. ¡Cómo ha de ser! Suframos la cruz con que la naturaleza me dotó.

LUISA. ¡Oh! Sois un filósofo acabado.

DARCY. Paso por lo de filósofo... pero por... Mas á todo esto, no se cuál es el irrevocable proyecto de esta señorita.

GENOVEVA. ¿Mi proyecto?

LUISA. Quiere entrar en un convento.

DARCY. ¡En un convento á vuestra edad!.. ¡tan bella y tan

perfecta pretendeis!.. Vamos... vamos... si fuéseis jorobada, lo comprendería.

GENOVEVA. Pues qué, ¿no hay sufrimientos mas que ese?

DARCY. ¡Oh! ¡yo no sufro por eso! Al contrario, siempre me estoy riendo.

GENOVEVA. ¿Ni otras desgracias?

DARCY. Si tal. Yo no me lamento mas si no porque no se compadecen de mi. Esto solamente me ha entristecido al principio de mi carrera; yo era un buen muchacho, un poco sencillo y majadero, y la sociedad me queria encontrar espiritual y meditabundo como todos... Cuando decía un disparate se echaban á reir diciendo: «¡Qué chispa tiene el jorobado!» Cuando compadecia á alguno, lo tomaban por ironía y decian: «¡Qué simple que es!» Cuando trataba de socorrer á los que sufrian, lo cual me es muy fácil, puesto que cuento con ciento cincuenta mil francos de renta, desconfiaban de mi caridad, como si ocultase algun mal designio, y se alejaban de mí como de un animal maligno. Ya comprendereis que todo esto despedazaría mi corazon; porque al fin, yo no podia guardar sin fruto ni beneficio alguno la grande renta que yo poseia. Así es que tomé el partido de hacerme médico, y me dije: «Si los desgraciados se alejan y huyen de mí, los enfermos no podrán hacerlo; estarán en su cama, y no podrán evitarme...»

LUISA. ¿Qué escelente corazon os dió la Providencia!

DARCY. (*Tomándolas las manos*). Quizás tengais razon, señoritas; pero convenid conmigo que este pobre corazon tiene una morada bien fea.

LUISA. Siempre estais lo mismo, Doctor.

DARCY. ¿Preferis el que os entristezca? No tal; y para venir á nuestra antigua cuestion, quiero que Genoveva me prometa esperar un poco antes de realizar su proyecto.

GENOVEVA. ¿Esperar? ¿y para qué?

DARCY. ¿Quién sabe? (*Bajo*) Conozco toda clase de afecciones, y he hecho curas que se han tenido por milagrosas.

GENOVEVA. No os comprendo...

DARCY. Pues yo os he adivinado... (*Idem*). Mi buena enfermera.

GENOVEVA. (*Turbada*) ¡Vos!

DARCY. (*Idem*). ¡Esperad aun!

ROUSEAU. (*Entrando*). Señor Darcy, me han dicho que acabábais de llegar, y por lo tanto me he apresurado á saludaros. Adios, Genoveva. (*Dándoles la mano*).

DARCY. Ahora iba á veros, porque tengo que deciros una cosa importante, señor Rouseau.

LUISA. Siendo así, os dejamos solos.

DARCY. ¡Señoritas!.. Lo dicho... (*Bajo á Genoveva*).

ESCENA V.

ROUSEAU. DARCY.

ROUSEAU. Ya estamos solos, doctor.

DARCY. Deseo hablaros, como ya os he dicho, de un asunto importante; voy derecho al objeto. Un jóven de está ciudad, amigo mio, buen mozo, discreto, de buena familia y... mas derecho que yo, se ha enamorado de vuestra hija. El tal es Vizconde, pero... tiene mas pergaminos y ejecutorias que billetes de banco. Conoce vuestra honradez, vuestra riqueza, y tiene sus deseos de dorar con vuestro dinero sus blasones.

ROESEAU. ¿Y desea casarse con mi hlja?

DARCY. Precisamente.

ROUSEAU. Puedo responderos con pocas palabras: estoy completamente arruinado.

DARCY. ¡Arruinado!

ROUSEAU. Por desgracia: he sido víctima de una infamia, y como el hombre probo no puede recurrir al robo, he adoptado el partido de retirarme del mundo. Con la venta de mi estudio he satisfecho mis compromisos; pero solo me ha quedado lo que en este pueblo poseo, que si bien bastará á llenar las necesidades de nuestra modesta existencia, presenta un triste porvenir á mi querida hija.

DARCY. ¿Y sabe ésta vuestra desgracia?

ROUSEAU. No he tenido bastante valor para manifestársela: ¿mas qué pcdré hacer cuando se la presente un partido

como el que acabais de anunciarme, ó si viniese la miseria á llamar á nuestra puerta?

DARCY. Buen remedio; casadla con uno que sea menos bello, menos noble y mas rico.

ROUSEAU. ¿Y en dónde se podrá hallar un marido que no exija un dote proporcional ó igual á su fortuna?

DARCY. Si no hay mas dificultad que esa... pero Luisa amará tal vez...

ROUSEAU. A nadie.

DARCY. Si así fuese... aunque lo dudo, y no os ofendais, porque en este punto los padres tienen muy corta vista: mas si así fuese, repito, me atreveria á proponeros un regular partido.

ROUSEAU. ¿Tan pronto le habeis hallado?

DARCY. ¡Bah! por la posta: ¡soy hombre de grandes recursos!.. y si no juzgad vos mismos. El aspirante tiene buen corazon, buen nombre, ciento cincuenta mil francos de renta, y no os pedirá ni un céntimo de dote; pero...

ROUSEAU. ¿Pero qué?

DARCY. Tiene una pícara facha.

ROUSEAU. ¡Cómo! ¿Vos tal vez?..

DARCY. Justamente. Confesad que habeis conocido el paño por la última muestra.

ROUSEAU. Podeis creer que me lisonjea en estremo...

DARCY. Escusemos frases comunes, porque las se todas de memoria. Como enamorado no se me puede mirar por la espalda, ni de perfil, pero de frente... ¡Oh! de frente puedo ser un esposo muy admirable. Yo no temo que no me ame, tiemblo que ame á otro: solo pido que me permita hacerla rica y feliz... Si es posible aun... (*Señala á la espalda. Rouseau le interrumpe*).

ROUSEAU. Señor Darcy; he arruinado á mi hija y no tengo el derecho de disponer de su voluntad: permitirme consultarla y...

DARCY. Sea en buenhora; pero sin nombrarme, ó si acaso poquito á poco, para que la noticia no la sorprenda y asombre demasiado.

ROUSEAU. Os lo prometo. Solo diré que me pide su mano un caballero muy desinteresado, noble, rico, y...

DARCY. Y de ridícula figura: no olvideis esto, porque es el quid de la dificultad.

ROUSEAU. Hasta luego, señor Darcy.

DARCY. Hasta luego, mi querido señor Rousseau.

ESCENA VI.

DARCY.

DARCY. Si lograse mi deseo: Si Luisa fuese libre y aceptase mi fortuna y mi mano... ¿quién sabe? Acaso acabaria por convencerse de que vale mucho mas el interior, que esta fatal cubierta que le oculta, y creería que un alma buena puede reemplazar con ventaja á un lindo talle. Acaso empezaria por estimarme; la estimacion se convertiria en cariño, y yo llegaria á tener una familia, viéndome rodeado de una turba de jorobadítos... ¡Desgraciado! Imbécil seria esa hermosa joven si aceptase, sí... rehusará. ¿Cómo he podido pensar ni un momento en el amor? El amor se ha hecho para los jóvenes hermosos como Alberto y Genoveva que se adoran, y... mejor debia yo de ocuparme en arreglar este matrimonio que pensar en el mio. Ambos jóvenes me interesan, y especialmente Alberto, que con tanto ardor y artística fé se dedica al trabajo... mas... el de un pintor no produce gran cosa, y... será preciso que yo me arregle con Verdelet mi mercader de cuadros, el cual fingirá que los compra para él, y yo los pagaré á buen precio, porque... debe necesitar dinero... ¿pero bajo qué pretesto podria yo ofrecérsele? Justamente llega ahora... probemos.

ESCENA VII.

DARCY. ALBERTO.

ALBERTO. ¿Señor Darcy?

DARCY. Mi querido enfermo.

ALBERTO. Vengo de vuestra casa.

DARCY. ¡De mi casa? Pues si sabeis que tengo la costumbre de venir á veros diariamente.

ALBERTO. Sí, pero... hoy...

DARCY. ¡Hoy!.. ¿qué?

ALBERTO. (¡No sé qué decirle! ¿De qué modo podré lograr que acepte estos Luises que acabo de recibir?)

DARCY. (¿De qué medio me valdria yo para hacerle tomar algun dinero?) ¡Muy preocupado venis!

ALBERTO. No es preocupacion, doctor, es... Vergüenza... es...

DARCY. ¿De veras? Pues... ¡es particular! Una cosa parecida es la que yo esperimento.

ALBERTO. Es cuestion de dinero y...

DARCY. ¡De dinero! ¡Diantre! ¡Lo mismo que la mia!

ALBERTO. He llevado un cuadro á Verdelet...

DARCY. (Mi mercader). Sí, le conozco.

ALBERTO. Y me ha dado tres luises.

DARCY. ¡Tres luises! (¡Infame! ya se lo diré yo).

ALBERTO. Conozco que es poco, pero... desearia...

DARCY. Pues justamente he encontrado con un amigo fanático por la pintura, que os compra...

ALBERTO. (*Alargando los tres luises*): Doctor, permitid que os ofrezca...

DARCY. Amigo mio, permitidme que os entregue...

ALBERTO. ¡Cómo! ¿Me ofreceis dinero?

DARCY. ¿Vos quereis darme?...

ALBERTO. Yo cumplo con un deber, y no podeis impedirlo.

DARCY. Y yo tengo un placer en ofreceros esto.

ALBERTO. Yo soy vuestro deudor, y quiero...

DARCY. Y yo os entrego lo que os pertenece... (Es preciso engañarle.) Mas me ocurre una idea escelente... Podemos entendernos aun. Ambos nos apreciamos, ¿no es así?

ALBERTO. Sin duda.

DARCY. Pues hagamos una concesion cada uno: por mi parte acepto vuestro dinero.

ALBERTO. Convenido.

DARCY. A condicion de que aceptareis el mio.

ALBERTO. Jamás.

DARCY. ¡Jamás! Pues sabed que he querido probar hasta dónde llega vuestra delicadeza, y por eso os he disimulado la verdad. Este dinero os pertenece: un amigo mio está formando una galería, un museo en miniatura y

os compra vuestra santa Cecilia: hé aquí mil francos por ella.

ALBERTO. ¡Dios mio!

DARCY. Y os ofrece igual cantidad por cada uno de los que sucesivamente acabeis...

ALBERTO. ¡Será posible!

DARCY. ¡Y tan posible! Vos mismo vereis como se los lleva, y ordenareis la galería...

ALBERTO. Entonces...

DARCY. Este dinero es vuestro.

ALBERTO. Tal fortuna... me sorprende... me abruma... Mi cabeza se abrasa... Cuanto me rodea gira en deredor mio...

DARCY. Tranquilizaos: ya os hé dicho que debeis huir de las emociones violentas y... vuestra falta de salud... la asesina.

ALBERTO. ¿De quién hablais, doctor?

DARCY. Nada os importa.

ALBERTO. Hablad, amigo mio, vos que sois tan bueno...

DARCY. Eso es, aduladme ahora... Soy bueno, y... hasta os pareceré hermoso... Pues bien; sois amado, no me lo han dicho, pero lo he adivinado.

ALBERTO. ¡Me ama! ¿Será posible? Despues de esta inmensa alegría, un desengaño me mataría, me volvería loco.

DARCY. ¡Dios mio! Palidece... vacila... Amigo mio... Alberto, calmaos... ¡qué diablo! no seais débil.

ALBERTO. Sí, sí... teneis razon... mas la sangre se aglomera con tal fuerza en mi cabeza... es singular... algunas veces me quedo sin vista.

DARCY. (*Con inquietud*). Y... ¿Esperimentais á menudo ese desvanecimiento, esa especie de vértigo?

ALBERTO. Algunas y... Silencio, doctor, aquí viene.

DARCY. Sí; viene con su amiga.

ESCENA VIII.

DICHOS. GENOVEVA. LUISA.

LUISA. Alberto, venimos á daros dos importantes noticias.

ALBERTO. ¡A mí!

GENOVEVA. ¿No sois amigo nuestro?

ALBERTO. Si por cierto.

LUISA. Pues la primera es que Genoveva ha tomado una resolucion que la separa de nosotros.

DARCY. (*Rápido*). ¡Qué decis! (*Aparte á Alberto*). (No os altereis, se lo quitaremos de la cabeza.)

ALBERTO. (*Tranquilo*). ¿Qué vais á hacer, Genoveva?

GENOVEVA. Retirarme á un convento.

ALBERTO. ¡A un convento!

DARCY. (*Aparte estrechándole la mano*). (¡Cuidado con las emociones violentas!)

ALBERTO. ¡Es rara vuestra determinacion!

DARCY. (Pues... no está conmovido... se ha reconcentrado... esto es peor).

GENOVEVA. Estoy sin familia, Alberto, y sabeis que hice mi noviciado entre las hermanas de la Caridad. (*Sonriendo*). ¿Creeis que sea un estorbo en el convento?

ALBERTO. Creo, por el contrario, que podiais ser una escelente madre de familia.

DARCY. Todo puede arreglarse (Este jóven es de bronce).

LUISA. La segunda noticia es puramente personal...

ALBERTO. ¿Os concierne, señorita?

LUISA. Se trata de mi matrimonio.

ALBERTO. ¡Qué decís?

DARCY. (Su padre cumplió la palabra).

ALBERTO. (*Muy conmovido*). ¿Vais á casaros?

DARCY. (¡Se ha sorprendido!)

ALBERTO. (*Temblando*). Y... ¿habeis aceptado?

DARCY. (¡Cómo tiembla!)

LUISA. He querido consultar antes á Genoveva, á mi amigo el doctor...

DARCY. ¡A mí! (¡A buena parte viene!)

LUISA. (*Conmovida*). Y... á vos tambien, Alberto.

DARCY. (Tambien ella se conmueve... ¡Con qué interés se miran!)

ALBERTO. (¡Vá á casarse!)

DARCY. (¡Soy un imbécil!.. Creia que amaba á Genoveva, y es á... ¡Pues he tenido buena eleccion!)

LUISA. ¿No respondeis?

ALBERTO. No sé qué aconsejaros... (*Con amargura.*) No conoz-

co al que pretende vuestra mano, mas... cuando os ofrece la suya, tendrá noble corazon, alma elevada, será rico...

DARCY. Si.

ALBERTO. Jóven...

DARCY. Sí.

ALBERTO. Buen mozo...

DARCY. Como un Lucifer.

LUISA. Es, segun dice mi padre, jóven aun: tiene 35 años.

DARCY. (Y medio).

LUISA. Y ciento cincuenta mil francos de renta.

ALBERTO. Jóven, rico...

LUISA. Y tiene un buen nombre.

DARCY. Y un esterior de demonio.

LUISA. ¿Le conoceis?

DARCY. Así, así.

ALBERTO. ¡Vos le conoceis!

DARCY. De vista... casi en todas las casas á donde voy le veo. (Si hay espejo).

LUISA. ¿Y creeis?...

DARCY. Creo que no debeis aceptar.

ALBERTO. ¡Oh! gracias querido amigo.

DARCY. No hay por qué darlas... es decir... Sí, sí; hay por qué darlas. Creo, señorita, que una jóven tan bella necesita un marido bello tambien; el amor se acaba antes que el dote; porque la felicidad es lo primero que siempre se acaba. El talento vale mas que la fortuna, porque nada es mas fácil que dejar vacío un arcon lleno de dinero, al paso que no es posible vaciar una cabeza para estraer el genio que en sí encierra. Vos no os habeis atrevido á responder á vuestro padre, y yo voy ahora á hacerlo por vos: estoy muy seguro de que me creerá: sí, dará crédito á mis desinteresadas palabras, porque... tengo ciento cincuenta mil francos de renta, buen nombre, buen corazon, y cuerpo de demonio. (*Con ira sarcástica*).

LUISA. ¡Cómo! ¿Será posible?

ALBERTO. ¿Erais vós?

DARCY. Nos hemos entendido. (Su dote corre de mi cuenta; y en cuanto á él... buscaré quien siga apareciendo

como comprador de sus cuadros). ¡Arreglo perfecto! Voy á decir á vuestro padre que no se tome la pena de buscar yerno, porque vos habeis encontrado uno que os ama y á quien amaís. (*A Genoveva*). (Bien haceis en buscar un convento; y yo...)

GENOVEVA. (*Aparte*) (Allí seré dichosa, pensando en su felicidad.) ¡Adios, Luisa: adios... Alberto!

LUISA.
ALBERTO. } ¡Adios! (*Cada uno le coje una mano*).

DARCY. (Casi, casi, me conviene aceptar esa idea, y... hacerme monje... con un capuchon tirado hácia atrás, estaria pasadero, porque ocultaría la maula).

ALBERTO. Querido amigo, nos sacrificais vuestros deseos, vuestras esperanzas.

DARCY. Todo pasa en este mundo... alrededor del cual voy á hacer un viaje, y... volveré curado.

LUISA. ¿Partir?

DARCY. Hoy; ahora mismo... Voy á visitar los hotentotes, los... acaso entre ellos encuentre hombres mas feos que yo, y esto me divertirá, me hará reir, me servirá de... consuelo... Vamos, vamos: si no me voy, concluiré por llorar como un chiquillo. (*Vase con Genoveva*).

ESCENA IX.

ALBERTO. LUISA.

ALBERTO. ¡Luisa! ¡Será posible! Lograré una felicidad con que tantas veces he soñado. ¿No es una ilusion, no es un dulce ensueño?.. ¡Me amais! No... No lo creo... Necesito oirlo de vuestra boca misma... Decidlo para que tanta dicha me preste fortaleza á fin de soportar el peso de esta felicidad: de este modo podré tener el valor que necesito, si he de haceros una confesion terrible...

LUISA. ¡Una confesion terrible!..

ALBERTO. ¿Luisa, me amais?

LUISA. ¿No veis mi puro gozo al consentir en ser vuestra esposa?

ALBERTO. Escuchadme y pronunciad mi sentencia. Vais á decidir de mi vida.

LUISA. ¿Qué teneis que revelarme?

ALBERTO. No tengo familia... carezco de nombre... porque el que llevo fué el de mi madre.

LUISA. (*Con naturalidad*). Ya lo sé.

ALBERTO. Tenia un solo protector, un amigo, el señor Duperrier que me acogió en su casa, me confío su riqueza, y... Dios sabe si yo estaba orgulloso con esta confianza; si yo le amaba y tenia hácia él toda la debida abnegacion, mas... un dia, un hombre, un malhechor, cuyo rostro ví poco tiempo al resplandor de la luna, se introdujo en la casa y en la caja; quise perseguirle; pero desapareció por la ventana, dí voces, nadie me oyó, y... ese hombre habia sustraido de allí cuarenta mil francos. Pues bien, Duperrier me acusó de este robo.

LUISA. ¡A vos!

ALBERTO. Sí, si, á mí, á su... ¡Oh! no podeis comprender, Luisa, cuanto horrible y desgarradora fué para mí esta horrible acusacion.

LUISA. Sí, lo comprendo, Alberto.

ALBERTO. En vano imploré su bondad; en vano derramé amargas lágrimas; en vano tambien mi herida delicadeza se rebeló, nada pudo conmover su corazon... Su corazon que debia haber sido el último en acusarme...

LUISA. ¡Desgraciado!

ALBERTO. El señor Duperrier me prometió no revelar á nadie su calumniosa imputacion y... se cumplirá su promesa, mas no debia yo aceptar la inmensa felicidad que me ofreceis sin haceros esta triste confesion. Luisa, el hombre que teneis ante vuestros ojos, y cuya mano estrecha la vuestra, puede levantar sin rubor la frente porque este hombre jamás se manchó con ninguna bajeza, con ninguna infamia. Acaba de abriros su corazon y pone en vuestras manos su destino y su vida que habeis salvado, y que podeis con una palabra conservarla ó destruirla. Cualquiera que sea vuestra decision, se someterá á ella sin exhalar una queja.

LUISA. ¡Oh!.. Sois inocente, Alberto, lo creo.

ALBERTO. ¡Luisa! Todas mis desgracias se han desvanecido: ya he olvidado mis crueles sufrimientos, porque... si vos me amais, ¿quién puede ser mas dichoso que yo? Lui-

sa, tambien la fortuna nos sonrie; mi santa Cecilia está vendida antes de estar acabada; me dan mil francos y otros tantos por cada cuadro que termine...

LUISA. Alberto, la suerte comienza á haceros justicia.

ALBERTO. Lo debo á las activas diligencias de mi buen amigo Darcy.

LUISA. Entonces... podeis llegar á ser millonario, Alberto. ¡Fortuna, gloria! Ahora debo ser yo la que no se atreva á aceptar vuestra mano...

ALBERTO. ¡Querida Luisa!.. Vuestro padre viene á decidir de mi suerte.

ESCENA XX.

DICHOS. ROUSEAU.

ROUSEAU. Alberto; antes de partir el señor Darcy me ha manifestado que amais á mi hija, y que sois correspondido.

ALBERTO. ¿Y vos?

ROUSEAU. Debo haceros saber que mi hija es pobre.

ALBERTO. ¿Qué importa?

ROUSEAU. Su pobreza es obra mia, y no tengo el derecho de rechazar al esposo que elige. Otro pudiera haberla hecho rica, pero vos... podeis hacerla dichosa.

ALBERTO. Dichosa, sí; cuanto un hombre puede hacer en favor de su esposa, lo haré yo por ella, así como tendré hácia vos el cariño y la abnegacion de un hijo, porque vais á ser mi segundo padre... no, el único que el cielo me ha reservado. Vuestra pobreza no me entristece, porque... casi soy rico; me han propuesto un buen negocio, y...

ROUSEAU. Lo sé por Darcy.

ALBERTO. Casi soy rico, os lo repito. Podré proporcionar á mi amada Luisa una existencia cómoda y tranquila, y bendigo á vuestra pobreza que me acerca á mi amada, me convierte en jefe de una familia respetable, elevándome á mis propios ojos, y me hace ser el sosten de mi amada esposa y el apoyo de mi padre. ¡Oh! ¡Mil veces te bendigo, santa y noble pobreza!

ROUSEAU. Hija mia, creo que vas á ser feliz; y vos, querido amigo, hijo mio. (*Le abraza*).

ALBERTO. ¡Vais á hacerme llorar, padre mio!.. las lágrimas oscurecen mis ojos, y... necesito trabajar mucho; quiero acabar este cuadro en el mismo dia en que se ha decidido mi matrimonio. (*Toma la paleta y los pinceles*). Esta vez, Luisa, no os negareis á ser mi modelo.

LUISA. No, seguramente.

ALBERTO. Para vos trabajo; para nosotros. (*Se dispone á pintar; se detiene, deja el pincel sobre el caballete y lleva la mano á los ojos*).

LUISA. Estoy pronta.

ALBERTO. Gracias, pero... apenas veo... (*Separa las cortinas de la ventana*). ¿Se pone ya el sol?

ROUSEAU. Aun no.

LUISA. ¿Por qué preguntais eso?

ALBERTO. ¡He tenido hoy tantas y tan fuertes emociones!.. He llorado... (*Quiere pintar y se detiene*). He llorado demasiado desde mi desgracia... Vamos, esto... será nada. (*Se pasa la mano por la vista y esclama con fuerza*). Os digo que se hace de noche, mas esta es una noche estraña... mas sombría y terrible que las otras.

LUISA. ¡Dios mio!

ROUSEAU. ¡Qué dice!..

ALBERTO. ¡Luisa! ¡Luisa! (*Estiende la mano hácia ella*).

LUISA. ¡Alberto!

ALBERTO. Me respondeis, pero no me veis, ¿no es cierto?.. no podeis verme, porque... yo no os veo... Dime que es ya de noche... ¡Las tres!.. (*Un reló dá las tres*). ¡Oh campana fatal!.. ¡Estoy ciego!.. ¡Sí, ciego!.. (*Cae sobre la silla*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin con terrado y una tapia baja.—En lontananza la ciudad de Nimes.—En primero y segundo término á la derecha, una parte de la casa del señor Rouseau, que dá sobre el terrado, á cuya casa se llega por una gradería.—A la izquierda en primer término un emparrado, mesa y sillas rústicas.—En el tercer término á la izquierda el principio de una escalera que dá á la calle.—En el cuarto término, la pared baja. En el quinto el horizonte.—Al levantarse el telon está Luisa sentada bajo el emparrado, y tiene sobre las rodillas un bastidor pequeño para hacer encajes, está dormida y Susana llega muy depriesa por la gradería.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, *dormida.* SUSANA.

SUSANA. Señora, soñora... aquí teneis dos cartas que... (*Se aproxima despacio*). ¡Ah! Está dormida... y su obra no adelanta... voy á continuarla ¡y la tiene casi concluida! ¡Pobrecita! habrá trabajado toda la noche...

LUISA. (*Dormida*). Julieta... no abandones á tu padre... no le dejes solo...

SUSANA. Siempre lo mismo... su esposo, su hija... no es estraño, los ama tanto. Seis años hace que perdimos al señor Rouseau; pero antes de espirar pudo bendecir á la hermosa Julieta, al paso que el señor Alberto, su padre, no podrá ver á tan hermoso ángel. El señor Darcy continúa viajando; la señorita Genovena ha entrado en un convento, de manera, que mis queridos amos se-

encuentran sin familia, sin amigos... Pero yo jamás les abandonaré. (*Deja caer uno de los moldes*).

LUISA. (*Despierta al ruido y mira en su deredor*). ¡Susana!

SUSANA. ¡Señora!

LUISA. ¿He dormido mucho?

SUSANA. No señora.

LUISA. (Me creia mas fuerte). Dame el bastidor.

SUSANA. Nada tengo que hacer y este trabajo descansa y recrea. (*Trabajando*). (Y ella tambien descansa).

LUISA. ¿Dónde está Alberto?

SUSANA. Paseando aquí cerca con la señorita, que está muy orgullosa con el encargo de reemplazaros para guiar á su papá.

LUISA. ¡Hija de mi alma!

SUSANA. Teneis en ella un verdadero tesoro. Es linda como un ángel y de una inteligencia estraordinaria, aprende cuanto vé y... os está preparando una sorpresa por ser su cumpleaños.

LUISA. ¡Oh! cada momento doy á Dios mil gracias por haberme concedido una hija: ella forma mi felicidad y es el consuelo de Alberto. Trae mi labor, Susana; no siento ya cansancio, porque es para mi hija y para mi esposo el fruto de mis tareas... Hoy mismo debo entregar este encage porque no hay dinero en casa y... nadie lo sabe mejor que tú.

SUSANA. Dejadme concluir esta flor, y en tanto podeis leer esas cartas que acabo de traer: acaso alguna de ellas sea del señor Darcy.

LUISA. No, esta es del señor Girard. (*Abriendo una carta*).

SUSANA. ¿El que reedificó esta casa?

LUISA. (*Lee*). «Señora, cuando reedifiqué toda la parte del »edificio que el incendio habia consumido, prometí »daros tiempo para satisfacerme su importe; pero ne»cesito ahora ese dinero, y comprendiendo hasta dón»de llega vuestra angustiosa situacion, temo verme »obligado á embargar y vender vuestra casa.»

SUSANA. ¡Dios nos asista!

LUISA. Susana, Girand está en su derecho: teme con sobrada razon, que desaparezca la única garantía que puede responder del dinero que se le debe. Gracias á tu de-

sinterés y abnegacion, Alberto no ha llegado á comprender esta angustiosa situacion á que nuestro acreedor se refiere. Mi pobre esposo cree que he podido reparar los desastres del fatal incendio con los restos de nuestra pasada fortuna: el desgraciado ignora que las llamas devoraron los valores que mi padre me habia legado, pero... ¿cómo le he de poder ocultar la venta de esta casa? ¿Cómo lograré que la abandone? La conoce tan bien que la recorre toda sin necesidad de guia, porque ha visto en mas felice tiempo, lo que hoy no puede ver. ¡Ah! fuera de aquí, la eterna noche en que vive le parecerá mas lóbrega y profunda; se reprochará á sí propio la causa del horrible y desastroso incendio, causa de nuestra ruina; y cuando sepa que nos arrojan de la casa de mi padre, morirá de dolor.

SUSANA. ¡Oh! Consolaos, señora, mi amo tiene valor.

LUISA. Pero... ¿á dónde he de llevarle? El precio de esta casa vendida de ese modo, apenas producirá para satisfacer á Girard y... esta casa constituye toda nuestra fortuna. ¿Cómo he de mantener á mi marido, como he de educar á mi pobre hija, cuando el trabajo de mis manos de dia y de noche, apenas nos dará para comprar el preciso sustento?

SUSANA. Animaos, querida señora mia, seremos dos á trabajar y... sí, sí, tranquilizaos; si os arrojan de vuestra casa nos iremos á la mia.

LUISA. ¿A la tuya?

SUSANA. ¡Vaya! soy propietaria: mis padres me dejaron una casa... no, una cabaña en mi pueblo de Viguerolle que arrendada ventajosamente produce al año diez escudos. Allí viviremos: decís al señor Alberto que el médico ha ordenado á Julieta que cambie de aires y vereis como se apresura á marchar. Mi buen señor no puede ver si la cabaña es fea y vieja, y en su recinto encontrará cuanto ama en el mundo, el aire libre, el sol, el aroma de las flores y cuantas naturales riquezas ha prodigado Dios en favor de los pobres.

LUISA. ¡Qué buen corazon!

SUSANA. No lloreis, señora mia, y leed la otra carta que... no ha de contener tambien una nueva desgracia.

LUISA. ¿Cómo ha llegado esta carta aquí? (*Abre y arroja la carta sobre la mesa*).

SUSANA. Por el correo: ¿no la leeis?

LUISA. No.

SUSANA. ¿Es acaso aquel jóven... el de la iglesia?

LUISA. Sí.

SUSANA. ¡Qué hombre mas obstinado! Si os mira, volveis la espalda: si os habla nó le respondeis: os privais de salir durante ocho dias por nó encontrarle, y en vez de comprenderos, recurre á la pluma. Pero ¿qué puede escribiros?

LUISA. Nada me importa. (*El reló de la ciudad dá una media*). Ya debia haber regresado Alberto... ¡Le habrá sucedido alguna desgracia, ó tal vez á mi hija que no puede ser protegida por su desgraciado padre!..

SUSANA. Si no hay peligro alguno, señora... pero voy á buscarlos para que no esteis inquieta. Voy á atravesar por la casa, porque generalmente vienen por la calle grande. (*Sale por la graderia*).

ESCENA II.

LUISA.

LUISA. Tiene razon Susana: cuando Alberto sepa que su hija necesita cambiar de aires, saldrá de aquí sin violencia, y en el modesto asilo que Susana nos ofrece, al menos encontraremos tranquilidad: para mí la miseria nada tiene de espantoso, como pueda ocultársela á Alberto. (*Se pone á trabajar, y aparece por una verja á la izquierda un jóven elegante*).

ESCENA III.

LUISA. ARMANDO.

ARMANDO. El marido no ha vuelto, y la criada acaba de salir: debe estar sola... héla allí...

LUISA. Alberto, ¿eres tú?.. ¡Cómo!.. (*Oyendo pasos*). Caballero... (*Levantándose*). Venís hasta mi casa...

ARMANDO. La obstinacion con que huís de mí, esplica mi venida, si nó escusa mi atrevimiento: además, en mi carta os anuncio mi visita.

LUISA. No la he leido, caballero: pero como adivino su contenido, puedo responderos. Mis palabras francas y leales os harán arrepentir de vuestra ligereza, puesto que sin duda no habeis conocido quien soy. Si os recibo sin indignacion ni cólera, es porque creo haceros justicia al suponer que sois un jóven de honor, estraviado en un funesto error; á quien debo conducir al buen camino del cual por un momento se ha separado. Acaso habreis pensado que yo, jóven todavía, siento estar unida á un hombre herido duramente por una irreparable desgracia, mas... os equivocais: mi amor se ha aumentado con ese infortunio y... además soy madre, y cuando el puro amor que profeso á mi esposo no me escudase bastante, mi respeto hácia mi tierna hija me defendería. Ahora ya me conoceis, caballero, y no teneis nada que exigir de mí, ni yo tengo que deciros otra cosa.

ARMANDO. (Está casi imponente). Si hubiese llegado hasta vos impulsado por una pasion efímera, hija de vuestra belleza, deberia retirarme sin vacilar; pero cuanto mas os miro, cuanto mas os escucho, menos creo posible que mi amor se estinga, el cual no por ser respetuoso, deja de ser profundo y firme.

LUISA. Caballero...

ARMANDO. Permitid que á mi vez pueda hablar francamente. No me engañais, señora, os engañais á vos misma. Equivocais con el amor la tierna piedad que sentís por ese

infortunio que os ha costado terribles sacrificios. Conozco el corazon humano, y sé que no puede seros grato veros esposa de un hombre que solo puede pensar en su desgraciada enfermedad. ¿Y qué debeis á ese hombre? Vuestros cuidados, vuestra piedad; pero no vuestro amor que sería un tesoro perdido; y este tesoro le concedereis muy pronto al que os le pague con una ternura esclusiva; al que no pudiendo daros su mano, os suplica de rodillas que acepteis su corazon y su fortuna...

LUISA. (*Impaciente*). ¡Ah! ¿Sabeis que soy pobre? No os engañais, y este un nuevo título que os obliga á respetarme.

ESCENA IV.

DICHOS. SUSANA.

SUSANA. Señora; mi amo y la señorita vienen por la verja... (¡Calla!.. aquí está...)

LUISA. Oís, caballero.

ARMANDO. (*A Luisa*). (Me retiro, señora; pero volveré pronto).

SUSANA. (*Con aspereza*). Por aquí caballero: os enseñaré el camino.

ARMANDO. (Con eso le aprenderé para volver).

En cuanto salen ambos por la puerta de la derecha, aparecen por la verja Alberto y Julieta. Esta tiene seis años; viene sencillamente prendida, pero con buen gusto. Alberto igualmente, pero casi con elegancia, y su trage demuestra el cuidado y esmero de Luisa.

ESCENA V.

LUISA. ALBERTO. JULIETA.

Luisa asustada por las últimas palabras de Armando, se deja caer sobre una silla bajo el emparrado. Alberto viene guiado por Julieta.

ALBERTO. (*Deteniéndose en el foro*). Gracias, hija mia; ya no necesito que tu linda mano me guie. ¿Estás aquí mamá?

JULIETA. Sí, bajo el emparrado.
ALBERTO. (*Queriendo ir solo*). Ya sé... ya sé...
JULIETA. Ten cuidado...
ALBERTO. (*Bajo*). Dame el ramillete.
LUISA. (Ese hombre me hace temblar).

(*Alberto y Julieta se aproximan á Luisa y simultáneamente la abrazan*).

JULIETA. ¡Mamá!
ALBERTO. ¡Luisa mia!
LUISA. ¡Ah! Ya estais aquí. (*Abrazándolos*). No me abandoneis nunca.
ALBERTO. Hemos tardado, pero no nos regañes mucho; Julieta y yo habíamos formado un complot, porque te gustan mucho las flores, y el invierno ha destruido todas las de nuestro jardin. Esta mañana me llevó Julieta en casa del anciano Gerónimo, nuestro vecino, el cual nos ha permitido agotar su cercado. Julieta ha elegido los mas bellos matices, y yo los perfumes mas delicados para formar este ramillete que te ofrecemos. Hoy hace seis años que Dios nos concedió á Julieta, y desde aquel dia todos le doy gracias, y mantengo lleno de alegría mi corazon. Entre vosotras dos, ángeles mios, soy dichoso, sí, soy muy dichoso. (*Las abraza*). Pero... ¿qué estais haciendo... encages?
LUISA. Sí... un frontal para el convento de Genoveva.
ALBERTO. Me alegro.

ESCENA VI.

DICHOS. SUSANA.

SUSANA. Buenas nuevas, señora. Cuando estaba cerrando la puerta grande he visto pasar al criado del señor Darcy.
ALBERTO. / LUISA. { ¡Darcy!
SUSANA. El doctor ha llegado esta noche, y José me ha dicho que la primer visita de su amo será para vos.
ALBERTO. Tienes razon, buena Susana; escelente nueva es la de

haber llegado Darcy. (*A Luisa*). Creo que volverás á ver con gusto á nuestro caro doctor.

LUISA. (*Haciendo á Susana un signo de inteligencia*). Yo lo creo: y le consultaré acerca de Julieta.

SUSANA. (Comprendo).

ALBERTO. ¡De Julieta!

LUISA. No te inquietes por esto: yo creo que la convendrá respirar un aire mas puro y vivo, y si el doctor es de mi parecer, consentirás en...

ALBERTO. Mi Julieta padece... ¡Está enferma!

JULIETA. No, papá, no por cierto.

ALBERTO. Luisa, marcharemos cuando quieras; al momento si es preciso.

ESCENA VII.

DICHOS. DARCY.

DARCY. (*Que ha oido las últimas palabras*). ¡Cómo se entiende! ¿Marchar cuando yo llego? ¡Qué disparate!

SUSANA. ¡El doctor!

LUISA. ¡Señor Darcy!

ALBERTO. ¡Amigo mio!

DARCY. (*Corre hácia Alberto que le busca, y le estrecha la mano*). Querido Alberto, tan pronto como he sabido que no podíais ir á buscarme, he venido á veros.

ALBERTO. (*Triste*). ¿Habeis sabido?.. (*Reponiéndose*). Pero hablemos de vos, que sin duda esparcireis un poco de alegría en esta triste casa. ¡Ah! Me alivia mucho el estrechar vuestra mano... Y no se ha alterado vuestra salud durante tan eterno viaje.

DARCY. No, por desgracia. (*Rie*). Cuando dejé á Nimes, me puse á correr como un loco que tiene miedo de su misma locura. (*Mirando á Luisa*). De París fuí á las Indias, á Kanschatka; tan pronto como llegó á mis oidos el ruido de la guerra de Oriente. Sí, amigos mios; he estado en Crimea de... aficionado; y cuando sobre el campo de batalla encontraba algun herido, me dedicaba á curarle. Las balas silvaban por todas partes, y yo alzaba las espaldas á ver si... ¡pero nada

(*Señalando á su joroba*). Creo que las balas tenian miedo de esta prominencia porque pasaban por encima y yo he vuelto con mi pesada carga.

LUISA. ¡Y con esa honrosa condecoracion!

ALBERTO. ¿De veras?

DARCY. Sí.

ALBERTO. Está colocada sobre un noble corazon.

DARCY. Eso mismo me dijo el mariscal cuando yo reusaba aceptarla. Pero estoy hablando de mi como un necio, debiendo ocuparme solo de vosotros. Esta mañana he tenido noticia del cruel golpe que os ha herido.

ALBERTO. El mismo dia de vuestra partida: pero si os han hablado de mi desgracia, tambien os habran referido la sublime abnegacion de mi querida Luisa. Cuando los médicos dijeron que mi vista se habia estinguido para siempre, devolví á su padre la palabra y dejé libre á Luisa de su juramento. «Me dejas en libertad, contestó, y voy á disponer de mí: no quiero ser esposa sino del hombre á quien amo, y este hombre sois vos: yo seré vuestro consuelo, vuestra luz,» y... ella, en efecto, me condujo á su padre y mas tarde me guió al altar, en donde un sacerdote bendijo nuestra union. El cielo tambien la bendijo concediéndonos á Julieta, nuestra linda hija... Perdóname, querida Luisa, si lloro... si os envidio á todos porque todos veis á mi querida Julieta y yo jamás la veré. ¡Debe ser tan bella!.. Decidme, doctor, que se parece á su madre, á mi hermosa Luisa.

JULIETA. Caballero, decid á mi papá lo que desea, para que no llore y me quiera mas cada dia.

DARCY. Hija mia, quisiera obedeceros, pero... encuentro un obstáculo.

ALBERTO. ¿Cuál?

DARCY. Que la niña se parece mucho mas á vos mismo que á su madre, amigo mio, y... espero que llegueis á juzgar de esto por vuestros ojos.

LUISA.
SUSANA. } ¡Ah!

ALBERTO. (*Con afan*). ¿Qué habeis dicho, doctor?

DARCY. Digo... digo que poseo un específico maravilloso: que

he visto en mis viajes obrar grandes prodigios, y que tal vez Dios me conceda el placer de hacer uno aquí.

ALBERTO. ¡Ah! ¡volveré á ver á Luisa... veré á mi hija!

DARCY. De nada respondo, pero lo intentaré todo. Solo necesito un poco de tiempo, y vos necesitais valor y tranquilidad; tranquilidad sobre todo.

ALBERTO. Mis presentimientos no me han hecho traicion. Mil veces he dicho á Luisa que si llegaba á ser devuelta la amada luz á mis tristres ojos seria por la mano de mi querido Darcy. ¡Oh! ¿Por qué habeis tardado tanto? Hace un año que por poco pierdo á mi esposa y mi hija, asesinadas por mi mano.

LUISA. ¡Amigo mio!

ALBERTO. Me engañé en que Luisa faltase de casa un dia entero, para asistir á la toma del velo de Genoveva. Julieta, despues de haber marchado su madre se sintió mala, y yo quise velar su sueño durante la noche, ¡como si yo pudiese servir para alguna cosa! Hice retirar á Susana, y yo permanecí junto á la cuna de nuestro ángel querido; espiando sus movimientos creí notar que su respiracion dulce y tranquila, se hacia difícil y para asegurarme de su estado febril, quise tomar su linda mano y separé las cortinas. De repente la niña exhala un grito de terror: ¡fuego! ¡fuego! esclama, porque yo habia acercado las colgaduras á la luz cuya colocacion no podia ver. El terror me pone fuera de mi mismo; tomo á Julieta en brazos, y trato de huir con ella, pero instantáneamente las llamas llegan hasta mi rostro y una masa compacta de humo ahoga mi voz. Mi hija, á quien yo llevaba cubierta con mis vestidos se desmaya, no me responde y caigo de rodillas, colocándola bajo mi cuerpo, á fin de retardar mas su muerte. En tan supremo y terrible instante dirijo á Dios un grito de angustia, y este aterrador grito fué respondido por otro: cuando los mas animosos vacilaban sin determinarse á entrar por entre las llamas para socorrernos, una mujer se lanzó en aquel destructor horno y desafiando mil veces á la muerte, llegó hasta nosotros. Ya habreis comprendido, doctor, que esta mujer era una madre... ¡era Luisa!

SUSANA. Señor Darcy; José acaba de traer esta carta: dice que es urgente.

DARCY. (*Lee*). De la quinta de Armonville.

SUSANA. Está un cuarto de legua de esta casa.

DARCY. Con vuestro permiso, señora. (*Lee aparte*). «Caballe»ro, me han alabado vuestro saber y me he decidido á »llamaros, aunque para curarme me falta la fé hácia »la medicina... firmado, Duperrier de Lion.» (*Como hablando consigo mismo*). Pues entonces... que se cure solo este caballero.

SUSANA. ¿Me dais la respuesta?

DARCY. No... Sí...

ALBERTO. Doctor, si quereis escribir, Luisa os conducirá á mi despacho.

LUISA. Espero que sereis nuestro todo el dia.

DARCY. Sin duda alguna: sino hubiera sido por el gusto de veros, no habria vuelto por acá. Hasta ahora, Alberto. (*Estrechándole la mano*).

LUISA. Julieta, acompaña á tu papá, no le dejes.

JULIETA. Vé sin cuidado, mamá: no le dejaré solo.

DARCY. Hasta luego, querida mia. (*Luisa entra en la casa con Darcy. Susana ha salido ya. Alberto y Julieta quedan en escena*).

ESCENA VIII.

ALBERTO, JULIETA.

ALBERTO. (*Vá á sentarse junto á la mesa bajo el emparrado*). Julieta, ¿estás aquí?

JULIETA. (*Yendo hácia él*). Sí, papá.

ALBERTO. (*Tomándola la mano*). (Tiene fria la mano). No estoy contento, Julieta.

JULIETA. ¿No estás contento conmigo?

ALBERTO. ¡Hija mia! contigo sí; pero padeces y callas.

JULIETA. No, querido papá; estoy buena; mamá si que está mala.

ALBERTO. ¡Tu mamá!

JULIETA. ¡Trabaja tanto! Cuando crees que está paseando por el dia, ó que descansa durante la noche, está bordando

siempre bordando; yo lo he visto y he acompañado á Susana cuando la sube el bastidor á su cuarto.

ALBERTO. ¡Oh! Mi Luisa querrá distraer su fastidio: la he proporcionado una existencia bien monotona y triste.

JULIETA. Papá, ¿no has recibido hoy ninguna carta?

ALBERTO. No. ¿Por qué lo preguntas?

JULIETA. Porque hace dias que te preparo una sorpresa; pero... los secretos me ahogan y... te lo voy á decir todo. Ya puedo reemplazar á mamá para distraerte con la lectura y... ya sé tambien leer en manuscritos.

ALBERTO. (*Sonriendo*). ¿Sí?

JULIETA. ¡Vaya! y dice Susana que los leo como si estuvieran impresos. Si no me crees, busca en los bolsillos algun papel... deja, deja... aquí hay cartas, en el canastillo de la labor de mamá.

ALBERTO. No quiero que Luisa se ataree tanto y... si quiere, viajaremos. (*Consigo*).

JULIETA. (*Coge una de las cartas*). Ahora verás si leo casi, casi, como mamá y esta letra es bien gruesa.

ALBERTO. Vamos lectorcita mia, ya te escucho.

JULIETA. Si me abrazas tanto, no podré leer... Escucha. «Señora: cuando reedifiqué toda la parte del edificio que »el incendio habia consumido, os prometí daros tiem»po para satisfacer su importe.»

ALBERTO. Esa carta es de Girad el estagista... Luisa me había dicho... Continúa, hija mia, continúa.

JULIETA. «Pero necesito ahora ese dinero, y comprendiendo »hasta donde llega vuestra angustiosa situacion, temo »verme obligado á embargar y vender vuestra casa.»

ALBERTO. ¡Eso es imposible!

JULIETA. Si he leido bien...

ALBERTO. ¡La firma! ¡la firma!..

JULIETA. Girad.

ALBERTO. (*Procurando ocultar su emocion*). Julieta, llama á Susana.

JULIETA. Pero si me ha dicho mamá que no te deje...

ALBERTO. Haz lo que te digo, hija mia. ¡Ah! ¿Dónde está esa carta?

JULIETA. (*La coloca junto á la otra*). La he puesto en la mesa.

ALBERTO. Anda, hija mia, anda.

JULIETA. (*Saliendo*). Está enfadado... y yo he leido bien.

ALBERTO. Yo que le creia pagado y... es nuestro acreedor... nos amenaza con un embargo... ahora comprendo el ingenioso engaño de Luisa, para hacerme salir de esta casa, y ahora me esplico tambien el motivo del incesante afan con que trabaja á toda hora pára mantenernos y con el cual se asesina. El amor de Luisa ha recibido de mí por toda recompensa la ruina y la miseria... y esto solamente podré legar á mi inocente Julieta... Pero... ¿qué puedo hacer? ¡Ser jóven, fuerte, animoso, tener inteligencia, energía y no servir para nada!.. No, no dejaré que arrojen á Luisa de la casa de su padre... no... mas ¿qué puedo hacer? ¡Dios mio, Dios mio! dignaos hacer un milagro, porque yo solo puedo dar mi vida... ¡Deliro! (*Se detiene como herido por una idea*). Gracias, Dios mio; esta inspiracion viene de tí... aun puedo asegurarles una fortuna, y cuando creía que solo podia darles mi sangre, recuerdo que mi honor puede enriquecerlas. Necesito ir á Lion, mas... ¡me hace falta un guia!

ESCENA IX.

ALBERTO. LUISA. DARCY.

DARCY. Mil gracias, señora; en un instante la pongo yo mismo en el correo.

ALBERTO. (Hé aquí el guia que necesito) (*Luisa sale con su chal y sombrero llevando consigo el lio de los encages*).

LUISA. ¿No está aquí Julieta?

ALBERTO. Ha ido á buscar á Susana: deseo hablar con el doctor.

LUISA. Os dejo.

ALBERTO. ¿Vas á salir?

LUISA. Sí; voy á hacer varias compras.

ALBERTO. (*Dirigiendo la mano hácia Luisa tropieza con el papel*). ¿Qué llevas ahí?

LUISA. Es...

ALBERTO. (*Tocando el papel*). ¿Serán encages?

LUISA. Sí, para que los remitan á Genoveva.

ALBERTO. (*Enternecido besa la mano á Luisa llorando*). (Vá á venderlos).

LUISA. Alberto, ¿por qué lloras?

ALBERTO. ¡No, no lloro .. Te bendigo y... te amo! (*Conteniéndose, la abraza*).

ESCENA X.

DARCY. ALBERTO.

ALBERTO. Doctor, ¿estamos solos?

DARCY. Solos.

ALBERTO. Habeis hecho que por un momento brille un rayo de esperanza enmedio de mi eterna y dolorosa noche; mas, ni vuestra amistad ni vuestra ciencia podrán devolver á mis tristes ojos la perdida luz.

DARCY. Querido Alberto, los mas crueles remordimientos emponzoñarian mi vida, si ós hubiera engañado un solo instante: os dije entonces y os repito ahora. «De nada respondo, mas lo intentaré.»

ALBERTO. Añadisteis que el éxito pende del tiempo...

DARCY. Quise deciros que no conviene precipitarse...

ALBERTO. Pero si no es posible esperar....si estamos arruinados.

DARCY. ¡Arruinados!

ALBERTO. El fatal incendio, obra de mi mano, nos ha conducido á esta desesperada posicion. Esta casa vá á ser embargada, vendida...

DARCY. ¡Embargada!.. ¡No lo será!

ALBERTO. Os comprendo: comprendo hasta dónde llega vuestra generosa bondad, y por salvar á mis dos queridos ángeles no vacilaria en aceptar vuestro cordial auxilio: mas antes de acudir á vuestro recursos, debo agotar los mios.

DARCY. Teneis...

ALBERTO. Uno me queda: aun pueden ser ricas mi esposa y mi hija... Tengo padre y este no puede abandonarlas.

DARCY. ¡Teneis padre!

ALBERTO. Sí, un padre á quien la ley humana ningun deber impone respeto de mí; mas la ley divina le obliga á dar pan á aquellos que le deben la vida. Tiene un corazon generoso y fué muy bondadoso conmigo: me abrió su casa, me confió su fortuna y ofreció dividirla conmigo; mas... mas la fatalidad hizo que me creyese embustero, ladron...

DARCY. ¡Ladron!.. ¡Vos!

ALBERTO. ¿No lo creeis, es verdad?

DARCY. (*Estrechándole ambas manos*). No por cierto.

ALBERTO. El debió creerlo. Ahora para ir en casa de mi padre, sin que Luisa lo sospeche, necesito de un guia y... hé contado con vos, doctor. ¿Me llevaréis á Lion?

DARCY. Al momento; y yo hablaré al alma á vuestro padre.

ALBERTO. ¿Iremos pronto?

DARCY. Mañana si quereis. Voy á mandar que estén dispuestos mis caballos y mi silla y volveré á buscaros, porque en el estado de febril exaltacion en que os encontrais, no debo dejaros. (*Va y vuelve*). Cuidado, que me habeis de dejar hablar con vuestro padre y... á propósito, ¿cómo se llama?

ALBERTO. Duperrier: vive en Lion.

DARCY. ¿Duperrier? (*Mirando la carta que ha recibido*). (El mismo).

ESCENA XI.

DICHOS. SUSANA.

SASANA. Señor Darcy, vienen de la quinta de Armonville, á buscar la respuesta de parte de...

DARCY. (Calla, calla). Ahora voy á darla. (En Armonville y no en Lion hay que buscar á este Duperrier... y es preciso buscarle... ni mañana, ni luego, ahora mismo). Vuelvo, querido Alberto.

ESCENA XII.

ALBERTO. SUSANA.

ALBERTO. Susana...

SUSANA. Señor...

ALBERTO. ¿Sabes á dónde ha ido mi mujer?

SUSANA. (Callemos). Habrá ido á pasear un poquito.

ALBERTO. No puedes engañarme, Susana. Tú, que casi has visto nacer á mi querida Luisa, debes ser confidente de sus mas íntimos secretos.

SUSANA. Señor... yo...

ALBERTO. Aquí todos quieren engañarme y... sin embargo, yo lo sé todo.

SUSANA. ¿Pero señor, qué es lo que sabeis?

ALBERTO. (*Coge de la mesa la carta de Armando en vez de tomar la de Girad*). Susana, ya sé lo que esta carta contiene, porque mi hija, sin saber la inocente que me desgarraba el corazon, me la ha leido.

SUSANA. ¡Ah! La carta del jóven imprudente...

ALBERTO. (*Sorprendido*). ¿De qué jóven?

SUSANA. (*Con volubilidad y energía*) La señorita no os lo habrá leido todo, porque de otro modo, no podríais sospechar, ni creer... además, si mi señora es notable por su belleza, y ese loco se ha atrevido á escribirla, no es culpa suya: en cambio se ha quedado sin respuesta.

ALBERTO. ¡Susana, Susana, qué estais diciendo!

SUSANA. ¿Qué digo? ¡Que mi señora es honradísima, y que usando de una energía sin igual, puso no hace mucho en la puerta á ese caballero.

ALBERTO. ¡Y se atrevió el infame á venir á mi casa!.. ¡Se atreve á querer robarme su amor, que es mi único, mi último tesoro, mi sola felicidad y yo lo ignoraba! Mas... ¡qué puedo hacer, siendo un ciego miserable! Puede venir todos los dias, á toda hora, ¿y como podré yo adivinar la llegada de mi osado rival? ¡Cómo mi infeliz esposa podrá buscar un refugio cerca de mi, si nó puedo protegerla, porque soy ciego!!!

ESCENA XIII.

DICHOS. LUISA. ARMANDO.

LUISA. (*Indignada*). ¡Caballero, me seguís hasta aquí! ¡Sois un infame!

ARMANDO. (*A Luisa señalando á Alberto*). (Cuidado, no puede verme, pero puede oiros).

SUSANA. (*Viéndolos*). (Tambien ahora la sigue).

LUISA. ¡Marchaos, caballero, marchaos!

ALBERTO. Me parece que he oido la voz de Luisa...

LUISA. (*A Armando*). Sí, querido amigo. Aquí estoy. (Marchaos pronto).

ARMANDO. No lo haré sin que primero me prometais escucharme esta noche.

LUISA. ¡Nunca!

ARMANDO. (*Señalando á Alberto*). Entonces me quedo.

LUISA. (*Indignada*). ¡Ah!

SUSANA. (*Estallando*). Pues yo os digo que á vuestro pesar marchareis.

ALBERTO. ¿A quién hablas de ese modo?

SUSANA. A un insolente que se atreve á faltar al respeto á mi señora.

LUISA. (*Asustada*). ¡Susana!

ARBERTO. (*Avanzando*). ¡Está aquí!

SUSANA. Y no quiere marchar.

ALBERTO. ¡Oh! Yo sabré arrojarle de esta casa.

LUISA. (*Abrazándole*). ¡Querido Alberto!

ALBERTO. Sí, Luisa mia, colócate sobre mi corazon: este es el puesto que te corresponde, este es tú refugio.

SUSANA. (*A Armando*). ¿Veis eso, y no os marchais?

ALBERTO. No, no quiero que se vaya. Antes es precíso que me escuche y yo lo oiga, porque no pudiendo reconocerle por el rostro, le conoceré por la voz; de este modo, cuando yo la oiga resonar en cualquier parte, podré decir: «¡Esa voz que acabo de escuchar es la de un villano, un infame!

ARMANDO. (*Adelantándose un poco*). ¡Caballero!

ALBERTO. (*Andando en direccion de la voz*). Sí; es infame y vi,

llano el que persigue á una mujer honrada hasta el hogar conyugal, el que la insulta cuando la vé en los brazos de su esposo, ciego por desgracia; mas... si este no puede ver el ultraje, puede castigarlo. (*Andando sin direccion*). Voy á buscaros y os encontraré si no huís... dadme vuestra mano.

ARMANDO. (*Se acerca*). Tomadla.

ALBERTO. (*Asiéndole con ira*). ¡Ah!

LUISA. Susana, por Dios, llama... pide socorro...

SUSANA. Voy, voy, señora. (*Sale*).

ALBERTO. (*Sin atender á Luisa y Susana*). ¿Creeis que á esta distancia serán iguales nuestras fuerzas?.. pues... mañana, dos testigos nos colocarán de este modo con una pistola en la mano.

LUISA. ¡Ah!

ARMANDO. ¡Bah!

ALBERTO. ¡Oh! ¿Teneis miedo?

ARMANDO. ¡Yo!

ALBERTO. (*Muy marcado con rabia concentrada*). Cuando se insulta á un ciego, hay que batirse... á ciegas.

ARMANDO. Caballero... rehuso un...

ALBERTO. ¡Miserable! Yo os obligaré á ..

ARMANDO. (*Logrando desasirse y alejándose*). ¿Cómo?

ALBERTO. Se escapa... se aleja de mí y no puedo seguirle para públicamente provocarle, y ante todo el mundo abofetearle el rostro!! ¡Dios mio! (*Aparece Darcy acompañado por Susana, y se detiene en el fondo.*) ¿Por qué no me quitais la vida? La miseria va á asesinar á mi hija, y contra la miseria nada puedo. Se atreven á insultar á mi esposa, y no puedo hacer pedazos al infame que la insulta... ¡Oh! ¡Arrancadme la vida, Dios mio, arrancádmela!! (*Cae á los pies de Luisa, quien se arroja al suelo para levantarlo.*)

LUISA. ¡Querido Alberto!

ARMANDO. Sosegaos, señora; olvidaré los ultrajes de ese desgraciado, porque... no es posible batirse con un ciego.

DARCY. (*Asiéndole con ira de un brazo*). ¡Es cierto; pero es muy posible batirse con un jorobado!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala decentemente amueblada en casa de Duperrier.—Puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ARMANDO. REMY. *Después* DUPERRIER.

ARMANDO. ¿En dónde está mi padre?
REMY. En su cuarto: sigue indispuesto.
ARMANDO. ¿No ha preguntado por mí?
REMY. Solo ha mandado llamar á un médico y... me parece que hay gran distancia de una cosa á otra.
ARMANDO. (*Altivo*), ¡Cómo!.. ¿Qué quieres decir?
REMY. Que espera su salud de la visita del médico, y de la vuestra tal vez esperaria...
ARMANDO. El aire de Nimes le es tan desfavorable como el de Lion, y no sé por qué nos tiene enterrados en este lugaron, en el cual se muere uno de fastidio, y en donde las mujeres son todas de una naturaleza ridícula.
REMY. Si el amo hubiera seguido vuestros consejos, ¡qué bien estaríamos ahora en París!
ARMANDO. Allí hubiera encontrado célebres médicos...
REMY. Y vos muchas bellezas menas indóciles.
ARMANDO. Por mí, poco pienso estar en Nimes.

ESCENA II.

DICHOS. DUPERRIER.

DUPERRIER. Sois dueño de marchar ahora mismo.

ARMANDO. (¡Mi padre!)

DUPERRIER. (*A Remy*). ¿No ha venido el médico?

REMY. Debe llegar al momento.

DUPERRIER. Déjanos solos y avisa cuando venga.

ARMANDO. Ahora me espera una plática moral... mejor será desalojar el campo.

DUPERRIER. Deteneos.

ARMANDO. Dispensadme, pero... tengo un asunto importante que...

DUPERRIER. Poco tiempo os detendré, y... podreis acudir á vuestros importantes asuntos. Solo quiero saber por qué causa habeis mandado bajar un mueble que está en mi cuarto.

ARMANDO. Permitidme recordaros que esta casa forma parte de la herencia de mi madre... y nadie tiene derecho para disputarme su propiedad.

DUPERRIER. Hasta el dia en que para evitar el escándalo ocasionado por los procedimientos judiciales ordenados contra vos, presté sobre esta finca sumas considerables que casi superan á su valor.

ARMANDO. Mandé bajar ese mueble, porque debe encerrar ciertos valores que me pertenecen.

DUPERRIER. (*Con amargura*). ¡Eso es!.. ¡valores... oro! ¡Jamás aparecísteis en mi casa, sino en busca de semejantes objetos!

ARMANDO. Señor... os engañais; mi primera pregunta fué para informarme de vuestra salud, y...

DUPERRIER. La respuesta os habrá sido sumamente grata, porque mi salud se debilita por momentos.

ARMANDO. ¡Oh!.. podeis creer...

DUPERRIER. Sabeis el crédito que doy á las frases respetuosas y sentimentales... hablemos de esa cómoda...

ARMANDO. Deseo saber lo que contiene, porque un ebanista de esta ciudad ha venido á verme y me ha dicho con gran misterio: «Caballero, me han asegurado que vais á vender esta casa: si así lo haceis, registrad antes una cómoda de ébano que está en la alcoba que fué de vuestra madre. En dicha cómoda existe un secreto conocido solamente por aquella señora y por mí, el cual consiste en una moldurita colocada á la izquierda que hace jugar el resorte, apretándola con fuerza. Yo construí aquel mueble de órden de la señora de Duperrier, y como poco despues murió repentinamente, es probable que no haya estraido los objetos encerrados en êl.» Hé aquí, señor, por qué se ha escitado mi curiosidad, suponiendo que los objetos encerrados con tal cuidado, deben ser de gran valor, y... espero que no os opondreis...

DUPERRIER. (*Siempre con amargura*). Sea como deseais; y si encierra algun tesoro, no seré yo seguramente quien os dispute su posesion: mas... tened muy presente que ha de registrarse delante de mi... ¡Lo exijo!

ARMANDO. Puesto que lo exigis, mandaré que le traigan á esta sala.

ESCENA III.

DUPERRIER. DARCY.

DUPERRIER. Yo no me engañé: la esperanza de encontrar alhajas ó dinero en ese mueble que fué de su madre, es la que le preocupa; la sed de riqueza le trajo á mi lado... ¡Oh!.. Ni una sola gota del amargo cáliz me economiza el cielo... No; las torturas del alma acompañan á los sufrimientos del cuerpo. ¡Riqueza! De qué sirves sin ninguna dulce afeccion, sin otra compañía que la de un hijo, que al preguntar por la salud de su padre quiere decir: «¿Heredaré muy pronto?..» ¡Oh! Si yo pudiera vivir largo tiempo, odiaria á los hombres.

REMY. Señor...

DUPERRIER. ¿Qué quieres?.. A nadie recibo.

REMY. Es el médico á quien habeis llamado.

DUPERRIER. Siento haberlo hecho... mas... que pase: le despacharé bien pronto. (*Aparece Darcy.—Duperrier le mira con asombro*). ¿Sois vos... el doctor Darcy?

DARCY. Si señor; ¿no me anunció vuestro criado?

DUPERRIER. Dispensadme, pero... me habian alabado vuestro talento... y no esperaba...

DARCY. ¿Que fuese jorobado? Pues... permitid os recuerde que un médico no necesita ser un Adónis, porque la ciencia no se aloja en las espaldas; existe en la cabeza.

DUPERRIER. Caballero, os he llamado...

DARCY. (Pero no me dice que me siente). (*Se dirige á la chimenea y llama).*

DUPERRIER. ¡Qué haceis!

DARCY. ¡Qué! ¿No llamais de este modo á los criados?

DUPERRIER. Sí; pero...

CRIADO. ¿Señor? ¿Habeis llamado?

DARCY. En efecto, vuestro amo llama para que me acerqueis un sillon. (*Lo hace el criado y se va*).

DUPERRIER. Sentaos, caballero.

DARCY. Gracias, sois muy bondadoso. (Este es su padre.) *Se sienta junto á Duperrier y le examina con la vista*). ¿Qué edad teneis?

DUPERRIER. (*Con enojo*). Eso no hace al caso.

DARCY. (*Id.*) Al caso hará cuando lo pregunto.

DUPERRIER. (*Id.*) Sesenta y dos años.

DARCY. ¿Cuántos individuos forman vuestra familia, qué amigos os acompañan?

DUPERRIER. (*Con severidad*). ¡Tratais de divertiros!

DARCY. ¡Mas claro! os pregunto á quién amais y de quien sois amado.

DUPERRIER. Caballero, he mandado llamar un médico para que me dé prescripciones respecto á mi salud, no de mis asuntos personales. Ved mi pulso, porque os he hecho venir para entregaros mi cuerpo: los secretos de mi alma son esclusivamente mios.

DARCY. (*Rechazando suavemente el brazo de Duperrier*). Permitid un momento. Cada uno trata á su modo las enfermedades: si deseais que os prescriba sanguijuelas, drogas, y nada mas que drogas, llamad á otro: yo no busco las enfermedades solamente en la lengua y en

el pulso, porque... no pocas veces las he hallado en el corazon.

DUPERRIER. Pues yo, caballero, busco un médico, no necesito á un filósofo. ¿Os conviene asistirme segun mis deseos, ó nó?

DARCY. ¡No!

DUPERRIER. En ese caso, siento infinito haberos molestado.

DARCY. Y no siento yo menos haber perdido el tiempo, y haber faltado á otros enfermos.

DUPERRIER. ¡Os indemnizaré!

DARCY. Y... ¿quereis decirme de qué manera?

DUPERRIER. ¿De qué modo?

DARCY. ¿Con dinero, es verdad?... Si soy mas rico que vos, y todo vuestro dinero y el mio reunidos, no pueden indemnizar la falta que yo puedo haber hecho á otros enfermos... mas dóciles.

DUPERRIER. Sin embargo; yo... quiero... deseo pagaros.

DARCY. Tengo el honor de saludaros. (*Va á salir, y vuelve*). Ese dinero que pensábais darme, podeis emplearle mas útilmente. ¿No han pasado nunca ante vuestros ojos esos pálidos espectros demacrados, desnudos, á quienes el mundo denomina pobres?.. Pues si los veis, distribuid entre ellos la suma que me destinabais: colocadla en el sombrero que humildemente os presenta el anciano, ó en la mano que llorando tiende hácia vos la débil mujer ó el inocente y desvalido niño. Eso, caballero.. se llama hacer limosna. Tengo el honor de saludaros. (*Se aleja*).

DUPERRIER. Dios os guarde... (*Colérico.—Reflexiona un momento y llama presuroso*). Señor Darcy. Señor Darcy.

DARCY. (*Vuelve*). ¿Qué quereis?

DUPERRIER. Doctor... compadecedme... sufro cruelmente, soy débil, anciano... y acaso si fuera uno de esos pobres de que me habeis hablado, sería menos infeliz.

DARCY. Ya sabia yo eso mismo, y porque lo sabia, porque no ignoraba que vuestra alma y no vuestro cuerpo sufre, queria prodigaros los cuidados de un amigo y no las prescripciones de un médico. Ahora comprendereis por qué en vez de deciros dadme vuestro brazo, he dicho franqueadme vuestro corazon.

DUPERRIER. Cedo á vuestro poder; interrogadme, y os responderé sin vacilar.

DARCY. (Gracias á Dios). No hay gran necesidad que digamos, de interrogaros: sin otra diligencia que miraros con detencion, se ven en vuestro rostro los restos de violentas pasiones apagadas.

DUPERRIER. Es cierto.

DARCY. Y leo en vuestro rostro muchos sufrimientos, remordimientos sin límite, amargas lágrimas... vuestro pasado está ante mi vista, ¿es así? Hé aquí la razon por qué os pregunté, «á quién amais y de quién sois amado;» porque en vez de calmantes, de tópicos, necesitais grandes dósis de cariño y dulces afecciones, y esto es lo que os receto. ¿Teneis hijos?

DUPERRIER. (*Vacilando*). Si tengo... ¿Hijos?

DARCY. Sí... Hijos. (*Idem*).

DUPERRIER. (*Con amargura*). Tengo... uno.

DARCY. ¿Vive con vos?

DUPERRIER. Sí... Algunas veces.

DARCY. Y... ¿No teneis otro?

DUPERRIER. *Despues de algun tiempo y con esfuerzo*). No... Ningun otro tengo.

DARCY. (*Tratando de recobrar su humor festivo*). Apostaria doble contra sencillo, á qué sois un escelente padre.

DUPERRIER. (*Como olvidándose de lo que ha dicho*). ¡Oh!.. ¡Si! le hubiera amado tanto, le amaba tanto ya!..

DARCY. ¡Le amaba tanto!.. ¿Pero se trata de otro hijo?..

DUPERRIER. Sí... de otro.

DARCY. Pues bien... hablemos de él.

DUPERRIER. De otro que he perdido.

DARCY. ¿Ha muerto?

DUPERRIER. Sí. (Para mi al menos).

DARCY. Lástima es: acaso él hubiera tenido con vos ese afecto y esos cuidados que os son tan necesarios.

DUPERRIER. No me hableis de él: si viviera le rechazaria de mi lado, le arrojaria de mi casa... le maldeciria.

DARCY. (*Irónico*). Hablais con demasiado encono hácia un hijo que no existe, ni puede defenderse...

DUPERRIER. Os aseguro...

DARCY. (*Levantándose*). Yo tambien os aseguro que si hubiese

muerto, por infame que hubiera sido durante su vida, respetariais el sagrado de su sepulcro. Cuando un padre babla de maldecir á su hijo, es porque sabe muy bien que aun puede perdonarle.

DUPERRIER. ¡Perdonarle!.. (*Se levanta colérico*).

DARCY. Sí señor, perdonarle. Vamos á ver... nada me oculteis: un médico casi es un confesor. ¿Hace mucho tiempo que estais separado de ese hijo?

DUPERRIER. Hace mucho, en efecto, y para siempre. (*Con energía*).

DARCY. ¡Para siempre!.. ¡Corazon humano, quien puede comprenderte! Para siempre decís, y esas palabras son las que os desgarran el recuerdo de ese hijo, y vuestro mismo corazon se revela contra vos. Hé aquí el orígen de vuestro cruel padecimiento.

DUPERRIER. ¡Basta! ¡Basta!

DARCY. (*Con mas fuerza.*) Hé aqui la causa de vuestra próxima muerte.

DUPERRIER. (*Con fuerza*). Pues bien, moriré; pero no quiero oir hablar de él, porque.... aquí no se trata de la vida, se trata de honor. (*Se sienta*).

DARCY. Vamos, vamos, calmaos... No hablemos mas. (Por ahora). *Examinando el contenido de una cafetera que hay sobre la chimenea*). ¿Qué teneis aquí?

DUPERRIER. Infusion de Genciana. (*Arroja el cocimiento al fuego*).

DARCY. Y... ¿Teneis amigos?

DUPERRIER. Tenia dos, que creia encontrar en este pais. Tenia una linda huérfana llamada Genoveva, pero ha entrado en un convento; la avisé para que viniese, y no pudo verificarlo al instante, porque los reglamentos de su comunidad lo impedian.

DARCY. ¿Y la otra persona?

DUPERRIER. Al llegar aquí supe su muerte.

DARCY. ¿Ha muerto?.. Si seria un cliente mio... ¿Cómo se llamaba?

DUPERRIER. Rouseau.

DARCY. Un antiguo notario...

DUPERRIER. Sí.

DARCY. Cierto es en efecto; murió ese escelente hombre y ha dejado una hija...

DUPERRIER. Sí: ya la hubiera traído á mi lado, pero me han dicho que está casada.

DARCY. Sí, sí, está casada y... ¿sabeis con quién?

DUPERRIER. No; pero... ¿es feliz?

DARCY. ¡Feliz! Todas las calamidades se han reunido para estallar juntas sobre su bella cabeza. Un incendio devoró lo poco que poseian y la hermosa jóven que conocisteis radiante de salud, de juventud y vida, está hoy marchita por el incesante trabajo, y pálida por los insomnios y las amargas lágrimas.

DUPERRIER. (*Se levanta rápidamente*). ¡Luisa en la miseria siendo yo rico!.. ¿Por qué no hablabais, doctor?

DARCY. ¡Pardiez! Tambien yo soy rico, pero... tienen una delicadeza que casi, casi, raya en orgullo.

DUPERRIER. Entonces... ¿cómo podremos socorrerles?

DARCY. Tal vez un medio que me ocurre surtiria el efecto.

DUPERRIER. ¿Cuál? ¿Cuál?

DARCY. ¿No teneis necesidad de algunas personas que os amen y cuiden?

DUPERRIER. No hablemos de mí.

DARCY. Sí hablemos, sí: esta jóven os ha conocido en otro tiempo, pues traedla para que cuíde de vuestra casa. Su agradecimiento hará que os prodigue sus cuidados y os rodee de ese cariño que para salvar vuestra vida necesitais, y en cambio vos la proporcionareis la existencia tranquila de que carece.

DUPERRIER. Convenido: hacedla venir.

DARCY. Esto es, la colocaremos cerca de vos.

DUPERRIER. Sí, pero... despachaos... ¡Pobre Luisa! Al menos no estaré ya solo. (*Darcy vá y vuelve*).

DARCY. ¡Ah! Decidme; si en lugar de una persona, hubiera dos que pudieran amaros, ¿no seria mucho mejor? porque... Luisa tiene una hija, un precioso querubin.

DUPERRIER. Traed á las dos: ¡Andad! ¡andad!

DARCY. Hasta luego. (*Vuelve*). Decidme...

DUPERRIER. Véamos. ¿Qué mas quereis? (*Con bondad*). Hablad sin recelo.

DARCY. He pensado, que traeremos á la madre y la hija... esto es corriente, pero... pero...

DUPERRIER. ¿Pero qué?

DARCY. Aun nos queda una tercera persona... ¡El marido!

DUPERRIER. ¡El marido!

DARCY. Es claro, el padre de la niña; ¿qué vá á hacer este hombre sin mujer y sin hija? Además, vos ganais en el negocio, porque si teneis tres personas que os amen en vez de dos, ¿no estareis mucho mejor?

DUPERRIER. Doctor, traed tambien al marido.

DARCY. No será el que con menos ardor os ame... (*Con alegría*). Tiene un noble y hermoso corazon.

DUPERRIER. (*Alegre*). Sí; me crearé esta nueva familia que me amará, y á la cual amaré como si fuera mia.

DARCY. ¡Magnífico!.. Decidme, ¿os sentís algo mejor?

DUPERRIER. Sí por cierto; estoy mejor desde..

DARCY. Desde que habeis hecho uso de mis recetas, de mis prescripciones y mis drogas. ¡Ah! Aun tengo otra utilísima pildorita que haceros tragar.

DUPERRIER. ¿De veras? Trataré de ser en adelante un enfermo... mas dócil.

DARCY. (*Con gravedad*). ¿Lo prometeis?

DUPERRIER. Lo prometo.

DARCY. Hasta luego, querido.

DUPERRIER. Hasta luego, apreciable doctor; mi querido amigo. (*Estrechándole la mano*).

DARCY. ¡Hola!.. mi querido amigo y... no hace un cuarto de hora, queriais echarme por la escalera, ¿eh?

DUPERRIER. Es que... no os conocia.

DARCY. ¿Por qué no me ofreceis ahora vuestro dinero?

DUPERRIER. Porque os pago con el corazon... no he hecho otra cosa que cambiar de moneda.

DARCY. (*Estrechándole la mano*). Esta es la que yo aprecio y á la que aspiro. (*Vase*).

ESCENA IV.

DUPERRIER ARMANDO..

DUPERRIER. Es un hombre singular... en un momento me ha hecho olvidar mis sufrimientos, mis pesares, y hasta... ¡y hasta mi hijo! (*Vé entrar á Armando*).

ARMANDO. Ya he dado la órden para que bajen la cómoda á fin

de que vos mismo reconozcais el secreto, segun habeis mandado.

DUPERRIER. (*A los criados*). Colocadla ahí y marchad. (*Los criados salen y Duperrier abre todos los cajones*). Está vacía.

ARMANDO. Se trata de un secreto, y para abrirle...

DUPERRIER. Habeis dicho que debe apretarse con fuerza una moldurita colocada á la izquierda... héla aquí .. esta es sin duda.

ARMANDO. Permitidme... Mi mano es mas vigorosa.

DUPERRIER. No estoy aun tan débil como creeis.

ARMANDO. Sin embargo.

DUPERRIER. Esperad. (*Haciendo un esfuerzo*). Ya cede el resorte. (*Salta una tapa*).

ARMANDO. (*Alargando la mano*). Veamos, veamos pronto.

DUPERRIER. Esperad, señor mio: sea cualquiera el depósito encerrado en ese secreto, perteneció á una persona que no existe; y yo, su marido, el jefe de la familia, tengo el incuestionable derecho de ese depósito y... acaso yo solo deba conocerle.

ARMANDO. Señor...

DUPERRIER. Papeles... cartas... un retrato de hombre...

ARMANDO. (*Aproximándose para leer*). Esos papeles serán sin duda alguna acta importante.

DUPERRIER. Esperad un momento... aunque solo sea por respeto á vuestra madre. (*Se aleja y recorre con la vista los papeles*). (¡Qué veo! Sí, de Jorge Courval... el corazon me lo decia .. suyas son estas cartas... se amaban desde antes de su matrimonio... desgraciada mujer; que juró ante Dios fidelidad á su esposo!)

ARMANDO. (¿Qué contendrán esos papeles?)

DUPERRIER. ¡Dios mio!.. (*Mirando siempre los papeles*). Se amaban... Ella habla aquí de mi felicidad, de mi riqueza, que se desposó conmigo á pesar de los juramentos que le habia hecho... y él invoca estos juramentos... quiere verla... la suplica á nombre de... su amor... á nombre de ese hijo cuya paternidad le he robado... de ese Armando... que es su hijo... ¡su hijo! (*Con entonacion de horror*).

ARMANDO. (*Queriendo coger los papeles*). Esto es ya demasiado; es necesario que yo sepa...

DUPERRIER. ¡Desgraciado!

ARMANDO. Señor, mientras he sido menor de edad, habeis tenido el derecho de mandar sin rémora; hoy tengo el de reclamar esos papeles que pertenecieron á mi madre.

DUPERRIER. Jamás llegareis á poseerlos.

ARMANDO. (*Amenazando*). Os aseguro que los poseeré.

DUPERRIER. Colmad la medida de vuestros crímenes, desgraciado: levantad sobre mí vuestro atrevido brazo: ¿qué os detiene? No os arredre el ver mi calva frente rodeada de cabellos blancos, porque vos la habeis cubierto de vergüenza... ¿Qué os detiene, pues? ¿Es el respeto á la ancianidad? No, porque sois un infame: ¿será el temor del castigo que se impone á los parricidas?.. Si este temor os detiene, no vacileis, porque... ¡no soy vuestro padre!

ARMANDO. ¡No sois... mi padre!

DUPERRIER. Tomad, tomad ese precioso tesoro... que yo queria... arrebataros... contiene la deshonra de vuestra madre y... alejaos con él de esta casa, puesto que... nada sois para mí. (*Armando baja la cabeza*). Salid... os digo que salgais de aquí.

ARMANDO. (*Irguiendo poco á poco la cabeza*). Olvidais, caballero, que si ante Dios no soy vuestro hijo, lo soy ante la ley.

DUPERRIER. (*Cae sobre un sillon*). ¡Oh! ¡Qué infame sois!

ARMANDO No es posible que me arranqueis el nombre que llevo, y de mi cuenta queda el defender mis derechos.

ESCENA V.

DUPERRIER.

DUPERRIER. ¿No está aun completo mi castigo, Dios mio?.. Terrible es la espiacion. Abandoné á una honrada jóven que me amaba, la infeliz madre de Alberto. Cuánta ternura era debida á esa admirable mujer; la concedí á otra con la que me desposé por ambicion, por orgullo, y esta á su vez, me hizo traicion... para que el hijo que lleva mi nombre... ¡no sea mi hijo! Mas... me encuentro solo y aislado en el mundo. (*Se oculta el rostro entre las manos*).

ESCENA VI.

DUPERRIER. DARCY. LUISA. GENOVEVA.

DARCY. Allí está... vamos... ánimo,

LUISA. (*Aproximándose*). Le tendré con vuestro auxilio, doctor; y con la compañía de mi querida Genoveva.

GENOVEVA. (*Yendo hácia él*). Señor Duperrier...

DUPERRIER. ¡Al fin habeis venido!

GENOVEVA. En cuanto supe vuestros sufrimientos y pude obtener el permiso, me puse en camino: pero... no vengo sola.

DUPERRIER. ¿Cómo? Luisa... (*Repara en Luisa y la mira con pena*). ¡Vos tambien... Luisa!

LUISA. Si señor, yo soy... la hija de vuestro antiguo amigo.

DUPERRIER. Pero... sois la misma, hija mia, sois aquella hermosa jóven radiante siempre de juventud, de hermosura y de dicha! ¡Ah!.. ¡Cuánto hemos sufrido uno y otro!

LUISA. Sí, mucho he sufrido, pero he rogado mucho tambien y Dios ha escuchado mi humilde súplica, puesto que estoy cerca de vos.

DUPERRIER. Querida hija mia, tu pobre padre... ¡Ah! tenia un alma noble y generosa...

LUISA. El cielo fué con él muy piadoso: le llamó así antes que la desgracia se desplomase enteramente sobre nosotros... murió sin haber sido testigo de nuestra ruina, de nuestra miseria.

DUPERRIER. Enjuga tus lágrimas, hija mia, porque aquí has encontrado la ternura de un padre. (*Mira á Darcy despues á Luisa*). ¿Y tu hija... por qué no la has traido?

DARCY. Porque está acompañando á su papá.

DUPERRIRR. Traedlos pronto...

LUISA. Sí, vendrán, pero...

DUPERRIER. Pronto...

DARCY. Mas... ¿los dos á la vez?.. De ningun modo.

DUPERRIER. Los dos, los dos, lo exijo...

DARCY. Lo exíjo, lo mando, lo quiero y... ¡Siempre lo mismo! Recordad, señor mio, que soy el médico y estoy en el deber de arreglar las dosis, como vos en el de confor-

maros con mí decision. Voy á traer la niña. (*En la puerta del fondo*). Ven, hermosa mia, ven.

JULIETA. (*Entrando*). Aquí estoy, caballero.

LUISA. (*Presentándola á Duperrier*). Hé aquí mi hija, señor.

DUPERRIER. (*Tomándola en brazos*). Querida mia... ¡Qué linda es! (*La abraza*).

JULIETA. Mil gracias, caballero.

DUPERRIER. Si... muy linda... pero... (*Mirando con la mayor atencion*). Es singular esto... encuentro en sus facciones como un vago recuerdo... Sí... (*Darcy y Luisa se estrechan las manos observando á Duperrier como anhelantes por el resultado que esperan*). ¡Existe una estraña semejanza!

DARCY. Decias que...

DUPERRIER. (*Asombrado*). Estos ojos... esa mirada...

DARCY. Y la nariz, y la boca, y... (*Interrumpiéndole*). Vamos, si es un viviente retrato de su padre. (*Vuelve hácia donde está Luisa*).

DUPERRIER. Pero á todo esto, no me habeis dicho el nombre de vuestro espcso.

LUISA. ¿Su nombre?.. (*Temblando*). Tal vez le hayais olvidado y...

DUPERRIER. ¡Qué! ¡Le supe alguna vez! (*Darcy hace signos á Luisa para que continúe y se dirige á la puerta del fondo*).

LUISA. Tengo entendido que en otro tiempo le conocisteis y... que le amasteis mucho...

DUPERRIER. (*Se levanta rápido*). ¡Yo! Su nombre, decid al momento.

LUISA. Es que... tambien creo que le acusais de una falta... de un crímen...

DUPERRIER. ¡Desgraciada! Entonces es...

LUISA. Sí, le acusasteis de un crímen que no habia cometído, caballero.

DUPERRIER. (*Aparece Alberto en la puerta conducido por Darcy*). ¡Dios eterno, es él!

ESCENA VII.

DICHOS. ALBERTO.

LUISA. Ese es mi esposo, caballero.

DUPERRIER. (*Con voz sorda*). ¡El!.. y se atreve.. (*Se dirige hácia la puerta con el brazo levantado en ademan de querer arrojar de su casa á Alberto*).

LUISA. ¡Dios mió!

ALBERTO. (*Tranquilo*). Dispensadme, caballero, si no he venido al momento, pero... no podia verificarlo sin guia porque... ¡soy ciego!

DUPERRIER. ¡Ciego! ¡Está ciego! (*Darcy se arroja rápidamente á Duperrier y le obliga á callar*).

DARCY. (*A Duperrier*). (¡Ah! ¡Si señor, ciego!)

ALBERTO. Pero... ¡Nadie responde! Luisa... Julieta... ¿Dónde está tu mamá?

LUISA. (*Corre á él*). Aquí estoy, amigo mio.

DUPERRIER. Yo mismo quiero...

DARCY. (*Con energía*). Caballero, una palabra, un grito, la menor imprudencia, de vuestra parte, basta y sobra para que se pierda toda esperanza de curacion.

DUPERRIER. Yo callaré, doctor: yo callaré y... á fin de que no reconozca mi voz que le pregunte Genoveva.

GENOVEVA. ¡Yo!

DARCY. Sea como quereis. Querido Alberto, preguntabais por el señor Duhamel, dueño de esta casa... Pues no está aquí; solo me acompañan vuestra esposa y Genoveva.

ALBERTO. Querida Genoveva, buenos dias: os estrañará hallarnos en este sitio, pero nos han dicho que Luisa vá á ocupar aquí no sé que puesto y... á lo que entiendo, este Mr. Duhamel á quien el doctor nos ha recomendado, disfraza sn generosidad bajo el pretesto...

DARCY. Puedo jurar, amigo mio...

ALBERTO. No jureis, no: sabeis que digo bien y sea cualquiera la generosidad de ese caballero, yo no debo aceptarla. Caridad por caridad; quiero mejor implorar la de otra persona... de otra, sí, cuyos beneficios puedo aceptar

sin avergonzarme, porque esta persona es... ¡mi padre!

DUPERRIER. (¡Dios mio! ¡Dios mio!)

DARCY. (*A Duperrier*). ¿(Creeis que su padre no se enternecerá?)

DUPERRIER. ¿Por qué no ha pedido antes auxilios á su... á esa persona. (*Sin contestar á Darcy, dice bajo á Genoveva.*)

GENOVEVA. Decidme, Alberto; ¿cómo habeis sufrido tantas desgracias durante largo tiempo y hasta hoy no habeis tratado de recurrir á vuestro padre?

ALBERTO. ¡Ah!.. Exige de mí un sacrificio demasiado doloroso.

DUPEIRRER. (¡Un sacrificio!)

ALBERTO. Me acusaba de una falta que no habia cometido, de un crímen con el cual no me habia manchado, y para que me abriese sus brazos era preciso que yo me confesase culpable. Mi padre deseaba devolverme su cariño, pero era preciso pagarle con eterna vergüenza. ¿Creeis que podia aceptar este partido?

LUISA. Querido Alberto...

ALBERTO. Una increible reunion de circunstancias, las mas convincentes pruebas me acusaban, me condenaban, y yo no podia presentar en mi favor otra cosa que 24 años de una vida irreprensible; mi defensa solo podía consistir en protestas y en amargas lágrimas...

DARCY. ¡Y fué capaz de no daros crédito!

ALBERTO. (*Con dignidad*). No pudo hacer mas, amigo mio. Estaba persuadido, convencido de mi supuesto crimen, debia estarlo, y... sin embargo me ofrecia todo su cariño en cambio de una sencilla confesion: ¿Quién hubiera en su caso procedido mas noblemente?

DUPERRIER. ¡Y me defiende aun!.. (*Bajo y tendiendo las manos háciá Alberto*). Este es mi hijo, sí, le reconozco.

ALBERTO. Despues, la desgracia agotó todos nuestros recursos, mis fuerzas, mi valor; es cierto que me arrojó de su lado, pero en él solo confío en el mundo. Iré á su casa ahora que no puedo ver la cólera de su rostro: llamaré humildemente á su puerta, me arrodillaré á sus piés y le diré: «La confesion que en otro tiempo rehusé haceros, la hago hoy en vuestra presencia; sí... soy

culpable... os he robado, pero... tengo una virtuosa mujer, una hija inocente y... su madre lo es tambien: mostraos implacable conmigo, pero sed caritativo con ellas!»

DUPERRIER. (*Como estallando*). ¡Esto es demasiado!.. ¡Alberto!

DARCY. (*Amenazándole*). ¡Caballero!

ALBERTO. ¿Qué voz he escuchado?

DUPERRIER. ¡Alberto, Alberto, hijo mio!! Dejadme, doctor, dejadme...

ALBERTO. Pero... ¿Es mi padre?

LUISA. GENOVEVA. } ¡Su padre!

DUPERRIER. Sí, sí, ¡Su padre que abre los brazos para estrecharte en ellos!

ALBERTO. (*Cayendo de rodillas y tendiendo los brazos en busca de Duperrier*). ¡Ah!.. ¡Padre mio!...

DARCY. El diablo se llevó mis prescripciones: caballero... os habeis portado perfectamente.

DUPERRIER. (*Levantando á Alberto y abrazándole*). ¡Oh! no temais, doctor; no le enviará Dios una nueva desgracia, cuando está en los brazos de su padre que le bendice!

ESCENA VIII.

DICHOS. ARMANDO *en el fondo.*

ALBERTO. ¡Estaba en vuestra casa, cerca de vos, padre mio, y mi corazon no lo habia adivinado!

ARMANDO. Recibid mi parabien, señores... (*Irónico*). La escena es al estremo interesante...

DUPERRIER. ¡Cómo... vos aquí!

ARMANDO. (*Con intencion*). Aquí estoy, padre mio.

ALBERTO. ¡Que vóz estoy escuchando!

DUPERRIER. Os atreveis...

ARMANDO. (*A media voz*). La ley me concede el derecho de llamaros así, y ahora comprendo el motivo que teneis para arrancarme vuestro nombre, pero... aquí yo solo tengo el derecho de llevarle... (*Con firmeza*).

ALBERTO. (*Como luchando con una idea*). Sí, el debe ser...

DUPERRIER. Y por cierto que le sabeis llevar dignamente.

ARMANDO. ¡Siempre le llevaré mas dignamente que un hombre á quien habeis acusado de un robo!

ALBERTO. Caballero...

DARCY. (*Interrumpiendo á Alberto, dice á media vos á Armando*). ¿Habeis olvidado que tenemos pendiente cierta cuentecita?

ARMANDO. (*Desentendiéndose de las palabras de Darcy, dice á Alberto*). Desearía, porque yo no os acuso, que en vez de protestas y enojo, presentárais una plena justificacion...

ALBERTO. Mis desgracias y el haber perdido la vista, no me han permitido buscar los medios de justificarme. Si no, hubiera buscado al delincuente hasta encontrarle, para señalándole con el dedo, esclamar: «Ahí teneis al ladron;» porque le conozco, sí señor, le conozco.

AMANDO. (¡Qué dice!)

DUPERRIER. ¡Le conoces!

ALBERTO. Sí, padre mio: ignoro su nombre: pero despues que salísteis dé la caja le ví huir, le ví saltar por la ventana, grité, mas no me visteis. La profunda impresion de la desgracia que me tenía anonadado, y el considerar á ese infame causa de ella, hizo que sus facciones quedasen indeleblemente grabadas en mi memoria, porque las ví perfectamente al claro resplandor de la luna. En el colmo del dolor y de la desesperacion, subí á mi cuarto, y trasladé al lienzo la odiada imágen de ese malvado...

ARMAMDO. (¡Dios mio!)

DARCY. ¡Tiembla!

DUPERRIER. Quiero ver ese retrato...

DARCY. Mandad que la traigan.

LUISA. Sí, al instante.

ALBERTO. Es inútil... está en un lienzo pequeño que jamás he separado de mí.

ARMANDO. (*Aterrado*). Le trae consigo...

ALBERTO. Tomad, padre mio. ((*Saca un lienzo arrollado*).

DUPERRIER. / ARMANDO. (*Duperrier y Armando miran el retrato, y simultaneamente arrojan un grito*). ¡Ah!

DUPEREIER. ¡Gran Dios... qué veo! ¿Le conoceis?

ALBERTO. Dios deja siempre al inocente un camino de salvacion, por estraordinario que parezca.

DARCY. (*A Armando*). ¡Calla! Pues sois vos; ni mas ni menos.

LUISA. GENOVEVA. { ¡Qué dice!

ARMANDO. ¡Caballero... pensad lo que proferís!

DARCY. Vos y solo vos: á fé que á mí no se parece.

ALBERTO. Es él... entonces puedo hablar, puesto que el respeto á mi padre me había contenido. Ese infame, que ha ocasionado todas mis desgracias, es el mismo que osó insultar á mi querida Luisa hasta en los brazos de su esposo. La voz me lo ha dado á conocer... ese es el miserable, el infame...

DUPERRIER. ¡Alberto!

DARCY. ¡Amigo mio, por Dios, calmaos!

ALBERTO. ¡Oh! no me detengais: á falta de mi apagada vista, el ódio y la cólera me servirán de guia. (*Buscándole*).

DARCY. (*A Duperrier con toda energía*). Caballero, os declaro y aseguro que se pierde para siempre, que se está asesinando.

DUPERRIER. Alberto, en nombre de la paterna autoridad, os mando que salgais de aquí.

ALBERTO. (*Con fuerza*). Pero no comprendeis...

DUPERRIER. ¡Os lo mando!

ALBERTO. Os obedezco, padre mio, os obedezco.

DUPERRIER. Luisa, doctor, acompañadle y no le abandoneis.

ALBERTO. (*A Darcy*). ¡Oh amigo mio, aunque despues perezca, yo quiero ver, quiero ver un momento!

DARCY. Venid, venid; y Dios sea en nuestro auxilio.

ESCENA IX.

DUPERRIER. ARMANDO. GENOVEVA, *junto á la puerta por donde ha salido Alberto.*

DUPERRIER. ¿Estais confundido? No lo estraño: vos fuísteis el miserable que se introdujo en casa del que creíais vuestro padre para robarle, dejando pesar la calumnia sobre la cabeza de un inocente. ¡No teneis corazon!

ARMANDO. (*Recobrando su imprudencia*). ¿Y qué prueba positiva me culpa?

DUPERRIER. No habiéndoos visto jamás Alberto, ¿por qué causa milagrosa pudo copiar vuestras facciones?

ARMANDO. ¡Por qué no preguntais antes, por qué causa milagrosa pudo ese hombre pagar los treinta mil francos que habia perdido al juego?

GENOVEVA. ¡Los treinta mil francos!

DUPERRIER. ¡Qué! Sabeis...

ARMANDO. Todo lo sé por Remy, vuestro criado, que llevó al acreedor la suma, y que escuchó tambien las reconvenciones que á este propósito dirigisteis á *vuestro hijo*. (*Marcando las últimas palabras*).

GENOVEVA. (*A Duperrier*). Fácilmente puedo aclarar ese misterio.

ARMANDO. ¡Vos!

GENOVEVA. (*A Duperrier*). ¿No recordais que al despedirme de vos para marchar á Nimes en compañía de Luisa, me entregásteis sesenta mil francos, para cumplir, segun dijísteis, la voluntad de mi padre?

DUPERRIER. Es cierto, continuad.

GENOVEVA. Alberto me habia confiado la pérdida sufrida, y la causa, inocente en verdad, de tal desgracia. Para salvarle porque queria suicidarse...

DUPERRIER. ¡Dios mio!

GENOVEVA. Envié al acreedor de Alberto la cantidad en cuestion, sin decir nada á este.

DUPERRIER. ¡Tú hiciste tan noble accion, amada Genoveva! (¡Dios mio, os doy gracias... me habeis perdonado la muerte de su padre, puesto que habeis permitido que ella salve á mi hijo!)

GENOVEVA. Pero la precipitacion con que verifiqué mi marcha, me hizo cometer un error...

DUPERRIOR. Sí, sí, un billete que mandasteis de mas... pero ya todo está esplicado. (*Llamando*). ¡Alberto! ¡Alberto!..

ALBERTO. (*Dentro, con dolor, á alguna distancia*). ¡Ah!

GENOVEVA. ¡Dios mio! ¿Habeis oido?

DUPERRIER. Ese grito... (*Corre en direccion de la puerta por donbe entró Alberto*).

ESCENA. X.

DICHOS, *despues* TODOS.

LUISA. Deteneos, deteneos, señor.

DUPERRIER. Luisa...

LUISA. No habeis oido ese grito desgarrador...

DUPERRIER. Hablad, hablad.

LUISA. Darcy, cediendo á las instancias de Alberto, que de rodillas le suplicaba diciendo: «Devolvedme la vista, doctor, ó haced que con la muerte cesen mis horribles sufrimientos» ha accedido á su ferviente súplica. He visto á ese hombre noble, generoso y valiente, temblar, derramar lágrimas al hacer uso del pomo que iba á decidir nuestra suerte. Le he visto aproximar un pincel impregnado en el benéfico licor á los ojos de Alberto, despues he oido ese aterrador quejido, y temerosa, asombrada, he huido de allí.

ALBERTO. (*Entrando con rapidez. Darcy le sigue con una venda en la mano*). Dejadme, doctor, dejadme: os digo que ya veo, entendeis... ya veo, y... (*Repara en Duperrier*). ¡Ah! ¡Padre mio!

DUPERRIER. ¡Hijo!! (*Se abrazan*).

LUISA. (*Abraza á Darcy con efusion*). Vos me le habeis salvado, vos, querido amigo.

DARCY. Gracias, mil gracias, señora: hé aquí los mejores honorarios que recibí en mi vida.

ALBERTO. (*La estrecha con efusion las manos*). Querida Genoveva.

GENOVEVA. ¡Alberto!

LUISA. ¡Ah! (*Como inspirada.—Corre á donde está Julieta, y la presenta á su padre*).

DUPERRIER. Cálmate, hijo mio.

ALBERTO. Luisa mia, ¿es mi hija?.. (*Volviendo hácia Luisa repara en Julieta*). Dios mio, mi hija á quien jamás había visto... ¡qué hermosa es! (*Buscando en seguida á Armando con la vista*).

DARCY. Alberto, la divina Providencia se ha mostrado hoy con

vos altamente piadosa: no tratemos de abusar de su bondad. (*Cubriéndole los ojos con la venda*). Por fortuna, la òscuridad en que durante algunos dias vais á vivir, será pasajera, de esto os respondo. (*Sonriendo y mirando á Duperrier*). Me prometo que sereis mas dócil enfermo que vuestro padre. (*Despues de arreglar la venda, coje ó Armando de un brazo, y trayéndole al proscenio dice*). Caballero, acabo de hacer una prodigiosa operaciou... voy á intentar otra con vos y cuente que hoy, á Dios gracias, tengo múy certera la mano.

(*Luisa pone en brazos de Alberto á Julieta, y permanece observando, asida de Genoveva. Duperrier eleva las manos como para bendecirlos*).

FIN DEL DRAMA.

SALIR SOLA!....

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

ARREGLO POR

ALEJANDRO DE FERNEL.

REPRESENTADA CON APLAUSO

EN EL TEATRO DEL CIRCO.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
San Vicente alta, núm. 52.
1864.

PERSONAGES.	ACTORES.
DON CÁRLOS.	SR. MARISCAL.
ADELA *su esposa*.	SRA. HIJOSA.
DON ANTONIO.	SR. MIGUEL.
LUISA, *su esposa*.	SRA. VALVERDE.
MANOLITO.	SR. OSORIO.
ANITA, *criada*.	SRA. ALBA.

La accion, en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Estudio de Don Cárlos.—Puerta en el fondo á la izquierda.—Ventana grande á la derecha.—En segundo término derecha, un divan.—Puerta y chimenea, en segundo término izquierda.—Butacas diseminadas.—Un maniquí cubierto con un gran manto de seda carmesí.—Varios bustos y figuras de yeso, en sus pedestales.—Cuadros colgados y arrimados á las paredes.—En medio un caballete con su caja de colores y sillon. A cierta distancia otro, sobre una tarima, para el modelo.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

DON CARLOS.—Despues DON MANUEL. (Cárlos está pintando; llaman á la puerta del fondo.)

Ea!.. Ya empiezan los importunos! (Alto.) Adelante!.. Quién puede trabajar con estas interrupciones!.. Esto es un fastidio.

MANUEL. (Entrando. Viste con exajerada elegancia; y afecta los modales petulantes y osados de los dandis franceses, como tambien su pronunciacion.) Hola! Cárlos, qué tal?

CÁRLOS. Calla!.. Es usted... Manolito?

MANUEL. *Votre très humble*!.. El criado me dijo que estaba

usted en su estudio, y como tenia grandes deseos de verle, subí, *et me voilá!.. Mais* solo permaneceré á vuestro lado, mientras fumo un *sigareta*. Tengo un millon de visitas que hacer.

CÁRLOS. Gracias de todos modos... Pero qué ha sido de usted? Hace un siglo que no se le vé por ninguna parte!

MANUEL. (Sacando un cigarrillo de la petaca.) Ya lo creo! Quería usted que durante los meses de verano me quedara en Madrid, para morir como San Lorenzo?.. *Pas si bête!..* Eso no es de buen tono, amigo mio; no es *fashionable*... He hecho lo que todas las personas *comme il faut*: he pasado la temporada de verano en las provincias del Norte, aspirando las frescas brisas del mar.

CÁRLOS. Y cuándo ha sido la vuelta?

MANUEL. Hará todo lo más ocho dias... No hay fósforos por aquí?

CÁRLOS. Encima de la chimenea.

MANUEL. (Vá á encender y baja.) Y usted no ha salido de este infierno?

CÁRLOS. No señor; mis ocupaciones...

MANUEL. Ya recuerdo!.. con que se nos ha casado usted?

CÁRLOS. Sí, amigo mio! He tenido esa debilidad.

MANUEL. Ah! picarillo! No quiso usted esperar á que yo volviese á Madrid! Qué ingratitud! Digo, á no ser que desconfiase usted de mi lealtad!

CÁRLOS. Qué tiene que ver su lealtad de usted con mi boda?

MANUEL. (Con petulancia.) *Oh! c'est que*, los novios y los maridos son muy escamones; y como yo tengo tan buena fortuna con el bello sexo...

CÁRLOS. (Aparte.) Qué mentecato! (Alto y tomando la paleta.) Si usted me lo permite, continuaré pintando.

MANUEL. Continúe usted, continúe usted; sentiría que mi conversacion le molestára.

CÁRLOS. De ningun modo. (Se pone á pintar.)

MANUEL. (Acercándose al caballete.) Magnífico! Ese cielo es todo napolitano; sin una nube... Ya se conoce que es usted

recien casado, y que pinta por inspiracion. *Apropos*! Me han asegurado que su esposa es encantadora! toda una Vénus de Médicis!

CÁRLOS. Lisonja!.. Es virtuosa, angelical, y la amo con toda mi alma.

MANUEL. Entonces, cómo se esplica que pase usted los dias enteros trabajando y separado de ella, cuando solo lleva un mes de matrimonio?

CÁRLOS. Qué quiere usted! Durante las tres primeras semanas no tomé siquiera un pincel en la mano: de suerte que ahora me es forzoso trabajar de firme para recuperar el tiempo y el dinero perdido. Pero no crea usted que por eso abandono á mi muger.

MANUEL. *C'est edifiant*!.. Sabe usted, Cárlos, que este cuarto parece hecho para estudio de un artista?

CÁRLOS. Ciertamente. Recibe la luz, alta y del norte; y ademas, tiene comunicacion con la escalera principal de la casa y con mis habitaciones. Asi es, que puedo recibir á todo el mundo sin molestar á mi familia.

MANUEL. Y sobre todo, sin que los curiosos puedan atisbar á vuestra seductora!.. Ah! feroz Otelo!.. Supongo, sin embargo, que no me cerrará usted las puertas de su impenetrable serrallo! Aunque no gozo de la mejor opinion para con los maridos, y las mugeres han dado en el tema de llamarme peligroso y temible, soy hombre que sabe respetar la amistad y...

CÁRLOS. Tranquilícese usted. Yo no le tengo por temible. Ademas, ni soy de los maridos que guardan á sus mugeres; ni la mia es de las que pueden inspirar recelos.

MANUEL. *A la bonne-heure!* Y á quién destina usted esa obra maestra?

CÁRLOS. Aun no tiene dueño. Deseo presentar este cuadro en la exposicion, y como queda tan poco tiempo, tengo que trabajar sin descanso. A las siete, cogí la paleta y no pienso dejarla hasta las doce que saldré á dar un paseo con mi esposa.

MANUEL. Oh! Marido modelo!

CÁRLOS. No seria justo tener encerrada todo el dia en casa á una mugercita de diez y ocho años!

MANUEL. *Je le crois bien!* Pero, puesto que no es usted de los maridos que guardan á sus mugeres, confio en que me permitirá presentar *mes homages* á su esposa...

CÁRLOS. Ciertamente... Y usted no se casa?

MANUEL. Quién, yo?.. Dios me libre!.. No me siento con vocacion al estado perfecto... Si me casara, tendria una muger menos á quien hacer el amor: perderia mi autonomía y una de las condiciones que favorecen al hombre soltero; la posibilidad de caer en el lazo. Hoy puedo hacer una conquista por semana, y como *per troppo variare, natura ê bella*! respecto al amor, estoy por la variedad de cultos, amigo Cárlos...

ESCENA II.

LOS MISMOS.—DON ANTONIO.

ANTONIO. (Entreabriendo la puerta.) Dás tu permiso?.. Ah! estás ocupado? Adios!

CÁRLOS. (Levantándose.) Entra, hombre; ya sabes que tú no incomodas.

ANTONIO. (Entrando.) Estás bueno?

CÁRLOS. Perfectamente. (Se dan la mano.) Y tú, cómo es que te vendes tan caro?

ANTONIO. La oficina.....

CÁRLOS. Es verdad... (A Manuel que mira con el lente.) Presento á usted á mi amigo D. Antonio Fernandez, escribiente en el ramo de estancadas, y que espera obtener una plaza de auxiliar, antes de cuarenta años, si Dios le dá vida. Es persona muy apreciable...

ANTONIO. Tú me favoreces... (A Manuel.) Usted me reconocerá desde hoy por su más atento y seguro... (Aparte.) Calle!.. Yo conozco esta cara.....

MANUEL. Gracias! (Aparte.) Qué *bourgeois* tan ridículo!

CÁRLOS. (A Antonio.) Tengo el honor de presentarte á monsieur de Richelieu.

ANTONIO. (Con sorpresa.) Ya! Este caballero es francés?

MANUEL. Ojalá!.. No señor: es una bromita de Cárlos.

CÁRLOS. (Riendo.) Habia olvidado que no eres muy fuerte en la historia de Francia. Has de saber que el mariscal de Richelieu era allá en su país, lo que D. Juan Tenorio en el nuestro; y que el señor D. Manuel es un émulo de ambos. Para este señor no hay soltera ni casada segura...

ANTONIO. (Aparte. Haciendo un gesto.) Cáscaras!

MANUEL. No crea usted.....

ANTONIO. (Aparte.) Me alegro saberlo!.. Pues yo he visto otra vez á este hombre en alguna parte!

MANUEL. Me gustan mucho las hijas de Eva... me llevan tras sí, como al acero el iman. Aprovecho las coyunturas; soy emprendedor, y tengo buena suerte... Pero respeto siempre á las mugeres de mis amigos, y tambien á las mugeres de los amigos de mis amigos... (Ofreciendo su mano á Antonio.)

ANTONIO. (Estrechando la mano de Manuel, dice con sencillez.) Muchas gracias!.. (Aparte.) Me conviene cultivar la amistad de este hombre.

MANUEL. (Tomando su sombrero.) Con que, Cárlos, *mon cher sans adieu!*

CÁRLOS. (Levantándose.) Cómo! ya se vá usted?

ANTONIO. Supongo que no será por mí...

MANUEL. Oh! de ningun modo. Es que hoy tenemos un almuerzo de *garçon*, es decir, de hombres solos, en casa de Lhardy.

CÁRLOS. Ah! esas son palabras mayores!.. Entonces no debo detener á usted.

MANUEL. Ah! Ah! Querido Cárlos, *au revoir*. (A Antonio.) Caballero!..

ANTONIO. (Saludando.) A la disposicion de usted.

ESCENA III.

ANTONIO.—CÁRLOS.

ANTONIO. Se me figura, Cárlos, que no me es desconocido ese caballero!..

CÁRLOS. Manolo?.. Ya lo creo!.. Quién no le conoce en Madrid?

ANTONIO. Yo no le he tratado hasta ahora, ni sabia quién fuese; pero juraria que he visto esa cara en alguna otra parte.

CÁRLOS. Nada tendrá de extraño... Como que acostumbra á estar de planton á ciertas horas en la Carrera de San Gerónimo; todas las tardes pasea en cesto por la fuente Castellana, y no falta ninguna noche al Teatro Real.

ANTONIO. (Recapacitando.) El Teatro Real!.. Justo!.. Allí es precisamente donde le he conocido... Tunante!.. Cuando yo decia!.. No se me despintará fácilmente. Y como le vuelva á encontrar!..

CÁRLOS. Qué daño te ha hecho?

ANTONIO. Bagatela!.. Una noche subió al Paraiso y se estuvo todo el entreacto con los gemelos clavados en el rostro de mi esposa, que no parecia sino que se la queria tragar! Qué tal seria su descaro, cuando tuve que abandonar la funcion, y reñí con mi Luisa.

CÁRLOS. Le ha dado por hacer el amor á todas las mugeres que encuentra!

ANTONIO. Entonces, por qué le recibes en tu casa? Tú, un hombre casado!.. Un hombre recien casado, que es más!

CÁRLOS. Bah! Bah! Qué importa?. Es un fátuo, un babieca...

ANTONIO. Las mugeres siempre se enamoran de lo peor!

CÁRLOS. Cuando no tienen entendimiento ni virtud.

ANTONIO. Eso sí.

CÁRLOS. Con que tú tambien concurres al Teatro Real?

ANTONIO. Voy de alabardero. Un amigo de la empresa suele

regalarnos billetes de Paraiso, y como mi muger es tan aficionada á la música...

CÁRLOS. Tú no?

ANTONIO. Yo me duermo como un cachorro.

CÁRLOS. Entonces, por qué vas?.. No faltará alguna amiga que quiera acompañar á tu muger.

ANTONIO. Buena es mi muger para consentir en que me separe yo de ella, cuando no estoy en la oficina!

CÁRLOS. Ah! ya recuerdo!.. Sin embargo, hoy es domingo, y te ha dejado en libertad. Qué milagro!

ANTONIO. Cómo? crees que he venido solo? Estás fresco! Hemos venido juntitos, sino que mi muger se ha quedado abajo con la tuya.

CÁRLOS. Se quieren mucho!

ANTONIO. Ya lo creo! como que se han educado en un mismo colegio.

CÁRLOS. Sabes si van á subir á mi estudio?

ANTONIO. Es probable! Pero estarán hablando de modas, y cuando las mugeres entablan esta materia...

CÁRLOS. Creo que tu muger es muy competente en el ramo.

ANTONIO. No la falta disposicion; y como los veinticinco duros mensuales que me dá el Estado, apenas alcanzan para la *plaza*, mi pobre Luisa ha tenido que recurrir á sus manos; sus amigas le proporcionan algun trabajillo, y vamos saliendo adelante.

CÁRLOS. Tienes una esposa excelente.

ANTONIO. Sí, es muy buena... Y me quiere mucho, mucho!.. Vaya si me quiere!.. Aunque me quisiera un poquito menos, y disimulase un poquito más el cariño que me profesa, me parece que no perderiamos nada.

CÁRLOS. Hombre!

ANTONIO. Creerás que ni por cigarros puedo salir sin que venga conmigo?

CÁRLOS. Ya, ya me has dicho que es algo celosa.

ANTONIO. Cómo algo? Es un turco!.. Mira, yo tenía la costumbre de jugar todas las noches un ratillo al dominó

con varios amigos en el cafè que hay frente de mi casa... me parece que despues de permanecer estancado en estancadas ocho horas diarias, escribe que te escribirás por cuenta del Gobierno, nada tenia de extraño que deseara yo jugar por la mia, algunas partidas al dominó...

CÁRLOS. Ya lo creo!

ANTONIO. Pues bien, mi muger llegó á tener tan horribles celos del *doble seis*, que no pasaba dia sin que armásemos una pelotera por causa del maldito dominó... Asi fué que por amor á la paz, tuve que renunciar al café, y ahora paso todas las noches al lado de mi costilla, hecho un papanatas, y pensando en la resurreccion de la carne.

CÁRLOS. (Riendo.) Y te quejas de eso?

ANTONIO. No sé!.. Yo quisiera verte en mi lugar. . Si llevaras cinco años de matrimonio!..

CARLOS. Pensaría lo mismo que ahora.

ANTONIO. Quizá no. Lo poco agrada y lo mucho enfada. Esto es peor que estar en presidio!.. Y luego como todo se sabe, los compañeros de oficina han averiguado la historia y se burlan de mí; lo cual puede perjudicarme bastante para obtener el ascenso que solicito, porque dicen que no tengo condiciones de mando...

CÁRLOS. Qué tonteria! Hoy mismo voy á empezar el retrato del ministro de Hacienda y le interesaré en favor tuyo.

ANTONIO. (Con exajeradas muestras de alegria.) De veras? Qué alegría!.. Voy á deberte mi felicidad, mi...

ADELA. (Afuera.) Vamos, Luisa, yo te acompañaré; no seas tonta!

ANTONIO. Mi muger!.. Yo me escapo.

CÁRLOS. Qué es eso? te vas?

ANTONIO. Sí, amigo mio: tengo que dar un recado importante á un compañero que vive aquí cerca, y si mi muger me atrapa, querrá tambien acompañarme... Con que hasta luego!.. Antes de diez minutos estoy de vuelta. (Vase.)

ESCENA IV.

DON CARLOS.—ADELA.—LUISA.

(Adela sale por la izquierda; Luisa la sigue.)

ADELA. Vamos, entra muger!.. Cuando te digo que no le incomodaremos!.. Verdad, Cárlos, que no?

CÁRLOS. (Levantándose.) De ninguna manera; la presencia de mis verdaderos amigos no me ha importunado jamás.

ADELA. (A Luisa.) Ya lo oyes.

LUISA. Muchas gracias... Pero al que trabaja todo le distrae, poco ó mucho. Lo sé por experiencia, y no abusaré... Venia solo á reunirme con... (Mirando por todas partes.) Calla!.. No le veo!..

CÁRLOS. (Busca á su marido... Ahora es ella!)

LUISA. No ha subido mi esposo?

ADELA. Pensábamos que estaria contigo.

CÁRLOS. Aquí ha estado efectivamente: pero tenia que ver á un compañero que vive en esta calle, y acaba de salir ahora mismo.

LUISA. (Con malicia.) Ya!..

CÁRLOS. Dijo que volveria al instante.

LUISA. Sí! lo de siempre: en cuanto se vió libre de su esposa, voló!.. Como si yo fuese para él un espía, un cancerbero, una pesadilla! Esto no puede durar así.

ADELA. Pero muger, no oyes que prometió volver al instante?

LUISA. Ya he oido, y ya sé lo que significan esas promesas. No podia esperarse y hacer esa visita conmigo? En fin, no quiero abusar de la paciencia de ustedes contándoles mis disgustos domésticos.

ADELA. Tranquilízate. Todo eso no vale la pena... Ven, verás el cuadro que está pintando mi marido. (Se acercan.) Vamos, qué te parece?

CÁRLOS. (Dejando la paleta y los pinceles.) Van á dar las doce, y basta de trabajo. Dejo á ustedes que pasen revista á mi estudio, mientras llega ese *prófugo* de Antonio, y

voy si ustedes me lo permiten á vestirme. (Saluda dándolas la mano y sale.)

ESCENA V.

ADELA.—LUISA.

LUISA. (Sentándose en el divan.) Qué feliz eres, Adela!.. Tú, al menos tienes un marido que te adora!

ADELA. (Suspirando.) Ay! sí!

LUISA. Un marido que cifra toda su felicidad en estar á tu lado!

ADELA Cierto!

LUISA. Ese sí que no anda como el mio, acechando siempre la ocasion de escapar!.. Y sabe Dios á donde habrá ido.

ADELA. No, lo que es Cárlos, si pudiera, no se separaria de mí ni un segundo.

LUISA. Lo dices de un modo!.. Cualquiera creeria que lo sientes!

ADELA. Ya se vé que lo siento!.. Es decir, no lo siento... pero...

LUISA. Pero qué?

ADELA. Pues bien, Luisa: yo soy al mismo tiempo la muger más dichosa y la más desgraciada que existe en la tierra.

LUISA. Tú?.. No comprendo...

ADELA. Para ser completamente feliz, necesitaria...

LUISA. Qué? habla.

ADELA. Una cosa... Una sola cosa que anhelo con toda mi alma.

LUISA. Me pones en cuidado!.. qué puedes tú desear en este mundo?.. Eres jóven, hermosa, rica!..

ADELA. Y muger.

LUISA. Qué quieres decir?

ADELA. No te asustes. Mi deseo es bastante inocente: un

tonteria quizas... Pero ya sabes tú que siempre se desea lo que no se tiene.

LUISA. Ya! pero si no te esplicas...

ADELA. Para que me comprendas, es preciso que tome la historia desde el principio.

LUISA. Bueno! empiézala desde el diluvio, si mejor te parece

ADELA. No desde tan lejos, sino del tiempo en que tú y yo estábamos en el colegio.

LUISA. Ah! esa fué la epoca más feliz de nuestra vida

ADELA. Ya recordarás que los dias de salida venia siempre á buscarme la doncella.

LUISA. Vaya si me acuerdo!

ADELA. Y que los dias que pasaba en casa, no salia nunca sino con mamá, ó con la tia Úrsula, ó con el tio Juan.

LUISA. Pues con quién habias de salir sino con tu familia!.. Me parece estar viendo á tu tio Juan. Era tan alegre, tan chistoso!..

ADELA. Sí, mucho!.. pues bien, luego que abandoné para siempre el colegio, mi suerte fué mucho peor, pues en vez de pasear alternativamente con mamá, la tia Úrsula ó el tio Juan, (que á tí te parecia tan alegre y chistoso,) no volví á salir á la calle, sin llevar á mamá á la derecha, á la tia Úrsula á la izquierda, y al tio Juan á la espalda.

LUISA. Pero hija en todo lo que estás diciendo nada veo de extraordinario. Es ni más ni menos, lo que sucede á todas las muchachas solteras que tienen familia.

ADELA. Sin duda! pero cuando yo iba así, rodeada de ***mi estado mayor***, solia encontrar ***sola***, por la calle, á alguna de nuestras compañeras de colegio que se habia casado: y decia para mis adentros... qué feliz es: vá sola!

LUISA. Feliz porqué iba sola?

ADELA. Justamente! te parece poca dicha poder una á su arbitrio, ir por aquí ó por allá, de prisa ó despacio!.. examinar los aparadores de las tiendas; leer los anuncios, pasear por la calle del Cármen, ó la de la Mon-

tera, ser una en fin, dueña de su voluntad por algunos instantes siquiera!

LUISA. Te juro, chica, que nunca se me ha pasado por las mientes semejante capricho.

ADELA. Pues yo te confieso, aun cuando me tengas por loca, que llegué á no pensar, á no soñar, á no desear otra cosa en el mundo. Salir sola!.. salir sola era un deseo, una idea, que no se apartaba de mi mente ni de dia ni de neche. Y aun hoy mismo no tengo otro anhelo, ni otra ambicion, ni otro capricho. Si yo pudiera salir sola una vez en la vida!.. Mira: castigarian con mucha severidad á uno que prendiera fuego á su casa?

LUISA. Ya lo creo!.. pero por qué me lo preguntas?

ADELA. Porque muchas veces he pensado que si por casualidad se prendiera fuego á mi cuarto, tendríamos que huir de cualquier modo, cada cual por donde pudiera, y yo encontraria una ocasion para salir sola.

LUISA. Chica, chica!.. Eso ya es una verdadera monomanía!

ADELA. Que si lo es?.. No lo sabes tú bien!.. Por eso cuando mamá me propuso el casamiento con Cárlos, aunque no le conocia, acepté sin titubear. Todos me aseguraban que tenia talento, que era una excelente persona... Pero aun sabiendo lo contrario, hubiera aceptado lo mismo. Lo que yo deseaba entonces era casarme, creyendo que desde el momento en que me echaran las bendiciones, podria salir sola... qué ilusion! (Levantándose.)

LUISA. (Levantándose tambien.) Con que es decir que no has podido todavia lograr...

ADELA. Ay!

LUISA. Cómo ay?

ADELA. Hace un mes que me he casado y por más que lo procuro, no consigo mi objeto.

LUISA. Qué?.. No te deja tu marido salir de casa?

ADELA. Todo lo contrario, no pasa dia sin que demos un largo paseo en coche ó á pié...

LUISA. Entonces...

ADELA. Sí! pero siempre en su compañía..., Nada; estoy lo mismo que en tiempo de la tia Úrsula y del tio Juan. Ni más ni menos.

LUISA. Lo mismo?.. No por cierto. Hay una gran diferencia... Pero si tal empeño tienes, por qué no te esplicas con tu marido?

ADELA. Has perdido el juicio? Estaría bueno, que cuando me ofrece el brazo para salir, le dijera yo: querido Cárlos! mira, quisiera irme sola por esos mundos de Dios... Anda, vete tú á dar una vueltecita por donde mejor te parezca, y luego nos reuniremos en tal parte!.. Tendria que ver!..

LUISA. Ya, lo que es eso...

ADELA. Ademas, yo le quiero, y sentiria darle el más pequeño disgusto.

LUISA. Haces bien en quererle, es un marido modelo... No puedo yo decir otro tanto del mio... Pero vamos, díme con franqueza: en qué fundas ese placer tan grande que te prometes encontrar saliendo sola?

ADELA. No te lo puedo esplicar!.. Mi deseo será una niñada, una tonteria!.. Pero qué quieres? no puedo vencerme. Te repito que me contento con una hora de libertad, una sola, y punto concluido... Y esa hora la tendré!.. Cueste lo que cueste!.. El dia que lo consiga, me vuelvo loca de contenta.

LUISA. Me haces reir, Adela: sin embargo de que más bien debiera compadecerte; porque mientras no se te cumpla ese estravagante deseo, estoy segura de que te creerás la muger más desgraciada del Universo.

ADELA. Pues mìra, me parece que no se ha de pasar mucho tiempo sin que haya logrado mi antojo.

LUISA. Hola! hola!.. y cómo?

ADELA. Escucha: el Ministro quiere que mi marido le haga un retrato. Ya ves tú que no es probable que todo un Ministro tenga tiempo para venir aquí! Y hoy mismo á las doce, ha de ser la primera sesion.

LUISA. Entiendo!.. Y mientras Cárlos está con el Señor Ministro, tú.....

ADELA. Yo, efectúo mi primera y última escapatoria.

LUISA. Y adónde piensas ir?

ADELA. Qué sé yo!.. A cualquier parte... A andar á la ventura por esas calles. Eso es lo que menos me importa.

LUISA. Pues hija, buen provecho!.. Afortunadamente no hay malicia en ese capricho: pero no te pareces á mí, en lo de querer salir sola: yo no me separaría de mi Antonio jamás... Y no creas que soy de esas mugeres fastidiosas... Dios me libre! Es que no quiero que salga solo.

ADELA. Por qué?

LUISA. Porque cuando yo salgo sola, sé bien donde voy; pero á donde irá él cuando yo le pierda de vista?

ADELA. Luisa, cada loco con su tema.

LUISA. Poco á poco, amiga mia. No creo que sea locura el que una muger trate de conservar el amor de su esposo... mientras que tu capricho...

ADELA. Tienes razon: pero no trates de disuadirme. No hay poder en el mundo que pueda hacerme variar de propósito... Ah! me parece que sube Carlos. Cuidado, no te se vaya á escapar...

LUISA. Qué niña eres!..

ESCENA VI.

LAS MISMAS—DON CARLOS, vestido de calle con una carta en la mano.

CÁRLOS. (Jovialmente.) Ya estoy listo!

ADELA. (Aparte con alegria.) Ah! vá á salir!

LUISA. (Aparte.) Y el otro no vuelve!.. Dónde estará mi señor don Antonio?

CÁRLOS. (A Adela.) Te habrá parecido que tardaba mucho en vestirme?.. Ya lo creo! Como que ademas de vestirme, he escrito esta carta.

ADELA. Una carta?.. Para quién?

CÁRLOS. Para todo un ministro.

ADELA. Para el ministro! Pues no vás á su casa?

CÁRLOS. Ya no voy.

ADELA. (Aparte.) Dios mio!

LUISA. (Aparte.) Pobre Adela!

CÁRLOS. El tiempo está delicioso!.. He trabajado mucho toda la mañana, y quiero dedicar la tarde á mi Adela.

ADELA. (Aparte.) Qué fatalidad!

CÁRLOS. (Llamando.) Bautista!.. Qué te parece mi proyecto?

ADELA. Excelente! Pero dudo que el ministro piense de la misma manera que yo.

CÁRLOS. Ya le doy mis escusas. Vamos á pasear hasta la hora de comer. El campo debe estar delicioso!..

ADELA. Oh! sí... Pero es que...

CÁRLOS. No tienes ganas de pasear?

ADELA. Aun no estoy arreglada.

CÁRLOS. Toma! mucho tardarás en estarlo!

ADELA. Y tengo ademas un principio, asi como de jaqueca...

CÁRLOS. (Con interés.) De veras?.. Entonces no hay que pensar en salir.

LUISA. (A Cárlos.) Tiene usted razon: no hay nada que aumente tanto el dolor de cabeza, como el aire y la luz.

CÁRLOS. (Sentando á Adela en el confidente.) Siéntate aquí, y descansa la cabeza en el almohadon... Quieres que entorne la ventana?.. Voy á hacerte yo mismo una taza de café.

ADELA. No, no: esto se pasará pronto. Lo único que necesito es tranquilidad y silencio... Por qué no vas á casa del ministro, puesto que le has dado palabra?..

CÁRLOS. Que yo te abandone encontrándote mala?.. No faltaba otra cosa!.. Fácil es que yo me aparte de tu lado... ni á tiros!

LUISA. (A Adela.) Ay hija!.. Bien puedes decir que has logrado el fénix de los maridos.

ADELA. (Tirándola del vestido para que calle.) Oh! eso sí... (Aparte.) Paciencia!

ESCENA VII.

Los mismos.—DON ANTONIO.

Antonio. (Entrando apresurado y limpiándose el sudor.) Uf!.. ya estoy de vuelta.

Luisa. Ya era hora!

Antonio. Caracoles!.. Pues si he corrido como un gamo para no hacerte esperar, y estoy sudando á mares!..

Luisa. Si no hubiera usted salido, no estaría usted sudando. Vaya, que es preciso tener poca aprension para hacer lo que usted hace!

Antonio. Pues qué es lo que hecho?.. Llegarme á casa de Martinez, el compañero de oficina que lleva la alta y baja de todo el movimiento que ocurre en el personal del ramo: como que es cuñado del segundo gefe, y come todos los domingos en casa del Director... Si no hubiera ido á ver á Martinez, no sabria como sé, que acaba de ocurrir una vacante.

Luisa. Gran noticia!

Antonio. Ya lo creo: como que soy el primero de mi clase, y me corresponde ese puesto!

Luisa. Con que te corresponda y se lo den á otro, como ha sucedido hasta aquí!..

Antonio. Qué quieres? Para coger un destino, se necesita una buena recomendacion Yo no la tenia.. pero lo que es ahora...

Luisa. Oh! lo que es ahora, esperas que te recomiende el Preste Juan de las Indias?

Antonio. No; ahora me vá á proteger mi buen amigo Cárlos.

Cárlos. Yo?..

Antonio. No me has dicho que vas á hacer el retrato del Ministro de Hacienda?

Cárlos. Cierto: hoy debia empezarlo.

Antonio. Entonces de tí solo depende mi felicidad, la felicidad de mi muger, la felicidad de mis hijos...

LUISA. (Interrumpiéndole con sobresalto.) Tus hijos?..

ANTONIO. Digo... de los hijos que el cielo nos envie... Porque estoy seguro de tenerlos, en cuanto deje de ser escribiente... (A Cárlos.) Una palabra tuya puede asegurar mi porvenir, el porvenir de mi muger, y el porvenir de mis hijos que están por venir. Serias capaz de negarme tu amparo, tu eficaz proteccion?

CÁRLOS. De ninguna manera; hablaré al ministro...

ADELA. (Levantándose.) Sí, Cárlos; es preciso que le hables con mucho interés.

CÁRLOS. Como si se tratase de mi propia persona. Antonio es mi amigo desde la infancia!.. Ya verás, ya verás si me porto. El primer dia que vea al ministro, le hago mi recomendacion, y le exijo, por único precio de su retrato, el nombramiento de Antonio.

ANTONIO. El primer dia!.. Pues qué, no has quedado en ir hoy á su casa?

CÁRLOS. Sí; pero aqui tienes la carta que acabo de escribirle escusándome.

ANTONIO. (Tomándole la carta.) Vírgen Santísima! con que no vas hoy á su casa? qué desdicha! Soy hombre al agua!.. Mañana ya será tarde. Hay dos sugetos que pretenden esa vacante, y uno de ellos cuenta con mucha influencia; como que es sobrino político del ayuda de cámara de un diputado de la mayoría.

ADELA. (Afectando grande interés.) De veras!

ANTONIO. Vaya!.. Martinez me lo acaba de asegurar.

LUISA. No lo dije?.. le sucederá lo mismo que siempre.

ADELA. (Aparte.) Esta es la mia! (Alto á su marido.) Cárlos, es preciso que hagas un esfuerzo y que veas hoy mismo al ministro de Hacienda. Se trata del porvenir de una familia, de nuestros amigos de la infancia...

CÁRLOS. Sí, sí, pero...

ADELA. Nada, nada. Hay que sacrificarse por la amistad.

ANTONIO. (En ademan de arrodillarse.) Ah! señora; permita usted que me postre á sus plantas para demostrarle mi profundo agradecimiento.

ADELA. Qué hace usted? La cosa no vale la pena... Vamos, Cárlos, aqui tienes tu sombrero... No pierdas un instante. Yo no entiendo de pretensiones; pero creo que en estas cosas, lo que interesa es ganar tiempo y tomar la delantera...

ANTONIO. Eso sobre todo!.. Por Dios, Cárlos, no te niegues á hacer mi felicidad, la felicidad de mi muger, la felicidad de mis hijos...

LUISA. (Aparte.) Dale con los hijos!..

ADELA. (A Cárlos.) No te detengas...

CÁRLOS. Te empeñas en ello...

ADELA. Te lo suplico...

CÁRLOS. Entonces... Me voy.

ANTONIO. (Con alegria.) Dios te lo pague! Dios te lo premie! Dios te lo...

CÁRLOS. Basta, hombre, basta!.. (A Adela.) Si supieras con qué disgusto voy á salir dejándote enferma!

ADELA. No tengas cuidado: esto se pasará pronto. Apenas me incomoda ya el dolor de las sienes...

CÁRLOS. Te vas á fastidiar!..

ADELA. Asi que me alivie del todo, me iré un rato á casa de mamá.

CÁRLOS. Salir sola en un domingo! Qué locura!

ADELA. No saldré.

CÁRLOS. Es lo mejor. Yo haré por volver lo más pronto posible... Adios, hija mia. (A Luisa y D. Antonio.) Ustedes se quedan?

ANTONIO. Saldremos juntos.

LUISA. (Con prontitud.) Yo me voy con Antonio.

ANTONIO. (A Adela.) Doy á usted, un millon de gracias.

ADELA. No las recibo hasta que tenga usted su nombramiento.

ANTONIO. Es usted un ángel!

LUISA. (Aparte á Adela.) Te saliste con la tuya.

ADELA. (Aparte á Luisa.) Buen trabajo me cuesta.

ANTONIO. (A Adela.) A los pies de usted.

ADELA. Hasta la vista. (A su marido.) Adios, Cárlos. (Vánse Cárlos, Antonio y Luisa.)

ESCENA VIII.

ADELA. Despues ANITA.

ADELA. (Sola.) Por fin se marchó!.. No perdamos tiempo!.. (Tira de una campanilla.) Ya no tenia esperanza: y si no es por el bueno de Don Antonio... Cómo palpita mi corazon!.. Qué felicidad!.. Por fin estoy libre y voy á salir sola!

ANITA. (Entrando por la izquierda.) Llamaba usted, señorita?

ADELA. (Muy agitada.) Sí; tráeme corriendo un sombrero y un abrigo.

ANITA. Va usted á salir?

ADELA. Despacha.

ANITA. Voy corriendo... (Aparte al salir.) Esto es raro.

ADELA. Gracias á Dios!.. *Puedo salir sola*!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala modestamente amueblada, en la casa de D. Antonio.—Puerta en el fondo que dá al descanso de la escalera.—Otras dos laterales que comunican con las habitaciones interiores.—En el foro izquierda de la puerta, una ventana.—A la derecha primer término, una mesa de labor, entrelarga con burletes.—Dos butacas y sillas, una cómoda con un espejo; sobre ella algunos sombreros y papalinas, y otros objetos del oficio de modista.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO.—LUISA.

D. Antonio, cepillando un gaban; Luisa á la derecha, sentada á la mesa de labor, arregla un sombrero de señora.

ANTONIO. Con que Luisa, quedamos en que hoy iremos á Caravanchel á comer con Cipriano y su familia?

LUISA. Lo hemos prometido! y sobre todo, como anoche despedí á la criada, no podremos comer hoy en casa.

ANTONIO. Justo; hay que ir á Caravanchel en busca de los garbanzos

LUISA. A ménos que tengas proyectado algun otro modo de pasar el dia!

ANTONIO. Yo!... bonito soy yo para proyectar diversiones!... ya sabes que no tengo otra voluntad que la tuya.

ADELA. De todo hay en la viña del Señor.

ANTONIO. Caramba! sabes que mí pobre gaban se va quedando algo raido?

LUISA. No será por lo viejo!.. apenas hace dos años que lo comprastes en la tienda del Águila.

ANTONIO. Te equivocas, hija; hace tres por lo ménos: no te acuerdas que le estrené el segundo año de nuestro matrimonio?

LUISA. Ay!.. cómo se pasa el tiempo!

ANTONIO. Y cómo se pasan los gabanes! y cómo nos pasamos nosotros!... cuándo te parece que debemos emprender la marcha?

ADELA. Conque salgamos á las dos, creo que será buena hora. Con eso tendré tiempo para acabar este sombrero, que he prometido entregar mañana temprano.

ANTONIO. La diligencia no sale hasta las tres, y en llegando algunos minutos antes á la calle de Toledo ...

LUISA. Buena necedad seria que nos metiéramos en la diligencia pudiendo ir á pié!

ANTONIO. Como quieras.

LUISA. Ese paseo nos abrirá el apetito.

ANTONIO. Eso sí: y como vamos á comer en casa agena!.. pues señor, ya está todo corriente: gaban, corbatin y chaleco. (Saca un relój de plata.) Qué hora será? toma! pues si no son más que los tres cuartos para la una!.. tenemos mucho tiempo de sobra!... hum, hum!.... donde he dejado yo mi sombrero?.. (Le coge de una silla.) Ah! aquí está! (Le cepilla y se lo pone; pero titubea, mira á Luisa, y se lo quita: por fin se lo vuelve á poner, y dice con timidez:) Conque quedamos en que á las dos en punto estoy aquí?.. (Se la acerca.)

LUISA. (Levantando la cabeza y mirándole.) Qué es eso? vas á salir á la calle?

ANTONIO. No... digo, sí... pero antes de cinco minutos estaré de vuelta.

LUISA. (*Levantándose.*) Dónde vas?

ANTONIO. Ahí, á ese gabinete de lectura que está en la esquina; voy á dar un vistazo á la *Correspondencia* de anoche.

LUISA. Para qué necesitas tú leer la *Correspondencia*?

ANTONIO. Vaya una pregunta!.. Para leerla... Para estar al corriente de lo que pasa, de lo que no pasa, y de lo que pueda pasar en el mundo. Y ahora, precisamente, que estamos amenazados de una conflagracion universal!.. Ahora que todas las grandes naciones se preparan....

LUISA. Y á tí qué te importa que las grandes naciones se preparen ó no? Prepárate tú, para ir á Caravanchel y déjate de cuentos.

ANTONIO. Ya estoy preparado: y como no tengo nada que hacer, necesito buscar alguna distraccion, mientras llega la hora de tomar el camino.

LUISA. Hola!.. Con que el señor Don Antonio, necesita distracciones para hacer llevadero el tédio que le causa su muger?

ANTONIO. No, Luisa, tú no puedes causar tédio á nadie y menos á quien tan de veras te quiere: pero por mucho que á uno le gusten las perdices... Ya vés: perdices á todas horas!..

LUISA. Qué disculpa tan delicada!... Es ese el lenguaje que aprende usted de sus amigotes, cuando juega al dominó?

ANTONIO. Pero Luisa, te parece á tí que estando encerrado ocho horas consecutivas todos los dias de la semana, en una atmósfera que se puede cortar con un cuchillo, no debo tener alguna libertad, cuando llega el domingo, para hacer ejercicio y respirar el aire libre?

LUISA. No creo que pueda usted quejarse de falta de ejercicio... Esta mañana hizo usted bastante cuando se escapó bajo pretesto de ver á Martinez, y esta tarde tenemos que andar media legua.

ANTONIO. (Con resolucion) Te has empeñado en que regañemos y yo no quiero riña. Hasta luego.

LUISA. (Tomando la mantilla.) Con que te vas?.. Anda, no te detengas!.. Yo te seguiré.

ANTONIO. Estás en tu juicio? Mira que voy á un gabinete de lectura...

LUISA. Irémos juntitos.

ANTONIO. A leer la *Correspondencia?*

LUISA. La leeremos á duo. Yo tambien quiero estar al corriente de lo que pasa en el mundo. De lo que te pasa á tí, sobre todo.

ANTONIO. (Suplicando.) Por Dios, Luisa!

LUISA. No hay Luisa que valga. Salga usted; salga usted.

ANTONIO. No dices que tienes que acabar ese sombrero?

LUISA. Yo lo acabaré cuando pueda!

ANTONIO. Mira que no te has vestido todavía.

LUISA. Me iré sin vestir.

ANTONIO. Es decir, que no hay remedio?

LUISA. Uno solo; que se quede usted en casa.

ANTONIO. (Con cachaza.) Y por qué me he de quedar?

LUISA. (Arrebatándose.) Porque yo lo quiero: porque yo lo mando!.. Esto no puede seguir así.

ANTONIO. Hola! Esas tenemos!.. Con que usted no quiere que salga? Pues señor, por la primera vez de mi vida me insubordino... Está usted?.. Me declaro en abierta rebelion!..

LUISA. Antonio!..

ANTONIO. No hay Antonio que valga!.. Piensa usted que voy á dejarme llevar con andadores toda la vida?.. No señora! Soy ya talludito! No quiero que mis compañeros de oficina me vuelvan á llamar calzonazos, por antifrasis. En los cinco años de nuestro matrimonio tú has llevado la batuta, y no he dicho esta boca es mia... Pues bien, ahora digo que estos pies son mios, y me iré con ellos donde se me antoje. Se acabó la tirania, me pronuncio, y me declaro independiente!

LUISA. Ah con que usted se declara independiente?

ANTONIO. Justito!

LUISA. Y se vá usted á la calle?

ANTONIO. A jajá! Y no me siga usted, porque voy á correr como una liebre.

LUISA. (Furiosa.) Antonio!

ANTONIO. Hasta luego! (Sale precipitadamente y Luisa le sigue hasta la puerta.)

ESCENA II.

LUISA. (Desde la puerta del fondo.) Antonio!... Antonio... no me oye!... cómo salta los escalones!... Se va á matar!... ya está abajo. (Corre hácia la ventana, observa se retira y vuelve al proscenio.) Anda, anda; ya ha traspuesto la esquina!... (Reflexionando.) Vaya un marido que me ha tocado en suerte!... preferir la *Correspondencia de España* á la correspondencia de su muger!... y sabe Dios qué clase de correspondencia será la que busca!.. si tendrá por ahí algun trapicheo!... pero no, no es posible; tiene poco agílibus para echarla de seductor; tres años, siete meses y catorce dias necesitó para declararme su honesta pasion, y eso que yo le estuve alentando para que se esplicara; no, por ese lado no debo temer: con todo, los hombres son como las culebras, y no pierden rípio! No debo perderle de vista; pero si le tiro mucho de la rienda será peor... Dios mio! qué posicion tan difícil es la de una muger casada en los tiempos que corren! Voy á concluir de cualquier manera ese maldito sombrero. (Vuelve á su trabajo, y aparece Adela desalada, por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

ADELA.—LUISA.

ADELA. Luisa!... Ah! estoy en tu casa, á tu lado! Me parece mentira!..

LUISA. Adela! Qué pasa?... Vienes sin aliento! (Se sienta.)

ADELA. Si supieras! (Apoyándose en el respaldo de una silla.)

LUISA. Esplícate, habla!

ADELA. Deja que respire! No puedo tenerme en pié!

LUISA. Vamos, siéntate, y procura tranquilizar tu espíritu. (La acerca una silla.)

ADELA. Estás sola?... Tu marido...

LUISA. Acaba de salir ahora mismo. . Hemos tenido una reyerta bastante acalorada, y el señorito se ha declarado independiente.

ADELA. Lo siento!

LUISA. Oh! no temas!... Yo sofocaré la rebelion en su orígen. La autoridad vela! Pero no me dices lo que te ha sucedido?

ADELA. Ya te confesé el deseo, el furor que tenia por salir sola?

LUISA. Capricho más extraño!

ADELA. Pues bien: inmediatamente que Cárlos salió de casa con vosotros....

LUISA. Tomaste las de Villadiego; lo suponia.

ADELA. Ah! querida Luisa!.. Qué cara me ha costado esa imprudencia!

LUISA. Es posible?

ADELA. Lo que oyes. Apenas habia andado cien pasos por la calle cuando reparé que me observaban y seguian,..

LUISA. Dios mío!... Tu esposo sín duda?

ADELA. Ojalá!... Un desconocido.

LUISA. Malo! Malo...

ADELA. Al principio lo atribuí á pura casualidad... Mudé de acera; él tambien... Apresuro el paso; él redobla el

suyo... Acorto el mio, y lo propio hace él... Unas veces se ponia de mi lado sin duda para verme mejor; otras se quedaba detrás.

LUISA. Pobre Adela!... Mal rato habrás llevado!

ADELA. Figúrate tú! Y lo peor de todo fué, que cuando quise volver atrás, me encontraba ya demasiado lejos de casa. Resuelvo tomar un coche...

LUISA. Excelente idea!

ADELA. Magnífica: pero inútil, porque no encontré ninguno que llevase puesta la tablilla.

LUISA. Como hoy es domingo!.... Prosigue, prosigue...

ADELA. Ya no sabia lo que me pasaba; y hubiera dado la mitad de mi vida por librarme de aquella persecucion. Corria atontada y á la ventura, sin levantar los ojos del suelo, cuando oigo que me dicen al oido, con voz muy bajita: señora, señora!... Vuelvo la cabeza y era él.....

LUISA. Cómo! se atrevió á hablarte?.. y qué más te dijo?

ADELA. Qué se yo!.. Buena estaba yo para hacer caso de sus palabras!.. Creo que me ofreció el brazo.

LUISA. Qué desvergüenza! Supongo que tú le mandarias enhoramala!

ADELA. Con que no podia hablar de miedo, y quieres que le contestase!

LUISA. Mejor! Una mujer honrada no debe escuchar ni contestar á semejantes impertinencias.

ADELA. Creí perder el sentido.

LUISA. Pero hija, tienes muy poco ánimo! Por qué no te entraste en una tienda?.. Yo en tu lugar, hubiera llamado á un guardia civil. Ya se vé, como no estás acostumbrada á salir sola! Pero vamos á ver; en qué paró eso?

ADELA. El cielo quiso que sin saber cómo, llegase á esta calle: me acordé del número de tu casa y me precipité en ella, como puerto de mi salvacion.

LUISA. Y puerto seguro! Aquí nada tienes que temer. Buena leccion has llevado por el caprichito de salir sola!

ADELA. Una leccion terrible!.. Quién habia de adivinar lo que me ha sucedido?

LUISA. Cualquiera que conozca la tierra que pisa. Hay en Madrid un ejército de vagos, presumidos y descorteses, que no tienen otro oficio que requebrar y perseguir á cuantas mugeres se les ponen por delante, sín hacer distincion. La última noche que fui al Teatro Real....

ADELA. Te siguió alguno de esos?..

LUISA. No; pero subió al paraiso un mequetrefe, y durante el segundo entreacto, tuvo flechados sus gemelos en mí. Antonio es bastante celoso y estaba á mi lado: considera tú la que se armaría: así es que nos fuimos á casa sin acabar de ver la funcion.

ADELA. (Inquieta.) Con tal que ese hombre que me persigue no se haya quedado esperando á la puerta!..

LUISA. Si se ha quedado, ya se cansará: tú no tienes priesa de salir.

ADELA. Pues no la he de tener! Cárlos debe volver pronto á casa, y si no me encontrase en ella, despues de haberme negado á salir con él...

LUISA. Es verdad: se enfadaría y con razon.

ADELA. Además, de un momento á otro puede venir tu marido; me verá aquí y se lo contará á Cárlos.

LUISA. Si te vé, se lo contará de seguro; los hombres son más charlatanes que las cotorras... y luego dicen que las mugeres...

ADELA. Ves tú? es preciso que me vaya al instante! Pero si tengo un miedo de encontrar á eso.... necio!...

LUISA. Me ocurre una idea!.. Quédate aquí y yo haré un reconocimiento hasta la esquina de la calle.

ADELA. Ah! sí, sí: Anda por Dios, amiga mia! Y mira bien si está en acecho dentro de algun portal.

LUISA. Pierde cuidado... Pero dime, qué señas tiene ese individuo?

ADELA. Apenas le miré, y no puedo darte razon.

LUISA. Y la facha?

ADELA. Bastante ridícula. Viste exageradamente....

LUISA. No digas más. Con esos datos tengo de sobra para reconocerle á la legua. Yo hubiera sido un gran agente de policía!

ADELA. Ah! mira, cuando se acercó á hablarme, me pareció percibir cierto tufillo... así como si hubiera almorzado fuerte; y no será extraño que esté un poco.... (Expresando la idea con el movimiento de la mano.)

LUISA. Esas tenemos? Vaya que el caballerete es alhaja! No se me despintará. . (Mira por la ventana.) Desde aquí no se ve á nadie: puede que este detrás de la esquina.

ADELA. No te detengas!

LUISA. Voy y vuelvo en un santiamen: y si está el campo libre...

ADELA. En seguida á mi casa. Díos quiera que no vuelva á tener otro encuentro.

LUISA. Para mayor seguridad, yo te acompañaré hasta que encontremos un coche.

ADELA. Qué buena eres?

LUISA. Adios! Dejaré la puerta entornada para que no me tengas que abrir. (Váse).

ESCENA IV.

ADELA.—Despues DON MANUEL.

ADELA. Qué dia, qué dia!.. Con tal que Cárlos no llegue á saber nada!.. Si se enterase, perdería su confianza, por lo ménos... No lo quiera Dios! (Se sienta delante de la mesa de labor.) He aquí en lo que han venido á parar los goces que yo me prometía, de salir sola!.. Y gracias á Luisa... Es un ángel!.. Esa sí que no tiene caprichos... Siempre trabajando... Qué bonito sombrero!.. (Toma el sombrero y lo examina: entretanto entra Don Manuel con precaucion y sigilo.)

MANUEL. (Desde la puerta.) He subido hasta las buhardillas y ni por esas... Si en este cuarto... La puerta estaba en-

tornada, y me he colado callandito... Estoy deslumbrado: apenas distingo los objetos... calla!.. sobre esta consola hay cintas, flores, cajas de carton!.. Aquí debe vivir alguna modista... No me disgusta el género!

ADELA. (Levantándose sin reparar en él, y acercándose á la ventana.) Cuánto tarda Luisa!

MANUEL. Qué miro? Es ella, la que persigo hace media hora!.. Pues señor, aqui de la audacia... (Dirigiéndose á Adela.) Hechicera niña...

ADELA. (Con espanto.) Jesucristo!

MANUEL. *Perdon*, señorita, si me he tomado la libertad de penetrar en este voluptuoso recinto...

ADELA. (Reponiéndose.) Caballero, ¿qué busca usted en esta casa?

MANUEL. (Con exagerada entonacion dramática.) Y usted me lo pregunta? Usted que acaba de saltearme en medio de esas calles como pudiera hacerlo un tomador del dós, robándome el corazon y la vida? (Aparte.) Estoy inspirado!.

ADELA. (Con sumo desden.) Yo no conozco á usted, caballero.

MANUEL. Es verdad. Y por eso mismo he seguido á usted hasta su último atrincheramiento para que nos conozcamos íntimamente.

ADELA. (Con desden.) Quién ha dicho á usted que yo quiero tratarle, ni verle siquiera?

MANUEL. (Aparte.) Qué modista tan incivil! (Alto.) Vamos, vamos, tenga usted un poquito de caridad; sea usted más amable. Usted me ha tomado sin duda por algun meritorio sin sueldo; por algun hortera de la calle de Postas; por algun pobre diablo de esos que se ponen el domingo la ropa de cristianar, y salen en busca de aventuras.... Se ha equivocado usted lastimosamente!.... Yo...

ADELA. Nada me importa la condicion de usted; y si le he de juzgar por su conducta...

MANUEL. Mi conducta es la de un caballero que se hace notable hasta por su ausencia en la capital del mundo ci-

vilizado; que se baña todos los veranos en Biarriz; que come en casa de Cot, y que posee una renta de cinco mil duros. (Aparte.) Esta ha sido la puntilla, ó como decimos los franceses, *le coup de grace.*

ADELA. Pues bien, si es usted un caballero, no debe complacerse en mortificar á una señora. Ruego á usted que salga inmediatamente de esta casa.

MANUEL. Imposible! *tout á fait*, imposible!... Digo, á no ser que usted me prometa recibirme en mejor ocasion.

ADELA. Qué insolencia!

MANUEL. Nada; no espere usted que abandone esta morada sin haber escuchado de esos labios de púrpura una palabra consoladora.

ADELA. (Con ira.) Oh! Salga usted, ó daré voces!...

MANUEL. Dar voces!... Ah! eso es de muy mal tono! *Fi donc*!

ADELA. (Aparte mirando al foro.) Y Luisa que no vuelve!...

MANUEL. (Con malicia.) Esa inquietud me revela que usted espera á alguien, y necesita estar sola!..

ADELA. Qué dice este hombre?

MANUEL. Tranquilícese usted: yo sé respetar los derechos adquiridos. Acepto la legalidad existente, y dejaré á usted en libertad, si me permite imprimir un respetuosísimo beso en esa mano delicada.

ADELA. (Retrocediendo.) Caballero, salga usted inmediatamente de aquí.

MANUEL. (Avanzando.) Me iré; pero ántes.... (Procurando tomar la mano de Adela.)

ADELA. (Con imperio y esforzando la voz.) Salga usted! salga usted!

ESCENA V.

LUISA.—DICHOS.

LUISA. (Entrando por el foro.) Qué voces son estas?

ADELA (Precipitándose hácia Luisa.) Luisa!...

LUISA. Qué sucede?

ADELA (Señalando á Manolito.) Mira!

LUISA. Cómo! este caballero....

ADELA. No contento con perseguirme por la calle, ha tenido la osadía de entrar en tu casa buscándome.

MANUEL. (Adelantándose.) Señora, yo...

LUISA. (Reconociéndole.) Qué veo? El mequetrefe de la otra noche!

MANUEL. (Reconociéndola.) *Ventre saint gris!* Pues si es mi linda desconocida del teatro Real!

LUISA. La misma... Quiere usted decirme, señor galanteador de cuantas vé, quién le ha dado permiso para poner los piés en este cuarto?

MANUEL. (Aparte.) Fatal encuentro!... Yo quisiera quedar bien con las dos...

LUISA. Cree usted que es lícito estar mirando toda la noche con los gemelos á una muger casada: que puede perseguirse por la calle á otra que tambien tiene dueño: y que no hay ningun inconveniente en colarse así, de rondon, en una casa agena? Lástima que no se haya usted encontrado á mi esposo!

MANUEL. (Fingiendo incredulidad.) Ah! con que usted es casada?

LUISA. Si señor, casada, y mi amiga tambien.

MANUEL. (Con mofa.) Las dos!.... Quién habia de creer?... Supongo que no habrán ustedes sacado nunca la fé de casamiento.

LUISA. (Con retintin.) Yo no: pero la ha sacado mi marido, que ya no puede tardar en volver á casa; y si se espera usted un poquito, se la enseñará.

MANUEL. (Aparte.) Zape! Si fuera casada en efecto....

LUISA. Espérese usted, espérese usted, y le enseñará de camino cómo debe tratarse á una muger honrada.

MANUEL. Señora, me parece que yo...

LUISA. Mi marido tiene un génio muy condescendiente y muy dulce. Ya verá usted con qué suavidad le arroja por esa ventana.

MANUEL. (Aparte.) Dónde me he metido? (Alto y despidiéndose.) Señoras! ustedes han de perdonar... una equivocacion....

LUISA. (Con sequedad.) Basta de explicaciones y buen viaje. (Señalando la puerta.)

MANUEL. Ya me voy, ya me voy... (Se dirige á la puerta.)

ADELA. (Escuchando.) Ay Dios mio! Alguien viene!

LUISA. Mi marido sin duda.

MANUEL. (Dando un salto hácia atrás.) Demonio!...

ADELA. Si me vé estoy perdida!

LUISA. (Abriendo la puerta de la derecha.) Entra corriendo en esta habitacion. (Adela entra.)

MANUEL. (Procurando entrar.) Yo tambien!

LUISA. (Rechazándole.) Vaya usted al infierno! (Cierra la puerta por donde entró Adela.)

MANUEL. Por piedad!... Llegó mi última hora! (Recorriendo la escena.) Y dónde me escondo! (Queda sin movimiento al ver que aparece Don Cárlos.) Ah!....

ESCENA VI.

CÁRLOS.—D. MANUEL.—LUISA.—ADELA escondida.

LUISA. (Volviéndose con sorpresa.) Don Cárlos!

MANUEL. (Aparte.) Pues si es Cárlos!... Respiro!

ADELA. (Entreabriendo la puerta.) Mi esposo!... (Se oculta, cerrando precipitadamente.)

MANUEL. (Alargando la mano á Cárlos.) Queridísimo!... Qué sorpresa tan grata!

CÁRLOS. (Aparte.) Este títere aquí y á solas con Luisa?

LUISA. (Aparte.) Se conocen!

MANUEL. (Aparte.) Sabes que me acabas de dar un susto, *horrible*, *effroyable*?

CÁRLOS. (Con extrañeza.) Por qué? (Saludando.) A los piés de usted, Luisa. (Luisa contesta á su saludo.)

MANUEL. (Aparte.) Me estaban engañando las dos.

CÁRLOS. (A Manolito.) Decia usted.....

MANUEL. Nada, nada... Hola! con que tambien es usted aficionado á la aguja?

CÁRLOS. Yo!...

LUISA. (Aparte.) Este hombre está loco!

CÁRLOS. (Aparte.) Si se habrá figurado este nécio.....(Alto.) Qué quiere usted decir?

MANUEL. Basta! *N' ayez pas peur*! Soy la discrecion personificada.

CÁRLOS (Con seriedad.) Yo no necesito para nada de la discrecion de usted en este momento.

MANUEL. Corriente! Creí que venia usted á encargar alguna prenda elegante para su esposa; y como el mérito de semejantes regalos estriba en la sorpresa....

CÁRLOS. Se ha equivocado usted. Esta señora es la esposa del sugeto que vió usted esta mañana en mi estudio; de un amigo á quien tengo que dar cuenta del resultado de ciertas gestiones.

MANUEL. (Con malicia.) Pues ha escogido usted mala hora para ver al amigo.

CÁRLOS. (A Luisa.) No está Antonio en casa?

LUISA. No señor, pero debe volver al instante.

CÁRLOS. (A Manolito.) Yo pensaba que solo conocia usted á esta señora de vista, es decir, de vista de gemelos...

MANUEL. (Turbado.) Yo?... (Aparte.) Quién le habrá contado?

CÁRLOS. (Mirando á Luisa.) Y por lo tanto, extraño mucho encontrar á usted en su casa.

LUISA. Sospechará de mí? (Alto con resolucion.) Señor Don Cárlos, sepa usted que este caballero ha entrado aquí sin permiso de nadie, y que esta es la primera vez que le he dirigido la palabra en toda mi vida.

CÁRLOS. Será posible?

MANUEL. Poco á poco. Yo me encuentro en esta casa por una mera casualidad, y esta señora sabe....

CÁRLOS. (Con severidad.) No prosiga usted. El hombre que no respeta la opinion de una dama, que penetra violentamente en su hogar doméstico, que pone en riesgo la paz de un matrimonio y el porvenir de una familia, es un miserable.

MANUEL. (Aparte.) Calle!... Tiene celos de mí y quiere lucirse delante de su ninfa!... No: lo que es eso... (Alto y con petulancia.) Amigo mio, confieso que las apariencias

me condenan; pero no puedo consentir que se me califique de una manera tan.... tan inconveniente. Creo que me ha llamado usted miserable!

CÁRLOS. (Con tono amenazador.) Sí señor; y no consentiré nunca que se aproveche usted de la ausencia de uno de mis mejores amigos, para introducirse furtivamente en su casa y comprometer á su esposa.

MANUEL. Pero hombre de Dios, si yo he entrado aquí buscando á otra persona distinta de la que usted presume.

CÁRLOS. A otra persona?

LUISA. (Aparte.) Dios mio! Va á descubrir á Adela!

MANUEL. Sí, hombre sí: he venido por otra.... *Mille tonerres*! Pues qué, no hay más mugeres en el mundo que la presente?

LUISA. (Aparte á Manolito con rapidez.) Calle usted por Dios!

MANUEL. Eh?

CÁRLOS. (Que ha sorprendido el movimiento de Luisa.) (Aparte.) Qué misterios son estos? (Alto á Manolito.) Vamos, espliquese usted.

MANUEL. Sí, me esplicaré; y tanto como me esplicaré... (observando que Luisa le hace señas para que calle.) Pero más adelante, en mejor ocasion... (Aparte á Don Cárlos.) cuando estemos solos. Se trata del honor de una dama!

LUISA. (Aparte.) Qué le dirá?

CÁRLOS. Bien: espero á usted en mi casa dentro de una hora; pero salga usted inmediatamente de aquí.

LUISA. Oh! sí, pronto: Antonio no puede tardar.

CÁRLOS. (A Manolito.) Y por cierto que tiene sospechas de usted.

MANUEL. Sospechas!

CÁRLOS. El me ha contado la aventura de los gemelos.

MANUEL. (Asustado.) Me escurro!

CÁRLOS. Dentro de una hora.

MANUEL. No faltaré. (Saludando.) Señora!... (Se oye toser á Don Antonio.)

LUISA. Ahí está mi marido!

CÁRLOS. Diantre!

MANUEL. (Con espanto.) Adios mis orejas!

CÁRLOS. Ocúltese usted.

MANUEL. Pero dónde?

CÁRLOS. (Intentando abrir la puerta de la habitacion donde está Adela.) Entre usted aquí dentro.

MANUEL. Allá voy.

LUISA. (Interponiéndose.) No, ahí no.

CÁRLOS. (Aparte.) Ah! Ahí debe estar escondida la otra!

LUISA. (Abriendo la puerta de enfrente.) Aquí... Pronto... (Manolito entra precipitadamente.)

ESCENA VII.

DON ANTONIO.—CARLOS.—LUISA.

ANTONIO. (Entrando sin reparar en Cárlos.) Ya me tienes de vuelta y estoy á tus órdenes. No dirás que he tardado mucho en leer... (Viendo á Cárlos.) Ah! Cárlos, tú por aquí?

LUISA. (Turbada.) Sí, ha venido con objeto de...

CÁRLOS. A darte una buena noticia!

ANTONIO. De veras?... Has visto al ministro?

CÁRLOS. Sí, amigo mio: ví al ministro, le hablé de tus largos servicios, de tu probidad, de tus conocimientos especiales en el ramo...

ANTONIO. (Con impaciencia.) Adelante, adelante!...

CÁRLOS. Me escuchó con suma atencion...

ANTONIO. Si es un bendito!...

CÁRLOS. Le hice presente que te correspondia ese ascenso...

ANTONIO. Y qué respondió? Qué te dijo?

CÁRLOS. Me empeñó su palabra de que será para tí la plaza que tanto ambicionas.

ANTONIO. Es posible?

CÁRLOS. Mañana recibirás probablemente tu nombramiento.

ANTONIO. (Abrazándole.) Cárlos de mi alma, Cárlos de mi vida, Cárlos de mi corazon!...

CÁRLOS. Hombre, que me ahogas!..

ANTONIO. Qué felicidad!... Mira estoy llorando de alegría y de

reconocimiento!... Tú eres nuestra Providencia, nuestro... Mil reales mensuales!... Cincuenta duros, Luisa!... Ya no tendrás que despestañarte haciendo galas para otras!... Pero qué, no te vuelves loca de alegria? Baila, muger, baila!

LUISA. Yo?... Se conoce que traes buen humor!

ANTONIO. No lo traia ni bueno ni malo; pero supongo que la noticia bien merece la pena de... Cualquiera diria que te aflije mi ascenso... Ah! ya caigo!... Aún te dura el enojo por la riña de antes?

CÁRLOS. Qué riña?

ANTONIO. Nada, una simpleza. (Acercándose á Luisa amorosamente.) Vamos, Luisa, me guardas todavía rencor?

LUISA. Yo no soy rencorosa. (Aparte.) Qué haré para que se vayan los dos al instante?

ANTONIO. Entonces dame un abrazo.

LUISA. (Rechazándole.) Vaya una ocurrencia! Déjame en paz.

ANTONIO. Cómo es eso, no te has vestido todavia?... Mira que van á dar las tres... (Mirando su relój de plata.) faltan cinco minutos.

LUISA. No hay prisa.

ANTONIO. Que no hay prisa y quieres ir pédibus andando? Tengo un hambre que me van á parecer siglos los instantes que tarde en verme sentado á la mesa.

CÁRLOS. Dónde van ustedes?

ANTONIO. A Caravanchel.

ADELA. (A Antonio.) No señor. Lo que ahora interesa es que vayas inmediatamente á casa del ministro.

ANTONIO. A casa del ministro!... Para qué?...

LUISA. Para darle esa prueba de tu gratitud, para comprometerle y recordarle el cumplimiento de su promesa.

CÁRLOS. Ah! comprendo: quiere alejar á este para que el otro pueda salir!...

LUISA. (A Cárlos.) No digo bien?

CÁRLOS. Ciertamente... No me parece mal...

ADELA. Si ustedes creen que debo ir ahora mismo á ver á su

excelencia, iré: bien está... Pero si no recibe á nadie en su casa.

Luisa. No recibirá á las personas pero sí las targetas. Le dejas una doblada, y con eso cumples.

Antonio. Corriente. Y nuestros amigos que nos estarán esperando á comer?

Luisa. No comen hasta las seis y tenemos tiempo de sobra. Ya podias estar de vuelta.

Antonio. Deja, muger, que tome aliento!.. Acabo de subir la escalera... Y luego la emocion.. (Aparte.) Cosa más rara!... Ella que ni siquiera me permite bajar solo al portal...

Luisa. Yo me arreglaré mientras vuelves, con licencia de este caballero.

Cárlos. (A Luisa.) Por mi parte yo me voy tambien. (A Antonio.) Saldremos juntos. Tengo que pasarme por casa de Lardhi...

Luisa. Pues no se detengan ustedes.

Antonio. (Aparte.) Qué cambio! Si se irá á morir Luisa?

Cárlos. Te vienes?..

Antonio. Ya voy, ya voy... (Aparte.) Ni que se hubieran puesto de acuerdo!

Luisa. Que vuelvas prontito!

Manuel. Sí, hija. Hasta luego. (A Cárlos.) Vamos allá. (Aparte.) Cosa más extraña! Dios quiera que dure.

(Vanse don Cárlos y Antonio.)

ESCENA VIII.

LUISA.—A poco DON MANUEL.—Despues ADELA.

Luisa. Gracias á Dios! (Va á abrir la puerta de la izquierda.) Salga usted; salga usted pronto!..

Manuel. Está usted segura de que no hay nadie!

Luisa. Si señor, salga usted.

Manuel. *Saperlote*! Vaya un apuro! No dirá usted que no he

sido prudente. He callado como un muerto, he consentido en esconderme! Me parece que semejante sacrificio bien merece una recompensa.

LUISA. (Con desprecio.) Váyase usted y no vuelva á poner los pies en esta casa.

MANUEL. Bien ingrata, bien. No se altere usted por tan poco, ya me voy (Aparte.) y deprisa. No me habia yo metido en mal berengenal. (Sale por la puerta del fondo, y Adela abre con precaucion la de la derecha.)

ADELA. Luisa, Luisa!.. se fueron los dos!

LUISA. Todos se fueron; mentira me parece que los he podido echar á la calle.

ADELA. Ah! He pasado una angustia cruel... Cómo se combinan las cosas!... Por un lado ese nécio que me perseguía: por otro mi marido, que tiene tambien la ocurrencia de venir á tu casa, y yo temblando á cada instante no me descubriera.

LUISA. Afortunadamente nada ha sospechado. Pero anda, vámonos corriendo, te acompañaré hasta encontrar un coche. (Se pone apresurada la mantilla y van á salir, á tiempo que se oye en la escalera la voz de don Antonio.)

ANTONIO. (Fuera.) Oiga usted, caballero, deténgase usted.

LUISA. Ay Jesus!.. La voz de mi marido!..

ANTONIO. (Fuera.) No huya usted... Es inútil... No se me escapará!

ADELA. Vírgen Santísima! Ya está ahí! Ah! (Se oculta detrás de la cortina de la ventana. Al mismo tiempo se abre la puerta del fondo y don Antonio entra furioso.)

ESCENA IX.

ADELA Escondida.—LUISA.—DON ANTONIO.

LUISA. (Procuran lo reponerse.) Qué es eso? Por qué gritas?

ANTONIO. Quién ha entrado aquí?

ADELA. (Aparte.) Dios nos socorra!

Luisa. Estás loco? Quién habia de entrar?

Antonio. Un jóven.

Luisa. Un jóven?

Antonio. No lo niegue usted, señora! Estoy seguro de lo que digo. Apenas me separé de Cárlos, eché de ver que me habia olvidado de tomar las targetas; vuelvo piés atrás, y observo á la puerta de esta casa aquel mentecato del teatro Real; retrocede al verme como alma que lleva el diablo; le grito: «Oiga usted, deténgase usted.» Pero sí, ya se iba deteniendo! Subia los peldaños de la escalera de tres en tres!... Por más que le llamé cobarde y malandrin y qué se yo!... Nada? Se me ha escurrido sin que pudiera ver por donde. Es imposible que no se haya entrado en este cuarto.

Luisa. Cuando digo que estás loco! Aquí no ha entrado nadie despues que tú saliste.

Antonio. Con que no? Eso es lo que yo quiero ver con mis propios ojos!.. Ah! Si le llego á encontrar, pobre de él!... (Se precipita en el aposento de la derecha; Adela sale de entre las cortinas temblando de piés á cabeza.)

Adela. No puedo más!.. El corazon se me quiere salir del pecho.

Luisa. (En voz baja.) No perdamos tiempo. Vámonos antes que vuelva!

Adela. Sí, sí, corriendo. (Salen precipitadamente por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

Antonio. (Saliendo del cuarto con una pulsera en la mano.) Nadie! No hay nadie!... Pero he encontrado una prueba segura, infalible, incontrastable. El infame venia á seducirla con este regalo! Diga usted, señora. De quién es? Cómo? ya no está aquí?.. Habrá huido?.. No, no veamos. (Se asoma á la puerta del otro cuarto.) Aquí tampoco!...

Luisa!... Luisa!... Nadie responde!... No hay duda, se marchó!.. Un rapto!.. Digo no, una fuga!... Mi muger me abandona, se va con otro!... (*Recorriendo la escena desatinadamente.*) Luisa... Luisa!... (*Llega á la puerta del foro y sale precipitadamente. Al caer el telon, se oye la voz de don Antonio que se aleja gritando,* Luisa! Luisa!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Cárlos.—Puerta en el fondo.—Puertas laterales en segundo término.—Camapé á la izquierda.—Mesa elegante á la derecha.—Butacas, consolas, espejos etc.

ESCENA PRIMERA.

ADELA.—Luego ANITA.—Despues CÁRLOS.

ADELA. (Dejando el abrigo y el sombrero sobre una butaca.) Ah! Loado sea Dios! Ya estoy en mi casa! (Tira del cordon de la campanilla.) No me he atrevido á preguntar al criado, hubiera conocido mi turbacion!...

ANA. (Entrando.) Llamaba usted, señorita?

ADELA. Volvió el señorito?

ANA. Si señora. Hace rato.

ADELA. (Aparte.) Válgame Dios! (Alto.) Ha preguntado por mí?

ANA. Vaya! Si señora! Dos veces.

ADELA. Dos veces! Y qué le has dicho?

ANA. Qué le habia de decir? Que habia usted salido.

ADELA. (Con impremeditacion.) Lo siento.

ANA. Perdone usted, señorita: como yo ignoraba que tuviese usted interés en ocultar su salida al señor....

ADELA. Ocultar! Quién te ha dicho que yo tengo nada que ocultar á mi esposo? Vaya una ocurrencia!

ANA. Creí... me pareció... Ya ve usted, no siempre hay necesidad de contar ciertas cosas... por sencillas que sean. Cada cual tiene sus razones, y cuando una puede complacer á los amos...

ADELA. Bien, bien; basta ya.

ANA. Yo he servido en muchas casas de categoría, y en más de una ocasion me han dicho mis señores: Anita esto. Anita lo otro. Y yo, como no soy tonta á Dios gracias!.. Pero es necesario estar prevenida, y si usted lo hubiera hecho...

ADELA. He dicho que basta. Yo no tenia nada que prevenirte.

ANA. Bien, señora...

ADELA. (Señalando las prendas que dejó sobre la butaca.) Llévate eso.

ANA. (Aparte y recogiendo las prendas.) Vamos, esta es de las que no dan su brazo á torcer y quieren que se las adivine el pensamiento.

CÁRLOS. (Entra por la puerta de la izquierda.)

ADELA. (Aparte sobresaltada.) Mi marido!..

CÁRLOS Adela! No esperaba que volvieses tan pronto.

ADELA. (Aparte.) Qué dicha! No parece enfadado! (Alto á Anita.) Vete.

ANA. (Aparte.) Milagro será que no tengamos tormenta. (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

CARLOS.—ADELA.

CÁRLOS. Con que por fin te decidiste á salir?

ADELA. (Con embarazo.) Sí, á poco de irte tú se me fué pasando la jaqueca; pero estaba tan aburrida de verme sola y sentia tal aturdimiento en la cabeza, que..

CÁRLOS. Que decidiste salir á respirar el aire libre? Bien hecho. Y ahora cómo te encuentras?

ADELA. Perfectamente.

CÁRLOS. Noto en tí cierta palidez!

ADELA. Aprension.

CARLOS. Será aprension; pero nunca te he visto tan descolorida como en este momento.

ADELA. De veras? (Se mira en un espejo.) Pues yo no advierto mudanza ninguna....

CÁRLOS. (Sentándose en el sofá.) Quién habia de figurarse que desdespues de la resistencia que opusiste á salir conmigo esta mañana, tendrias el capricho de....

ADELA. Como necesitaba respirar el aire libre. (Un momento de silencio.)

CÁRLOS. Y vamos á ver, á dónde fuiste?

ADELA. Fuí... fuí... A dónde querias que fuera?

CÁRLOS. A casa de tu madre sin duda?

ADELA. Claro está.

CÁRLOS. Y cómo se encuentra tu madre?

ADELA. Muy bien.

ESCENA III.

Los mismos.—ANA.

ANA. (Entrando por la izquierda.) Señorita!

ADELA. Qué hay? Qué quiere usted?

ANA. Es Juan que trae una carta de su mamá de usted.

ADELA. (Turbada.) De mi madre!

CARLOS. De tu madre? Pues no acabas de verla ahora mismo?

ADELA. Cierto...

CÁRLOS. Es original! En fin, veamos qué es lo que tiene que decirte tu madre al cuarto de hora de haberse separado de tí. (Va á tomar la carta; pero Adela se le adelanta y la arrebata de mano de Anita.) Hola? no quieres que yo me entere?

ADELA. Qué tontería!... La curiosidad... El deseo de saber lo que dice... (Momento de silencio.)

CÁRLOS. Pues no debe ser muy grande tu curiosidad cuando

aún no la has abierto y estás dándola vueltas....
(Se pasea.)

ADELA. (Muy turbada rompiendo el sello y leyendo.) Ay Dios mio!

CÁRLOS. (Que se habia alejado vuelve.) Qué es eso? Ocurre alguna novedad?

ADELA. (Turbada.) No, ninguna.

CÁRLOS. Más vale asi, pero entonces por qué estás trémula y alterada?..

ADELA. Si yo no me he alterado.

CÁRLOS. (Con interés.) Adela, esa carta debe contener alguna noticia desagradable!...

ADELA. No tal...

CÁRLOS. (Tomando la carta de la mano de Adela.) Vamos á ver quién tiene razon!

ADELA. (Comprimiendo una exclamacion de cobarde sorpresa.) Ay!

CÁRLOS. (Leyendo.) «Adela de mi alma: hace dos dias que no te veo.» Dos dias!.. Pues me gusta!.. Apénas habrán pasado veinte minutos desde que estuviste en su casa!

ADELA. (Aparte.) Qué apuro, Dios mio!

CÁRLOS. (Continúa leyendo la carta.) «Hoy no me encuentro buena del todo...» Anda, anda!... No acabas de decirme que estaba muy bien de salud?

ADELA. Ya se ve que sí... Y es particular... (Aparte.) Cómo salir de este aprieto?...

CÁRLOS. Entendámonos. Has visto ó no has visto á tu madre?

ADELA. Claro está que la he visto. Pues no acabo de decirte...

CÁRLOS. Entonces qué significan estos despropósitos!

ADELA. No comprendo...

ANA. (Acercándose.) Ay señorito! Sabe usted lo que debe ser? Que la mamá de la señorita escribiria esta mañana temprano esa carta, y que ese majadero de Juan se la ha tenido guardadita en el bolsillo hasta las cuatro de la tarde.

ADELA. Sin duda!.. Juan es muy descuidado!...

CÁRLOS. Pero cómo no te habló de esta carta tu madre?

ADELA. No sé...

ANA. Toma! Creeria la mamá que la señorita iba á verla porque habia recibido la carta, y no habló del asunto.

ADELA. De seguro.

CÁRLOS. (Repasando la carta.) Puede ser: aquí te dice tu madre que vayas...

ANA. Vé usted? (Se retira hácia el fondo.)

CÁRLOS. Pues digo, que el criado es alhaja!.. Si yo fuera ministro de la Gobernacion le nombraba director de correos.

ANA. Y gracias que no se le ha ocurrido venir á las diez de la noche!

CÁRLOS. Pues mira, esta vez no se escapa sin llevar una buena leccion.

ADELA. Déjale: ya no tiene remedio.

CÁRLOS. Le servirá para lo sucesivo Anda, Anita, díle que entre.

ADELA. (Aparte.) Ay Dios! Todo se va á descubrir!

ANA. Que entre? Sí, échale un galgo! No parece sino que habia olido la quema: en cuanto me entregó la carta echó á correr por la escalera abajo sin esperar contestacion.

ADELA. (Echándose sobre el sofá.) (Aparte.) Gracias á Dios! Me he salvado. Luego le escribiré á mamá...

CÁRLOS. (Acercándose.) Qué es eso? Te vuelve á molestar la jaqueca?

ADELA. Un poco.

CÁRLOS. Anita, trae corriendo agua con azúcar y el frasco de esencia de azahar... Pero no: yo debo tener ether en mi estudio, y es mucho mejor. Voy por él.

ADELA. Si yo no necesito... (Váse Cárlos por la izquierda.)

ANA. (Acercándose á Adela.) Vé usted, señorita, cómo hemos salido del paso?

ADELA. De qué paso?

ANA. No hay nada más fácil que engañar á los hombres. . y cuanto más desconfiados mejor.

ADELA. (Con severidad.) Qué está usted diciendo?

ANA. Pues qué, ha creido usted tambien lo de que Juan se

habia marchado? Está ahí: en el recibimiento esperando la contestacion.

ADELA. (Levantándose.) No se ha ido todavia?

ANA. Pierda usted cuidado, señorita; voy á despacharle ahora mismo. (Se dirige al fondo y se detiene.) Ah! que otra vez no deje usted de advertirme con tiempo.. Aunque yo no soy tonta... (Váse.)

ESCENA IV.

ADELA.—A poco LUISA.

ADELA. Oh! esto no puede seguir así. Esa muchacha me cree culpable y tiene la osadía de venderme su proteccion, de considerarse mi confidente, mi cómplice...

LUISA. (Entrando.) Soy yo!.. Estás sola?

ADELA. Ay! mi querida Luisa, en qué situacion tan difícil me encuentro!

LUISA. La mia sí que es árdua! No me has metido en mal laberinto!

ADELA. Cárlos llegó á casa antes que yo, averiguó que habia salido, y para salvarme de sus preguntas, he tenido que inventar mil embustes.

LUISA. Eso no vale nada! Mi historia es mucho más grave.

ADELA. Más aún?

LUISA. Ya lo creo! Mi marido está furioso como un tigre. Ya recordarás que nosotras nos escapamos mientras él registraba toda la casa en busca de ese jóven que te perseguia... Pues bien, supone que estoy en inteligencia con él; que he tratado de fugarme con él!.. y eso que me vió volver á casa á poco de dejarte en el coche! Yo he callado por no descubrirte, pero este silencio me condena, y tendré que decir la verdad. Se trata de la suerte de toda mi vida; y luego aunque no fuera más que por mi pobre Antonio!.. Su pena me parte el corazon. Es tan bueno?.. No merece que

yo le engañe ni le martirice! Vamos, Adelita, es necesario que lo confieses todo á tu marido.

ADELA. Cómo?.. que yo confiese... tú estás loca! primero me tiraré por ese balcon.

LUISA. Y por qué no has de confesar? Cuál es tu falta para que así te aterre la idea de que se descubra?.. Nada. Una tontería, una travesura de chico de la escuela... ménos aún.

ADELA. Ménos eh?.. Y el millon de embusterías que he urdido?.. Oh! si yo le confesára la verdad no volveria á creerme en toda su vida!

LUISA. Y no será peor que la descubra él, sin que tú se la confieses.

ADELA. (Pensativa.) Oh! eso sí... Pero no la descubrirá... No es probable...

LUISA. Haz lo que quieras, pero yo no puedo consentir que mi esposo...

ADELA. Calla! que vuelve Cárlos!

ESCENA V.

Las mismas.—D. CÁRLOS.

CÁRLOS. (Entra con un frasco de éther.) Por fin dí con el éther. Verás qué pronto te alivias. Hola! Luisita. Otra vez por aquí? Me alegro

LUISA. Si señor; como dejé á esta algo indispuesta, he venido á saber cómo sigue.

CÁRLOS. Es usted muy amable! pues ya vé usted, la pobrecilla se empeñó en salir, y se ha puesto peor como era natural.

ADELA. Si no estoy peor! Ahora no me duele nada.

CÁRLOS. De veras?... No vayas á engañarnos!...

ADELA. Por qué te he de engañar?

CÁRLOS. Corriente. (Vá á dejar el frasco sobre la mesa.) Lo dejaremos aquí por si acaso...

LUISA. (Bajo á Adela.) Vamos, Adela, confiésalo todo. Yo estoy aquí para ayudarte.

ADELA. (Bajo á Luisa.) No me atrevo!

LUISA. (Bajo á Adela.) Valor!... Quieres que yo principie?...

ADELA. (Id.) No, no!

LUISA. (Id.) Es preciso que me reconcilie con Antonio; y si tú no hablas...

ADELA. (Id.) Lo haré... Qué remedio! (Alto y sumamente conmovida.) Cárlos!...

CÁRLOS. (Volviéndose precipitadamente.) Me llamabas?

ADELA. Sí... Tengo que decirte una cosa... (Ap.) Ay! qué vergüenza.

CÁRLOS. Habla!

ADELA. Prometes no incomodarte?

CÁRLOS. Me pones en cuidado!... Bien, sí, lo prometo. Qué misterio es ese?...

ESCENA VI.

LOS MISMOS.—ANITA.

ANITA. Señorito! Ahi está un caballero que desea ver á usted.

CÁRLOS. Un caballero!

ANITA. Dice que le ha citado usted para esta hora.

CÁRLOS. Yo?... No recuerdo!... (A Anita.) Bien, que pase á esta sala. (Para sí.) Qué impertinencia! (A Adela.) Luego me dirás... (Vase Anita.)

ADELA. Sí; te dejo en libertad con ese señor; y así que se vaya...

CÁRLOS. Te avisaré.

LUISA. (A Cárlos.) Yo acompañaré á mi amiga entre tanto.

CÁRLOS. (A Luisa.) Sí, sí; cuídela usted mucho...(Vánse Adela y Luisa.) Esta Luisa es una persona excelente. Hice mal en sospechar...

ESCENA VII.

DON CÁRLOS.—DON MANUEL.

MANUEL. Ya vé usted, *exactitude militaire*!

CÁRLOS. Ah! es usted?... Pues amigo, lo que tengo que decirle está reducido á pocas palabras... Sepa usted, que quiero á D. Antonio, como á mi hermano: que miro cuanto puede interesarle, como cosa propia: y que no consiento que turbe usted su felicidad doméstica.

MANUEL. *Encore*! Dale con la domesticidad de D. Antonio! *Mais mon ami*, no le he dicho á usted cien veces que yo respeto la dicha conyugal de ese buen señor D. Antonio? Que para mí no hay un hombre más respetable en el mundo, que el señor D. Antonio?

CÁRLOS. Entonces, cómo fué hallarle yo á usted en su casa, y á solas, con su mujer?

MANUEL. Cómo? Ahí esta el busílis. *Figurez vous*, si estaré libre de toda responsabilidad, cuando ni yo me encontraba solo con esa dama, ni fué ella el objeto que me llevó á sú casa. *Parole d' honneur*.

CÁRLOS. Con que no? Niegue usted tambien que noches pasadas, en el Teatro Real, se estuvo flechándole los gemelos todo un entreacto, á cinco varas de distancia.

MANUEL. Eso no lo niego. Lo que es verdad... es verdad... Pero me parece que la cosa no merece la pena... *c' est tout au plus*.

CÁRLOS. Si lo merece ó no pregúnteselo usted al marido que le faltó poco para estrellarle á usted los tales gemelos en las narices... Y dé usted gracias á Dios, que no le ha encontrado hoy en su casa.

MANUEL. Y tanto como me encontró!...

CÁRLOS. De veras?... Cuándo?

MANUEL. Cuando me iba á poner en franquía. Al salir por la puerta de la calle, observé que volvia el tal señor don

Antonio, y comprendí que me habia atisbado: retrocedo inmediatamente; subo los escalones á escape; me persigue como una furia; pero antes de que llegase al piso principal, ya estaba yo escondido entre unas esteras de la buhardilla. *Voyez plutot!* Todavia debo tener algunas telarañas... prefiero sacudirme yo, á que me hubiera sacudido aquel prójimo.

CÁRLOS. Basta. Ahora, dígame usted el objeto que le condujo á esa casa.

MANUEL. Con mil amores. (Observando.) Estamos solos? (Sube la escena.)

CÁRLOS. Puede usted hablar sin reserva; nadie nos oye.

MANUEL. (Volviendo.) Pues empiezo. *Ecoutez-moi.* Dije á usted esta mañana, que debia almorzar con varios amigos en casa de *Lhardi.* Almorzamos efectivamente á las mil maravillas. Qué ostras! qué Jerez! qué Borgoña! qué Laffite! qué Champagne!

CÁRLOS. Al grano.

MANUEL. Pues ese es el grano precisamente. El Jerez y el Laffite se me subieron un poco á la cabeza. Salia yo, alegrillo de veras, cuándo hé aquí que tropiezo de manos á boca con una hembra! Ah! *mon cher!*... Qué hembra! Un ángel, una sílfide, una hourí de las que promete Mahoma á sus fieles creyentes.

CÁRLOS. (Con impaciencia.) Adelante!...

MANUEL. Verla y quedarme perplejo, atónito y cautivo de su hermosura, fué todo uno. Cómo no seguirla?... Me arrastró en pos de sí lo mismo que un cometa á su cola; y caminando, unas veces en batalla, otras en columna, anduvimos calles y más calles, hasta que la bella tomó puerto en la casa del señor D. Antonio.

CÁRLOS. Iría á otro cuarto.

MANUEL. *Pas du tout.* Desgraciadamente perdí su pista al entrar en la casa, porque la ninfa me habia ganado la delantera y tuve que quedarme en acecho dentro del portal: pero viendo que no se oía llamar ni abrir en

ningun piso, subí hasta las bohardillas, y nada: mi desconocida habia desaparecido por arte de encantamento. Ya me bajaba desesperanzado de poder averiguar su escondite, cuando observo que se hallaba entornada la puerta de su amigo de usted; entro sin ser sentido, y *Oh! bonheur!* me encuentro con mi bella fugitiva. Yo, que me pinto solo para esta clase de aventuras; que siempre he dicho como César, *vine, ví y vencí*, y que no suelo andar en pelillos, me arrojé á sus plantas, *et sans ceremonies*, de buenas á primeras, la emboqué una reverente y elocuente declaracion. Ella se hizo de pencas, al principio, *c' est naturel* y hasta trató de ponerme en el arroyo, pero yo me hice el tonto...

CÁRLOS. No le costaría á usted mucho trabajo.

MANUEL. No señor. Me hice el tonto como digo; continúo el ataque; ella se defiende, yo estrecho el sitio; el enemigo empieza á perder ánimo; redoblo mis esfuerzos, y, vea usted lo que es la desgracia! en el momento en que mi víctima se disponía á pedir capitulacion...

ANTONIO. (Desde fuera.) No importa; yo soy de confianza... Retírese usted.

CÁRLOS. Es Antonio! (Sale á su encuentro.)

MANUEL. D. Antonio! *Diable!* (Pasa á la izquierda.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—DON ANTONIO.

ANTONIO. (Muy agitado corre á D. Cárlos, sin ver á Manolito.) Ay Cárlos!.. Mi querido Cárlos!... Soy el sér más desgraciado de la creacion!... Estoy desesperado, hidrofóbico!

CÁRLOS. (Dando algunos pasos atras.) Hombre!...

ANTONIO. Pero tú vas á proporcionarme los medios de saciar mi cólera...

CÁRLOS. Yo?... Te has vuelto loco?... Vamos, serénate, y cuéntame lo que te sucede.

ANTONIO. Lo que me sucede!... Y tú me lo preguntas?... Ah! es verdad; tú no lo sabes todo!... Mira, Cárlos, solo un favor te pido... Díme dónde vive ese infame... Díme dónde podré encontrarle!... Yo quiero matarle, descuartizarle!... beber su sangre...

CÁRLOS. Pero sepamos á quién quieres matar y descuartizar.

ANTONIO. A quién quieres que sea?.. A ese títere!... Al verdugo de mi honra, al seductor de Luisa!...

MANUEL. (Aparte y alejándose.) Demonio! Qué es lo que dice?

CÁRLOS. Cuando digo que has perdido la cabeza!

ANTONIO. Puede ser; pero dime por Dios dónde vive ese hombre: tú debes saberlo. dame las señas de su casa... (De repente vé á Manolito que se dirige disimuladamente hácia la puerta.)... Ah! es él!... Estaba aquí!.. (Cogiendo á Manuel por el cuello del gaban y zamarreándole.) Miserable!

MANUEL. (Asustado.) Caballero!

ANTONIO. Esta vez no te escaparás de mis uñas.

MANUEL. (Luchaudo por desasirse de D. Antonio.) Socorro!... (A D. Cárlos.) Sujete usted á esta fiera por todos los santos y santas del cielo!...

ANTONIO. Yo fiera!...

CÁRLOS. Antonio! Vamos á ver! .. No olvides que estás en mi casa.

ANTONIO. (Soltando á Manolito.) Y tú le defiendes?...

CÁRLOS. Sí; le defiendo, porque sé que no te ha ofendido jamás.

MANUEL. Justo! Al señor le consta que no he ofendido á usted jamás *A-t-on jamais vu!*

ANTONIO. Con que no?... Ya hace dias que puso los ojos en mi esposa...

MANUEL. No señor: los gemelos, unos gemelos de teatro que me alquiló el acomodador por dos pesetas!

ANTONIO. Y hoy se ha introducido en casa como un ladron.

CÁRLOS. Sí; pero se ha introducido en busca de otra mujer.

MANUEL. Cierto: en busca de otra mujer!

ANTONIO. Si creerán ustedes que á mí se me comulga con ruedas de molino? Yo no me mamo el dedo...! Quién es

esa mujer? Dónde estaba escondida? Yo registré todos los cuartos, y solo ví una; la mia, que desapareció inmediatamente con ese infame seductor.

MANUEL. Eso no es verdad. *Oh, par example*!

ANTONIO. Por fortuna, alcancé á Luisa antes de que pudiera entrar en un coche, donde el señor se habia refugiado, sin duda, para escapar de mis garras.

MANUEL. Jesus! qué calumnia!

CÁRLOS. Oyeme, Antonio. Dado por supuesto que no hubiese en tu casa otra mujer, qué pruebas tienes para asegurar que entró este caballero con intencion de seducir á Luisa?

ANTONIO. Qué pruebas? Una plena, plenísima, indestructible! El señor no es pariente, ni amigo, ni conocido nuestro siquiera; nada nos debe, nada nos tiene que satisfacer, ni recompensar. Pues bien; si esto es así, con qué objeto llevaba una pulsera de oro, que dejó caer en su fuga?

MANUEL. Esa pulsera será de la otra. Yo no acostumbro á regalar...

ANTONIO. (Sacando la pulsera.) Aquí está la joya.

CÁRLOS. Veamos.

MANUEL. Sí, sí: veamos!

CÁRLOS. (Examinando la pulsera.) La pulsera que regalé á mi mujer!

MANUEL. (Alarmado.) Cómo, ese brazalete...

CÁRLOS. Luego, era ella la que... y este el... (Agarrando por el cuello á Manolito.)

ANTONIO. (Azuzándole.) Ah! Bribon! Anda con él!

MANUEL. Socorro!... Favor!...

CÁRLOS. (Amenazándole.) Calle usted, si no quiere que le arranque la lengua!...

MANUEL. (Aterrado.) Ya callo!... Ya callo!... Pero señor D. Cárlos de mi alma, juro á usted que no conozco ni de vista á su esposa, que en este debe haber alguna equivocacion... Quién sabe si su mujer de usted habría prestado ese brazalete á la esposa del señor don Antonio?...

ANTONIO. (Cogiendo á Manolito por el otro lado del cuello.) Entónces es mi mujer la que usted enamora?

MANUEL. (Cogido por ambos.) No señor!... No señor!...

ANTONIO. Será la de Cárlos?

MANUEL. Tampoco!.... Ninguna!.... Ninguna!.... No faltaba más!... Dios me libre!... Yo no he tratado nunca de.... (Aparte.) *Ah! mon dieu!* me van á estrangular entre los dos!...

CÁRLOS. Antonio, déjale!... No se trata de tu mujer, sino de la mia, créeme. (D. Antonio suelta á Manolito.)

MANUEL. (Poniéndose la mano en el pecho.) Juro á usted, señor don Cárlos...

CÁRLOS. (Con desprecio.) Basta!... (Para sí.) Aquella turbacion... Aquel azoramiento de Adela... No hay duda!... Ahora lo comprendo todo!

ANTONIO. (A Cárlos, procurando disuadirle.) Vamos, serénate! Quizás estemos alucinados...

CÁRLOS. Yo estoy sereno; yo no me alucino; yo sé que mi mujer es honrada!

ANTONIO. Yo creo otro tanto de la mia; y sin embargo....

CÁRLOS. Ahí vienen las dos. Vas á salir de dudas.

MANUEL. (Aparte.) Esto se complica! Si pudiera escapar...

CÁRLOS. (Sujetándole.) Quieto!

ESCENA IX.

LUISA.—ADELA.—DICHOS.

ADELA. Qué sucede, Cárlos? Nos pareció que estabas riñendo con alguno.

CÁRLOS. (A Manolito, señalando á Adela.) Mi esposa.

ADELA.
LUISA. } (Reparando en Manolito.) Ah!

MANUEL. (Aparte.) Caí en la ratonera.

CÁRLOS. (A Luisa y Adela.) Con que, por lo visto, conocen ustedes á este... caballero?

ADELA. (Turbada.) Yo!...

LUISA. (Con resolucion.) Sí señor: le conocemos... por nuestra desgracia!

ADELA. (En tono de súplica.) Cárlos!...

CÁRLOS. (Interrumpiéndola, y con benignidad.) Nada tienes que decirme. Este... caballerito me ha contado la historia, aunque adornada con algunos primores de su fantasía.

MANUEL. (A Adela.) Perdon, señora!... Yo ignoraba... Yo no podia figurarme que era usted la esposa de mi amigo Cárlos!

CÁRLOS. (Con ironía.) Vamos, Adelita, perdónale; siquiera porque me ha confesado lealmente que te persiguió sin conocerte, que huiste de él, que te refugiaste en casa de Luisa, que entró en ella sin permiso de nadie, y por último, que le ha costado mucho trabajo el hacerte capitular.

ADELA. Jesucristo!

MANUEL. Pataplum!

ADELA. Esto es horrible! Infame!... Inícuo!... (Volviéndose á su esposo.) Pero tú no le habrás creido?... Tú no puedes hacerme el agravio de suponer....

CÁRLOS. Nunca!

ADELA. (Con vehemencia.) Yo le despreció entonces, le desprecio ahora y le despreciaré eternamente!

LUISA. (Con id.) Y yo!

CÁRLOS. (Con sangre fria.) Y yo!

ANTONIO. (A Manolito.) Ya lo oye usted. Todos le despreciamos con que... *mutis*. (Haciendo ademan con la mano.)

MANUEL. (Aparte.) Hay mujeres delante... (Alto; con petulancia y sacando una cartera.) Señores, veo con sentimiento que se consideran agraviados por mí; pero yo no escondo la cara á nadie: ya sabe Cárlos donde vivo y puede buscarme. (A Antonio, buscando una targeta.) Por lo que á usted toca, aquí tiene usted mi targeta... *Voilá ma carte*..

CÁRLOS. (Haciéndole saltar la cartera de un manoton.) Eh!... Ni usted es capaz de ponerse delante de nosotros, ni yo honraré

con un reto al ente despreciable que solo tiene osadía para afligir á débiles mujeres!... Huya usted de mi vista!...

MANUEL. (Recogiendo la cartera.) Buscaré mis padrin s y veremos si entonces...

CÁRLOS. (Va arrojarse sobre él, Adela y Luisa le detienen, Manolito huye despavorido.) Oh!

ADELA. Cárlos!... (Vase Manolito.)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS, menos MANOLITO.

ADELA. Yo tengo la culpa de todo!

LUISA. No, hija, no: quien tiene la culpa de todo es mi marido!

ANTONIO. Yo?...

LUISA. Tú, solo. Si no me hubieses abandonado para ir á leer *La Correspondencia*!...

ANTONIO. (Recapacitando.) Es verdad!... Tienes mucha razon! Desde hoy no vuelvo á leer *La Correspondencia* sino por la noche en la cama, al lado de mi querida esposa!

LUISA. Tu querida esposa!... Y no hace quince minutos que me pusiste como hoja de peregil!... Mal marido!

CÁRLOS. Haya paz, y echemos un velo sobre lo pasado, que todos necesitamos de alguna indulgencia.

ADELA. Yo; más que ninguno! Te he ocultado la verdad, he salido á la calle sin tu consentimiento!...

CÁRLOS. Todo te lo perdono; y en prueba de ello te permito que vayas á visitar á tu madre.

ADELA. Si tú me acompañas, iré. Lo que es yo, no vuelvo á salir sola en toda mi vida!

LUISA. Mira, Antonio, aun es tiempo de que vayas á Caravanchel: yo me quedo á comer con Adela.

ANTONIO. Que me separe de tí?... Ni soñarlo! Capaz soy de

permutar mi nuevo destino con el sereno de nuestra calle, para no perderte de vista jamás!

CÁRLOS. Pues si no vas á Caravanchel, quédate tambien á comer con nosotros.

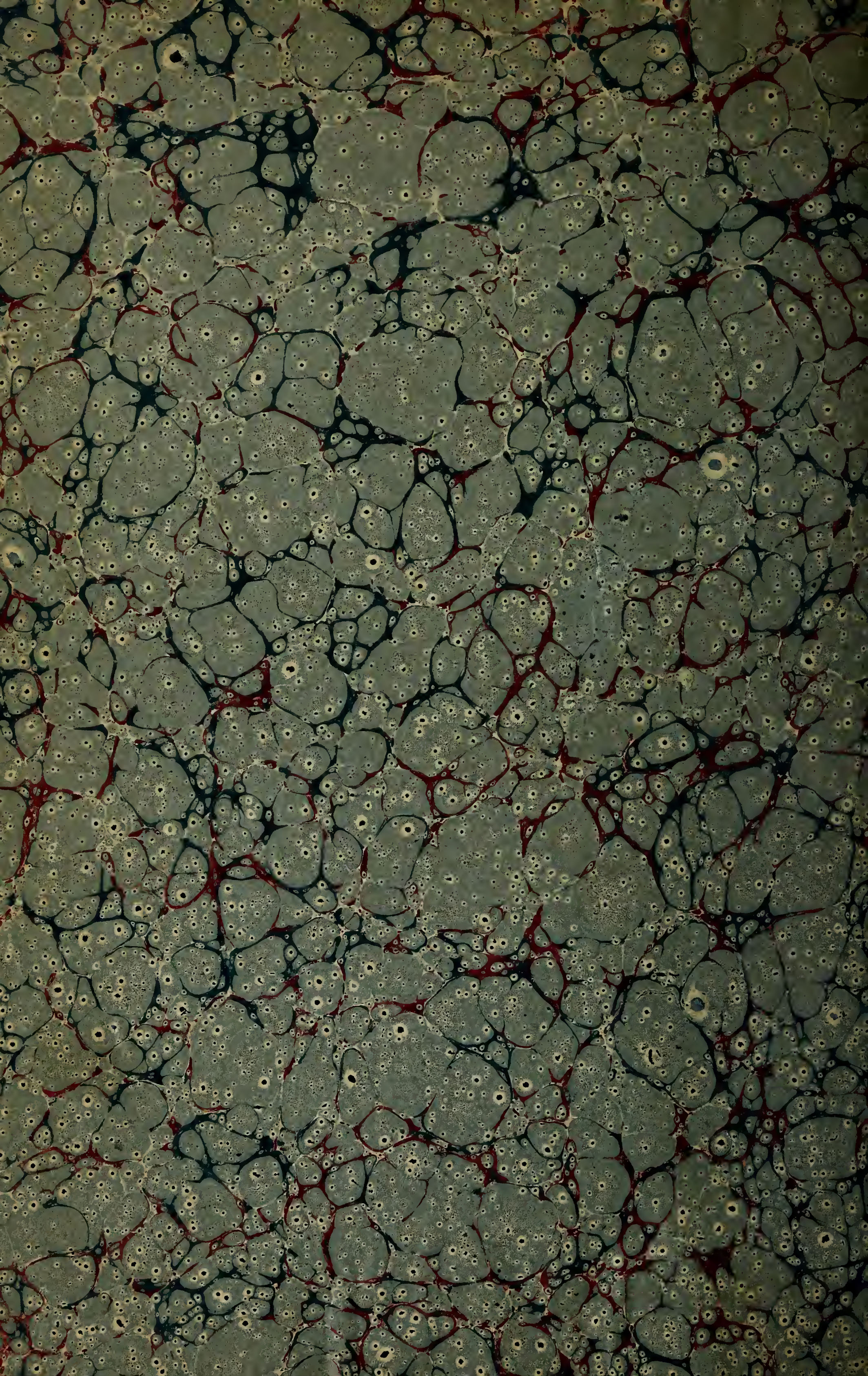
ANTONIO. Me quedo. Brindaré por nuestra felicidad conyugal, que ha estado á pique de irse á pique, por culpa de *La Correspondencia.*

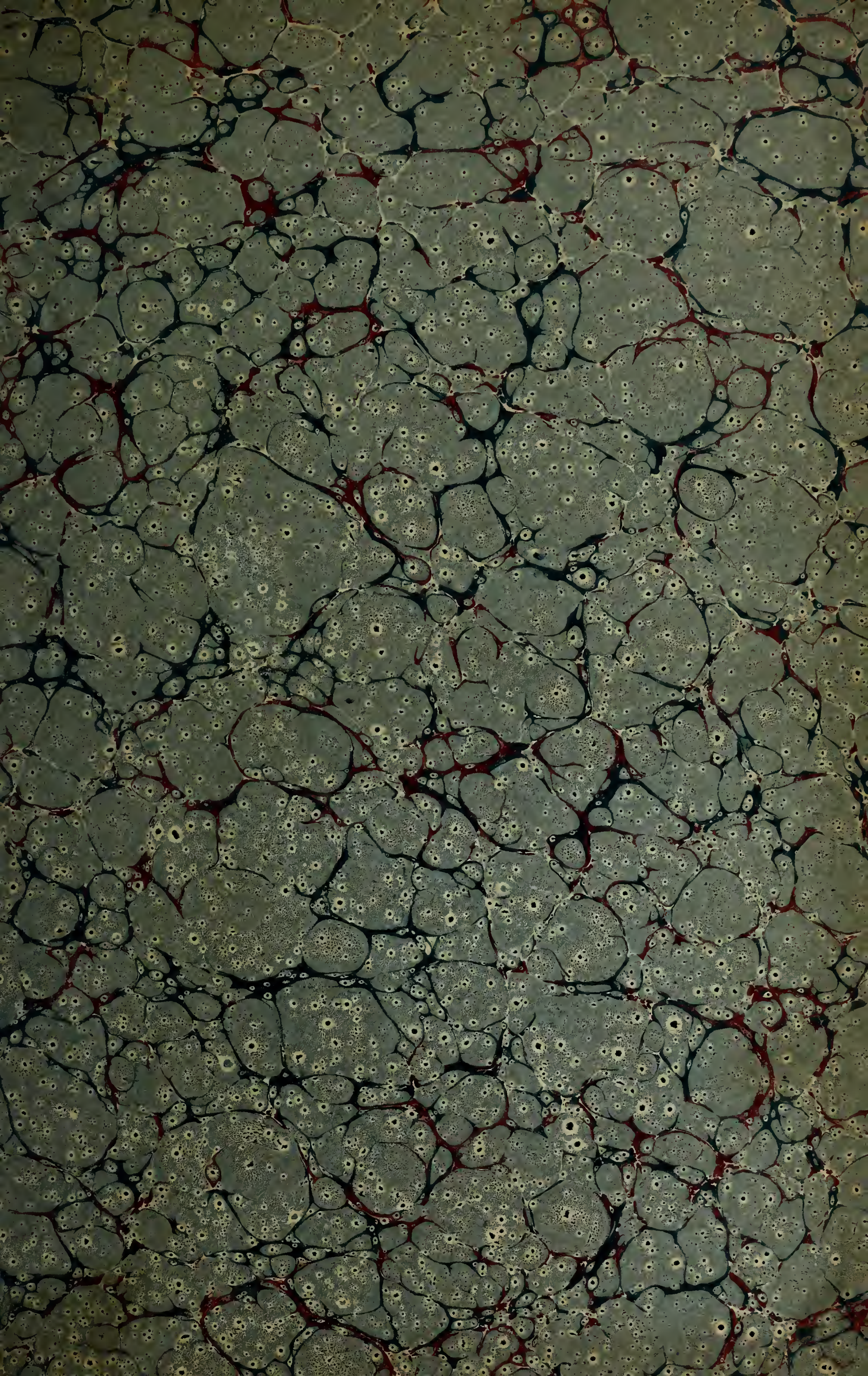
ADELA. No, no: por mi maldito deseo de ***Salir sola***!

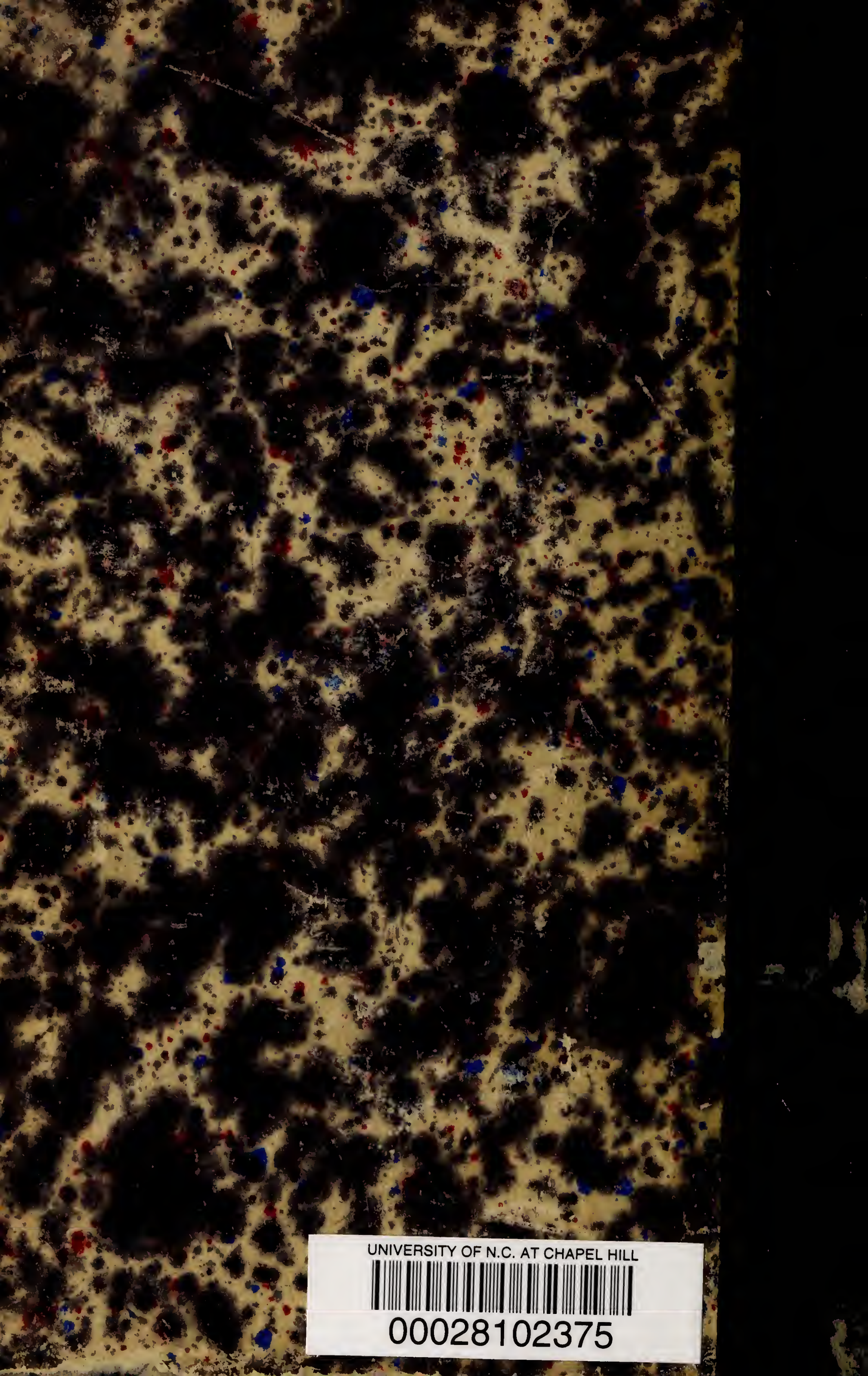
FIN.

Censurada en 11 de Marzo de 1864.

Obras que contiene este tomo






UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028102375